

ADAD A  
CIÓN G



DC201

T5

1846

V.5

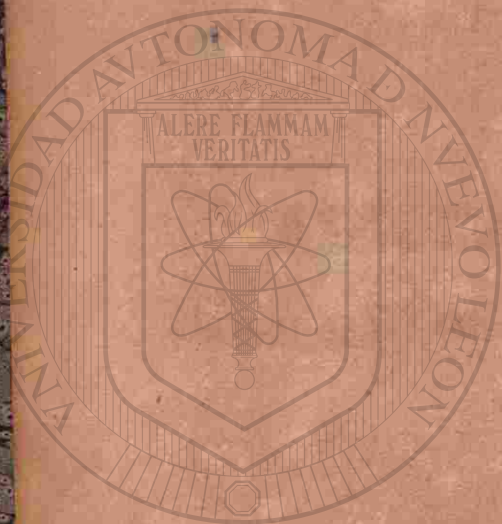
C.1





1080043823





647-6717

## HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca popular.

T. V. 938



# HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS:

Traducida al castellano

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO

TOMO V.



MADRID 1846

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,  
DE D. F. DE P. MELLADO.—Editor.

54702 FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA DE NUEVO LEÓN  
17009



DC201

75

1846

V-5



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



## LIBRO DIEZ Y OCHO.



### Conspiracion de Jorge.

Recelos de la Inglaterra á la vista de los preparativos que se hacen en Boloña.—Lo que la guerra es ordinariamente para esta nacion.—Opinion que se forma al principio en Lóndres sobre los proyectos del primer consul, y terror que estos llegan á producir.—Medios imaginados para resistir á los franceses.—Discusion de estos medios en el parlamento.—Mr. Pitt vuelve á tomar asiento en la cámara de los comunes.—Su actitud y la de sus amigos.—Fuerza militar de los ingleses.—Mr. Windham pide la formacion de un ejército disciplinado á imitacion del ejército francés.—Limitanse á la creacion de un ejército de reserva y á un alistamiento de voluntarios.—Precauciones tomadas para guardar el litoral.—El gabinete británico apela á los medios usados antiguamente por Mr. Pitt y protege las tramas de los emigrados.—Intrigas de los agentes diplomáticos ingleses, Drake, Smith y Taylor.—Los principes refugiados en Lóndres se reunen á Jorge y Pichegrú, y entran en una conjuracion que tiene por objeto acometer al primer consul con una cuadrilla de chuanes en el camino de la Malmaison.—A fin de asegurarse la adhesion del ejército, en el caso de una victoria, se dirige al general Moreau, gefe de los descontentos.—Intrigas del llamado Lajolais.—Locas esperanzas concebidas á consecuencia de algunas palabras pronunciadas por el general Moreau.—Primera partida de una cuadrilla de chuanes conducidos por Jorge.—Desembarcan en la costa de Biville, y atraviesan la Normandía.—Jorge oculto en Paris prepara los medios de ejecucion.—Segundo desembarco compuesto de Pichegrú y muchos emigrados de alto rango.—Pichegrú se avista con Moreau.—Hállale irritado contra el primer consul, pero no dispuesto á trabajar en favor de la vuelta de los Borbones.—Desaliento de los conjurados.

DC201

75

1846

V-5



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



## LIBRO DIEZ Y OCHO.



### Conspiracion de Jorge.

Recelos de la Inglaterra á la vista de los preparativos que se hacen en Boloña.—Lo que la guerra es ordinariamente para esta nacion.—Opinion que se forma al principio en Lóndres sobre los proyectos del primer consul, y terror que estos llegan á producir.—Medios imaginados para resistir á los franceses.—Discusion de estos medios en el parlamento.—Mr. Pitt vuelve á tomar asiento en la cámara de los comunes.—Su actitud y la de sus amigos.—Fuerza militar de los ingleses.—Mr. Windham pide la formacion de un ejército disciplinado á imitacion del ejército francés.—Limitanse á la creacion de un ejército de reserva y á un alistamiento de voluntarios.—Precauciones tomadas para guardar el litoral.—El gabinete británico apela á los medios usados antiguamente por Mr. Pitt y protege las tramas de los emigrados.—Intrigas de los agentes diplomáticos ingleses, Drake, Smith y Taylor.—Los principes refugiados en Lóndres se reunen á Jorge y Pichegrú, y entran en una conjuracion que tiene por objeto acometer al primer consul con una cuadrilla de chuanes en el camino de la Malmaison.—A fin de asegurarse la adhesion del ejército, en el caso de una victoria, se dirige al general Moreau, gefe de los descontentos.—Intrigas del llamado Lajolais.—Locas esperanzas concebidas á consecuencia de algunas palabras pronunciadas por el general Moreau.—Primera partida de una cuadrilla de chuanes conducidos por Jorge.—Desembarcan en la costa de Biville, y atraviesan la Normandía.—Jorge oculto en Paris prepara los medios de ejecucion.—Segundo desembarco compuesto de Pichegrú y muchos emigrados de alto rango.—Pichegrú se avista con Moreau.—Hállale irritado contra el primer consul, pero no dispuesto á trabajar en favor de la vuelta de los Borbones.—Desaliento de los conjurados.



Pérdida de tiempo que este desaliento produce.—El primer consul, á quien la policia servia mal desde la retirada de Mr. Fouché, descubre el peligro que le amenaza.—Entrega á una comision militar algunos chuanes recientemente arrestados, para obligarlos á que le digan lo que saben.—Entra uno que le revela todo el complot.—Sorpresa al saber que Jorge y Pichegru están en Paris y que Moreau es su cómplice.—Consejo extraordinario y resolucion de arrestar á Moreau.—Disposiciones del primer consul.—Muéstrase indulgente contra los republicanos, y furioso contra los realistas.—Su resolucion de castigar á estos de una manera egemplar.—Encarga al gran juez que conduzca á su presencia á Moreau para terminarlo todo con una esplicacion personal y amistosa.—La actitud de Moreau delante del gran juez hace abortar esta buena resolucion.—Los conjurados presos declaran todos que un principe francés debia ponerse á su cabeza, y que tenia el proyecto de entrar en Francia por la costa de Biville.—Resuelve el primer consul apoderarse de él y entregarlo á una comision militar.—El coronel Savary pasa á la costa de Biville para esperar al principe y arrestarlo.—Ley terrible que castiga con la muerte á cualquiera que dé asilo á los conjurados.—Ciérranse las puertas de Paris por espacio de muchos dias.—Arresto sucesivo de Pichegru, Polignac, Riviere y del mismo Jorge.—Declara Jorge haber venido á Paris para atacar al primer consul á viva fuerza.—Confírmase la noticia de que un principe debia ponerse á la cabeza de los conjurados.—Toma incremento la cólera del primer consul.—El coronel Savary espera inutilmente en la costa de Biville.—Se procura indagar donde se hallan los principes de la casa de Borbon.—Se piensa en el duque de Enghien, que se hallaba en Ettenheim á orillas del Rin.—Se envia un oficial de gendarmes para que tome informes.—Parte equivocado de este oficial, y fatal coincidencia de su informe con una nueva declaracion de un criado de Jorge.—Error y ciega cólera del primer consul.—Consejo extraordinario en que se acuerda apoderarse á todo trance de la persona del principe.—Su raptó y su traslacion á Paris.—Descúbrese parte del error pero demasiado tarde.—El principe enviado ante una comision militar, es fusilado en un foso del castillo de Vincennes.—Caracter de este funesto acontecimiento.

La Inglaterra comenzaba á comoverse al aspecto de los preparativos que se hacian en frente de sus costas, preparativos á que en un principio habia dado poca importancia.

Para un país insular, que no toma parte en las grandes luchas de las naciones sino con buques ordinariamente victoriosos, y á lo sumo con

ejércitos que hacen el papel de auxiliares, la guerra es un estado poco alarmante que no altera el reposo público ni perjudica siquiera al movimiento diario de los negocios, y una prueba palpable de esta verdad es la estabilidad que tiene el crédito en Lóndres, aun en medio de las mayores efusiones de sangre humana. Si á estas consideraciones agregamos que el ejército se recluta de mercenarios, que la escuadra se compone de gentes de mar á quienes importa muy poco vivir á bordo de los buques del estado ó de los mercantes, á quienes por el contrario las presas ofrecen un grande atractivo, se concebirá mucho mejor que para semejante país la guerra es una carga que se resuelve simplemente por medio de impuestos, una especie de especulacion, en la que se comprometen millones para obtener las mayores ventajas comerciales. Solo para las clases aristocráticas que mandan estas escuadras y estos ejércitos, que derraman su sangre mandándolos, que aspiran en fin á estender la gloria de su país tanto como á conquistar nuevas salidas de sus productos, la guerra recobra su gravedad y sus peligros, si bien nunca el mas temible de todos, porque al parecer no existe el de una invasion.

Tal era la clase de guerra que Windham y Grenville, y el débil ministerio que arrastraban en pos, creian haber atraído sobre su patria. Habian oido hablar en tiempo del Directorio de barcos chatos, pero tan frecuentemente y con tan poco efecto, que acababan por no creer una palabra de lo que oian. Sir Sidney Smith, mas experimentado sobre este particular que sus compa-



triotas, pues habia visto sucesivamente á los franceses, á los turcos y á los ingleses, desembarcar en Egipto, unas veces á pesar de cruceros temibles, y otras á pesar de vigorosos soldados apostados sobre la costa, Sir Sidney Smith, habia dicho en la tribuna del parlamento, que indudablemente se podian reunir sesenta ú ochenta lanchas cañoneras en la Mancha, y aun ciento si se queria exajerar el número, y que veinte y cinco ó treinta mil hombres eran el límite extremo de las fuerzas que era posible trasportar á Inglaterra. Segun este oficial el peligro mas grave que se podia preveer despues de aquel, era que bajase á Irlanda un ejército francés de doble ó triple fuerza del que habia desembarcado en otro tiempo en aquella isla, ejército que despues de haber agitado y assolado mas ó menos el pais, acabaria como el precedente por sucumbir y deponer las armas. Quedaban además las enemistades que continuaban agitando sordamente á Europa contra la Francia, enemistades que reanimadas muy en breve llamarian hácia el continente las fuerzas del primer consul. Habia, pues, que temer á lo sumo la guerra de los primeros tiempos de la revolucion, señalada de nuevo por algunas victorias del general Bonaparte sobre el Austria, pero con todas las probabilidades ordinarias de trastorno en un pais movible como la Francia, que en el espacio de quince años no habia soportado tres años seguidos á un mismo gobierno, y con la ventaja permanente para la Inglaterra de nuevas conquistas maritimas. Merced á multitud de desgracias y faltas, se han realizado estas previsiones; pero vamos á ver como durante muchos años, peligros

infinitamente graves amenazaron la misma existencia de la Gran Bretaña.

La confianza de los ingleses se desvaneció pronto al saber los preparativos que se hacian en la costa de Boloña. Oyeron hablar de mil doscientos barcos chatos (ignoraban que pasarian de dos mil); quedaron sorprendidos, si bien se tranquilizaron luego dudando de su reunion, y sobre todo la posibilidad de abrigarlos en los puertos de la Mancha; pero la concentracion de estos barcos chatos en el estrecho de Calais, ejecutada á pesar de los numerosos cruceros ingleses, su firmeza en el mar, su resistencia al fuego, la construccion de vastos fondeaderos para recibirlos, el establecimiento de baterias formidables para protegerlos, y la reunion de ciento cincuenta mil hombres dispuestos á embarcarse, destruian una á una las ilusiones de una seguridad presuntuosa, pues harto bien se veia que tales preparativos no podian ser una ficcion, y que se habia proveeado con demasiada ligereza al mas audaz y hábil de los hombres. Verdad es que habia viejos ingleses que confiaban en la inviolabilidad de su isla y no creian en el peligro con que se les amenazaba, pero el gobierno y los gefes de partido no pensaban que en la duda se pudiera abandonar á los azares de la suerte la seguridad del suelo británico. Veinte, treinta mil franceses, por valientes y bien mandados que fuesen, no los hubieran asustado; pero ciento cincuenta mil hombres que llevaban á su cabeza al general Bonaparte, causaban un verdadero terror en todas las clases de la nacion; y no se crea que era falta de valor por que el pueblo mas bravo del mundo hubiera po-



dido alarmarse en presencia de un ejército que habia acometido tan grandes empresas, y que estaba dispuesto á acometer otras mayores.

Una circunstancia agravaba aquella situacion, y era la inmovilidad de las potencias continentales. El Austria no queria por ciento ó dos cientos millones atraer sobre si los golpes destinados á la Inglaterra. La Prusia estaba en comunidad no de simpatias sino de intereses con Francia. La Rusia censuraba las dos partes beligerantes y se erigia en juez de su conducta, pero no se pronunciaba formalmente por ninguna. Si los franceses no iban al norte mas allá del Hannover, no habia probabilidad, á lo menos por el pronto, de arrastrar el imperio ruso á la guerra; y era evidente que no pensaban darle este motivo de tomar las armas. Los preparativos, pues, debieran ser proporcionados á la estension del peligro. Poco habia que hacer en la parte relativa á la marina para conservar la superioridad sobre Francia, pues la víspera del rompimiento se habian armado sesenta buques de linea y matriculado ochenta mil marineros, y cuando se declaró la guerra ascendió el número de buques á sesenta y cinco y el de los marineros á cien mil. Cien fragatas y cantidad infinita de bricks y de corbetas completaban este armamento. Nelson, á la cabeza de una escuadra escogida, debia ocupar el Mediterráneo, bloquear á Tolon é impedir una nueva tentativa sobre el Egipto. Lord Cornwallis, á la cabeza de otra escuadra debia bloquear á Brest, y sus lugar-tenientes á Rochefort y el Ferrol. En fin, lord Keith, comandante de todas las fuerzas navales de la Mancha y del mar del

Norte, tenia el encargo de guardar las costas de Inglaterra y vigilar las de Francia. Llevaba por lugar-teniente á sir Sidney Smith, y cruzaba con navios de setenta y cuatro, fragatas, bricks, corbetas y cierto número de lanchas cañoneras, desde la embocadura del Támesis hasta Portsmouth, desde el Escalda hasta el Somme, cubriendo por una parte las playas de Inglaterra y bloqueando por otra los puertos de Francia. Una cadena de buques ligeros, los cuales sostenian correspondencia por medio de señales en toda aquella estension de mar, debia dar la alarma al menor movimiento que observasen en nuestros puertos.

Con semejantes medidas creian los ingleses haber condenado á la inmovilidad nuestras escuadras de Brest, de Rochefort, del Ferrol y de Tolon, y establecido en el estrecho la vigilancia necesaria para tranquilizarlos.

Pero se necesitaba hacer mas en presencia de un peligro de una especie enteramente nueva cual era el de una invasion del suelo británico. Los marinos consultados habian casi todos declarado, sobre todo á la vista de los preparativos del primer consul, era imposible asegurar que no desembarcarian los franceses en la costa de Inglaterra favorecidos por la bruma, por la calma ó por la noche. Sin duda el nuevo Faraon podia ser precipitado en las olas antes de llegar á la playa, pero una vez desembarcado, no con ciento cincuenta mil hombres, sino solamente con ciento y hasta con ochenta, ¿quién le resistiria? Esa nacion orgullosa, que tan poco se habia cuidado de las desgracias del continente, que no habia temi-



do renovar una guerra que estaba acostumbrada á hacer con la sangre de otros y con el oro de que se muestra pródiga, estaba á la sazón reducida á sus propias fuerzas, obligada á armarse y no confiar ya á mercenarios, por otra parte poco numerosos, la defensa de su propio suelo. ¡Ella, tan orgullosa con su marina, sentía entonces no tener tropas de tierra, para oponerlas á los temibles soldados del general Bonaparte! La formación de un ejército era, pues, en aquel momento, el asunto de todas las discusiones de la cámara de los comunes, y como quiera que en medio de los mayores peligros es donde el espíritu de partido se muestra mas pujante, la cuestion de la guerra y la manera de sostenerla eran las que mas pábulos daban á la lucha entre los principales personajes del parlamento.

El débil ministerio Addington habia sobrevivido á sus faltas, y continuó dirigiendo, aunque por poco tiempo, la guerra que tan ligera como criminalmente habia dejado renacer. La mayoría del parlamento le suponía inferior á la carga que habia echado sobre sus hombros pero no queriendo provocar la caída del gabinete, le mantuvo contra sus adversarios, aun contra el mismo Pitt, á pesar que deseaba verlo otra vez á la cabeza de los negocios. Este poderoso gefe de partido habia vuelto al parlamento donde le llamaban su secreta impaciencia, la gravedad de los peligros públicos, y su odio á la Francia; empero mas moderado que sus auxiliares Windham, Grenville y Dundas, le sirvió de gobiernouna votacion reciente para serlo mucho mas. En efecto, habian querido dar un voto de censura al ministerio, y sola-

mente cincuenta y tres se decidieron por la afirmativa. Por una disposicion muy comun en las asambleas politicas, la mayoría hubiera querido sin pasar por un trastorno ministerial, confiar el timon del estado á los hombres mas acreditados y capaces, y Mr. Pitt que esperaba entrar pronto en el gobierno, tomaba parte en todas las discusiones casi como si hubiera sido ministro, pero mas bien para apoyar las medidas del gobierno que para impugnarlas.

La principal de estas medidas era la organizacion de un ejército. La Inglaterra tenia uno, disperso en la India, en América, y en todos los puertos del Mediterráneo, compuesto de irlandeses, escoceses, hannoverianos, suizos y aun malteses, y formado por el sistema de los reclutamientos, tan propagado en Europa antes de establecerse la conscripcion. Este ejército, como hemos visto anteriormente, se habia conducido bien en Egipto, y ascendia á cerca de ciento treinta mil hombres; pero sabido es que para que estos ciento treinta mil hombres puedan dar ochenta mil capaces de servir activamente, es necesaria una buena administracion. A esta fuerza cuya tercera parte por lo menos absorvia la guardia de Irlanda, se juntaba cincuenta mil bombres de milicia, recientemente aumentada hasta setenta mil, tropa nacional que no se podia hacer salir de su provincia, y que jamás habia visto el fuego. Conducianle oficiales retirados, señores ingleses llenos sin duda de patriotismo, pero poco á propósito para la guerra, y demasiado bisonos para resistir á los antiguos bandos que habian vencido la coalicion europea.



¿Cómo proveer á tal insuficiencia? El ministerio, rodeado de los militares mas instruidos, acordó la creacion de un ejército llamado de reserva, cuya fuerza ascendia á cincuenta mil hombres, formado de ingleses sacados por suerte, y el cual no podia ser empleado sino en la estension del Reino-unido. De esta suerte se suplía el ejército de línea y se le daba un refuerzo de cincuenta mil hombres. El reemplazo estaba permitido, pero en atencion á las circunstancias, debia hacerse á un precio muy subido. Esto era poco, y sin embargo era cuanto se podia emprender en aquel momento. Mr. Windham, mostrándose partidario de la guerra, atacó la proposicion como insuficiente, y pidió la creacion de un gran ejército de línea, que compuesto con arreglo á los mismos principios que el ejército francés, es decir, por la conscripcion, estuviese á las órdenes absolutas del gobierno y pudiera llevarse á cualquiera parte, pues, según decia, lo que habia inventado el ministerio no era mas que una estension de las milicias, que sobre valer muy poco para atacar tropas aguerridas, perjudicaria al reclutamiento del ejército por la facultad de reemplazo introducida en la nueva ley, cuyos individuos dispuestos á servir hallarian mas ventaja en hacerse sustitutos en el ejército de reserva, que alistarse en el de línea. Por tanto era de parecer que la única institucion que podia oponerse dignamente á las tropas del general Bonaparte era un ejército regular formado de la poblacion nacional, trasportable á todas partes donde fuese necesario y que por consiguiente tuviese el medio de hacerse aguerrido. Se necesita, dijo Mr. Win-

dham, el diamante para cortar el diamante.

La Inglaterra, que ya tenia una marina, queria tener tambien un ejército de tierra, ambicion muy natural, pues es raro que una nacion que cuenta con uno de los dos elementos de grandeza no quiera poseer tambien el otro. Pero Mr. Pitt dió á aquellas proposiciones la respuesta de un espíritu frio y positivo. Todas las ideas de Mr. Windham eran muy buenas, según él; pero ¿cómo crear un ejército en pocos dias? ¿Cómo hacerlo aguerrido? ¿Cómo formar los cuadros y buscar oficiales? Semejante institucion no podia ser obra de un momento. Lo que se acababa de inventar era la única cosa actualmente practicable, y no seria poca la dificultad que habia en organizar los cincuenta mil hombres pedidos, instruirlos y darles oficiales de todas graduaciones. Mr. Pitt invitó pues, á su amigo Mr. Windham á que renunciase á sus ideas á lo menos por entonces, y se adhiriera con él al plan del gobierno.

Mr. Windham no hizo caso de los consejos de Mr. Pitt y persistió en su sistema, apoyándolo en nuevas y mas fuertes consideraciones. pidiendo un alistamiento en masa como el de la Francia en 1792, y reconviniendo al débil ministerio Addington por no haber pensado en este gran recurso de los pueblos amenazados en su independencia. Este enemigo de la Francia y de Napoleon, por un efecto natural del odio que abrigaba en su corazon, fué pródigo en elogios para lo que mas detestaba, exagerando casi nuestra grandeza, nuestro poder y el peligro con que el primer consul amenazaba á la Inglaterra, para reconvenir al ministerio inglés porque no tomaba bastantes precauciones.



El ejército de reserva fué votado á pesar del desprecio del partido Windham, que lo llamaba un aumento de milicias. Contábase con esta combinacion para aumentar el ejército de línea, esperando que los hombres designados por la suerte y condenados á servir preferirian alistarse en este ejército que en cualquiera otro, y que por este medio ingresarían acaso veinte ó treinta mil reclutas mas en sus cuadros.

Creciendo sin embargo por momentos el peligro, y siendo sobre todo, aun menos probable la cooperacion del continente, hubo que recurrir al fin á la proposicion del partido mas exaltado, acabando por adoptar la idea de un alistamiento en masa. El ministerio pidió y obtuvo la facultad de llamar á las armas á todos los ingleses desde diez y siete hasta cincuenta y cinco años, debiendo en primer lugar echar mano de los voluntarios y á falta de estos, de los hombres designados por la ley, formarlos en batallones, instruirlos durante cierto número de horas por semana, y abonarles en fin una paga para indemnizarlos de la pérdida de su tiempo, si bien esta disposicion solo pertenecia á los voluntarios pertenecientes á las clases trabajadoras.

Obligado esta vez Mr. Windham á reconocer que se adoptaban sus ideas, se quejó sin embargo de que se adoptaban demasiado tarde y mal, y criticó muchos pormenores de la medida; pero al fin fué votada esta, y en poco tiempo se vió en las ciudades y condados de Inglaterra á toda la poblacion llamada á las armas hacer el ejercicio todas las mañanas con el uniforme de voluntarios, uniforme que todas las clases adoptaron,

hasta el respetable Mr. Addigton que se presentó con él en el parlamento, á pesar de lo mucho que desdecia de sus costumbres, y sin embargo del ridículo en que incurria con semejante manifestacion. El anciano rey, y su hijo el príncipe de Galles, pasaron en Lóndres revistas á que los príncipes franceses desterrados, cometieron la imperdonable falta de asistir. Presentáronse en Lóndres hasta veinte mil de estos voluntarios, cuya fuerza no era por cierto muy considerable para tan vasta poblacion. Por lo demás, el número era bastante grande en la estension de Inglaterra, para proporcionar una fuerza imponente si hubiera estado organizada; pero no se improvisan soldados, y mucho menos oficiales. Si en Francia se había dudado del valor de los barcos chatos, en Inglaterra se dudaba mucho mas del valor de aquellos voluntarios, y ya que no de su bizarría por lo menos de sus hábitos guerreros. A estas medidas se agregó el proyecto de fortificaciones de campaña alrededor de Lóndres en los caminos que conducian á aquella capital y sobre los puntos mas amenazados de las costas, situando parte de las fuerzas activas, desde la isla Wight hasta la embocadura del Támesis; y estableciéndose un sistema de señales para dar la alarma por medio de hogueras encendidas á lo largo de las costas, á la primera aparicion de los franceses. Construyéronse además carros de una forma particular para trasladar las tropas en posta á los puntos amenazados. En una palabra, así de este lado del estrecho como del otro, se hicieron esfuerzos de invencion extraordinarios para discurrir medios nuevos de defensa y de ataque, para



vencer los elementos y asociarlos á su causa. Las dos naciones, como atraídas sobre aquella doble playa, daban en ellas en aquel momento un grande espectáculo al mundo; la una, turbada cuando pensaba en su inesperecia de las armas, se habia tranquilizado al considerar aquel Océano que le servia de muralla; la otra tan llena de confianza en su bravura, en sus hábitos guerreros y en el genio de su gefe, media con la vista el brazo de mar que contenia su ardor, se acostumbraba todos los dias á despreciarle, y tenia por cosa segura atravesarlo bien pronto en pos del vencedor de Marengo y de las Pirámides.

Ninguna de las dos suponía otros medios que los que estaban preparados á su vista. Los ingleses que creian exactamente bloqueadas las plazas de Brest y Tolon, no imaginaban que pudiera aparecer una escuadra en el canal de la Mancha. Los franceses egercitándose todos los dias en navegar en sus lanchas cañoneras, no imaginaban que existia otra manera de salvar el estrecho. Nadie sospechaba la principal combinacion del primer consul. Sin embargo, los unos temian y los otros esperaban alguna repentina invencion de su genio: tal era la causa de la turbacion que reinaba en un lado de la Mancha, y de la confianza que reinaba en el otro.

Preciso es decir, que los medios preparados para resistirnos eran poca cosa, si se salvaba el estrecho, pues admitiendo que se llegaran á reunir entre Lóndres y la Mancha cincuenta mil hombres del ejército de línea, y treinta ó cuarenta mil del ejército de reserva, y que se agregase á estas tropas regulares la mayor masa posible

de voluntarios, no llegarían siquiera á la fuerza numérica del ejército francés destinado á pasar el estrecho? Y que hubieran podido todos juntos, aun en número dos ó tres veces superior, contra los ciento cincuenta mil hombres, que en diez y ocho meses, bajo el mando de Napoleon, batieron en Austerlitz en Jena y en Friedland, á todos los ejércitos europeos, tan bravos, al parecer, pero de seguro mas aguerridos, y cuatro ó cinco veces mas considerables que las fuerzas británicas? Los preparativos de los ingleses eran, pues, en realidad de muy poca monta, y el Océano era siempre su defensa mas segura. En todo caso, cualquiera que fuese el resultado definitivo, era ya un cruel castigo de la conducta del gobierno británico, aquella agitacion que reinaba en todas las clases, arrancados los artesanos de sus talleres, los comerciantes de sus negocios y los señores ingleses de su opulencia: semejante agitacion, prolongada por un momento mas, hubiera llegado á ser una inmensa desgracia, y acaso un grave peligro para el órden público.

El gobierno británico en su ansiedad tuvo que recurrir á todos los medios, aun á aquellos que menos aconsejaba la moral, para conjurar el golpe que le amagaba. Durante la primera guerra, habia fomentado insurrecciones contra todas las formas de gobierno que se habian sucedido en Francia. Despues aunque estas insurrecciones fuesen poco presumibles bajo la fuerte administracion del primer consul, habia conservado en Lóndres á espensas del erario aun durante la paz, todos los estados mayores de la Vendée y de la emigracion. Esta obstinacion en conservar bajo



su mano los culpables instrumentos de una guerra generosa, habia contribuido mucho, como se ha visto, á malquistar de nuevo á los dos países. Las diversiones son sin duda uno de los recursos ordinarios de la guerra, y la insurreccion de las provincias es una de las diversiones que se consideran como mas útil y que con menos escrúpulo se emplean. Si los ingleses hubieran intentado sublevar á la Vendée, el primer consul hubiera podido pagarles intentando insurreccionar la Irlanda. El medio era reciproco y muy usado; pero en aquel momento estaba fuera de toda probabilidad una insurreccion en la Vendée. El empleo de los chuanes y de su gefe Jorge Cadoudal, no podia tener mas que un efecto, el de intentar algun golpe abominable, como la máquina infernal ú otro semejante. Llevar el medio de la insurreccion hasta derribar un gobierno, es recurrir á prácticas de una legitimidad muy controvertible; pero intentar derribarlo por medio del ataque de las personas que gobiernan, es traspasar todos los límites del derecho de gentes admitido entre las naciones.

Por lo demás, puede juzgarse por los hechos mismos del grado de complicidad de los ministros británicos en los proyectos criminales, meditados de nuevo por los emigrados franceses refugiados en Lóndres. Nuestros lectores se acordarán de aquel temible gefe de los chuanes de Morbihan, Jorge Cadoudal, que solo entre los vendeanos presentados al primer consul, habia resistido á su ascendiente, retirándose primero á Bretaña y despues á Inglaterra. Vivía en Lóndres en el seno de una verdadera opulencia, distribuyendo á los emigrados

franceses las sumas que les concedia el gobierno británico, y pasando su tiempo en la sociedad de los príncipes emigrados, particularmente los dos mas activos el conde de Artois y el duque de Berry. Que estos príncipes quisieran volver á Francia, nada mas natural. Que quisieran volver por medio de una guerra civil, nada mas comun, ya que no legitimo: pero desgraciadamente para su honor, no podian contar ya con una guerra civil sino solamente con las conspiraciones.

La paz habia desesperado á los desterrados así á los príncipes como á todos los demás; la guerra les volvía á sus esperanzas, no solamente porque les aseguraba el concurso de parte de la Europa, sino porque debia, segun ellos, arruinar la popularidad del primer consul. Sostenian correspondencia con la Vendée por medio de Jorge, y con Paris por medio de los emigrados que habian vuelto. Lo que soñaba la Inglaterra, sus partidarios lo soñaban en Francia, y las menores circunstancias que venian á conformarse con aquellas ilusiones, cambiaban en seguida á sus ojos aquellas ilusiones en realidad, diciéndose unos á otros en aquellas deplorables correspondencias, que la guerra iba á dar un golpe funesto al primer consul; que su poder, ilegítimo para los franceses que habian permanecido fieles á la sangre de los Borbones, y tiránico para los franceses que habian permanecido fieles á la revolucion, no tenia para hacerse soportar mas que dos títulos, el restablecimiento de la paz y el del orden; que uno de estos títulos desaparecia completamente desde el rompimiento con Inglaterra, que el otro estaba muy comprometido porque era dudoso que pudiera mantener-



se el orden en medio de las ansiedades de la guerra. El gobierno del primer consul iba, pues, á perder su popularidad como todos los gobiernos que le habian precedido. Los hombres sensatos y tranquilos no podian perdonarle que volviera á romper las hostilidades con Europa, y debian desconfiar de su estrella, desde que las dificultades no se allanaban ya con su presencia. Habia además enemigos de diferentes especies, de que se podia echar mano con mucha utilidad, contándose en primer lugar los revolucionarios y despues los hombres envidiosos de su gloria de que abundaba el ejército. Decíase que los jacobinos estaban exasperados y los generales muy poco satisfechos de haber contribuido á hacer de un igual un gefe. Era, pues, preciso crear un solo partido de todos estos descontentos para derribar al primer consul. Todo lo que se mandaba desde Francia y todo lo que se contestaba desde Lóndres iba siempre encaminado hácia este plan; reunir á los realistas, á los jacobinos y á los descontentos del ejército en un solo partido para abrumar al usurpador Bonaparte.

Tales eran las ideas con que se alimentaban en Lóndres los principes franceses, y con las cuales entretenian estos al gabinete británico, pidiéndole fondos que él prodigaba, sabiendo de una manera casi positiva, el destino que pensaba dársele.

Como consecuencia de este plan, se urdió una vasta conspiracion que fué conducida con la impaciencia natural de los emigrados, y para la cual se quiso contar con Luis XVIII, retirado á la sazón en Varsovia; pero este principe, que nunca

habia estado de acuerdo con su hermano, el conde de Artois, cuya estéril é imprudente actividad desaprobaba, rechazó semejante proposicion ¡Singular contraste el que estos dos principes ofrecian! El conde de Artois ostentaba una honradad sin prudencia y Luis XVIII una prudencia sin honradad. El conde de Artois entraba en proyectos indignos de su corazon, y Luis XVIII los rechazaba porque eran indignos de su talento. Luis XVIII resolvió desde entonces permanecer extraño á todos los manejos á que la guerra iba á dar otra vez funesta ocasion. El conde de Artois colocado á una gran distancia de su hermano mayor, escitado por su ardor natural, por el de los emigrados, y lo que es mas deplorable, por el de los mismos ingleses, tomó parte en todos los proyectos que las circunstancias despertaron en aquellos cerebros turbados por una continua exaltacion. Los emigrados franceses sostenian comunicaciones con el gabinete inglés por medio del subsecretario de estado, Mr. Hammon, á quien se habia visto figurar en muchas negociaciones, y á él se dirigian para todo en Inglaterra; y fuera, á tres agentes de la diplomacia británica: Mr. Taylor, ministro en Hesse; Mr. Spencer Smith, ministro en Stuttgart; y Mr. Drake, ministro en Baviera. Colocados estos tres agentes cerca de nuestras fronteras, intentaban anudar toda especie de intrigas en Francia, y á secundar por su parte las que se tramasen en Lóndres. Estaban en correspondencia con Mr. Hammon, y tenian á su disposicion sumas de dinero considerables. Difícil es creer que esos oscuros manejos de policia, que los gobiernos se permiten algunas veces, como simples medios de



informacion, y á los cuales consagran pequeños fondos, seconvirtiesen en verdaderos proyectos politicos, que pasaban por los agentes mas elevados, que iban á parar hasta el ministerio mas importante, que es el de negocios estrangeros, y que costaban casi millones.

Los principes franceses mas comprometidos en aquellos proyectos, eran el conde de Artois, y su segundo hijo, el duque de Berry. El duque de Angulema residia entonces en Varsovia al lado de Luis XVIII. Los principes de Condé vivian en Lóndres, pero sin intimidad con los principes de la rama primogénita, y siempre agenos á sus proyectos. Tratábaseles como á soldados, constantemente dispuestos á tomar las armas, y únicamente á propósito para este papel. Mientras que el abuelo y el padre de los Condés estaban en Lóndres, el nieto, el duque de Enghien, se hallaba en el pais de Baden, entregado al placer de la caza, y á la pasion amorosa que sentia por una princesa de Rohan. Hallándose todos tres al servicio de la Gran Bretaña, habian recibido la órden de estar preparados á principiarse de nuevo la guerra, y habian obedecido como los soldados obedecen al gobierno que los paga: triste papel sin duda para los Condés, menos triste sin embargo que el de tramar conjuraciones.

Hé aqui cual fué el plan de la nueva conspiracion. Insurreccionar la Vendée no presentaba ya probabilidad alguna; por el contrario, atacar directamente, en medio de Paris, al gobierno del primer consul, parecia un medio pronto y seguro de conseguir el objeto. Derribado el gobierno consular, nada habia ya posible, segun los autores

del proyecto, nada absolutamente sino los Borbones; empero como el gobierno consular estribaba todo entero en la persona del general Bonaparte, era indispensable destruir á este. La conclusion era forzosa; pero era menester destruirle de una manera segura; una puñalada, una máquina infernal, todo esto era de un éxito dudoso, porque todo estodependia de la seguridad de la mano de un asesino ó de los azares de una esplosion. Quedaba un medio hasta entonces no ensayado, y por consiguiente no desacreditado todavia; consistia este en reunir cien hombres determinados, á cuya cabeza se pondria el intrépido Jorge; acometer en el camino de Saint-Cloud ó de la Malmaison el coche del primer consul; atacar su escolta compuesta solamente de diez á doce hombres de á caballo, dispersarla y matarle así en una especie de combate. De esta suerte habia la seguridad de no errar el golpe. Jorge, que era valiente, que tenia pretensiones militares y que no queria pasar por un asesino, exigia que asistieran tambien dos principes, ó por lo menos, que se colocaran á su lado, para que así reconquistasen con la espada en la mano la corona de sus antepasados. ¿Se creerá? ¡Aquellos espíritus pervertidos por la emigracion, se imaginaban que atacando así al primer consul rodeado de sus guardias, daban una especie de batalla y que no eran asesinos! Se creian iguales al noble archiduque Carlos combatiendo al general Bonaparte en Tagliamento ó en Wagram, y que solamente eran inferiores á él en el número de los soldados! Deplorables sofismas á que no podian dar crédito sino á medias, los mismos que los hacian, y que prueban en aquellos desgraciados



principes de Borbon, no una perversidad natural, sino una perversidad adquirida en la guerra civil y en el destierro! A uno solo entre todos aquellos hombres le estaba bien su papel: este era Jorge, pues maestro en aquel arte de sorpresas, formado para este mismo arte en medio de los bosques de la Bretaña, y ejerciéndolo á la sazón á las puertas de Paris, no temía ser relegado al rango de esos instrumentos, de que se sirve uno para repudiarlos en seguida, porque esperaba tener principes por cómplices. De este modo se aseguraba toda la dignidad compatible con el papel que iba á representar, y por su actitud atrevida delante de los tribunales probó bien pronto que no era el que se habia humillado en aquella coyuntura.

No es esto todo, era preciso despues del combate recoger el fruto de la victoria. Era preciso preparar todo para que la Francia se arrojase en los brazos de los Borbones. Los partidos se habian devorado unos á otros, y no quedaba ninguno que conservara un poder verdadero. Los revolucionarios violentos se habian hecho odiosos. Los revolucionarios moderados, refugiados al lado del general Bonaparte, carecian de fuerza. Solo quedaba en pié el ejército, y este era el que importaba conquistar. Pero estaba consagrado á la revolucion por la que habia derramado su sangre, y tenia una especie de horror á todos los emigrados, á quienes habia visto tantas veces con uniformes ingleses ó austriacos. Aquí es donde la envidia, eterna y perversa pasion del corazón humano, ofrecia á los conspiradores realistas útiles y preciosos socorros.

No se hablaba de otra cosa que de la enemis-

tad del general Moreau con Bonaparte. Ya hemos dicho en otro lugar que el general del ejército del Rhin, prudente, reflexivo y firme en la guerra, era en la vida privada negligente y débil, dejándose gobernar por cuantas personas le rodeaban; que bajo esta funesta influencia no se habia escapado del vicio de la envidia; que colmado de favores y atenciones por el primer consul le habia tomado ojeriza sin otra razon que la de ser él el segundo en el estado y el general Bonaparte el primero; en semejante disposicion de ánimo habia faltado Moreau á lo que la politica exigia, negándose á seguir al primer consul á una revista, y que éste siempre pronto á devolver una ofensa, se habia abstenido de convidar á Moreau al festin que se daba anualmente en celebridad de la fundacion de la República; que Moreau habia cometido la falta de ir á comer aquel mismo dia en traje de paisano con oficiales descontentos en unos de esos parages públicos donde podia verle todo el mundo. Hemos contado estas miserias de la vanidad que comienzan entre las mugeres por vulgares rencillas y van á terminar entre los hombres por escenas trágicas. Si es difícil evitar una desavenencia entre personajes de alta categoria, lo es mucho mas cortarla una vez declarada. Desde aquel dia no habia cesado Moreau de mostrarse mas y mas hostil al gobierno consular. Cuando se concluyó el concordato, gritó que se trataba de reproducir la dominacion de los sacerdotes; cuando se instituyó la Legion de Honor, gritó que se iba á restablecer la aristocracia, y en fin gritó que se iba á restablecer la monarquia cuando se constituyó el consulado perpétuo. Habia concluido



por no presentarse en casa del gefe del gobierno ni en la de ninguno de los cónsules. La renovacion de la guerra hubiera sido para él una ocasion honrosa de volver á presentarse en las Tullerías para ofrecer sus servicios, no al general Bonaparte, sino á la Francia; pero Moreau arrastrado poco á poco en aquellas vias del mal donde los pasos son tan rápidos, habia considerado en el rompimiento de la paz mas que la desgracia del país, el descalabro de un rival detestado, y se habia colocado aparte para ver cómo saldria desu apuro aquel enemigo que él mismo se habia creado. Vivía, pues, en Grosbois en medio de las comodidades, justo premio de sus servicios, como pudiera hacer un gran ciudadano, victima de la ingratitude del príncipe.

El primer consul se atraía rivales y enemigos por su gloria, y se los atraía tambien por su familia. Murat, á quien por largo tiempo habia reusado elevar al rango de su cuñado, que con un corazon escelente, talento natural y valor caballeresco, se servía algunas veces muy mal de todas estas cualidades, Murat lleno de una vanidad que disimulaba delante del primer consul, pero que mostraba libremente desde que no se hallaba á la vista de aquel gefe severo, ofuscaba á los que siendo demasiado pequeños para envidiar al general Bonaparte, envidiaban á lo menos á su cuñado. Había, pues, rivales grandes y pequeños, y unos y otros se agrupaban al rededor de Moreau. En Paris, durante el invierno y en Grosbois durante el estio, habia una corte de descontentos donde se hablaba con una indiscreccion sin limites. El primer consul lo sabia y

se vengaba de ellos, no solamente por el progreso constante de su poder, sino tambien por medio de desprecios públicos y notorios, pues aunque por largo tiempo se habia impuesto una extraordinaria reserva, habia acabado por no contenerse y devolvía á la mediocridad sus sarcasmos, si bien los suyos eran los del genio; sarcasmos que se repelían por lo menos tanto como los que salían de la sociedad de Moreau.

Los partidos inventan las enemistades que no existen á fin de servirse de ellas, y con mucha mas razon se sirven pronto y pérfidamente de las que existen; así es que no tardó en verse Moreau rodeado de personas interesadas en fomentar la desavenencia con el general Bonaparte, y si habia de dar crédito á los descontentos de todos los partidos, él era el general cumplido, el ciudadano modesto y virtuoso, y el general Bonaparte el capitan imprudente y afortunado, el usurpador sin genio, el corso insolente que se atrevía á derribar la República y escalar las gradas del trono ya restablecido. Era preciso, decían, dejarle perderse en una empresa loca y ridicula contra la Inglaterra, y guardarse de ofrecerle su espada. Así es que despues de haber tratado al vencedor de Egipto y de Italia como un aventurero, se trataba á la espedicion patriótica á que con tanto celo se consagraba, como la mas extravagante de las calaveradas.

Aquellas desgraciadas divisiones daban suma facilidad á los conspiradores de Lóndres para urdir la segunda mitad de su proyecto. Ante todas cosas era preciso ganar á Moreau, y por medio de éste al ejército; y entonces muerto el primer



consul en el camino de la Malmaison, ganado Moreau vendria á la cabeza del ejército á reconciliar aquella temible parte de la nacion con los Borbones que habian tenido el valor de reconquistar su trono con la espada en la mano. Pero ¿cómo acercarse á Moreau que estaba en París rodeado de una sociedad enteramente republicana, mientras que en Lóndres se hallaban los conspiradores en medio de lo mas escogido de los chuanes? Necesitábase, pues, una persona intermedia. Desde el centro de los desiertos de América habia llegado una, muy ilustre, muy decaida por la falta de su primera ilustracion, pero dotado de grandes cualidades y adicto á la vez á los realistas y á los republicanos: era este Pichegrú, el vencedor de Holanda, deportado por el Directorio á Sinaamari. Habíase escapado del lugar de su deportacion y habia venido á Lóndres, donde vivia con el secreto deseo de no detenerse allí y de volver á Francia aprovechándose de la politica que llamaba sin distincion á los culpables ó victimas de todos los partidos. Pero la guerra suspendida por un instante habia vuelto á encenderse muy pronto, y con ella despertaban las ilusiones y las locuras de los emigrados, á quienes Pichegrú habia enagenado su libertad, enagenándoles su honor. Habíale comprendido, casi á pesar suyo, en la conspiracion, encargándole que fuese para con Moreau la persona intermedia que necesitaban para adherir este último á la causa de los Borbones, y para fundir en un solo partido á los republicanos y realistas de todos los matices.

El plan que se habia adoptado concordaba bastante con ciertas apariencias del momento,

para ser especioso, y muy poco con la realidad para llevarse á buen término, pero de todos modos presentaba mas probabilidad de la que necesitaban los impacientes que todo lo hallaban bueno con tal que se agitasen, y llenasen con estas agitaciones la pesada ociosidad del destierro.

Era preciso volver á Francia, á donde si Jorge queria que le siguieran uno ó dos príncipes, no exigia sin embargo llevarlos inmediatamente consigo, pues opinaba que era preciso prepararlo todo antes de hacerlos venir, á fin de no esponerlos inútilmente á una estancia prolongada en París á la vista de una policia vigilante. Decidióse, pues, á partir el primero, y volverse á París para organizar allí el bando de chuanes con quienes debia atacar la guardia del primer consul. Durante este tiempo debia Pichegrú ponerse en comunicacion con Moreau, primero por medio de un agente, y despues de una manera directa trasladándose él mismo á París. En fin, cuando se hubiese preparado todo por ambas partes, cuando se pudiera contar á un mismo tiempo con los chuanes para dar el combate, y con Moreau para asegurar la adhesion del ejército, los príncipes vendrian los últimos la vispera ó el dia de la ejecucion.

Una vez acordado todo esto, Jorge acompañado de una tropa de chuanes, con cuya resolucion y fidelidad podia contar, dejó á Lóndres para volverse á Francia. Todos estaban provistos de armas como malhechores que iban á recorrer los bosques, y Jorge llevaba ademas en un cinto mas de un millon en letras de cambio, dinero que, sea dicho de paso, no facilitaban los príncipes fran-



ceses reducidos á la mayor estrechez para vivir. Las sumas, pues, que circulaban entre aquellos emprendedores de conjuraciones procedían de la fuente comun, es decir, del tesoro británico.

Un oficial de la marina real inglesa, el capitán Wright, marino intrépido, que mandaba un buque ligero, recibía en Deal ó Hastings á los emigrados viageros, y se encargaba de desembarcarlos en el punto de la costa que designasen. Desde que el primer consul, bien advertido de los frecuentes desembarcos de chuanes, había mandado guardar con mas cuidado que nunca las costas de Bretaña, habían cambiado de dirección y pasaban por Normandía. Entre Dieppe y el Treport, á lo largo de una ribera escarpada, llamada Biville, había una salida misteriosa practicada en una hendidura de la roca, y frecuentada solamente por los contrabandistas. En la cumbre de la roca había atado fuertemente un cable, que bajando por aquella hendidura venía á caer en el mar. A un grito que servía de señal, los secretos guardianes del paso arrojaban el cable, que el contrabandista cogía y con cuyo auxilio subía al precipicio, que tenía de altura sobre trescientos pies, llevando un pesado fardo sobre sus espaldas. Los confidentes de Jorge habían descubierto este camino que habían pensado en apropiarse para su uso, lo cual era fácil con el dinero de que disponían. Para completar la comunicacion con París, habían establecido una serie de albergues, ora en quintas aisladas, ora en castillos habitados por nobles normandos, realistas fieles y discretos que salían poco de su retiro. De este modo se podía llegar de la ribera de la Mancha á París, sin

pasar por un camino real y sin tocar en posada alguna. En fin, para no comprometer aquel camino frecuentándolo demasiado, lo reservaban á los personajes mas importantes del partido. El dinero profusamente derramado entre alguno de aquellos realistas, cuyas habitaciones se tomaban prestadas, la fidelidad en los demás, y sobre todo el alejamiento de los lugares frecuentados, hacían difíciles las indiscreciones y seguro el secreto por algun tiempo.

De este modo fué como Jorge penetró en Francia. Embarcado en el buque del capitán Wright, saltó en tierra al pie de la ribera escarpada de Biville el 21 de agosto (1803), en el momento mismo en que el primer consul inspeccionaba las costas. Salvó el paso de los contrabandistas, y de albergue en albergue, llegó con alguno de sus mas fieles oficiales hasta Chaillet, en uno de los arrabales de París, donde se le había preparado un alojamiento, de donde podía salir de noche y venir á París, ver allí á sus asociados y preparar el golpe de mano para el cual se había vuelto á Francia.

Animoso y sensato, Jorge tenía las pasiones pero no las ilusiones de su partido, y juzgaba mejor que los demás lo que era practicable, intentando con el valor lo que los emigrados, sus cómplices, intentaban por obcecacion. Al llegar á París, vió pronto que el primer consul no estaba despolarizado, como le habían escrito á Londres; que los realistas y los republicanos no estaban tan dispuestos á lanzarse en el camino de las aventuras, como le habían anunciado, y que allí como siempre, la realidad distaba mucho de



las promesas. Pero no era el hombre que se desanimaba facilmente, ni sobre todo que tratase de desanimar á sus asociados participándoles sus observaciones. En su consecuencia puso manos á la obra, reflexionando que despues de todo, para dar un golpe de mano no se necesitaba de la opinion pública: muerto el primer consul, se obligaria á la Francia, á falta de otra cosa mejor, á echarse en brazos de los Borbones. Desde el fondo de su impenetrable oscuridad envió emisarios á la Vendée para ver, si con motivo de la conscripcion, estaba dispuesta á sublevarse de nuevo, y si los conscriptos de aquel pais decian, como en otro tiempo, que servir por servir, valla mas empuñar las armas en contra que en favor del gobierno revolucionario. Pero halló la mas completa inercia en la Vendée. Su nombre solo, entre todos los nombres vendeanos, habia conservado algun prestigio, porque se le consideraba como un realista incorruptible que habia preferido el destierro á los favores del primer consul. Habia simpatias en favor del representante de una causa conforme con las mas secretas afecciones de la poblacion, pero recorrer los bosques y los caminos reales no era del gusto, ni de la aprobacion de nadie. Por otra parte los sacerdotes, verdaderos inspiradores del pueblo vendeano, estaban adheridos al primer consul, y todo lo que se podia esperar eran algunos reclutamientos insignificantes; pero lo que mas debia desconsolar á los conspiradores, era que ya no se encontraban como antes tantos chuanes determinados, que estaban dispuestos á todo, mas bien que á volver á sus ocupaciones laboriosas y pacificas. Era pre-

ciso sin embargo encontrar algunos, y que fuesen á la vez valientes y discretos. En dos meses que hacia ya que Jorge estaba en Paris, apenas habia podido reunir unos treinta hombres, á quienes no se decia el objeto de su reunion, ni se daban á conocer unos á otros. Sabian solamente que se los destinaba á una empresa próxima en favor de los Borbones, lo cual les convenia; y entre tanto se les pagaba bien, lo que no les convenia menos; preparándoles Jorge en secreto uniformes y armas para el dia del combate.

Desde el seno del misterio en que vivia, y con muchas precauciones, aunque no era de su incumbencia la parte del proyecto relativo á los republicanos, habia querido saber si los asuntos marchaban mejor por esta parte que por la de los realistas, y al efecto trató de sondear por medio de un breton fiel al secretario de Moreau, llamado Fresnieres, el cual era tambien breton y estaba ligado con los partidos, aun con Mr. Fouché. Esto equivalia á pasar bien cerca del peligro, por que en aquel momento estaba muy alerta Mr. Fouché, deseoso de aprovechar una ocasion en que pudiera ofrecer sus servicios al primer consul. Fresnieres nada dijo que pudiera inspirar el aliento y la confianza con respecto á Moreau, y sus respuestas fueron á lo menos, insignificantes. Jorge no las tuvo en cuenta y resuelto á intentarlo todo, recomendó la actividad á sus agentes de Londres, por que comprometido en medio de Paris despues de tantos meses, corria allí inutilmente los mayores peligros.

Mientras que Jorge estaba así ocupado, los agentes de Pichegrú habian obrado por su parte y



puéstose en comunicacion con Moreau. Antiguos factores de provisiones, especies de hombres que llegan á ser á veces los ayudantes de los generales, recibieron el encargo de llevar algunas palabras á Moreau, de parte de Pichegrú. Preguntáronle si se acordaba de este antiguo compañero de armas, y si le guardaba todavía algun rencor; y en verdad que no era Moreau quien debia querer mal á Pichegrú, á quien habia denunciado el Directorio entregando los papeles del fulgon de Klinglin. Poseido además del odio presente, no era capaz de pensar en los resentimientos pasados. Así es que no espresó mas que benevolencia y hasta simpatia por las desgracias de aquel antiguo amigo. Entonces le preguntaron si queria interesarse por Pichegrú, y valerse de su influencia para obtener su entrada en Francia. ¿Porqué el armisticio concedido á todos los soldados de Condé, no se habia de conceder tambien al vencedor de la Holanda?... Moreau contestó que deseaba ardientemente la vuelta de aquel antiguo compañero de armas; que consideraba aquella vuelta como un acto de justicia debido á sus servicios; que contribuiria á ella con mucho gusto, si sus relaciones actuales con el gobierno se lo permitian; pero que indispueto con los hombres que gobernaban, no volveria á poner los pies en las Tullerías. Después vinieron naturalmente las confidencias sobre sus agravios, sobre su aversion al primer consul y sobre su deseo de ver pronto á la Francia libre del penoso yugo que la imponia.

Adivinada la disposicion de ánimo en que se hallaba Moreau, emplearon como persona inter-

media para entenderse con él, á uno de sus antiguos oficiales, el general Lajolais, uno de los confidentes mas peligrosos que podian ser admitidos en la intimidad de un hombre débil que no sabia gobernarse. Lajolais era pequeño y cojo, notablemente dotado del espíritu de intriga, lleno de necesidades y casi reducido á la indigencia. Para captar su voluntad se envió á un desertor de los ejércitos republicanos, disfrazado de mercader, con cartas de Pichegrú y una fuerte suma de dinero, y en verdad que no le costó gran trabajo hacer aquella conquista. Ganado, pues, Lajolais, cómplice ya de la conspiracion, se adhirió á los pasos de Moreau y le arancó facilmente la confianza de su odio y de sus deseos, que á nada menos tendian que á destruir el gobierno consular por todos los medios posibles. Lajolais no se aventuró hasta el punto de presentar abiertamente proposiciones; pero crédulo como son todos los mediadores, imaginó que no faltaba mas que decir una palabra á Moreau para decidirlo á tomar una parte activa en la conspiracion, y si creyó mas de lo que habia, dijo á sus mandatarios mas de lo que creia. Así es como se urden las tramas de esta especie, por agentes que se engañan á si mismos en una mitad, y engañan en la otra á los que los emplean. Lajolais dió, pues, las mayores esperanzas á los enviados de Pichegrú, y apremiado por ellos, consintió en partir para Londres, á fin de ir él mismo á informar de todo verbalmente á los altos personajes de quien habia llegado á ser instrumento.

Lajolais y su conductor se vieron obligados á



pasar por Hamburgo á fin de llegar á Londres con mas seguridad, pero de este modo perdieron mucho tiempo. Al desembarcar en Inglaterra, supieron que las autoridades británicas habian dado las órdenes necesarias para que fuesen recibidos inmediatamente. No tardaron en llegar á Londres, y en ser presentados á Pichegrú y demás autores de la intriga. La llegada de Lajolais llenó de una alegría tan loca á todas aquellas almas impacientes, que el conde de Artois tuvo la imprudencia de asistir á aquellos conciliábulos, comprometiéndole en ellos su rango, su dignidad y su familia, y aunque es cierto que solo los principales conjurados le conocian, sin embargo, la vivacidad de sus sentimientos y de su lenguaje llamó la atención, y pronto fué de todos conocido. Al oír el conde de Artois contar á Lajolais con ridícula exageracion todo lo que habia sabido por boca de Moreau, y afirmar que Pichegrú no tenia que hacer mas que presentarse para arrastrar la adhesion de aquel general republicano, no pudo contener ya su alegría, y exclamó:—Si nuestros dos generales están de acuerdo, pronto estaré de vuelta en Francia.—Estas palabras no pudieron menos de atraer sobre el príncipe las miradas de los conjurados, quienes preguntaron y supieron que el personaje que en aquellos términos se expresaba, era el primer príncipe de la sangre, hijo de reyes, llamado á ser él mismo rey, á quien la influencia corruptora del destierro conducia á actos tan poco dignos de su rango y de su corazón. Era tan grande la satisfaccion, dice uno de los agentes, que mas tarde reveló todos estos detalles, que si hubiese estado presente el rey de In-

glaterra habria querido formar parte de la expedicion (1).

Los conjurados acordaron volver sin mas dilaciones á Francia para dar la última mano á la ejecución de la empresa. Ya era tiempo de darse prisa, porque si el infortunado Jorge quedaba solo en la vanguardia en medio de los agentes de la policia consular, corria los mas graves peligros; así es, que para que no se creyera abandonado, le enviaron á fines de diciembre otro destacamento de emigrados, y aun se resolvió que esta vez se embarcase para Francia el mismo Pichegrú acompañado de los principales personajes, tales como Mr. de Riviere y uno de los señores de Polignac, y que marcharon á reunirse con Jorge por el camino facilitado al intento. Luego que estos nuevos enviados lo tuviesen todo preparado y cuando Mr. de Riviere, que era el que obraba con mas aplomo, afirmase que habia llegado el momento, y que la empresa proyectada estaba bastante madura (2) para que pudieran arriesgarse los mismos príncipes, pasarían á Francia el conde de Artois ó el duque de Berry, o ambos juntos para tomar parte en el proyectado combate contra la persona del primer consúl.

(1) Estas palabras, así como toda la relacion de este deplorable asunto, están tomadas con escrupulosa fidelidad del voluminoso proceso que se formó, y del cual una parte ha visto la luz pública, y otra ha quedado en los archivos del gobierno. Nosotros no hemos admitido como dignos de fé mas detalles que los que están fuera de duda, así por la conformidad de todas las revelaciones como por el carácter evidente de verdad de que se hallan revestidos.

(2) Véase mas adelante la deposicion de Mr. de Riviere.



Pichegrú partió, pues, con los principales emigrados franceses para aquella expedición, donde iba á sepultar para siempre su gloria ya marchita, y su vida que debia haber empleado de otro modo. Partió en los primeros dias del año 1804, se embarcó en el buque del capitán Wright, y desembarcó en la misma costa de Biville el 16 de enero. El vencedor de Holanda, acompañado de las personas mas ilustres de la nobleza francesa, tomó el camino de los contrabandistas, halló á Jorge que habia venido á su encuentro hasta cerca del mar, y de albergue en albergue atravesando los bosques de la Normandía llegó á Chaillot el 20 de enero.

Jorge no tenia reunida toda su gente; pero atrevido como era, estaba dispuesto á lanzarse sobre el coche del primer consul y herirle infaliblemente. Sin embargo era preciso entenderse de una manera definitiva con Moreau para estar seguro de que este golpe de mano seria secundado y protegido. Los medianeros fueron á verle otra vez, y le dijeron que Pichegrú habia llegado secretamente y deseaba hablarle. Moreau consintió en ello, y no queriendo recibir á Pichegrú en su casa, le dió una cita para la noche en el Boulevard de la Magdalena. Pichegrú asistió á ella. Hubiera querido estar solo, porque era frio, prudente, y gustaba poco de aquella sociedad de gentes vulgares y agitadas, que le asediaban con su impaciencia, y cuya compañía era el primer castigo de su conducta. Pichegrú concurrió á la cita con un número crecido de personas, y sobre todo, con Jorge, que queria examinarlo todo con sus propios ojos para saber sobre que fundamento

iba á arriesgar su vida en una tentativa desesperada.

En una noche oscura y fria del mes de enero á una señal convenida, se avistaron Moreau y Pichegrú. Era la primera vez que volvian á verse desde el tiempo en que combatieron juntos en las orillas del Rhin, cuando su vida era irreprochable, y su gloria sin mancilla. Apenas se habian recobrado de la emocion que debian producir tantos recuerdos, cuando se presentó Jorge y se dió á conocer. Moreau se sorprendió, se mostró de repente frio, visiblemente descontento, y aun manifestó á Pichegrú el desagrado que le causaba semejante encuentro. Fué preciso separarse sin haber dicho nada significativo ni útil, debiendo volver á verse de otra manera y en otra parte.

Este primer encuentro produjo en Jorge la mas desagradable impresion. — Esto va mal, fueron sus primeras palabras. Pichegrú temió haberse aventurado un poco. Sin embargo, los intrigantes que servian de mediadores vieron á Moreau, y no disimulándole nada, le dijeron que se trataba de conspirar para derribar el gobierno del primer consul. Moreau no se oponia á la caída de aquel gobierno, por medios que sin ser enunciadados podian sin embargo adivinarse; solamente mostró una repugnancia invencible á trabajar en favor de los Borbones, y sobre todo, en mezclarse personalmente en semejante empresa. Aprovechar en favor de la República y en favor suyo la caída del primer consul era su evidente ambición; pero semejante asunto solo podia tratarse entre Pichegrú y él. Esta vez le recibió en su propia casa, y despues de muchos incidentes que estu-



vieron á punto de descubrirlo todo, tuvo al fin con este antiguo compañero de armas una larga y seria entrevista. Moreau no quiso jamás salir de cierto círculo de ideas, pretendiendo que habia un partido considerable en el Senado y en el ejército; que si la Francia llegaba á verse libre de los tres consules, pasaria el poder irremisiblemente á sus manos, y que usaria de él para salvar la vida á los que hubiesen desembarazado á la República de su opresor, pero que no entregaria á los Borbones la República emancipada. En cuanto á Pichegrú, el antiguo conquistador de Holanda, uno de los generales mas ilustres de Francia, se haria mas que salvarle la vida, pues se le reintegraria en sus honores y grados, y se le elevaria á los primeros puestos del estado. Encaprichado Moreau con estas ideas, manifestó á Pichegrú la admiracion que le causaba verle mezclado con tales gentes. Pichegrú no necesitaba de los consejos de Moreau para tener por insupportable la sociedad de los chuanes en que vivia; pero el mismo Moreau presentaba una relevante prueba de lo difícil que es que un hombre que se mete á conspirar, no se vea pronto víctima de la mas funesta compañía. Pichegrú era demasiado sensato é inteligente para participar de las ilusiones de Moreau, y trató de persuadirle que despues de la muerte del primer consul, no habia nada posible mas que los Borbones. Todo esto era superior á la inteligencia de Moreau, inteligencia mediana fuera del campo de batalla. Obs- tinabase en creer que cesando de vivir el general Bonaparte llegaria á ser él el primer consul de la República. Aunque no se hablaba nunca de la

muerte del primer consul, se sobreentendia siempre esta muerte como el único medio de desembarazar la escena del personage que la ocupaba. Por lo demás, sin buscar escusas á estas fatales negociaciones, preciso es decir, para apreciarlas debidamente, que los personajes de aquella época habian visto morir tantos sobre el cadalso y en los campos de batalla, habian dado ó recibido tantas órdenes terribles, que la muerte de un hombre no tenia para ellos la significacion y el horror que el fin de las guerras civiles y las dulzuras de la paz le han dado afortunadamente entre nosotros.

Pichegrú salió esta vez desesperado, y dijo al confidente que le habia llevado á casa de Moreau, y que volvia á conducirle á un oscuro retiro.—Este tambien tiene ambicion; quiere gobernar la Francia á su vez. ¡Pobre hombre! y no sabria gobernarla veinte y cuatro horas.—Instruido Jorge de todo lo que pasaba, exclamó con la ordinaria energia de su lenguaje:—Usurpador por usurpador, prefiero el que gobierna á ese Moreau que no tiene corazon ni cabeza.—Así es como viéndole de cerca trataban al hombre á quien sus escritores y panegiristas presentaban como el modelo de las virtudes públicas y guerreras.

Adquirido pronto este conocimiento de las disposiciones de Moreau, lanzó en la desesperacion á aquellos emigrados desgraciados y culpables. Verificose otra entrevista con él en el mismo Chaillet en casa de Jorge, probablemente sin que supiera donde se hallaba Jorge que asistió al principio de la conversacion, se retiró diciendo brusca- mente á Pichegrú y á Moreau:—Me retiro; tal



vez quedándoos solos acabareis por entenderos.

Los dos generales republicanos no se entendieron por eso mas, y conocieron todos los conjurados que se habian comprometido locamente en un proyecto que no podía producir mas que una catástrofe. Mr. de Riviere estaba desolado. El y sus amigos decian lo que se dice siempre cuando no vemos nuestras pasiones satisfechas:—

La Francia está apática, no quiere mas que el reposo y se muestra infiel á sus antiguos sentimientos.—La Francia, en efecto, no estaba como les habian asegurado, indignada contra el gobierno consular; ni todos los partidos estaban dispuestos á ponerse de acuerdo para derrocarlo. No habia mas que envidiosos sin genio, que pensasen en destruirlo; y aun así no querian comprometerse en una conspiracion demasiado pronunciada. Y en cuanto á la Francia, echando sin duda de menos la paz tan prontamente rota, desconfiando tal vez tambien de la aficion que se manifestaba en el general Bonaparte al poder y á la guerra, no cesaba de considerarle como su salvador. Estaba dominada enteramente por su genio, y no queria á ningun precio verse lanzada en los azares de una nueva revolucion.

Ya aquellos infelices estaban tentados á retirarse unos á Bretaña, y otros á Inglaterra. Desengañados por el conocimiento que tenian de los hechos, los principales de ellos experimentaban además un profundo disgusto por la compañía con que estaban obligados á vivir. Mr. de Riviere y Pichegrú que eran de los mas prudentes, se confiaban sus disgustos y sus recelos y hasta Pichegrú queriendo en cierto dia reprender á aque-

llos chuanes demasiado importunos, contestó con presteza á uno de ellos que decia:—*Pero, general, estais con nosotros!—No, estoy entre vosotros, lo cual significaba que su vida estaba en sus manos, pero que ya su voluntad y su razon no les pertenecían.*

Todos juntos se hallaban sumergidos en una cruel incertidumbre. Jorge, sin embargo, estaba siempre dispuesto á acometer, sin perjuicio de ver en seguida lo que se haria al dia siguiente, los demás no acertaban á comprender el objeto de un atentado inútil. Tal era el estado de las cosas cuando aquellos manejos, conducidos sin interrupcion en el espacio de diez meses acabaron por despertar la vigilancia de la policia. La sagacidad del primer consul le salvó, y perdió á los imprudentes enemigos que tramaban su ruina; que es ordinario castigo de los que insensatamente se entregan á semejantes empresas, detenerse demasiado tarde, pues frecuentemente son descubiertos, cogidos y castigados, cuando ya la conciencia, la razon y el temor comienzan á abrirles los ojos y quieren retroceder en la senda del mal.

Aquellasidas y venidas, continuadas desde agosto hasta enero, y verificandose sobre todo tan cerca de un hombre como el antiguo ministro Fouché, que tenia grandes deseos de hacer descubrimientos, no podian menos de ser conocidas tarde ó temprano. Ya hemos dicho en otra parte que se habia quitado á Mr. Fouché la cartera de la policia en la época en que el primer consul habia querido inaugurar el Consulado vitalicio con la supresion de un ministerio de rigor, quedando



entonces como oculta la policia en el ministerio de justicia. El gran juez Regnier, enteramente extraño á una administracion de este género, la habia abandonado al consejero de estado, Real, hombre de talento, pero vivo, crédulo, y que carecia de la sagacidad segura y penetrante de Mr. Fouché, de modo que la policia estaba algo descuidada, y hasta se aseguraba al primer consul que jamás se habia conjurado menos. Empero el primer consul estaba muy distante de participar de esta credulidad, ni era posible que la tuviese con los informes que Mr. Fouché le daba de continuo, pues nombrado éste senador y aburrido de su ociosidad, habia conservado sus relaciones con sus antiguos agentes, por cuyo conducto se hallaba informado de cuanto pasaba. Escuchando el primer consul todo lo que le decian Fouché y Real, leyendo constantemente los partes de la gendarmeria, siempre los mas útiles, porque son los mas exactos é imparciales, tenia la conviccion de que se conspiraba contra su persona. Primeramente una induccion general sacada de las circunstancias, le impelia á pensar que la renovacion de la guerra seria una coyuntura que aprovecharian los emigrados y republicanos para ensayar alguna tentativa. Por otra parte diferentes indicios, tales como los avisos de algunos gefes vendeanos adictos á su persona, le probaban que la induccion era justa. A consecuencia de un parte que recibió del mismo la Vendée, y que le anunciaba que se veian conscriptos refractarios formase en bandos, envió á los departamentos del Oeste al coronel Savary, con algunos gendarmes escogidos para seguir el movimiento y dirigir muchas columnas mo-

vilizadas sobre la Vendée. El coronel Savary partió, observó con atencion y vió claramente las señales de una accion sorda. Esta accion era la de Jorge, que desde Paris se esforzaba por preparar una insurreccion en la Vendée. Sin embargo, nada se descubrió relativo al terrible secreto, que Jorge habia reservado para si y sus principales asociados. Dispersos los bandos, volvió Savary á Paris sin haber sabido nada importante.

Habia además otra intriga, cuyo hilo habia caido en las manos del primer consul, y que él mismo sentia una especie de placer en llevar adelante; pero aunque esta intriga prometia alguna luz no la daba sin embargo todavía. Los tres ministros ingleses en Hesse, en Wurtemberg y en Baviera, que estaban encargados de anudar así las tramas en Francia, se aplicaban á ellas con un celo asiduo pero torpe, pues los estrangeros son poco hábiles para conducir semejantes tramas. El que residia en Baviera Mr. Drake, era el mas activo, pues hasta se habia alojado fuera de Munich para recibir con mas facilidad los agentes que viniesen de Francia, y para asegurar mejor su correspondencia habia seducido á un director de correos bávaro; empero todo habia sido delatado á la policia por un francés muy intrigante que habia sido republicano, con quien Mr. Drake habia emprendido aquellos manejos y á quien confesaba abiertamente el objeto de las ideas británicas. Mr. Drake queria en primer lugar proporcionarse los secretos del primer consul respecto al desembarco, despues ganar algun general importante, apoderarse si era posible de una plaza como Strasburgo ó Besançon y promover allí una insurreccion.



Desembarazarse del general Bonaparte era siempre en términos mas ó menos esplicitos, la parte esencial del proyecto. Deseando el primer consul cogier á un diplomático inglés en fragante delito, mandó dar mucho dinero al mediador que engañaba á Mr. Drake, con condicion de que continuaria aquella intriga. El mismo dió el modelo de las cartas que debían escribirse á Mr. Drake. En estas cartas daba muchos y verdaderos pormenores sobre sus costumbres personales sobre su manera de redactar sus planes y dictar sus órdenes, y añadió que todo el secreto de sus operaciones se hallaba, en una gran cartera negra, siempre confiada á Mr. de Meneval, ó á un ugiér de confianza. Mr. de Meneval era incorruptible, pero no lo era el ugiér, y pedia un millon por entregar la cartera. En seguida insinuaba el primer consul que indudablemente habia en Francia otros manejos que el que dirigia Mr. Drake, que importaba conocerlos bien para no perjudicarse recíprocamente, y al contrario para servirse de ellos. En fin añadia como revelacion importante, que el verdadero proyecto de desembarco se dirigia sobre la Irlanda; que lo que pasaba en Bolonia era una pura ficcion, que se queria hacer verosimil, con la estension de los preparativos, pero que no habia de serlo mas que las dos expediciones mandadas formar en Brest y en el Texel (1).

(1) He aqui los extractos curiosos de aquellas cartas dictadas por el mismo primer consul.

AL GRAN JUEZ.

9 de brumario del año XII, (1.º de noviembre de 1803).

Convendria tener cerca de Drake, en Munich, un agente se-

Este inhabil y culpable diplomático que habia cometido la doble torpeza de comprometer las funciones mas sagradas y desempeñar con muy

creto que formase una lista de todos los franceses que pasen á aquella ciudad.

He leído todos los informes que me habeis enviado y me han parecido muy interesantes. Es preciso no proceder de ligero en las prisiones. Cuando el autor haya dado todos los informes, se dispondrá un plan de acuerdo con él, y se verá lo que conviene hacer.

Deseo que escriba á Drake, y que para inspirarle confianza, le dé á entender que, mientras puede darse el gran golpe, creo cosa no muy difícil tomar de la misma mesa del primer consul, en su gabinete secreto, las notas escritas de su propia mano relativas á su grande expedicion y cualquier otro papel importante; que fundaba esta esperanza en un ugiér del gabinete, que habiendo sido miembro de la sociedad jacobina, teniendo á la sazón á su cargo la guardia de la cámara del primer consul y honrado con su confianza, pertenece sin embargo al comité secreto; pero que se necesitaban dos cosas: primera, prometer cien mil libras esterlinas si verdaderamente entregaban aquellos documentos tan importantes escritos por la misma mano del primer consul; segunda, enviar un agente francés del partido realista para facilitar los medios de ocultarse á dicho ugiér, que necesariamente seria preso si llegaban á desaparecer documentos de tanta importancia.

Bonaparte no escribe casi nunca. Dicta todo paseándose por su gabinete á un jóven de 20 años, llamado Meneval, que es el único individuo que entra en su gabinete y puede acercarse á las tres piezas contiguas al gabinete. Este jóven ha sucedido á Burrienne, á quien el primer consul conocia desde su infancia pero que sin embargo ha despedido.

Meneval no es hombre de quien pueda esperarse nada.

Pero en cuanto á las notas que estien grandes cálculos, el primer consul no las dicta sino que él mismo las escribe. Sobre su mesa tiene una gran cartera, dividida en tantas secciones

*Biblioteca popular.*

T. V. 941



poca destreza la policia, recibia todos aquellos pormenores con estremada avidéz, pedia otros nuevos, sobre todo respecto á la espedicion que

como ministerios. El primer consul es el único que cierra esta cartera y cuando sale de su gabinete, Meneval tiene el encargo de colocarla en un armario de bastidor que hay debajo de su escritorio y está clavado al suelo. No es difícil apoderarse de esta cartera, y Meneval ó el ugiér del gabinete, que es el que enciende la chimenea y limpia la habitacion, serian los únicos que podrian inspirar sospechas. Seria, pues, preciso que el ugiér desapareciese. En esta cartera debe estar todo lo que el primer consul ha escrito en el discurso de muchos años, porque esta cartera es la única que viaja constantemente con él y que va sin cesar de Paris á Malmaison y á Saint-Cloud. Todas las notas secretas de las operaciones militares deben hallarse en ella, y puesto que no se puede lograr destruir su autoridad sino confundiendo sus proyectos, es seguro que la sustraccion de esta cartera los confundiria todos.

AL GRAN JUEZ.

PARIS 5 de pluvioso, año XII, (24 de enero de 1804).

Las cartas de Drake son al parecer muy importantes. Yo desearia que en su próximo boletín dijera Méné que el comité se habia alegrado mucho al pensar que Bonaparte queria embarcarse en Boloña, pero que en el dia tiene la certidumbre de que las demostraciones de Boloña son falsas, y aunque costosas lo son mucho menos de lo que parecen al primer golpe de vista..... que todos los buques de la escuadrilla pedían ser utilizados para usos ordinarios; que todo esto hace ver que aquellos preparativos no son mas que amenazas, y que no es un establecimiento fijo lo que se quiere conservar.

Que era preciso confesar que el primer consul era demasiado astuto y se creia á la sazón demasiado bien establecido para intentar una operacion dudosa en la que comprometeria mucha

se preparaba en Boloña; anunciaba que iba á referir á su gobierno los que tenian relacion con la cartera negra por la que se pedia tan grande can-

gente. Su verdadero proyecto, segun puede juzgarse por sus relaciones exteriores, es la espedicion de Irlanda, que se hará á la vez con la escuadra de Brest y la del Texel.....

Nada se dice de la espedicion del Texel aunque todos saben que está dispuesta, y se habla mucho de los campos de San Omer, Ostende y Flessingue. La gran cantidad de tropas reunidas en forma de campamentos tiene un objeto politico. Bonaparte está contento por tenerla á la mano, armada bajo pie de guerra, y en disposicion de hacer un cuarto de conversion para caer sobre Alemania si cree necesario á sus proyectos hacer la guerra continental.

Otra espedicion es la de la Morea que está decididamente acordada. Bonaparte tiene cuarenta mil hombres en Tarento, á donde vá á dirigirse la escuadra de Tolon. Espera hallar un ejército auxiliar de griegos muy considerable.

Es preciso no perder de vista el asunto de la cartera; conviene decir que para acreditarse el portero acaba de presentar muchos fragmentos de cartas escritas de puño y letra de Bonaparte; que se puede sacar gran partido de aquel hombre pero que quiere mucho dinero. El proyecto es efectivamente entregar la cartera, en la que el primer consul meterá los papeles que contengan noticias que convenga hacer creer, pero para que se dé importancia á esta cartera, es menester adelantar dinero á lo menos cincuenta mil libras esterlinas.

AL CIUDADANO REAL.

MALMAISON 28 de ventoso, año XII, (19 de marzo de 1804)

Os suplico que enviéis al ciudadano Maret la última carta escrita por Drake para que la mande imprimir á continuacion de las piezas relativas á este asunto.

Os suplico tambien que pongais dos notas; la una para dar



tividad; y en cuanto á los demás manejos de que deseaba estar informado, para no perjudicarse unos á otros, decia que estaba ignorante de ellos (lo que era cierto); pero que era necesario unirse y caminar todos juntos al mismo objeto; porque, añadía Mr. Drake, importa poco saber *quien mata la pieza, basta que todos vosotros esteis prontos á concurrir á la caza* (1).

A este indigno papel se atrevia á descender un agente revestido de un carácter oficial; este es el lenguaje odioso que se atrevia á usar.

Pero todo esto no daba las luces que se buscaban. Mr. Drake ignoraba la grande conspiracion de Jorge, cuyo secreto no habia sido divulgado; y en su ridicula confianza no habia podido hacer ninguna revelacion útil. El primer consul continuaba persuadido de que los hombres que habian concebido el proyecto de la máquina infernal, debian con mucha mas razon preparar alguna cosa en las circunstancias presentes, y llamándole la atencion las diferentes prisiones ejecutadas en Paris, en Vendée y en Normandia, dijo á Murat que era entonces gobernador de Paris, y á Mr. Real encargado de la policia.—Los emigrados trabajan indudablemente. Se han hecho muchas pri-

á conocer que el ayudante de campo del general supuesto no es mas que un oficial enviado por el prefecto de Strasburgo; y la otra que tenga por objeto manifestar que el ugiere era una pura invencion del agente, pues no hay ningun ugiere ni empleado del gobierno que se deje corromper por el oro de la Inglaterra.

(1) Espresiones empleadas por Mr. Drake. Las cartas escritas de su mano fueron depositadas en el Senado, y manifestadas á los agentes del cuerpo diplomático que quisieron verlas.

siones, es menester elegir algunos de los individuos presos, enviarlos á una comision militar que los condenará, y hablarán antes que dejarse fusilar.

—Lo que referimos aqui pasaba del 25 al 30 de enero, durante las entrevistas de Pichegrú con Moreau, y cuando los conjurados comenzaban á entregarse al desaliento. El primer consul pidió la lista de los presos, entre los que se hallaban algunos agentes de Jorge, que habian venido antes ó despues que él, y en este número un médico antiguo de los ejércitos vendeanos, que habia desembarcado en agosto con el mismo Jorge. Despues de examinar las circunstancias particulares á cada uno de ellos, designó cinco diciendo:—O mucho me equivoco, ó entre estos debe haber algunos bien informados que no dejarán de hacer revelaciones.—Largo tiempo hacia que no se habian aplicado las leyes hechas anteriormente y que permitian la institucion de los tribunales militares. Durante la paz habia querido el primer consul dejarlas caer en desuso; pero al principiar de nuevo la guerra creyó deber usar de ellas, sobre todo para los espías que venian á observar sus preparativos contra Inglaterra, y aun habia hecho prender, juzgar y fusilar á algunos de ellos. Los cinco individuos que designara fueron sometidos á un juicio. Dos obtuvieron su libertad; otros dos convencidos por la sumaria de crímenes que la ley castigaba con pena de muerte, fueron condenados y se dejaron fusilar sin confesar nada, si bien declarando que habian venido para servir á la causa del rey legitimo, la cual triunfaria pronto sobre las ruinas de la República, profiriendo además horribles amenazas contra la persona del



gefe del gobierno. El quinto á quien el primer consul habia designado particularmente como el que debia decirlo todo, declaró en el momento de marchar al suplicio, que tenia grandes secretos que descubrir. Al punto se le envió uno de los empleados mas hábiles de la policia. El reo confesó todo, declaró que habia desembarcado en el mes de agosto en la costa de Biville con el mismo Jorge, que habian venido atravesando los bosques de choza en choza hasta Paris con el objeto de matar al primer consul; intentando dar un ataque á viva fuerza contra su escolta. Indicó algunos de los puntos que habitaban los chuanes á las órdenes de Jorge; y particularmente muchos mercaderes de vino.

Esta declaracion fué un rayo de luz. La presencia de Jorge en Paris era significativa hasta el mas alto punto, pues no era posible que semejante personaje hubiera permanecido seis meses en la misma capital con un bando de sicarios solo para una tentativa sin importancia. Era conocido el punto del desembarco en la costa de Biville, la existencia de un camino particular al través de los bosques, y algunas de las casas oscuras en que se ocultaban los conjurados. Una casualidad de las mas singulares habia revelado un hombre que marcó la huella de las circunstancias mas graves. En una época anterior algunos chuanes que habian desembarcado en la costa de Biville, se habian tiroteado con los gendarmes, y el nombre de *Troche* apareció en un fragmento de papel que habia servido de taco. Este *Troche* era relojero en Eu, y tenia un hijo muy jóven, empleado casualmente en correos. Procedióse á su prision secreta-

mente y en seguida se le condujo á Paris, donde interrogado confesó todo lo que sabia, diciendo que él era quien iba á recibir á los conjurados en la costa de Biville, y que los conducia á las primeras estaciones. Refirió los tres desembarcos cuya historia hemos referido, el de Jorge en agosto, y los de diciembre y enero en que se hallaban Pichegrú, Riviere y Polignac. Pero no conocia los nombres ni cualidades de los personajes á quienes habia servido de guia. Solamente sabia que en los primeros dias de febrero debia verificarse otro desembarco en la misma costa, donde tambien él debia recibir á los que ahora desembarcasen.

Imediatamente en aquellos primeros dias de febrero, se procedió á hacer un escrupuloso registro desde Paris hasta la costa en todos los lugares indicados, á fin de descubrir los albergues donde se ocultaban los emigrados viajeros. Establecióse una buena guardia en casa de los mercaderes de vino, denunciados por el agente de Jorge, y en pocos dias se hicieron varias prisiones importantes, dos sobre todo que arrojaron mucha luz en todo aquel negocio. En primer lugar fué preso un jóven llamado Picot, criado de Jorge, chuan intrépido, que armado de pistolas y puñales hizo fuego á los agentes de policia, y no se entregó sino en el último apuro, declarando que queria morir por el servicio de su rey. Cogieron con éste á un tal Bouvet de Lozier, principal oficial de Jorge, que se dejó prender sin provocar el mismo tumulto y mostrando mas calma.

Estos hombres estaban armados como malhechores dispuestos á cometer los crímenes mas horribles, y además de las armas que llevaban



consigo, tenían sumas considerables en oro y plata. En el primer momento se mostraban muy exaltados, pero despues se tranquilizaban y acababan por hacer revelaciones. Esto fué lo que sucedió con el llamado Picot. Preso el 8 de febrero (18 de pluvioso), no quiso decir nada al principio, pero poco á poco fué inducido á hablar, confesando que habia venido de Inglaterra con Jorge, que hacia seis meses estaba en su compañía en París, y no ocultó el motivo de su viage á Francia. De este modo no podia dudarse de que la presencia de Jorge en París tenia un objeto grande; pero nada mas se sabia. Bouvet de Lozier guardaba un silencio profundo, y desde luego se conocia que era muy superior á Picot tanto en su educacion como en sus modales. Habia intentado ahorcarse, pero como no pudiese conseguirlo, entregado á una especie de delirio, pidió que se recibieran las declaraciones que iba á hacer. Entonces este desgraciado manifestó que antes de morir por la causa del rey legitimo, queria desenmascarar al personaje pérfido que habia arrastrado á hombres honrados á un abismo, comprometiéndolos inútilmente. En seguida hizo á Mr. Real, sorprendido y confuso, la relacion mas estraña, diciendo: que se hallaba en Lóndres al lado de los principes cuando Moreau habia enviado á Pichegrú uno de sus oficiales ofreciendo ponerse á la cabeza de un movimiento en favor de los Borbones, y prometiendo arrastrar al ejército con su ejemplo. Al recibir esta noticia habian partido todos con Jorge y el mismo Pichegrú, para cooperar á aquella revolución. Luego que llegaron á París, pasaron inmediatamente Jorge y Pichegrú á casa de Moreau,

para ponerse de acuerdo, y este habia cambiado entonces de lenguaje exigiendo que se derribara al primer consul en provecho suyo, á fin de hacerse dictador. Jorge, Pichegrú y sus amigos rechazaron semejante proposicion, y la funesta lentitud que las pretensiones de Moreau produjeron, dió lugar indudablemente á las pesquisas de la policia. Este trágico declarante añadió que *se escapaba de las sombras de la muerte*, para venir á vengarse él y sus amigos del hombre que los habia perdido á todos. (1)

(1) Cito la propia declaracion de Bouvet de Lozier. Esta pieza como todas las relativas á la conspiracion de Jorge y las que se citen en adelante están sacadas de una coleccion en ocho tomos en 8.º; que tiene por titulo:

PROCESO INSTRUIDO POR EL TRIBUNAL DE JUSTICIA CRIMINAL Y ESPECIAL DEL DEPARTAMENTO DEL SENA, RESIDENTE EN PARIS, CONTRA JORGE, PICHEGRU Y OTROS, ACUSADOS DE CONSPIRACION CONTRA LA PERSONA DEL PRIMER CONSUL. PARIS C. F. PATRAS, IMPRESOR DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA CRIMINAL, 1804. (Ejemplar de la Biblioteca real).

*Declaracion de Atanasio Jacinto Bouvet de Lozier hecha en presencia del gran juez, ministro de justicia.*  
—Tomo II, página 168.

Un hombre que sale del sepulcro, todavia cubierto con las sombras de la muerte, es el que pide venganza contra los que por su perfidia, le han arrojado á él y á su partido en el abismo en que se encuentra.

Enviado para sostener la causa de los Borbones, se vé obligado á combatir por Moreau, ó renunciar á una empresa que era el único objeto de su mision.

El príncipe debia pasar á Francia para ponerse á la cabeza



Así, de enmedio de un suicidio interrumpido, salía contra Moreau una denuncia terrible; denuncia muy exagerada por la desesperacion, pero que sin embargo presentaba el conjunto de la intriga. Mr. Real, estupefacto, corrió á las Tullerías, donde encontró, como de costumbre, al primer consul abandonando muy temprano la cama para entregarse al trabajo. El primer consul estaba todavía en manos de su ayuda de cámara Constant; á las primeras palabras de Mr. Real, le puso la mano en la boca, le hizo callar, y se encerró solo con él para

del partido realista; Moreau prometia reunirse á la causa de los Borbones, pero se retracta al volver los realistas á Francia.

Propónelos que trabajen por él y le nombren dictador.

Acaso la acusacion que hago contra él no esté apoyada sino en semi-pruebas.

He aquí los hechos: á vos tora apreciarlos.

Moreau envia á Londres para que se vea con el príncipe á Lajolais, general que ha servido bajo sus órdenes; Pichegrú era el medianero: Lajolais suscribe en nombre y representación de Moreau á los puntos principales del plan propuesto.

El príncipe prepara su partida; aumentase el número de los realistas en Francia, y en las conferencias que tienen en París Moreau, Pichegrú y Jorge, manifiesta el primero sus intenciones declarando que no podía obrar sino en favor de un dictador, y no de un rey.

De aquí procedieron la perplejidad, la discusion y la pérdida casi total del partido realista.

Lajolais estaba al lado del príncipe á principios de enero de este año, segun he sabido por Jorge.

Pero lo que yo he visto es su llegada á la Poterie, el 17 de enero, dia siguiente al de su desembarco con Pichegrú, por el camino que servia á nuestras comunicaciones y que conocéis demasiado.

He visto tambien al mismo Lajolais, el 25 ó 26 de enero,

escuchar su relacion. No se mostró sorprendido. Sin embargo se negó á creer enteramente la declaracion que concernia á Moreau. Comprendia muy bien el proyecto de reunir todos los partidos contra él, y emplear á Pichegrú como medianero entre los realistas y los republicanos; pero para creer en la culpabilidad de Moreau, queria que fuese bien probada la presencia de Pichegrú en París. Si nuevas revelaciones disipaban todas las dudas sobre este particular, entonces se daría con el hilo de la trama urdida entre los realistas y Moreau, y se podría partir directamente á él. Por lo demás no se le escapaba ningun acento de cólera ó de venganza, mostrándose mas curioso y pensativo que irritado.

Se pensó en preguntar nuevamente á Picot,

cuando vino á buscar á Jorge y Pichegrú al coche donde me hallaba yo con ellos, en el Boulevard de la Magdalena para presentarlos á Moreau que los esperaba á pocos pasos de allí. Hubo entre ellos en los Campos Eliseos una conferencia que ya nos hizo presajiar lo que propuso Moreau abiertamente en la inmediata que tuvo con Pichegrú solo; á saber: que no era posible restablecer al rey; y propuso ponerse á la cabeza del gobierno bajo el título de dictador, no dejando á los realistas mas que la probabilidad de ser sus colaboradores y soldados.

No sé qué peso tendrá para vos la asercion de un hombre arrancado hace una hora á la muerte que iba á darse á sí mismo, y que ve delante de sí la que un gobierno ofendido le reserva.

Pero no puedo sofocar el grito de desesperacion, ni dejar de atacar al hombre que me ha reducido á ella.

Por lo demás espero que hallareis todo lo que digo conforme con los hechos que resulten del proceso en que estoy complicado.—Firmado.—BOUVET.—Ayudante general del ejército real.



criado de Jorge, para averiguar si sabia él que Pichegrú se hallaba en Paris; preguntáronle aquel mismo dia, y empleando mucha dulzura se logró que llegara á franquearse enteramente, declarando él mismo todo lo que era relativo á Pichegrú y á Moreau. Sabia menos que Bouvet de Lozier; pero lo que sabia era acaso mas significativo, porque de aqui resultó que la desesperacion producida por la conducta de Moreau, habia descendido hasta las últimas filas de los conjurados. En cuanto á Pichegrú, declaró haberle visto positivamente en Paris pocos dias antes, y aun afirmó que todavia se hallaba en la capital. En cuanto á Moreau manifestó que habia oido á los oficiales de Jorge lamentarse amargamente, de haberse dirigido á este general dispuesto á frustrarlo todo con sus pretensiones ambiciosas (1).

Conocidos estos hechos en el discurso del dia

(1) *Estracto de la segunda declaracion de Luis Picot, el 24 de pluvioso año XII.* (14 de febrero á la una del dia) *delante del prefecto de policía.*—Tomo II, página 592.

Ha declarado:

Que los gefes han sorteado el que habia de atacar al primer consul:

Que quieren apoderarse de él si lo encuentran en el camino de Boloña, ó asesinarle presentándole una peticion cuando vaya á una revista ó al teatro; que cree firmemente que Pichegrú está no solamente en Francia sino en el mismo Paris.

*Estracto de la tercera declaracion de Luis Picot, 24 de pluvioso (14 de febrero).*—Tomo II, página 593.

Ha declarado:

Que Pichegrú ha llevado constantemente el nombre de Carlos, que así le ha oido nombrar muchas veces;

14 convocó el primer consul inmediatamente un Consejo secreto en las Tullerías, compuesto de los dos consules, Cambaceres y Lebrun, de los principales ministros y de Mr. Fouché, que aunque no era ya ministro tenia la mayor parte en aquella informacion. El consejo se reunió en la noche del 14 al 15. La cuestion merecia un exámen sério y detenido. La conspiracion era de una evidencia incontestable, sin que admitiese duda el proyecto de acometer al primer consul con una partida de chuanes, á cuya cabeza habia de ponerse Jorge. Hacíase además indudable el concurso de todos los partidos republicanos ó realistas con la presencia de Pichegrú, que habia debido servir de medianero entre unos y otros. En cuanto á la culpabilidad de Moreau era difícil fijar su estension; pero ni Bouvet de Lozier en su desesperacion, ni Picot en su sencillez de subalterno, podian haber inventado aquella singular circunstancia del daño hecho al partido realista por las miras personales de Moreau. Era, pues, evidente que si se arrestaba á aquel general, se le hallaria denunciado á cada instante en el discurso del proceso; que estas denuncias se divulgarian, y entonces podrian creer que se le calumniaba pérfidamente ó que se le tenia miedo, puesto que no se atrevian á perseguir á un criminal, porque debajo de aquel criminal se hallaba el segundo personaje de la República.

Que ha oido hablar frecuentemente del general Moreau, y que los gefes han repetido muchos veces delante de él que estaban pesarosos de que los principes hubiesen contado con Moreau para la conjuracion; pero que ignora cuando vió Jorge á Moreau.



Esta era para el primer consul la consideracion decisiva, porque dejar poner en duda la firmeza de su gobierno, era lo que más costaba á su orgullo y á su política.—Diriase, exclamó, que tengo miedo á Moreau. No será así. Yo he sido el más clemente de los hombres, pero seré el más terrible cuando convenga serlo, y castigaré á Moreau, como á cualquiera otro, puesto que entra en conspiraciones odiosas por su objeto y vergonzosas por las relaciones que suponen.—No vació, pues, un instante en decidir el arresto de Moreau. Había además otra razon y muy urgente. Jorge y Piehegrú no estaban presos. Habían cogido á tres ó cuatro de sus cómplices; pero los principales conjurados estaban fuera de las manos de la policia, y era posible que el temor de ser descubiertos los impeliese á precipitar la tentativa que los había traído á Francia; por cuyo motivo era necesario precipitar también la sumaria y apoderarse de todos los gefes que podían ser habidos. De este modo se lograrían inevitablemente otros descubrimientos. Resolvióse, pues, al punto la prision de Moreau, y con la suya la de Lajolais y otros conjurados, cuyos nombres habían sido descubiertos.

El primer consul estaba irritado, pero no precisamente contra Moreau, pareciendo más bien que procuraba precaverse que vengarse. Quería tener á Moreau en su poder, convencerle, obtener las noticias que necesitaba, y perdonarle en seguida, creyendo que sería el colmo de la habilidad y de la dicha salir de esta manera de su conflicto.

Era preciso escoger la jurisdiccion. El consul

Cambaceres, que tenía gran conocimiento de las leyes, manifestó el peligro de la jurisdiccion ordinaria en un asunto de esta naturaleza, y propuso, puesto que Moreau era militar, someterlo á un consejo de guerra compuesto de los principales gefes del ejército, medida que se apoyaba en las leyes existentes; sin embargo el primer consul se opuso á ellas.—Cualquiera dirá, añadía, que he querido desembarazarme de Moreau, haciéndole asesinar jurídicamente por mis propias criaturas.—Buscó, pues, un término medio. En su consecuencia se imaginó enviar á Moreau ante el tribunal criminal del Sena, y como la constitucion permitia suspender el jurado en ciertos casos y departamentos, se decidió decretar inmediatamente aquella suspension para el departamento del Sena. A pesar del principio noble que justificaba esta falta, el público consideró la suspension del jurado como un acto tan riguroso como hubiera podido serlo el de someter á los reos ante una comision militar, de suerte que sin poder alegar el mérito de haber respetado las formas de la justicia, se incurrió en todos sus inconvenientes, como pronto veremos. Acordóse además que el gran juez Regnier redactaria un informe sobre la conspiracion que se acababa de descubrir, y sobre los motivos de la prision de Moreau, y que este informe se comunicase al Senado, al Cuerpo legislativo y al Tribunado.

El consejo duró toda la noche. Al amanecer (15 de febrero) se envió un destacamento de gendarmes con alguaciles á la casa que habitaba Moreau y como no le encontrasen allí partieron para Grosbois, y lo hallaron en el puente de Charento



regresando á Paris. Prendiéronle sin ruido y con todos los miramientos debidos, y en seguida lo condujeron al Temple. Al mismo tiempo que él fueron presos Lajolais y los empleados de viveres que habian servido de medianeros.

En aquel mismo dia se presentó al Senado, al Cuerpo legislativo y al Tribunal el mensaje que contenia el informe de Regnier, causando un acerbo dolor á los amigos del gobierno, y una especie de alegría maliciosa á sus enemigos, mas ó menos encubiertos, de que habia quedado gran número en los cuerpos del estado. Aquella conjuración era, segun ellos, una invención de la policia, una maquinación del primer consul que queria desembarazarse de un rival celoso y recobrar su popularidad comprometida inspirando temores por sus dias. Desencadenáronse las lenguas, como acontece siempre en semejantes ocasiones, y en lugar de decir: *la conspiración de Moreau*, no faltaban chuscos que decian: *la conspiración contra Moreau*. El hermano del general que era individuo del Tribunal, subió á la tribuna de esta asamblea, diciendo que su hermano habia sido calumniado y que para demostrar su inocencia solo pedia que lo sometieran á la justicia ordinaria y no á un tribunal especial, pues no queria reclamar para su hermano mas que los medios de hacer mas patente la verdad. Estas palabras fueron escuchadas friamente pero con pesar, pues la mayoría de los tres cuerpos al mismo tiempo que se mostraba adicta al primer consul no pudo menos de alligirse con la lectura de aquellos documentos. No parecia sino que desde el rompimiento de la paz se habia desmentido algo la fortuna

del primer consul hasta entonces tan venturosa como grande. Nadie creia que se hubiese inventado aquella conspiración, pero todos se alligian al ver que su vida estuviese todavia en peligro, y que fuera preciso defenderla á costa de las cabezas mas ilustres de la República. Se contestó, pues, al mensaje del gobierno con otro concebido en los términos que se acostumbran en tales circunstancias, espresando el mayor interés y adhesion al gefe del estado, y los votos mas ardientes para que se administrase pronta y cabal justicia.

Como era natural, fué muy grande el ruido causado por aquellas prisiones. La mayoría del público estaba muy dispuesta á indignarse contra toda tentativa que pusiera en peligro los dias preciosos del primer consul; dudabase sin embargo de la realidad de la conjuración; porque aunque es cierto que la abominable máquina infernal lo habia hecho todo creible, entonces el crimen habia precedido á la instruccion de la sumaria, y se habia presentado por otra parte bajo la forma del mas cruel atentado. Esta vez por el contrario, se anunciaba un proyecto de asesinato, y al simple anuncio de un proyecto, se comenzó por prender á uno de los hombres mas ilustres de la República, que pasaba por ser el objeto de todos los celos del primer consul. Muchos preguntaban, ¿dónde se hallaban Jorge y Pichegrú? Segun ellos, no estaban ciertamente en Paris, ni era fácil que los encontrasen, porque todo aquello no era mas que una fabula mal urdida y una invención odiosa.

Si el primer consul se habia mostrado en un principio bastante tranquilo á pesar del nuevo pe-



ligro que amenazaba á su persona, irritóse profundamente al ver las negras calumnias á que daba ocasion este peligro. Preguntábase á si mismo sino bastaba ser blanco de las intrigas mas horribles, y era preciso pasar además por conspirador y por envidioso, cuando era perseguido por la mas baja envidia, y ser considerado como autor de proyectos pérfidos contra la vida de otros, cuando su propia vida corria los mayores peligros. Apoderóse, pues, de él una cólera que aumentaba á cada progreso que hacia la sumaria instruccion del proceso; y hasta empleó una especie de encarnizamiento en descubrir los autores de la conspiracion: no porque tratase de garantir su vida, pues confiaba demasiado en su fortuna, sino porque queria confundir la infamia de sus detractores, que lo presentaban como inventor de las tramas á que se habia visto espuesto, y de las cuales podia ser todavia víctima.

En esta ocasion, no estaba ya irritado contra los republicanos, sino contra los realistas. Cuando la máquina infernal, aunque los realistas eran los autores, descargaba toda su furia contra los republicanos, porque en ellos veia el obstáculo á todo el bien que proyectaba: empero en aquel instante su indignacion tenia otro objeto. Desde su advenimiento al poder, habia hecho quanto podia en favor de los realistas; los habia sacado de la opresion y del destierro, habiales devuelto la cualidad de franceses y de ciudadanos; habiales restituido sus bienes en quanto habian alcanzado sus fuerzas, y todo esto contra el dictámen y voluntad de sus mas fieles partidarios. Para llamar á los sacerdotes, habia arrostrado las preocupaciones mas

arraigadas del pais y del siglo; para llamar á los emigrados, habia arrostrado las alarmas de la clase mas desconfiada, la de los compradores de bienes nacionales. En fin, habia investido á algunos de aquellos realistas de las funciones mas importantes, y aun comenzaba á colocarlos cerca de su persona. Cuando se compara, en efecto, el estado en que les habia hallado al salir del régimen de la Convencion y del Directorio, con el que les habia dado, no se puede menos de reconocer que nunca se hizo mas en favor de un partido, que jamás se presentó un protector mas generoso, ni animado de miras mas nobles y elevadas de justicia, ni jamás tampoco se pagó con mas negra ingratitud tantos y tan señalados beneficios; pues el primer consul habia llevado su generosidad en favor de los realistas, hasta el punto de arriesgar su popularidad, y lo que es peor, la confianza de todos los hombres sinceramente adictos á la Revolucion, por haber dejado decir y creer, que pensaba en restablecer los Borbones. Por premio de estos esfuerzos y de estos beneficios, los realistas habian intentado volarle por medio de un barril de pólvora en 1800, y ahora querian degollarle en medio de un camino, y los mismos que habian urdido la conjuracion, eran los que le acusaban de conspirador en sus salones.

Este fué el sentimiento que llenó repentinamente su alma fogosa, y que produjo en él una reaccion inesperada contra el partido culpable de tales ingraticudes. Asi es que su venganza no buscaba ya á los republicanos en esta ocasion: sin duda no le disgustaba ver á Moreau reducido á recibir el humillante beneficio de su clemencia,



pero queria descargar sobre los realistas todo el peso de su cólera, y estaba resuelto, como él decia, a no darles cuartel. Las revelaciones que siguieron, aumentaron mucho mas este sentimiento, y lo convirtieron en una especie de pasion.

Mientras que buscaban à Jorge y Pichegrù con la mas esquisita vigilancia, se hicieron nuevas prisiones, y se obtuvieron de Picot y de Bouvet de Lozier, detalles mas completos y mas graves que todos los que hasta entonces les habian sido arrancados. No queriendo estos hombres pasar por asesinos, se apresuraron à manifestar que habian venido à Paris en compañía de los hombres mas ilustres, y que contaban con los principales señores de la corte de los Borbones, principalmente con los señores Polignac y Riviere, y en fin, declararon positivamente que debia ponerse un príncipe à su cabeza. Esperábanle, segun decian, à cada instante, y aun creian que este príncipe tan esperado, debia formar parte del último desembarco, del que estaba anunciado para febrero, divulgándose entre ellos la noticia de que este príncipe era el duque de Berry. (1)

(1) *Extracto de la cuarta declaracion de Luis Picot, delante del prefecto de policia: 25 de pluvioso (15 de febrero).—Tomo II.º, pág. 598.*

Ha declarado:

He desembarcado con Jorge entre Dunquerque y la ciudad de Eu. Ignoro si ha habido desembarcos anteriores: despues ha habido dos. Trátase de un cuarto desembarco mucho mas considerable, que debian verificar veinte y cinco personas, en cuyo número deberia hallarse el duque de Berry. Ignoro si se ha verificado este desembarco; sé que Bouvet y el llamado Armand, debian ir à buscar al príncipe.

Las declaraciones que se dieron sobre este particular no pudieron ser mas precisas, ni mas conformes, ni mas completas. La conjuracion adquirió à los ojos del primer consul, una funesta claridad.

Vió al conde de Artois, y al duque de Berry, rodeados de emigrados, afiliados por Pichegrù à los republicanos, que tenian a su servicio una cuadrilla de sicarios, y que hasta prometian ponerse à su cabeza, para degollarle en una celada, que llamaban un combate leal con armas iguales. Acometido por una especie de furor, no tuvo ya mas que un deseo, el de apoderarse de aquel príncipe que debia ir à Paris por la costa de Biville. Aquella vivacidad de lenguaje à que se entregaba cuando la ocurrencia de la máquina infernal, contra los jacobinos, se habia vuelto ahora toda entera contra los príncipes y los grandes señores que se rebajaban hasta el punto de encar-

*Extracto del segundo interrogatorio de Bouvet, 30 de pluvioso (20 de febrero).—Tomo II, pág. 172.*

*Pregunta.* ¿En qué época y de qué manera creéis que Moreau y Pichegrù se han concertado para el plan que Jorge habia venido à ejecutar en Francia, y que tendia al restablecimiento de los Borbones?

*Respuesta.* Creo que desde mucho tiempo atrás sostenian una larga correspondencia Pichegrù y Moreau, y hasta que Pichegrù no dió al príncipe una seguridad de que Moreau empleaba todos sus medios para hacer un movimiento en Francia à su favor, no quedó arreglado el plan, si bien de una manera vaga: consistia este en el restablecimiento de los Borbones: un movimiento en Paris, sostenido con la presencia del príncipe; un ataque à viva fuerza dirigido contra el primer consul; la presentacion del príncipe en los ejércitos, verificada por Moreau, que de antemano debia haber preparado todos los ánimos.



garse de semejante papel.—Los Borbones creen, decia, que se puede derramar mi sangre como la de los mas viles animales. Mi sangre sin embargo vale tanto como la suya. Voy á devolverles el terror que quieren inspirarme. Perdonó á Moreau su debilidad, y los impulsos de su necia envidia; pero mandaré fusilar implacablemente al primero de esos principes que caiga en mis manos. Yo les haré ver con quien tienen que habérselas.—Tal era el lenguaje que usaba sin cesar durante aquel terrible proceso. Estaba sombrío, taciturno, agitado y amenazador, y lo que era mas raro, trabajaba mucho menos. Parecia haber olvidado por el pronto á Boloña, Brest y el Texel.

Sin perder un momento, mandó llamar al coronel Savary, en cuya lealtad descansaba enteramente, pues á pesar de cuanto han dicho los destructores ordinarios de todo régimen caído, el coronel Savary no era un malvado. Habiendo vivido siempre en medio de los ejércitos, no profesaba principios fijos sobre nada, ni conocia otra moral que la fidelidad á un jefe de quien habia recibido los mayores beneficios. Acababa de pasar algunas semanas en el Bocage, disfrazado, y espuesto á los mas graves peligros. El primer consul le mandó que se disfrazara de nuevo y marchase con un destacamento de gendarmes escogidos á apostarse en la costa de Biville. Estos gendarmes escogidos, eran en la gendarmería lo que la guardia consular en el resto del ejército, es decir, la reunion de los soldados mas valientes y disciplinados de su arma. Podia confiarles las comisiones mas difíciles, sin temer la menor infidelidad. Algunas veces, para cual-

quiera necesidad imprevista del servicio, partian dos de ellos en una silla de posta, conduciendo muchos millones en oro al interior de las Calabrias ó la Bretaña, sin que jamas les ocurriera faltar á su deber. No eran, pues, sicarios, como se ha pretendido, sino soldados que obedecian á sus jefes con una exactitud rigurosa, exactitud temible, es verdad, bajo un régimen arbitrario y con las leyes de la época. El coronel Savary debió llevar consigo unos cincuenta hombres, proporcionarles un disfraz, armarlos bien y conducirlos á la costa de Biville. Ninguno de los declarantes manifestó dudas sobre la presencia de un príncipe en la tropa que iba á desembarcar muy pronto, y solo estaban discordes en un punto; no se sabia si seria el duque de Berry ó el conde de Artois. El coronel Savary recibió orden de pasar dia y noche sobre la cumbre de las rocas de aquellas costas, apoderarse de todos los que lo verificaran y trasladarlos á Paris. La resolución del primer consul era irrevocable; estaba decidido á llevar ante una comision militar, y á mandar fusilar en el acto al príncipe que cayera en sus manos. ¡Deplorabile y terrible resolución, cuyas funestas consecuencias veremos en breve!

Mientras el primer consul daba estas órdenes, manifestó sentimientos enteramente distintos respecto de Moreau. Tenialo á sus pies, comprometido, despojado de toda consideracion; queria tratarle con una generosidad sin limites, y al efecto dijo al gran juez el mismo dia de la prision:—Es preciso que todo lo que concierne á los republicanos concluya entre Moreau y yo. Id á preguntarle en su prision; traedle en vuestro coche á las



Tullerías; y si me lo confiesa todo, olvidaré sus extravíos producidos por una envidia, que era mas bien la de las personas que lo rodeaban que la suya propia.—Desgraciadamente, era mas fácil al primer consul perdonar, que á Moreau aceptar su perdón. Confesarlo todo, es decir, echarse a los pies del primer consul, era un acto de abatimiento que no se podía esperar de un hombre, cuya alma tranquila se elevaba poco, pero que se abatia poco tambien. Nadie mejor que Mr. Fouché, si hubiera sido todavía ministro de policía, debía haber recibido el encargo de ver á Moreau, porque era el hombre mas capaz por su carácter franco é insinuante, para introducirse en una alma cerrada por el orgullo y la desgracia, y para dominar este mismo orgullo, diciéndole con una especie de indulgencia, cuyo lenguaje solo él conocia:—Habeis querido derribar al primer consul pero habeis sucumbido. Sois su prisionero. El lo sabe todo; os perdona, y quiere restituiros vuestra situación. Aceptad su buena voluntad, no os dejéis estraviar por un falso honor, hasta el punto de rechazar una gracia inesperada, que os volverá á colocar donde estariais, sino hubiéseis espuesto vuestra existencia conspirando.—En lugar de este medianero poco escrupuloso, pero hábil, se envió para ver á Moreau á un hombre de bien, que presentándose al ilustre acusado con todo el aparato de su ministerio, frustró las buenas intenciones del primer consul. El gran juez Regnier vino á la prision, vestido con su toga y acompañado del secretario del consejo de estado, Loaré. Mandó comparecer á Moreau, y le interrogó largamente y de una manera algo fria. Preso en

aquella misma mañana Lajolais, habia declarado casi todo lo que concernia á las relaciones de Moreau con Pichegrú. Confesaba haber servido de medianero para proporcionar una entrevista entre Pichegrú y Moreau, haber ido á Londres, traído á Pichegrú y puéstole en los brazos de Moreau, todo esto con la intencion, segun decia, de obtener el perdón del uno con las solícitas instancias del otro. Lajolais no habia callado mas que las relaciones con Jorge, que una vez confesadas habrian hecho su version inadmisibile. Pero este desgraciado ignoraba que las relaciones de Pichegrú con Jorge y con los príncipes emigrados estaban comprobadas de una manera incontestable por otras declaraciones, y que entregar solamente el secreto de las entrevistas de Moreau con Pichegrú era establecer un lazo fatal entre Moreau, Jorge y los príncipes emigrados. Bastaban, pues, las deposiciones de Lajolais para poner en evidencia la culpabilidad de Moreau. La primera cosa que debia hacerse era ilustrar amistosamente á este último, sobre la marcha del proceso, para no esponerlo a mentir inútilmente, y probándole que se sabia todo, llevarlo como por la mano á que lo declarara todo. Si á esto se hubiera agregado el tono y el lenguaje que podian invitarle á la confianza, acaso se habria provocado un momento de abandono que hubiese salvado á aquel infortunado; pero en vez de obrar de esta suerte, el gran juez interrogó á Moreau sobre sus relaciones con Lajolais, Pichegrú y Jorge, dando lugar á que sobre cada uno de estos puntos dijera siempre que nada sabia, que no habia visto á nadie y que ignoraba porqué se le hacian tales preguntas, y



no haciéndole ver que se empeñaba en un laberinto de negaciones inútiles y comprometidas. No tuvo, pues, esta entrevista con el gran juez el resultado que esperaba de ella el primer consul y que habría hecho posible un acto de clemencia tan noble como útil.

Mr. Regnier volvió á las Tullerías para referir el resultado del interrogatorio de Moreau.—Pues bien, dijo el primer consul, ya que no quiere confesarme su delito tendrá que hacerlo ante la justicia.—Mandó, pues, el primer consul que se siguiese el proceso con todo rigor, desplegando la mayor actividad para apoderarse de los culpables; por que ante todas cosas queria salvar el honor de su gobierno, gravemente comprometido, si no presentaba la prueba de la realidad de la conspiracion, por consecuencia del arresto de Jorge y de Pichegrú. Sin la prision de estos se le hubiera tenido por un envidioso vil, cuya mira era comprometer al segundo general de la República. Continuamente se arrestaban nuevos cómplices que no dejaban duda alguna acerca del conjunto y de los detalles del plan, y particularmente respecto del propósito de asaltar el coche del primer consul entre Saint-Cloud y París, sobre la presencia de un jóven príncipe á la cabeza de los conjurados, sobre la llegada de Pichegrú para ponerse de acuerdo con Moreau, sobre la divergencia de sus miras, y finalmente sobre los entorpecimientos y dilaciones que de esta divergencia habian resultado y que habian causado la ruina de todos. Conócianse, pues, todos los hechos, pero aun no habia sido preso ninguno de los gefes, cuya presencia hubiera convencido á los mas incrédulos;

tampoco se lograba arrestar al príncipe tan esperado, en quien queria el primer consul, arrebatado de su cólera, hacer un ejemplar terrible y sangriento. Situado el coronel Savary en la costa de Biville daba cuenta de haberlo visto todo, y comprobado los hechos resultando la perfecta exactitud de las revelaciones respecto al modo de hacer los desembarcos, á el camino misterioso abierto entre Biville y París, á la existencia del pequeño buque que todas las tardes bordeaba á lo largo de la costa, aproximándose siempre al parecer, sin que en realidad se aproximase. Habia motivo para creer que se habia dado orden para que no se verificase ya el nuevo desembarco ó á lo menos para que se suspendiese, sin duda porque no se hacian sobre la cumbre de aquella costa las señas convenidas entre los conjurados, ó porque se hubiesen enviado á Lóndres nuevos avisos é instrucciones de París. Obediente entretanto el coronel Savary á las órdenes que habia recibido esperaba con una paciencia imperturbable.

Apenas pasaba dia sin que se descubriese en París la huella de Pichegrú ó de Jorge, y cuando parecia que iban ya á ser arrestados, resultaba que volvía á perderselos la pista. El primer consul, que por cierto no reparaba en los medios, resolvió presentar una ley cuyo carácter puede probar las ideas que despues de la época de la revolucion dominaban acerca de las garantías de los ciudadanos hoy tan respetadas. Propúsose, pues, al Cuerpo legislativo una ley, por la que se imponía á todo individuo que diese asilo á Jorge, Pichegrú y sesenta mas de sus compañeros, cuyas señas se designaban, no la pena de encarcelamien-



to y trabajos forzados, sino la muerte. Cualquiera que habiéndolos visto ó sabido su paradero no los denunciase, sería castigado con seis años de trabajos forzados. Esta ley formidable que mandaba bajo pena de muerte un acto bárbaro, fué adoptada el mismo día en que se presentó, sin la menor resistencia.

Apenas se promulgó esta ley, siguieron á ella precauciones no menos rigurosas. Como se podía temer que los conjurados perseguidos de esta suerte, trataran de buscar su salvacion en la fuga, se mandó cerrar todas las puertas de París, de modo que por espacio de muchos dias quedó franca y espedita la entrada á todo el mundo, pero no se permitió á nadie salir de la capital. Para asegurar la ejecucion de esta medida se mandó situar la guardia de á pié por destacamentos en todas las puertas de la capital y á la de á caballo hacer patrullas continuas á lo largo de las murallas, con orden de prender á cualquiera que intentase saltarlas ó hacer fuego sobre el que quisiera huir. En fin los marineros de la guardia, distribuidos en canoas, se estacionaron en el Sena durante día y noche. Los correos del gobierno eran los únicos que tenían la facultad de salir despues de haber sido registrados y reconocidos, para evitar todo engaño.

Fué tal el terror que cundió por todo París, que no parecía sino que se habia vuelto á los tiempos mas funestos de la Revolucion. Los enemigos del primer consul abusando cruelmente del estado de azitacion y zozobra en que se hallaban todos los ánimos, se cebaron mas que nunca en la persona del primer consul, diciendo de él todo

cuanto se habia dicho en otro tiempo de la antigua junta de salvacion pública. Como él mismo dirigia la policia, estaba al corriente de todas las injurias que le dirigian sus enemigos, y su exasperacion sin cesar acrecentada, le hacia capaz de los actos mas violentos. Habíase vuelto tético, duro, inexorable hasta el punto de no preguntar á nadie. Desde los últimos acontecimientos no quiso disimular ya su cólera contra Mr. de Marcoff, cólera que en la ocasion presente estallaba de una manera terrible. Hallábase entre los presos un suizo, agregado, no se sabe con qué carácter, á la embajada de Rusia, verdadero intriguante, que ninguna legacion estrangera, si consultaba su decoro, debia admitir á su servicio. A este paso tan indecoroso, habia añadido Mr. de Marcoff el mas indecoroso, todavia de reclamarlo. El primer consul dió orden para que lejos de entregarlo se redoblará la vigilancia de su prision, como si de este modo hubiese querido dar á conocer á Mr. de Markoff toda la imprudencia de su deshonrosa conducta. Dos circunstancias, en que hasta entonces no habia reparado el primer consul, vinieron á aumentar en aquella ocasion su cólera y su conflicto; era la primera que Mr. de Entraigues, antiguo agente de los principes emigrados, se hallaba en Dresde, con una comision diplomática del emperador de Rusia, y la segunda que un tal Vernegues, emigrado tambien adicto á los Borbones y enviado por ellos á la corte de Nápoles, estaba en Roma con el carácter de súbdito ruso. El primer consul reclamó de la corte de Sajonia la persona de Mr. de Entraigues, y á la de Roma el inmediato arresto y estradicion del emigrado Ver-



negues, reclamando estos actos de rigor de una manera perentoria que no dejaba la facultad de contestar con una negativa. Dispuesto el primer consul á tratar á Mr. de Markoff como habia tratado á lord Withworth, en la primera recepcion diplomática que tuvo, le dijo que era muy extraño que los embajadores recibiesen á su servicio á hombres que conspiraban contra el gobierno, y muchas cosas extraño que se atreviese todavía á reclamarlos.—¿Por ventura, añadió, cree la Rusia tener sobre nosotros alguna superioridad que le permita semejante proceder? ¿Nos supone degenerados hasta el punto de tolerar semejantes agravios? se equivoca; estoy decidido á no sufrir la menor afrenta de ningun príncipe de la tierra.—Diez años antes la benévola revolucion de 89 habia llegado á ser la sangrienta revolucion de 93, por las provocaciones continuas de enemigos insensatos. Un efecto del mismo género se verificaba en aquel instante en el alma fogosa de Napoleon. Aquellos mismos enemigos portándose con Napoleon como se habian portado con la Revolucion, hacian pasar del bien al mal, y de la moderacion á la violencia, al que hasta entonces habia sido demasiado prudente á la cabeza del estado. Los realistas á quienes habia sacado de la opresion, y la Europa, á la que habia tratado de vencer con su templanza, despues de haberla vencido con su espada, en una palabra, todo cuanto mas habia respetado hasta entonces, estaba dispuesto á maltratarle á la sazón de obra y de palabra. Aquello era una tempestad escitada en una alma grande por la ingratitude de los partidos y la imprudente malquerencia de la Europa.

Una profunda ansiedad reinaba en Paris. La terrible ley dada contra los que ocultasen á Jorge, Pichegrú y sus cómplices, no habia engendrado en nadie la baja resolucion de entregarlos; pero nadie tampoco queria darles asilo. Estos desgraciados, á quienes hemos dejado desunidos y desconcertados por sus divergencias, andaban errantes por la noche, de casa en casa, pagando algunas veces de seis á ocho mil francos por el retiro que les concedian solamente por espacio de algunas horas. Pichegrú, Mr. de Riviere y Jorge vivian en una horrible perplegidad, si bien este último soportaba denodadamente su situacion, habituado como estaba á las aventuras de la guerra civil. Por otra parte no se sentia humillado; habia comprometido en torno suyo cuanto habia de mas augusto, y pensaba solamente en salir de aquel mal paso, como de tantos otros de que habia salido afortunadamente, gracias á su inteligencia y su valor. Pero aquellos individuos de la nobleza francesa que habian creido que la Francia, ó por lo menos su partido, iba á abrirles los brazos, y que no hallaban mas que frialdad, obstáculos ó censura, estaban desolados y casi arrepentidos de su empresa, porque ahora mas que nunca conocian toda la odiosidad de un proyecto, que no se presentaba ya con los colores engañosos que la esperanza del triunfo dá á todas las cosas, y porque conocian tambien toda la bajeza de las relaciones á las que se habian entregado introduciéndose en Francia con una cuadrilla de chuanes. Pichegrú que á vicios deplorables reunia las cualidades de la calma, la prudencia y una alta penetracion, Pichegrú conocia demasiado que en lugar de le-



vantarse de su primera caída, había caído en el fondo de un abismo. La primera falta cometida algunos años antes, la de aceptar culpables relaciones con los Condés, le había arrastrado á ser un traidor y despues un proscrito; pero ahora iba á ser hallado entre los cómplices de una villana conjuracion. Esta vez no quedaria ya nada de la gloria del vencedor de Holanda. Al saber la prision de Moreau, adivinó la suerte que le esperaba, y conoció que estaba perdido. La familiaridad de los chuanes le era odiosa, y consolábase con el trato de Mr. de Riviere que le parecia mas prudente y sensato, que los demas amigos del conde de Artois enviados á París. Reducido al último grado de desesperacion, cogió cierta noche una pistola y ya iba á levantarse la tapa de los sesos, cuando el mismo Riviere se lo impidió. Otra vez privado de asilo, tuvo una inspiracion que le honra, y que honra sobre todo al hombre á quien recarrió en aquel momento. Entre los ministros del primer consul se hallaba uno de los proscritos del 18 de fructidor; era éste Mr. de Marbois. Pichegrú no vaciló en venir una noche á llamar á su puerta, y mostrarle de nuevo al proscrito de Sinnamari, pidiendo á otro proscrito de Sinnamari, ministro ya del primer consul, que violára la ley de su gefe. Mr. de Marbois le recibió con dolor, pero sin inquietud por su seguridad, porque el honor que le hacian contando con su generoso corazon, lo hacia él tambien al primer consul no dudando de su aprobacion. Espectáculo magnífico es y que consuela de aquellas tristes escenas, ver á aquellos tres hombres, tan diferentes, contar los unos con los otros: Pichegrú con Mr. de Marbois,

y éste con el primer consul. Mas tarde en efecto, confesó Mr. de Marbois lo que había hecho y le contestó el primer consul por medio de una carta, que era una noble aprobacion de su generosa conducta.

Pero esta situacion debia tener un término próximo. Un oficial que había servido bajo las órdenes de Pichegrú, reveló su secreto y lo entregó á la policia, la cual acompañada de un destacamento de gendarmes, penetró una noche en su retiro para apoderarse de la persona del general, que á la sazón dormia, rodeado de armas de que jamás se separaba, y de libros que formaban su acostumbrada lectura. Despertado por el ruido, quiso arrojarle sobre sus armas, pero no tuvo tiempo, y se defendió vigorosamente por espacio de algunos minutos. Vencido bien pronto, se entregó y fué trasladado al Temple, donde debia acabar de la manera mas desastrosa una vida que tan brillante fuera en otro tiempo.

Apenas había sido preso, cuando lo fueron tambien Mr. Armand de Polignac, Mr. Julio de Polignac y Mr. de Riviere, no porque hubiesen sido delatados, sino porque perseguidos sin descanso, fueron al fin descubiertos al mudar de asilo. Estas prisiones produjeron en la opinion un efecto profundo y general, quedando escandalizada la mayoría de los hombres sensatos y desnudos de espíritu de partido, al saber la certeza de la terrible conjuracion, sobre la que no dejaba ya duda alguna la presencia de Pichegrú y de los amigos personales del conde de Artois. Aparentemente no habían sido atraídos á Francia por la policia que intentaba fraguar una conspiracion, re-



velándose toda la gravedad de los peligros que había corrido y corria aun el primer consul, y experimentándose mas vivamente que nunca el interés que debía inspirar una vida tan preciosa. No se trataba ya del envidioso rival de Moreau que había querido perder á este general, sino del salvador de la Francia, espuesto á las maquinaciones incesantes de los partidos. Sin embargo, los hombres aviesos y revoltosos aunque algo desconcertados, no guardaron silencio. Segun ellos, Polignac y Riviere eran unos imprudentes, que incapaces de permanecer en paz se agitaban sin cesar con el conde de Artois, y venian solo para ver si las circunstancias favorecian á su partido. Pero no había entodo esto ni conspiracion formal, ni amagos de verdadero peligro que pudiesen inspirar en favor del primer consul.

Para cerrar la boca y confundir á aquellos difamadores se necesitaba una prision mas, la de Jorge. Entonces no sería ya posible decir, hallando juntos á Polignac, Riviere y Jorge, que estaban en Paris como simples observadores. Esta última prueba debía obtenerse pronto, gracias á los medios terribles empleados por el gobierno.

Perseguido y cercado Jorge por multitud de agentes, obligado á cambiar de asilo todos los dias, no pudiendo salir de Paris, que estaba guardado por tierra y por agua, Jorge debía tarde ó temprano sucumbir. Seguian incesantemente sus huellas; pero es justo decir en honor de la época, que nadie quiso entregarle por mas general que fuese el deseo de su prision. Los que se aventuraban á recibirle no querian ocultarle sino por un dia. Era preciso que todas las noches cambiase de re-

tiro. El 9 de marzo hácia la entrada de la noche, muchos dependientes de justicia rodearon una casa, que se había hecho sospechosa por lasidas y venidas de gente de malas trazas. Jorge que la había ocupado, trató de salir de ella para proporcionarse un asilo en otra parte. Partió hácia las siete de la noche y subió cerca del Panteon á un cabriolé, conducido por un criado de confianza, que era un chuan jóven y determinado. Los empleados de justicia siguieron este cabriolé, corriendo á mas no poder hasta la enercujada de Bussy. Jorge instaba á su compañero á que apresurase el paso, cuando uno de los agentes de policia que llegó el primero, se echó sobre la brida del caballo; pero Jorge lo tendió muerto á sus pies de un pistoletazo. En seguida se lanzó del cabriolé para huir y disparó el segundo tiro contra otro agente á quien hirió de gravedad. Envuelto no obstante por el pueblo y detenido á pesar de sus esfuerzos, fué entregado a la fuerza pública, que había acudido apresurosa. Inmediatamente fué reconocido por aquel terrible Jorge que buscaban despues de tanto tiempo, y que al fin tenían asegurado, lo cual produjo en Paris una alegría general, porque en efecto todos vivian en una especie de oposicion, de que ya se sentian aliviados. Al mismo tiempo que Jorge, fué preso tambien el criado que le acompañaba y que apenas tuvo tiempo para dar algunos pasos.

Jorge fué conducido á la prefectura de policia, y pasada la primera emocion, recobró toda su calma habitual. Era jóven y vigoroso; tenia anchas espaldas, rostro franco y sereno, mas bien que sombrío y traidor, como su papel hubiera podido



hacer creer. Llevaba consigo pistolas, un puñal y sesenta mil francos en oro y billetes de banco. Interrogado inmediatamente confesó sin vacilar su nombre y el motivo de su presencia en París. Según él, había venido á atacar al primer consul, no introduciéndose con cuatro asesinos en su palacio, sino abiertamente en campo raso y en medio de su guardia consular. Debía obrar en compañía de un príncipe francés, que se proponía venir á Francia, pero que todavía no había llegado. Jorge estaba casi orgulloso del carácter enteramente nuevo de aquella conspiracion, que ponía sumo cuidado en distinguir de un asesinato.—Sin embargo, le decían, habeis mandado á Saint-Rejant venir á París para preparar la máquina infernal.—Le he hecho venir, contestó Jorge, pero no le había prescrito los medios de que debía servirse.—¡Mala justificación que probaba suficientemente que Jorge no era extraño á aquel horrible atentado! Por lo demás, en todo lo que concernia á los otros cómplices, el atrevido conjurado se obstinaba en callar, repitiendo que ya había bastantes víctimas, y que no quería aumentar su número (1).

(1) *Extracto del primer interrogatorio de Jorge por el prefecto de policía, 18 de ventoso (9 de marzo).—Tomo II, página 79.*

Nos, consejero de estado, prefecto de policía, hemos mandado comparecer por ante nos á Jorge Cadoudal, y le hemos preguntado en los términos que siguen:

*Pregunta.* ¿Qué veniais á hacer en París?

*Respuesta.* Venia á atacar al primer consul.

*P.* ¿Cuáles eran vuestros medios para atacar al primer consul?

Con la prision de Jorge y sus declaraciones, quedaba probada la conjuracion y justificado el primer consul, sin que se pudiera ya repetir, como se hacia despues de un mes, que la policía inventaba las conspiraciones que pretendia descubrir; el partido realista no tenia mas recurso que bajar los ojos al ver á un príncipe francés que prometia volver á Francia con una cuadrilla de chuanes, para dar una supuesta batalla en medio de un camino. Quedaba, es verdad, la excusa de decir que no habria venido. Esto es posible y aun

*R.* Tenia todavía muy pocos, pero esperaba reunirlos....

*P.* ¿De qué naturaleza eran vuestros medios de ataque contra el primer consul?

*R.* Medios de viva fuerza.

*P.* ¿Contábais con mucha gente?

*R.* No, porque no debía atacar al primer consul sino hasta que llegase un príncipe extranjero á París y no ha llegado.

*P.* ¿En la época del 5 de nivoso escribisteis á Saint-Rejant reconviniéndole por la lentitud que empleaba en ejecutar vuestros órdenes contra el primer consul?

*R.* Escribí á Saint-Rejant que reuniese medios en París, pero no le dije que cometiese el atentado de 5 de nivoso....

*Extracto del segundo interrogatorio de Jorge Cadoudal; 18 de ventoso (9 de marzo).—Tomo II, página 85.*

*P.* ¿Desde cuándo estáis en París?

*R.* Hace cinco meses, pero no he permanecido quince días seguidos.

*P.* ¿Dónde os habeis alojado?

*R.* No quiero decirlo.

*P.* ¿Cuál es el motivo que os ha traído á París?

*R.* He venido con intencion de atacar al primer consul.

*P.* ¿Cuáles eran vuestros medios de ataque?

*R.* El ataque debía ser á viva fuerza.



probable; mejor hubiera sido cumplir la palabra, que prometer inútilmente á los desgraciados que arriesgaban su cabeza fiados de tales promesas. Por lo demás, no era solo Jorge quien anunciaba á un príncipe; los amigos del conde de Artois, M. M. de Riviere y de Polignac usaban el mismo lenguaje. Confesaban la parte mas importante del proyecto, y rechazaban lejos de sí la idea de haber partici-

P. ¿Dónde pensábais hallar esa fuerza?

R. En toda la Francia.

P. ¿Luego hay en toda la Francia una fuerza organizada á vuestra disposicion y á la de vuestros cómplices?

R. No es así como debe entenderse la fuerza de que yo hablo.

P. Pues ¿cómo se debe entender la fuerza de que habláis?

R. Una reunion de fuerza en Paris, la cual no está organizada todavía, pero lo habria estado tan luego como se hubiese resuelto definitivamente el ataque.

P. ¿Cuál era, pues, vuestro proyecto y el de los conjurados?

R. Poner á un Borbon en el lugar del primer consul.

P. ¿Quién era el Borbon designado?

R. Carlos-Javier-Estanislao, llamado Monsieur, y reconocido por nosotros por Luis XVIII.

P. ¿Qué papel debíais representar en el ataque?

R. El que uno de esos príncipes franceses, que debia hallarse en Paris, me hubiese designado.

P. Luego ¿el plan ha sido formado y debia ejecutarse de acuerdo con los príncipes franceses?

R. Si, ciudadano juez.

P. Según eso, ¿habeis conferenciado con esos príncipes en Inglaterra?

R. Si, ciudadano.

P. ¿Quién debia dar los fondos y las armas?

R. Hacia mucho tiempo que tenia los fondos á mi disposicion; pero carecia aun de armas....

pado de un proyecto de asesinato; pero confesaban haber venido á Francia para una cosa que no definian, para una especie de movimiento á cuya cabeza debia figurar un príncipe francés. Ellos no habian hecho otra cosa que anticiparse, para averiguar con sus propios ojos, si era útil y conveniente que llegase (1). Del mismo modo que

(1) *Estracto del primer interrogatorio de Mr. de Riviere por el consejero de estado, Real. 16 de ventoso (7 de marzo).—Tomo II, página 259.*

P. ¿Desde cuándo estais en Paris?

R. Hace cerca de un mes.

P. ¿Por dónde habeis venido de Londres á Francia?

R. Por la costa de Normandía en un buque inglés, su capitán Wright, segun creo.

P. ¿Cuántos pasajeros venian, y quiénes eran estos?

R. No lo sé.

P. ¿Sabeis que el ex-general Pichegrú y Lajolais venian entre esos pasajeros, asi como Mr. Julio de Polignac?

R. Como esto no me interesa, lo ignoro.

P. Cuando desembarcásteis, ¿por qué camino habeis venido á Paris?

R. Por el de Ruan, unas veces á pié y otros á caballo.

P. ¿Cuáles son los motivos de vuestro viage y de vuestra permanencia en esta ciudad?

R. Asegurarme del estado de las cosas y de la situación política é interior, á fin de participarlo á los príncipes, que en vista de mis observaciones habrian juzgado si les convenia venir á Francia ó quedarse en Inglaterra. Debo no obstante decir que yo no tenia en aquel momento mision particular de ellos; pero habiéndoles servido frecuentemente con celo....

P. ¿Cuál ha sido el resultado de las observaciones que habeis hecho sobre la situación política, sobre el gobierno y sobre



Jorge, estos señores no hacian mas que buscar excusas para justificarse de haber sido hallados en tan mala compañía, repitiendo que debia ponerse

la opinion? ¿Qué hubiérais dicho á los principes si hubiéseis podido escribirles ó volveros á su lado?

R. En general, he creido ver en Francia mucho egoismo, mucha apatía y un gran deseo de conservar la tranquilidad.

*Estracto del segundo interrogatorio de Mr. Armand de Polignac, 22 de ventoso (15 de marzo).—Tomo II, página 259.*

Desembarqué en las costas de Normandía, despues de muchas paradas, me hospedé cerca de la Isla-Adam, en un sitio donde se hallaba Jorge, conocido tambien bajo el nombre de Loriera.

Vinimos juntos á Paris, y con algunos oficiales á su disposicion.

Cuando salí la última vez de Londres, sabia cuáles eran los proyectos del conde de Artois, y como le apreciaba demasiado creí de mi deber acompañarle.

Su plan era llegar á Francia y hacer proponer al primer consul que abandonase las riendas del gobierno, á fin de que pasaran á manos de su hermano.

Si el primer consul rechazaba esta proposicion, el conde estaba decidido á empeñar un ataque á viva fuerza para reconquistar los derechos que consideraba como los de su familia.

Yo no ignoraba que aun no estaba dispuesto á intentar su venida cuando salí; si me he anticipado á él ha sido por el deseo de ver, como ya he dicho, á mis padres, á mi esposa y á mis amigos.

Cuando se trató de otro desembarco, el conde de Artois me participó que en vista de la confianza que tenia en mí y del celo que siempre le habia manifestado, deseaba que formase parte de la expedicion, lo cual me determinó á pasar á bordo del primer buque.

al frente de ellos un principe francés, y como éste no habia venido, ni se proponia ya venir, estaban seguros de no esponerlo á ningun peligro, pues estaba protegido por toda la estension de la

Debo deciros que en el momento de mi partida, declaré altamente que si todos aquellos medios no eran nobles y dignos me retiraria á Rusia.....

P. ¿Habeis sabido que el general Moreau veia á Pichegrú y á Jorge Cadoudal?

R. He sabido que hubo una conferencia muy seria en Chailot, casa número 6, donde vivia Jorge Cadoudal, entre dicho Cadoudal, el general Moreau y el ex-general Pichegrú.

Me han asegurado que despues de diferentes esplicaciones dijo Jorge Cadoudal al general Moreau:—Si quereis, os dejaré con Pichegrú, y quizás entonces acabareis por entenderos.

Que en fin el resultado no habia dejado mas que incertidumbres desagradables, puesto que Jorge Cadoudal y Pichegrú se mostraban muy fieles á la causa del principe, al paso que Moreau permanecia indeciso, y hacia sospechar ideas de interés particular. Posteriormente he sabido que el general Moreau y el ex-general Pichegrú han tenido otras conferencias.

*Estracto del interrogatorio hecho á Mr. Julio de Polignac por el consejero de estado, Real, el 46 de ventoso (7 de marzo), y citado en el acta de acusacion.—Tomo I, página 61.*

Interrogado.....

Contestó: que pareciéndole á él asi como á su hermano, que lo que se queria hacer no era tan noble como debian naturalmente esperar, habian hablado de retirarse á Holanda.

Invitado á esplicar el motivo de sus temores,

Respondió, que sospechaba que en lugar de llenar una mision cualquiera relativa á un cambio de gobierno, se trataba de obrar contra un solo individuo, y que el primer consul era á quien el partido de Jorge se proponia atacar.



Mancha. Los imprudentes no sospechaban que habia otros menos guarecidos y que acaso pagarian con su sangre los proyectos concebidos y preparados en Londres.

¡Ojala que el primer consul se hubiese contentado con lo que ya tenia bajo su mano para confundir á sus enemigos! Medios tenia de hacerlos temblar, imponiéndoles legalmente las penas contenidas en nuestros códigos, y aun podia llenarlos de confusion, siendo como eran tan concluyentes las pruebas obtenidas. Esto era mas de lo que necesitaba para su seguridad y honor.

Pero como ya hemos dicho, indulgente entonces con los revolucionarios, estaba indignado contra los realistas en vista de su ingratitude, y resuelto á descargar sobre ellos todo el peso de su poder. Abrigaba en su corazon además de la venganza otro sentimiento, el del orgullo. A todo el mundo decia en voz alta que un Borbon para él no era mas que Moreau ó Pichegrú, y aun menos; que estos príncipes creyéndose inviolables comprometian á su antojo multitud de desgraciados de todas clases y despues se guarecian detrás del mar; que hacian muy mal en contar tanto con este asilo, porque tarde ó temprano lograria apoderarse de uno, y que lo fusilaria como un criminal ordinario; que era preciso que se supiera al fin, con quien tenian que habérselas, atacando en su persona al que no tenia mas miedo de derramar la sangre de un Borbon que la del último de los chuancs; que pronto haria ver al mundo que todos los partidos eran iguales á sus ojos; que los que atrajesen sobre sus cabezas su mano formidable, sentirian su peso cualesquiera que

ellos fuesen, y que despues de haber sido el mas clemente de los hombres, verian que podia ser tambien el mas terrible.

Nadie osaba contradecirle: el consul Lebrun callaba; el consul Cambaceres callaba tambien, dejando ver sin embargo esa desaprobacion silenciosa que era su resistencia á ciertos actos del primer consul. Mr. Fouché que queria congraciarse con este y que inclinado generalmente á la indulgencia, deseaba no obstante indisponer al gobierno con los realistas, aprobaba sobre manera la necesidad de un egemplar castigo. Mr. de Talleyrand, que seguramente no era cruel, pero que no acertaba á contradecir jamás al poder, á menos que se hiciera su enemigo, y que llevaba hasta un grado funesto el deseo de complacerle cuando lo amaba, Mr. de Talleyrand decia tambien con Mr. Fouché, que se habia hecho ya demasiado en favor de los realistas, que a fuerza de tratarlos bien, se habia llegado á inspirar desagradables sospechas á los hombres de la Revolucion, y que era preciso castigar severamente y sin escepcion. Esceptuando el consul Cambaceres, todo el mundo adulaba aquella cólera, que en aquel momento no tenia necesidad de ser adulada para hacerse temible y hasta cruel.

La idea de descargar todo el castigo solamente sobre los realistas y no mostrar elemencia sino con los revolucionarios, estaba tan arraigada entonces en el alma del primer consul, que intentó hacer por Pichegrú lo que habia querido hacer por Moreau. Al pensar en la situacion desgraciada de aquel general ilustre, asociados los chuancs y espuesto á perder ante un tribunal no sola-



mente la vida, sino los últimos restos de su honor.—¡Magnífico fin, dijo á Mr. Real, magnífico fin para el vencedor de la Holanda! Pero es preciso evitar que los hombres de la revolucion se devoren entre sí. Hace mucho tiempo que pienso en Cayenne; es el país mas hermoso de la tierra para fundar en él una colonia. Pichegrú ha estado desterrado en él, lo conoce; de todos los generales es el mas capaz de crear allí un grande establecimiento. Id á verle á su prision, decidle que le perdono, que no es él, ni Moreau, ni sus compañeros sobre quienes quiero descargar el rigor de la justicia. Preguntadle cuántos hombres y millones necesita para fundar una colonia en Cayenne; se los daré, é irá á recohrar su gloria prestando servicios á la Francia.

Mr. Real llevó á la prision de Pichegrú estas nobles palabras. Cuando éste las oyó, no quiso al principio darles crédito, pensando que se trataba de seducirle para comprometerle á delatar á sus compañeros de infortunio; pero convencido luego por las reiteradas instancias de Mr. Real, que no le pedía revelacion alguna, puesto que todo se sabia, se conmovió y su alma cerrada se abrió, derramando lágrimas y hablando largamente de Cayenne. Confesó que por una singular prevision, habia pensado frecuentemente en su destierro, sobre lo que allí podia hacerse, y hasta preparado proyectos. Pronto se verá por que fatal ocurrencia, no tuvieron las generosas intenciones del primer consul mas efecto que una deplorable catástrofe.

Entre tanto esperaba con la mas viva impaciencia noticias del coronel Savary, colocado de

centinela con cincuenta hombres en la costa de Biville. Hacia ya mas de veinte dias que estaba en observacion, y no se habia verificado desembarco alguno. Todas las tardes se presentaba á la vista el brick del capitán Wright, pero jamás llegaba á la playa, bien porque, como hemos dicho, esperasen los pasajeros que llevaba el capitán Wright alguna señal que no se les hacia, bien porque las noticias de Paris les obligaron á no desembarcar. En fin, el coronel Savary tuvo que declarar que su mision se prolongaba inútilmente y sin objeto.

Despechado el primer consul por no poder cojer á ninguno de esos principes que atentaban contra su vida, dirigia la vista á todos los puntos donde residian. Encerrado una mañana en su gabinete con Talleyrand y Fouché, enumeraban los individuos de aquella familia desgraciada, tan digna de lástima por sus faltas como por sus infortunios. Deciaule que Luis XIII habitaba en Varsovia con el duque de Angulema; que el conde de Artois y el duque de Berry se hallaban en Londres; que los principes de Condé estaban tambien en dicha capital á escepcion de uno solo, el tercero, que era el mas joven y emprendedor, el duque de Enghien, el cual vivía en Ettenheim, muy cerca de Strasburgo, y como quiera que por este lado tambien trataban de fomentar las intrigas, los agentes ingleses, Taylor, Smith y Drake, ocurrióle al primer consul la idea de que aquel joven principe podia servirse del puente de Strasburgo, como el conde de Artois habia querido servirse de la costa de Biville y resolvió enviar inmediatamente á Ettenheim un oficial de



gendarmes, inteligente para tomar informes, y como hubiese uno que habia servido en otro tiempo siendo jóven al lado de los principes de Condé, se le mandó que se disfrazara, que se dirigiera á Ettenheim y se proporcionára cuantos informes pudiese acerca del principe, de su género de vida y relaciones.

El oficial partió con esta comision y se dirigió á Ettenheim, donde hacia algun tiempo que vivia el principe al lado de una princesa de Rohan, á quien queria mucho, compartiendo su tiempo entre este afecto y la afición á la caza, que satisfacía en la Selva Negra. Habia recibido orden del gabinete británico para que pasara á las orillas del Rhin, sin duda para que estuviese á la mira del movimiento de que los agentes Drake, Smith y Tailer habian dado una falsa esperanza á su gobierno. Este principe creía tener que hacer pronto la guerra contra su pais, deplorable papel que ya habia sido el suyo durante muchos años; pero nada prueba que conociese la conjuración de Jorge; por el contrario, todo induce á creer que la ignoraba, pues se ausentaba con mucha frecuencia para ir á caza, y aun decian algunos que para asistir al teatro de Strasburgo. Verdad es que este rumor habia recibido tanta consistencia, que su padre le escribió desde Londres aconsejándole en términos muy severos que fuese mas prudente (1). Este principe tenia á su

(1) *El principe de Condé al duque Enghien.*—Wansstead, 16 de junio de 1805.

Mi querido hijo:

Hace mas de seis meses que se asegura aquí que habeis

lado algunos emigrados adictos á su persona, principalmente un cierto marqués de Thumery.

El oficial enviado para tomar informes llegó disfrazado, y en la misma casa del principe adquirió multitud de pormenores de los cuales era muy facil á los que estaban prevenidos en contra, sacar funesta inducciones. Decíase que el jóven duque se ausentaba frecuentemente, y hasta que se ausentaba durante muchos dias para ir á Strasburgo. Acompañábale un personage á quien presentaban mucho mas importante de lo que era, y que se llamaba con un nombre que los alemanes autores de aquellos informes, pronunciaban mal, y de modo que hacian creer que era el general Dumouriez. Este personage era el marqués de Thumery, cuyo nombre acabamos de citar, y á quien el oficial, engañado por la pronunciacion alemana, tomó de buena fé por el celebre general Dumouriez. Consignó estos pormenores en su in-

hecho un viage á París; otros dicen que no ha sido mas que á Strasburgo. Es preciso convenir que esto seria arriesgar algo inútilmente tu vida y tu libertad; porque respecto á tus principios estoy tranquilo, pues sé que se hallan tan profundamente grabados en tu corazón como en los nuestros. Creo que ahora podrías confiarnos lo pasado, y si la noticia que me han dado es cierta, lo que hayas observado en tus viages.

A propósito de tu salud, que tan querida nos es bajo tantos títulos, aunque he mandado á decirte que la posicion en que te hallas, podia ser muy útil bajo muchos conceptos, no olvides que estás muy cerca de Francia, ni omitas precaucion alguna para ser avisado á tiempo y retirarte con seguridad, en el caso de que le ocurra al consul apoderarse por sorpresa de tu persona. No creas que hay valor en arrostrar todos los peligros temerariamente.

Firmado: LUIS JOSE DE BORBON.



forme, escrito, como se vé, bajo la influencia de las mas fatales ilusiones, y enviado inmediatamente á París.

Este fatal informe llegó el 10 de marzo por la mañana. La vispera por la tarde, y en la noche, y hasta en la mañana de aquel mismo día, se habia renovado muchas veces una deposicion no menos fatal, arrancada á un tal Leridant que era el criado de Jorge, preso con él. Al principio se habia negado á contestar á los reiterados interrogatorios de los jueces, pero al fin acabó por hablar con una sinceridad que parecia completa, declarando que en efecto habia una conjuracion, á cuya cabeza se hallaba un príncipe, que este príncipe iba á llegar, ó acaso habria ya llegado; que en cuanto á él, tenia motivo para creerlo, porque habia visto venir algunas veces á casa de Jorge un hombre jóven, bien portado y vestido, y á quien todos mostraban el mayor respeto. Esta deposicion, frecuentemente repetida y cada vez con nuevos detalles, fué elevada al conocimiento del primer consul, y como al mismo tiempo hubiese recibido el parte del oficial de gendarmes, debieron sufrir sus ideas un completo trastorno, pues confundiendo las ausencias del duque de Enghien con la supuesta presencia de un príncipe en París, llegó á imaginarse que ese jóven, á quien los conjurados mostraban tanto respeto, no podia ser un príncipe procedente de Lóndres, pues la costa de Biville estaba cuidadosamente guardada, sino el mismo duque de Enghien que en cuarenta y ocho horas venia de Ettenheim á París y volvía de París á Ettenheim en el mismo espacio de tiempo, después de haber pasado algunos momentos en medio de sus

cómplices. Pero lo que mas afirmaba al primer consul en esta malhadada conviccion, era la presencia supuesta de Dumouriez. El plan se completaba asi de una manera admirable. El conde de Artois debia llegar por la Normandía con Pichegrú, y el duque de Enghien por la Alsacia con Dumouriez. Los Borbones querian, para entrar en Francia, que los acompañasen los célebres generales de la República. La cabeza ordinariamente tan sana y fuerte del primer consul, no pudo resistir á tantas apariencias engañosas y se dejó dominar completamente por ellas. Preciso es haber visto á hombres entregados enteramente á investigaciones de este género, sobre todo si una pasion cualquiera los espone á creer lo que sospechan, para comprender hasta que punto son rapidas las inducciones, y bendecir cien veces los trámites lentos de la justicia, que salvan á los hombres de esas fatales conclusiones, sacadas tan pronto de algunas coincidencias fortuitas.

Al leer el primer consul el parte del oficial enviado á Ettenheim, que acababa de entregarle el general Moncey, comandante de la gendarmeria, fué acometido de una estremada agitacion. Recibió muy mal á Mr. Real que se presentó en aquel momento, le reprendió por haberle dejado ignorar por tanto tiempo pormenores de tanta importancia, y creyó de muy buena fé haber descubierto la segunda y mas terrible parte de la conspiracion. Esta vez no le detenia ya el mar, el Rhin, el duque de Baden y el cuerpo germánico no eran obstáculos para él. Convocó inmediatamente un consejo extraordinario, compuesto de los tres cónsules, de los ministros y de



Mr. Fouché que era ministro de hecho, aunque no lo fuese por nombramiento. Llamó al mismo tiempo á las Tullerías á los generales Ordener y Caulaincourt; pero mientras llegaban estos señores cogió los mapas del Rhin para disponer un plan de raptó, y como no encontrase los que buscaba derribó al suelo confusamente todos los mapas que habia en su librería. Mr. de Meneval, hombre de carácter dulce, prudente é incorruptible, sin el que no podía pasarse, porque le dictaba sus cartas mas secretas, se habia ausentado aquel día por algunos instantes. Mandó llamarlo á las Tullerías con reconvenções muy poco merecidas sobre su ausencia, y continuó su examen del mapa del Rhin en un estado de emocion extraordinaria.

Celebróse el consejo, cuya relacion ha consignado un testigo ocular en sus memorias.

Propúsose en el acto la idea de apoderarse de la persona del príncipe y del general Dumouriez, sin cuidarse de la violencia del suelo germánico, dirigiendo no obstante una escusa por la forma al gran duque de Baden. El primer consul quiso oír los pareceres, si bien con todas las apariencias de una resolución irrevocablemente tomada. Escuchó sin embargo con paciencia todas las objeciones. Su colega Lebrun se mostraba aterrado por el efecto que semejante acontecimiento produciria en Europa. El consul Cambaceres tuvo valor para oponerse abiertamente á la proposición que se acababa de hacer y se esforzó por demostrar todo lo que tenia de peligroso una resolución de aquella naturaleza, así en el interior como en el exterior, y el carácter de violencia que

no podria menos de imprimir al gobierno del primer consul. Hizo sobre todo valer la consideracion de que seria muy grave prender, juzgar y fusilar á un príncipe real, aunque fuese cogido en fragante delito en territorio francés; pero que ir á buscarle en suelo extranjero era además de la violación de territorio, un verdadero atentado, pues se le prendia teniendo en su favor todas las apariencias de la inocencia, y por lo tanto no se iba á hacer otra cosa que un alarde del abuso mas odioso de la fuerza. Suplicó, pues, al primer consul que por interés de su gloria personal y por el honor de su política, se abstuviese de un acto que colocaria á su gobierno en el rango de los gobiernos revolucionarios, de los que con tanto cuidado habia querido hasta entonces distinguirse. Insistió, en fin muchas veces con un calor que no le era habitual, y propuso como término medio, esperar á que aquel príncipe ú otro cualquiera fuese cogido en el territorio francés para aplicarle entonces las leyes de la época en todo su rigor. Esta proposición no fué admitida, contentándose á ella que era preciso no esperar ya á que el príncipe que debia introducirse por la Normandía ó por el Rhin, viniera á esponerse á peligros ciertos é inevitables, cuando ya Jorge y todos los agentes de la conspiración estaban asegurados; que por otra parte al ir á prender al que se hallaba en Ettenheim, se cogieran con él sus papeles y cómplices, que de este modo se adquirirían las pruebas de su criminalidad, y que desde entonces quedaba justificado el rigor que se desplegara porque se apoyaba en la evidencia misma del crimen; que sufrir pacientemente que



à favor de un territorio estrangero conspirasen los emigrados à las puertas de Francia, era sancionar la impunidad mas peligrosa; que los Borbones y sus parciales volverian à sus locas tentativas; que seria preciso castigar diez veces en lugar de una, al paso que si se hacia un escarmiento egemplar, se volveria à entrar en el sistema de clemencia natural al primer consul; que los realistas necesitaban un escarmiento; que respecto à la cuestion de territorio, era menester dar à esos pequeños principes alemanes una leccion como à todo el mundo; que por lo demàs se hacia un servicio al gran duque de Baden, prendiendo al principe sin reclamarselo, porque le seria imposible rehusar la estradicion à una potencia como la Francia, y se indispondria con la Europa por haberla concedido. Se añadió en fin, que despues de todo no se trataba mas que de asegurarse de la persona del principe, de sus cómplices y de sus papeles; que despues veria lo que era preciso hacer cuando ya se le tuviese asegurado, y cuando se hubiesen examinado las pruebas y el grado de su culpabilidad.

El primer consul apenas oyó lo que se dijo en pró y en contra, pues escuchaba como quien habia tomado una resolucion irrevocable. Nadie pudo vanagloriarse de haber influido sobre su determinacion. Sin embargo no manifestó à Mr. de Cambaceres el desagrado que le causaba su resistencia.—Conozco el motivo que os hace hablar; este no es otro que vuestra adhesion à mi persona. Os lo agradezco, pero no me dejaré matar sin defenderme. Voy à hacer temblar à esas gentes y à enseñarlas à mantenerse tranquilas.

La idea de aterrar à los realistas, de enseñarles que no se atacaba impunemente à un hombre como él, de hacerles ver que la sangre sagrada de los Borbones no tenia à sus ojos mas valor que la de cualquiera otro personage ilustre de la República, esta idea y otras en las que el cálculo, la venganza y el orgullo de su poder tenian igual parte, le dominaban tan violentamente, que dió las órdenes necesarias sin demora, prescribiendo en presencia del general Berthier, à los coroneles Ordener y Caulaincourt la conducta que debian observar. El coronel Ordener debia dirigirse à las márgenes del Rhin, llevar consigo trescientos dragones, algunos pontoneros y muchas brigadas de gendarmeria: proveer à estas tropas de viveres para cuatro dias, llevar una suma de dinero à fin de no vivir à espensas de los habitantes, pasar el rio por Rheinau, correr sobre Ettenheim, envolver la villa, apoderarse del principe y de todos los emigrados que le rodeaban. Durante este tiempo, otro destacamento, apoyado por algunas piezas de artilleria, debia dirigirse por Kehl à Offenburgo y permanecer allí en observacion hasta que se hubiera verificado el proyecto. Inmediatamente despues debia presentarse el coronel Caulaincourt al gran duque de Baden, para presentarle una nota que contenia esplicaciones sobre el acto que se acababa de cometer. La esplicacion consistia en decir que el gobierno francés no podia consentir la aglomeracion de emigrados que conspiraban abiertamente contra él y que estaba obligado à disiparlos por si mismo, y que además la necesidad de obrar con prontitud y sigilo, no habia permitido entender-



se anticipadamente con el gobierno de Baden.

Es inútil añadir que al dar estas órdenes el primer consul á los oficiales encargados de ejecutarlas, no se tomaba el trabajo de explicar cuales eran sus intenciones al apoderarse de la persona del príncipe, ni lo que queria hacer de él, pues mandaba como general á hombres que obedecian como soldados. Sin embargo, el coronel Caulaincourt, adicto á la antigua familia real, y particularmente á los Condés por relaciones de nacimiento, estaba profundamente triste, á pesar de que solo estaba encargado de llevar una carta, y que estuvo muy distante de preveer la horrible catástrofe que se preparaba. El primer consul no se cuidó al parecer de nada de esto, é invitó á todos que se pusieran en marcha al salir de las Tullerías.

Las órdenes que acababa de dar fueron puntualmente ejecutadas. Cinco dias despues, es decir el 13 de marzo, partió de Schelestadt el destacamento de dragones con todas las precauciones prescriptas, pasó el Rhin, sorprendió y envolvió la pequeña villa de Ettenheim, antes que pudiera llegar á ella ninguna noticia de este movimiento. El príncipe, que habia recibido anteriormente consejos de prudencia, pero que en aquel mismo momento no tuvo aviso positivo de la expedicion dirigida contra su persona, se hallaba á la sazón en la casa que acostumbraba habitar en Ettenheim. Al verse acometido por una tropa armada trató en un principio de defenderse, pero bien pronto comprendió la imposibilidad de hacerlo. Rindióse, pues, declarando él mismo su nombre á los que le buscaban sin conocerle, y animado de un vivo dolor por perder su libertad, pues todavia no co-

nozia la estension del peligro, se dejó conducir á Strasburgo y encerrar en la ciudadela.

No se habian hallado ni los papeles importantes que se esperaban, ni descubierto al general Dumouriez, á quien se suponía al lado del príncipe, ni ninguna de esas pruebas de la conspiracion que se habian alegado para justificar la expedicion. En lugar del general Dumouriez, hallaron al marqués de Thumery, y algunos otros emigrados de poca valia. El informe que contenia los estériles pormenores del arresto se envió inmediatamente á Paris.

El resultado de la expedicion hubiera debido ilustrar al primer consul y á sus consejeros sobre la temeridad de las conjeturas que se habian formado. El error sobre todo cometido con respecto al general Dumouriez era muy significativo. Hé aqui las ideas que se apoderaron desgraciadamente del primer consul y de los que pensaron como él en aquella ocasion. Tenia ya bajo su poder á uno de esos príncipes de Borbon á quienes tan poco costaba disponer conjuraciones, y que con tanta facilidad encontraban imprudentes y locos, siempre dispuestos á comprometerse con ellos. Era, pues, preciso hacer un ejemplar terrible, ó esponerse á provocar una risa de desprecio de parte de los realistas, dando libertad al príncipe despues de haberlo tenido asegurado. No dejarían de decir que despues de haberse hecho culpable de una calaverada mandando prenderlo en Ettenheim, tenia miedo á la opinion pública y á la Europa; que en una palabra, habia tenido la voluntad de cometer el crimen y le habia faltado valor para consumarlo. Por tanto era de parecer que en



fugar de hacerlos reir valia mas hacerles temblar. Despues de todo, este príncipe estaba en Ettenheim, tan cerca de la frontera, que daba lugar á creer que permanecia espuesto al peligro por algun objeto particular. Posible era, pues, que avisado como lo habia sido (y lo justificaron las cartas que se hallaron en su poder), posible era, que fuese cómplice en cualquier grado del proyecto de asesinato. De todos modos era casi indudable que se hallaba en Ettenheim para secundar un movimiento de emigrados en el interior, escitar á la guerra civil, y hacer otra vez armas contra la Francia. Todos estos actos eran castigados con penas severas por las leyes de todas las épocas, y por tanto era menester aplicárselas.

Tales fueron los ratiocinios que el primer consul se hizo á si mismo, y que se repitió mas de una vez. No volvió á celebrarse otro consejo como el que hemos referido, sino conferencias frecuentes entre el primer consul y los que adulaban sus pasiones. No abandonaba esta funesta idea:—Los realistas son incorregibles, es menester anonadarlos.—Mandó, pues, la traslacion del príncipe á Paris y su comparecencia ante una comision militar, por haber intentado escitar á la guerra civil y hecho armas contra la Francia. Planteada así la cuestion, se habia resuelto de antemano de una manera sanguinaria. El 18 de marzo fué estraido el príncipe de la ciudadela de Strasburgo y conducido con escolta á Paris.

Cuando se acercaba este terrible sacrificio quiso estar solo el primer consul.

Partió el 18 de marzo, domingo de Ramos, para la Malmaison, retiro donde tenia mas seguridad

de hallar el aislamiento y el reposo. Esceptuando á los cónsules, á los ministros y á sus hermanos, no recibió ni á una sola persona. Pascábase solo horas enteras, afectando en su rostro una calma que no estaba en su corazon. La prueba de sus agitaciones estaba en su ociosidad, porque no dictó casi ni una carta durante los ocho dias que permaneció en la Malmaison, ejemplo único de ociosidad que puede presentarse en toda su vida, y sin embargo, Brest, Boloña y el Texel ocupaban algunos dias antes toda la actividad de su pensamiento! Su esposa, que sabia como toda su familia el arresto del príncipe, su esposa que animada de una simpatia irresistible hacia los Borbones, tenia horror á la efusion de sangre real, que con esa prevision del corazon propia de las mugeres, columbraba tal vez en un acto cruel, represalias de venganza posibles contra su esposo, contra sus hijos, contra ella misma, su desgraciada esposa deshecha en lágrimas le habló muchas veces del príncipe, no creyendo todavía, aunque sí temiendo que su pérdida estaba irrevocablemente resuelta. El primer consul que tenia una especie de orgullo en comprimir los movimientos de su corazon generoso y bueno, á pesar de lo que hayan dicho los que no le han conocido, el primer consul rechazaba aquellas lágrimas cuyo efecto el mismo temia, y contestaba á su esposa con una familiaridad que trataba de hacer dura:—Tú eres una mugery no entiendes nada de mi politica; tu papel es callar.—

El infortunado príncipe salió el 18 de marzo de Strasburgo y llegó á Paris el 20 al medio dia. Hasta las cinco de la tarde fué detenido en la barrera de Charenton, y custodiado en su coche por



la escolta que le acompañaba (1), reinando en aquellos fatales momentos gran confusion en el modo de espedir las órdenes, por la agitacion de que estaban apoderados los mismos que las daban.

Con arreglo á las leyes militares, el comandante de la division debia formar y reunir la comision, y mandar la ejecucion de la sentencia. Murat era comandante de Paris y de la division. En cuanto recibió el fallo de los cónsules, fué sobreco-gido de un dolor vivisimo, porque, como ya hemos dicho, Murat era valiente, algunas veces ir-reflexivo, pero siempre bueno. Algunos dias antes habia aplaudido sinceramente el vigor que desple-gaba el gobierno, cuando dispuso la expedicion de Ettenheim; pero encargado despues de llevar adelante sus crueles consecuencias, le faltó el valor y dijo con el mayor desaliento á uno de sus amigos, mostrando su uniforme, que el primer consul queria imprimir en él una mancha de san-gre. Corrió á Saïnt-Cloud á espresar á su terrible cuñado los sentimientos que le animaban. El mismo primer consul, mas inclinado á participar de ellos de lo que hubiera querido, ocultó bajo un semblante de hierro la agitacion que interiormente esperimen-taba; así es que temiendo que apareciese su go-bierno débil ante el vástago de una raza enemiga,

(1) Mr. Nougare de Fayet, acaba de publicar un escrito es-celente sobre la catástrofe del duque de Enghien: las indagaciones concienzudas y llenas de sagacidad que distinguen este trozo de historia especial, deben merecerle la mayor confianza. Mr. Nougare de Foyet, dice que el príncipe fué conducido á la puerta del ministerio de negocios estrangeros. Es posible que sea exacto este hecho, pero como no ha podido comprobarlo de una manera cierta, admito la tradicion mas general.

dirigió palabras duras á Murat, reprendiendo su falta de valor que calificó en los términos mas despreciativos, y acabó por decirle con altivez que cubriria su cobardia firmando él mismo con su mano consular las órdenes fatales que habian de darse en aquel dia.

El primer consul habia mandado al coronel Savary que se retirara de aquella costa de Biville, donde en vano habia esperado á los príncipes complicados en la conjuracion, y le encomendó el cuidado de velar por el cumplimiento de la sentencia impuesta contra el príncipe, que ninguna parte tenia en ella. El coronel Savary estaba dispuesto á dar al primer consul su vida y su honor. El nada aconsejaba, ejecutaba como soldado lo que le mandaba su gefe, á quien profesaba una adhesion sin limites. El primer consul mandó redactar todas las órdenes, las firmó el mismo, en seguida dijo á Savary que las llevara á Murat, y que pasara á Vincennes para cuidar de su cumplimiento. Estas órdenes eran terminantes, y se mandaba en ellas que inmediatamente se procediera á formar la comision, se designaban los coroneles de las guar-niciones que debian componerla, se indicaba al general Hullin como presidente, y se prevenia que se reuniesen al punto para que el consejo conclu- yera en aquella misma noche, y si como no podia menos de esperarse, la condena era una sentencia de muerte, que el prisionero fuese inmediatamen- te ejecutado. Un destacamento de gendarmes y de la guarnicion debia pasar á Vincennes para guardar el tribunal y proceder á la ejecucion de la sen- tencia. Tales eran aquellas órdenes funestas fir- madas por mano del primer consul. Legalmente



debían ser ejecutadas en nombre de Murat ; pero en realidad no tuvo en ellas casi ninguna parte. El coronel Savary se dirigió à Vincennes para cuidar del cumplimiento de las órdenes que habia recibido.

Sin embargo, no todo era irrevocable en aquellas órdenes; todavia quedaba un medio de salvar al desgraciado príncipe: Mr. Real debía trasladarse à Vincennes, para preguntarle estensamente y arrancarle todo cuanto supiera sobre la conjuración, de la que se le suponía cómplice, sin poder alegar una prueba. El mismo Mr. Maret habia entregado aquella tarde al consejero de estado, Real, la órden escrita de pasar à Vincennes para hacer este interrogatorio. Si Mr. Real veía al prisionero, oía de su boca la verídica esplicación de los hechos, y le enternecian su franqueza y sus reiteradas instancias de ser conducido à presencia del primer consul, Mr. Real podia comunicar sus impresiones al que tenia la vida del príncipe en sus poderosas manos. ¡Había además, aun despues de pronunciada la sentencia, un medio de salir del terrible compromiso, concediendo al duque de Enghien un perdon notablemente pedido y noblemente otorgado!

Este era el último recurso que quedaba para salvar la vida del jóven príncipe y para evitar una gran falta al primer consul, quien à pesar de haber dado aquellas órdenes terribles, se sentía apesadumbrado y casi arrepentido de haberlas dado. En efecto, durante aquella triste tarde del 20 de marzo, estuvo encerrado en la Malmaison con su esposa, su secretario, algunas damas y algunos oficiales. Solo, distraído y aparentando una calma

que no sentía, se sentó delante de una mesa y se puso à jugar al ajedrez con una de las damas mas distinguidas de la córte consular (1), la cual sabiendo que el príncipe habia llegado, temblaba de espanto al pensar en las consecuencias posibles de aquel dia tan fatal. No se atrevia à mirar al primer consul, que en su distracción murmuró muchas veces los versos mas conocidos de nuestros poetas sobre la clemencia, en primer lugar los que Corneille ha puesto en boca de Augusto, y despues los que Voltaire à puesto en boca de Alcira.

Aquello no podía ser una sangrienta ironía porque hubiera sido demasiado baja é inútil; pero aquel hombre tan firme estaba agitado, reflexionando sin duda toda la nobleza, todo lo que hay de grande en un perdon concedido à un enemigo vencido y desarmado. Aquella dama creyó que ya se habia salvado el príncipe y no pudo disimular su alegría; pero desgraciadamente amagaba su existencia el mismo peligro.

Habiase reunido la comision precipitadamente, y hasta ignorando la mayor parte de sus individuos quien era el acusado. Se les dijo que era un emigrado perseguido por haber atentado contra las leyes de la República. Se les dijo su nombre. Algunos de aquellos soldados de la República, niños cuando cayó la monarquía, à penas sabían que el nombre de Enghien era el del heredero presuntivo de los Condés. Estremecianse no obstante de terror al desempeñar la mision que les

(1) Madama de Remusat, que ha consignado esta relacion en sus memorias, las cuales han quedado inéditas hasta el dia, y tan interesantes como elocuentemente escritas.



habian confiado, pues hacia muchos años que no se condenaba á un emigrado. El principe comparció delante de ellos tranquilo y hasta orgulloso, á pesar de su incertidumbre sobre la suerte que le esperaba. Interrogado sobre su nombre y sus actos, contestó con firmeza, rechazó toda participacion en la conjuracion que actualmente perseguia la justicia, pero confesó tal vez con demasiado alarde que habia servido contra la Francia, y que se hallaba en las orillas del Rhin para servir de nuevo y de la misma manera. Insistiendo el presidente sobre este punto con intencion de revelar le el peligro de semejante declaracion, hecha en tales términos, repitió lo que habia dicho, con una serenidad que ennoblecia el peligro, pero que ofendió á aquellos veteranos militares habituados á derramar su sangre por defender el suelo de su patria. Esta impresion fué desagradable y funesta para el principe, que aunque pidió reiteradas veces y con instancia que le dejaran ver al primer consul, no se lo permitieron, y lo encerraron de nuevo en la prision mientras el consejo deliberaba. Aunque las declaraciones repetidas del principe hubiesen revelado en él un implacable enemigo de la Revolucion, aquellos veteranos casi se sentian enternecidos al ver el valor y la juventud del prisionero. Planteada la cuestion como lo estaba, no podia producir mas que una solucion funesta. Las leyes de la República de todos los tiempos castigaban con penas capitales el hecho de servir contra la Francia. Sin embargo habia muchas leyes violadas contra el principe, como por ejemplo, haberse apoderado de su persona en suelo extranjero, y privarle

de un defensor; consideraciones todas que debian haber obrado en el animo de los jueces; pero en la confusion en que estaban sumergidos aquellos desgraciados jueces, afligidos del papel que representaban mas de lo que puede concebirse, pronunciaron el fallo de muerte. Sin embargo la mayor parte de ellos espresaron el deseo de someter el fallo á la clemencia del primer consul, y sobre todo de presentarle el principe que deseaba verle. Pero las órdenes que se habian dado aquella mañana eran terminantes, segun ellas todo habia de estar concluido para la noche. Solo Mr. Real podia interrogando al principe, conseguir una próroga; pero este no se presentó; pasó la noche, iba á amanecer, y se condujo al principe á un foso del castillo, donde recibió con una firmeza digna de su nacimiento, el fuego de los soldados de la República á quienes habia combatido tantas veces en medio de las filas austriacas. ¡Tristes represalias de la guerra civil! Fué sepultado en el mismo sitio donde habia caído.

El coronel Savary partió inmediatamente para dar cuenta al primer consul de la ejecucion de sus órdenes.

En el camino encontró á Mr. Real que venia á interrogar al prisionero. Este consejero de estado, estenuado de fatiga por un trabajo de muchos dias y muchas noches, habia prohibido á sus criados que le despertaran. Hasta las cinco de la mañana no le habian entregado la orden del primer consul. Llegó demasiado tarde es verdad, pero no fué por efecto de una maquinacion urdida, como se ha dicho, para sorprender en un crimen al primer consul; nada de eso. Solo un incidente,



un simple incidente quitó al príncipe infortunado la única probabilidad de salvar su vida, y al primer consul una feliz ocasion de evitar una mancha á su gloria. ¡Deplorable consecuencia de la violacion de las formas ordinarias de la justicial cuando se violan estas formas sagradas inventadas por la esperiencia de los siglos, para guardar la vida de los hombres del error de los jueces, hay que entregarse ciegamente á merced de la casualidad. La vida de los acusados, el honor de los gobiernos, dependen algunas veces del incidente mas fortuito. Sin duda el primer consul habia tomado ya su resolucio; pero estaba agitado, y si el grito del desgraciado Condé que pedia su vida hubiese llegado hasta él, este grito no le hubiera hallado insensible, y habria cedido á los impulsos generosos de su corazon.

El coronel Savary llegó muy conmovido á la Malmaison. Su presencia provocó una escena de dolor. Al verle madama Bonaparte adivinó que ya no habia remedio y se echó á llorar. Mr. de Caulaincourt lanzaba gritos de desesperacion diciendo que habian querido deslumbrarle. El coronel Savary penetró en el gabinete del primer consul, que se hallaba solo con Mr. de Meneval. Dióle cuenta de lo que habia pasado en Vicennes. Apenas le vió el primer consul le dijo:—¿Ha visto Real al prisionero?—Aun no habia acabado el coronel su respuesta negativa, cuando se presentó Mr. Real, y procuró escusarse temblando por su falta de exactitud en la ejecucion de las ordenes que habia recibido. Sin espresar el primer consul su aprobacion ni censura, despidió aquellos instrumentos de su voluntad, se encerró

en una pieza de su biblioteca y permaneció allí solo durante muchas horas.

Por la tarde vinieron á comer á la Malmaison algunos individuos de su familia. Todos estaban graves y tristes. Nadie se atrevia á hablar. El primer consul estaba silencioso como todos; pero este silencio acabó por serle embarazoso y al levantarse de la mesa fué el primero que lo rompió. Habiendo llegado en aquel momento Mr. de Fontanes, fué el único interlocutor que tuvo el primer consul. Venia aterrado de la ejecucion que se acababa de consumir, y cuya noticia funesta circulaba por todo Paris, pero no se hubiera permitido manifestar su sentimiento en el lugar donde se hallaba. Escuchó mucho y contestó muy poco. Hablando casi siempre el primer consul, y queriendo llenar el vacío que dejaba el silencio de los concurrentes, discurrió sobre los principios de todos los tiempos, sobre los emperadores romanos, sobre los reyes de Francia, sobre Tácito, sobre los juicios de este historiador, sobre las crueldades que frecuentemente se atribuyen á los gefes del gobierno cuando no han cedido mas que á necesidades inevitables; en fin, llegando por medio de largos rodeos al trágico asunto del dia pronunció estas palabras:—Quieren destruir á la revolucion atacándola en mi persona: yo la defenderé, porque soy la revolucion, si, yo, yo.... desde hoy verán lo que hacen porque sabrán de lo que somos capaces.

Aflietivo es para el honor de la humanidad verse en la necesidad de decir que el terror inspirado por el primer consul, obró efectivamente sobre los principes de Borbon y sobre los emigra-



dos, quienes ya no se creyeron seguros al ver que el suelo germánico no había podido servir de asilo al desgraciado duque de Enghien, y desde aquel día funesto cesaron todas las conspiraciones de este género. ¡Pero tan triste utilidad no podía justificar aquellos actos crueles! Preferible hubiera sido verespuesta á un peligro mas la persona del primer consul, que tanto se había arrojado en los campos de batalla, que la seguridad adquirida á tanta costa.

Pronto cundió por París la noticia de haber sido arrestado un príncipe trasladado á Vincennes y fusilado. El efecto fué grande y deplorable. Desde que Pichegrú y Jorge fueron arrestados, el primer consul había llegado á ser el objeto de la pública admiración y del mas vivo interés por parte de los franceses, indignados contra los que se habían asociado á los chuanes para amenazar su vida, severos para con Moreau, cuya culpabilidad aunque menos probada, comenzaba a ser verosímil, y haciendo votos sinceros por el hombre que no dejaba de ser á los ojos de todos el genio tutelar de la Francia. La sangrienta ejecución de Vincennes verificó una reacción repentina. Irritáronse los realistas, si bien pudo mas el terror que la indignación; pero los hombres honrados se llenaron de desconsuelo al ver un gobierno admirable hasta entonces, manchar sus manos en sangre humana, y ponerse en un solo día al nivel de los que habían dado muerte á Luis XVI, y precisos es decirlo, sin la excusa de las pasiones revolucionarias, que en 1793 habían turbado las cabezas mas firmes y los corazones mas nobles y generosos.

Ningun partido quedó satisfecho, si se exceptua el de los revolucionarios fogosos, cuyo insensato reinado acaba de terminar el primer consul, y los cuales al ver tan súbita transformación verificada en un solo día, cesaron ya de temer que el general Bonaparte trabajase en lo sucesivo en favor de los Borbones.

¡Singular miseria del espíritu humano! ¡Aquel hombre extraordinario, tan grande, tan justo, tan generoso, que poco antes desplegaba una severidad sin límites contra los revolucionarios y sus escesos, que juzgaba sus extravíos sin ninguna indulgencia, y algunas veces hasta sin justicia, que les reconvenía amargamente por haber derramado la sangre de Luis XVI, deshonorado la revolución, y haber hecho á la Francia inconciliable con la Europa; aquel hombre extraordinario que así discurría en la calma de su razón, se transforma en un instante cuando sus pasiones son escitadas, y comete un acto idéntico al perpetrado en la persona de Luis XVI, que tan amargamente reconvenía á sus antecesores, y se coloca respecto de la Europa en un estado de oposición moral, que hace bien pronto inevitable la guerra general y le obliga á ir á buscar la paz, paz magnífica es cierto, á los confines de Europa, en Tilsitt!

¡Cuán propios son semejantes espectáculos para confundir el orgullo de la razón humana, y para enseñar que el genio mas relevante no basta á escusar las faltas mas vulgares, cuando abandona el hombre á las pasiones, aunque no sea mas que por un instante el gobierno de sí mismo!

Pero para ser en todo justos é imparciales, ya que hemos deplorado este funesto extravío de las



pasiones, remontémonos á los que lo provocaron. ¿Quiénes fueron estos? Siempre esos mismos emigrados, que despues de haber irritado la revolucion, inocente todavia, abandonaron su patria para buscar en todas partes enemigos á la Francia. Aquella revolucion, vuelta en si de sus extravíos, y conducida por un gran hombre, se presentaba ya prudente, humana y pacífica. Habia llamado á los emigrados, les habia devuelto su patria, sus bienes, y se preparaba á devolverles todo el brillo de su antigua situacion. ¿Cómo correspondian ellos á tanta clemencia? ¿Mostrábanse agradecidos ó pacíficos al menos? No. Habian ido á una nacion vecina, celosa de nuestra grandeza, y se habian servido de las libertades de aquella nacion para volverlas contra la Francia. A fuerza de indignos falletos habian irritado el orgullo de dos pueblos demasiado quisquillosos, y despues de haber contribuido á ponerles las armas en las manos, no se habian limitado á ser los soldados del gobierno británico, sino que le habian facilitado el socorro de las conjuraciones. Habíase tramado una indigna conspiracion; habíase querido encubrir con el colorido de sofismas miserables un proyecto de asesinato; habíase enviado á Francia á Jorge y Pichegrú; se buscó un hombre á quien la gloria del primer consul hubiese ofendido, y se recurrió á él como un poderoso instrumento; se logró estraviar y pervertir al débil Moreau, y despues de haberlo engañado se logró que engañase á otros, y por último, cuando á fuerza de imprudencia fueron descubiertos los conjurados por el ojo vigilante del hombre á quien querian destruir, se delataron los unos á los otros, y creyeron justificarse di-

ciendo, que un príncipe francés debia ponerse al frente de aquellas horribles hazañas. El gran hombre contra quien se habian dirigido tan odiosas conjuraciones, indignado al fin de verse hecho blanco de los mortíferos ataques de aquellos mismos á quienes habia arrancado á la persecucion, se dió á una cólera funesta. Habia esperado al pié de una roca al príncipe, cuya llegada le anunciaban, le habia esperado en vano, y turbada la cabeza por las declaraciones de los mismos conjurados, habia percibido en efecto un príncipe en las orillas del Rhin que estaba esperando que volviera á encenderse la guerra civil. Entonce se estravió su razon; tomó á este príncipe por el gefe de los conspiradores que amenazaban su vida; sintió una especie de orgullo en cogerlo en el suelo germánico, en castigar á un Borbon como un individuo vulgar, y lo habia castigado para enseñar á los emigrados y á la Europa cuán peligroso era atacar á su persona.

Doloroso espectáculo en que todo el mundo era culpable, hasta las víctimas; en que se veia franceses hacerse instrumentos de la grandeza británica contra la grandeza francesa; Borbones, hijos, hermanos de reyes, destinados á ser reyes un dia, mezclados con hombres de la mas baja ralea; al último de los Condés pagar con su sangre conspiraciones de que no era autor, y este mismo Condé, á quien se hubiera querido hallar irrepreensible porque fué víctima, hacerse culpable tambien colocándose todavia esta vez bajo la bandera británica contra la bandera francesa; en fin, un gran hombre estraviado por la cólera, por el instinto de la conservacion y por el orgullo,



perder en un instante aquella prudencia que el universo admiraba y descender al papel de aquellos sanguinarios secuaces de la revolucion, á quienes habia venido á refrenar con sus manos triunfadoras y cuya conducta tan altamente reprobaba. ¡Fatal encadenamiento de las pasiones humanas! El que es herido quiere herir á su vez; cada golpe recibido es devuelto al instante: la sangre pide sangre, las revoluciones llegan á ser de este modo una serie de sangrientas represalias, que serian eternas, sino llegase al fin un dia en que los hombres se detienen, en que renuncian á devolver golpe por golpe, en que se sustituye á esa cadena de venganzas una justicia tranquila, imparcial y humana, en que se coloca por encima de esta justicia, si es que puede haber algo superior á ella, una política elevada y previsorá, que entre las sentencias de los tribunales no deja ejecutar sino las mas necesarias, indultando de las demás á los hombres estraviados, susceptibles de arrepentimiento y de razon. Defender el orden social, conformándose con las reglas estrictas de la justicia, y sin dar nada á la venganza, tal es la leccion que es preciso sacar de aquellos trágicos acontecimientos. Conviene sacar además otra, la de juzgar con indulgencia á los hombres de todos los partidos, que colocados antes que nosotros en la carrera de las revoluciones, nutridos en medio de las revueltas corruptoras de las guerras civiles, y escitados sin cesar por espectáculos de sangre, no se profesaban unos á otros ese respeto á la vida que por fortuna nos han inspirado el tiempo, la reflexion y un largo periodo de calma y de reposo.

## LIBRO DIEZ Y NUEVE.



### El Imperio.

Efecto que produce en Europa la muerte del duque de Enghien.  
 —Prusia, que estaba pronta á formar alianza con Francia, varia de modo de pensar y se une con Rusia por medio de un convenio secreto.—Cuál era en 1803 la verdadera alianza de Francia, y porqué no se efectuó esta alianza.—Se dá cuenta á todos los gabinetes de la conducta de MM. Drake, Smith y Tailor.—El sentimiento que inspira disminuye el efecto producido por la muerte del duque de Enghien.—Sensacion que causa en San Petersburgo.—La corte se viste de luto espontáneamente.—Conducta insustancial é inconsiderada del jóven emperador.—Queriendo reclamar contra la violacion del territorio germánico, dirige unas notas imprudentes á la dieta de Ratisbona y á Francia.—Circunspeccion de Austria.—No se queja de lo que sucedió en Ettenheim, y se aprovecha de la situacion apurada en que decian se hallaba el primer consul para estralimitar todos los poderes.—Despojos y violencias perpetrados en toda la Alemania.—Energia del primer consul.—Cruda contestacion que dirige al emperador Alejandro, y retirada del embajador francés.—Indiferencia y desprecio con que acoge las reclamaciones hechas á la Dieta.—Recurso de que se vale Mr. de Talleyrand para conseguir que dichas reclamaciones tuviesen un resultado insignificante.—Conducta equivocada de los ministros austriacos con respecto á la Dieta.—Se aplaza la cuestion.—Intimase á Austria que suspenda las violencias á que se entregaba en el imperio.—Deferencia de dicha corte.—Mas sobre la causa formada á Jorge y Moreau.—Suicidio de Pichegrú.—Alarma.—De resultados de la agitacion de los ánimos, se notan síntomas de retroceso hácia las ideas monárquicas.—Considerase el derecho hereditario como medio



perder en un instante aquella prudencia que el universo admiraba y descender al papel de aquellos sanguinarios secuaces de la revolucion, á quienes habia venido á refrenar con sus manos triunfadoras y cuya conducta tan altamente reprobaba. ¡Fatal encadenamiento de las pasiones humanas! El que es herido quiere herir á su vez; cada golpe recibido es devuelto al instante: la sangre pide sangre, las revoluciones llegan á ser de este modo una serie de sangrientas represalias, que serian eternas, sino llegase al fin un dia en que los hombres se detienen, en que renuncian á devolver golpe por golpe, en que se sustituye á esa cadena de venganzas una justicia tranquila, imparcial y humana, en que se coloca por encima de esta justicia, si es que puede haber algo superior á ella, una política elevada y previsorá, que entre las sentencias de los tribunales no deja ejecutar sino las mas necesarias, indultando de las demás á los hombres estraviados, susceptibles de arrepentimiento y de razon. Defender el orden social, conformándose con las reglas estrictas de la justicia, y sin dar nada á la venganza, tal es la leccion que es preciso sacar de aquellos trágicos acontecimientos. Conviene sacar además otra, la de juzgar con indulgencia á los hombres de todos los partidos, que colocados antes que nosotros en la carrera de las revoluciones, nutridos en medio de las revueltas corruptoras de las guerras civiles, y escitados sin cesar por espectáculos de sangre, no se profesaban unos á otros ese respeto á la vida que por fortuna nos han inspirado el tiempo, la reflexion y un largo periodo de calma y de reposo.

## LIBRO DIEZ Y NUEVE.



### El Imperio.

Efecto que produce en Europa la muerte del duque de Enghien.  
 —Prusia, que estaba pronta á formar alianza con Francia, varia de modo de pensar y se une con Rusia por medio de un convenio secreto.—Cuál era en 1803 la verdadera alianza de Francia, y porqué no se efectuó esta alianza.—Se dá cuenta á todos los gabinetes de la conducta de MM. Drake, Smith y Tailor.—El sentimiento que inspira disminuye el efecto producido por la muerte del duque de Enghien.—Sensacion que causa en San Petersburgo.—La corte se viste de luto espontáneamente.—Conducta insustancial é inconsiderada del jóven emperador.—Queriendo reclamar contra la violacion del territorio germánico, dirige unas notas imprudentes á la dieta de Ratisbona y á Francia.—Circunspeccion de Austria.—No se queja de lo que sucedió en Ettenheim, y se aprovecha de la situacion apurada en que decian se hallaba el primer consul para estralimitar todos los poderes.—Despojos y violencias perpetrados en toda la Alemania.—Energia del primer consul.—Cruda contestacion que dirige al emperador Alejandro, y retirada del embajador francés.—Indiferencia y desprecio con que acoge las reclamaciones hechas á la Dieta.—Recurso de que se vale Mr. de Talleyrand para conseguir que dichas reclamaciones tuviesen un resultado insignificante.—Conducta equivocada de los ministros austriacos con respecto á la Dieta.—Se aplaza la cuestion.—Intimase á Austria que suspenda las violencias á que se entregaba en el imperio.—Deferencia de dicha corte.—Mas sobre la causa formada á Jorge y Moreau.—Suicidio de Pichegrú.—Alarma.—De resultados de la agitacion de los ánimos, se notan síntomas de retroceso hácia las ideas monárquicas.—Considerase el derecho hereditario como medio



de consolidar el orden establecido y ponerle al abrigo de las consecuencias de un asesinato.—Felicitaciones.—Discurso que pronuncia Mr. de Fontanes con motivo de haberse terminado el código civil.—Papel que hace Mr. Fouché en aquellas circunstancias.—Es el instrumento del cambio que se prepara.—Mr. Cambaceres se opone á que se realice.—Esplicacion que tiene con el primer consul.—Paso que dá el Senado por instigaciones de Mr. Fouché.—El primer consul retarda el responder al paso del Senado, y se dirige á las córtes estrangeras, para saber si obtendria de ellas el reconocimiento del nuevo titulo que queria tomar.—Prusia y Austria contestan de un modo favorable.—Condiciones que pone la última al reconocimiento.—Dispónese el ejército á proclamar un emperador.—Al fin rompió el silencio el primer consul, y contestó al Senado pidiendo que manifestase á las claras su modo de pensar.—El Senado delibera.—Proposicion que hace el tribuno Curée para que se restablezca la monarquía.—Discusion que acerca de esto se suscita en el Tribunado, y discurso del tribuno Carnot.—Comunicada la proposicion al Senado, este cuerpo la acoge favorablemente y dirige un mensaje al primer consul, proponiéndole el restablecimiento de la monarquía.—Se nombra una comision para que proponga los cambios que debian introducirse en la constitucion consular.—Cambios que se adoptan.—Constitucion imperial.—Empleados de primer orden.—Empleos militares y civiles.—Proyecto acerca de restablecer algun dia el imperio de Occidente.—Las nuevas disposiciones constitucionales, quedan convertidas en un senado-consulta.—El Senado se traslada en masa á Saint Cloud, y proclama á Napoleon emperador.—Singularidad y grandeza de aquel espectáculo.—Mas sobre la causa de Jorge y Moreau.—Jorge es condenado á muerte y muere en un patibulo.—A igual pena fueron sentenciados M.M. Armand de Polignac y Riviere; pero el primer consul les perdonó la vida.—Moreau sale para un destierro.—Su destino y el de Napoleon.—Nueva faz que toma la revolucion francesa.—La Republica se convierte en monarquía militar.

Grande fué sin duda alguna el efecto que produjo en Francia la sangrienta catástrofe de Vincennes; pero mucho mayor fué el que causó en Europa, pudiendo decirse sin apartarse de la verdad, que vino á ser el motivo principal de una tercera guerra. La conspiracion de los principes franceses y la muerte del duque de Enghien, fueron de esos golpes recíprocos con que la revolucion y la contra-revolucion se provocaron mutuamente á una

lucha violenta que no tardó en estenderse desde los Alpes y el Rhin hasta las orillas del Niemen.

Ya hemos espuesto la situacion respectiva en que se encontraban Francia y otras córtes, tomando el punto de partida desde que empezó de nuevo la guerra con la Gran Bretaña; las pretensiones que manifestó Rusia de egercer un arbitramento supremo, pretensiones que acogió Inglaterra con frialdad, y cortesmente el primer consul, si bien las rechazó luego que hubo conocido la parcialidad con que obraba el gabinete ruso; las aprensiones del Austria, cuya nacion temió se hiciese la guerra general, y quiso distraerse de su inquietud estralimitando todos los poderes, y por último, la conducta vacilante de Prusia, cuyo gobierno obraba unas veces con arreglo á sugestiones por parte de Rusia, otras se inclinaba á aliarse con el primer consul, quien la trataba con mucho miramiento, luego se mostró casi decidida á ello de resultas de las palabras que aquel dirigió á Mr. Lombard, y dejó al fin su indecision, arrojándose en brazos de Francia.

Este era el estado que tenian las cosas poco antes de la deplorable conjuracion cuyas trágicas fases acabamos de contar, pues Mr. Lombard regresó á Berlin empapado en lo que habia oido en Bruselas, y comunicó sus impresiones al jóven Federico Guillermo, induciéndole á que se uniese para siempre con nosotros. Otra circunstancia contribuyó no poco á producir resultado tan ventajoso: Rusia no se habia mostrado muy favorable á las ideas de Prusia, ideas que consistian en una especie de neutralidad continental fundada en la antigua neutralidad prusiana, y trató de sus-



tituir á aquellas ideas el proyecto de un tercer partido europeo, que so pretexto de contener á las potencias beligerantes, se convirtiese en una coalicion, dirigida contra Francia y pagada por Inglaterra. Resentido Federico Guillermo al ver el modo con que acogian sus proposiciones, y conociendo no solo las consecuencias que podia acarrear el proyecto ruso, sino que la fuerza estaba de parte del primer consul, le ofreció, no una amistad estéril, como lo estuvo haciendodesde 1800, por conducto del sagaz Mr. de Haugwitz, sino una verdadera alianza; como que un principio ofreció á Francia y Rusia una estension de neutralidad prusiana que debia comprender á todos los estados de Alemania, siempre que en cambio fuese evacuado Hannover, lo cual hubiera sido para nosotros volver á abrir el continente al comercio inglés y cerrarnos el camino de Viena. Cuando el primer consul conferenció en Bruselas con Mr. Lombard, no quiso oír hablar de semejante cosa, y así que éste regresó á Berlin, el rey de Prusia nos hizo otra proposicion, de resultas tambien de la conducta que acababa de observar el gobierno ruso. Consistia dicha proposicion en que ambas potencias, esto es, Francia y Prusia, se garantizasen la una á la otra el *statu presente*, ó lo que es lo mismo todo cuanto Prusia habia adquirido en Alemania y Polonia desde 1789, y para Francia, el Rhin, los Alpes, la reunion del Piamonte, la presidencia de la república italiana, la propiedad de Parma y Plasencia, el mantenimiento del reino de Etruria y la ocupacion temporal de Tarento. Por supuesto que si por cualquiera de estas cosas llegaba á turbarse la paz, la potencia á quien no se amena-

zase inmediatamente, debia mezclarse en la cuestion para evitar la guerra, y si su mediacion era ineficaz, comprometianse ambas naciones á reunir sus fuerzas y sostener la lucha de mancomun. En premio de tamaño compromiso, pidió Prusia evacuásemos las orillas del Elba y el Weser, que redujéramos el ejército que teniamos en Hannover al número puramente necesario para percibir las rentas del pais, esto es á seis mil hombres; y por último, que si el éxito que llegase á alcanzar Francia durante la paz, fuese tan grande que pudiera dictar condiciones á Europa, se arreglase de acuerdo con Prusia la suerte que debia caber á Hannover, lo cual era un modo indirecto de estipular le diesen el espresado pais.

Lo que decidió á Federico Guillermo á seguir tan abiertamente la politica del primer consul, fué la certeza que tenia de que la paz continental dependia de una firme alianza entre Francia y Prusia: conoció con un acierto que le honra, y que honra sobre todo á Mr. de Haugwitz, que era quien le inspiraba semejantes ideas, conoció decimos, que como se uniesen Prusia y Francia, nadie se atreveria á turbar en el continente la paz general; no se le ocultó al mismo tiempo que sujetando al continente, sujetaba tambien al primer consul, porque su garantia dada á la situacion en que entonces se hallaban una y otra potencia, era un modo de fijar esta situacion y de impedir que el primer consul intentase nuevas empresas; y no hay duda en que si Prusia hubiese insistido en llevar á cabo tales miras, ó la hubieran animado á que perseverase en ellas, habrian cambiado los destinos del mundo.



Las mismas razones que tuvo Prusia para decidirse á hacer la proposicion que acabamos de referir, debian haber hecho que la aceptase el primer consul, pues lo que él queria, á lo menos entonces, era Francia hasta el Rhin y los Alpes, y además egercer un dominio absoluto en Italia, tener preponderancia en España, ser árbitro supremo, en unapalabra, de los destinos de Occidente, y todo esto lo conseguia obteniendo la garantia de Prusia, y lo conseguia con un grado de certeza casi infalible. Es verdad que evacuar las orillas del Elba y el Weser era lo mismo que volver á abrir para los ingleses el continente; pero esta ventaja comercial no les traia tantos beneficios como daño les causaba la quietud del continente, asegurada de resultas de la union de Prusia con Francia, y permaneciendo tranquilo el continente, podia estar el primer consul en la persuasion de que si se dedicaba por algunos años á trabajar en ello, daria al fin á la Inglaterra un golpe terrible.

Es verdad que la proposicion del gabinete prusiano no llevaba el título de alianza; pero el resultado era el mismo, y si no se usó esta palabra, fué porque el jóven rey así lo quiso, despues de meditarlo bien. El príncipe de quien yamos hablando, no consintió efectivamente que se pronunciase semejante palabra, y aun formó empeño en disminuir la importancia aparente del tratado llamándole convenio; ¿pero qué importaba la forma si el fondo era el mismo, si se estipulaba formalmente que se unirían nuestras fuerzas y las suyas, y si podíamos contar con que no faltaria á su palabra un rey honrado y fiel cumplidor de

aquello á que se comprometia? Y esta es ocasion de hablar de una flaqueza de entendimiento que mostró en aquella época no solo Prusia, sino todas las córtés de Europa. Todas admiraban al nuevo gobierno de Francia, desde que se puso á su frente un hombre grande, todas estimaban sus principios, y respetaban su gloria; pero sin embargo se mantenian apartadas de él, y aun cuando tuviesen que acercarse á nuestro gobierno por algun interés urgente, únicamente querian entablar relaciones de negocios. Y no consistia esto en que le mirasen con el aristocrático desden con que las dinastias antiguas miran las modernas, pues aun no se habia espuesto el primer consul á comparaciones de este género, constituyéndose en gefe de dinastía, y la gloria militar, que era en lo que consistia su principal título, siempre echa por tierra el desden, sino porque temian que si se declaraban formalmente aliados suyos, pasarian para con la Europa por desertores de la causa comun de los reyes. Así es que Federico Guillermo no hubiera sabido que decir á su jóven amigo Alejandro y aun á su enemigo el emperador Francisco, y la reina, tan bella como jóven, que tenia en torno suyo un círculo lleno de pasiones y de las preocupaciones propias del antiguo régimen, círculo en que se burlaban de Mr. Lombard, porque habia vuelto de Bruselas entusiasmado con el primer consul, y en que miraban con odio á Mr. de Haugwitz, porque era el apóstol de la alianza francesa; la reina, decimos, y los que la rodeaban, hubieran puesto el grito en el cielo, y censurado amargamente al rey. No hay duda en que esto no pasaba de ser un disgusto interior, y Federico



Guillermo se veia espuesto con frecuencia á sufrir otros por el estilo; pero no hubiera podido conciliar aquel tratado formal de alianza con el language equivoco y falto de franqueza que solia usar cuando se dirigia á las demás córtes, y queria presentar los empeños contraidos con el primer consul, como un sacrificio que habia hecho por convenir así á sus pueblos. Efectivamente tenían estos suma necesidad de que el Hannover fuese evacuado, á fin de que cesara el bloqueo del Elba y el Weser, siendo su intencion decir que para lograr que Francia evacuase á Hannover, habia tenido que conceder alguna cosa, viéndose obligado á garantizarla lo que todas las potencias, y especialmente Austria, le habian garantizado, ya en tratados, ya en convenios secretos, con lo cual, sin hacer una nueva concesion, habia librado á Alemania desoldados estrangeros, y restablecido su comercio: interpretacion inadmisible sien el convenio propuesto se hablaba de alianza. Es verdad que la estipulacion relativa á Hannover le comprometia tanto como la palabra alianza: pero debía figurar en un artículo que prometieron bajo palabra de honor, no revelar á nadie en ningún tiempo. Es decir, que aquella córte era tan débil como ambiciosa, mas podia contarse con que cumpliria lo prometido, de modo que era preciso tomar las cosas segun de ella venian, plegarse á su flaqueza, y aprovechar aquella ocasion, que tal vez no volveria á presentarse, de enlazarla á Francia.

En nuestros días, destrozado ya el imperio germánico, quedan pocos motivos de rivalidad entre Prusia y Austria, y existe uno y muy gran-

de entre Prusia y Francia, á saber: las provincias rhenanas: pero en 1804, colocada Prusia bastante lejos del Rhin, unos mismos eran sus intereses y los de Francia, así como los de Austria eran enteramente contrarios á los suyos, pues aun existia el ódio con que Federico el Grande la miraba; y la reforma de la constitucion germánica, la secularizacion de territorios eclesiásticos, la supresion de la nobleza inmediata, y la reparticion de votos entre católicos y protestantes, eran otras tantas cuestiones ó resueltas ó por resolver, que llenaban á ambas córtes de resentimiento, no solo por lo pasado sino por lo que pudiera suceder en lo sucesivo. Así es que habiéndose enriquecido Prusia con los bienes de la iglesia, representando como representaba la causa de la revolucion en Alemania, teniendo interés en ello, y siendo como era mal vista por las antiguas monarquias, era nuestra aliada natural, y nos convenia unirnos á ella, si queriamos tener un amigo en Europa.

Efectivamente, porque España nada podia como aliada, y para regenerarla, habia que engolfarse, como sucedió mas tarde, en dificultades inmensas, é Italia, destrozada enteramente, aunque sus despojos eran nuestros, no podia proporcionarnos una fuerza efectiva, y apenas nos daba algunos soldados, que para ser buenos, pues eran capaces de ello, tenían necesidad de servir por largo espacio de tiempo con los nuestros. Mas hábil el Austria, mas astuta que todas las demás córtes, abrigaba la resolucíon, que disimulaba á todo el mundo y casi á ella misma, de arrojar-se sobre nosotros á la primera ocasion, para ver



de recobrar lo que habia perdido, lo cual no debemos estrañar porque el vencido procura levantarse y tiene derecho para ello. Así como Prusia representaba en Alemania una cosa análoga á nosotros, Austria representaba lo mas contrario que puede imaginarse, porque era un fiel trasunto del antiguo régimen, además de que habia otra razon para que fuese enemiga irreconciliable de Francia: tanto ella como el primer consul ambicionaba la posesión de Italia, y como este último tenia empeño en dominar aquel país, podia haber entre Francia y Austria treguas mas ó menos duraderas; pero no era posible esperar otra cosa que treguas, siendo por lo mismo indispensable necesario, ya que habia que escoger entre las dos córtes alemanas, siempre desunidas, no pensar en la de Viena. En cuanto á Rusia, si insistiamos en dominar el continente, era preciso resignarnos á tenerla por enemiga, como lo probaba harto bien lo sucedido en los últimos diez años, pues aunque no le interesaba en manera alguna la guerra que sosteniamos contra Alemania, y sus intereses estaban conformes con los nuestros en la que hacíamos á Inglaterra, cuando imperaba Catalina, tomó una actitud hostil, siendo emperador Pablo I envió á Suwarow y queriendo proteger en el reinado de Alejandro á las potencias de segundo y tercer orden, acabó por venir á parar en un protectorado del continente, incompatible con el dominio que nosotros queríamos ejercer con él; y todo porque la envidia continental la convertia en enemiga nuestra, como la envidia marítima á Inglaterra. Así, pues España, decaída entonces, no podia ro-

bustecer nuestro poderío. Austria era irreconciliable por lo de Italia, y Rusia nos miraba con ojos de envidia por lo del continente, como sucedia á Inglaterra porque queria ser la señora del mar, mientras que Prusia, por el contrario, era nuestra aliada natural, porque sus intereses y los nuestros eran iguales, y porque hacia el papel de una nacion que se habia levantado de la nada para con los gobiernos antiguos. No aceptar su amistad era lo mismo que consentir en quedarnos solos, y esto era consentir en perecer al primer revés que sufriésemos.

Siempre que se trataba de formar alguna alianza, aconsejaba mal al primer consul Mr. de Talleyrand, pues este ministro, en quien podian mas los gustos que el calculo, miraba con preferencia á Austria, y embebido en los recuerdos del antiguo gabinete de Versalles, en el cual aborrecian á Federico el Grande por sus sarcasmos, y apreciaban á la corte de Viena, gracias á sus adulaciones, creia que tener buenas relaciones con Austria era como si todavía se encontrase en Versalles. Así es que trataba á Prusia con frialdad, se burlaba de ella y la miraba con aire despreciativo, haciendo que el primer consul desconfiase de ella; pero sus consejos influian muy poco en la conducta de éste, pues apenas ascendió al consulado, conoció con su acostumbrada sagacidad cuál era la alianza que debiamos preferir y se inclinó á Prusia. Sin embargo, aunque tenia confianza en sus fuerzas, no se daba prisa á escoger amigos, pues conocia lo útil que podian ser y apreciaba el verdadero valor de unos y otros; pero creia que no le faltaria tiempo para ad-



quirirlos y queria hacerlo con todo descanso.

Quando de resultados de las conferencias habidas en Bruselas, se presentó Mr. de Luchesini con una carta nada menos que del rey, y el proyecto de alianza, se picó el primer consul al ver que no querian dar á dicho proyecto el verdadero nombre, pues tenia y con razon por bastante honorificas, y sobre todo por bastante ventajosas las relaciones con Francia para que no se publicaran abiertamente, de suerte que dijo:—Acepto las bases propuestas; mas quiero figure en el tratado la palabra alianza, porque solo siendo pública nuestra amistad con Prusia, podremos intimidar á Europa y dirigir todos nuestros recursos contra Inglaterra. Con un tratado así, disminuiré el ejército de tierra, aumentaré el de mar, y me dedicaré enteramente á la guerra marítima, al paso que sin una alianza pública y formal, no podré hacerlo sin riesgo, y lo único que conseguiria seria cerrar nuestros rios sin ventajas suficientes.

Esto era exactísimo, pues si Prusia confesaba abiertamente era aliada nuestra, nos daba una fuerza moral que no podia asegurarnos una confesion á medias; pero el hecho de reunir las fuerzas tenia un valor inmenso, y debía preferirse el fondo á la forma, porque coligada Prusia con nosotros hasta para tomar las armas en ciertos casos, no hubiera tardado en comprometerse á los ojos de Europa, y al verse criticada por esta, se hubiera arrojado en nuestros brazos á pesar suyo. Dado el primer paso hácia nosotros, era inevitable diése el segundo, de suerte, que se cometió una falta y no pequeña, en no acoger

la proposicion del gabinete prusiano como era debido; pero el primer consul, además de que queria terminantemente se usase la palabra alianza, se negaba á acceder á ciertas condiciones que pedia Prusia. Por lo que hace á Hannover, estaba corriente, y no tenia dificultad alguna en cederlo á Prusia en caso necesario, pues este era el modo de indisponerla fundamentalmente con Inglaterra; pero se mantenía firme con respecto á los rios, y se indignaba con la idea de volver á abrir parte del continente á los ingleses, á los ingleses que cerraban todos los mares. Hasta llegó á decir al ministro de Prusia.—¿Como por una cuestion de dinero, podeis obligarme á que reuncie á uno de los medios mas eficaces que tengo de perjudicar á la Gran Bretaña? Habeis dado á los comerciantes de Silesia un socorro de 3 ó 4,000,000 de escudos, y será preciso darles otro tanto. Echad, pues, vuestro cálculo: ¿cuánto os costará? 6 ú 8,000,000 de escudos? Yo estoy pronto á dároslos en secreto, con tal que renunciéis á la condicion de que haya de abrir los rios.

Semejante recurso no era del agrado de Prusia, porque queria poder decir á las córtes de Europa que si se habia ligado hasta tal punto con el primer consul, era á fin de alejar á los franceses del Elba y el Weser.

Quando volvió á Berlin la proposicion modificada de este modo, se asustó el rey á la simple idea de una alianza esplicita, acordóse de que el emperador Alejandro y las córtes alemanas le echarian en cara una y mil veces su felonía, pensó en el caracter emprendedor del primer consul,



y temió que si se unia demasiado con él, tendría que sostener la guerra, que era lo que mas sentimiento le causaba. Hasta la corte se dividió, pues aunque el gabinete era muy reservado, se traslució por fuera algo de lo que en él se ventilaba, y se desencadenó contra Mr. de Haugwitz, á quien acusaba de ser el autor de semejante política. Por cierto que aquel hombre de estado eminente, calumniado en Europa gracias á cierta doblez aparente que mas que de su carácter era hija de la posición que ocupaba, pero que entonces conocia mejor que ningun prusiano, y aun, lo decimos con gusto, mejor que ningun francés, los intereses combinados de las dos potencias, hizo los mayores esfuerzos para alentar el corazón de su rey, y persuadir al primer consul que no fuese demasiado exigente; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y disgustado formó el proyecto de retirarse de los negocios, como así lo hizo á poco. A todo esto, Mr. de Alopens, ministro de Rusia en Berlin, y hombre tan arrebatado y arrogante como Mr. de Markoff, alborotaba á Potsdam con sus gritos, la diplomacia austriaca intrigaba y no poco, y todas las pasiones se coligaron contra la idea de formar alianza con Francia; sin embargo de que aquella agitacion interior, no pasaba del círculo de la corte y no era en Berlin un hecho público.

Tal era la situación de las cosas, cuando llegó de pronto la noticia del rapto del duque de Enghien, noticia que causó un efecto inmenso. El desencadenamiento del partido anti-francés traspasó todos los límites, la confusion del partido contrario fué estremada, y se realizó comple-

tamente el vaticinio del consul Lebrun, quien dijo que semejante accion levantaria en Europa gran polvareda. Sin embargo, para disminuir algun tanto el efecto causado por aquella noticia, se añadió que era una medida tomada por pura precaucion, y que el primer consul habia querido apoderarse del duque para que le sirviese de rehenes, pero que no podia ser su intencion castigar á un principe jóven é ilustre, que nada tenia que ver con lo que acababa de tramarse en Paris. Apenas habian dado oidos á semejantes disculpas, cuando se supo el terrible suplicio de Vincennes, y el partido francés tuvo que callar, no pudiendo disculpar de ningun modo la conducta del primer consul. Baste decir que aunque Mr. de Laforest, ministro de Francia, era sumamente apreciado por sus prendas personales, se vió abandonado de la sociedad prusiana, y segun él mismo refirió en un parte pasado á su gobierno, ni siquiera le dirigian la palabra, llegando á soltar una persona muy amiga de la legacion francesa, las siguientes espresiones que nuestro representante repitió en otra parte:—A juzgar lo exasperados que están los ánimos, por lo que se habla, no dudo serian insultados los franceses, por no decir otra cosa peor, sino hubiese en Prusia leyes que protegen la seguridad personal, y un rey cuyos principios son bien conocidos.

Mr. de Laforest decia tambien con igual fecha, que despues de haber mostrado aquellos vengingeros, á lo menos en la apariencia, no poco sentimiento, *no podian reprimir cierta alegría insultante, y que se felicitaban como si hubiesen logrado una ventaja de importancia.*



Y efectivamente lo era para los enemigos de Francia aquel cruel suceso, porque hundió en todas partes el partido francés, y de sus resultas se formaron alianzas que no pudieron ser deshechas de otro modo que á cañonazos.

Las faltas que cometen nuestros adversarios son una compensacion aunque triste, de las que nosotros hayamos podido cometer, y la Inglaterra nos proporcionó esta compensacion, haciendo una cosa difícil de calificar, pues suministró el dinero necesario para un complot, y mandó ó permitió que tres agentes suyos, á saber, sus ministros en Cassel, Stettgard y Munich, tomasen parte en criminales intrigas. Así que lo supo el primer consul comisionó á un oficial seguro, para que pasando como lo hizo por agente de la conspiracion, ganase la confianza de M.M. Drake y Spencer Smith, y la ganó en tal manera, que no pudiendo reunir en aquel momento suficiente metálico, le dieron para que los repartiese á los conjurados á cuenta de mayor cantidad, mas de 100,000 francos en oro que entregó al instante á la policia francesa. En seguida mandó el primer consul que tanto el parte del oficial en cuestion, como las cartas autógrafas de M.M. Drake y Spencer, fuesen presentados al Senado, poniéndolo en noticia del cuerpo diplomático, para acreditar la autenticidad de aquellos documentos, y como el hecho no podia ser negado, así que aparecieron en el *Monitor* y las dirigió nuestro gobierno á todas las córtes, la critica que hacia algunos dias se cebaba exclusivamente en Francia, recayó sobre Inglaterra de un modo severo. Los hombres imparciales conocieron que el primer consul habia sido provoca-

do con acciones odiosas, y sintieron que hubiese menoscabado su gloria, no contentándose con el castigo legal que debia recaer sobre Jorge y sus cómplices, y la reprobacion que debia sufrir la conducta de la diplomacia inglesa. En cuanto á M.M. Drake y Spencer, despedidos con indignacion de Munich y Stettgard, atravesaron la Alemania precipitadamente, no atreviéndose á presentar en parte alguna; pero especialmente Mr. Drake, quien al pasar por Berlin, recibió de la policia prusiana una intimacion para que no permaneciese allí ni un dia siquiera, de suerte que no hizo mas que atravesar aquella capital, y fué á embarcarse para Inglaterra de prisa y corriendo, llevando consigo la afrenta que acarrea el profanar un empleo sagrado.

La conducta de Mr. Drake y su cólega fué causa de que se olvidase por algun tiempo la muerte del duque de Enghien; pero no obstante, aunque el gabinete prusiano no faltaba al decoro en sus conversaciones, se volvió de pronto taciturno, frio é impenetrable con Mr. de Laforest, y no soltó una palabra sobre alianza, sobre negocios, ni aun siquiera sobre el cruel suceso que todos deploraban. Sabiase que M.M. de Haugwitz y Lombard, sentian en gran manera aquella desgracia que habia ido á echar por tierra su politica; sabiase tambien que Mr. de Haugwitz especialmente estaba resuelto á dejar el timon de los asuntos publicos, y á retirarse á las haciendas que tenia en Silesia, haciendas que habian perdido mucho de resultas de la guerra; pero ni uno ni otro personage decian cosa de importancia, y como Mr. de Laforest hubiese querido tener con



ellos una esplicacion, Mr. de Haugwitz oyó sus observaciones con suma politica, y le respondió lo siguiente:—Caballero, podeis estar persuadido de que el rey ha sentido mucho ese suceso por lo que toca á la gloria del primer consul, y en cuanto á la alianza no hay que pensar en ella. Se ha querido exigir demasiado del rey, además de que ahora piensa de distinto modo que antes, de resultas de un acontecimiento imprevisto, cuyas consecuencias no podemos evitar ni vos ni yo.

Efectivamente, habia mudado enteramente de plan el rey de Prusia, y á la sazón, pensaba en unirse á Rusia, buscando en ella el apoyo que en un principio trató de buscar en Francia. Así es, que si antes deseaba que el primer consul redujese el ejército de Hannover, y evacuase las orillas del Elba y el Weser, comprometiéndose á compartir con él todas las vicisitudes porque pudiese pasar Francia, decidido ya á no tener nada con ella, se resignaba á sufrir la ocupacion del Hannover, así como que los ríos siguiesen cerrados al comercio, y buscaba en un convenio amistoso con Rusia, los medios de evitar ó cuando menos, limitar los inconvenientes que podian resultar de que los franceses siguieran en Alemania. Entró, pues, en tratos con el embajador de Rusia, y era tanto mas fácil llevar á buen término aquella negociacion, cuanto que satisfacía los deseos de aquella corte.

Mientras que en Berlin iba debilitándose el efecto que causó en Europa el trágico suceso de que va hemos hablado, crecia en San Petersburgo donde fué mayor que en ninguna otra parte. Como el emperador era jóven, vivo é inconsecuente

y estaba dispensado de tener prudencia, merced á la distancia que le separaba de la nacion francesa, demostró muy á las claras su pesar, pues el correo portador de la noticia, llegó á San Petersburgo un sábado, y debiendo al dia siguiente domingo, concurrir á palacio el cuerpo diplomático, resentido el emperador de la conducta altanera del primer consul, y poco dispuesto á contenerse para agradarle, solo dió oídos á su resentimiento y á los gritos de una madre apasionada. Mandó, pues, que toda su casa se vistiese de luto, sin consultar siquiera á su gabinete; y cuando llegó el momento de recibir á los ministros estrangeros, se presentaron de negro el emperador y su corte, con gran admiracion hasta de los mismos ministros que no tenían la menor noticia de semejante cosa. Los representantes de todas las cortes de Europa, vieron con regocijo aquella prueba de dolor que era un verdadero insulto hecho á Francia, y el general Hedouville, embajador nuestro, que tambien se hallaba presente, se vió por algunos instantes en una situacion cruel; pero mostró una calma, una dignidad que causaron admiracion á todos los que presenciaron aquella escena estraña. El emperador pasó por delante de él sin proferir una palabra; y sin turbarse, el general, sin cortarse lo mas mínimo, arrojó en torno suyo una mirada tranquila, haciendo respetar con su presencia de espíritu, á la nacion francesa, comprometida por una desgracia de gravedad.

Despues de tamaña imprudencia, el emperador se puso á deliberar con sus ministros sobre la conducta que debia observar, pues aquel jóven monarca sensible, pero tan vano como



sensible, estaba impaciente por hacer papel. Ya lo habia hecho cuando el arreglo de los asuntos de Alemania; pero no tardó en conocer que no fué porque él lo conquistase, sino porque el primer consul se lo concedió por convenir así á su política; y como abogase por Nápoles y el Hannover sin que le hiciesen caso, se resintió de la altanería con que el primer consul habló de las faltas cometidas por Mr. Markoff, sin embargo de que tambien criticaba el la conducta de dicho embajador. Abrigando como abrigaba tales disposiciones, la menor ocasion era suficiente para que estallase su enojo, y dejándose llevar de los consejos de la vanidad ajada, creyó seguir el impulso de una honrosa compasion, á lo cual debemos añadir para explicar lo repentino de sus resoluciones, que tenia un carácter adecuado para recibir toda clase de impresiones, y carecia absolutamente de esperiencia.

Al escándalo que acabamos de referir, quiso agregar un paso político que fuese algo mas sério que una demostración de córte, y sus consejeros trataron de disuadirle de su intento, pero como no lo consiguesen, acudieron para contentarle a un medio arriesgadísimo, que fué reclamar contra la invasion del territorio de Baden, diciendo que él habia salido garante del imperio germanico; paso sumamente imoderado, segun vamos á ver.

La cualidad de garante que se atribuia Rusia, era muy disputable, pues la intervencion que ejerció últimamente á medias con Francia, no llevó en sí un acta formal de garantía, cosa tanto mas necesaria para que la garantía existiese, cuanto que muchas veces habian deliberado con

los ministros alemanes los de Francia y Rusia, sobre lo conveniente que era estenderla y la forma que debia dársele. Esto sin embargo no se verificó, mas quedaba el titulo que podia sacarse del tratado de Teschen, en el cual salieron garantes Francia y Rusia en 1779 del arreglo pactado entre Prusia y Austria, relativo al derecho de sucesion en Baviera. ¿Conferia aquel empeño, limitado como se hallaba á un objeto especial, derecho para mezclarse en una cuestion de gobierno interior del imperio? Aventurado es decir que sí, pero aun cuando no lo fuese, caso de que el imperio pudiera quejarse de violacion de territorio, al estado perjudicado, esto es, al gran duque de Baden tocaba reclamar, ó cuando mas á una potencia alemana, pero no á una potencia estraña. El suscitar, pues, semejante cuestion careciendo de titulos para ello, era llevar obstáculos á Alemania, y aun disgustarla, porque si bien estaba ofendida, no tenia gana de dar principio á una reyerta cuyo resultado era facil de prever. Por último, dar aquel escándalo era obrar con suma ligereza, pues apenas habian transcurrido cuatro años desde que ensangrentó á San Petersburgo, dando la corona al jóven monarca, un crimen á que los calumniadores daban el nombre de parricidio, y hallándose como se hallaban todavia al lado del hijo los asesinos del padre, ¿no se esponia el emperador á que su terrible adversario le contestase de un modo algo mas que fuerte? Por haber caido enfermo Mr. de Voronzoff, le reemplazó en el poder el principe Czartoryski, y debemos decir en elogio de éste, que aunque era muy jóven, opuso grandes dificultades; pero los hombres avanzados



enedad del consejo, mostraron en esta ocasion tan poca prudencia como el adolescente monarca, porque en materia de prudencia, las pasiones igualan las edades. Asi es que el gabinete de San Petersburgo decidió se pasara á la dieta germánica una nota, para ver de despertar su celo é incitarla á que deliberase acerca de la violacion de territorio recientemente cometida en el gran ducado de Baden, debiendo tambien dirigir otra nota sobre lo mismo al gobierno francés.

Y no se limitó á esto el gabinete ruso, pues quiso desaprobair abiertamente la conducta de Roma por lo condescendiente que acababa de mostrarse con Francia, entregando á esta el emigrado Venégués, á cuyo fin dispuso dejase á Roma al instante el ministro de Rusia, y que el nuncio del papa saliese inmediatamente de San Petersburgo. No puede darse un modo ni mas extemporáneo ni mas ofensivo de censurar las acciones de una corte estrangera, aunque estas fuesen vituperables; pero no se contentó con esto el gabinete ruso, pues como le rogase Sajonia llamase á Mr. de Entraiques, cuya presencia en Dresde no era muy del gusto del primer consul, contestó que Mr. de Entraiques permaneceria en Dresde, porque cuando Rusia nombraba sus agentes no tenia que consultar si eran ó no del agrado de las demás cortes.

Así que dió estos pasos hártó imprudentes, trató de evitar las consecuencias que debian producir, formando alianzas, para lo cual acogió con tanto afán como complacencia el nuevo lenguaje de Prusia, cuya nacion despues que habia dejado á Rusia por Francia, estaba á la sazón dispuesta á dejar á Francia por Rusia, y aspiraba á unirse con

el Norte. Bien hubiera deseado el gabinete ruso formar con Federico Guillermo una especie de coalicion continental, independiente de Inglaterra, pero que se mostrase inclinada á esta; mas tuvo que contentarse con lo que le ofrecia el rey de Prusia, quien, viéndose en la precision de dejar el Hannover en poder de los franceses, desde que renunció á entrar en tratos con ellos, procuraba precaver los inconvenientes que nacia de su presencia en aquel pais, para lo cual queria ponerse en inteligencia con Rusia, pero nada mas, no siendo posible recabar de él otra cosa.

En consecuencia, despues de haber procurado cada uno por su parte que el resultado correspondiese á los fines que se habian propuesto alcanzar, formaron una especie de convenio, que consistia en una doble declaracion hecha por una y otra potencia, estendida de diferente modo, y conforme al espíritu de que cada una de ellas se hallaba animada, como se verá á continuacion. Mientras los franceses se limitasen á seguir ocupando el Hannover, y no pasara de treinta mil hombres el ejército que tuviesen en aquella parte de Alemania, debian mantenerse quietas ambas cortes, y atenerse al *statu quo*; pero si se aumentaban las tropas francesas, ó invadian otros estados alemanes, se unirían para oponerse á la nueva invasion; y si de sus resultas estallaba la guerra, debian reunir sus fuerzas, y sostener de mancomun la lucha que se trabase, para lo cual ponía el emperador á disposicion de Prusia todos los recursos con que contaba en su imperio. Este deplorable contrato, que firmó Prusia en 24 de mayo de 1804 tenia una multitud de restricciones, pues el rey



decía en su declaración que no era su intento hacer la guerra inconsideradamente, y que no porque el ejército de Hannover recibiese un aumento de un centenar de hombres de resultas de los soldados que para él se reclutaban todos los años; ni porque Francia tuviese un choque accidental con alguna potencia alemana de tercer orden, rompería abiertamente con ella, sino cuando manifestase formal intención de estenderse por Alemania, aumentando de un modo considerable las fuerzas francesas que tenía en Hannover. En cuanto al joven emperador, no puso á su compromiso restriccion de este género, obligándose, al contrario, pura y sencillamente á reunir sus ejércitos con los de Prusia si llegaba á declararse la guerra (4).

(4) Este tratado, estendido bajo la forma de doble declaración, no debe confundirse con el tratado secreto de Postdam celebrado en 5 de noviembre de 1805, cuando Napoleon se dirigió desde Ulm á Ansterlitz, y que fué arrancado á Prusia de resultas de la violacion del territorio de Anspach y Barentz. El de que hablamos aquí no se ha publicado en ninguna obra diplomática, y ni aun siquiera ha sido conocido en Francia: yo he podido adquirirle, y lo publico para aclarar un hecho importante, á saber, el abandono de la alianza francesa por parte de Prusia.

#### Declaración de la corte de Prusia.

Nos Federico Guillermo III, etc., etc.

Espuesta la parte norte de Alemania á una invasion estrangera de resultas de la guerra que ha estallado entre la Inglaterra y Francia, han esentado todo nuestro celo las consecuencias que ha traído á nuestra monarquía y á nuestros vecinos; pero las que todavía pueden resultar nos obligan á que meditemos y preparemos con tiempo los medios de remediarlas.

Este tratado, de forma tan singular, debía quedar envuelto en las sombras del secreto, y efectivamente lo quedó para nosotros; en cuauto

Por muy sensible que sea la ocupacion del Hannover, y el estar cerrados los rios para el comercio, despues de haber hecho para que cesara semejante estado de cosas todo lo que no ha sido la guerra, hemos resuelto en beneficio de la paz hacer el sacrificio de no insistir sobre lo pasado, ni proceder á tomar medidas relativas mientras no se nos obligue á ello con nuevas usurpaciones.

Empero si á pesar de las promesas solemnes hechas por el gobierno francés estendiese mas allá del *statu quo* sus empresas contra la seguridad de alguno de los estados del Norte, estamos decididos á oponer en contra las fuerzas que la Providencia ha puesto en nuestras manos.

Sobre esto hemos hecho á Francia una declaración solemne, y Francia la ha aceptado: pero como á nadie mejor que á S. M. el emperador de todas las Rusias debiamos manifestar nuestros designios, por la confianza y amistad que nos dispensa, así lo hemos verificado, habiendo tenido la satisfaccion de convencernos de que nuestras resoluciones se hallan en un todo de acuerdo con los principios que profesa nuestro augusto aliado, y que él mismo está decidido á sostenerlas en union con nos. En consecuencia, nos y S. M. I. hemos convenido en los puntos siguientes:

1.º Que nos opondremos de comun acuerdo á toda usurpacion que intente hacer el gobierno francés en los estados del Norte que hayan permanecido estraños á las reyertas que sostiene con Inglaterra.

2.º Para ello se mirará con suma atención los preparativos de la República, fijando la vista en los cuerpos de tropas que mantiene en la Alemania, y si se viese que trata de aumentar su número, se hará sin pérdida de tiempo, lo que convenga para que respete la proteccion que es nuestro intento conceder á los estados débiles.

3.º Si existe efectivamente una nueva usurpacion, como con un adversario tan peligroso seria funesto emplear términos me-



al rey de Prusia, apenas lo celebró, como siempre andaba corriendo de una parte á otra para evitar cualquier riesgo de que pudiese estallar la

dios, marcharemos contra la República con fuerzas proporcionadas al inmenso poder con que cuenta. Así, pues, aceptamos con gratitud la oferta que nos ha hecho nuestro augusto aliado de proporcionarnos un ejército de cuarenta ó cincuenta mil hombres, con arreglo á las estipulaciones anteriores del tratado de alianza celebrado entre Rusia y Prusia, estipulaciones que ligan de tal modo los destinos de ambos imperios que siempre que se trate de la existencia de uno de ellos, no tendrán límites los deberes del otro para con él.

4.º Para determinar el momento en que ha de existir el *casus fœderis*, es preciso ver las cosas en grande y como son en sí. Los pequeños estados dependientes del imperio, que se hallan situados allende el Weser, pueden ofrecer pasageramente escenas que repugnan á los principios, ora porque son el teatro continuo del paso de las tropas francesas, ora porque sus soberanos están vendidos á Francia, como el conde de Bentheim, ó dependen de ella bajo de otros aspectos, como el de Aremburg. Así es, que esos rodeos minuciosos que dan lugar al derecho de representación como en Meppen, ó que no comprometen la seguridad de nadie, son extraños á un convenio que tenga por motivo la seguridad comun; pero con respecto á las orillas del Weser, los intereses son esenciales porque es lo mismo que si se tratara de Dinamarca, Mecklemburgo, las ciudades anseáticas, etc. De consiguiente, el *casus fœderis* tendrá lugar á la menor tentativa que hagan los franceses contra un estado del imperio que esté situado á la derecha del Weser, y en particular contra las provincias danesas y Mecklemburgo, para lo cual esperamos con justa razon que S. M. el rey de Dinamarca hará entonces causa comun con nos.

5.º Las grandes marchas que tendrán que hacer las tropas rusas para reunirse con las nuestras, y lo difícil que es llegar á tiempo para tomar parte en los golpes decisivos, nos inducen á creer seria conveniente se adoptase para cada arma, diferente modo de transporte. Así, pues, mientras que la caballería rusa y los

guerra, temió, así que se parapetó tras de la Rusia, si se habria descubierto demasiado por parte de Francia. Así es que figurándose podia peligrar la paz si Francia se acordaba del modo brusco con que dejó de hablarnos de alianza, y el silencio tan grave como severo que guardó acerca del

caballos de la artillería desfilarán por medio de nuestras provincias, seria oportuno que la infantería y las piezas luciesen el viage por mar, y desembarcasen en algun puerto de la Pomerania, Mecklemburgo, ú Holstein, segun las operaciones del enemigo.

6.º Inmediatamente despues que empiecen las hostilidades, ó antes si así se cree conveniente por las dos córtes contratantes, se invitará á Dinamarca y Sajonia para que se adhieran á este convenio y cooperen á su cumplimiento con medios proporcionados á su poderío, así como á todos los demás principes y estados del norte de Alemania, que por estar próximos á aquel país, deban participar de los beneficios que pueda producir el presente arreglo.

7.º Desde luego nos obligamos á no deponer las armas ni á entrar en tratos con el enemigo sin consentimiento de S. M. I. precediendo antes un acuerdo con nuestro augusto aliado en quien tenemos plena confianza, porque se ha comprometido á lo mismo que nosotros.

8.º Luego que se consiga el objeto que nos proponemos, nos entenderemos con S. M. I. acerca de las ulteriores medidas que deban tomarse á fin de purgar enteramente la parte norte de Alemania de la presencia de tropas extranjeras, y asegurar de un modo estable este feliz resultado, preparando un órden de cosas que no esponga la Alemania á los inconvenientes que ha debido sufrir desde que empezó la guerra actual.

Esta declaracion debe ser cangeada por otra que firmará S. M. el emperador de Rusia, y empeñamos nuestra régia palabra de que cumpliremos fielmente los compromisos contraidos.

En fé de lo cual firmamos la presente que lleva nuestro sello real.



asunto del duque de Enghien, encargó á Mr. de Haugwitz hiciese al ministro de Francia una declaración solemne de neutralidad por parte de

Estendido en Berlín á 24 de mayo del año de gracia de 1804, octavo de nuestro reinado.

FEDERICO GUILLERMO HARDENBERG.

*Contra declaración de parte de Rusia.*

Habiendo llamado nuestra atención la situación crítica en que se encuentra la parte norte de Alemania, y los perjuicios que experimenta su comercio, así como el de todo el Norte, por la permanencia de las tropas francesas en el electorado de Hannover, además de los riesgos de que se ve amenazada la tranquilidad de los estados que todavía no han sufrido el yugo de los franceses en aquella parte del continente, hemos tratado de buscar medios á propósito para calmar nuestros temores.

La invasión del electorado de Hannover no puede evitarse, y como por desgracia han impedido las circunstancias que libráramos á tiempo á aquel país, de la presencia de tropas francesas, hemos creído conveniente no adoptar por el momento ninguna medida activa, mientras el gobierno francés se limite á seguir ocupando los dominios que S. M. B. posee en Alemania, pero tampoco permitiremos que los ejércitos franceses traspasen la línea en que se hallan colocados.

S. M. el rey de Prusia, á quien hemos participado con toda confianza nuestra inquietud y las medidas que nos parecen indispensable tomar para ver de alejar el riesgo que preveemos, ha aprobado nuestras miras y manifestado deseos de concurrir á una obra tan útil, oponiéndose á que el gobierno francés haga nuevas usurpaciones en los demás estados imperiales que nada tienen que ver con la lucha que sostiene contra Inglaterra, y en consecuencia hemos acordado en union con S. M. lo siguiente:

1.º Como el gobierno francés es tan atrevido y activo que ejecuta sus designios tan pronto como los forma, es de absoluta

Prusia, siempre que no recibiesen aumento las tropas francesas que se hallaban en Hannover. Consiguiente á esto, rompió Mr. de Haug-

necesidad vigilar los preparativos que puede hacer para llevar á cabo los proyectos que abriga sobre el norte de la Alemania. Por consiguiente, debe fijarse la vista en las tropas que tiene en aquella comarca, y si trata de aumentar su número, sin pérdida de tiempo se hará lo posible para que respete la protección que es nuestra intención conceder á los estados que merced á su debilidad no puedan sustraerse á los riesgos de que se ven amenazados.

2.º Para evitar toda incertidumbre acerca de la época en que deben ponerse en movimiento los medios destinados de una y otra parte para preservar el norte de la Alemania de cualquier invasión estrangera, hemos convenido antes que nada con S. M. prusiana, en determinar el *casus fœderis* del presente arreglo. A este efecto debe mirarse como realizada á la primera usurpación que las tropas francesas estacionadas en los estados electorales de S. M. B. hagan en los países adyacentes.

3.º Llegado el *casus fœderis*, como S. M. el rey de Prusia se halla mas cerca del teatro de los sucesos, no esperará para obrar á que estén reunidas las fuerzas respectivas de que se hará mención mas abajo y dará principio á las operaciones así que tenga noticia de que las tropas francesas han traspasado la línea que ahora ocupan en el norte de Alemania.

4.º Teniendo como tenemos dispuesto para utilizarlos convenientemente, todos los medios que nos proponemos emplear para conseguir este mismo fin, nos comprometemos del modo mas formal á socorrer á S. M. prusiana, al momento que nos lo diga, con toda la celeridad posible.

5.º Las fuerzas que por nuestra parte emplearemos en defensa del resto del norte de Alemania, subirán á cuarenta mil hombres de tropas regulares y podrán aumentarse hasta cincuenta mil, segun la necesidad, obligándose por su parte S. M. el rey de Prusia á emplear con el mismo objeto igual número de tropas. Por lo demás, una vez empezadas las operaciones militares, nos obligamos á no deponer las armas ni entrar en tratos



witz de pronto el silencio que hasta entonces habia guardado para con Mr. de Laforest, y le declaró que sucediera lo que sucediera, daba su rey palabra de honor de seguir siendo neutral, si no pasaba de treinta mil el número de soldados que habia en Hannover, añadiendo que esto valia casi

con el enemigo comun sin consentimiento de S. M. prusiana, precediendo antes un acuerdo especial; en la inteligencia de que tambien se impondrá S. M. el rey de Prusia la obligacion de no soltar las armas ni entrar en tratos con el enemigo comun, sin consentimiento nuestro, precediendo igualmente un convenio particular.

6.º Inmediatamente despues que empiecen las hostilidades, ó antes si así se cree conveniente por las dos córtes contratantes, se invitará al rey de Dinamarca y al elector de Sajonia, para que se adhieran á este convenio y cooperen á su cumplimiento en medios proporcionados á su poderia, así como á todos los demás príncipes y estados del norte de Alemania que por estar próximos á aquel pais deban participar de los beneficios que pueda producir el presente arreglo.

7.º Luego que se consiga el objeto que nos proponemos, nos entenderemos con S. M. prusiana acerca de las ulteriores medidas que deban tomarse, á fin de purgar enteramente el suelo del imperio germánico de la presencia de tropas estrangeras y asegurar de un modo estable para lo sucesivo este feliz resultado, preparando un órden de cosas que no vuelva á esponer á la Alemania á los inconvenientes que ha debido sufrir desde que empezó la guerra actual.

Esta declaracion debe ser cangrada por un acta concebida en el mismo sentido, que firmará S. M. el rey de Prusia, empeñando nuestra palabra imperial de que cumpliremos fielmente los compromisos contraidos.

En fé de lo cual firmamos la presente que lleva el sello de nuestro imperio.

Estendido en San Petersburgo á..... de 1804, cuarto de nuestro reinado.

tanto como la alianza que se hubo de frustrar, porque si Prusia se mantenía quieta, lo estaría tambien el continente. El énfasis con que se hizo semejante declaracion, bastante inmotivada en aquel momento, sorprendió á Mr. de Laforest, y aunque nada comprendió de lo que en ella se ocultaba, le pareció muy singular; por lo que respecta á Federico Guillermo, creyó que desde aquel momento se pondria bien con todo el mundo, sin considerar que no hay cosa mas triste que ver engolfarse en el laberinto de la politica á un rey débil é inepto, comprometiéndose á fuerza de querer componerlo todo, como el pajarillo que á fuerza de revolotear para salir de la red, queda preso en ella.

De este modo fué como, gracias á la politica ambigua del rey de Prusia y á la viva impresion que causó el suceso de Vincennes, se echaron los cimientos de la tercera coalicion, pues sumamente contenta Rusia con haber comprometido á Prusia, empezó á poner los ojos en Austria, haciendo esfuerzos por complacer á aquella potencia algo mas que lo habia hecho hasta entonces. Por cierto que tenia en su mano un medio muy fácil de conseguirlo, cual era no decir una palabra en favor de Francia acerca de las cuestiones que aun habia pendientes en el imperio, y repetir exactamente lo que decia la córte de Viena.

Pero antes que nada daremos á conocer el modo con que fué acogido en Viena el acontecimiento que acababa de conmover tan hondamente á las córtes de Bertin y San Petersburgo. Si habia una córte que debiera sobresaltarse con el rapto del duque de Enghien, rapto ejecutado en el suelo germanico, seguramente lo era Austria;



mas sin embargo, los únicos ministros que en aquellas circunstancias tuvieron moderacion fueron los del emperador. Ni una expresion se les escapó que pudiera ofender al gobierno francés, ni dieron un paso de que tuviera derecho para quejarse; y eso que el gefe del imperio como guardian que era de la seguridad, la dignidad y el territorio de Alemania, estaba encargado, ó nadie lo estaba en el mundo, de levantar la voz contra lo hecho en el gran ducado de Baden. Tambien debemos decir, para ser veridicos, que si la calma que mostró la corte de Austria en aquel lance se hubiese visto en San Petersburgo, y Viena hubiera reclamado con la prontitud con que lo hizo esta, las cosas hubieran estado en su lugar, y á nadie hubiese causado sorpresa que el emperador pidiera esplicaciones al primer consul con moderacion pero con firmeza, acerca de una violacion de territorio que debía alarmar profundamente á Alemania. Nada de esto sucedió, ó por mejor decir sucedió lo contrario, porque el emperador de Rusia era jóven, carecia de esperiencia, y sobre todo se hallaba lejos de Francia, mientras que el emperador de Austria era tan prudente como disimulado, y estaba muy inmediato al vencedor de Marengo. Asi es que guardó silencio, y en vez de provocar Mr. de Cobentzel á Mr. de Champagny, como éste le escitara á que se esplicase, dijo que comprendia la dura necesidad de la politica, y sentia en el alma un suceso que debía suscitar en Europa nuevas complicaciones, pero que el gabinete de Viena cuidaria con mas celo que nunca de que no se turbase la paz del continente.

Para comprender la conducta que entones observó el gabinete de Viena, es preciso saber esperaba una ocasion favorable de volver á ganar lo que habia perdido, ocasion que él no queria proporcionar imprudentemente, y por lo mismo miraba con suma curiosidad lo que estaba sucediendo en Boloña, deseando allá para si una cosa muy natural, á saber que el Océano faese el sepulero de los ejercitos franceses, pero en manera alguna queria atraerlos hácia el Danubio, porque conocia su superioridad. En el intervalo se aprovechaba de las ocupaciones á que se hallaba entregada Francia con motivo de la guerra maritima, para resolver á su antojo las cuestiones que no se resolvieron cuando el registro de 1803, cuestiones que quedaron pendientes por falta de tiempo, y eran las que siguen, segun manifestamos entonces: la proporcion que debía establecerse entre los votos catolicos y protestantes en el colegio de los principes; la conservacion ó la supresion de la nobleza inmediata; la nueva division en círculos para mantener el orden en Alemania; la reorganizacion de la iglesia germanica; el secuestro de los bienes muebles é inmuebles que pertenecian á los principados eclesiasticos secularizados, y por último, varios asuntos de menos importancia. Entre todas ellas, la cuestion de mayor gravedad, por las consecuencias que podia producir, era el haber retardado la organizacion de los círculos, porque esto habia producido una falta de buen gobierno que ponía el poder en manos del mas fuerte, y como Francia no pensaba entonces en otra cosa que en la guerra maritima, y además se habia separado de Rusia,



ninguna potencia acudia á socorrer á los estados oprimidos, resultando de esto que en todo el imperio iba entronizándose la anarquía.

Cuando estaba para terminarse el arreglo de 1803, Austria secuestró las propiedades de los principados secularizados que se hallaban á tiro, y que tenían fondos en el banco de Viena, ó haciendas enclavadas en varios estados alemanes, les cuales debían pertenecer, como es natural, á los príncipes indemnizados. Sin embargo, alegando Austria no sé qué maxima de derecho feudal, secuestró mas de 30.000.000 de capitales depositados en el banco de Viena ó puestos á renta, originando á Baviera y á la casa de Orange pérdidas de consideracion. No contenta con esto, entró en tratos con varios príncipes de tercer orden, para arrebatarles ciertas posesiones que tenían en Suabia, á fin de adquirir una posicion en las orillas del lago de Constanza; compró la ciudad de Lindau al príncipe de Bretzenheim, y le cedió en cambio unas tierras situadas en Bohemia, ofreciéndole tendría voto en la Dieta; tenía arreglo pendiente con la casa de Koenigseck para que le diese, bajo las mismas condiciones, terrenos situados en la referida comarca; y por último, trabajaba en la Dieta porque se creasen nuevos votos católicos, para que fuese igual el número de católicos y protestantes, y como la mayoría de la Dieta no se manifestase dispuesta á darle gusto, le amenazó con que interrumpiría las deliberaciones hasta que no se resolviera con arreglo á lo que él deseaba, la cuestion de los votos.

Los príncipes alemanes á quienes perjudicaba Austria con sus violencias, se vengaban cometien-

do otras por el mismo estilo en los estados que eran mas débiles que ellos: así es que Hesse y Wurtemberg invadieron las tierras de la nobleza inmediata, confesando en alta voz que era su intento incorporarlas á las suyas, y como la nobleza inmediata de Franconia se dirigiese á la cámara imperial de Wetzlar, á fin de que publicase un decreto contra las usurpaciones de que se veía amenazada, el gobierno hessense mandó romper los carteles que contenían el fallo de la cámara imperial, dando de este modo un ejemplo del desprecio con que miraba á los tribunales del imperio. Y no se limitaban á esto los escesos, pues había quien se negaba á pagar las pensiones del clero, á quien se despojó de sus bienes cuando lo de las secularizaciones, y el duque de Wurtemberg no quería satisfacer ninguna de las que debía. En medio de aquellas violencias reciprocas, todos callaban, porque tenían esperanzas de explotar la impunidad en provecho propio, y nadie se quejaba de los secuestros que hacia Austria, para que esta dejase llevar á cabo lo que querían hacer contra la nobleza inmediata ó contra los infelices pensionistas que se veían privados de lo que les proporcionaba el sustento. Así es que Baviera, maltratada mas que ningun otro por el Austria, se vengaba en el príncipe archicanciller, cuyo electorado se trasladó de Maguncia á Ratisbona, territorio que ella apetecía y no solo le amenazaba, sino que se apoderó de varias posesiones enclavadas en sus dominios, haciéndole temer por su existencia. Lo mismo hacia Prusia en Westfalia, no queriendo ser menos que Baviera ó que Austria en materia de usurpaciones.



Solo dos estados obraban en justicia; en primer lugar el príncipe archi-canciller, quien debía su existencia al arreglo efectuado en 1803, y trabajaba porque la respetasen los miembros de la confederación; y en segundo el elector de Sajonia, quien dando pruebas de desinterés en medio de todas aquellas pretensiones, se mantuvo quieto en su antiguo principado, y sin haber perdido, ni adquirido nada, hacia aunque inútilmente votos porque fuesen respetados los derechos de cada uno, como lo exigían la prudencia y la honradez.

A pesar de las criminales concesiones que algunos príncipes hicieron á Austria, permitiéndola que oprimiese á unos para que consintiera en que ellos oprimiesen á otros, no lograron desarmarla, especialmente con respecto á Baviera, pues creyéndose bastante fuerte para no respetar nada, tomó la defensa de la nobleza inmediata, de quien naturalmente era protectora aunque interesada, porque de ella sacaba reclutas para sus ejércitos.

Ya hemos visto que como la nobleza inmediata dependía del emperador, y no de los príncipes territoriales en cuyos dominios ó señoríos estaban enclavadas sus tierras, no debían dar á estos contingente militar, de suerte que los hombres aficionados á la carrera de las armas se alistaban en las tropas austriacas, dando al año solo en Franconia mas de diez mil reclutas, apreciables mas que por su número por sus cualidades; como que eran verdaderos alemanes, muy superiores en instruccion, valor y prendas militares á los demás soldados de Austria, y de sus filas salían todos los cabos y sargentos de los ejércitos imperiales, pudiendo decirse que formaban el cuadro alemán en que

Austria embebía los súbditos de tantas especies como contiene en sus vastos estados. Así es que estaba decidida á arrostrarlo todo, escepto la guerra con Francia, antes que ceder tocante á este punto, y sin cuidarse de lo que pudieran decirle por los excesos á que se habia entregado, dió cuenta al consejo áulico de las usurpaciones cometidas contra la nobleza inmediata, sosteniendo que semejante violencia dependía esclusivamente del gobierno del emperador. Hecho esto, con una celeridad poco comun en el orden de proceder en juicio que existe en Alemania, consiguió se tomase una resolución provisional, llamada *Conservatorium* en el idioma constitucional del imperio, y encargó su cumplimiento á cuatro estados confederados, á saber: Sajonia, Baden, Bohemia y Ratisbona, poniendo en marcha por la parte de Bohemia y el Tirol diez y ocho batallones, y amenazando á Baviera con que penetraría en sus estados sino retiraba sus tropas de los diferentes señoríos que habia invadido. Claro es que en semejante situación tenia Austria que contemplar y mucho al primer consul, pues aunque estaba ocupado allá por la parte del Océano, no era hombre que retrocediese, siendo á la sazón mas temible que de costumbre, porque como ya sabemos, acababan de irritarle. Esto esplica la reserva con que procedieron los diplomáticos austriacos en el asunto del duque de Enghien, y la indiferencia real ó aparente que mostraron en una circunstancia tan grave.

Ya hemos dado á conocer lo que se resintió el primer consul de los ataques dirigidos contra su persona, y ahora añadimos que viendo no podia desarmar el odio de los emigrados, á pesar de los



beneficios que les dispensó, y que la Europa no deponia su envidia sin embargo de que procuraba complacer á todos los príncipes, irritado en gran manera, sintió allá en su alma una revolucion repentina que le indujo á maltratar á todos cuantos habia respetado hasta entonces. No tardó, pues, en contestar á las manifestaciones que acabamos de referir, y despues de haber deplorado el extravío de sus pasiones, vamos á tener ocasion de admirar otra vez todo lo grande de su carácter.

Como la córte de Prusia guardó silencio, no volviendo á hablar de alianza, nada le dijo el primer consul, pero reprendió severamente á Mr. de Laforest porque refirió con demasiada exactitud en sus partes la impresion que causó en el público de Berlin la muerte del duque de Enghien. En quanto á la córte de Rusia, la réplica que le dió fué tan instantánea como cruel, pues mandó al general Hedouville dejarse á San Petersburgo en el término de cuarenta y ocho horas, sin alegar otra razon para ponerse en marcha, que la de hallarse enfermo, razon muy puesta en uso entre los diplomáticos para que se comprenda lo que no quieren decir. Por lo demás, debia no manifestar al gabinete ruso si se iba por algun tiempo ó para siempre, siendo Mr. de Rayneval el que recibió orden de permanecer allí, tomando para ello el título de encargado de negocios, como sucedia en Paris, donde solo habia un agente de la misma graduacion llamado Mr. de Oubril, desde que el gobierno francés despidió á Mr. de Markoff. En seguida contesto el primer consul al emperador en términos que debieron causarle no poco dolor, pues le recordó que á pesar de que Francia se habia

portado perfectamente con Rusia, dándole parte en todos los asuntos de importancia que se habian ventilado en el continente, nolo agradecia aquella nacion; que los agentes rusos, sin escepcion alguna, eran hostiles al gobierno francés; que contra lo dispuesto en el último tratado de paz que obligaba á las dos córtes á no suscitarse ningun embarazo, el gabinete de San Petersburgo concedia distinciones á emigrados franceses, y so pretexto de nacionalidad rusa, encubria á los conspiradores para sustraerlos de caer en manos de la policia francesa; que esto era faltar á un mismo tiempo á lo dispuesto en el espíritu y letra de los tratados; que si lo que se queria era la guerra, lo diesen francamente, en el concepto de que aunque el primer consul no la deseaba, tampoco la temia, porque no era para alarmarle el recuerdo de la última campaña, (en esto aludia al desastre de Suwarow); que con respecto á lo que sucedió en Baden, Rusia se habia constituido harto ligeramente en garante del territorio germánico, pues eran muy disputables los títulos que tenia para intervenir: que en todo caso, Francia habia usado del derecho de legitima defensa contra los complots que se tramaban en la frontera á vista y paciencia de ciertos gobiernos alemanes á quienes habia colmado de beneficios y le pagaban con la mas negra ingratitud; que por lo demás, ya les habia dado esplicaciones, que solo á ellos se las daria, y que en su lugar hubiera hecho otro tanto Rusia, pues si la hubiesen dicho que los asesinos de Pablo I se hallaban á una jornada de la frontera, y que podia echarles mano, ¿se hubiera abstenido de ir á prenderlos?



Esta ironía era cruel, tratándose de un príncipe de quien se decía que no había castigado á ninguno de los asesinos de su padre, acusándosele por este motivo, aunque injustamente, de que era cómplice en un atentado horrible; pero así conocería el emperador Alejandro cuán imprudente era de su parte mezclarse en el asunto del duque de Enghien, cuando la muerte de Pablo I le esponía á que le replicaran en términos tan terribles.

Con respecto á Alemania, como hacia poco que Rusia había aprobado la conducta de Austria y la pretension con que ésta salió de llevar al consejo aulico las cuestiones constitucionales, declaró abiertamente, el primer consul, que Francia se separaba de la diplomacia rusa en lo concerniente á los asuntos germánicos; que no estaba conforme con que las cuestiones que quedaron suspensas, las resolviese dicho consejo aulico, el cual mas bien que tribunal del imperio, lo era simplemente del emperador, y que aquellas cuestiones, ni mas ni menos que todas las demás, debian ventilarse en la Dieta, como cuerpo supremo que era y único depositario de la soberanía alemana. Es decir, que disentian completamente acerca de todos los puntos, y las resoluciones que el primer consul estaba dispuesto á tomar, eran tan terminantes como el language que empleaba.

Por lo que hace á Austria, felicitábase allá para sí el primer consul, de la indiferencia con que aquella había mirado á la víctima de Ettenheim; pero conociendo que la corte de Viena se engañaba en creer le impedía la guerra marítima hacer otras cosas, quiso dejar completamente edificada

á Austria sobre este punto. Dos modos tenia de derrotar á Inglaterra, luchar con ella cuerpo á cuerpo en el estrecho de Calais, y destruir á sus aliados en el continente, y como en el fondo el segundo era mas fácil y seguro que el primero, siendo mas eficaz aunque menos directo, estaba decidido, si Austria le provocaba, á levantar sin pérdida de momento el campo que tenia en Boloña, y entrar en Alemania, porque no queria pasar el mar hasta que no hubiese desarmado á todos los aliados públicos ó secretos de la Gran Bretaña. En consecuencia, dijo á los dos Cobentzel, tanto al que era embajador en París, como al que dirigia los asuntos políticos en Viena, que hacia siglos que Baviera era aliada de Francia, y que de consiguiente no la dejaria espuesta á los malos tratamientos del Austria, que si la primera había hecho mal en invadir de un modo demasiado brusco los bienes de la nobleza inmediata, Austria había obligado con sus injustos secuestros á todos los príncipes alemanes á desquitarse por medio de violencias, de las que ellos sufrían; que Baviera había podido caer en falta, pero que no dejaria que la oprimieran impunemente, y que si Austria no mandaba retirar los batallones que había reunido en Bohemia y en Tirol, estaba resuelto á enviar á Munich un cuerpo de cuarenta mil hombres, para que guarneciése á aquella ciudad mientras no se retirase á las tropas imperiales.

Esta declaración, tan terminante como positiva, alarmó de un modo indecible á los señores de Cobentzel; pero salieron de su apuro, quejándose nuevamente de la enemistad con que Francia miraba á Austria, y lamentándose del estado de pro-



funda desesperacion á que iban á reducirla. MM. de Talleyrand y de Champagny, insistieron sin embargo, y se convino por ambas partes en que Baviera evacuaria las tierras de la nobleza inmediata, pero que las tropas austriacas permanecerian algun tiempo donde se hallaban, y en seguida acabarian por retrogradar, á fin de no comprometer la dignidad del emperador, con una retirada demasiado precipitada. Además, volvió á dar á entender el gabinete austriaco que si el francés secundaba sus deseos con respecto á la proporcion que queria establecer entre los votos católicos y protestantes que hubiese en la Dieta, podria contar con él en cualquier circunstancia, pero especialmente en la que iba á presentarse con motivo de la nota que Rusia habia pasado á la Dieta germánica.

Por el mismo correo que llevó á Paris los pliegos de San Petersburgo llegó á Ratisbona la referida nota, nota que puso á los principes alemanes en una situacion cruel, pues era una córte estrangera la que los invitaba á que se quejaran de la violacion del territorio germanico, y si así lo hacian, esponianse á tener que sufrir el resentimiento de Francia. Materialmente no habia habido tiempo para enviar instrucciones á los ministros que se hallaban cerca de la Dieta; pero presumiendo estos cuales debian ser las disposiciones de sus respectivas córtes, mas dispuestos se mostraron á no hacer caso de la nota que á darle gran importancia, habiendo un ministro, Mr. de Goertz, el mismo que ya ha figurado en el arreglo de los asuntos de Alemania, que por su parte hubiera querido reducir á la nada aquel negocio. Empero como los ministros austriacos hubiesen

recibido instrucciones, gracias á los inmediatos que se hallaban á Viena, haciendo, como lo tenian de costumbre, un doble papel, dijeron á los agentes franceses que la nota era inoportuna, y á los rusos que trabajarian porque fuese acogida favorablemente, ocurriéndoseles un término medio para quedar bien con todos. La nota se tomó en consideracion; pero los ministros convinieron en que la trasladarian á sus córtes para deliberar despues sobre su contenido, y Mr. de Hugel dijo al ministro de Rusia:—Ya veis como hemos hecho que se admita vuestra nota.—En cuanto al ministro de Francia, le dijo:—Ya veis como aplazando la discusion para dentro de dos meses, la hemos amortiguado, pues para ese tiempo nadie pensara en el paso que ha dado el emperador Alejandro.

Tal debia ser efectivamente la suerte de aquel paso inconsiderado, mas para conseguir semejante resultado habia que vencer mas de un obstáculo, pues los gobiernos alemanes no querian, ni ofender á Francia á quien tenian miedo, ni agraviar á Rusia cuyo auxilio podrian necesitar en un caso eventual. Así es que los ministros se agitaban en Paris para ver de hallar una solucion, y el primer consul les dijo:—Haced lo que tengais por conveniente, en la inteligencia de que si dentro de dos meses se suscita la discusion, y llega oficialmente á oídos de Francia, contestaré en tono tan alto y con tanta dureza, que quedará humillada cruelmente la dignidad del cuerpo germanico. Y no tendreis otro remedio sino sufrir mi contestacion, ó tomar las armas, porque estoy resuelto, si es preciso, á empezar por el continente la guerra que estoy haciendo á la Gran Bretaña.



Prefiriendo como solia preferir Mr. de Talleyrand la paz, buscó medios de evitar un rompimiento, de suerte que como los ministros extranjeros temian al primer consul, y encontraban, por el contrario, en Mr. de Talleyrand suma cortesania, y una indulgencia que no se oponia á que fuese arrogante cuando era necesario, frecuentaban su trato. Entré los que mas se distinguian en sus salones por su inteligencia, se hallaba el duque de Dálberg, sobrino del principe archi-canciller, y que á la sazón era ministro en Paris, siendo él de quien se valió Mr. de Talleyrand para lograr lo que se proponia de la córte de Baden. Para ello recordó á dicha córte todo lo que debia á Francia, la cual aumentó sus estados cuando el arreglo de 1803; le habló tambien de lo que podia temer por parte de ella si volvía á estallar la guerra, y le instó á que declarase en Ratisbona habia recibido del gobierno francés esplicaciones satisfactorias, por lo cual deseaba no se diese curso á la nota rusa. Mientras que Mr. de Talleyrand exigia en secreto semejante declaracion, fundandose el gabinete de San Petersburgo en el parentesco que tenia la casa de Baden con la familia imperial de Rusia, procuraba modificar la espresada declaracion hasta el punto de hacerla insuficiente: pero como Francia se hallaba mas cerca, y era mas fuerte, debia conseguir la victoria. Por lo demás, antes que se abriesen los debates iban á transcurrir dos meses, y enviándose como se enviaban desde Paris á Carlsruhe y de Carlsruhe á Paris proyectos de redaccion, modificados sin cesar, no podía menos de hallarse bien pronto una solucion oportuna.

El primer consul no hacia caso de aquellas idas y venidas, y dejaba obrar á su ministro de negocios extranjeros, pues aunque habia ofendido á Rusia y obligado á Austria á que se mantuviese tranquila; aunque traia alarmada á Prusia, y trataba á la Dieta de Ratisbona como á un cuerpo que se caia de puro viejo á pesar de cuanto habia hecho para rejuvenecerse, y se hallaba dispuesto á no contestar ó hacerlo de un modo depresivo, todos estos asuntos que suscitó en lo esterior la catástrofe de Vincennes, apenas habian apartado su atencion de los asuntos interiores, avocados en aquel momento á una verdadera crisis.

A pesar de que al cabo de muy pocos dias disminuyó, como sucede con todas las impresiones, por muy vivas que sean, la que causó la muerte del duque de Enghien, quedaba sin embargo una causa permanente de agitacion en el proceso formado á Jorge, Moreau y Pichegrú, pues aunque necesario, era sensible que tuviesen que comparecer ante la justicia tantos personajes de tan diversa especie; queridos unos de la antigua aristocracia francesa, como Mr. de Riviere y de Polignac, y apreciados otros, como Moreau, de cuantos amaban la Francia. Era aquello tanto mas sensible cuanto que tenian que comparecer en medio de la curiosidad pública, vivamente escitada, y del desenfreno de los hombres mal intencionados, los cuales siempre están prontos á sacar de las circunstancias mas pequeñas las interpretaciones mas ingeniosas ó absurdas; pero era preciso recibiesen los culpables el castigo debido, y aquel proceso iba á turbar por uno ó dos meses mas la calma á que por lo regular se ha-



llaba entregado el gobierno del primer consul.

Una desgracia que nadie pudo prever, aumentó el aspecto sombrío y fatídico de aquella situación. Pichegrú, desconfió en un principio de la generosidad del primer consul, y le costó trabajo creer en las ofertas que le hizo Mr. Real de que sería clemente con él; pero no tardó en tranquilizarse, y se entregó confiadamente á la idea de que conservaría la vida y recobraría su honra fundando un gran establecimiento en Cayenne. Las ofertas del primer consul eran sinceras, pues decidido á castigar únicamente á los realistas, se proponía perdonar á Moreau y Pichegrú; mas aunque Mr. Real era incapaz de abrigar ningun mal sentimiento, le persiguió la desgracia en aquel proceso. En primer lugar llegó demasiado tarde á Vincennes, y en segundo se presentó muy raramente en el calabozo donde se hallaba Pichegrú, viendo que nada podía sacarse de un hombre tan reservado y firme como lo era aquel antiguo general de la república. Ocupado en otras cosas, no hizo caso Mr. Real de Pichegrú, quien como no volvió á oír hablar de las proposiciones del primer consul, así que supo el sangriento suplicio que presencié Vincennes, creyó no tenía que contar con la clemencia que le habían ofrecido. No era el morir lo que mas costaba al guerrero de quien vamos hablando, pues este debía ser casi por necesidad el desenlace que tuvieran las criminales intrigas en que tomó parte desde que en 1797 abandonó el camino recto; pero tenía que aparecer entre Moreau, á quien había comprometido, y Jorge, á quien entregó su honra, yendo á figurar á su lado en una conspiración realista.

Todas las delaciones, pues, que sufrió en la época del 18 de fructidor, y que rechazó con fingida indignación, iban á verse justificadas, de suerte que temiendo perder con la vida los tristes restos de su honor ya comprometido, el infeliz prefirió la muerte inmediata, pero la muerte sin la afrenta que debía resultarle de un debate público; sentimiento que prueba valia algo mas de lo que podía suponerse teniendo en cuenta su conducta anterior. Había pedido prestadas á Mr. Real las obras de Séneca, y una noche despues de haber estado leyendo por espacio de algunas horas, dejó el libro abierto por un pasage en que se trata de la muerte voluntaria, y se ahorcó con una corbata de seda que le sirvió de cuerda, y una clavija de madera que convirtió en torniquete. A eso de la madrugada, como oyesen sus carceleros algun ruido en su cuarto entraron en él y le encontraron sin vida, con el rostro amoratado, como si estuviese atacado de una apoplejía: inmediatamente se llamó á unos médicos, y tanto ellos como los magistrados que entendieron en aquella ocurrencia, atestiguaron la causa de su muerte, demostrándola evidentemente á los ojos de todos los hombres de buena fé.

Pero como no hay prueba bastante clara para los partidos, los cuales siempre están resueltos á dar crédito á una calumnia, ó á esparcirla aunque no la crean, los realistas, que se complacian en imputar al gobierno toda clase de crímenes, y los ociosos que tienen gusto, aunque no sea por espíritu de perversidad, en ver en los sucesos mas complicaciones de las que hay en ellos, sostuvieron que Pichegrú había sido ahorcado por los si-



carios del primer consul. Aquella catástrofe, á que se dió el nombre de Temple, era al decir de unos y otros, el complemento de la catástrofe llamada de Vincennes; la una era continuacion de la otra, por manera que el carácter del moderno Neron iba desarrollandose rápidamente, pasando casi sin transicion del bien al mal, de la virtud al crimen, como sucedió con el príncipe romano. Y como los que se tomaban el trabajo de motivar sus embustes necesitaban una razon que poder hacer valer para explicar semejante atrocidad, decian que desesperanzados de convencer á Pichegrú, le asesinaron á fin de que faltando él no pudieran justificarse los demás acusados.

Esto era una invencion tan absurda como odiosa, pues si habia algun acusado cuya presencia en los debates fuese necesaria para el primer consul, lo era Pichegrú, quien no podia pasar por un rival temible desde que por haberse afiliado en el partido realista se habia perdido en la opinion pública; además de que todos los procesados, de cualquier partido que fuesen, le condenaban en sus declaraciones. El hombre digno de ser temido, si es que habia alguno que lo fuese, era Moreau, porque su gloria estaba indemne y era difícil convencerle; y si habia algun encausado que fuese útil contra él, éste lo era Pichegrú, que habia servido de lazo entre republicanos y realistas; como que si hubiese asistido á los debates, no hubiera podido negar las relaciones que tenia con Jorge, ni las que le unian á Moreau, y no pudiendo tampoco explicarlas, servia inevitablemente para demostrar que Moreau habia formado liga con los realistas, es de-

cir, para afrentarle, de suerte que Pichegrú fué una pérdida inmensa para la acusacion; por último, si alguno debia cometer un crimen para librarse de una rivalidad temible, Moreau, y no Pichegrú debió haber puesto término de aquel modo al proceso. La suposicion, pues, era tan estúpida como atroz, y solo la dieron crédito los hombres lenguaraces que frecuentaban los salones realistas, debiendo por lo mismo venir pronto á tierra; pero entretanto la acusacion de que el primer consul habia mandado ahorcar á Pichegrú turbaba los ánimos, y los que llevaban y traian noticias falsas favorecian con repetirla la perfidia de sus inventores, vendiendo aquella nueva desgracia á despertar por algunos días las tristes impresiones que ya habia causado la conspiracion de los príncipes emigrados. Sin embargo, no podian ser duraderas semejantes impresiones, pues si los hombres ilustrados, amigos del primer consul, y que se interesaban por su gloria, debian conservar allá en el fondo de su corazon una pena inconsolable, las masas concian que podian descansar sin temor al abrigo de una mano firme y justa, y nadie creia seriamente iban á empezar de nuevo las ejecuciones, destierros y despojos. Tambien es preciso confesar que los hombres cuya causa estaba unida á la de la revolucion, porque habian adquirido bienes nacionales, ó destinos públicos, ó una celebridad que les traia inquietos, se alegraron allá para sí de que entre el general Bonaparte y los Borbones hubiese un foso lleno de sangre régia.

Por lo demás la sensacion que causaron los sucesos políticos, estaba limitada entonces á un



número de personas cada vez mas reducido, porque la participacion extraordinaria que durante la revolucion tomó la nacion francesa en los asuntos públicos, dió lugar á una especie de falta de atencion que provenia á un mismo tiempo de cansancio y desconfianza. En los primeros tiempos del Consulado todos fijaban la vista en el gobierno con cierta ansiedad, pero así que vieron lo hábil y afortunado que era, entregáronse á la seguridad, al reposo, y cada cual volvió á ocuparse de sus negocios particulares, descuidados mientras duró aquella tempestuosa revolucion que trastornó no solo la propiedad, sino el comercio y la industria. De aquellas masas soliviantadas entonces, únicamente se cuidaban de los sucesos del día las clases ociosas que tenian bastante vagar y luces para ocuparse de los negocios de estado, y los hombres interesados de todos los partidos, como emigrados, sacerdotes, compradores de bienes nacionales, militares y empleados civiles. Ahora bien, no todo aquel público participaba de unas mismas impresiones, de suerte que si unos decian que era abominable lo hecho con el duque de Enghien, para otros lo eran igualmente los complots que se renovaban sin cesar contra la persona del primer consul, manifestando en alta voz que ansiosos los realistas de apoderarse del poder, á pesar de que eran indignos é incapaces de ejercerlo, se espolian á destruir en Francia toda clase de gobierno; que si el primer consul moria, nadie podria empuñar con bastante firmeza las riendas del estado; que la nacion volveria á caer en la anarquía y en un mar de sangre; que el gobierno habia he-

cho bien en mostrarse severo á fin de acortar los vuelos á los hombres malvados é imprudentes; y que los realistas eran incorregibles, pues el primer consul los habia colmado de beneficios, y no sabian ser agradecidos ni resignarse, habiendo sido menester, para acabar de una vez con sus intrigas, hacerles temblar. Esto es lo que se repetia en las tertulias á que concurrían los gefes del ejército, los empleados civiles, los magistrados y los individuos del Senado, del Tribunalado y el Cuerpo legislativo; y casi lo mismo decian así que empezó á debilitarse la impresion que causó la muerte del duque de Enghien, los hombres pacíficos y desinteresados, quienes pedian los dejasen al fin descansar al abrigo del brazo poderoso que entonces regia los destinos del pueblo francés.

De semejante conflicto brotó instantáneamente una idea que se propagó con la rapidez del rayo. Los realistas consideraban al primer consul como el único obstáculo que se oponia á la realizacion de sus proyectos, y trataron de asesinarle esperanzados de que pereciendo él pereceria tambien el gobierno. Para evitar esto y defraudar sus criminales esperanzas, concibióse la idea de hacer rey ó emperador al hombre á quien querian destruir, á fin de que gozando del derecho hereditario, tuviera sucesores naturales é inmediatos, con lo cual seria inútil ó á lo menos no intentarían tanto cometer el crimen de deshacerse de su persona. Esto dá á conocer la rapidez con que varió en unos cuantos años la opinion acerca del sistema de gobierno; como que de cinco directores que debian mandar durante cinco años, se pasó á la idea de nombrar tres cónsules cada diez años,



luego les ocurrió la de que hubiese tres cónsules también, debiendo serlo de hecho uno tan solo, para lo cual ejercería el poder por toda la vida. Una vez puesto el pie en semejante camino, no podían detenerse hasta que no hubieran dado el último paso, es decir, hasta que no hubiesen vuelto al poder hereditario, bastando para conseguirlo cualquier sacudimiento, sacudimiento que promovieron los realistas con querer asesinar al primer cónsul. Así es como dieron un espectáculo muy común, pues la mayor parte de las veces los enemigos de un gobierno son los que con sus imprudentes ataques hacen que progrese con mas rapidez. Al instante y casi espontáneamente convirtieron en preconizadores de las ideas de monarquía y derecho hereditario el Cuerpo legislativo y el Tribunado, oyéndose decir lo mismo no solo en Paris sino en las cabezas de distritos donde estaban reunidos los colegios electorales, y en los campamentos esparcidos por las costas. Semejante impulso en la opinion era natural, yendo á aumentarlo las manifestaciones de varias juntas que querían congraciarse con el poder; los prefectos que procuraban dar á conocer su celo, y los generales que deseaban fijase en ellos sus miradas el hombre omnipotente que gobernaba á Francia, conociendo todos harto bien que proponer el restablecimiento de la monarquía era adivinar el pensamiento oculto del primer cónsul, y que de seguro no se ofendería, si por casualidad se anticipaban al momento que él habia fijado para satisfacer su ambicion.

Sin que nadie lo dictase, uno mismo fué el lenguaje que se empleó en todas partes, oyéndose

decir á todo el mundo que era preciso poner término á las dudas y á los escrúpulos, yendo á parar á la única institucion que podia ser estable, es decir, á la monarquía hereditaria, pues mientras los realistas tuviesen esperanza de destruir de un solo golpe al gobierno y la revolucion, renovarían sus infamias, y tal vez acabarían por lograr su intento; que no las repetirían, ó no tendrían tanto interés en ello cuando viesan al lado del primer cónsul, hijos ó hermanos prontos á sucederle, y que el nuevo gobierno tenia, ni mas ni menos que el antiguo, la propiedad de sobrevivir á sí mismo; que colocar una corona en aquellas sienas preciosas y sagradas en que descansaban los destinos de Francia, era colocar un broquel que las protegiese de los golpes de los asesinos; que protegiéndolas se protegería también todos los intereses creados por la revolucion, y se libraba de una reaccion sanguinaria á los hombres comprometidos por sus estravíos; y por último, que de este modo conservarían los compradores de bienes nacionales sus propiedades, los militares sus grados, todos los que dependían del gobierno, sus puestos, y Francia el régimen de igualdad, justicia y grandeza que habia conquistado. Además, todo el mundo añadia volvían á reinar las ideas razonables, y que costaba trabajo comprender cómo habian podido, llevados de los principios proclamados por teóricos cuyo juicio no estaba muy sano, convertir á Francia en una república como las de Esparta y Atenas; todo el mundo conocia que con destruir la monarquía por la república, se habia ido mas allá de lo que en un principio se propuso la revolucion de 1789, la cual no queria



otra cosa que la reforma de los abusos existentes; la abolición del régimen feudal, y no la destrucción de la autoridad real, sino su modificación; que si cuando en 1802 se decretó la institución del consulado vitalicio, se contuvieron los legisladores franceses por un rubor fingido; ya que habia pasado semejante rubor, ya que los crímenes cometidos por los realistas habian acabado de abrir los ojos á todos, era preciso tomar un partido y constituir el gobierno de un modo completo y definitivo; y en fin, que haciéndolo así, no se hacia otra cosa que establecer de derecho, lo que ya lo estaba de hecho, puesto que el general Bonaparte era rey en la realidad, pero rey absoluto, mientras que concediéndole el trono bajo su verdadera forma, podía ponerse límites á la autoridad real, dando á un mismo tiempo duración al gobierno y garantías á la libertad.

Este era el lenguaje que todos usaban algunos dias despues de las escenas dolorosas que hemos referido mas arriba. Qué espectáculo no presenta á los ojos de los hombres ilustrados, una nacion que despues de haber ensayado la república, pero una república sangrienta, en tiempo de la Convencion, y la moderada pero inerte, cuando el Directorio, disgustada de pronto de aquel gobierno colectivo y civil, pedia á voz en grito, que la gobernase la mano de un militar; se mostraba tan impaciente por tener uno que iba á dar el poder al desgraciado Joubert en ausencia del general Bonaparte, salía al encuentro de éste así que regresó de Egipto, le suplicaba aceptase un mando de que él deseaba apoderarse con mas que sobrada impaciencia, le nombraba consul por

diez años, luego consul perpetuo, y al fin monarca hereditario, con tal que aquel guerrero le libertase con su robusto brazo de la anarquía, cuyo horrible espectro siempre tenia delante. ¡Y qué lección no fué aquella para los sectarios que en el delirio, hijo de su orgullo, creyeron podrian convertir á Francia en una república, porque el tiempo la habia hecho democrata! ¿Y qué se necesitó para semejante cambio en las ideas? Cuatro años únicamente, y una conspiracion que abortó contra el hombre extraordinario á quien unos estimaban, otros aborrecian, y todos le miraban con ojos apasionados. ¡Y es tanto mas de admirar la profundidad que encierra esta lección, cuanto que si el hombre de quien nos ocupamos acababa de ser blanco de una tentativa criminal, tambien acababa de cometer un acto sanguinario, y en aquel mismo momento no temieron alzarle sobre el paves por lo necesario que era! Es decir, que lo recibian no menos glorioso, pero no tan puro como antes; le recibian con el genio de que se hallaba dotado, pero le hubieran recibido aun sin tener ese genio, le hubieran recibido fuese lo que fuese, con tal que fuera poderoso: tal era el deseo que habia de quemandase la fuerza al dia siguiente, digámoslo así, de haberse entregado á desórdenes de tanta gravedad como presencié aterrado el pais! Bien es verdad que en rededor nuestro, y en nuestros mismos dias, hemos visto á ciertas naciones echarse en brazos de soldados de muy poco mérito, porque cuando no otra cosa, eran fuertes en la apariencia.

En Roma, que ya era república desde antiguo, fué menester, para que los romanos se acostum-



brasen á la idea de un poder monárquico y hereditario, que se sintiera por espacio de mucho tiempo la necesidad de que hubiese un gefe único y el inconveniente que resultaba de que el poder fuera electivo, habiendo sido preciso tambien para ello que pasáran muchas generaciones, como César en un principio, luego Augusto despues de César, y aun Tiberio despues de Augusto, pero en Francia no se necesitaban tantas precauciones, porque hacia doce siglos que estaba acostumbrada á tener monarquía, y la república solo habia durado diez años, bastando una casualidad cualquiera para que los hombres dotados de un espíritu generoso, pero extraviados, volvieran de su sueño, entregándose á los recuerdos que abrigaba la nación entera.

En todo país desgarrado por facciones, y amenazado por enemigos exteriores, la necesidad de tener un gobierno que le defienda, dará el triunfo á un personage poderoso que sea guerrero como César en Roma, y rico como los Médicis en Florencia. Como ese país haya estado constituido por mucho tiempo en república, serán menester muchas generaciones para acostumbrarle á la monarquía, pero como haya tenido siempre un gobierno monárquico, habiéndole sacado las facciones por un instante de su estado natural, para convertirlo en una república efimera, bastarán algunos años de turbación y desórdenes, para que mire con horror la anarquía, mucho menos aun para que encuentre un soldado capáz de acabar con ella, y la voluntad de ese soldado, ó una puñalada de sus enemigos para que sea rey ó emperador, haciendo entrar de nuevo al país en sus primitivas costum-

bres, y disipando los sueños de los que creen que la naturaleza humana se varía con vanos decretos, y con juramentos mucho mas vanos aun. Asi es como se concibe que Roma y Florencia, que habian sido repúblicas por espacio de mucho tiempo, se entregaron, una en brazos de los Césares, y otra de los Médicis, al cabo de mas de medio siglo, mientras que Inglaterra y Francia, cuyas repúblicas solo llevaban de duracion diez años, fueron á parar al cabo de tres ó cuatro á Cromwell y Napoleon.

De este modo, dando la revolucion una vuelta tan rápida, debia ir confesando uno tras otro sus errores, y desmentirse á sí misma con tanta publicidad. Distingamos sin embargo: mientras quiso fuese abolido el régimen feudal, que los franceses fueran iguales ante la ley, que la justicia, los destinos y los impuestos alcanzasen á todos, y que la nación interviniese por medios regulares en la gobernacion del estado, como no se engañaba, ni tenia que darse ningun mentis, ni se lo dió; pero cuando quiso, por el contrario, que reinase una igualdad tan barbara como quimérica, desapareciese toda gerarquía social, interviniese en los asuntos de gobierno la multitud de un modo tumultuoso, hubiera república en una nación que llevaba doce siglos de monarquía, y quedáran abolidos todos los cultos, fué criminal é insensata y estaba condenada á confesar sus extravíos á la faz del universo entero. ¿Mas qué importan unos cuantos errores pasajeros, habiendo de por medio verdades eternas que ha legado al género humano á costa de su sangre, y cuando esos mismos errores contienen lecciones útiles é importantes, da-



das al mundo con una grandeza que no admite comparacion? No obstante, si es verdad que volviendo á pensar en la monarquía, acataba Francia las leyes inmutables de la sociedad humana, tambien lo es que caminaba muy de prisa, harto de prisa quizá, como sucede en todas las revoluciones, pues así como bastó á Cromwell una dictadura con el título de Protector, la dictadura bajo la forma de consulado perpétuo, con un poder tan grande como su genio y vitalicio, debió haber bastado al general Bonaparte para realizar el bien que meditaba, reconstruir aquella antigua y destruida sociedad, y trasmitirla despues que la hubiese organizado, ó á sus herederos, caso de que los tuviese, ó á los que, mas felices que él, estuviesen destinados á aprovecharse algun dia de lo que llevó á cabo. Efectivamente, estaba escrito en el libro de la Providencia, que al proseguir la revolucion la vuelta que debía dar, iria mas allá del restablecimiento de la forma monárquica, puesto que hasta se restableció la antigua dinastía; y segun nuestro modo de ver las cosas, la dictadura bajo la forma de consulado perpétuo era suficiente para que el general Bonaparte desempeñase su noble tarea, al paso que con hacerle monarca hereditario iba á ensayarse una cosa que no era, ni lo mejor para su grandeza moral, ni lo mas seguro para labrar la de Francia. Y no porque los que querian hacer de un soldado un rey ó un emperador no tuviesen derecho para ello, pues la nación podía dar á quien se le antojase, y á un soldado sublime mas que á otro alguno, el cetro de Carlomagno y Luis XIV, sino porque ese soldado, solo con la cualidad de primer magistrado de la repú-

blica francesa, no tenia igual en la tierra, incluso los tronos colocados á mayor altura, y convirtiéndose en monarca hereditario iba á establecerse una comparacion entre él y los reyes, fuesen altos ó bajos, pasando por inferior á ellos bajo el punto de vista de la sangre: aunque solo fuera á los ojos de los hombres llenos de preocupaciones, debía ser menos que aquellos en cierto modo, y aunque le admitieran á su trato, aunque le adularan porque le temian, mirarianle en secreto con desden los mas ruines. Empero hay una cosa de mayor gravedad que se oponia á que saliese de la esfera á que habia llegado: una vez hecho rey ó emperador, ¿qué no intentaria para ser mas que los reyes, para convertirse en gefe de una dinastía de monarcas cuyo origen fuese su trono recientemente alzado! ¡cuántas empresas gigantes no acometeria, empresas en que quizá sucumbiria Francia! ¿Qué estímulo no seria aquel para una ambición sobrada escitada ya, y que solo podia perecer por sus propios excesos!

De consiguiente, si, á nuestro parecer, la introduccion del consulado perpétuo fué una cosa tan prudente como politica, el complemento indispensable de una dictadura que se habia hecho necesaria, y el restablecimiento de la monarquía en favor de Napoleon Bonaparte, era, no una usurpacion (palabra que tomamos del lenguaje que empleaban los emigrados) sino un acto de vanidad en el que se prestaba á ello con sobrado ardor, y de imprudente codicia en los hombres recientemente convertidos que tenian ansia por *decorar* aquel reinado de un momento. Sin embargo, si únicamente se trató de dar una leccion á



los hombres, convenimos en que fué mas instructiva, mas profunda, mas digna que las que la Providencia dá á las naciones, dada por aquel soldado heróico y unos republicanos convertidos á la monarquía hacia muy poco, y para quienes se hacia tarde vestirse de púrpura sobre los restos de una republica de diez años á que prestaron mil juramentos. Por desgracia, Francia, que pagó con su sangre su delirio republicano, estaba espuesta á pagar con su grandeza su improvisado celo monarquico, pues si no hubiese habido reyes franceses en Westfalia, Nápoles, y España, no hubiera perdido Francia como perdió el Rhin y los Alpes: es verdad que en todo y por todo estaba destinada á servir de leccion al universo, lo cual es una gran desgracia para una nacion, pero tambien le resulta de ello una gloria inmensa.

Como cuando se verifica un cambio se necesitan hombres, que se encarguen de realizar las ideas que germinan en todas las cabezas, es decir instrumentos, hallose uno perfectamente adecuado para promover la revolucion que se preparaba. Este hombre no era otro que Mr. Fouché, quien por un resto de sinceridad, habia criticado hasta entonces la rapidéz con que iba verificándose la reaccion, y aun habia obtenido favores de la señora de Bonaparte, participando de los temores que la misma abrigaba; pero por este mismo motivo cayó en desgracia para con su ambicioso marido. Semejante ingrato papel de desaprobar en secreto lo que el primer consul intentaba, costó á Mr. Fouché un ministerio, de suerte que no quiso seguir haciendolo por mas tiempo, y abrazó

el partido contrario, dirigiendo espontáneamente á la policia en el descubrimiento de la última conspiracion, lo cual le valió el ser respuesto en su destino. Viendo despues lo exasperado que estaba el primer consul contra los realistas, halagó su furor, induciéndole á que inmolasen al duque de Eughien, y si penetró en el alma de algun hombre de aquella época el pensamiento que muchos han atribuido al primer consul de querer celebrar un pacto sangriento con los revolucionarios, obteniendo la corona en premio de un hecho atroz, seguramente fué en la de Mr. Fouché, quien no solo aprobó la muerte del duque de Eughien, sino que fué el mayor partidario del derecho de sucesion, aventajando en celo monárquico á M.M. de Talleyrand, Roederer y Fontanes.

El primer consul no tenia necesidad de que le animasen para aspirar al trono, pues deseaba ascender al rango supremo, y no por que este fuese su constante pensamiento desde sus campañas de Italia, ni aun desde el 18 de brumario, como han supuesto vulgares historiadores, por que no concibió á la vez todos los deseos, habiendo crecido al contrario su ambicion por grados, ni mas ni menos que su fortuna. Cuando se vió al frente de los ejércitos, conoció que podia subir mas en la esfera de la gobernacion, y aspiró á mandar la República; colocado á tal altura, columbró mas alto aun el consulado perpétuo, y tambien aspiró á él, y así que lo logró, como viesse desde su elevacion que el trono no estaba lejos, quiso ser rey. De este modo camina siempre la ambicion humana, sin que esto sea un crimen, pero los hombres previsores veian no poco riesgo en esa ambicion



escitada sin cesar y sin cesar satisfecha, pues con satisfacerla no se hacia otra cosa si no escitarla mas y mas.

Todo el hombre dotado de genio, por muy atrevido que sea, duda sino tiembla, en el momento de ir á apoderarse de un poder que no le pertenece naturalmente; en semejante situacion un pudor involuntario asalta al mas ambicioso y no se atreve á confesar sus deseos abiertamente aquel que los abriga. El primer consul daba muy poca cuenta á sus hermanos de los negocios de estado, pero siempre que se trataba de su grandeza personal, les abria su corazon, hallando en ellos confidentes tanto mas seguros quanto que ardian en deseos de ser principes, á lo cual se debió que mirasen con despecho y como una tentativa frustrada el establecimiento del consulado vitalicio. En la época de que se trata iba á dejar á Paris José, y Luciano estaba ausente, pues por una nueva inconsecuencia de su modo de obrar, se habia casado con una viuda bella pero muy poco adecuada á la posición que ocupaba la familia de Bonaparte, de resultas de lo cual se indispuso con el primer consul, y se retiró á Roma, donde pasaba por desterrado, buscando en las artes el desquite de la ingratitud de su hermano. Laetitia Bonaparte, que se cubria con la capa de la modestia, y hacia gala de no haber olvidado que nació pobre, ocultaba algunas de las pasiones de una emperatriz madre, y continuamente se estaba quejando, aunque sin motivo, á Napoleon, mostrando por su hijo Luciano una preferencia tan marcada que le siguió á Roma. Viendo esto el primer consul, siempre cariñoso para con sus parien-

tes, aun cuando tuviese razones para censurar su conducta, recomendó su madre y hermano á Pio VII, diciéndole que su hermano iba á Roma por que era muy aficionado á las artes, y su madre en busca de un clima benigno, recomendacion que acogió perfectamente el santo padre, dispensando á sus ilustres huéspedes las mayores atenciones.

Tambien estaba disgustado José, y á no ser por que la historia se ha tomado el trabajo de contárnoslo, no podriamos figurarnos el motivo de su disgusto; como que se picó porque el primer consul quiso nombrarle presidente del Senado, y cuando Mr. Cambaceres fué á ofrecerle de parte del primer consul el espresado cargo se negó á admitirlo con un tono que revelaba lo resentida que se hallaba su dignidad. Su hermano, á quien no le gustaba la gente ociosa, le dijo que si aspiraba á la grandeza, fuese á buscarla á donde él la habia encontrado, esto es, en el ejército; y nombrado José coronel del cuarto regimiento de línea, iba á partir para Boloña en el momento en que se ventilaba la gran cuestion del restablecimiento de la monarquía, por manera que al primer consul le faltaban dos de los confidentes con quienes departia con gusto acerca de los asuntos concernientes á su propia grandeza. Mr. Cambaceres á quien solia participar casi todo, tuviese ó no relacion con su persona, le evitó, cuando se trató de que el consulado fuese vitalicio, el apuro de tener que confesar lo que deseaba, tomando la iniciativa y haciéndose instrumento de lo que todos aprobaban. Pero en la época de que vamos hablando Mr. Cambaceres callaba por dos



razones, una buena y otra mala. La buena consistía en que gracias á su extraordinaria prevision, tenia los arrebatos de una ambicion sin limites, pues como hubiese oido hablar del imperio de las Galias, del imperio de Carlo-Magno, temblaba no fuera á sacrificarse á empresas gigantescas la grandeza estable del tratado de Luneville, de resultados de la elevacion del general Bonaparte al trono imperial. La otra razon, no tan buena como la anterior, era de interés propio, pues iba á mediar entre él y el primer consul toda la altura del trono, y á convertirse de comparticipante que entonces era de la soberanía, por muy pequeña que fuese la parte que en ella tenia, en simple súbdito del futuro monarca, por lo cual no ayudaba como otras veces con su influencia al jefe del gabinete. En cuanto al tercer consul Mr. Lebrun, aunque podia contar con él para todo, como no se mezclaba mas que en el gobierno interior de los pueblos, no le era dado utilizar sus servicios.

Mr. Fouché llevado de su celo convirtiéndose espontáneamente en agente del cambio que se preparaba, y acercándose al primer consul, cuyos secretos deseos habia adivinado, le hizo presente lo necesario que era tomar un partido pronto y decisivo, y la urgencia que habia de poner término á la ansiedad de Francia, colocando la corona en sus sienas y consolidando definitivamente la situacion creada por la revolucion; le mostró todas las clases de la nacion animadas por un mismo sentimiento é impacientes por proclamarle emperador de la Galia, ó emperador de los franceses, segun conviniera á su política ó fuese de

su agrado; volvió varias veces á la carga, formando empeño por darle á conocer las ventajas que debian resultar, de aprovechar un momento en que alarmada Francia por el riesgo que habia corrido la vida del primer consul, se hallaba dispuesta á conceder todo lo que la pidieren; y por último, casi pasó de las exhortaciones á la crítica, reprendiendo al general Bonaparte por lo indeciso que se mostraba. Desde el suceso de Vincennes vivia el general en la Malmaison, y allí iba sin cesar Mr. Fouché, y cuando no podia avistarse con el primer consul porque hubiese salido á paseo ó á otra parte, pegaba con Mr. de Meneval, su secretario interino, y le demostraba estensamente las ventajas de la monarquía hereditaria, y no solo de la monarquía, sino de la aristocracia, como apoyo y ornamento del trono, añadiendo que si el primer consul queria restablecerla, él estaba pronto á defender lo acertado de aquella nueva creacion y aun si era preciso á hacerse noble.

Tal era el celo que desplegaba aquel antiguo republicano, convencido completamente de los errores que cometiera: su actividad é inquietud escitadas entonces mas que de costumbre, hacian que se moviese mas de lo necesario; de suerte que se agitaba como esos hombres que quieren se les conceda el mérito de haber impulsado lo que marcha por si solo.

Efectivamente, pocos eran los que no se hallaban dispuestos á secundar los deseos del primer consul, pues viendo Francia que el tiempo habia ido preparando un soberano, que por lo demás la colmaba de gloria y de beneficios, no que-



ria negarle el título que mas grato fuese á su ambicion; y los cuerpos del estado, asi como los gefes del ejército que sabian cuán imposible era hacer resistencia, y que habian visto en la ruina de Moreau el riesgo de una oposicion intempestiva, salian al encuentro del moderno César para distinguirse por su celo y aprovecharse de una elevacion que ya no era tiempo de impedir. Esto demuestra que los hombres se hallan dispuestos por lo regular á explotar la ambicion que no pueden combatir con buen éxito, y á consolarse de la envidia saciando su codicia. Solo habia un apuro, el de resucitar palabras que ellos mismos habian condenado, y repudiar otras que habian adoptado con entusiasmo; pero esto era fácil teniendo la precaucion de elegir el título que debia conferirse al futuro monarca, esto es, dándole el nombre de emperador y no de rey, con lo cual desaparecia en parte la dificultad; además de que para sacar á la generacion presente de semejante apuro, nadie mejor que un antiguo jacobino como Mr. Fouché, quien debia dar ejemplo á todos, tanto al soberano como á los súbditos, pronunciando antes que nadie las palabras que otros no se atrevian á soltar.

Todo esto lo arregló Mr. Fouché en union con algunos empleados del Senado, y el primer consul lo aprobó fingiendo que en nada se mezclaba; pero como todos temiesen tomar la iniciativa en los periódicos franceses porque dependiendo como dependian absolutamente de la policia, su opinion hubiese pasado como impuesta por ella, echóse mano de los agentes secretos que el gobierno francés tenia en Inglaterra. Gracias á

ellos, se dijo en ciertos periódicos ingleses que desde la última conspiracion se mostraba el general Bonaparte inquieto, taciturno y amenazador; que en París reinaba la mayor ansiedad; que esto era la consecuencia natural de una forma de gobierno en que toda la máquina descansaba en solo un hombre, y que por lo mismo las personas pacíficas deseaban se estableciese en favor de la familia de Bonaparte el derecho hereditario, con lo cual se daría al órden actual de cosas la estabilidad que le faltaba. De este modo la prensa inglesa, que por lo regular se ocupaba en difamar al primer consul, sirvió aquella vez de vehiculo á su ambicion, pues reproducidos y comentados aquellos artículos en Francia, causaron gran sensacion, dando la señal que se esperaba. Habia reunidos en aquella época muchos colegios electorales en el Yonne, el Var, los Pirineos altos, el Norte y la Roer, siendo fácil conseguir dirigieran esposiciones en favor de la monarquia, y asi se hizo, escitando tambien para lo mismo á los consejos municipales de las poblaciones importantes, como por ejemplo Leon, Marsella, Burdeos y París. El mismo impulso se dió á los campamentos situados á lo largo del Océano, siendo allí mayor que en ninguna parte la fermentacion, pues la clase militar era por lo general la mas adicta al primer consul, exceptuando á cierto número de oficiales y de generales, republicanos sinceros unos, y animados otros de la antigua rivalidad que tenia desunidos á los soldados del Rhin y de Italia, la mayor parte de los gefes del ejército conocian que si elevaban al trono de Francia á un guerrero, podian ellos ascen-



der tambien, de suerte que se hallaban dispuestos á tomar la iniciativa y á proclamar por sí u emperador, como tantas veces sucedió en el imperio romano. Así es que el general Soult escribió al primer consul que habia oido á generales y coroneles y todos pedian se estableciese una nueva forma de gobierno, estando prontos á dar al primer consul el titulo de emperador de las Galias, esperando unicamente que les dijese lo que debian hacer. Al mismo tiempo circulaban peticiones por el mismo estilo en las divisiones de dragonés que estaban acampadas en Compiègne, y se iban llenando de firmas, debiendo llegar á París de un momento á otro.

El domingo 4 de germinal (25 de marzo), algunos dias despues de la muerte del duque de Enghien, recibió el primer consul varias exposiciones de colegios electorales, presentándole una de ellas un amigo suyo, el almirante Ganteaume, presidente que era del colegio del Var. En dicha exposicion se decia en términos formales que no bastaba *prender, echar mano y castigar* á los conspiradores, sino que era preciso asegurar el reposo de Francia, y poner término á la ansiedad que en ella reinaba, estableciendo un sistema de instituciones que consolidase y perpetuase el poder en el primer consul y su familia. Otras exposiciones se leyeron en la misma audiencia; pero nada es comparable á la manifestacion que despues tuvo lugar. Nombrado presidente del Cuerpo legislativo, Mr. de Fontanes, quien obtuvo aquel cargo porque contaba con el favor de la familia de Bonaparte, á pesar de que era digno de desempeñarlo por solo su talento, debia cumplimentar al

primer consul con motivo de haberse acabado una obra inmortal, á saber el código civil. Este código, fruto de tanto saber, monumento de la firme voluntad y el talento universal del gefe de la República, se habia concluido en aquella legislatura, y agradecido el Cuerpo legislativo resolvió consagrarle un recuerdo, colocando en la sala donde celebraba sus sesiones el busto del primer consul hecho de mármol. Esto es lo que iba á anunciar Mr. de Fontanes, y seguramente que entre todos los títulos que adornaban al hombre á quien querian cubrir de gloria, no habia ninguno que pudiera recordarse con mas oportunidad en el momento en que iban á hacerle soberano hereditario de un país que habia organizado gracias al genio de que el cielo le dotó. Admitido, pues, Mr. de Fontanes á presencia del gefe del gabinete, se espresó de esta manera:

CIUDADANO PRIMER CONSUL.

«Hace cuatro años que vive tranquilo á la sombra de vuestro poderoso gobierno un imperio inmenso, y gracias á la bien entendida uniformidad que habeis introducido en las leyes, van á estrecharse mas y mas los vínculos que ya unen á todos los ciudadanos. El Cuerpo legislativo no podia pasar sin consagrar una época tan memorable, y así ha decretado se coloque vuestra imagen en la sala donde celebra sus sesiones, para que le recuerde eternamente los beneficios que os debe, y las obligaciones que para con vos tiene contraidas el pueblo francés que ha puesto en vos toda su esperanza. Siempre ha callado cual-



quier otro derecho ante el que da el ser á un mismo tiempo conquistador y legislador, confirmando en vuestra persona el voto nacional, de suerte que no es de temer haya quien abrigue el criminal designio de oponer la voluntad de Francia á lo que ya ha sancionado. ¿Iria á desunirse por recuerdos que ya pasaron, cuando está unida por todos los intereses presentes? No, porque solo tiene un gefe que la gobierne, y ese gefe sois vos, porque solo tiene un enemigo, y ese enemigo es Inglaterra.

Podran las tempestades politicas haber arrojado aun á los mas sabios en senderos por donde no creian tener que caminar; pero asi que vuestra mano enarboló el estandarte de la patria, todos los buenos franceses se agruparon en derredor suyo, siendo contados los que conspiran desde tierra enemiga, renunciando irrevocablemente á la tierra natal. Empero ¿qué es lo que pueden oponer al ascendiente de que estais rodeado? Vos teneis ejércitos invictos que os defiendan, y ellos libelos y asesinos; y mientras que al pié de los altares que vos habeis levantado se hacen votos por la conservacion de vuestra vida, ellos se ocupan en ultrajarlos por medio de algunos órganos oscuros de la rebelion y las ideas supersticiosas, probando lo impotentes que son con todos sus complots, y que es una locura querer luchar contra lo dispuesto por la suerte, pues solo se logra fijarla mas y mas. ¡Ojalá sigan como los demás el impulso irresistible que arrastra tras sí al universo, y mediten en silencio sobre las causas que labran la ruina de los imperios ó los levantan á gran altura!»

Semejante abjuracion de los Borbones hecha delante del hombre designado para ser monarca, de un modo tan solemne, por muy indirecta que fuese, era sumamente significativa; pero sin embargo, el gobierno no quiso dar publicidad á aquellas manifestaciones hasta que el Senado, que era el cuerpo del estado mas elevado, y debia tomar la iniciativa con arreglo á lo dispuesto en la constitucion, no diera el primer paso.

A fin de conseguir esto, era necesario entenderse con Mr. Cambaceres, que dirigia el Senado, y para ello era preciso tener una esplicacion con él, y tratar de asegurar su cooperacion, no porque fuese de temer hiciera alguna resistencia, sino porque su desaprobacion aunque solo la manifestase con su silencio, era un verdadero contratiempo en una circunstancia en que tanto importaba hacer creer que el entusiasmo era general.

En consecuencia el primer consul mandó llamar á la Malmaison á M. M. Lebrun y Cambaceres, pero como podia persuadir con mas facilidad al primero porque era partidario decidido de la monarquía, le llamó antes que á su compañero, no necesitando hacer ningun esfuerzo para conseguir su aprobacion. Mr. Cambaceres, que no estaba contento con lo que se preparaba, llegó cuando ya se hallaba muy adelantada la conferencia, y el primer consul despues de hablarle de la disposicion que se advertia en los ánimos, como si él nada tuviese que ver en ello, le preguntó qué opinaba acerca del restablecimiento de la monarquía.

—No me engañé, le respondió Mr. Cambaceres, en creer que de lo que se trataba era de esto;



veo que tal es el objeto que todos se proponen alcanzar, y lo siento.—Entonces, disimulando aunque mal el disgusto que le causaba el proyecto en cuestion por motivos personales y por razones de prudencia, manifestó al primer consul las razones en que fundaba su opinion. Le dijo, pues, que los republicanos estaban descontentos porque ni siquiera querian dejarles el nombre de la quimera en que habian soñado, y los realistas indignados al ver habia quien tenia el atrevimiento de levantar el trono para no sentar en él á un Borbon; mostró el riesgo que podía resultar de querer retrogradar tanto que con solo poner una persona en lugar de otra quedaria restablecida la antigua monarquia; refirió lo que decian los realistas, quienes se jactaban de tener en el general Bonaparte un precursor encargado en ir preparando la vuelta de los Borbones; alegó el inconveniente que llevaba consigo un nuevo cambio, sin que sirviese para otra cosa que para dar un vano titulo, porque el poder del primer consul no tenia limites, y soltó la observacion de que muchas veces es mas arriesgado variar los nombres que las cosas; manifestó lo difícil que era conseguir que Europa reconociese la monarquia que querian fundar, y sobre todo que Francia hiciese el esfuerzo de sostener por tercera vez la guerra, caso de que fuese preciso recurrir á este medio para arrancar el reconocimiento á las cortes europeas fundadas desde antiguo; y empleó, por último, muchas razones, escelentes unas, y medianas otras, para robustecer su opinion, todo con un tono de mal humor, extraño en un personage tan mesurado. Sin embargo, no se atrevió á alegar otras mejo-

res que conocia perfectamente; á saber, que el contentar una ambicion tan grande era lo mismo que darle rienda suelta, pues si concedian al general Bonaparte el titulo de emperador de los franceses, le predisponian á que desease el de emperador de Occidente, al cual aspiró despues aunque en secreto, causa poderosísima, entre otras, que le indujo á querer traspasar todos los limites. Como sucede á todos los hombres que se hallan incomodados, Mr. Cambaceres no dijo lo mejor que tenia que decir, y quedó derrotado, pues el primer consul que tan reservado se mostró cuando se trató de establecer el consulado perpétuo, dió el paso que otros no querian dar, confesando francamente á su compañero Cambaceres que pensaba ceñirse la corona, y declarando por qué. Para ello sostuvo que Francia queria un rey, lo cual era evidente para todo el que supiera observar el espíritu público; que de dia en dia iba abandonando las locuras á que se entregó por un instante, y que entre todas ellas no habia una tan insigne como la de República; que Francia estaba tan desengañada, que llamaria á un Borbon si no la daban un Bonaparte; que la vuelta de los Borbones seria una calamidad, porque equivaldria á una contra-revolucion, y que lo que es él, sin que esto fuese desear adquirir mas poderio, se dejaba llevar en aquella ocasion de una necesidad que todos sentian, y del interés que le inspiraba la causa de la revolución; y que por lo demás era muy importante tomar un partido, pues tal era la situacion de los ánimos en el ejército, que tal vez le proclamarían emperador en los campamentos, siendo preciso evitarlo, porque de



otro modo tendria su elevacion al trono visos de una escena pretoriana.

Estas razones hicieron muy poca mella en Mr. de Cambaceres, porque no tenia muchos deseos de salir convencido, y cada cual se quedo en sus trece, sintiendo haber avanzado demasiado.

Semejante resistencia de parte de Mr. Cambaceres puso obstáculos por el pronto al proyecto del primer consul, quien viendo esto fingió menos impaciencia que la que realmente tenia, y dijo a sus dos compañeros que no se mezclaria en nada, dejando por el contrario, entregado a si mismo el movimiento que se notaba en los animos. A poco se separaron, descontentos unos y otros, y Mr. Cambaceres regresó á Paris á media noche en compañía de Mr. Lebrun, á quien dirigió estas palabras:—No hay remedio, la monarquía se restablece; pero tengo presentimientos de que no durará mucho el edificio que tratan de levantar. Hasta ahora hemos estado en guerra con la Europa, por querer darla repúblicas hijas de la nuestra; pero de hoy mas pelearemos por querer darla monarcas hijos ó hermanos del nuestro, y cansada Francia de semejantes locuras, acabará por sucumbir.

La desaprobacion de Mr. Cambaceres era la mas inofensiva de las resistencias que podian hacer, de suerte que Mr. Fouché y sus auxiliares continuaron obrando á su antojo, presentándoseles para ello una ocasion escelente. Siendo como era, costumbre dar cuenta al Senado de todos los sucesos importantes que ocurrian en el estado, leyóse en dicho cuerpo un informe del juez supremo

acerca de las intrigas de los agentes ingleses Drake, Spencer Smith y Taylor, y como era preciso contestar á la comunicacion del gobierno, nombró el Senado una comision para que propusiese lo que debia contestarse. Viendo los encargados en trabajar por el restablecimiento de la monarquía, lo favorable que era para sus intentos aquella circunstancia, trataron de persuadir á los senadores habia llegado el tiempo de tomar la iniciativa, diciéndoles que el primer consul se hallaba indeciso, pero que era necesario destruir su indecision, poniendo en su conocimiento las lagunas que habia en las instituciones, é indicándole de qué modo podria llenarlas. Para convencerlos mas y mas, les recordaron el disgusto á que se espuso dos años antes el Senado con querer quedarse atrás, cuando otros se anticiparon á los deseos del general Bonaparte, y para que no les ganasen por la mano, alegaron una razon muy espiciosa, que fué decir que exaltado el ejército hasta lo sumo en favor de su gefe, estaba dispuesto á proclamarle emperador, haciendo lo que los pretorios en Roma, escándalo que era preciso evitar en Francia á toda costa. Tambien manifestaron que hacer lo que ellos querian era imitar el ejemplo del senado romano, cuyo cuerpo se apresuró mas de una vez á proclamar á ciertos emperadores, para no recibirlos de manos de las legiones; y como si esto no fuese bastante, espusieron otra razon que no tenian necesidad de esponer, cual era la de que faltaba por repartir gran parte de las senadurías creadas cuando el consulado perpétuo, las cuales proporcionaban á cada senador una dotacion territorial, además del sueldo que



ya tenían. Esto sin contar los nuevos empleos que habia que repartir, siendo necesario por lo mismo ya que no podian oponerse á la elevacion del nuevo soberano, no esponerse tampoco á disgustarle. Debemos añadir sin embargo que habia razones no tan mezquinas como las anteriores, para que los senadores opinasen en favor de la monarquía, pues esceptuando una oposicion muy reducida que creó Mr. Sieves, pero con la cual se indispuo porque todo le disgustaba, y que abandonó á gefes que no valian tanto como él, la generalidad de los senadores veian en la monarquía el puerto de salvacion á que debia ir á acogerse la revolucion.

Estas razones de indole tan diversa, convencieron á la mayoría del Senado, la cual decidió contestar al mensaje del primer consul de un modo significativo. He aquí el sentido de la contestacion que dieron.

Las instituciones que rigen en Francia son incompletas bajo dos aspectos; el primero, porque no hay tribunal que conozca del crimen de lesanación, y es preciso someterlo á una jurisdiccion insuficiente y débil: (todo el mundo pensaba entonces de este modo en vista de lo que estaba sucediendo en el tribunal del Sena, con motivo de la causa formada á Jorge y Moreau); y el segundo, porque el gobierno de Francia descansa en sólo una persona, siendo esto una tentacion continua para los conspiradores, quienes creen que deshaciéndose de esa persona destruirán lo existente. Denunciemos, pues, al primer consul esta doble laguna, para que vea de llenarla, escitándole si es necesario á que tome la iniciativa.

El 6 de germinal (27 de marzo), á los dos dias de haberse presentado al primer consul las comisiones de que hemos hablado mas arriba, se convocó el Senado para que deliberase acerca del proyecto de contestacion, sin haberlo advertido antes el consul Cambaceres, que era el que por lo regular presidia aquel cuerpo, pues así lo dispusieron Mr. Fouché y sus amigos. Segun parece, tampoco lo supo el primer consul, á quien esperaban sorprender agradablemente, no pudiendo decirse lo mismo de Mr. Cambaceres, pues se quedó estupefacto cuando oyó leer el proyecto de la comision. Mostróse, sin embargo, impasible, y nada conocieron los infinitos senadores que tenían fija la vista en él, deseosos de saber hasta qué punto convenia todo aquello al primer consul, de quien le suponian confidente y cómplice. Así que concluyó la lectura, oyóse un ligero murmullo en una parte del Senado; pero á pesar de esto adoptóse el proyecto por una mayoría inmensa, no sin acordar que al dia siguiente se pusiese la contestacion en manos del primer consul.

Apenas salió de la sesion Mr. Cambaceres, resentido por que no le habian avisado, escribió al primer consul, que se hallaba en la Malmaison, una carta bastante fria, participándole cuanto acababa de suceder. El primer consul se trasladó á Paris para recibir al Senado, pero antes quiso tener una esplicacion con sus dos cólegas, mostrándose admirado de la precipitacion con que todo aquello se habia hecho y dando á entender que le habia cogido de sorpresa.—No lo he reflexionado bastante, dijo á Mr. Cambaceres, y necesito consultar, no solo á vos, sino á muchas otras per-



sonas, antes de tomar un partido. De consiguiente voy á responder al Senado que estoy deliberando, mas no quiero recibirle oficialmente, ni publicar su mensage, porque deseo que nada se sepa en la nacion hasta no haber tomado una resolución definitiva.

Convenidos en esto, aquel mismo dia recibió el primer consul al Senado y contestó de palabra á sus individuos que les daba gracias por aquella prueba de adhesion, pero que tenia necesidad de deliberar maduramente acerca del punto sometido á su atencion antes de contestar de un modo público y definitivo.

Aunque el primer consul era testigo y cómplice en todo cuanto hasta entonces se habia hecho, casi vió anticiparse á otros en sus deseos: la impaciencia de sus partidarios escedió á la suya, y no estaba dispuesto á lo mismo que ambicionaba. De consiguiente, no se publicó el acta del Senado, si bien era absolutamente imposible guardar silencio; pero como no se habia dado ningun paso oficial, siempre se estaba á tiempo de retroceder si se encontraba algun obstáculo imprevisto.

Antes de avanzar hasta el punto de no poder retrogradar, queria el primer consul asegurarse del ejército y la Europa, sin embargo de que en el fondo no dudaba ni del uno ni de la otra, pues sabia que el primero le queria bien, y la segunda le tenia miedo. Pero era un sacrificio cruel el que iba á imponer á sus compañeros de armas, quienes habian vertido su sangre en defensa de Francia y no de un hombre, querer que le aceptasen por soberano, y segun el efecto que causó en Europa la muerte del duque de Enghien, era un ac-

to de condescendencia muy singular, no ya pedir á todos los principes legítimos, sino exigir que reconociesen como á igual suyo á un soldado que acababa de empapar sus manos en la sangre de los Borbones. Así es que aun que era de esperar conseguiria una respuesta favorable, gracias á su inmenso poderio, era un acto de prudencia de parte del soldado en cuestion, tratar de asegurarse el general apoyo.

El primer consul escribió, pues, al general Soult y á los demás generales en quienes mas confianza tenia, preguntándoles su modo de pensar acerca del cambio propuesto, y diciéndoles que en cuanto á él no habia tomado partido alguno, porque esperaba enterarse de lo que fuese mejor para el pueblo francés, y queria consultar la opinion de los gefes del ejército antes de decidirse. Es claro que sus compañeros de armas no dudarian en decir que sí abiertamente; pero aquel era un modo de provocar protestas de adhesion que sirviesen de ejemplo, impulsando á los hombres tibios ó pertinaces.

Por lo que hace á Europa, aunque era probable en el fondo que se mostraria condescendiente, esto presentaba sin embargo mas de una duda. Hallándose como se hallaba Francia en guerra con la Gran Bretaña, no habia que pensar en ella para nada, y como tampoco podia dirigirse el gobierno francés á Rusia, porque esto hubiera sido faltar á la dignidad, si se tiene en cuenta la conducta que acababa de observar; solo faltaban España, Austria, Prusia y las potencias de segundo orden. España era harto débil para que fuese á negar cualquier cosa que se la pidiera;



pero la sangre recién vertida de un Borbon exigía se dejara pasar algunas semanas antes de recurrir á ella. Austria hizo menos caso al parecer que ninguna otra potencia de la violacion del territorio germánico, y al ver la indiferencia con que miraba cuanto no redundaba en interés suyo, nada había que no pudiera conseguirse de ella; pero en materia de etiqueta era quisquillosa, descontentadiza y envidiosa, según convenia á una corte que era la más antigua é ilustre entre todas. De consiguiente, era muy difícil que el jefe del sacro imperio romano fuese á reconocer á un emperador, pues tal fué el título que se adoptó por ser más grande, más poderoso y más militar que el de rey, emperador que iba á figurar por primera vez en la lista de los soberanos.

Prusia era, á pesar de su reciente frialdad, la más fácil de disponer en favor de la monarquía francesa, y por lo mismo enviése un correo de gabinete á Berlín con una orden en que se mandaba á Mr. de Laforest se avistase con Mr. de Haugwitz á fin de recabar de él si el rey de Prusia reconocería al primer consul como emperador hereditario de los franceses, para lo cual debía inculcar la idea de que el joven rey tenía que escoger entre la gratitud más profunda de parte de Francia ó un resentimiento eterno. También se mandó á Mr. de Laforest no dejase rastro alguno en los archivos de la legacion, que pudiese indicar se había dado semejante paso. En cuanto á Austria, aunque no se escribió á Mr. de Champigny ni se aventuró un paso directo, acudiose á un medio fácil de ejecutar, que fué sondear á Mr. de Cobentzel, quien decia á Mr. de Talley-

rand deseaba en gran manera complacer al primer consul. Así es que como Mr. de Talleyrand era el ministro más adecuado, consiguió de Mr. de Cobentzel las palabras más satisfactorias; pero nada positivo, porque dijo que para hablar con certeza tenía que escribir antes á Viena pidiendo instrucciones á aquel gabinete.

Vióse, pues, obligado el primer consul á esperar una quincena de días para poder responder al Senado y permitir á los que trabajaban por su nuevo encumbramiento que prosiguiesen su obra, mas sin embargo dejó que fuesen llegando exposiciones á nombre de las principales ciudades y de las autoridades, contentándose con no mandarlas insertar en el *Monitor*.

No podían ser mejores las disposiciones que abrigaba el rey de Prusia, pues así que se echo en brazos de Rusia, uniéndose á ella de secreto, temió haber hecho demasiado en este sentido, criticando sobrado abiertamente lo que sucedió en Eutenheim, y deseaba poder dar pruebas al primer consul de que no era enemigo suyo. Así es que apenas dijo Mr. de Laforest unas cuantas palabras á Mr. de Haugwitz, cuando éste no le dejó acabar, apresurándose á declarar que el rey de Prusia no titubearía en reconocer al nuevo emperador de los franceses. Bien sabia Federico Guillermo que se esponía á que le censurasen, como otras veces, las personas que rodeaban á la reina; pero sabía arrostrar su censura cuando se trataba de los intereses de su reino, y miraba como el primero de estos intereses la buena inteligencia con el primer consul. A esto debemos añadir que experimentaba una satisfacción que



todas las cortes iban á experimentar tambien al ver abolida en Francia la República, pues solo podia tranquilizarlos la monarquía, y como era imposible volviesen al trono por entonces los Borbones, el general Bonaparte era el monarca que todos los príncipes esperaban ver sentado en el solio de Francia. Esto prueba lo poco que duran ciertas impresiones en los hombres, sobre todo cuando estan interesados en borrarlas de su corazon, puesto que aquellas cortes iban á reconocer como emperador al personaje á quien llamaban quince dias antes regicida y asesino.

Consiguiente á esto, el rey de Prusia escribió una carta á Mr. de Lucchesini, carta que fué presentada al primer consul y contenia las expresiones mas amistosas; como que en ella decia el rey: «Os autorizo para que busqueis cuanto antes una ocasion favorable de poder manifestar á Mr. de Talleyrand, que asi como ví con gusto que al primer consul se le conferia por toda su vida el poder supremo, veré con mas interés aun si cabe, que el orden de cosas establecido, gracias á su saber y á sus grandes hechos, se consolide por medio del restablecimiento del derecho hereditario en favor de su familia, y que no tendré dificultad alguna en reconocerle. Añadireis tambien que me lisongo de que esta prueba nada equivoca de mis sentimientos, equivaldrá para él á todas las seguridades y garantias que hubiera podido darle en un tratado formal, cuyas bases existen de hecho; y que á mi vez espero podré contar igualmente con que me concederá su amistad y confianza, amistad y confianza que deseo subsistan constantemente entre nuestros

respectivos gobiernos.» (23 de abril de 1804).

Aunque estas palabras eran sinceramente en el fondo, no estaban enteramente conformes con el espíritu del tratado que celebró con Rusia, pero el deseo inmoderado que el príncipe de quien vamos hablando tenia de que no se alterase la paz, le obligaba á decir las falsedades mas indignas de su carácter.

No sucedió lo mismo en Viena, pues como aquel gobierno no habia contraído ningun compromiso con Rusia, ni queria rescatar la concesion hecha á unos haciendo una nueva concesion á otros, solo pensaba en su interés particular calculado del mejor modo posible. La muerte del duque de Enghien y la violacion del territorio germanico, eran puntos de mediana importancia para el gabinete austriaco, el cual solo paró mientes en la indemnizacion que debian exigir por el sacrificio que iba á hacer reconociendo al nuevo emperador. Desde luego, á pesar del inconveniente que podria resultarle de agraviar á Rusia concediendo al gobierno francés una cosa que era muy de su agrado, tenia que resignarse á reconocer á Napoleón, pues negarse á ello era lo mismo que exponerse á que Francia le declarase la guerra, lo cual queria evitar á toda costa, á lo menos por entonces; pero era preciso sacar partido del reconocimiento que la pedian, retardarlo algun tanto, concederlo con ciertas ventajas y presentar á los ojos de Rusia como un plazo concedido de mala gana, el tiempo invertido en arreglar las ventajas que deseaba obtener. A esto estuvo reducida la política austriaca: debiendo convenir en que era una política muy natural entre personas



que vivían en un estado de perpétua desconfianza entre sí.

Podía suceder también que de resultas del estado de postración á que había venido á parar en el imperio el partido austriaco, perdiese la corona imperial la casa de Austria en la próxima elección, y como el modo de evitar este inconveniente era asegurar á la misma casa, por lo que hace á sus estados hereditarios, una corona, no real sino imperial, de tal modo que el gefe de dicha casa signiese siendo emperador de Austria, caso de que dejase de serlo de Alemania por las eventualidades de una futura elección, Mr. de Champagny en Viena y Mr. de Cobentzel en París recibieron orden de pedir al primer consul en recompensa de lo que él pedía lo que acabamos de mencionar. Por lo demás, debían declararle que sin perjuicio de arreglar despues las condiciones, desde luego admitía el emperador Francisco el principio del reconocimiento.

Aunque el primer consul estaba casi seguro de que podía contar con las buenas disposiciones de las potencias estrangeras, sirviéronle de satisfacción las contestaciones que le dirigieron y dió pruebas de gratitud y amistad á la córte de Prusia, dando también las gracias á la de Viena, á la cual respondió que consentía sin dificultad alguna en reconocer el título de emperador en el gefe de la casa de Austria. Sin embargo, añadió no quería se publicase inmediatamente esta declaración para que no se creyera había comprado con ella el reconocimiento de su propio título, siendo mejor en su concepto comprometerse en un tratado secreto á reconocer mas tarde al sucesor de Fran-

cisco II por emperador de Austria, si llegaba á perder la cualidad de emperador de Alemania. Por lo demás, dijo que si la córte de Viena insistía, estaba pronto á pasar por semejante dificultad que no lo era, pues todos esos títulos no tenían ninguna importancia verdadera. Desde Carlo-Magno hasta el siglo XVIII solo había habido en Europa, á lo menos en Occidente, un soberano que tuviese el título de emperador; pero desde el siglo XVIII hasta entonces se habían conocido dos, puesto que el czar de Rusia había tomado este nombre. Segun lo que estaba sucediendo en Francia, iba á haber tres, y si la futura elección germánica daba á Alemania un emperador que no fuese de la casa de Austria, llegaria el dia en que hubiese cuatro, ó por mejor decir cinco, pues el rey de Inglaterra había dado al parlamento unido de Escocia, Inglaterra é Irlanda el nombre de PARLAMENTO IMPERIAL, y tal vez se le antojaria titularse emperador. Todo esto no merecia la pena de que se ocupasen de ello, pues era una cuestion de nombres que no tenían el valor que allá en tiempos antiguos tuvieron, cuando Francisco I y Carlos V disputaban sobre el voto de los electores germánicos.

Además de estas seguridades de parte de las principales córtes, recibió el primer consul testimonios del cariño con que le miraba el ejército, escribiéndole sobre todo el general Soult una carta muy satisfactoria, y recibiendo enérgicas espousiciones, durante los quince dias que transcurrieron mientras se entendía con las córtes de Viena y Berlin, en que abogaban por el restablecimiento de la monarquía, ciudades tan importantes co-



mo Leon, Marsella, Burdeos y París. Tan general era el entusiasmo, tan público iba haciéndose lo que se preparaba, que al fin fué preciso apelar á los medios oficiales, contestando al Senado en términos esplicitos.

Ya hemos visto que el primer consulno recibió en público al Senado, y que solo respondió verbalmente al mensaje que le pasó con fecha 6 de germinal, de suerte que hacia cerca de un mes que aquel cuerpo esperaba una contestacion oficial, contestacion que dió el 5 de floreal (25 de abril de 1804) y que produjo el desenlace que se esperaba.—Vuestra felicitacion de 6 de germinal, dijo el primer consul, no se ha apartado un momento de mi memoria... Habeis creido que es necesario sea hereditario el supremo poder para que el pueblo francés se halle al abrigo de los complots de nuestros enemigos y de la agitacion que engendran las ambiciones, juzgais conveniente tambien que nuestras instituciones reciban el complemento indispensable á fin de asegurar para siempre el triunfo de la igualdad y de la libertad pública, dando á la nacion y al gobierno la doble garantia que necesitan, y a medida que he ido parando mi atencion en objetos tan graves, he conocido mas y mas que en una circunstancia tan nueva como importante, me son muy necesarios los consejos que pueden dictaros vuestro saber y experiencia. De coasiguiente, os invito á que manifesteis á las claras vuestro modo de pensar.»

Tampoco á este mensaje se dió publicidad: en cuanto al Senado, reunióse al instante para deliberar, sin embargo de que la deliberacion era fácil, y el resultado conocido de autemano, redu-

ciéndose á hacer una proposicion para que la república consular quedase convertida en imperio hereditario.

No convenia sin embargo, que todo pasara en silencio, sino que se discutiese en alguna parte, en un cuerpo en que las discusiones fuesen públicas, la gran resolucion que se preparaba; pero el Senado no discutia, y aunque el Cuerpo legislativo escuchaba á oradores de oficio, votaba sin pronunciar una palabra. El Tribunado, si bien habia venido á menos, y convirtiéndose en una seccion del Consejo de estado, discutia aun, por lo cual determinaron valerse de él para que resonasen en la única tribuna desde donde todavia era permitido contradecir, algunas palabras que tuviesen visos de libertad.

Presidia á la sazón el Tribunado Mr. Fabre del Aude, personaje adicto á la familia de Bonaparte, y convinieron con él en elegir un tribuno que hubiese sido abiertamente republicano, para encargarle que tomase la iniciativa. Eligieron en consecuencia á Mr. Curée, compatriota y enemigo personal de Mr. Cambaceres, y el público creyó que el personaje que hizo semejante papel era hechura del segundo consul, siendo él quien le designaba: pero no era así, pues sin saberlo este, ó mejor dicho contra su voluntad, le eligieron. Republicano exaltado en otro tiempo Mr. Curée, habia vuelto como otros muchos á las ideas monárquicas, de suerte, que hizo una proposicion para que se restableciese el derecho de sucesion en favor de la familia de Bonaparte, proposicion que llevó á Saint-Cloud Mr. Fabre del Aude para someterla á la aprobacion del primer consul. Este



no se mostró muy satisfecho, pareciéndole el lenguaje del desengañado republicano poco hábil y elevado; pero como no era oportuno escoger otro miembro del Tribunal, mandó retocar el contesto de la proposición que le habían presentado, enviándola inmediatamente á Mr. Fabre del Aude. Dicho contesto habia sufrido en Saint-Cloud un cambio muy singular, pues en lugar de las palabras, *derecho de sucesion en favor de la familia de Bonaparte*, contenia la proposición las de *derecho de sucesion en favor de los descendientes de Napoleon Bonaparte*. Era Mr. Fabre del Aude muy amigo de José, y uno de los á quien este trataba con mayor intimidad, y conociendo que el primer consul no queria contraer ningun compromiso constitucional con sus hermanos, quienes le tenian descontento, impulsado tambien por los que deseaban congraciarse con José, volvió á llevar la proposición á Saint-Cloud para que se incluyesen en ella de nuevo las palabras *familia de Bonaparte* en lugar de *descendientes de Napoleon Bonaparte*; pero el proyecto volvió con la palabra *descendientes* sin ninguna explicacion.

Mr. Fabre resolvió no hablar de esta circunstancia, y dar á Mr. Curée la proposición como habia salido de manos del primer consul, pero incluyendo en ella las palabras variadas, pues creia que una vez presentada la proposición y publicada en el *Monitor*, nadie se atreveria á tocarle, y estaba resignado, si era preciso, á tener una explicacion con el primer consul. Esto prueba que los partidarios de los hermanos de Bonaparte se hallaban muy unidos, cuando arrostraban por defender sus intereses el disgusto del gefe de la familia.

Por supuesto que de todo se dió noticia dia por dia á José, que ya se hallaba en el campamento de Boloña.

El sábado 8 de floreal (28 de abril de 1804) dióse cuenta al Tribunal de la proposición de Mr. Curée, fijándose el dia de su discusión para el lunes 10 de floreal. Cuandó llegó este dia subieron á la tribuna una multitud de oradores para sostener la proposición y disertar acerca de las ventajas de la monarquía, disertaciones exactas en el fondo y que se reducian á lo siguiente.

La revolucion de 1789 quiso abolir el feudalismo, reformar nuestro estado social, suprimir los abusos introducidos á la sombra de un régimen arbitrario, y dar á la nacion intervencion en el gobierno, acortando los vuelos al poder absoluto del monarca. A esto se reducian sus deseos, y todo lo que traspasó estos limites se apartó del objeto que se propuso, acarreando desgracias, como lo sabia Francia por esperiencia, esperiencia de cuyos consejos era preciso aprovecharse á fin de deshacer mucho de lo que se habia hecho indebidamente. Consiguiente á esto, debia restablecerse la monarquía, asentándola sobre las bases de la libertad constitucional y de la igualdad civil, nombrándole rey á Napoleon Bonaparte, único monarca posible, y concediéndose á su familia el derecho de sucederle en el trono.

Los oradores mas celosos del Tribunal añadian en sus arengas inyectivas contra los Borbones, declarando solemnemente que estos príncipes habian muerto para Francia, y que todo francés debia oponerse á su vuelta á costa de su sangre. Parecia natural que el mentis que se daban á sí



propios en aquel momento, proclamando la monarquía después de haber prestado tantos juramentos á la república, indivisible y eterna, debiese servir de lección á aquellos oradores, y enseñarles á hablar del porvenir en tono menos afirmativo; pero no hay lección que pueda impedir á los hombres de escaso talento dejarse llevar del torrente que corre por delante de ellos, sobre todo cuando creen que en su curso han de hallar fortuna y honores.

Entre los mas solícitos se hallaban los que se habian distinguido por su espíritu republicano, y los que mas tarde debían distinguirse por su entusiasmo en favor de los Borbones, no habiendo mas que un tribuno, en medio de todas aquellas rastreras adulaciones, que mostrase verdadera dignidad. Este tribuno era Mr. Carnot, quien seguramente se engañaba en sus teorías generales, porque en vista de lo que habia sucedido en el espacio de diez años, era difícil sostener que en un país como Francia fuese mas preferible la república que la monarquía; pero aquel apóstol del error mostró mas decoro que los apóstoles de la verdad, porque sus opiniones eran hijas de la convicción. Y tanto mas le honran el valor y desinterés de que dio pruebas, cuanto que lejos de espresarse como demagogo, se espresó como ciudadano prudente, moderado y amigo del orden, protestando se sometería docilmente al soberano instituido por la ley, pero que mientras esta no se promulgase, queria decir su modo de pensar, ya que habia discusión.

Desde luego habló con suma nobleza del primer consul y de los servicios que habia prestado

á la República, diciendo que si para asegurar el orden en Francia y hacer buen uso de la libertad, se necesitaba un gefe hereditario, seria una locura elegir á otro que no fuese Napoleón Bonaparte, pues ninguno habia dado golpes tan terribles á los enemigos del país, ni hecho tanto para organizarle civilmente. Aunque no hubiese dado á la nación mas que el código civil, mereceria pasar su nombre á la posteridad; no siendo dudoso, por lo mismo, que á ser necesario restablecer el trono, debia ocuparle él y no esa raza tan ciega como vengativa, que solo volveria á la madre patria para derramar la sangre de sus mejores hijos, y resucitar el reinado de príncipes tan escasos de talento como llenos de preocupaciones. Empero si Napoleón Bonaparte habia hecho tantos servicios, ¿no podia dársele otra recompensa sino á costa de la libertad de la Francia?

El tribuno Carnot, sin engolfarse en disertaciones interminables acerca de las ventajas ó los inconvenientes que encierran las diversas formas de gobierno conocidas, se esforzó en querer probar que en los tiempos del imperio, reinó en Roma tanta agitación como en los de la república, conociéndose en unos y en otros las mismas virtudes y el mismo heroísmo; que en las monarquías se identificaban los pueblos con las familias colocadas en el trono, participando de sus pasiones, rivalidades y odios, lo cual era un motivo de desorden como otro cualquiera; que si habia habido dias sangrientos para la República francesa, esta era una condicion inseparable de su origen, y que cuando mas probaba que era necesario hubiese una dictadura temporal como sucedia en Ro-



ma: que Napoleon Bonaparte egercia esa dictadura, sin que nadie le disputase el derecho que para ello tenia, y que en él consistia hacer de élla un uso noble y glorioso, conservándola el tiempo necesario, hasta que Francia se hallase en disposicion de recibir la libertad; pero que, de querer convertirla en un poder hereditario y perpétuo, renunciaba á una gloria que no tenia igual; que el nuevo estado fundado hacia veinte años allende el Atlántico, era una prueba de que podia haber tranquilidad y ventura á la sombra de instituciones republicanas; y por último, que lameatía eternamente no empleara el primer consul su poder en proporcionar á su pais semejante felicidad. Examinando luego el argumento tantas veces empleado, de que habia mas probabilidades de que la paz no se alteraria cuando Francia adoptase las formas de gobierno mejor admitidas en Europa, preguntó si habia quien creyese era facil conseguir el reconocimiento del nuevo emperador, si era caso de tomar las armas porque las potencias e trangeras se negasen á reconocerle, y si Francia convertida ya en imperio no tendria tanto empeño como habia tenido la Francia republicana en ofender á Europa y escitar su envidia, provocando al fin la guerra.

Despues, volvió por última vez sus ojos hacia lo pasado, y se despidió de la gloriosa era de la Republica, esclamando:

«Será que el hombre esté condenado á ver la libertad sin disfrutarla jamás? La tendrá sin cesar delante de su vista como una fruta que no pueda gustar sin que le cueste la vida?... No, no puedo consentir en mirar como una simple ilusion un

bien preferible á todos los demas, y sin el cual nada valen otros: mi corazon me dice que es posible establecer la libertad, que es facil consolidar el régimen que se funda en ella, y que es mas estable que ningun gobierno arbitrario ú oligárquico.»

Y terminó su discurso con las siguientes palabras, propias de un buen ciudadano:

«Dispuesto siempre á sacrificar mis mas caras afecciones en favor de los intereses de nuestra patria comun, estoy contento con que hayan vuelto á resonar en este sitio el acento de una alma libre, y mi respeto á la ley será tanto mas seguro cuanto que nace de grandes desgracias y de la razon que nos manda imperiosamente unirnos hoy contra el enemigo comun, ese enemigo siempre dispuesto á fomentar discordias y para quien todos los medios son legitimos, con tal que consiga oprimir al universo y dominar los mares.»

Es evidente que el tribuno Carnot confundia la libertad con la república. error de que participan cuantos raciocinan como él, pues la república no constituye necesariamente la libertad, como la monarquia tampoco constituye el orden. Lo mismo hay opresion en un gobierno republicano que en el monárquico; sin buenas leyes lo mismo sucederá con todas las formas de gobierno. Pero lo que se queria saber era si con leyes sabias, no daba la monarquia, en mayor grado que ninguna otra forma de gobierno, la suma de libertad posible, y además la fuerza de accion necesaria en los grandes estados militares; y sobre todo si habiéndola habido en nuestro pais por espacio de doce siglos, no era inevitable



restablecerla y lo que mas debía desearse. A ser así, ¿no valia mas admitirla y organizarla de un modo bien entendido, que vivir en una posicion falsa que ni convenia á las costumbres de Francia ni á la necesidad que todos sentian de que hubiese un gobierno estable y tranquilo? Segun nuestro modo de ver las cosas, solo en una tenia razon el ilustre tribuno de quien nos ocupamos, en decir que quizá no necesitaba Napoleon mas que una dictadura por cierto tiempo para ir á parar mas tarde, á la república, segun Mr. Carnot, y á la monarquía representativa, segun nosotros. Napoleon habia sido escogido por la Providencia para ir preparando á Francia de modo que aceptase con gusto un nuevo régimen, y entregarla enaltecida y regenerada en manos de los que debian regir sus destinos luego que él faltase.

El tribuno Carrion de Nisas se encargó de contestar á Mr. Carnot, y desempeñó su tarea á satisfaccion de los improvisados monárquicos, pero con una pobreza de lenguaje igual á lo pobre de las ideas. Por lo demás, aquella discusion era de puro aparato, de suerte que cansados unos y convencidos otros, de lo inútil que era, todos convinieron en acortarla, nombrándose en consecuencia una comision compuesta de trece individuos, para que examinara la proposicion del tribuno Curée y la convirtiese en resolucion definitiva.

En la sesion de 13 de floreal (3 de mayo), es decir, el jueves, Mr. Jard-Panvillier, secretario de la comision nombrada, propuso al tribunal emitiese un voto, que en virtud de las reglas constitucionales puestas en vigor, debía pasar al Sena-

do, llevándolo á dicho cuerpo una diputacion.

El voto se reducía á lo siguiente:

1.º Que Napoleon Bonaparte, consul perpétuo á la sazón, fuese nombrado emperador, encargándose como tal emperador del gobierno de la República francesa.

2.º Que el titulo de emperador, así como el poder imperial, fuesen hereditarios en su familia, de varon en varon, por órden de primogenitura.

3.º Y por último, que al introducir en la organizacion de las autoridades constituidas las modificaciones que exigía el establecimiento del poder hereditario, se respetase la igualdad, la libertad y los derechos del pueblo.

Aprobado este voto por una mayoría inmensa, al dia siguiente, esto es, el 14 de floreal (4 de mayo de 1804) fué llevado al Senado, cuya presidencia ejercia el vice-presidente Mr. Francisco de Neufchateau, quien luego que oyó á la comision del Tribunado, y le dió testimonio del voto que llevaba, dijo á los tribunales:—No puedo desgarrar el velo que cubre los trabajos del Senado; pero debo deciros sin embargo, que desde el 6 de germinal hemos llamado la atencion del primer magistrado sobre el objeto que aquí os trae. La ventaja está de vuestra parte, puesto que habeis podido discutir en público, gracias al modo con que estais constituidos, lo que hace dos meses estamos nosotros meditando en silencio, pero el desarrollo que habeis dado á una idea grande, proporciona al Senado, que os ha abierto la tribuna, el gusto de congratularse por la eleccion que ha hecho, y de aplaudir su obra.

« En los discursos que habeis pronunciado en



público hemos encontrado nuestro mismo modo de pensar, pues también nosotros, ciudadanos tribunos, no queremos á los Borbones porque no queremos que haya una contra-revolucion, que es lo único que pueden dar esos malvados fugitivos que se han llevado consigo el despotismo, la nobleza, el feudalismo, la esclavitud y la ignorancia.....

«También nosotros, ciudadanos tribunos, queremos elevar una nueva dinastía; porque queremos garantizar al pueblo francés todos cuantos derechos ha conquistado; también nosotros queremos que la libertad, la igualdad y las luces no puedan retrogradar. No hablo del hombre que está destinado á dar nombre á su siglo, por que si se sacrifica no es por él sino por nosotros; razones todas que hacen que lo que vosotros proponéis con entusiasmo, lo meditemos nosotros con calma.»

Estas palabras del vice-presidente revelan que el Senado queria dejar consignada la fecha, para no esponerse á que otros se anticipasen ó le aventajaran, en afecto hácia el nuevo soberano. Los directores ocultos del cambio que se preparaba, habian previsto perfectamente el influjo que ejerceria la discusion del Tribunado en aquel cuerpo, y se sirvieron de él para apresurar una decision, diciendo era preciso se tomase el mismo dia en que se diera cuenta del voto del Tribunado, á fin de que se creyese que las dos asambleas se habian encontrado, pero que la mas importante de las dos no secundaba á la otra al parecer. Y como tenian prisa por acabar de una vez, se les ocurrió que debian caviar una memoria al primer consul, memoria en que el Senado manifestase su

modo de pensar, y propusiera las bases de un nuevo senado-consulta orgánico. Efectivamente, cuando la comision del Tribunado se presentó á los senadores, ya estaba estendida la memoria, y aprobada sin detencion, se acordó presentarla inmediatamente al primer consul, queriendo que esta presentacion se efectuase el mismo dia (14 de floreal). En consecuencia, pasó á ver al primer consul una diputacion compuesta de los individuos de la mesa y de la comision que habia redactado el trabajo, y le entregó el mensaje del Senado, con la memoria que contenia sus ideas acerca de la nueva organizacion monárquica que debia darse á Francia.

Por último, como era preciso que estas ideas llevasen la forma de artículos constitucionales, se nombró una comision compuesta de varios senadores, los ministros y los tres cónsules para que redactase el nuevo senado-consulta, y como ya no habia que tomar precaucion alguna en cuanto á la publicidad, aparecieron en el *Monitor* todas las actas del Senado, las comunicaciones que habia dirigido al primer consul, las que éste le pasó, y todas las esposiciones en que se pedia el restablecimiento de la monarquía.

La comision nombrada se dedicó á su tarea, reuniéndose en Saint-Cloud en presencia del primer consul y de sus dos cólegas, para examinar y decidir una por una todas las cuestiones que se desprendian del establecimiento del poder hereditario. La primera que se presentó fué relativa al titulo que debia tomar el nuevo monarca, y habiéndose disentido si se llamaria rey ó emperador, la misma razon que en la Roma antigua in-



dujo á los Césares á no resucitar el título de rey y á adoptar el de *imperator*, que era enteramente militar, decidió á los autores de la nueva constitucion á preferir el nombre de emperador, porque ofrecia á un mismo tiempo mas novedad y grandeza, alejando hasta cierto punto los recuerdos de una época que querian renovar en parte, pero no completamente. Además, es título encerraba la idea de un poder ilimitado, idea que halagaba la ambicion de Napoleon, y los muchos enemigos que tenia en Europa, con atribuirle proyectos que no abrigaba, á lo menos entonces, con repetir en periódicos y hojas volantes que pensaba en constituir el imperio de Occidente, ó cuando no el de las Galias, prepararon los animos para que todos, incluso él mismo, adoptasen el título de emperador. Así es que como este título andaba de boca en boca, fuese amiga ó enemiga, escogióse sin oposicion por parte de nadie, decidiéndose que el primer consul seria proclamado emperador de los franceses.

En cuanto al objeto que se habian propuesto conseguir los promovedores de la nueva revolucion, esto es, el derecho hereditario, se estableció, como es natural, con arreglo á los principios de la ley sálica, es decir de varon en varon por orden de primogenitura, y como Napoleon no tenia hijos, ni al parecer estaba destinado á tenerlos, le concedieron facultad de nombrar sucesor, como se vé en las instituciones romanas, con todas sus condiciones y solemnes fórmulas. A falta de descendencia adoptiva, podía el emperador transmitir la corona á su linea colateral, pero no á todos sus hermanos, sino á dos esclusivamente, José y Luis,

que eran los únicos que se habian dado á estimar, colocándose en una buena posicion. En cuanto á Luciano, por el sistema de vida que habia adoptado y lo mal que se casó, se imposibilitó para suceder en el trono, y Gerónimo acababa de contraer matrimonio con una americana sin consentimiento de sus parientes, á pesar de que apenas habia salido de la adolescencia. De consiguiente solo á José y Luis se concedió el derecho hereditario, y para evitar los inconvenientes que podian resultar de subir al trono una familia desreglada en sus costumbres, quedó autorizado el emperador de un modo absoluto para dirigir los destinos de la familia imperial, disponiéndose que el príncipe francés que contrajera matrimonio sin consentimiento del gefe del imperio, perderia todos sus derechos á la corona, derechos que recobraría solo en caso de que se disolviese el matrimonio.

Los hermanos y hermanas del emperador recibieron la cualidad de príncipes y princesas, así como los honores anejos á este título, resolviéndose que la asignacion que debia tener el emperador se haria con arreglo á los principios que se tuvieron presente cuando la de 1791, es decir, que lo seria para todo un reinado, consistiendo en los palacios reales que todavía quedaban, el producto de los dominios de la corona y una renta anual de 25.000.000. En cuanto á los príncipes franceses, se señaló á cada uno de ellos 1.000.000 al año, concediendo al emperador por lo demás, derecho para determinar por medio de decretos imperiales (equivalen á lo que nosotros llamamos reglamentos) el orden interior que debia se-



guirse en palacio, y arreglar la pompa que convenia á la magestad imperial.

Abrazando hasta ese punto las ideas monárquicas, era preciso rodear el nuevo trono de altos empleados que le sirviesen de ornamento y apoyo, y además pensar en las ambiciones secundarias que se habian colocado voluntariamente en una escala inferior á la de esa otra ambicion magna, llevándola al pináculo de la grandeza, y que á su vez debian recibir el premio de sus servicios, tanto públicos como reservados. En consecuencia, todos fijaban la vista en los dos cónsules Cambaceres y Lebrun, quienes si bien distaban infinito de su colega bajo muchos aspectos, habian compartido con él el supremo poder, haciendo al pais con sus acertados consejos, servicios que nadie podia poner en duda. Uno y otro asistian á las conferencias de la comision senatorial que se ocupaba en redactar en Saint-Cloud la nueva constitucion monárquica; pero Cambaceres, por la primera vez de su vida quizá, no supo disimular su disgusto, y se mostró frio y taciturno; tan taciturno como franco Mr. Fouché, y no acertaba á ocultar su despecho ni el desprecio con que miraba el celo de los que se ocupaban en construir el edificio de la monarquía. Esto produjo mas de un conflicto que reprimió Napoleon interponiendo su autoridad; mas todos conocian lo necesario que era contentar á los dos cónsules que iban a dejar sus cargos, especialmente á Mr. Cambaceres, quien a pesar de algunas ridiculeces tenia un concepto político inmenso, y se ocurrió á los autores de la constitucion para imitar en un todo al imperio romano dejar al lado del emperador los dos cónsules. Na-

die ignora que cuando los Césares ascendieron al imperio quedó en pié la institucion de los cónsules, que uno de los individuos de dicha familia, dió este titulo á su caballo, asi como otros á sus esclavos, á sus eunucos; y que en el imperio de Oriente, poco antes de que se desmoronase, habia tambien dos cónsules que se renovaban cada año, y no tenian otra ocupacion sino de arreglar el calendario. Este recuerdo poco lisonjero por cierto, inspiró á los amigos de Cambaceres y Lebrun la idea de conservaren el nuevo imperio francés á los dos cónsules; pero Mr. Fouché rechazó la proposicion diciendo que era preciso hacer muy poco caso de si habia quien iba á perder con la nueva organizacion, pues lo que importaba era no dejar en pié ningun vestigio de un régimen desacreditado, como lo era entonces el de la república.—Los que pierdan algo en el nuevo régimen, replicó Mr. Cambaceres, llevarán el consuelo de que les acompañará á cualquier parte el aprecio público, aprecio que no siempre acompaña á los que dejan un empleo.—Esta alusion á Mr. Fouché y á su primera salida del ministerio hizo sonreír al primer consul, quien aprobó la respuesta, pero se apresuró á poner término á aquellas disputas resolviendo que el segundo y tercer cónsules no volviesen á ser llamados para que concurriesen á las secciones de la comision.

Mr. de Talleyrand que era el hombre mas ingenioso cuando se trataba de contentar alguna ambicion, pensó en que seria conveniente tomar algunas de las grandes dignidades del imperio germanico donde habia siete electores; mariscal uno, otro sumiller, este tesorero, aquel canceller



de las Galias ó Italia etc. Y como aunque de un modo vago, tal vez se pensaba en restablecer algun dia en beneficio de Francia el imperio de Occidente, no hay duda en que era preparar elementos para ello el rodear al emperador de grandes dignatarios elegidos entonces entre los principes franceses ó los grandes personajes de la Republica, pero destinados á hacer reyes mas tarde y á formar un séquito de monarcas, vasallos por decirlo así, del moderno Carlo-Magno.

Mr. de Talleyrand, pues, de acuerdo con el primer consul, ideó seis destinos de importancia que equivalian no á los diferentes empleos que debia haber en la casa del emperador, sino á las diferentes atribuciones del gobierno, pudiendo concebirse por lo mismo que hubiese un gran elector á cuyo cargo corriese ciertas operaciones electorales honorificas, en una institucion en que todavia quedaban muchos empleos electivos, y en que habia que elegir los miembros del Senado, el Cuerpo legislativo y el Tribunal, y hasta el emperador si llegaba á estinguirse la descendencia directa. Para primer gran dignatario propúsose un gran elector; para segundo un archi-canciller del imperio, cuyo papel fuese de puro aparato, y que vigilase desde su altura el orden judicial; para el tercero un archi-canciller de estado, que se ocupase de lo mismo con respecto á la diplomacia; para el cuarto un archi-tesorero; para el quinto un condestable, y para el sexto un gran almirante, títulos que indican bien á las claras á qué ramo del gobierno correspondia su dignidad:

Los que llevaban esos títulos, eran como acabamos de decirlo, dignatarios y no empleados,

Puesto que eran irresponsables é inmovibles, debiendo tener atribuciones puramente honorificas y limitarse á vigilar la marcha del ramo del gobierno á que se referia su título. Así es que el gran elector convocaba el Cuerpo legislativo, el Senado y los colegios electorales, presentaba á jurar á los individuos elegidos para formar parte de dichas asambleas, é intervenia en todas las formalidades que llevaba consigo la convocatoria ó dissolution de los colegios electorales. El archi-canciller del imperio, recibia juramento á los magistrados, ó bien les presentaba al emperador para que jurasen en su presencia; cuidaba de la promulgacion de las leyes y senado-consultos, presidia el Consejo de estado así como el Tribunal imperial (de que hablaremos pronto), proponia las reformas que era de desear se introdujesen en las leyes, y por último egercia las funciones de oficial del estado civil con respecto á los nacidos, casados y muertos en la familia imperial. El archi-canciller de estado recibia á los embajadores, los introducía á presencia del emperador, firmaba los tratados, y los publicaba. El archi-tesorero llevaba el libro mayor de la deuda pública, garantizaba con su firma todos los títulos entregados á los acreedores del estado, examinaba las cuentas de la contaduria general antes de presentarlas al emperador y proponia lo conveniente para mejorar la hacienda. El condestable que entendia en los asuntos de la guerra, y el gran almirante en los de marina desempeñaban absolutamente un mismo papel. De esta suerte el principio sentado por Napoleon, era que jamás fuese ministro un gran dignatario para separar las atribuciones aparentes de



las funciones efectivas, habiendo en cada ramo de gobierno dignidades modeladas por el mismo trono, inmutables, y responsables y honorificas como él, pero encargadas en egercer la vigilancia general y superior, como la que egercia el monarca.

Los dignatarios nombrados, como hemos dicho arriba, podian reemplazar al emperador en caso de ausencia en el Senado, los consejos y en el ejército, componian con el emperador el gran Consejo del Imperio, y en fin, si llegaba á extinguirse la descendencia natural y legitima elegia el emperador, y en caso de minoria miraban por la conservacion del heredero de la corona formando el consejo de regencia.

La idea de aquellas grandes dignidades, fué muy bien acogida por todos los autores de la nueva constitucion, conviniendo en que todos los que fuesen grandes dignatarios, á no ser que fueran tambien príncipes imperiales tendrian dotacion, dotacion que ascenderia á una tercera parte de la que disfrutaban los príncipes, es decir, á la tercera parte de un millon, de este modo habia con que contentar á los dos hermanos del emperador, á sus cólegas, y á los personajes que habian prestado servicios de importancia en la carrera civil ó militar, de suerte, que todos pensaron, despues de los dos hermanos José y Luis, en los cónsules Cambaceres y Lebrun, en Eugenio de Beauharnais, hijo adoptivo del primer consul, en su cuñado Murat, en Berthier compañero de armas suyo y tan fiel como útil, y en Mr. de Talleyrand que le servia de intermediario para con la Europa, y de quien iban á depender tamaños favores.

Tambien era natural se creasen en el ejército destinos elevados, restableciéndose la dignidad de mariscal, dignidad que existia en la antigua monarquia, y se ha adoptado en toda Europa como el dislintivo mas brillante que se conoce del mando militar. Acordóse, pues, que hubiese diez y seis mariscales del imperio, y cuatro honorarios escogidos entre los generales que fuesen senadores, no debiendo tener como tales empleo alguno activo. Restablecióse igualmente el cargo de inspector general de artilleria é ingenieros, y el de coronel general de caballeria, nombrándose en cuanto á lo civil grandes oficiales, como porejemplo, chambelanes, maestros de ceremonias etc.; componiendo con unos y otros una segunda clase de dignatarios con el título de grandes oficiales del imperio que fuesen inamovibles como los seis grandes dignatarios efectivos. Para darle estabilidad se les confirió el cargo de presidir colegios electorales, perteneciendo la presidencia de cada colegio electoral de un modo permanente á una de las grandes dignidades y á uno de los cargos de oficial civil ó militar, por manera que el gran elector debia presidir el colegio electoral de Bruselas; el archi-canciller, el de Burdeos; el archi-canciller de estado, el de Nantes; el archi-tesorero, el de Leon; el condestable, el de Turin y el gran almirante, el de Marsella: en cuanto á los grandes oficiales tanto civiles como militares, debian presidir los colegios electorales de menor importancia. Es cuanto podia inventarse para imitar una aristocracia ingerta en democracia, pues esa gerarquia de seis grandes dignatarios y cuarenta ó cincuenta grandes oficia-



les colocados en las gradas del trono, era á un mismo tiempo aristocrática y democrática: aristocrática por su posición, sus honores y las rentas que iba a tener, gracias á nuestras conquistas, y democrática por su origen, puesto que se componía de abogados, oficiales á quienes les hubiese favorecido la fortuna, y hasta de paisanos convertidos en mariscales, debiendo estar abierta constantemente para todo el que se hubiese elevado, merced á su genio y tuviese ó no talento; estas instituciones han desaparecido con el que las creó, y el vasto imperio sobre que estaban basadas; pero es muy posible que hubiesen acabado por producir buenos resultados si el tiempo hubiese ido á robustecerlas, dándole ese aspecto respetable que la edad comunica á todas las cosas.

Ya que elevaban el trono ornando sus gradas con semejante pompa social, era preciso asegurar algunas garantías á los ciudadanos indemnizándolos con un poco de libertad efectiva de esa libertad aparente que perdían con la abolición de la república. Hacia algún tiempo que se había dicho y repetido que el gobierno sería mas fuerte y mas libres los ciudadanos constituyendo una buena monarquía, y era preciso cumplir en parte aquellas promesas, hacer posible cumplir una sola de este género en una época en que todo el mundo abogaba por el restablecimiento de un poder enérgico y hubiera dejado perecer por falta de uso la libertad mejor consignada en las leyes. De consiguiente resolvieron dar al Senado y al Cuerpo legislativo algunas prerogativas que no tenían y podían ser útiles garantías para los ciudadanos.

Compuesto el Senado en un principio de ochenta individuos elegidos por él mismo desmes de los ciudadanos á quienes el emperador creía dignos de ocupar aquella posición elevada, y al fin de los seis grandes dignatarios y de los príncipes franceses que hubiesen cumplido diez y ocho años siempre era el primer cuerpo del estado; como que componía los demás, gracias á la facultad de elegir que había conservado, podía anular cualquiera ley ó decreto que fuese inconstitucional, y reformar la constitución por medio de un senado-consulta orgánico, es decir, que en medio de las transformaciones que había sufrido en el espacio de cuatro años, continuó siendo tan poderoso como Mr. Sieyès quiso que fuera. Los restauradores de la monarquía, que se hallaban reunidos en Saint-Cloud para deliberar, le confirieron otras dos atribuciones de la mayor importancia, convirtiéndole en custodio de la libertad individual y la de imprenta. Con arreglo al artículo 46 de la primera constitución consular, el gobierno no podía tener preso á un individuo sin entregarle á sus jueces naturales en el término de diez días, y en la segunda constitución consular, esto es, en la que estableció el consulado vitalicio, se concedió al Senado, caso de que se tratase de algún complot contra la seguridad del estado, facultad para decidir si el gobierno podía escocer de dicho término y por cuánto tiempo. Para arreglar, pues, de un modo estable esta autoridad arbitraria concedida al gobierno, se creó una comisión senatorial compuesta de siete individuos, nombrada por escrutinio y que debía irse renovando con la salida, cada cuatro meses, de uno de ellos. En cuanto á sus atribucio-



nes debía recibir las reclamaciones de los presos ó de sus familias y declarar si el arresto era justo y lo exigía el interés del estado, pudiendo en caso contrario invitar por una, dos y tres veces al ministro que hubiese decretado el arresto, á que pusiera en libertad al individuo en cuestion y si el ministro no hacia caso dar cuenta al Tribunal Imperial sometiendo el preso á su jurisdiccion.

Una comision organizada del mismo modo, debía cuidar de la libertad de imprenta, siendo aquella la primera vez que se nombró esta libertad en las diferentes constituciones consulares, pues durante el Directorio casi ningun caso se hacia de la prensa al dia siguiente de aquellas saturnales. En euanto á la prensa periódica, quedó á cargo de la policia, porque no era ella la que llamaba entonces la atencion, sino los libros, los cuales eran mas dignos que los periódicos para los nuevos constitucionales. Asi es, que no queriendo dejarlos, como sucedió en 1789, al capricho de la policia, se autorizó á todos los impresores y librerios para que si la autoridad pública se oponia á que se publicase una obra, se dirigiesen en queja á la comision senatorial, la cual debía tomar conocimiento del libro prohibido ó mutilado, y si desaprobaba el rigor de la autoridad pública, podia invitar una, dos ó tres veces al ministro, sometién-dole al Tribunal Imperial si no entendia sus avisos.

El poder que tenian sus miembros, se prorogó desde cinco años hasta diez, y si esto redundaba en favor de los individuos, acortaba la vida del cuerpo renovando su espíritu mas de tarde en tarde.

A todo esto se añadió una institucion que faltaba para la seguridad del gobierno y de los ciudadanos, á saber, la de un tribunal superior, tribunal que entonces en Inglaterra y hoy en Francia se hallaba colocado en el seno de la cámara de los pares. Cuando el proceso formado contra Jorge y la malhadada ejecucion de Vincennes, se echó de menos, pero debía echarse mucho mas bajo un gobierno dictatorial cuyos agentes carecian de responsabilidad efectiva, paesto que no podian ser juzgados por ninguno de los cuerpos del estado. Efectivamente entonces no sucedia lo que hoy sucede, ni habia el recurso de interrogarsele ante una de las dos cámaras, siendo muy importante por lo mismo dar una garantía al gobierno contra los autores de los complots y á los ciudadanos contra los agentes de la autoridad pública.

Por supuesto que al establecer el tribunal supremo de que vamos á hablar, se procuró acomodarlo á las nuevas instituciones monárquicas concediendo tanta libertad á los conciudadanos como fuerza al poder. En consecuencia se determinó residiese en el Senado, cuyo cuerpo no podia componerle por sí solo ni por medio de todos sus individuos, debiendo constar únicamente de sesenta senadores cuando estos eran ciento veinte, de los seis presidentes del Consejo de estado, catorce consejeros de este cuerpo, veinte individuos del Tribunal de Casacion, los grandes oficiales del Imperio, los seis grandes dignatarios y los principes que hubiesen adquirido voto deliberativo. Por lo demas, debía presidirlo el archi-canciller, y conocer de los complots urdidos contra la seguridad del estado y la persona del emperador, las medidas arbitrarias



que se imputasen á los ministros y sus agentes, los delitos de prevaricacion ó cohecho, las faltas atribuidas á los generales de mar y tierra en el desempeño de sus respectivos mandos, y los crímenes que cometieran los miembros de la familia Imperial, los grandes dignatarios, los grandes oficiales, senadores, consejeros de estado, etc. Por manera que además de ser un tribunal encargado de reprimir los atentados contra la constitucion y el gobierno establecido, juzgaba políticamente á los ministros y agentes de la autoridad pública, conocia de la conducta de los militares y era una cámara de pares con respecto á los grandes personajes, así es que habia un procurador general agregado de un modo permanente á aquella jurisdiccion extraordinaria, para perseguir de oficio á los acusados, caso de que los quejosos no tomasen por sí la iniciativa.

La única modificacion que se introdujo en el régimen regular de enjuiciar, fué la de sustituir al nombre de tribunal el de *corte* para todos los tribunales de un rango elevado, de suerte que el Tribunal de Casacion debia tomar el título de Corte de Casacion y los tribunales de apelacion Cortes imperiales.

Tambien se decidió que se consultase de nuevo á la nacion, como para darle una prueba de deferencia, abriéndose registros públicos en la forma acostumbrada para recoger el voto de los ciudadanos acerca de el establecimiento del derecho hereditario en favor de la descendencia de Napoleón Bonaparte, y sus hermanos José y Luis.

El emperador debia prestar en el término de dos años, un juramento solemne á las constitu-

ciones del estado, en presencia de los grandes dignatarios, de los grandes oficiales, de los ministros, del Consejo de estado, del Senado, del Cuerpo legislativo, del Tribunado, de la Corte de Casacion, de los arzobispos, de los obispos, de los presidentes de los tribunales de justicia, de los presidentes de los colegios electorales y de los *maires* de las treinta y seis ciudades principales de la República. Este juramento debia prestarse segun el texto de la nueva acta constitucional, ante el pueblo francés y sobre los evangelios en los términos siguientes: «Juro mantener la integridad del territorio de la República, respetar y hacer que se respeten las leyes del concordato y de la libertad de cultos, la igualdad de derechos, la libertad política y civil y la irrevocabilidad de las ventas de los bienes nacionales: juro no establecer impuestos ni contribuciones de ningun género sino en virtud de las leyes, mantener la institucion de la Legion de Honor y gobernar para el interés, la felicidad y la gloria de mis pueblos.»

Estas fueron las condiciones adoptadas para la nueva monarquía en un proyecto de senado-consulta, escrito con sencillez, precision y claridad, como todas las leyes de aquel tiempo.

Tambien era aquella la tercer y última transformacion que sufría la célebre constitucion de Mr. Sieyès. Anteriormente hemos explicado la mente del legislador de la revolucion francesa, y como el régimen aristocrático es el puerto en que se han refugiado todas las repúblicas que no han sucumbido al despotismo, Mr. Sieyès, tal vez sin imaginarlo, habia procurado conducir hácia aquel



mismo amparo á la república francesa, tan fatigada de sus propias agitaciones al cabo de diez años, como las repúblicas antiguas y las de la edad media despues de muchos siglos, y habia elaborado su aristocracia con los hombres notables y experimentados de la revolucion. A fin de conseguirlo, proyectó un senado inactivo, pero en alto grado influyente, pues elegia sus propios miembros y los de todos los cuerpos del estado en las listas de notabilidad rara vez renovadas, nombraba los gefes de la administracion, los destituia y desterraba libremente, y anulaba las leyes por motivos constitucionales, aunque no tenia parte activa en su confeccion: en una palabra el Senado no egercia el poder, pero lo encargaba á otros y en todo caso podia retirar á estos su confianza. Sieyes habia añadido á este cuerpo otro legislativo, inactivo tambien, que admitia ó rechazaba silenciosamente las leyes que el Consejo de estado proponia y examinaba el Tribunado, y por último un representante supremo del poder ejecutivo, llamado Gran elector, electivo y vitalicio como un dux, sin voto como el rey de Inglaterra, nombrado por el Senado, y con el cargo de elegir los ministros, que eran los únicos agentes responsables. De este modo habia separado Mr. Sieyes en el gobierno la influencia y la accion; la influencia que delega el poder y lo detiene y la accion que lo recibe y lo ejerce: habia dado la primera á una aristocracia ociosa y elevada y la segunda á unos agentes electivos y responsables, formando así una especie de monarquía aristocrática, mas no hereditaria, semejante al gobierno de Venecia y no al de la Gran Breta-

ña y mas propia para un país cansado de sufrir que para un pueblo libre.

Desgraciadamente para aquella obra, al lado de la nueva aristocracia de Mr. Sieyes, compuesta de revolucionarios desacreditados y sin popularidad, se hallaba un hombre eminente, á quien la Francia y la Europa apellidaban Salvador, y habia pocas esperanzas de que aquella aristocracia pudiese defenderse contra la usurpacion, como la de Venecia, y de que se prolongase la lucha mucho tiempo en época de tan rápidas revoluciones. Desde luego, y antes de aceptar la constitucion de Mr. Sieyes, el general Bonaparte habia señalado en ella el puesto que le correspondia, nombrándose primer consul en vez de gran elector, y no bien hubo comenzado á gobernar, cuando tuvo que vencer y anonadar la resistencia del Tribunado, que le impedia hacer el bien, y al cual no vaciló en aniquilar, con gran contento de un pueblo cansado de revoluciones, dándose al mismo tiempo el Consulado perpétuo. Por la misma causa habia añadido á los poderes del Senado el poder constituyente, pues no temia conceder grandes facultades á un cuerpo dominado por su voluntad: anuló así mismo el Tribunado, reduciéndole á cincuenta miembros y dividiéndolos en secciones, que discutian con las del Consejo de estado las leyes propuestas. Tal fué la segunda transformacion de la constitucion de Mr. Sieyes, verificada en 1802, época del Consulado perpétuo. Un poder vigoroso, incontrastable, logró convertir en el espacio de dos años, aquella república aristocrática en una especie de monarquía de igual clase, á la cual solo faltaba el de-



recho hereditario. Por eso preguntaban muchos en 1802, por que no se acababa todo de una vez, concediendo el derecho hereditario á la sucesion directa de un hombre que era tan monarca como los demás de Europa. Una conspiracion tramada contra su vida reveló poco despues los deseos generales, que pedian instituciones mas firmes y duraderas, y dió el tercer golpe á la constitucion del año VIII, convirtiendo sus leyes en leyes monárquicas, representativas en la forma, pero en la esencia absolutas. En el nuevo gobierno figuraban sin duda muchos recuerdos republicanos al lado de un poder despótico, como poco mas ó menos sucedió en el imperio romano fundado por los Césares, y no era tampoco lo que se llama una monarquia representativa, como en el día la comprendemos, porque el Senado con su facultad de elegir todos los cuerpos del estado en las listas electorales, con su poder constituyente, con su derecho de anular las leyes, y á pesar de tantas preeminencias, sometido á un amo, en nada se parecia á lo que entendemos por cámara alta, ó alto cuerpo, y porque el Cuerpo legislativo, privado del derecho de discusion, aun cuando hiciese uso de la palabra en sesiones secretas, tampoco podia llamarse una cámara de diputados. Y á pesar de estos inconvenientes, era indudable que aquel Senado, aquel Cuerpo legislativo y aquel emperador constituirian tal vez con el tiempo una monarquia representativa. No se juzgue, pues, la constitucion de Mr. Sieyès alterada por Napoleon en vista de la muda obediencia que reinaba en la época del Imperio, pues nuestro código fundamental de 1830 con la prensa y la

tribuna, no hubiera dado seguramente entonces resultados muy distintos, porque el espíritu de la época es mucho mas poderoso que las leyes escritas. De donde se deduce que hubiera sido preciso examinar la constitucion imperial en el reinado siguiente. La oposicion entonces, consecuencia inevitable de una larga obediencia pasiva, hubiera nacido en el Senado, dócil por mucho tiempo, pero escudado por un poder inmenso; probablemente se hubiera puesto de acuerdo, aun sin pretenderlo, con los colegios electorales, á fin de elegir candidatos que no chocasen con el espíritu del siglo; hubiera roto los lazos que oprimian á la prensa, y hubiera abierto las puertas del Cuerpo legislativo, para que los ecos de su tribuna resonasen á lo lejos. De todo esto hubiera resultado la monarquia representativa, igual á la que hoy tenemos, con la única diferencia de que las resistencias hubieran surgido de arriba, en vez de surgir de abajo, sin que esta sea razon para que fuese menos ilustrada, menos constante y menos animosa. Por lo demás, este es un secreto que el tiempo ha confundido entre sus arcanos, sin revelarlo á los mortales, como ha confundido tantos otros. No se crea sin embargo, que aquellas instituciones merecen el desprecio con que se las ha juzgado, pues componian una república aristocrática, separada de su objeto por una voluntad poderosa, convertida temporalmente en monarquia absoluta, y destinada á formar con el tiempo una monarquia constitucional, muy aristocrática ciertamente, pero fundada sobre la base de la igualdad, pues bajo su régimen podia el soldado raso llegar á ser general en



gefe, y el hábil jurisconsulto archi-canciller, á ejemplo de su fundador, que de simple oficial de artillería habia ascendido hasta emperador hereditario y soberano del mundo.

Tal fué la obra del comité constituyente reunido en Saint-Clout, al que no asistieron MM. Cambaceres y Lebrun en los últimos dias de su reunión. Los altercados que habian provocado el celo monárquico de Mr. Fouché por una parte y por otra el mal humor de Mr. Cambaceres, fueron el motivo principal de que no se llamase para las referidas sesiones á los cónsules segundo y tercero. Los senadores mas prudentes de la comisión, experimentaron con esto un verdadero pesar é hicieron conocer á Napoleon lo mucho que le importaba tratar á sus dos colegas de la manera mas conveniente á su clase. No necesitaba él de que se lo advirtiesen, porque tenia bien experimentado lo que valia el segundo consul Cambaceres, apreciaba su adhesión sin fausto ni hipocresía, y se proponia atraerle y hacerle útil para la nueva monarquía. Llamóle en consecuencia á Saint-Cloud, se esplicó de nuevo con él acerca del último cambio, le espuso sus razones y escuchó las de su colega, terminando la conferencia por medio de la espresion de su voluntad, que era ya irrevocable. Quería una corona y no se acomodaba á sufrir contradicciones, aunque por otra parte contaba con ofrecer á MM. Cambaceres y Lebrun ventajosas indemnizaciones, pues destinaba para el primero la dignidad de archi-canciller del Imperio, y para el segundo, la de archi-tesorero. De este modo los igualaba á sus propios hermanos, que iban á ser comprendidos en el nú-

mero de los seis grandes dignatarios. Anunció desde luego esta resolución á Mr. Cambaceres, le sedujo con aquellas palabras cariñosas que reservaba para sus amigos, á las cuales nadie oponia resistencia, y por último le riñó formalmente. —Estoy, le dijo al fin, y estaré desde ahora mas rodeado que nunca de intrigas y consejos péfidos ó interesados, y vos solo tenéis el talento y el arrojo necesarios para decirme en todo tiempo la verdad. Quiero, pues, conservaros cerca de mi persona; quiero permanecer al alcance de vuestra voz: os quedareis para poseer mi entera confianza y para justificarla. —Cambaceres merecia este elogio, y no pudiendo desear mas, ni abrigar temor alguno en aquella posicion elevada, la aceptó, pues debia ser, como fué en efecto, el mas sincero, el mas veraz, el único consejero influyente del nuevo emperador.

José Bonaparte fué nombrado gran elector, y Luis Bonaparte condestable, reservandose Napoleon el conceder las dos dignidades de archi-canciller de estado y de gran almirante, porque andaba vacilante su eleccion entre los diferentes individuos de su familia. Tenia que pensar en Luciano, desgraciado y ausente, cuya union reciente esperaba romper, en Eugenio Beauharnais, que nada pedia, pero que en medio de su sumision lo esperaba todo de la ternura de su padre adoptivo, y en Murat, que no solicitaba personalmente, sino por medio de su muger, jóven, bella, ambiciosa, muy querida de Napoleon y que sabia aprovecharse hábilmente del cariño que le inspiraba.

Mr. de Talleyrand, principal inventor de las nuevas dignidades, experimentó entonces el pri-



mer revés, que influyó de un modo desgraciado en sus disposiciones y le lanzó mas tarde á las filas de una oposicion fatal para él y funesta para Napoleon. Habiéndose devuelto al segundo consul Cambaceres la plaza de archi-canciller del Imperio, que correspondia á sus funciones judiciales, esperaba que se le concedería naturalmente la de archi-canciller de estado, como aneja á sus deberes diplomáticos, pero el nuevo emperador se habia explicado ya con claridad sobre este asunto, no admitia el principio de que los grandes dignatarios pudiesen ser ministros, y no queria para estos cargos sino agentes amovibles y responsables, á quienes pudiese él destituir y castigar impunemente. El general Berthier era para Napoleon un instrumento tan necesario como Mr. de Talleyrand, y sin embargo queria conservarlo de ministro, como á este último, reservándose el derecho de aumentar considerablemente las dotaciones de ambos. No dejó de picarse Mr. de Talleyrand, y aunque prosiguió mostrándose cortésano, empezó á revelarse en él el cortésano descontento é incomodado, actitud que al principio supo disimular, pero que descubriéndose en lo sucesivo sin el menor embozo, le acarreó crueles desgracias.

Por lo demás todavía quedaban en la corte y en el ejército posiciones brillantes capaces de contentar todas las ambiciones, pues se contaban cuatro plazas de mariscales honorarios para los generales que descansaban de sus fatigas en el Senado, y diez y seis mas para los que, jóvenes á la sazón, debian figurar por mucho tiempo al frente de nuestras tropas. Reservaba Napoleon las cuatro primeras para Kellermann por los recuer-

dos de Valmy; para Lefebvre por su experimentado valor y por su adhesion que databa desde 18 de brumario, para Perignon y para Serrurier por el respeto y estimacion con que los distinguia el ejército. De las diez y seis plazas destinadas á los generales en activo servicio, trató de conferir catorce inmediatamente y reservar dos para recompensar futuros merecimientos. Diéronse por consiguiente los bastones de mariscales á Jourdan, por la batalla de Fleurus; al general Berthier, por sus eminentes y dilatados servicios en la direccion del estado-mayor; al general Massena, por las operaciones de Rivoli, Zurich, y Génova; á los generales Lannes y Ney por una série brillante de acciones heroicas; al general Augereau, por Castiglione; á Brune, por el paso del Helder; á Murat por su valor caballeresco al frente de la caballeria francesa; al general Bessieres, por el mando de la guardia, que egercia desde la batalla de Marengo, y del cual era digno; á Monecy y á Mortier por sus virtudes militares; á Soult, por sus importantes servicios en Suiza, Génova y campamento de Boloña; á Davoust, por su conducta en Egipto y por su firmeza de carácter, que tuvo en breve ocasiones de manifestarse, y al general Bernardotte, por el renombre que habia adquirido en los ejércitos del Sambre y Mosa y del Rhin y sobre todo por su parentesco, á pesar de la rencorosa envidia que Napoleon habia creído notar en el carácter de aquel caudillo, y de los presentimientos que el primero abrigaba, y á veces descubria en alta voz, de futuras traiciones.

Un general existia que á la verdad nunca habia mandado en gefe, pero que tuvo á sus órdenes



muchas veces, como los generales Lannes, Ney y Soult, cuerpos considerables y era tan digno como los oficiales ya citados del bastón de mariscal: este general que no figuraba en la lista de los agraciados, era Goubion Saint-Cyr, quien sino igualaba á Massena en arrojo, le sobrepujaba en talento y en combinaciones militares. Desde que Moreau se inutilizó para la Francia por sus faltas políticas y desde que habían muerto Kleber y Desaix, Goubion Saint-Cyr y Massena, eran los hombres mas capaces de mandar un ejército, si esceptuamos á Napoleon, que en este punto no admite comparacion alguna. Pero el caracter celoso é insociable del mencionado general, comenzaba á conquistarle la tibieza del dispensador de tan anheladas gracias, porque el poder soberano abria la puerta á las debilidades, y Napoleon que perdonaba en el general Bernadotte los indicios de traicion, anuncios de otra mucho mas grande, no supo perdonar al general Saint-Cyr rarezas de carácter, que no se oponen á la fidelidad ni al cumplimiento de sagrados deberes. Este caudillo obtuvo sin embargo colocacion entre los coroneles-generales y fué nombrado coronel general de coraceros. Turrot y Marmont, ayudantes de campo que habian sido del general Bonaparte, consiguieron los nombramientos de coroneles-generales de húsares y de cazadores, asi como Baraguay-d'Hilliers, el de dragones. El general Marescot quedó elegido inspector general de ingenieros, y el general Songis de artillería. En cuanto á la marina, el vice-almirante Bruix, gefe organizador de la escuadrilla ascendió á almirante, y fué nombrado inspector general de las costas del Océano, al paso que el

almirante Decrés, tuvo á su cargo la inspeccion general de las costas del Mediterráneo.

Tambien la corte ofrecia grandes y pingües destinos, porque se estaba organizando con toda la pompa y esplendor de la antigua monarquia francesa, y con mas brillo que la corte imperial de Alemania. Debian nombrarse un gran limosnero, un gran chambelan, un gefe de casa real, un gran escudero, un gran maestro de ceremonias, y un gran mariscal de palacio, y fueron nombrados gran limosnero el cardenal Fesch, tio de Napoleon; gran chambelan Mr. de Talleyrand; y gefe de la real casa, el general Berthier. Respecto á estos últimos se consideraron los cargos que se les conferian, como indemnizaciones otorgadas para consolarles de la pérdida de dos altas dignidades del estado. Se dió el empleo de gran escudero á Mr. de Caulaincourt, para vengarle de las calumnias de los realistas, encarnizados contra él desde la muerte del duque d'Enghien, y Mr. de Segur, antiguo embajador de Luis XVI. cerca de la reina Catalina, y uno de los hombres mas apropiados para enseñar á la nueva corte los usos y costumbres de la que habia espirado, fué elegido gran maestro de ceremonias. Duroc que era ya gobernador del palacio consular, convertido ya en imperial, siguió en su mismo empleo con el título de gran mariscal de palacio.

No citaremos aqui los empleos subalternos ni los nombres de los pretendientes que los disputaban, porque la historia tiene que ocuparse de sucesos mas importantes, y solo descendié á estos pormenores, cuando su relacion puede ser útil para la pintura fiel de las costumbres de un siglo.



Diremos si, que los emigrados, aquellos mismos que antes de la muerte del duque de Enghien, querian reconciliarse con el gobierno, que despues de aquel suceso se habian alejado por un instante, y que olvidadizos como todos los mortales pensaban ya mucho menos en una catástrofe que tenia dos meses de fecha, empezaron á figurar entre el número de los que anhelaban un destino en la corte imperial y algunos de ellos fueron agraciados. Tambien se pensó en organizar una servidumbre completa para la emperatriz, y Madame de la Rochefoucauld, señora de alto rango, cuya belleza habia desaparecido, no así su talento, distinguida por su educacion y por sus maneras, realista acérrima en otro tiempo, pero entonces despreocupada y dispuesta á burlarse de sus estinguidas pasiones, fué nombrada primera dama de honor de Josefina.

Antes que el *Monitor* publicase el otorgamiento de las referidas gracias, corrían estas de boca en boca, acompañadas de los comentarios correspondientes de aprobacion ó desaprobacion, en los que no se revelaba todo lo que se sentia á la vista de tan singular espectáculo, pues cada cual aplaudia ó censuraba con arreglo á sus amistades, á sus odios, y á sus pretensiones negadas ó satisfechas, pues muy pocos obedecian á su conciencia política, por la razon de que esta solo existia en los tereos realistas ó en los implacables republicanos.

A los referidos nombramientos se añadió otro de mayores consecuencias, el de Mr. Fouché para ministro de policia, restablecido para él, en recompensa de los servicios que habia prestado en los últimos acontecimientos.

Era preciso dar á aquellas elecciones, y particularmente á la principal de ellas, que convertia á un general de la República en monarca hereditario, el carácter de actos oficiales. El senado-consulta estaba ya redactado y se trató de presentarlo el 26 de floreal (16 de mayo de 1804) para que el Senado lo decretase en la forma acostumbrada; la presentacion tuvo efecto y al punto se nombró una comision para que diese su informe, del cual se encargó Mr. de Lacedpede, uno de los senadores mas adictos á Napoleon, terminándolo en cuarenta y ocho horas, y leyéndolo en el Senado el 28 de floreal (18 de mayo). Aquel dia era el destinado para la proclamacion solemne de Napoleon como emperador y se habia decidido que el consul Cambaceres presidiese la sesion del Senado para hacer mas patente su adhesion al nuevo gobierno monárquico. Apenas acabó Mr. de Lacedpede la lectura de su informe, cuando los senadores, sin disidencia aparente y por aclamacion, adoptaron el senado-consulta, asistiendo con visible impaciencia á las formalidades indispensables que debian acompañar á aquel acto. Tambien se convino en que el Senado se trasladaria en cuerpo á Saint-Cloud para presentar el decreto al primer consul y saludarle con el titulo de emperador. Apenas quedó aprobado el senado-consulta, cuando los senadores levantaron tumultuosamente la sesion para meterse en sus coches y correr sin tardanza á la residencia de Napoleon. ®

Habianse tomado disposiciones en el palacio del Senado, en el tránsito y en Saint-Cloud para aquella escena nunca vista. Una larga fila de coches escoltada por la caballeria de la guardia,



condujo á los senadores hasta el último punto, en el que Napoleón y su esposa esperaban la solemne visita. El primero en pie, vestido de militar, tan tranquilo como siempre que se presentaba en público, y la segunda satisfecha y turbada, recibieron al Senado, presidido por el archi-canciller Cambaceres. Este, que de colega respetuoso habia pasado á ser súbdito mas respetuoso aun, dirigió, despues de inclinarse profundamente, las siguientes palabras al guerrero, hecho ya emperador:

SEÑOR:

«Hace cuatro años que el amor y la gratitud del pueblo francés confiaron á V. M. las riendas del gobierno, y las constituciones del estado descansaban en vos en cuanto á la eleccion de un sucesor. La denominación mas imponente que hoy se os concede es el tributo que la nacion paga á su propia dignidad y á la necesidad que siente de daros todos los dias nuevos testimonios de su adhesion y profundo respeto.»

«¿Y cómo habia de pensar el pueblo francés sin entusiasmo en la dicha que experimenta desde que la Providencia le inspiró el deseo de arrojar-se en vuestros brazos?»

«Nuestros ejércitos yacian vencidos, las rentas públicas en el mayor desórden, el crédito público aniquilado; las facciones se disputaban los restos de nuestro antiguo esplendor, iban desapareciendo las ideas mas claras de religion y de sana moral, y la costumbre de dar y quitar el poder dejaba á los magistrados sin consideracion y prestigio.

«Aparecisteis vos, y fijásteis la victoria en nuestras banderas, restableciendo al mismo tiempo el orden y la economia en los gastos públicos; asegurada la nacion por el buen uso que sabeis hacer de sus caudales, tiene ya confianza en sus propios recursos; vuestra sabiduria ha calmado el furor de los partidos, la religion ostenta sus altares, y por último, y no es este el menor de los milagros que ha obrado vuestro talento, ese pueblo, al que la efervescencia civil ha hecho indócil é inaccesible al temor, ama y respeta un poder que solo se egerce para su gloria y para su tranquilidad.

«El pueblo francés no pretende erigirse en juez de las constituciones de los demas estados; ni las censura, ni las imita, porque su única leccion es la esperiencia.

«Por espacio de siglos ha aprobado las ventajas anejas al poder hereditario y despues de experimentar dolorosamente el sistema contrario, vuelve á entrar, por efecto de libre y reflexiva deliberacion, en un régimen adaptado á su carácter, y hace uso espontáneo de sus derechos para delegar en V. M. I. un poder, que su propio interés le prohíbe egercer por si mismo, estipulando tambien en pró de las generaciones venideras, y confiando, por medio de un pacto solemne, la felicidad de sus hijos á los vástagos de vuestra linea.

«Dichosa la nacion que, despues de tantas turbulencias, encuentra en su seno un hombre capaz de apaciguar la tormenta de las pasiones, de conciliar todos los intereses y de reunir todos los votos.

«Si está en los principios de nuestra constitucion el principio por el cual deba someterse á la



sancion del pueblo la parte del decreto que se refiere al establecimiento de un gobierno hereditario, el Senado ha creído conveniente suplicar á V. M. I. que disponga tengan inmediata ejecucion las disposiciones orgánicas, y para gloria y felicidad de la República, proclama desde este instante á NAPOLEON, EMPERADOR DE LOS FRANCESES.»

Apenas hubo terminado su discurso el archicanciller cuando el grito de *viva el emperador* resonó en las galerías del palacio de Saint-Cloud, y fué repetido en los jardines entre innumerables salvas de aplausos. La esperanza y la confianza estaban retratadas en todos los semblantes, y los espectadores arrebatados por el efecto de tan grandiosa escena, creían haber asegurado para mucho tiempo su felicidad y la de la Francia, y el mismo archicanciller Cambaceres se figuraba en su entusiasmo que siempre habia querido lo que entonces se verificaba.

Restablecido el silencio, el emperador dirigió al Senado las palabras siguientes:

«Todo lo que puede contribuir al bien de la patria, está esencialmente ligado á mi propia felicidad.

«Acepto el título que creéis útil para la gloria de la nacion.

«Someto á la sancion del pueblo la ley sobre derecho hereditario, y espero que nunca se arrepentirá la Francia de los honores que decrete para mi familia.

«En todo caso no reinarian mis principios con mi posteridad desde el momento en que esta dejase de merecer el amor y la confianza de la gran nacion.»

Volvieron á resonar mil aclamaciones, y en seguida el Senado por conducto de su presidente Cambaceres, dirigió una felicitacion á la nueva emperatriz que la recibió con su acostumbrada afabilidad y solo contestó á ella con una emocion profunda.

El Senado se retiró despues de haber concedido á aquel hombre, nacido tan lejos del trono el título de emperador, que no perdió despues de su caída ni en el destierro. En adelante lo nombraremos por este título, que le perteneció desde el dia que hemos mencionado. El voto nacional, tan seguro, que tenia algo de pueril el cuidado que se tomaban para hacerlo constar, debia decidir, si llegaría á ser emperador hereditario; pero entretanto era emperador de los franceses por el voto del Senado, que habia obrado en el círculo de sus atribuciones.

Mientras se retiraban los senadores, detuvo Napoleon al archicanciller Cambaceres, y quiso que se quedase á comer con él y con la emperatriz: ambos le colmaron de atenciones procurando hacerle olvidar la distancia que ya les separaba. Por lo demás el archicanciller podia muy bien consolarse, supuesto que en realidad no descendió: Napoleon era quien habia subido haciendo subir con él á todos.

El emperador y el archicanciller Cambaceres tenian que ocuparse de asuntos importantes relativos al acontecimiento del dia, es decir, de la ceremonia de la coronacion y del nuevo régimen que debia darse á la república italiana, que ya no podia ser república al lado de la Francia convertida en monarquía. Napoleon aficionado á lo mara-



villosa, habia concebido un pensamiento atrevido cuya ejecucion debia entusiasmar los ánimos, y dar mayor realce á su advenimiento al trono: aquella idea consistia en hacerse consagrar por el papa, quien debia trasladarse de Roma a Paris para tan solemne ceremonia. Nada de esto habia sucedido en los diez y ochos siglos de duracion que llevaba la iglesia, pues todos los emperadores de Alemania fueron siempre á consagrarse á Roma, y el mismo Carlo-Magno, proclamado casi por sorpresa emperador de Occidente en la Basilica de San Pedro el dia de Navidad del año 800, no pudo conseguir que el papa se incomodase por él. Es verdad que Pepino fué coronado en Francia por el papa Esteban; pero esto consistió en que este último habia venido á pedir socorro contra los lombardos: por manera que aquella era la primera vez que un papa iba á dejar á Roma para consagrar los derechos de un nuevo monarca en la propia capital de este monarca. Lo único en que aquello se parecia á lo sucedido en tiempos antiguos, era en que la iglesia premiaba con el titulo de emperador al afortunado guerrero que la habia socorrido: prodigiosa semejanza con Carlo-Magno que suplía á la legitimidad con que en vano se enorgullecian los Borbones, desacreditados por sus derrotas, su mala conducta y la parte que tomaron en indignos complots.

Apenas habia concebido Napoleon este pensamiento, cuando ya le habia convertido en resolucion irrevocable, proponiéndose traer á Paris á Pio VII de cualquiera modo que fuese; y ora tuviera que recurrir á medios de seduccion, ora fuera preciso atemorizarle; pero como aquella era

una negociacion de las mas difíciles, y en la cual solo él podia quedar bien, pensó en valerse del cardenal Caprara, quien no cesaba de escribir á Roma que á no ser por Napoleon, se hubiera perdido la religion en Francia, y quizá tambien en Europa. En consecuencia comunicó su proyecto al archi-canciller Cambaceres, y arregló de acuerdo con él el modo con que debian conducirse para dar la primera embestida á las preocupaciones, los escrúpulos y la fuerza de inercia de la corte romana.

En cuanto á la república italiana, si no hubiese sido su presidente el general Bonaparte, hubiera sido un teatro de confusion de dos años á aquella parte. En primer lugar Mr. de Melzi, que era un hombre de bien, y bastante sensato, tenia un carácter triste, estaba comido de gota y siempre se hallaba dispuesto á hacer dimision del cargo de vice-presidente, porque carecia de genio para soportar la pesada carga del gobierno, de suerte que era muy mal representante de la autoridad pública. Murat que mandaba el ejército francés existente en Italia, hacia malas pasadas al gobierno italiano, agriando mas y mas el carácter de Melzi, y Napoleon tenia que estar interviniendo á cada instante para poner de acuerdo á una y otra autoridad, á lo cual hay que añadir que poco adecuados aun los italianos para ese régimen constitucional, que les permitia tomar parte en sus propios asuntos, se mostraban indiferentes en un todo ó en extremo exaltados. Por lo demás, no habia otros que gobernasen sino los moderados, cuyo número era muy reducido, y que no sabian cómo componérselas con los nobles adictos á los



austriacos, los liberales inclinados al jacobinismo y las masas que solo se cuidaban de si los impuestos eran ó no gravosos, quejándose de la ocupación francesa. «Estamos gobernados por extranjeros, nuestro dinero va á parar á manos extrañas;» esto se decia en Italia, lo mismo en la nueva república que cuando se hallaba al frente del gobierno la casa de Austria, existiendo únicamente un corto número de hombres ilustrados que conocian que gracias al general Boaparte, se habia dado existencia propia á casi toda la Lombardia, reuniéndola en un solo estado, gobernado en la realidad por sus mismos hijos, aunque hubiese un gobierno que egercia sobre ella una vigilancia exterior y remota; y que si era preciso dar todos los años 20,000,000 para el ejército francés, era una cantidad bien módica, tratándose como se trataba de mantener con ella á un ejército de treinta á cuarenta mil hombres, indispensable sino querian perder la unidad italiana, volviendo á sufrir el yugo de los austriacos. Sin embargo, á pesar de los sombríos colores con que el presidente Melzi llevado de su carácter melancólico, pintaba el estado de los asuntos de Italia, estos asuntos marchaban con bastante tranquilidad, merced al dominio que sobre ellos egercia Napoleon.

Convertir aquella república en una monarquía feudataria del imperio, dándola por ejemplo á José, era dar principio al imperio de Occidente con que soñaba Napoleon, arrastrado por su ilimitada ambición; era asegurar en Italia un régimen más fijo, era probablemente contentarla, pues le gustaria tener un príncipe para sí, y aunque solo fuese un cambio, podría ser dejase satisfechas á

aquellas imaginaciones inquietas y voltarias. Convencido, pues, de esto Napoleon, convino con el archi-canciller Cambaceres, quien tenia muy buenas relaciones con Mr. de Melzi, en que le escribiría sobre este punto, haciéndole las proposiciones convenientes.

Después que Napoleon se puso de acuerdo con su antiguo compañero acerca de todo lo que habia que hacer, mandó llamar á Saint-Cloud al cardenal-legado, y le habló en tono cariñoso, pero tan positivo, que el cardenal no se atrevió á oponer la mas mínima objecion. Lo que Napoleon le dijo fué lo siguiente: que le encargaba de un modo terminante pidiese al papa se trasladase á Paris, para officiar en la ceremonia de la consagracion; que mas tarde se lo pediría él formalmente, cuando estuviera seguro de que no se negaría á ello; que por lo demás no dudaba accedería á sus deseos; y que la iglesia debía secundar la idea por lo mucho que la importaba, pues nada contribuiría á afirmar la religion en Francia como la ida á Paris del soberano pontífice y en unir en una ocasion tan solemne las pompas religiosas á las civiles. En consecuencia de esto, el cardenal Caprara envió á Roma un correo de gabinete, y Mr. de Talleyrand por su parte escribió al cardenal Fesch dándole cuenta del nuevo proyecto, y encargándole apoyase la negociacion. ®

Corría entonces la primavera, y queriendo Napoleon que el viage del papa se verificase en otoño, se proponia para aquella época agregar otro prodigio al del papa coronando en Paris al representante de la revolucion francesa. Este pro-



digio no era otro que la expedición á Inglaterra, expedición que habia aplazado con motivo de la conspiración realista y de la institución del Imperio, pero cuyos preparativos habia perfeccionado de tal modo que no abrigaba duda alguna acerca de su buen éxito. Para ello necesitaba á lo mas un mes, pues queria obrar con la celeridad del rayo, y pensaba realizar aquella grande operación en julio ó agosto, regresando en octubre victorioso, alianza con la paz definitiva, y dueño de los destinos de Europa, para ser coronado á entrada de invierno, en el aniversario de 18 de brumario (9 de noviembre de 1804). Todos estos proyectos rodaban á un mismo tiempo por su imaginación, y ya veremos cómo, gracias á las combinaciones que últimamente formó, no eran puras quimeras.

Tambien el archi-canciller Cambaceres, escribió por su parte al vice-presidente Melzi, acerca de los asuntos del nuevo reino de Italia, debiendo apoyar las proposiciones que el primero hizo al segundo Mr. Marescalchi, ministro que era en París de la república italiana.

Los dias siguientes se invirtieron en prestar juramento al nuevo soberano de Francia, siendo introducidos unos tras otros todos los miembros del Senado, el Cuerpo legislativo y el Tribunal. El archi-canciller Cambaceres, de pié al lado del emperador, que se hallaba sentado, leia la fórmula del juramento, el personage admitido á jurar lo hacia en seguida, y levantandose á medias el emperador de su sillón imperial, saludaba aunque levemente á aquel que iba á rendirle homenaje. Esta repentina deferencia introducida en las rela-

ciones de los súbditos para con un soberano que la vispera era igual á ellos, causó alguna sensación á los individuos de los cuerpos del estado, quienes dieron la corona siguiendo el general impulso, sorprendiéndose al ver las primeras consecuencias de lo que habian hecho. El tribuno Carnot, cumpliendo la promesa que hizo de acatar la ley, así que se promulgase, prestó juramento con los demás miembros del Tribunal, mostrando tanta dignidad como respeto á la ley, y no estrañando tanto como otros las variaciones introducidas en las formas exteriores del poder. Empero los que mas notaron dichas variaciones, soltando algunas palabras malignas, fueron los senadores, si bien es verdad que contribuyó á inspirárselas una circunstancia especial. De las treinta y tantas senadurias creadas en la época del Consulado vitalicio quedaban por dar quince, á saber: las de Agen, Ajaccio, Angers, Besanzon, Bourges, Colmar, Dijon, Limoges, Leon, Montpellier, Nancy, Nimes, Paris, Pau y Riom. Provistas el 2 de pradiel (22 de mayo), se hallaban en el número de los favorecidos MM. Lacedepede, Kellermann, Francisco de Neufchateau y Berthollet; pero en un centenar de senadores, de los cuales faltaban aun por proveer mas de ochenta, no bastaba con contentar á quince. Sin embargo, los que no consiguieron senadurias, tenian otros destinos á que aspirar, y por lo mismo no era cosa de desesperarse; pero entretanto revelaron con sus palabras el mal humor que abrigaban. A todo esto, aparecia lleno el *Monitor* de nombramientos de chambelanes, escuderos, camaristas y azafatas, nombramientos que recaian en personas que no porque á Napoleon



se le perdonase todo, gracias á su grandeza personal, eran dignas de que á ellas se les perdonase el afán con que querían elevarse en pos suyo. La impaciencia con que aquellos republicanos procuraban convertirse en cortesanos, y el ansia con que los realistas trabajaban por formar parte de la servidumbre de aquel á quien llamaban usurpador, era un espectáculo extraño, y si á esto se agrega el efecto que naturalmente debía causar este espectáculo en el ánimo de los que veían defraudadas sus esperanzas ó tenían que aguardar para verlas satisfechas, cualquiera comprenderá que tratarían de vengarse criticando, burlándose, menospreciando, y hablando mucho, para decirlo de una vez. Empero las masas arrojadas con aquel gobierno tan glorioso como benéfico, y admiradas de aquella escena nunca vista, no conocían sus pormenores, ni miraban con ojos de envidia á los que se encumbraban, haciéndose á sí mismos prefectos de palacio ó chambelanes, pages á sus hijos, y camaristas á sus esposas; veían todo aquello con una sorpresa, que acabó por transformarse en admiración. Napoleón pasando á ser emperador de subteniente de artillería que era, bien recibido, aceptado por la Europa, y elevado sobre el pavés en medio de una calma profunda, cubría con el brillo de su fortuna las pequeñeces que andaban mezcladas con aquel suceso tan prodigioso. Es verdad que no abrigan nuestros compatriotas el sentimiento que animaba la nación en 1799 cuando salió asustada al encuentro de un libertador; es verdad que tampoco les guiaba el sentimiento de gratitud que en 1802 indujo á la nación á dar á su bienhechor el

poder por toda la vida; es verdad por último que no se daban mucha prisa á mostrarse reconocidos á un hombre que se pagaba tan bien por su propia mano; pero le creían digno de la soberanía hereditaria, admiraban la osadía con que la tomaba, aprobaban que la restableciese porque este era el medio de entrar completamente en la senda del orden, y estaban en fin deslumbrados con las maravillas que presenciaban. Así es, que aunque sus sentimientos se diferenciaban algún tanto de los que encerraba su corazón en 1799 y 1802, los ciudadanos acudían presurosos á depositar su voto en los sitios donde se abrieron registros, y mientras que los favorables se contaban por millones, apenas había algunos en contra, hallándose en la masa inmensa de los en pró, como para atestiguar que la votación era libre.

Napoleón tenía que sufrir un disgusto antes de hallarse en plena posesión de su nuevo título, disgusto que nacía de haberse comprometido al principio con demasiada confianza en la causa formada á Jorge y Moreau. Por lo que hace á Jorge y sus cómplices, por lo que hace también á Pichegru, si hubiese vivido, la dificultad no era grande, pues la causa debía confundirlos y demostrar la participación que en sus complots tenían los príncipes emigrados; pero Moreau se hallaba comprendido en la causa, y cuando empezó á formarse creyóse resultarían más pruebas contra él que las que realmente existían, que aunque todas las personas de buena fé estaban seguras de que había delinquido, no faltaban recursos á los mal intencionados para negarlas. Además, reinaba un sentimiento involuntario de compasión al



ver el contraste que presentaban los dos generales mas grandes de la República, uno de ellos subiendo al trono, y el otro sumido en un calabozo, y destinado no á morir en un cadalso, pero sí á vivir en el destierro. En casos tales se deja á parte cualquier consideracion, sea ó no justa, y de mejor gana se concede la razon al desgraciado que al afortunado, aunque esté de parte de este.

Aconsejados por sus defensores los comprendidos en la causa formada á Moreau, pusieronse de acuerdo para disculparle completamente, aunque en un principio se mostraron muy enfadados con él; pero como el interés dominaba á la pasion, se propusieron salvarle, á ser esto posible. En primer lugar era una derrota moral para Napoleon, hacer salir de la carcel á su rival, victorioso de la acusacion fulminada contra él, revestido con el traje de la inocencia, engrandecido con la persecucion y convertido en enemigo implacable; y en segundo, porque si Moreau no habia conspirado podia sostenerse que no habia habido conspiracion, es decir delito, y de consiguiente tampoco culpables. Los realistas, pues, debian por su propia seguridad y por calculos de partidos observar la conducta proyectada.

Por supuesto que los hombres dedicados al foro, se hallaban predispuestos en favor de los acusados, la clase media de Paris siempre independiente en sus juicios, y que siempre militaba en la oposicion cuando sucesos de gravedad no le hacian unirse al poder, se habia prendado de Moreau, deseando fuese puesto en libertad, y los que sin querer mal á Napoleon solo veian en Mo-

reau un guerrero tan ilustre como afortunado, cuyos servicios podian ser de utilidad, deseaban tambien saliese inocente, para que ni el ejército ni Francia perdieran un tan buen general.

Abiertos los debates el 28 de mayo (8 de pradiel, año XII), en medio de una concurrencia inmensa, los acusados que eran muchos, ocuparon cuatro filas de bancos, no siendo igual su actitud. Jorge y sus camaradas, mostraban una firmeza que rayaba en afectacion, sin duda porque podian decir eran victimas que se sacrificaban por su causa. Sin embargo, la arrogancia con que algunos de ellos se presentaron, disgustó al público, y aunque Jorge pasaba á los ojos de la multitud por hombre de energia fué acogido con algunos gritos de indignacion. Por lo que hace al pobre Moreau, ahrumado de gloria, deploraba en aquel instante el nombre ilustre que hacia que todas las miradas se fijasen en él, y carecia de la tranquilidad de aplomo, que que era lo que constituia su principal mérito en la guerra. Es evidente que estrañaba verse allí entre aquellos realistas, cuando habia sido y era uno de los héroes de la revolucion, y si se hubiese hecho justicia á si mismo, hubiera conocido que merecia verse en semejante situacion por haberse dejado llevar del deplorable vicio de la envidia. Entre tantos acusados como allí habia, el público solo le buscaba á él con la vista, y hasta se oyeron algunos aplausos de algunos veteranos escondidos entre la multitud, y ciertos revolucionarios que creian ver nada menos que la República, en el banquillo en que estaba sentado el general en jefe del ejército del Rhin. Aquella



curiosidad, aquellos homenajes turbaron de tal modo á Moreau, que mientras que los demás pronunciaron con énfasis sus nombres oscuros ó tristemente célebres, él pronunció el sayo á pesar de lo glorioso que era, en voz tan baja que apenas se le oyó, como en justo castigo de haber comprometido una reputación tan bella.

Los debates fueron largos, habiendo seguido exactamente los acusados el sistema que se habían propuesto, pues dijeron que Jorge y MM. Polignac y de Riviere habían ido á París persuadidos, porque así se les había manifestado, de que el nuevo gobierno carecía enteramente de popularidad, y la opinión se había pronunciado en favor de los Borbones. Por lo demás, no ocultaron su adhesión á la causa de los príncipes legítimos, y lo dispuestos que se hallaban á cooperar en favor de un movimiento, si hubiera sido posible realizarlo; pero añadieron que aunque los intrigantes decían que Moreau se hallaba pronto á acoger á los Borbones, no pensaba en tal cosa ni nunca había querido escuchar ninguna de sus proposiciones, no habiéndole pasado por la imaginación el conspirar. Interrogado Jorge, acerca del fondo del proyecto, para lo cual se leyeron sus primeras declaraciones, en las cuales confesó había ido á Francia con objeto de asaltar al primer consul en el camino de la Malmaison, llevando á su lado á un príncipe francés, no supo que contestar, y dijo, que sin duda se habría pensado en ello más tarde, á creer oportuno apelar á la insurrección; pero que como esto no era posible en aquel momento, niquiera se habían ocupado en el plan de ataque. Entonces le mostró el presidente los puña-

les, los uniformes que habían de servir para los chuanes, y los mismos chuanes que se hallaban sentados en los bancos de los acusados; y aunque no se aturdió precisamente, no contestó, como si quisiera confesar con su silencio que ni era verosímil, ni digno el sistema inventado en favor de sus compañeros de acusación y de Moreau.

Solo acerca de una cosa estuvieron todos conformes por lo manifestado en sus primeras declaraciones, que fué en que con ellos iba un príncipe francés, pues conocían que para que no se les tuviera por asesinos era preciso poder decir se hallaba á su cabeza un príncipe. Poco les importaba al decirlo que se comprometiese la dignidad real; un Borbon les daba visos de soldados que iban á pelear por la dinastía legítima, y puesto que aquellos imprudentes Borbones se hallaban sanos y salvos en Lóndres, sin cuidarse de sus malhadadas víctimas, bien podían estas tratar de salvar en París, ya que no su vida, á lo menos su honra.

En cuanto á Moreau, su sistema era mas especioso pues no lo había variado, siendo el mismo que espuso al primer consul en una carta que escribió demasiado tarde por desgracia, esto es, mucho tiempo despues de los inútiles interrogatorios que le tomó el juez supremo, y cuando comprometido el gobierno á seguir el proceso, no podía retroceder sin que se creyera temía fuese público el debate. Su sistema se reducía á confesar había visto á Pichegrú, pero que fué con objeto de reconciliarse con él y proporcionarle medios para entrar en Francia; que terminada la guerra civil creyó que el vencedor de Holanda valía la pena



de volver á servir á la República, pero que no quiso verle abiertamente ni solicitar directamente su perdón, porque nada podia en el ánimo del primer consul de resultas de la reyerta que con él habia tenido, no habiendo sido otro el motivo de verse rodeado de tantos misterios; que es cierto hubo quien se valió de aquella ocasion para hablarle de proyectos contra el gobierno, pero que los rechazó por ridiculos; y que si no los denunció fué porque los creyó sin riesgo alguno, ademas de que un hombre como él no hacia veces de delator.

Este sistema defendible sino hubiera tenido en contra circunstancias positivas y testimonios irrefragables, dió lugar á debates muy vivos, en los cuales recobro Moreau su presencia de ánimo como solia sucederle en la guerra cuando urgia el peligro, y hasta respondió de un modo noble, aplaudiéndole en gran manera el auditorio.—Puesto que Pichegrú era un traidor, le dijo el presidente, y vos le denunciásteis en tiempo del Directorio, ¿cómo pudisteis pensar en reconciliaros con él y traerle á Francia?—Llenando, respondió Moreau, como llenaba los salones de París y los del primer consul el ejército de Condé, nada de particular tiene que yo me ocupase en traer á Francia al conquistador de Holanda.—Entonces le preguntaron porqué en tiempo del Directorio delató á Pichegrú tan tarde, y aun manifestando sospechas sobre su vida anterior, á lo cual respondió:—Cuándo Pichegrú y el príncipe de Condé se avistaron en la frontera, corté sus conferencias interponiendo entre este príncipe y el Rhin, gracias á las victorias de mi ejército, ochenta leguas

de distancia, pero así que pasó el peligro someti á un consejo de guerra los papeles que se encontraron, dejándole en libertad de enviarlos al gobierno si lo creia útil.—Interrogado despues Moreau acerca de la indole del complot en que le propusieron tomase parte, insistió en que habia rechazado las proposiciones que le hicieron.—Si, le dijo el presidente, rechazásteis la proposicion de volver á colocar en el trono á los Borbones, pero consentisteis en valeros de Pichegrú y Jorge para derribar al gobierno consular animado de la esperanza de recibir la dictadura de sus manos.

—Eso de que queria valerme, respondió Moreau, de los realistas para ser dictador, y creer que si conseguia la victoria iban á darme el poder, es un proyecto ridiculo, y ya sabeis que yo no he hecho cosas ridiculas, á pesar de que he sostenido la guerra por espacio de diez años.—Este recuerdo de su vida pasada fué acogido con una salva de aplausos; pero no todos los testigos conocian el secreto de los realistas, no todos se hallaban espuestos á desdecirse de sus primeras declaraciones, y quedaba un tal Roland, empleado que fué del ejército, que repitió con dolor, pero con una constancia que nada pudo vencer, lo que manifestó el primer dia. El acusado en cuestion dijo, que como sirviese de intermediario entre Pichegrú y Moreau, éste le encargó declarase que no queria Borbones, pero que si le libraban de cónsules, usaria del poder que indefectiblemente debian darle, para salvar á los conspiradores y encumbrar á Pichegrú á la altura de que habia descendido. Otros confirmaron tambien lo dicho por Roland y Bouvet de Lozier, oficial de Jorge, que se



habia librado de un suicidio para lanzar la acusacion terrible contra Moreau, no podia retractarla y la repetia haciendo esfuerzos para ver de atenuarla. En su acusacion que presentó por escrito, solo reveló cosas que sabia de boca del mismo Jorge, pero éste respondia que Bouvet habia oido mal, que no le habia comprendido y que por consiguiente lo que referia era inexacto; mas siempre quedaba en pié la entrevista que á media noche tuvieron en la Magdalena, Moreau, Pichegrú y Jorge, circunstancia que no podia conellarse con un simple proyecto de traer á Francia á Pichegrú. ¿A qué venia el hallarse de noche en una cita con el gefe de los conspiradores, esto es, con un hombre á quien no podia tratarse inocentemente, á no ser realista? Acerca de esto eran tan terminantes las declaraciones, concordaban hasta tal punto unas con otras, que aunque los realistas tenian la mejor voluntad del mundo no podian desdecirse de lo que ya habian declarado, y cuando lo intentaban, les confundia al momento el presidente.

Decaído Moreau, empezó á disminuirse de un modo notable el interés del auditorio, pero algunas reconvenciones bastante torpes que el presidente hizo á aquel sobre su fortuna, avivaron algun tanto dicho interés que iba á extinguirse pronto.—Cuando no otra cosa, le dijo el presidente, sois culpable por no revelar lo que sabeis, y por mas que pretendais que un hombre como vos no puede hacer de delator, debiais obedecer la ley, la cual dispone que todo ciudadano cualquiera que sea, está obligado á denunciar los complots que lleguen á su conocimiento. Además debéis hacerlo tratándose como se trata de un go-

bierno que os ha colmado de beneficios: ¿no teneis un sueldo magnifico, un palacio y ricas haciendas?—Esta reconvencion, hecha á uno de los generales mas desinteresados de aquella época, era poco decorosa, de suerte que Moreau contestó:—Señor presidente, no pongais en parangon los servicios que he prestado con el caudal que poseo, porque no hay comparacion posible entre semejantes cosas. Es verdad que tengo un sueldo de 40,000 francos, una casa y una hacienda que no sé si vale 300, o 400,000 francos; pero si me hubiera aprovechado de la victoria como tantos otros, tendria en el dia 50,000,000.—Rastadt, Biberach, Engen, Möesskirch y Hohenlinden, estos recuerdos tan bellos comparados con un poco de dinero, animaron al auditorio, y arrancaron aplausos, que iban empezando á escasear, merced á lo inverosimil de la defensa.

Hacia ya unos doce dias que duraban los debates, y la agitacion de los ánimos era grande, pues asi como en nuestro tiempo hemos visto embargada enteramente la atencion del público por un proceso, lo mismo sucedia entonces, pero con circunstancias á propósito para producir otra emocion que curiosidad. Eso de oponer un general infortunado y preso, en presencia de otro triunfante y coronado, la última resistencia que era posible hacer á un poder cada vez mas absoluto; la voz de los abogados resonando como en el pais mas libre, cuando la tribuna nacional habia enmudecido; y aquellas ilustres cabezas, pertenecientes á la emigracion unas, y á la República otras, pero todas en peligro; todo esto conmovia los animos, y con razon. Así es que todos se dejaban



llevar de una compasion justa, y quizá tambien del sentimiento oculto que nos hace desear sufra algun descalabro el hombre feliz y poderoso; y sin que esto fuera ser enemigos del gobierno, formaban votos por Moreau. Napoleon que no abrigaba la ruin envidia que le atribuian, y que sabia harto bien, que aunque Moreau no era amigo de los Borbones, habia querido le quitasen la vida para reemplazarle en el supremo poder, creia y decia en alta voz, que debian hacerle justicia condenando á un general convicto del crimen de lesa-nacion. Y deseaba fuese condenado para justificarse él; pero lo deseaba, no para que rodase en el cadalso la cabeza del vencedor de Hohenlinden, sino para tener la honra de perdonarle, cosa que sabian los jueces y el público.

Pero la justicia, que nada tiene que ver con las consideraciones de la politica, y con razon, porque si la politica es algunas veces humana y sabia, tambien es cruel é imprudente, la justicia en medio de aquel conflicto engendrado por las pasiones, y que era el último que debia turbar el profundo reposo del Imperio, permaneció impassible, y dictó una sentencia justa.

El 21 de pradiel, (30 de junio), al cabo de catorce dias de debates, cuando el tribunal se retiró á deliberar, ciertos acusados realistas, conociendo que les habian engañado, no sirviendo para nada los esfuerzos hechos á fin de disculpar á Moreau, pidieron se les permitiese ver al juez instructor con el objeto de hacer declaraciones mas veridicas, pues decian que no eran tres las entrevistas celebradas con Moreau sino cinco. Así que lo supo Mr. Real, corrió á ver al emperador, y este es-

cribió sin detenerse un momento al archi-canciller Cambaceros, para que viese el modo de introducirse donde estaban reunidos los jueces; pero esto era difícil amen de inútil, y sin querer prestarse á oír nuevas declaraciones, dictaron el mismo dia, es decir, el 10 de junio, una sentencia libre de toda influencia estraña. Jorge y diez y nueve de sus cómplices, fueron condenados á muerte; Moreau, como no estaba suficientemente probada su complicidad material, solo fué sentenciado á dos años de prision; Mr. Armando de Polignac y Mr. de Riviere, á la pena capital; Mr. Julio de Polignac con otros cinco procesados, á dos años de prision; y veinte y dos salieron absueltos.

Esta sentencia fué aprobada por las personas imparciales; pero causó un disgusto mortal al nuevo emperador, quien se enfureció contra la debilidad de aquella justicia, acusada por otros de barbarie, y aun faltó á la medida que la autoridad suprema debe imponerse, sobre todo en materia tan grave; pero en el estado de exasperacion en que se hallaba, gracias á las hablillas de sus enemigos, era difícil conseguir de él se mostrase clemente. Sin embargo, se calmaba tan pronto, era tan generoso y perspícaz, que los que le buscaban, no tardaban en interesar su razon y conmover su alma, de suerte, que en los pocos dias que se invirtieron en dirigirse á la Corte de Casacion, tomó resoluciones á cual mas oportunas, indultando á Moreau de sus dos años de prision, como le hubiera indultado de la pena capital, si le hubiesen condenado á sufrirla, y consintió en que se marchase á América.

Manifestando el desgraciado general deseos de



vender sus fincas, Napoleon mandó comprarlas inmediatamente en un precio muy subido. En cuanto á los sentenciados del partido realista, dispuesto siempre á tratarles con rigor desde la última conspiracion, no quiso al principio perdonar á ninguno de ellos; y eso que Jorge le inspiraba algun interés por el carácter enérgico que habia demostrado; pero le tenia por enemigo implacable á quien era preciso quitar del medio para asegurar la tranquilidad pública. Los emigrados no se interesaban por Jorge, sino por MM. de Polignac y de Riviere, lamentando la imprudencia que habian cometido aquellos personajes de un rango tan elevado y de tan esmerada educacion, con unirse á unas personas tan poco dignas de ellos; pero no podian resignarse á ver rodar sus cabezas, siendo indudable por otra parte que disculpaba su delito, haciéndoles merecedores de la indulgencia del gefe del imperio, el haberse dejado llevar del espíritu de partido, sanamente apreciado.

Sabiase que Josefina tenia un corazon muy compasivo, que á pesar de la altura á que habia llegado conservaba un carácter bondadoso, y que vivia continuamente sobresaltada, pensando en los puñales alzados contra su marido; y como un acto notable de clemencia podia derribar estos puñales, calmando á unos hombres exasperados, consiguieron llegar hasta ella, gracias á la señora de Remusat, quien pertenecia á su séquito, llevándole á Saint-Cloud á la señora de Polignac, que fué á bañar en lágrimas el manto imperial. Conmovida, como era de esperar de un corazon tan tierno y sensible, al ver á aquella esposa afligida que iba á pedirle con nobleza la vida de su

esposo, corrió en busca de Napoleon para rogarle perdonase al sentenciado; pero ocultando aquel su emocion bajo un aspecto duro y severo, la rechazó bruscamente delante de la señora de Remusat, diciendo á ambas:—Está visto que siempre os habeis de interesar por mis enemigos; unos y otros son tan imprudentes como criminales, y si no les doy una leccion, volverán á empezar, siendo causa de que haya nuevas victimas.—No sabiendo que hacer Josefina al verse rechazada de aquel modo, como Napoleon debia salir de la sala del consejo dentro de muy pocos instantes, y atravesar una galeria de palacio, se le ocurrió colocar al paso á la señora de Polignac, para que pudiera arrojarle á sus plantas así que saliera. Efectivamente, al tiempo de pasar, se le presentó aquella y le pidió anegada en lágrimas la vida de su esposo: sorprendido Napoleon, lanzó á Josefina, cuya complicidad adivinó, una mirada severa; pero vencido al instante, dijo á la señora de Polignac que le causaba gran admiracion que Armando de Polignac, que habia sido compañero suyo cuando niños en la escuela militar, hubiese tomado parte en un complot fraguado contra su persona; que sin embargo le perdonaba teniendo en cuenta el estado de afliccion á que iba á quedar reducida su esposa, y que deseaba no tuviese su debilidad resultados funestos, animando á hombres tan imprudentes como los sentenciados.—Señora, añadió, los principes que comprometen la vida de los que mejor les sirven, sin participar de sus peligros, son muy culpables.

Enagenada la señora de Polignac de placer y gratitud, fué á contar á los emigrados la escena



que acababa de pasar, y hubo un momento en que al ver semejante acto de clemencia, hicieron justicia á Josefina y Napoleon. Quedaba todavía en peligro Mr. de Riviere; pero Murat y su esposa pidieron al emperador que le perdonase, y como el indulto concedido á Polignac llevaba consigo el de Riviere, lo concedió inmediatamente, no siendo inútil recordar aquí que quince años mas tarde no encontró el generoso Murat igual generosidad.

Este fué el resultado que tuvo aquella triste y odiosa calaverada, que tenía por objeto derribar á Napoleon, y sirvió para que subiese al trono no tan puro por desgracia como lo estaba antes; que causó una muerte trágica á un príncipe francés que no había conspirado, dejando impunes á los autores de los complotos, aunque es verdad que recibieron por castigo un gran desercrito, y por último, que valió el destierro á Moreau, único general que en aquella época podía pasar por rival de Napoleon, rebajando en mucho la gloria de éste y exagerando la suya. Los partidos no debieran olvidar esa lección, porque lo es y grande el ver que el bando ú hombre que intenta destruir á un gobierno por medios criminales, le engrandece mas y mas.

Toda resistencia era ya inútil, pues en 1802 venció Napoleon la que hicieron las autoridades civiles, anulando el Tribunado, y en 1804 la que quisieron hacer las militares, desbaratando la conspiración de los emigrados y generales republicanos. Gracias á esto, mientras que él escalaba las gradas del trono, Moreau salía para un destierro, no debiendo volver á verse sino á tiro de cañón

al pié de los muros de Dresde, desgraciados ambos y ambos culpables, puesto que el uno volvía del extranjero para pelear contra su patria, y el otro abusaba de su poder hasta el punto de provocar una reaccion universal contra la grandeza de Francia, muriendo el primero de una bala de cañón francesa, y consiguiendo el segundo la victoria, pero no sin ver ya el abismo en que se ha hundido su prodigioso destino.

Sin embargo, aun distaban mucho estos grandes sucesos, siendo entonces Napoleon omnipotente, y parecia que debía serlo siempre. No hay duda en que en aquellos últimos tiempos experimentó algunos disgustos, pues dejando aparte las desgracias de gravedad, la Providencia oculta algunas amarguras anticipadas en el seno de la dicha, para que sirvan de advertencia al hombre, preparándole para sufrir mas tarde terribles infortunios. Penosos fueron para Napoleon aquellos quince dias; mas trascurrieron pronto, y la clemencia de que acababa de usar iluminó con un dulce resplandor su naciente reinado; en cuanto á la muerte de Jorge, causó algun sentimiento por su valor, digno de mejor suerte; pero á nadie contristó, no tardando las masas en entregarse al sentimiento de curiosidad que despertaba un espectáculo tan extraordinario como el que estaba presenciando Francia.

Así acabó al cabo de doce años, no la revolucion francesa, siempre animada é indestructible, sino la República que pasaba por eterna; y acabó á manos de un soldado victorioso, como sucede á todas las repúblicas que no van á adormecerse en brazos de la oligarquía.



## LIBRO VEINTE.

## La consagracion.

Retardo que sufre la expedicion de Inglaterra.—Causas y ventajas de este retardo.—Redóblase la actividad en los preparativos.—Medios de hacienda.—Presupuesto de los años XI, XII y XIII.—Creacion de las contribuciones indirectas.—Antigua teoría del impuesto único sobre la propiedad territorial.—Resusa Napoleon y adopta un impuesto sobre los consumos.—Primera organizacion de la administracion de los derechos reunidos.—La España paga su subsidio en libramientos á plazo.—Presentase una asociacion de hacendistas para hacer los descuentos.—Primeras operaciones de la compania llamada de los negociantes reunidos.—Conságranse todos los recursos disponibles á las escuadras de Brest, de Rochefort y de Tolon.—Prepara Napoleon el arribo de una escuadra francesa á la Mancha, con objeto de llevar á efecto el paso de la escuadrilla.—Primera combinacion en que se detiene.—Dase al almirante Latouche-Treville el encargo de poner por obra esta combinacion.—Dicho almirante debe salir de Tolon, enganar á los ingleses dando un rodeo falso, y aparecer en la Mancha, rehaciendo en el tránsito la escuadra de Rochefort.—Provéctase el desembarco para los meses de julio y agosto, antes de la ceremonia de la coronacion.—Los ministros de las cortes en paz á la sazón con la Francia, ponen en manos de Napoleon sus credenciales.—El embajador de Austria es el único que lo retarda.—Partida de Napoleon para Bolonia.—Inspeccion general de los buques de la escuadrilla, uno por uno.—La escuadrilla báltava.—Gran funcion á bordo del Océano y distribucion de las decoraciones de la Legion de Honor en el ejército.—Continuacion de los sucesos en Inglaterra.—Estraordinaria agitacion de los ánimos.—Caída del ministerio Addington por la coaliccion de MM. Fox y Pitt.—Vuelta de Mr. Pitt al ministerio y sus

primeros pasos para renovar una coaliccion en el continente.—Sospechas de Napoleon.—Obliga al Austria á que se explique exigiendo que las credenciales de Mr. de Cobentzel se le remitan á Aix-la-Chapelle.—Rompe las relaciones diplomáticas con la Rusia dejando salir á Mr. de Oubril.—Muerte del almirante, Latouche-Treville y aplazamiento del desembarco para el invierno.—El almirante Villeneuve reemplaza al difunto Latouche-Treville.—Carácter del almirante Villeneuve.—Viage de Napoleon á las orillas del Rhin.—Grande afluencia en Aix-la-Chapelle.—Mr. de Cobentzel envia á este punto sus credenciales para Napoleon.—La corte imperial se traslada á Maguncia.—Regreso á Paris.—Preparativos para la consagracion.—Difícil negociacion para conseguir de Pio VII que vaya á consagrar á Napoleon.—El cardenal Fesch embajador.—Carácter y proceder de este personaje.—Temores que despierta en Pio VII la idea de pasar á Francia.—Consulta una congregacion de cardenales.—Pronúncianse cinco en contra de su viage y quince en pro; pero bajo ciertas condiciones.—Largo debate sobre estas condiciones.—Consentimiento definitivo.—Queda en suspenso la cuestion del ceremonial.—El obispo Bernier y el archicanciller Cambaceres eligen en el pontifical romano y en el pontifical francés las ceremonias compatibles con el espíritu del siglo.—Napoleon se niega á dejarse coronar.—Pretensiones de familia.—Sale el papa para Francia.—Su viage.—Su llegada á Fontainebleau.—Su alegría y confianza al ver la acogida que le hicieron.—Casamiento religioso de Josefina y Napoleon.—Ceremonia de la consagracion.

La conspiracion de Jorge, el proceso que tuvo por consecuencia, y el cambio que produjo en la forma de gobierno, ocuparon todo el invierno de 1803 á 1804 y suspendieron la gran empresa de Napoleon contra la Inglaterra. Pero no habia cesado él de pensar en ella y en este momento preparaba su ejecucion para mediados del verano de 1804 con doble celo y actividad. Por lo demas, esta dilacion no era de modo alguno sensible porque en medio de su impaciencia por llevar á cabo tan vasto proyecto, Napoleon habia exagerado demasiado la posibilidad de alistarse para últimos de 1803. Las continuas pruebas que se hacian en Bolonia, exigian diariamente que se



tomasen nuevas precauciones, que se introdujesen nuevas mejoras, pues importaba poco aguardar seis meses mas si se adquiria en este tiempo el medio de descargar un mas seguro golpe. No era seguramente el ejército el que ocasionaba esta pérdida de tiempo, porque en aquella época el ejército estaba á toda hora disponible; eran sí, la escuadrilla y las escuadras, pues aunque la construcción de los barcos chatos, y su reunion en los cuatro puertos de la Mancha estaba terminada, no habia llegado aun la escuadrilla bá-tava, ni las escuadras de Brest y de Tolon, cuya concurrencia se habia juzgado indispensable para la empresa, estaban todavia listas, por no haber bastado ocho meses para su completo armamento y así hubo que consagrar el invierno de 1804 para completarlo. El tiempo, que al parecer se habia perdido, se utilizó sin embargo en gran manera, pues en él se crearon los medios de hacienda, que siendo siempre casi inseparables de los medios militares, lo eran en esta ocasion mas que nunca; porque en efecto, si valiéndose de la mas estudiada industria y esponiéndose á grandes inconvenientes se logra hacer la guerra de tierra con poco dinero, viviendo en medio del enemigo, la guerra marítima no podria hacerse sin dinero, pues la inmensidad del Océano no proporciona otra cosa que lo que se saca consigo de los puertos. Los medios de hacienda no eran, pues, la parte menos importante de los inmensos preparativos de Napoleon y por lo mismo merecen que nos ocupemos de ello un instante.

Hemos dicho con que recursos se habia da-

do principio á la lucha despues del rompimiento de la paz de Amiens. El presupuesto del año XI (1803) votado en medio de la incertidumbre que presentaba el porvenir de los acontecimientos, se fijó en 589.000,000 (esceptuando los gastos de percepcion), esto es, en 89.000,000 mas que el presupuesto del año anterior que habia sido de 500.000,000. Pero el desembolso habia escedido naturalmente de la primera cantidad admitida por el Cuerpo legislativo en 30.000,000 es decir, que habia subido á 619.000,000, escesos á la verdad no muy considerables si se tiene presente el coste de los preparativos para una expedicion como la de Boloña. La moderacion en el aumento de presupuesto se esplica por la época que mediaba entre las operaciones. Las operaciones del año XI acabaron el 21 de setiembre de 1803 y en el mismo dia empezaron las del año XII; por consiguiente los principales gastos de la escuadrilla no se podian comprender en el presupuesto del año XI. De este modo se habia logrado fijar la cantidad de 619 000,000, que con los gastos de percepcion ascendia á 710 ó 720.000,000. El presupuesto del año XII debia subir mucho mas, por que le correspondia pagar todo lo que no habia satisfecho el año XI. Habia atendido á las necesidades de este último con las contribuciones ordinarias, cuyo producto, á pesar de la guerra habia seguido subiendo mucho, gracias á las seguridades que presentaba el prudente y vigoroso gobierno que á la sazón regia los destinos de la Francia. El sello y el registro habian dado 40,000,000 de aumento, las aduanas 6 ó 7; y á pesar de un alivio de 40.000,000 sobre la contribucion



de inmuebles, los impuestos ordinarios habian subido a 573.000,000; y el resto se habia completado con los 22.000,000 del subsidio italiano y con 24.000,000 tomados de los recursos extraordinarios, que, como hemos dicho, se componian del subsidio español, fijado en 4.000,000 al mes, y del precio de la Luisiana cedida a los americanos. Estos recursos, desmembrados apenas, quedaban casi enteros para el año XII, lo cual era muy bueno, porque todos los gastos de la guerra iban a gravar a un tiempo sobre este año (desde setiembre de 1803 a setiembre de 1804).

El consumo del año XII no podia valuarse en menos de 700.000,000 en vez de 619; y esto, con los gastos de percepcion y algunos céntimos adicionales que habian quedado fuera, componia un total de 800.000,000. Sin embargo en este total no estaba comprendida la nueva lista civil; por todo lo cual se vé que los presupuestos marchaban con rapidez hácia el número a que han llegado despues.

Debiase preveer cierta disminucion en la renta de las propiedades, á consecuencia de la venta de los bienes nacionales y de las dotaciones inmobiliarias concedidas al Senado, á la Legion de Honor y á la caja de amortizacion. Las contribuciones ordinarias, no debian exceder de 560.000,000 salvo los aumentos de productos, que eran probables, pero que, por un exceso de exactitud no se querian comprender en la cuenta corriente, por consiguiente no se necesitaban mas que 440.000,000 de medios extraordinarios para llegar á los 700.000,000, cantidad á que se habia supuesto alcanzaria el consumo, fuera de los gastos de

percepcion y algunos céntimos adicionales. Con este objeto la Italia daba 22.000,000 para los tres estados en que el ejército francés hacia un servicio de proteccion, y con esto y con 48.000,000 del subsidio español, y los 60.000,000 del subsidio americano, reducidos a 52 por los gastos de la negociacion, se podia contar con 122.000,000 de recursos extraordinarios; no quedando ya mas que 20.000,000 que buscar, los cuales podian proporcionarse con el recurso de las fianzas, empleado ya anteriormente. Habianse ya exigido fianzas en dinero de parte de los recaudadores generales, pagadores, recaudadores de registros y de aduanas etc. etc. Estas fianzas se habian depositado en la caja de amortizacion que era deudora de ellas á los depositadores. La caja á su vez las habia entregado al gobierno que habia prometido reembolsárselas mas adelante a razon de 3,000,000 al año; lo cual era una especie de empréstito sobre los créditos, tanto mas legitimo, cuanto que estos debian al estado una garantia de su buena administracion. Este empréstito era susceptible de estension, porque quedaban todavia varios créditos que someter á la regla comun. Existia efectivamente una nueva categoria de recaudadores de las rentas públicas, cuya existencia era necesario regularizar, y eran los recaudadores de las contribuciones directas. Hasta entonces, en vez de recaudadores nombrados por el estado en los pueblos y ciudades, para cobrar los impuestos directos, habia habido arrendatarios á los cuales se adjudicaba la recepcion con la correspondiente rebaja. Este sistema se habia variado en las grandes ciudades, donde se establecieron recau-



dadores fijos y nombrados por el tesoro, mediante una módica disminucion, y como este nuevo método dió buenos resultados, se propuso para el año de 1804, establecer en todos los consejos urbanos ó rurales, recaudadores nombrados por el gobierno, imponiéndoles una fianza evaluada en su totalidad en 20.000,000, cuya suma depositada en el tesoro, debía restituirse sucesivamente á la caja de amortizacion como se habia estipulado para las fianzas anteriores.

A este medio se añadió la venta de algunos bienes nacionales, tomados de las cantidades que habian quedado disponibles desde que se provuyó á las dotaciones del Senado, de la Legion de Honor, de la Instruccion pública y de la Caja de Amortizacion, lo cual proporcionaba un nuevo recurso de 15.000,000 de aumento para el año XII, sobre la cantidad que se habia juzgado necesaria. Estos bienes se entregaban á la caja de amortizacion, que los vendia poco á poco, y mejor de dia en dia, y habiase convenido en que se le dejarían los productos para satisfacer los 5.000,000 que debia percibir todos los años para el reembolso de las fianzas.

Tales fueron los medios de hacienda creados para el año XII: 560.000,000 de contribuciones ordinarias, 220.000,000 del subsidio italiano, 48.000,000 del subsidio español, 52 del precio de la Luisiana, 20 de las fianzas, mas algunos millones en bienes nacionales, cuyo total escedia de los 700.000,000 que se habian creido necesarios para dicho año (Desde setiembre de 1803 hasta el mismo mes de 1804).

Pero acerca base ya el fin del año XII pues ya

se habia entrado en el verano de 1804; por consiguiente era menester pensar en el año XIII (setiembre de 1804 á setiembre de 1805) que iba á verse privado de un fondo considerable, eual era el subsidio americano, consagrado enteramente al año XII, y era preciso tratar de proveerlo inmediatamente.

Napoleon estaba convencido hacia mucho tiempo de que la revolucion si bien habia creado grandes recursos por la igualdad del impuesto, habia tambien causado muchos perjuicios á la propiedad territorial haciendo que recayese sobre esta sola todo el peso de las cargas públicas, con la supresion de las contribuciones directas. Lo que habia hecho la revolucion es muy comun en tiempos turbulentos. En los primeros momentos de desorden, el pueblo, sobre todo el de las ciudades, se habia negado á pagar la contribucion impuesta sobre los consumos, y particularmente sobre las bebidas que constituyen el principal de sus goces. Esto sucedió en 1780, cuando los impuestos de este género no pudieron ser cobrados durante seis ú ocho meses: cuando en 1815 se valieron los Borbones de esta supresion, que fué una promesa engañadora, para hacerse aplaudir por un momento; y cuando en 1789, en fin, los primeros movimientos populares se dirigieron contra las barreras. Pero estos impuestos, los mas aborrecidos de los habitantes de las ciudades, son sin embargo, los que caracterizan á los países verdaderamente prósperos, que recaen en realidad mas sobre el rico que sobre el pobre, y que vejan menos que los demas la producción, al paso que la contribucion territorial, roba los capitales





á la agricultura, es decir, los animales y los pastos, y empobrece el suelo, atacando de este modo los mas abundantes manantiales de la riqueza. En el siglo XVIII se formó un presupuesto, que, fuerza es conocerlo, se apoyaba en un fundamento incontestable. Concentrada la propiedad territorial en manos de la aristocracia y del clero, apreciada con desigualdad, segun la calidad de sus poseedores, era un objeto de odio por parte de los espiritus generosos, que deseaban mejorar la suerte de las clases pobres. En esta época fue cuando se pensó en la teoria del impuesto único, que gravitase esclusivamente sobre la tierra, y que subviniere á todos los gastos del estado. Por este medio se habrian podido suprimir los socorros y las gabelas, contribuciones que pesaban en la apariencia, solo sobre el pueblo. Esta teoria sin embargo, generosa en la intencion y falsa en la practica, debia ser derribada por la esperiencia. Divididos los terrenos desde 1789, entre cien manos distintas, agravados con iguales cargas, no merecian la animadversion con que se les habia mirado en otro tiempo, y era necesario considerarlos como el interés principal de la agricultura. Debia tenerse en cuenta, que recargándoles mas de lo justo, se agobiaba á los labradores, privándoles de los medios de cultivo, en provecho de los mercaderes y de los consumidores de bebidas espirituosas. Debia mirarse tambien que era absolutamente necesario igualar los gastos con los ingresos, si no se queria venir á parar en la creacion del papel moneda y hacer bancarota, y que para nivelar los gastos con los ingresos, se necesitaba variar los manantiales del impuesto para no

agotarlos. Correspondia al hombre que habia restaurado el orden en Francia; que habia sacado las rentas del caos en que se hallaban, y restablecido la percepcion regular de las contribuciones directas, acabar su obra, abriendo el manantial cerrado de las contribuciones indirectas; pero era indispensable para hacer todo esto, una gran autoridad y una grande energia. Napoleon, firme en sus principios, no titubeó, aun en los mismos momentos en que aspiraba al trono, en restablecer bajo el nombre de derechos-reunidos, el mas impopular, pero tambien el mas útil de los impuestos.

Presentó la primera proposicion al Consejo de estado, y la sostuvo con una sagacidad tan extraordinaria, como si las rentas hubiesen sido el estudio de toda su vida. A la teoria del impuesto único que gravita esclusivamente sobre las tierras, que exige de los renteros y de los propietarios la totalidad de la soma necesaria para atender á los gastos del estado, que les obliga á hacer adelantos, aun en la suposicion favorable para ellos de que el precio de los productos agrícolas les indemnice de estos adelantos, á una teoria tan locamente exagerada, opuso Napoleon la teoria sencilla y verdadera del impuesto hábilmente distribuido, que gravita por igual sobre todas las propiedades y sobre todas las industrias; no pidiendo por lo tanto á ninguna de ellas mas que cantidades moderadas, para no dar lugar á movimientos forzados en los valores, y proporcionándose, en fin, la riqueza de todos los manantiales, por donde brota en abundancia, de una manera tal, que no debilite jamas estos raudales de la riqueza pública. Este sistema, fruto del tiempo y de la espe-



riencia, solo es susceptible de una objecion, cual es la de que la variedad del impuesto lleva consigo un diferente método de recaudacion, y por lo pronto un aumento de gastos, pero en cambio de este pequeño aumento, que no debe llamar la atencion, presenta ventajas de suma utilidad. Asi que Napoleón hizo adoptar su nuevo plan por el Consejo de estado, le envió al Cuerpo legislativo, donde no halló oposicion formal, gracias á las conferencias preparatorias entre las secciones respectivas del Tribunado y del Consejo de estado. Las disposiciones aprobadas fueron las siguientes:

Habiase creado para la percepcion un personal con el titulo de administracion de los derechos reunidos. Esta administracion debia recibir las nuevas contribuciones por medio *del ejercicio*, que era el único que se habia reconocido eficaz, y que consistia en investigar la existencia de las materias impondibles sobre los sitios en que se recolectaban ó fabricaban. Estas materias eran los vinos, aguardientes, cerveza, sidra, etc., sobre cuya primera venta se imponia un derecho muy moderado, tomando por base un inventario formado en las épocas de la recoleccion ó de la fabricacion; debiéndose satisfacer este derecho desde el momento de la primera salida. Despues de las bebidas, recayó este impuesto principalmente sobre el tabaco, á pesar de que existia ya un derecho de aduana sobre los tabacos estrangeros, y otro derecho de fabricacion sobre los tabacos franceses (aun no eran estos géneros objeto de monopolio); pero los productos de este último derecho no ingresaban en el tesoro por falta de vigilancia. La creacion de una administracion de los derechos

reunidos, proporcionaba la posibilidad de percibir por completo este impuesto, tan reducido á la sazón, pero que debia ser muy considerable. La sal quedó libre de este impuesto, pues se temia despertar la idea de las antiguas gabelas. Establecióse sin embargo en el Piamonte una administracion de sales, que servia á la vez de oficina de policia y de rentas. El Piamonte que tomaba las sales en Génova ó en las bocas del Pó, y experimentaba á veces horribles carestias, por las interesadas especulaciones del comercio, no podia pasarse sin la intervencion del gobierno. Creándose una administracion de la sal, encargada de hacer grandes acopios, y de espendarla á un precio módico, se hacia cesar el temor de que pudiese escasear ó encarecerse, y se procuraba un medio tan seguro como fácil de percibir un impuesto asaz productivo, aunque moderado con arreglo á la tarifa.

Estas diferentes combinaciones no podian dar su resultado en el año XII, año de su creacion; pero debian proporcionar 15 ó 18,000,000 en el año XIII, 30 ó 40 en el XIV, y en los años sucesivos, productos difíciles de valuar, pero que bastarian sin embargo, para atender á todas las necesidades de una guerra por prolongada que fuese. Habianse asegurado, pues, los recursos necesarios para las operaciones del corriente año XII (1803-1804), con los 700,000,000 de los ingresos ordinarios y extraordinarios, y se habian procurado seguros productos para las operaciones sucesivas. Presentábanse en un principio dificultades de alguna consideracion, pues como los dos principales recursos del momento eran el importe de la Luisiana y el subsidio mensual que suministraba España, los



retardos inevitables de las remesas de América habian diferido el ingreso de fondos en el tesoro. La casa de Hope sin embargo, se disponia á librar algunas sumas á fines de 1804. Por lo que respecta á España, de los 44.000,000 que debia en floreal por once meses vencidos, solo habia entregado en distintas partidas unos 22, esto es, la mitad. Las rentas de este desgraciado pais estaban mas empeñadas que nunca, y á pesar de que se habian abierto los mares á los galeones, gracias á la neutralidad en que la Francia le habia dejado, los metales preciosos que llegaban de Méjico, se disipaban de la manera mas lastimosa.

Para suplir á los retrasados ingresos se echó mano del descuento de los valores del tesoro. Los ingleses tenian los bonos del fisco, los franceses poseian en aquella época los bonos reales reembolsables en tres, seis ó doce meses, que negociados en la plaza, formaban un empréstito temporal, con cuyo auxilio se podia atender durante mas ó menos tiempo á la realizacion de las rentas del estado. Aunque Napoleon habia conseguido á fuerza de un trabajo inmenso restablecer las rentas, el tesoro no gozaba aun de suficiente crédito en el comercio para poder emitir con buen éxito un valor cualquiera bajo su propia garantía. Las obligaciones de los recaudadores generales garantizadas por un fiador y reembolsables por la caja de amortizacion en caso de protesta, eran las únicas que tenian crédito. Estaban estas como hemos dicho antes, inscritas al principio de las operaciones, por el total importe de las contribuciones directas y debian satisfacerse por meses sucesivamente; siendo las últi-

mas á quince ó diez y ocho meses fecha. Con el objeto de realizar con anticipacion las rentas del estado, se descontaban en sumas de 20 á 30.000,000 á un medio por ciento al mes (6 por 100 al año); pero á pesar de la confianza que inspiraba el gobierno, era tan pequeña por el contrario, la que inspiraba el tesoro, que los banqueros mas acreditados rehusaron esta clase de operaciones, y solo las hacian los especuladores atrevidos y los antiguos proveedores del Directorio. Queriendo librarse de un concurso Mr. de Marbois, se dirigió á los mismos recaudadores generales, que reunidos en una especie de comité en París, descontaban sus propias obligaciones, ya con fondos suyos, ya con los que se proporcionaban de los capitalistas á un interés exorbitante. Pero estos responsables, limitados en sus especulaciones, no tenian capitales suficientes, ni bastante atrevimiento para facilitar grandes recursos al tesoro. Habia entonces en París un banquero muy ducho en esta clase de negocios, llamado Mr. Desprez; un proveedor muy activo y muy diestro, Mr. Vanlerberghe; y por último, un especulador ingeniosísimo para toda clase de negociaciones, Mr. Ouvrard, célebre á la sazón por su inmensa fortuna. Los tres se relacionaron individualmente con el gobierno; Mr. Desprez para el descuento de las obligaciones del tesoro; Mr. Vanlerberghe para la provision de víveres y Mr. Ouvrard para las grandes operaciones de abastecimientos y de banca; este se asoció con MM. Desprez y Vanlerberghe, se puso al frente de esta asociacion y llegó á ser poco á poco, como lo fué en tiempo del Directorio, el principal agen-



te financiero del gobierno. Supo inspirar confianza á Mr. de Marbois, ministro del tesoro, el cual conociendo su incapacidad, se creía dichoso de tener á su lado hombre de tales recursos y de una inventiva tan fecunda. Mr. Ouvrard ofreció hacerse cargo por su cuenta y la de sus asociados de la negociacion de los valores del tesoro. En germinal del año XII (abril de 1804), hizo la primer contrata, por la que se obligaba á descontar, no solo una suma considerable de obligaciones de los recaudadores generales, sino las mensualidades de España, la que no pudiendo satisfacerlas en metálico, daba pagarés á largas fechas. Mr. Ouvrard no tuvo dificultad alguna en recibir como efectivos estos pagarés de España y entregar su importe. Esta combinacion tenia una ventaja particular, porque siendo Mr. Vanlerberghe y él grandes acreedores del estado por suministros anteriores, estaban autorizados al descontar las obligaciones de los recaudadores generales, y de España, para entregar como metálico una parte de sus créditos: por lo cual, haciendo el descuento se pagaban á sí mismos. Empezó esta compañía con el nombre de *Negociantes reunidos*, á apoderarse de los negocios del estado; siendo muy digno de atencion su origen, pues bien pronto tomó parte en inmensas operaciones y llegó á hacer un papel principal en la hacienda. Para que fuese ventajosa la especulacion que hizo con el tesoro, bastaba que la España hiciese honor á su firma, pues las obligaciones de los recaudadores generales ofrecian la mayor seguridad. Estas obligaciones no tenian mas inconveniente que los plazos tan

largos, pues el tesoro empleaba en sus pagos, las que estaban á dos ó tres meses y descontaba las de seis, doce y quince: pero salvo este atraso presentaban una solidez infalible. En cuanto á las tratadas suscritas por España, su valor dependia de la conducta de una corte, desgraciadamente falta de sensatez, y de la llegada de los galeones de Méjico. Mr. Ouvrard fundó sobre esta base los mas vastos planes, logró alucinar el espíritu crédulo de Mr. de Marbois y marchó á Madrid, para realizar sus atrevidas concepciones.

Desconfiando Napoleon de este hombre feo pero temerario, advirtió á Mr. de Marbois que estuviese sobre aviso, y desconfiase tambien de él. Mr. Ouvrard hacia el descuento de las obligaciones del tesoro, por medio de Mr. Desprez, él mismo hacia el de las de España y suministraba al ejército por conducto de Mr. Vanlerberghe. Gracias á él, todos los servicios se hacian á la vez, y el mal, si es que le habia, no podia ser grande, porque Mr. Ouvrard, además de otras muchas razones siempre alcanzaba al tesoro y nunca el tesoro á él.

Tales fueron los medios empleados para subvenir á todas las necesidades de la guerra sin tener que echar mano de los empréstitos. Se pidió á los especuladores que hiciesen efectivas por medio del descuento, las rentas del estado y los 122.000.000, facilitados por las naciones aliadas, Italia, América y España. Tocante á lo sucesivo, la creacion de las contribuciones indirectas, anunciadas ya hacia largo tiempo y decretadas últimamente en aquel año, debian bastar para



atender con holgura á todas las necesidades.

Napoleon habia resuelto ejecutar en breve su gran empresa, queria salvar el estrecho hácia el mes de julio ó agosto de 1804, y si los incrédulos que dudaban de su proyecto, pudiesen leer su correspondencia particular con el ministro de marina, y las infinitas órdenes que espidió, así como la participacion secreta de sus esperanzas al archi-canciller Cambaceres, no les quedaria la menor duda acerca de la realidad de aquella extraordinaria resolucion. Todos los buques que componian la flotilla se hallaban reunidos en Etaples, Boloña, Wimereux y Ambleteuse, excepto los que se construyeron entre Brest y Bayona, pues nunca pudo doblar el Ouessant aquel especie de cabotaje que debia servir para las reuniones. Como la mayor parte de las construcciones se habian hecho entre Brest y las bocas del Escalda, no era gran cosa lo que faltaba, pues ya se pedian trasportar los ciento veinte mil hombres destinados á las lanchas cañoneras, debiendo embarcarse el resto como ya hemos dicho, en las flotas de Brest y del Texel.

Retardábase la flotilla holandesa construida y reunida en el Escalda, cuyo mando le fué conferido al almirante Verhuell, en quien Napoleon tenia entera confianza. Los holandeses poco activos por lo comun, y que desconfiaban sobre todo de este singular proyecto, se presentaban con suma frialdad. Pero sin embargo, el celo del almirante y las instancias de nuestro ministro en la Haya, Mr. de Semonville, aceleraron los armamentos á que la Holanda se habia comprometido. Una flota de siete navios delinea, con una infinidad de bu-

ques mercantes, estaba dispuesta para trasportar los veinte y cuatro mil hombres del campo de Utrecht, mandados por el general Marmont; al mismo tiempo que acababa de organizarse en el Escalda una flotilla compuesta de algunos centenares de lanchas cañoneras y grandes barcos pescadores. Restaba únicamente levar anclas y salvar los pasos del Escalda, accesibles mas bien al enemigo que las costas de Francia. El almirante Verhuell que dirigia estos destacamentos, dió algunos brillantes combates entre el Escalda y Ostende, sin mas pérdida que la de cinco ó seis lanchas á lo sumo, pero logró desconcertar los proyectos de los ingleses y convertir la incredulidad en confianza entre los marinos holandeses. Acababa de reunirse en la primavera de 1804 la flotilla holandesa en Ostende, Dunkerque y Calais, estando pronta á embarcar las tropas del mariscal Davout acampadas en Brujas. Napoleon queria mas aun, es decir, que las dos flotillas holandesa y francesa reunidas en los puertos situados á la izquierda del cabo Grisnez, á saber Ambleteuse, Wimereux, Boloña y Etaples, se situasen al mismo viento, lo cual trataron de efectuar reduciendo el campamento de las tropas y las estaciones de la flotilla.

Los trabajos de armamento en toda la costa de Boloña estaban terminados, así como las fortificaciones y los fondeaderos, y las tropas despues de acabar sus tareas empezaban los ejercicios militares, de modo que adquirieron una disciplina y precision en todas sus maniobras verdaderamente admirables, presentando un ejército no solo aguerrido por numerosas campañas, y endurecido



por rudos trabajos, sino que maniobraba como si hubiera estado muchos años aprendiendo las evoluciones en una pradera. Este ejército, el mejor de cuantos príncipe ó general alguno ha podido mandar, aguardaba con ansia la llegada de su gefe recientemente coronado; ardía en deseos de felicitarle y de seguirle al teatro donde les esperaban nuevas y prodigiosas glorias.

No era menor la impaciencia de Napoleon, pero se había suscitado una gran disputa entre los marinos, sobre si las lanchas cañoneras, *cáscaras de nuez*, como ellos las llamaban, podrian desafiarse á la flota inglesa. Los almirantes Bruix y Verhuell tenían gran confianza en el valor de sus lanchas, pues ambos á dos se habían cañoneado con las fragatas inglesas, se habían hecho á la vela en todos tiempos, y estaban convencidos de que estas ligeras embarcaciones eran muy suficientes para atravesar el estrecho. El almirante Decrés, que gustaba de contradecir á todo el mundo, y al almirante Bruix mejor que á ningun otro, opinaba de distinta manera, y los oficiales de marina que no formaban parte de la flotilla, ora fuese por estar preocupados, ora por esa tendencia general de criticar lo ajeno, apoyaban la opinion de Decrés. El almirante Ganteaume que se trasladó desde Tolon á Brest, fué testigo de una ocurrencia, que exagerada en extremo, le hizo temer bastante por la suerte del ejército y la del emperador, de quien era partidario acérrimo. Una lancha cañonera que zozobró á su vista en la rada de Brest, le causó tanta inquietud que comunicó en el acto esta noticia al ministro de marina. Nada significaba en realidad, aquel accidente, pues no

fué otra cosa sino que la lancha se estivo sin precaucion, la artillería estaba mal colocada por hombres que no estaban bastante instruidos, y el peso mal promediado, unido al aturdimiento de la tripulacion, fueron la causa del naufragio.

No eran estos los temores del almirante Decrés, porque la flotilla de Boloña que navegaba hacia dos años aun con los mas furiosos vientos, les tranquilizaba sobre este punto. Hé aquí las objeciones que dirigia al emperador y al almirante Bruix (1). Es cierto, decia, que las balas de á veinte y cuatro disparadas por una lancha ó por un navio de linea, tienen la misma fuerza y que causan los mismos destrozos, y aun mayores lanzadas por una embarcacion frágil, á la que es sumamente difícil asestar bien los tiros. Añádase á esto el fuego de la fusilería temible á cortas distancias, y la ventaja del abordage, y se conocerá la

(1) La correspondencia íntima de Mr. Decrés con el emperador, escrita de su propio puño y letra, existe en los archivos particulares del Louvre, y es uno de los monumentos históricos mas preciosos despues de la del emperador. Hace honor tanto al patriotismo del ministro, como á su criterio, y á la originalidad picante de su ingenio. Encierra grandes ideas sobre la organizacion de la marina en Francia, y debería ser leída con detencion por los marinos y por todos los hombres de gobierno: en ella he estudiado las profundas concepciones del emperador, adquirido una nueva prueba de su extraordinaria prevision, y la certeza de la realizacion de sus proyectos. En una de estas cartas se halla la opinion del almirante Decrés, acerca de la flotilla; opinion entonces mas bien sospechada que conocida, porque Napoleon recomendaba el mayor silencio á todo el mundo, sobre lo bueno ó lo malo de sus planes. Las operaciones no estaban, como lo fueron despues, descritas anticipadamente por la indiscrecion de los agentes encargados de concurrir á ellas.



grande utilidad de las lanchas cañoneras. Es cierto tambien, que conducen mas de tres mil bocas de fuego de grueso calibre, esto es, tantas como podria llevar una flota de treinta á treinta y cinco navios de línea, la cual es bien difícil poder reunir. ¿Pero dónde se han batido estas lanchas con los grandes buques ingleses? Solo en un parage, es decir, cerca de las costas, en los bajos es donde estos grandes buques no pueden aventurarse á seguir al enemigo numeroso aunque débil y dispuesto siempre á acribillarlos con sus tiros, á la manera de un grande ejército que metido en un desfiladero se ve atacado desde lo alto de posiciones inaccesibles por una nube de tiradores diestros y arrojados. Pero, continuaba el almirante Decrés, supongamos á estas lanchas en medio del canal, en mar alta, y en presencia de los navios que no titubearán en atacarlos: supongamos sino, un viento soberbio fuerte que facilitando la maniobra de los navios, haga mas difícil la de las lanchas, ¿no se verán espuestas á ser arrolladas y echadas á pique en gran número por los gigantes con quienes se verán obligados á batirse?—Podrán perderse, respondia el almirante Bruix, cien barcos tal vez, de dos mil, pero atravesarán mil novecientos que serán suficientes para acabar con la Inglaterra.—Es cierto, replicó el almirante Decrés, siempre que la derrota de estos ciento no infunda el terror entre los mil novecientos restantes, siempre que estos mil novecientos no sean causa inevitable de confusion; siempre que los oficiales de marina conserven la sangre fria necesaria para no desalentar á la gente y no se

aturdan de manera que provoquen una catástrofe general.

Supúsose tambien la hipótesis de una calma de verano ó una bruma de invierno, dos ocasiones igualmente favorables, pues en la primera los navios ingleses no podrian dirigirse sobre nuestras embarcaciones y en la segunda estaban imposibilitados de vernos, de modo que en ambos casos se evitaba su temible encuentro. Estas circunstancias, sin embargo, aunque se presentaban dos ó tres veces en cada estacion, no daban suficiente seguridad. Se necesitaban dos mareas ó sean veinte y cuatro horas para la salida de toda la flotilla, y diez ó doce para hacer la travesia, por manera que con la pérdida de tiempo inevitable eran cerca de cuarenta y ocho horas. ¿No podia suceder que en este intervalo de dos dias, sobreviniese alguna súbita mudanza en la atmósfera que sorprendiera á la flotilla en lo mejor de la empresa?

Las objeciones del ministro Decrés eran, pues, de suma importancia, pero Napoleon rechazaba estas suposiciones fiado en la fortuna que no le abandonó en el San Bernardo ni en Egipto. Decia que siempre habia llevado á cabo sus mas vastos proyectos superando grandes obstáculos, que era preciso fiar algo á la suerte, aunque debia ser lo menos posible: pero aun cuando combatia las objeciones que le presentaba, no por eso dejaba de apreciarlas, y este hombre que á fuerza de provocar á la fortuna acabó por impacientarla, sabia cuando le era posible, evitar el peligro, al paso que aprovecharse de cualquier circunstancia favorable á sus proyectos: temerario en concebirlos,



hacia uso de una prudencia sin límites en la ejecución. Para salvar estas objeciones, rumiaba sin cesar la idea de enviar al canal una gran flota, por medio de una maniobra imprevista, y si lograba que esta flota, que llevaba solo dos dias de ventaja á la inglesa de las Dunas, protegiese el paso de la flotilla, se habrian vencido todas las dificultades. El almirante Decrès confesó que de este modo quedaban salvados todos los inconvenientes, pues que vencido el Océano, la Inglaterra sería inevitablemente el blanco de nuestros tiros. Si, como era casi seguro, se conseguian mas de los dos dias de ventaja (porque la flota inglesa que bloqueaba á Brest no podía recibir con bastante rapidez las noticias, á causa de haberse vuelto á reunir á la que observaba á Boloña), había el tiempo necesario para que la flotilla, pudiese hacer diferentes viages á fin de trasportar las tropas que se quedaron en el campo, diez ó quince mil caballos que estaban en la costa de Francia y un suplemento considerable de material, siendo entonces tan numerosas estas fuerzas reunidas, que sería inútil toda la resistencia que opusiese la Inglaterra.

Tan prodigiosos resultados dependian de la llegada repentina de una escuadra á la Mancha. Para eso era necesario una combinacion imprevista, que los ingleses no pudiesen frustrar. Felizmente el antiguo almirantazgo británico, sobre todo pudiente por sus tradiciones y por su espíritu de asociacion, no podia poner en lucha su invencion con la de un genio prodigioso, constantemente ocupado del mismo objeto y que no tenia que concertar sus planes con una administracion colectiva.

En Brest tenia Napoleon una escuadra de diez y ocho navios, que pronto se debía aumentar hasta veinte y uno; en Rochefort otra de cinco, y otra igual en el Ferrol, un navio carenándose en Cádiz, y por último ocho navios en Tolon que debían aumentarse hasta diez. El almirante inglés Cornwallis bloqueaba á Brest con quince ó diez y ocho navios y á Rochefort con cuatro ó cinco; una pequeña division inglesa bloqueaba el Ferrol, y últimamente Nelson con su escuadra cruzaba á las islas de Hyeres para observar las operaciones de Tolon. Este era el estado de las fuerzas respectivas y el campo que se ofrecia en las combinaciones de Napoleon. Tenia pensado sustraer una de sus escuadras, y llevarla por una marcha imprevista á la Mancha, á fin de ser superior á los ingleses por algunos dias. Cuando tuvo que operar en invierno, esto es, en el mes de febrero anterior, pensó dirigir la escuadra de Brest hácia las costas de Irlanda, para dejar allí los quince ó diez y ocho mil hombres que llevaba embarcados, y en seguida hacerla aparecer de repente en la Mancha; este atrevido plan no podía ejecutarse sino en invierno, porque siendo en esta estacion el bloqueo de Brest impracticable, se podría aprovechar un mal tiempo para hacerse á la vela; pero en verano la presencia constante de los ingleses hacia imposible la salida sin arriesgar un combate, y por otra parte navios cuyas tropas veian el mar por primera vez en oposicion con otros navios egercitados por un largo crucero y cargados á la ligera, corrian grandes peligros á no contar con una inmensa superioridad de fuerzas. En esta estacion era mucho mas fácil salir por la parte de



Tolon, pues como las fuertes brisas del maestral, soplan con mucha frecuencia en aquellas costas en los meses de junio y julio, y obligaban á los ingleses á buscar un abrigo detrás de Córcega ó Cerdeña, podía una escuadra aprovechar aquellos momentos y aparecer á la caída del día, ganar veinte leguas en una noche, engañar á Nelson haciendo un rodeo falso é inspirándole alarmas sobre el Oriente, atraerle quizá hácia la embocadura del Nilo, porque Nelson desde que se le habia escapado Napoleon en 1798, estaba siempre preocupado con la posibilidad de que los franceses pudiesen enviar un ejército á Egipto y no queria que le sorprendiesen segunda vez.

Dicióse, pues, Napoleon á dar el mando de la escuadra de Tolon al mas atrevido de sus almirantes que era Latouche-Treville, componiéndola de diez navios y varias fragatas, y con objeto de hacer creer en una nueva expedicion á Egipto, mandó formar un campamento en los alrededores, tomando en realidad poca tropa, y ordenó que saliese la escuadra con una ráfaga del maestral, indicándole el siguiente derrotero. Debía navegar primero hácia Sicilia y despues dirigiendo su marcha al Oeste, caminar hácia el estrecho de Gibraltar, pasarlo, recoger al paso el navio *Aguila*, refugiado en Cádiz, no acercarse al Ferrol á donde Nelson intentaria acudir cuando supiera que los franceses habian pasado el estrecho, internarse en el golfo de Gascuña, para reunirse en él á la division francesa de Rochefort, y por último colocándose al Sur de las Sorlingues, al Norte de Brest, aprovechar el primer soplo de viento favorable para trasladarse á la Mancha. Esta escuadra,

compuesta de diez navios á su salida, reforzada con otros seis durante su navegacion, y contando diez y seis á su arrivo, podia ser bastante numerosa para dominar algunos dias el paso de Calais. Engañar á Nelson era muy posible, porque este gran marino lleno del genio de los combates, no siempre tenia un juicio perfectamente seguro, y además tenia su ánimo siempre inquieto con los recuerdos de Egipto. Evitar el acercarse al Ferrol, para aparecer delante de Rochefort á reunirse con la escuadra estacionada en aquel puerto, era todavia mas posible; y la mayor dificultad estaba en penetrar en la Mancha pasando por medio del crucero inglés que guardaba las avenidas de Irlanda y la escuadra del almirante Cornwallis que bloqueaba á Brest. Pero la escuadra de Ganteaume manteniéndose siempre á la vela, con su gente á bordo no podia dejar de llamar mucho la atencion del almirante Cornwallis, y obligarle á estrechar mas de cerca la entrada del puerto de Brest. Si este último abandonando el bloqueo de Brest, salia en persecucion de Latouche-Treville, Ganteaume se haria á la vela en aquel mismo instante, y cualquiera de las dos escuadras francesas y quizá ambas tenian la certidumbre de llegar á la vista de Boloña. Era casi imposible que el almirantazgo inglés penetrase semejante combinacion y se preparase contra ella; pues un punto de partida tan lejano como Tolon, era el que menos podia hacer pensar en el paso de la Mancha, y por otra parte, armando la escuadrilla de modo que pudiese bastarse á si misma, se habia hecho desaparecer la idea de un socorro extraño y adormecido la vigilancia del enemigo, de manera que



todo estaba combinado para que alcanzase el triunfo esta sabia maniobra, que no podia haber ocurrido sino al genio de un hombre que la concibió, y puso en ejecucion por si solo, guardando profundamente su secreto, y pensando siempre en la misma cosa (1).

— Si quereis confiar, un gran pensamiento decia Mr. Decrès al emperador, á un hombre, es menester que primero le veais, le habéis y le animéis de vuestro mismo genio. Esto es todavía mas necesario con nuestros oficiales marinos, desmoralizados á consecuencia de nuestros reveses marítimos, siempre es verdad, dispuestos á morir como héroes, pero pensando mas bien en sucumbir noblemente que en vencer. Llamó, pues, Napoleon á Latouche-Treville, que estaba en Paris recién llegado de Santo Domingo. Este oficial no tenia ni los alcances de genio ni el espíritu organizador del almirante Bruix; pero en la ejecucion manifestaba un atrevimiento, un golpe de vista que probablemente le hubieran hecho si hubiera vivido, digno rival del célebre Nelson. No estaba desanimado como sus demás compañeros de armas, y estaba dispuesto á intentarlo todo, á pesar de que desgraciadamente habia contraído en Santo Domingo los gérmenes de una enfermedad, de la cual habian muerto muchos valientes y debían morir todavía. Napoleon le desenvolvió su proyecto, le hizo palpar las posibilidades, le descubrió las dimensiones é inmensas consecuencias de

(1) Esta fué la primera concepcion de Napoleon. Mas adelante se verá que se modificó diferentes veces, según las circunstancias en que era necesario obrar.

la empresa, y de tal manera logró trasladar á su alma todo el ardor que abrigaba en la suya, que Latouche-Treville entusiasmado salió de Paris sin aguardar á restablecerse, y fué á presenciar por si mismo el equipo de su escuadra, pues todo estaba preparado para que la operacion tuviese efecto en julio ó á mas tardar en agosto.

El almirante Ganteaume que mandaba en Tolon antes de Latouche, acababa de ser trasladado á Brest. El emperador contaba con la actividad de este almirante, pues era muy adicto á su persona; pero no le concedia el atrevimiento suficiente para confiarle la ejecucion de su importante maniobra. Sin embargo, despues del almirante Bruix en el concepto de la capacidad, y del almirante Latouche en el de la audacia, le preferia á todos los demás por su esperiencia y reconocido valor; y por lo mismo le confirió la escuadra de Brest, que probablemente se destinaria á desembarcar en Irlanda, y le encargó que completara su armamento, pero que estuviese en disposicion de cooperar con la de Tolon.

Sin embargo, la escuadra estaba muy atrasada, á causa de los esfuerzos inauditos que se habian hecho para equipar la escuadrilla. Desde el momento que esta estuvo lista, se dedicaron todos los medios de la marina para el equipo de las escuadras, y así es que se construia sin descanso en los puertos de Amberes, Cherburgo, Brest, Lorient, Rochefort y Tolon, pues Napoleon habia dicho que queria tener cien navios de linea en dos años, y que veinte y cinco de estos habian de construirse en Amberes; que en este último puerto tenia fundadas sus esperanzas para



restaurar la marina francesa, y que además encontraría en este sistema de vastas construcciones navales una ocasión de ocupar los brazos ociosos en los puertos. Pero el consumo de los materiales, el crecido número de talleres de construcción, y la insuficiencia de la población trabajadora, hacían mas tardía la ejecución de sus grandes proyectos, pues en efecto, apenas se acababan de poner por obra algunos navios en Amberes, cuando los hombres y materiales tenían que trasladarse á Flessingue, Ostende, Dunkerque, Calais y Boloña para satisfacer las continuas exigencias de la escuadrilla. En Brest solo se había armado el navio diez y ocho; en Rochefort el quinto; en el Ferrol la escasez de los recursos españoles no había permitido embarcar la division refugiada en aquel puerto, y por último, en Tolon no había mas que ocho navios capaces de hacerse á la vela inmediatamente, y sin embargo se había empleado el invierno con actividad extraordinaria. Napoleon estimulaba á su ministro de marina Decrès, y no le dejaba descansar (1) y mandó que en Tolon se trabajase de no-

(1) Hé aquí dos cartas del emperador al almirante Decrès, que manifiestan la energía de su voluntad con que se ocupaba en restablecer la marina francesa.

*Al ministro de marina.*

SAINT-CLOUD 21 de abril, 1804 (1.º floreal, año XII).

Me parece de todo punto oportuno que se celebre una ceremonia imponente para colocar la primera piedra del arsenal de Amberes; pero juzgo tambien muy conveniente no demoler la

che para que los diez navios destinados á Latouche estuviesen equipados á tiempo. Como los marineros escaseaban tanto como los materiales y trabajadores, y los almirantes Ganteaume en Brest, Villeneuve en Rochefort, Gourdon en el Ferrol y Latouche en Tolon, se quejaban de no

antigua fábrica bajo el pretexto de la regularidad, pues hasta no edificar contra el plan general de seguridad. Lo restante se irá estableciendo insensiblemente. Cuando hay algo que demoler, se demuele lo que no está regular; pero dello repetiros lo que os he dicho últimamente, que no puedo estar satisfecho de los trabajos de Amberes, pues no hay mas que un navio en el taller y quinientos trabajadores. Desearia que antes del 1.º mesidor hubiese á lo menos tres navios de los setenta y cuatro en el taller; que antes del 1.º ventimario, año XIII, hubiese seis, y antes del 1.º nivoso nueve; y todo esto no se puede hacer con el corto número de trabajadores que hay. En Provenza hay muchos de ellos sin ocupacion, y dentro de poco los habrá tambien en Bayona y Burdeos, así pues, es necesario que renuais tres mil trabajadores en Amberes. Materiales del Norte, maderas, hierro, todo llega allí con mucha facilidad. La guerra no es un obstáculo para que se construya en Amberes. Si estuviésemos tres años en guerra, seria preciso construir veinte y cinco navios en dicho puerto; en otra parte cualquiera es imposible; necesitamos una marina y no podremos decir que la tenemos, hasta que poseamos cien navios, y es menester que los tengamos en cinco años. Si, como pienso, se pueden construir navios en el Havre, es necesario poner dos por obra, así como construir dos nuevos en Rochefort, y otros dos en Tolon. Creo que estos últimos se deb'n hacer de tres puentes.

Desearia tambien haber fijado mis ideas sobre el puerto de Dunkerque; y espero que me hagais una pequeña nota para saber á qué altura llega el mar con la marea baja.

La escuadrilla vá á quedar pronto concluida en todas partes, y por consiguiente es necesario que Nantes, Burdeos, Honfleur, Dieppes, Saint-Malo, etc., den ocupacion á tan crecido número de



tener bastantes, Napoleon despues de muchos ensayos, se confirmó en la idea de suplir á la escasez de tripulaciones con soldados jóvenes ele-

trabajadores, para lo cual es menester poner en construccion fragatas, gabarras, bergantines etc. Tambien es necesario, bajo el punto de vista del espirita público, que los trabajadores de las costas no se mueran de hambre, y que los departamentos situados á orillas del mar, que han sido los menos favorables á la revolucion, conozcan que ha de llegar el tiempo en que los mares estarán tambien bajo nuestro dominio. Santo Domingo nos costaba 2.000.000 mensuales; los ingleses se han apoderado de él, y es menester no invertir esos 2.000.000 al mes, en otra cosa que en construcciones. Mi intencion es que se trabaje con la misma actividad que para la escuadrilla, fuera de que no habiendo tanta prisa, se observará mas orden. A mí no me apura el tiempo, pero pido que se empiece á trabajar mucho.

Os suplico que me presentéis la próxima semana un informe que me de á conocer la situacion actual de nuestra marina, de nuestras construcciones, lo que es menester construir todavia, en qué puertos y á quanto ascendería su coste mensual, partiendo del principio que prefiero que se inviertan diez y ocho meses en hacer un navio con tal que se haga la tercera parte mas.

En cuanto á los navios quisiera que se construyesen bajo el mismo plan; las fragatas por el modelo de la *Hortusia* ó de la *Cornelia*, que parecen buenos; pasar á los navios, tomar los mejores modelos, y construirlos en todas partes de ochenta y de tres puentes, excepto en Amberes, donde me parece mas prudente empezar desde luego con navios de setenta y cuatro.

*Al ministro de marina.*

SAINT-CLOUD, 28 de abril, 1804 (8 floreal, año XII).

Hoy firmo un decreto relativo á las construcciones. No admitiré ninguna clase de excusas. Haced que os den cuenta dos veces por semana de las órdenes que deis y velad por su ejecu-

gidos en los regimientos, los cuales ejercitados en el manejo del cañon y en todas las demás maniobras, podrian completar de una manera ventajosa el armamento de los navios. El almirante Ganteaume habia tratado ya de hacer esto mismo en Bretaña y le salió bien la prueba, quedando muy satisfecho de aquellos marinos usurpados á la tierra, sobre todo en lo concerniente á la artilleria, y únicamente pidió que se le diesen no soldados hechos que se prestaban con cierta repugnancia á recibir una segunda educacion, sino jóvenes quintos, que no hubiesen aprendido nada y estuviesen mas aptos para adquirir los conocimientos que se quisiera darles, y fuesen mas dóciles. Además se les probaba de antemano, y solo se conservaban los que manifestaban aficion al mar, llegando á aumentar por este medio una cuarta ó quinta parte la masa total de marineros.

La Francia tenia entonces cerca de cuarenta

cion; si necesitais medidas extraordinarias, decidmelo. No estoy dispuesto á admitir ninguna razon válida, porque con una buena administracion haria treinta navios de linea en Francia en un año, si fuese necesario, pues en un pais como la Francia se debe hacer todo lo que se quiera. No se os ocultará que mi intencion es dar principio á muchas construcciones, excepto en Brest, donde no quiero construir nada. Mi proyecto es el de botar al agua antes de vendimiar, año XIV, veinte y seis navios de guerra, en la inteligencia de que esto dependerá sobre todo del caso en que de aqui á di-ho tiempo conservemos la paz. Pero de todos modos los navios de setenta y cuatro deben estar concluidos en Amberes. En este punto es donde debemos tener nuestro gran taller, y es la única manera posible para que dentro de pocos años se halle restaurada la marina francesa.

Antes del año XV debemos tener cien navios de guerra.



y cinco mil marineros disponibles, á saber: quince mil en la escuadrilla, doce mil en Brest, de cuatro á cinco mil entre Lorient y Rochefort, cuatro mil entre el Ferrol y Cádiz, cerca de ocho mil en Tolon, sin contar algunos millares en la India. Podíanse añadir á esta fuerza total doce mil hombres ó acaso quince mil, lo que hacia subir á sesenta mil el número de hombres á bordo. Solo la escuadra de Brest habia recibido un aumento de cuatro mil quintos los cuales llenaban todas las esperanzas. Si semejantes escuadras hubiesen podido navegar cierto tiempo bajo el mando de buenos oficiales, no hubieran tardado en aventajar á las escuadras inglesas. Pero bloqueadas en los puertos, no tenian práctica ninguna del mar, y los almirantes estaban además faltos de la confianza que se adquiere con las victorias. Sin embargo todo marchaba bajo la influencia de una voluntad poderosa, que se esforzaba en animar á los que se mostraban desconfiados. El almirante Latouche no descuidaba la mas minima cosa en Tolon para estar dispuesto en julio ó agosto. El almirante Ganteaume salia de Brest y volvía á entrar para egercitar algo la tripulacion y mantener á los ingleses en una continua duda sobre sus proyectos, pues á fuerza de amenazarlos con su salida debia introducir en ellos una incredulidad, de la cual podria aprovecharse en su dia.

Napoleon trataba de dar un nuevo suplemento á su fuerza naval, y para este objeto pensaba apropiarse la marina genovesa. Juzgaba que con una escuadra de siete ú ocho navíos y algunas fragatas en aquel puerto, distraeria la atencion

de los ingleses entre Tolon y Génova, y les obligaria á mantener una doble escuadra de observacion en aquella mar, ó bien dejarle libres uno de los dos puertos cuando tratasen de bloquear uno de ellos. Mandó, pues, á Mr. Salicetti, ministro francés en Génova, concluyese con aquella república un tratado por el cual debia facilitar á los franceses sus talleres con objeto de construir en ellos diez navíos, y casi igual número de fragatas. La Francia por su parte se comprometia á recibir en su marina un número de oficiales genoveses proporcionado á dicha escuadra, y á los cuales se les consideraria como á los oficiales franceses. Obligábase ademas á matricular seis mil marineros genoveses, debiendo la república liguriana por su parte tenerlos siempre á su disposicion. Cuando se celebrase la paz, la Francia debia conceder su pabellon imperial á los genoveses, por cuyo medio obtendrian la proteccion de la Francia, muy útil contra los berberiscos.

Terminadas ya todas las disposiciones de Napoleon, disponíase á salir para Bolonia, pero antes quiso recibir á los embajadores encargados de presentarle de nuevo sus credenciales, en las que ya se le calificaba con el titulo de emperador. El nuncio del papa, los embajadores de España y Nápoles, los ministros de Prusia, Holanda, Dinamarca, Baviera, Sajonia, Baden, Wurtemberg, Hesse y Suiza, se presentaron á el el domingo 8 de julio (19 mesidor) con las fórmulas adoptadas en todas las córtes; y al entregarle las credenciales, le trataron por la vez primera como á príncipe coronado. No faltaba en aquella reunion mas que el embajador de la corte de Viena, con



la cual duraban aun las negociaciones sobre el título imperial que habia de darse a la casa de Austria; el de la corte de Rusia, con la cual no existian amistosas relaciones desde la nota dirigida á Ratisbona, y últimamente, el de la corte de Inglaterra, con la cual se estaba en guerra. Puede decirse que excepto la Gran Bretaña, Napoleon estaba reconocido por toda Europa, porque el Austria iba á espedir el acta formal del reconocimiento, y la Rusia sentia lo que habia hecho, y no pedia mas que una explicacion que pusiese á salvo su dignidad para reconocer el título imperial en la familia Bonaparte.

Algunos dias despues se distribuyeron las grandes condecoraciones de la Legion de Honor, pues aunque esta institucion habia sido decretada hacia dos años, su organizacion habia exigido mucho tiempo, y acababa apenas de terminarse. Napoleon distribuyó por su mano estas grandes condecoraciones á los primeros personajes del imperio, así civiles como militares, en la iglesia de los Inválidos, monumento que acataba y queria muy particularmente. Todavía no habia cambiado la orden de la Legion de Honor con las ordenes estrangeras; pero en tanto que se verificaban estos cambios que se proponia hacer para poner su monarquia en todos conceptos bajo el mismo pié que las demas, llamó á su lado, en medio de la ceremonia, al cardenal Caprara, y quitándose de su cuello el cordon de la Legion de Honor, rodeó con él el del anciano y respetable cardenal, que se conmovió profundamente al recibir tan brillante distincion. De esta manera principiò por el representante del papa la afilia-

cion á una orden que á pesar de ser tan reciente, no tardaria en ser anhelada por la Europa entera.

Procurando siempre dar un carácter de importancia á las cosas al parecer mas insignificantes, envió la cruz de gran oficial al almirante Latouche-Treville.—Os he nombrado, le escribió, gran oficial del Imperio, inspector de las costas del Mediterráneo: pero deseo mucho que la operacion que vais á emprender me ponga en el caso de elevaros á un grado tal de consideracion y de honor que no tengais nada que desear... Hagámonos dueños del estrecho seis horas y lo seremos de todo el mundo (1)» (2 julio 1804).

Ocupado enteramente con tan vastos proyectos, el emperador salió para Bolonia, despues de haber delegado al archi-canciller Cambaceres, ademas del cuidado ordinario de presidir el Consejo de estado y el Senado, el poder de egercer la autoridad suprema, si fuere necesario, pues el archi-canciller era la única persona del Imperio

(1) Hé aquí todo el contenido de esta carta:

Por la vuelta de mi correo me direis, cuándo os será posible llevar el ancla haciendo abstraccion del tiempo; dadme noticias de lo que hace el enemigo y de donde se halla Nelson.

Meditad sobre la grande empresa de que estais encargado, y antes que yo firme definitivamente vuestras últimas ordenes, dadme á conocer la manera que juzgais mas ventajosa para que se lleven á efecto.

Os he nombrado gran oficial del Imperio, inspector de las costas del Mediterráneo; pero deseo mucho que la operacion que vais á emprender me ponga en el caso de elevaros á un grado tal de consideracion y de honor, que no tengais mas que desear.

La escuadra de Rochefort, compuesta de cinco navios, uno de



en la cual tuviese bastante confianza para delegarle semejante estension de atribuciones. Llegó el 20 de julio al puente de ladrillos, y bajó inmediatamente al puerto de Boloña para ver la escuadrilla, los fuertes, y las diferentes obras que habia mandado hacer. Los dos ejércitos de mar y tierra le acogieron con transportes de alegría, y saludaron su presencia con unánimas aclamaciones. Novecientos cañonazos despedidos por los fuertes y la línea de emboscada, y que estremecieron la tierra desde Calais hasta Douvres, indicaron á los ingleses la presencia del hombre que hacia diez y ocho meses turbaba tan profundamente la acostumbrada tranquilidad de su isla.

Los cuales es de tres puentes, y de cuatro fragatas, está pronta á levar el ancla; no tiene á su frente mas que cinco navios enemigos.

La escuadra de Brest está compuesta de veinte y un navios, los cuales acaban de hacerse á la vela para molestar al almirante Cornwallis y obligar á los ingleses á que aumenten en aquel punto el número de sus navios. Los enemigos tienen tambien seis navios delante del Texel para bloquear la escuadra holandesa compuesta de cinco navios, cuatro fragatas y un convoy de ochenta botes.

El general Marmont tiene ya embarcado su ejército.

Entre Etaples, Boloña, Wimereux y Ambleteuse, dos puertos nuevos que he hecho construir, tenemos doscientas setenta lanchas cañoneras, quinientos treinta y cuatro botes cañoneros y trescientos noventa y seis peniches, total mil doscientas embarcaciones que conducen ciento veinte mil hombres y diez mil caballos. Hagámonos dueños del estrecho por seis horas y lo seremos del mundo.

Los enemigos tienen en las Dunas ó en frente de Boloña y en frente de Ostende, dos navios de setenta y cuatro, tres de sesenta ó sesenta y cuatro y dos ó tres de cincuenta. Hasta ahora Cornwallis no ha tenido mas que quince navios; pero últimamente han

Embarcándose Napoleon en aquel mismo instante á pesar de una mar tempestuosa, quiso visitar los fuertes de mamposteria del Pesebre y del Tropiezo, como tambien el fuerte de madera colocado entre los dos primeros, y todos tres destinados, como hemos dicho, á cubrir la línea de emboscada. Hizo ejecutar en su presencia algunas pruebas de disparos con objeto de asegurarse de si se habian seguido las instrucciones que habia dado para obtener el mayor alcance posible.

Tomó en seguida la alta mar y fué á ver manibrar, á tiro de cañon de la escuadra inglesa, muchas divisiones de la escuadrilla, cuyos adelantos ponderaba continuamente el almirante Bruix. Volvió lleno de contento y despues de haber prodigado mil demostraciones de satisfaccion á los gefes de los dos ejércitos que, bajo su suprema direc-

venido á reforzarle todas las reservas de Plymouth y Portsmouth. Tambien tienen los enemigos en Cork, en Irlanda, cuatro ó cinco navios de guerra. No hablo de las fragatas y buques pequeños de los cuales tienen una infinidad.

Si engañais á Nelson, irá á Sicilia ó á Egipto ó al Ferrol. No creo que sea necesario presentarse delante del Ferrol. De los cinco navios que están en aquel punto, cuatro están ya listos y el quinto lo estará en fructidor. Pero creo que el Ferrol está demasiado indicado; y es tan natural que se suponga, si vuestro ejército del Mediterraneo entra en el Océano, que va destinado á bloquear el Ferrol! Pareceríame, pues, mejor ganar la alta mar, llegar á la vista de Rochefort, por cuyo medio podriais completar una escuadra de diez y seis navios y once fragatas, y entonces, sin perder un instante, sin fondear, bien sea doblando la Irlanda mas á lo largo, bien poniendo por obra el primer proyecto, llegar á la vista de Boloña. Nuestra escuadra de Brest de veinte y tres navios, tendrá un ejército á su bordo y estará todos los dias á la



con, habian contribuido á aquella creacion prodigiosa.

El día siguiente y los demás recorrió todos los campamentos desde Etaples hasta Calais; luego volvió al interior para inspeccionar las tropas de caballería, acampadas á alguna distancia de las costas, y sobre todo la magnífica division de granaderos organizada por el general Junot en las inmediaciones de Arras. Componíase esta division de las compañías de granaderos, sacadas de los regimientos que no estaban destinados á formar parte de la expedicion; así es que no podía darse mejor cuerpo de tropas en cuanto á la eleccion y gallardía de los soldados, pues que sobrepujaba á la misma guardia consular que fué despues guardia imperial. Comprendia diez batallones de ochocientos hombres y por ellos empezó la reforma del peinado, pues usaban schakós en lugar de sombreros, y el pelo cortado y sin polvos en vez de la antigua melena incómoda y sucia. Agueridos en numerosas campañas, maniobraban con exactitud inimitable, se les veía animados de aquel orgullo que dá la fuerza de los cuerpos de preferencia, y presentaban una division de cerca de ocho mil hombres, á los cuales no hubiera podido resistir

vela, de modo que Cornwallis se verá obligado á cerrar la costa de Bretaña para tratar de oponerse á su salida.

Por lo demás, para fijar mis ideas sobre esta operacion que tiene sus contras, pero cuya consecucion promete tan inmensos resultados, espero el proyecto que me habeis anunciado á vuelta de correo.

Es menester embarcar todos los viveres posibles, con el objeto de que en ningún caso os veais contrariado en nada.

ninguna tropa europea, aunque hubiera estado compuesta de doble ó triple número. Estos granaderos eran los que Napoleon queria que desembarcasen primero en las costas de Inglaterra, haciéndoles atravesar el canal en los ligeros peniches que hemos descrito en otra parte. Al ver su aspecto, su disciplina y su entusiasmo sentia Napoleon aumentarse su confianza, y no dudaba en ir á conquistar á Lóndres el cetro de la tierra y de los mares.

Llegado que hubo á la costa quiso inspeccionar la flotilla buque por buque, á fin de asegurarse de que todo estaba dispuesto como él lo habia mandado, y de si era posible embarcar al primer aviso y con la rapidez necesaria, cuanto se habia reunido en los almacenes de Boloña. Todo lo halló segun apetecia; pero se necesitaban algunos días para embarcar el material grueso, aunque toda vez que este estuviese á bordo, lo cual debía ha-

A últimos de este mes se van á botar otros dos navios, uno en Rochefort y otro en Lorient. El de Rochefort no dá lugar á duda alguna, pero si por acaso el de Lorient se quedase en bahía y no pudiese salir antes de vuestra aparicion á la vista de la isla del Six, quiero saber si sois de opinion de ir á buscarlo; yo creo, sin embargo, que saliendo con un buen maestral, es preferible á todo hacer la operacion antes del invierno; porque en la estacion rigorosa, si bien es verdad que podria tener mas probabilidades para llegar, pudiera tambien suceder que hubiese muchos días en los cuales no se pudiera aprovechar vuestra arribada. Suponiendo que pudieseis salir antes del 10 thermidor (29 de julio), es probable que llegareis á Boloña en todo el mes de setiembre, época en que las noches son ya bastante largas y los tiempos no duran mucho en mal estado.



cerse mucho tiempo antes de la expedición, solo se necesitaban tres ó cuatro horas para el embarque de los hombres, caballos y la artillería de campaña. No estaba todo listo sin embargo: habíanse quedado algunas divisiones rezagadas desde el Havre á Boloña: las lanchas de la guardia particularmente, al mando del capitán Dangier, no habían llegado aun: la flotilla bátava tenia á Napoleon bastante disgustado, pues aunque confiaba enteramente en el almirante Verhuell, no se habia concluido el equipo de una parte de esta flotilla, ya fuese por descuido de parte del gobierno holandés, ó ya mas bien, y esto parece mas verosímil, por las dificultades mismas de la empresa. Las dos primeras divisiones estaban reunidas en Ostende, Dunkerque y Calais y la tercera aun no habia salido del Escalda. Necesitaba, por último, Napoleon, asegurarse bien de otro movimiento indispensable para el buen éxito, cual era el de reunir toda la flotilla bátava en los puertos situados á la izquierda del cabo Grisnez, estrechándose mas en los cuatro puertos de Ambletense, Wimerieux, Boloña y Etaples. Las dos flotillas debian salir juntas y con el mismo viento á tres ó cuatro leguas de distancia una de otra. Dos cosas hay sin embargo, en las grandes operaciones que se invierten con una prontitud y estension que se hallan fuera del alcance aun de los espíritus mas positivos, á saber, el dinero y el tiempo. En los primeros dias de agosto, conoció Napoleon que no podía hallarse todo corriente antes del mes de setiembre, y mandó al almirante Latouche que difiriese un mes la expedición: consolábase de este retraso, creyendo que se podría emplear este mes

en prepararse mejor, y decia que aquella estacion además de ser escelente, tenia la ventaja de ser las noches mas largas (1).

Mientras tanto quiso dar al ejército una gran funcion propia para entusiasmar á las tropas, sin embargo de lo mucho que ya lo estaban. Asi como en el aniversario de 14 de julio distribuyó en la iglesia de los Inválidos á los principales personajes del Imperio las grandes condecoraciones de la Legion de Honor, se le antojó repartir por sí mismo al ejército las cruces que debian darse en cambio de las armas de honor ya suprimidas, y celebrar esta ceremonia el dia de su natalicio, á orilla del Océano y en presencia de las escuadras inglesas. El resultado correspondió á sus deseos, siendo aquel un espectáculo magnifico de que hablan los contemporáneos con sumo placer.

(1) He aquí el contenido de esta nueva orden.

*Al ministro de marina.*

2 de agosto de 1804, (14 de thermidor, año XII).

Deseo que enviéis á Tolon un correo extraordinario, á fin de participar al general Latouche, que no habiéndose podido reunir algunas divisiones de la flotilla, he creído que el retardo de un mes nos debe ser ventajoso y mucho mas por ser las noches mas largas; que mis miras son de que aproveche este retraso para agregar á la escuadra por todos los medios necesarios, el navio *Berwick*; que no es cosa que debe despreciarse un navio, el cual hará subir la escuadra reunida al número de diez y ocho.

Deseo igualmente que renovéis las órdenes para apresurar el armamento de *el Algeciras* en Lorient, pues se necesita que esté en la rada el 10 de fractidor.



Escogido un sitio á propósito á la derecha de Boloña, y á lo largo del mar, no lejos de la columna que despues se ha levantado allí, presentaba la forma de un anfiteatro semicircular como si se hubiera construido de intento, y no parecia sino que habia sido preparado por la naturaleza para algun gran espectáculo nacional. Calculado el espacio de modo que pudiera caber todo el ejército, en el centro de aquel anfiteatro se construyó un trono para el emperador, el cual debia dar la espalda al mar, y estar de frente hácia tierra; á derecha é izquierda, se construyeron unas gradas para los grandes dignatarios, los ministros y los mariscales; siguiendo todo lo largo, por ambas alas, debian desplegarse los destacamentos de la guardia imperial, y al frente, en el suelo inclinado de aquel anfiteatro natural, debian colocarse como el pueblo romano en sus vastos circos, los diferentes cuerpos del ejército formados en columnas cerradas, y dispuesto en forma de rayos que iban á parar al trono del emperador como á un centro. En cuanto al orden con que debian estar colocadas las tropas, se mandó que la infanteria se situase á la cabeza de las columnas, y detrás la caballería para que desde sus caballos pudiera dominar á aquella.

El diez y seis de agosto por la mañana, esto es, el dia de San Napoleón, trasladáronse las tropas al sitio designado por medio de una multitud inmensa que habia acudido de todas las provincias inmediatas para presenciarse aquel espectáculo, ascendiendo á cien mil hombres, casi todos ellos veteranos de la República, los que con la vista clavada en Napoleón esperaban el premio que me-

recian por sus hazañas. Colocados todos en sus respectivos sitios, salieron de las filas los soldados y oficiales que debian recibir cruces, y llegaron hasta el pié del trono imperial. Napoleón de pié les leyó la fórmula tan bella como ha hecho usar al prestar el juramento á la Legion de Honor, y todos á una voz, al son de las musicas y el estampido de la artilleria contestaron: *SI JEHO*. En seguida fueron recibiendo unos tras otros la cruz que iba á reemplazar á la nobleza de la sangre, operacion que duró muchas horas, viéndose subir las gradas del trono á infanzones y simples paisanos, enagenados de gozo unos y otros porque iban á recibir un distintivo creado para premiar el valor, y proponiéndose todos verter su sangre en las costas de Inglaterra, para asegurar á su patria y al hombre que gobernaba el imperio del mundo que nadie le disputaba.

Semejante magnífico espectáculo enardeció todos los corazones; yendo á darle un viso de mayor grandeza una circunstancia imprevista. Precisamente en aquel momento entraba en Boloña huyendo del temporal, una division de la flotilla que habia salido del Havre hacia poco, y tuvo que sostener contra los ingleses un vivo fuego de cañón, á presencia de Napoleón, quien dejaba el trono de vez en cuando para ver por si mismo con el auxilio del antejo como se portaban al frente del enemigo sus soldados de mar y tierra.

Esta y otras escenas por el mismo estilo debian alarimar á Inglaterra, de suerte que la prensa británica, injuriosa y arrogante, como lo son todos los periódicos en un pais libre, se burlaba de Napoleón y de sus preparativos, pero temblaba



interiormente á pesar de su aparente sonrisa. La inquietud que reinaba en aquel país era tan profunda como universal, y los inmensos preparativos que se habian hecho para defender á Inglaterra alarmaban á la nacion, sin tranquilizar completamente á los hombres instruidos en el arte de la guerra. Ya hemos visto que sintiendo no tener un gran ejército, como Francia sentia no tener una marina poderosa, quiso la Gran Bretaña aumentar sus fuerzas militares por medio de un cuerpo de reserva, pues parte de los hombres á quienes tocó por suerte servir en la reserva, pasaron al ejército de línea, el cual ascendia á unos ciento setenta mil soldados. A esto hay que agregar las milicias locales, cuyo número era indeterminado, y que debian servir esclusivamente en las provincias, y por último, ciento cincuenta mil voluntarios que habian ofrecido sus servicios en los tres reinos y se mostraban muy afanosos por aprender el egercicio. Cuando se hablaba de voluntarios, se decia que eran trescientos mil, pero en la realidad solo la mitad se disponia á servir, no habiéndose intentado formalmente realizar en masa el alistamiento decretado, á pesar de que quisieron dar el impulso los principales personajes de Inglaterra poniéndose el uniforme de voluntarios, hasta MM. Addington y Pitt.

Haciendo las deducciones de costumbre, la Inglaterra, podia oponernos ciento ó ciento veinte mil soldados regulares y escelentes, las milicias que no estaban organizadas y ciento cincuenta mil voluntarios que carecian de esperiencia, no tenian general, y se hallaban mandados por oficiales medianos, cuyas tropas estaban repartidas

entre Irlanda é Inglaterra, ó cubrian los puntos de la orilla por donde se temia atacásemos nosotros. Las tropas regulares y los voluntarios que habia en Irlanda, subian á setenta mil hombres; de suerte que para Escocia é Inglaterra, quedaban de ciento ochenta á doscientos mil, tanto de voluntarios, como de línea, pudiendo asegurarse, si se tiene en cuenta el arte de mover las masas que solo poseia entonces Napoleon, que en el momento de peligro, solo podrian reunir los ingleses ochenta ó noventa mil hombres. ¿Qué hubieran hecho, pues, aunque hubiesen sido dos veces mas numerosos, cuando Napoleon podia llevar al otro lado del estrecho ciento cincuenta mil soldados aguerridos? La verdadera defensa de los ingleses estaba en el Océano y así lo conocieron ellos: como que tenian cien mil marineros y ochenta y nueve navios de línea esparcidos por todos los mares, además de unos veinte navios de cincuenta cañones, ciento treinta y dos fragatas y un número proporcionado en los astilleros y radas. Por supuesto que se aprovecharon como Napoleon del tiempo, para perfeccionar sus preparativos, creando *fencibles* de mar á imitacion de los de tierra, y reuniendo bajo este nombre á todos los pescadores y marineros que no estaban sujetos á la leva que se hacia periódicamente, para que esparcidos hasta el número de veinte mil á lo largo de las costas, las vigilasen con sus barcos, además de la guardia avanzada de fragatas, bricks y corbetas que se daban la mano desde el Escalda hasta el Sommo. Para que nada faltase á este sistema de precauciones que hemos espuesto en otra parte, pero que perfeccionaron en los quince meses que



acababan de transcurrir, convinieron en adoptar por la noche ciertas señales para no dejarse sorprender, construyeron carros á propósito para trasportar las tropas al puesto que debian ocupar, abrieron zanjas en el suelo y colocaron en el Tamesis una línea de fragatas unidas unas con otras por medio de cadenas de hierro, capaces de oponer una barrera continua y sólida á todas las embarcaciones, coronando además de artillería todas las playas desde Douwres hasta la isla de Wight, á que fuese fácil abordar.

Inmenso era el gasto que originaban todos estos preparativos, y grande la confusión que de todo ello resultaba, por manera que agitados los ánimos, como es natural, en presencia de un peligro de invasión, todo parecia malo, nada era á propósito para tranquilizarles, y con un ministerio débil cuya capacidad ponía en duda todo el mundo, no habia autoridad moral que pudiera contener el furor de censurar é inventar. Apenas se tomaba una medida se decia que era poco, ó malo, ó que no era bastante bueno, y se proponia otra cosa, llegando á tal punto el desenfreno general que hasta Mr. Pitt, que habia guardado reserva por algun tiempo, dejó de hacerlo, y criticaba amargamente las medidas tomadas por los ministros, ora por que creyese habia llegado el momento de derribarlos, ora porque efectivamente le parecieran sus precauciones insuficientes ó mal calculadas. Lo que nosotros podemos asegurar es que sus críticas eran mucho mas fundadas que las de los demas individuos de la oposicion, pues acusaba á los ministros por que no habian adivinado y evitado que en Belo-

ña se hubiesen concentrado los barcos franceses que segun él pasaban de mil. Aunque procuraba exagerar mas bien que disimular el peligro, quedábase muy atrás de la verdad porque, incluyendo la escuadrilla bátava, ascendia su número á dos mil trescientos. Esta falta lo atribuía á ignorancia por parte del almirantazgo, que no habia sabido preveer el uso que podia hacerse de las lanchas cañoneras, y que habia empleado navios y fragatas en sitios que tenian tan poca agua que los buques de alto bordo no podian seguir á las embarcaciones francesas. Segun su modo de ver las cosas, sostenia que con unos cuantos centenares de lanchas cañoneras, defendidas á cierta distancia por algunas fragatas, hubieran podido pelear contra los franceses con armas iguales, y destruir su inmenso armamento antes de que se hubiese reunido en la Mancha; lo cual si no tenia fundamento, era espécioso.

A esto contestaban los ministros que en la última guerra habian querido hacer uso de las lanchas cañoneras, pero que no pudieron aguantar el viento. Esto prueba que los marinos ingleses no se habian dedicado tanto como los franceses á manejar esta clase de embarcaciones, pues nuestras lanchas habian navegado con bueno ó mal tiempo y si algunas baraban en los sitios donde habia poca agua, esceptuando la desgracia que sucedió en Brest, ninguna habia perecido por mal construida.

No participando tampoco Mr. Pitt de la opinion de Mr. Windham, antiguo compañero suyo, ni de su nuevo aliado Mr. Fox, quienes decian que el ejército regular no era bastante, y cono-



ciendo que no es fácil aumentar sin más ni más un ejército, sobre todo en un país donde no se quería recurrir á la conscripción, quejábanse Mr. Pitt de que no habían sacado partido de los voluntarios. Esto porque sostenía que debían de haber aprovechado la buena voluntad de aquellos ciento cincuenta mil ingleses, haciendo que adquiriesen el grado de disciplina é instrucción que eran capaces de adquirir, con lo cual no serían tan inferiores á las tropas regulares como parecían ser; y esta reconvencción fundada ó no, era tan especiosa como la anterior.

Mr. Pitt sostenía estas opiniones con extraordinario ardor y á medida que iba entrando más y más en la senda de la oposición, se unía, si no en opiniones y sentimientos, á lo menos por su conducta, á la antigua oposición whig, es decir, á Mr. Fox. Así es que estos dos adversarios que se habían hecho la guerra por espacio de veinte y cinco años, parecía que se habían reconciliado, y corría la voz de que iban á formar un ministerio juntos, de resultas de haberse desmembrado la antigua mayoría. Ya hemos visto que parte de esta mayoría militaba en la oposición con MM. Windham y Grenville: otra parte mucho mayor se unió á ellos así que Mr. Pitt levantó el estandarte de la oposición, oposición que se componía de todos los torys que pensaban que los ministros actuales eran incapaces de hacer frente á la situación y que era preciso recurrir al jefe antiguo del partido de la guerra. Por otra parte la antigua oposición whig, dirigida por Mr. Fox, aunque había tenido algunas deserciones, tales como las de MM. Tierney y

Sheridam que se decía se habían unido á Mr. Addington, se aumentó extraordinariamente por una circunstancia de corte. Decíase que el rey había vuelto á perder el juicio y se anunciaba como próxima la regencia del príncipe de Gales; y como este príncipe, indispuerto antes con Mr. Pitt y en la actualidad con Mr. Addington, era muy amigo de Mr. Fox, á quien debía tomar por ministro, según se creía; cierto número de individuos de la cámara de los comunes, que obraban á influjo suyo, fueron á aumentar las filas del partido de Mr. Fox. Gracias á esto, unidas las dos oposiciones, y aumentadas una con las que se fueron tras de la bandera levantada por Mr. Pitt, y otra con las que seguían á Mr. Fox creyendo no tardaría en subir al poder, equilibraban casi la mayoría del ministerio Addington.

En varias votaciones conoció el gabinete á poco la gravedad del estado de las cosas; pues Mr. Pitt presentó en marzo una proposición pidiendo los estados comparativos de la marina inglesa en 1797, 1801 y 1803, y con ayuda de los amigos de Mr. Fox consiguió reunir ciento treinta votos en pró de su proposición contra doscientos uno; es decir, que los ministros solo obtuvieron una mayoría de setenta votos, y cualquiera que comparase aquella votación con las anteriores no podía menos de sorprenderse al ver el progreso que iba haciendo la oposición. Animados los nuevos aliados con tan buen éxito multiplicaron las proposiciones, y en abril pidió Mr. Fox se nombrase una comisión para que examinara todas las medidas tomadas en defensa del reino desde que empezó



la guerra, lo cual equivalia á someter al juicio del parlamento la conducta y capacidad del ministerio Addington. Aquella vez tuvo menos votos la mayoría; pues la oposicion reunió doscientos cuatro, y los ministros doscientos cincuenta y seis, esto es, cincuenta y dos más que aquella. De dia en dia iba minorándose la espresada mayoría y ya se anunciaba en el mes de mayo otra proposicion que debia dejar definitivamente á los ministros minoría, cuando lord Hawkesbury declaró en términos bastante claros para que todos lo entendiesen, que la última proposicion era inutil; pues el gabinete iba á disolverse.

El anciano monarca que queria en extremo á MM. Addington y Hawkesbury asi como muy poco á Mr. Pitt, acabó no obstante por llamar á este al poder, volviendo en consecuencia á tomar las riendas del estado con encargo de mejorar, á ser esto posible, la fortuna de Inglaterra, el personaje célebre y poderoso que ha sido enemigo nuestro por tanto tiempo. Al entrar en el gabinete, dejó fuera á sus antiguos amigos MM. Windham y Grenville, y su reciente aliado Mr. Fox, doble infidelidad que mereció una critica severa dándosele muy diversa esplicacion. Lo mas verosímil es que no quiso por compañeros á MM. Windham y Grenville por ser torys demasiado exaltados, y que el rey por su parte no quiso para ministro á Mr. Fox por ser un whig demasiado declarado. Muchos le criticaron porque no puso nada de su parte para convencer á Jorge III, porque hubiera sido de desear en vista de los peligros de que el pais se veia amenazado, que los dos hombres de mayor talento que habia en Inglaterra, se hu-

biesen unido para dar al gobierno más fuerza y autoridad.

Sin embargo, tal era el influjo que Mr. Pitt ejercia en los ánimos, tenían tal confianza en su persona, que él solo bastaba para dar crédito al poder. Así es que apenas subió al ministerio, pidió 60 000,000 para gastos secretos, y se dijo que era para anudar las relaciones que en otro tiempo tuvo Inglaterra con el continente, pues le miraban, y con razon, como el mas á propósito de todos los ministros para resucitar las coaliciones, por el mucho crédito que gozaba en las córtes enemigas de Francia.

Tales fueron los sucesos que tuvieron lugar en Inglaterra mientras Napoleon se ceñia la corona imperial, y se disponia á forzar la barrera del Océano, trasladándose para ello á Boloña. Parecia que la Providencia volvia á poner en escena á aquellos dos hombres para que luchasen por última vez con mas encarnizamiento que nunca, Mr. Pitt suscitando coaliciones, lo cual sabia hacer muy bien, y Napoleon destruyéndolas á sablazos, cosa que sabia hacer mucho mejor.

Napoleon miraba con bastante indiferencia lo que sucedia al otro lado del estrecho, y se reia de los preparativos ingleses con mucha mas sinceridad que los periodistas británicos de nuestras lanchas, no pidiendo al cielo otra cosa sino poder disponer en la Mancha por cuarenta y ocho horas de una escuadra, para dar buena cuenta de todos los ejércitos que se habian reunido entre Douvres y Lóndres. Los sucesos ministeriales de Inglaterra solo le hubieran interesado si hubiese subido al poder Mr. Fox, pues como creia en la sinceridad



de aquel hombre de estado y en las buenas disposiciones que abrigaba con respecto á Francia, habria abandonado las ideas de guerra por otras de paz y aun de alianza; pero la subida de Mr. Pitt fué á probarle, por el contrario, que era preciso acabar de una vez, dando un golpe atrevido y desesperado en que se jugase la existencia de ambas naciones. No obstante, los 60.000,000 para gastos secretos que pidió Pitt y que solo podian servir para llevar á cabo algun plan oculto acerca del continente, le llamaron la atencion, pareciéndole que Austria procedia con mucha lentitud en lo de enviar las nuevas credenciales, y obraba con muy poca franqueza en el asunto de la nota rusa pasada á la dieta de Ratisbona. Al fin recibió por conducto de Mr. de Oubril la contestacion que el gabinete de San Petersburgo daba al despacho en que se hacia alusion á la muerte de Pablo I, contestacion que indicaba existia un proyecto oculto, y como Napoleon era tan sagaz, vislumbró un principio de coalicion en Europa, quejándose á Mr. de Talleyrand de lo crédulo que era, y de lo complaciente que se mostraba con los señores de Cobentzel, y añadiendo que á la menor sospecha que tuviese del continente, caeria, no sobre Inglaterra, sino sobre la potencia que le hubiese alarmado, porque no era tan loco que fuese á pasar la Mancha, no estando completamente tranquilo por la parte del Rhin. Esto es lo que escribió desde Boloña á Mr. de Talleyrand, diciéndole era preciso provocar una esplicacion de los gabinetes de Austria y Rusia, cuando una desgracia repentina y digna de sentirse eternamente, fué á poner término á su incertidumbre, obligándole á retardar

sus proyectos de desembarque por algunos meses mas.

El valiente cuanto infortunado Latouche-Treville, á quien devoraba una enfermedad mal curada, y un ardor que no podia dominar, falleció el 20 de agosto en el puerto de Tolon, en visperas de hacerse á la vela, suceso tristisimo que supo Napoleon en Boloña á últimos de agosto de 1804, en el momento en que dispuesto á embarcarse, asaltábanle algunos presentimientos de que se estaba haciendo ó se hacia una coalicion europea, y le daban de vez en cuando tentaciones de no dirigir sus golpes contra Lóndres sino contra otra parte. Muerto el jefe de la escuadra de Tolon, era menester, de pura necesidad, aplazar la expedicion á Inglaterra, pues para escoger otro almirante, nombrarle y darle tiempo para que se enterase del estado en que se hallaba la escuadra que iba á mandar, se necesitaba mas de un mes. A todo esto tocaba agosto á su fin, de suerte que debiendo obrar en octubre para salir de Tolon, y en noviembre para llegar á la Mancha, habia que hacer una campaña de invierno, recurriendo á nuevas combinaciones.

Sin detencion trató de buscar Napoleon un hombre que reemplazase al almirante Latouche, escribiendo al ministro Decrés:—Sin pérdida de momento hay que enviar un almirante que pueda mandar la escuadra de Tolon, porque no puede estar peor que lo está hoy en manos de Dumañois, quien ni es capaz de mantener la disciplina en una escuadra tan grande, ni de hacer que obre... Me parece que solo hay tres hombres que merezcan hallarse al frente de la escuadra de To-



lon, Bruix, Villeneuve ó Rosily: de consiguiente, sondead á Bruix, pues Rosily tiene buena voluntad, pero en el espacio de quince años no ha hecho nada... Lo que urge es tomar un partido....» (28 de agosto de 1804).

Desde entonces conoció que el establecimiento naval y militar que había creado en Boloña, no sería tan pasajero como supuso en un principio, y se ocupó allí mismo en simplificar su organización para que fuese menos costosa, y perfeccionarla mas y mas bajo el aspecto de las maniobras.—Hasta aquí, escribió á Decrés, hemos considerado á la flotilla como propia para una expedición; pero de hoy mas es preciso considerarla como un establecimiento fijo, y cuidar de darle un carácter de estabilidad, haciendo que se rija por otras reglas que la escuadra.» (18 de setiembre de 1804, 23 de fructidor, año XII).

Y en efecto, simplificó las ruedas administrativas, suprimió muchos empleos duplicados, que provenian de haber unido los ejércitos de mar y tierra, revisó los sueldos, y se ocupó, para decirlo de una vez, en organizar la flotilla de Boloña de un modo particular, que al propio tiempo que costase lo menos posible, pudiese durar tanto como la guerra, y continuar existiendo si el ejército se veía obligado á dejar por un momento las costas de la Mancha.

Tambien ideó dividirla en escuadrillas, para que los movimientos de aquellos dos mil trescientos barcos se ejecutasen con mas orden, adoptando definitivamente la distribución que sigue: nueve lanchas cañoneras ó barcos formaban una sección, y contenian un batallon, y dos secciones

componian una division, llevando un regimiento. Como los peniches solo podian contener la mitad de gente, su número debia ser doble, de suerte que la division de peniches se componia de cuatro secciones ó treinta y seis peniches, en vez de diez y ocho, á fin de que pudiera caber en ellos un regimiento de dos batallones; varias divisiones de lanchas, botes y peniches, formaban una escuadrilla, y debian trasportar varios regimientos, es decir, un cuerpo de ejército. De cada escuadrilla dependia cierto número de los barcos de pesca ó cabotage que habia dispuestos para embarcar los caballos de la caballeria y los bagages mayores, y toda la flotilla estaba dividida en ocho escuadrillas, situadas dos en Etaples para el cuerpo del mariscal Ney, cuatro en Boloña para el que mandaba el mariscal Soult, y dos en Wimerieux para la vanguardia y la reserva. Segun el nuevo proyecto que con bastante espacio se habia madurado, el puerto de Ambleteuse estaba destinado á la escuadrilla batava y esta encargada de trasportar la division del mariscal Davout. Cada escuadrilla la mandaba un oficial superior, y maniobraba en la mar con toda independencia, aunque combinada con el conjunto de las operaciones, de suerte que las distribuciones de la escuadrilla estaban completamente adaptadas á las del ejército.

Durante este tiempo, el almirante Decrés habia hecho llamar á su lado á los almirantes Villeneuve y Missiessy, para proponerles los mandos vacantes. Considerando á Bruix indispensable en Boloña y á Rosily como muy poco acostumbrado al mar, juzgo que Villeneuve seria el mas



á propósito para mandar la escuadra de Tolon y Missiessy la de Rochefort, que Villeneuve acababa de dejar vacante. El almirante Villeneuve á cuyo nombre acompaña una triste celebridad, tenía genio, valor y el conocimiento práctico de su estado, pero no tenía firmeza ninguna de carácter. Con una imaginación siempre y al mas alto punto dispuesta á recibir la mas leve impresión, era capaz de exagerarse sin término las dificultades de una situación, hasta caer en ese estado de abatimiento en que se pierde del todo el dominio sobre el corazón y la razón. El almirante Missiessy, menos hábil, pero mas frío, era poco susceptible de elevarse, pero poco susceptible tambien de dejarse abatir. A entrambos dominaba el almirante Decrés y así trató de vencer en ellos la desmoralización que se había introducido no ya entre los marineros y oficiales, animados todos de un noble ardor, sino en los comandantes de las escuadras, que podían perder en las batallas algo mas precioso que la vida, es decir, su reputación; hizo, pues, aceptar al almirante Missiessy el mando de la escuadra de Rochefort, y al almirante Villeneuve el de la escuadra de Tolon. Tenía el ministro para con este último una grande amistad que fechaba desde los primeros años de su infancia, y así fué que le confesó el secreto del emperador y la inmensa operación á que estaba destinada la escuadra de Tolon, y por último, exaltó su imaginación manifestándole una grande empresa que llevar á cabo y honores aun mas altos que obtener; ¡deplorable tentativa de una antigua amistad! aquella exaltación momentánea debía producir en Villeneuve un abatimiento fu-

nesto y proporcionar á la marina francesa los mas deplorables desastres.

El ministro se apresuró á escribir al emperador el resultado de sus conferencias con Villeneuve y el efecto que había producido en este oficial las perspectivas de peligro y gloria que había puesto ante sus ojos (1).

(1) Citamos la carta del almirante Decrés, porque es importante saber á lo que debió su nombramiento el hombre que perdió la batalla de Trafalgar.

«Señor, escribía el ministro, el vice-almirante Villeneuve y el contra-almirante Missiessy están aquí...

He tenido una conferencia con el primero sobre el gran proyecto.

Me ha escuchado con calma, y ha guardado silencio algunos momentos. Luego, con una sonrisa muy tranquila, me dijo:—Algo de eso me esperaba yo; pero para que esos proyectos sean aprobados es necesario que se terminen.

Me tomo la libertad de transcribros al pié de la letra su respuesta en una conversacion particular, porque ella os dará á conocer mejor que pudiera hacerlo yo el efecto que ha producido en él la manifestacion. Añadió:—*No perderé cuatro horas en reunirme al primero, con los otros cinco y los míos, tendré fuerzas suficientes. Es menester salir victorioso, y para saber hasta qué punto podré serlo, es preciso poner manos á la obra.*

Hemos hablado del rumbo y piensa como V. M: no se ha detenido en los casos desfavorables, sino lo suficiente para darme á entender que no habrá nada que le intimide; en una palabra, su valor no ha decaído por nada.

El empleo de gran oficial y el de vice-almirante han hecho de él otro hombre. La idea de los peligros ha huido ante la de la esperanza de gloria, y concluyó diciendome:—*Me consagro totalmente á la empresa, y esto lo dijo con el tono y actitud de una decisión fría y positiva.*



Napoleon que tenia un conocimiento profundo de los hombres, no contaba con nadie capaz de reemplazar al almirante Latouche. Siempre ocupado de su proyecto lo modificó de nuevo, y le dió aun mayores dimensiones, conforme las circunstancias que habian sobrevenido. El invierno volvia á la escuadra de Brest la libertad de sus movimientos, interrumpiendo la continuacion del bloqueo. Aunque Ganteaume estuvo falto de carácter en 1801, mostró sin embargo, en mas de una ocasion valor y particular afecto á Napoleon, por lo cual este quiso confiarle la parte mas brillante y difícil del plan. Aplazó la expedicion para despues del 18 de brumario (9 de noviembre), época fijada para la ceremonia de la coronacion, y resolvió hacer salir á Ganteaume en tan cruda estacion con quince ó diez y ocho mil hombres destinados á Irlanda, y despues que los hubiese desembarcado en uno de los puntos accesibles de esta isla, hacer que se trasladase inmediatamente á la Mancha para proteger el paso de la escuadrilla.

Saldrá para Tolon cuando V. M. se sirva decirme si no tiene otras órdenes que darle.

El contra-almirante Missiessy es mas reservado conmigo; pide permanecer aqui; manifiesta mucha calma, pero no lo da á entender tanto como Villeneuve. Me han dicho que está resentido de que V. M. no le haya dado la escuadra del Mediterráneo. Lo está tambien por no ser vice-almirante. Su grande argumento para con sus amigos, es que si no ha hecho nada durante la guerra, tiene á lo menos el honor de no haber sufrido reveses. Le he dado orden de ir á tomar el mando de la escuadra, y cuento con que dentro de ocho dias estará de camino. Necesitará cinco ó seis para llegar á su destino.

Con arreglo á este plan modificado, los almirantes Missiessy y Villeneuve estaban encargados de otra muy diferente mision que la que se habia encomendado á las escuadras de Tolon y Rochefort, cuando Latouche-Treville las mandaba. El almirante Villeneuve saliendo de Tolon, debia ir á América á reconquistar el Surinam y las colonias holandesas de la Guyana y una division, sacada de la escuadra del mismo almirante, debia apoderarse de la isla de Santa Elena al paso. El almirante Missiessy tenia orden de echar tres á cuatro mil hombres de refuerzo en las Antillas francesas, y levantar luego las inglesas sorprendiéndolas casi indefensas; y por último, reuniéndose despues ambos almirantes para volver de concierto á Europa, tenian por última instruccion hacer levantar el bloqueo del Ferrol y volver á entrar en Rochefort con veinte navios. Habiaseles ordenado salir antes de Ganteaume, para que los ingleses noticiosos de su salida, se dirigiesen en su seguimiento, á cuyo fin queria Napoleon que Villeneuve saliese de Tolon el 12 de octubre, Missiessy de Rochefort el 1.º de noviembre, y Ganteaume de Brest el 22 de diciembre de 1804. Consideraba como cosa cierta que los veinte navios de Villeneuve y de Missiessy harian salir otros treinta lo menos de los mares de Europa, porque los ingleses, atacados de repente por todas partes, no podian dejar de enviar socorros á los diferentes puntos, en cuyo caso era probable que el almirante Ganteaume tuviese suficiente libertad para efectuar la operacion que tenia á su cargo, la cual consistia en tocar primero en Irlanda, y presentarse despues á la vista de Boloña, ya dando la vuelta por



Escocia, ó navegando directamente desde la Irlanda á la Mancha.

Espedidas todas estas órdenes desde el mismo Boloña, donde á la sazón estaba Napoleon, quiso aprovechar el tiempo que quedaba todavía hasta el invierno, para poner en claro los negocios del continente, y así, dirigiendo la conducta de Mr. de Talleyrand por medio de una correspondencia diaria, le prescribía la senda diplomática que podía conducir á su objeto.

Sin duda se tendrá presente la irreflexiva nota del gabinete ruso con motivo de la violacion del territorio germánico y la respuesta amarga del gabinete francés. El joven Alejandro estaba intimamente resentido por esta respuesta, y reconoció, demasiado tarde, que su advenimiento al trono le privaba del derecho de dar tan altivas lecciones de moral á los demás gobiernos, así es, que se sentía humillado y aterrado, pues dotada el alma de Alejandro de mas viveza que energía se adelantaba voluntariamente para retroceder despues tambien voluntariamente cuando habia reconocido el peligro. Sin consultar á sus ministros adoptó el lato por la muerte del duque de Enghien, y del mismo modo á pesar de la opinion de una parte de ellos, envió á Ratisbona la nota que ya hemos mencionado. Sin embargo, costábales mucho trabajo hacerle perseverar en sus primeras resoluciones. La gente ilustrada de San Petersburgo conocian, despues de pasada la primera emocion, que se habian conducido con demasiada ligereza en el asunto del duque de Enghien, atribuyendo la falta á los jóvenes que gobernaban el imperio, y mas que á todos al prin-

cipe Czartoryski porque era polaco y desempeñaba el ministerio de negocios estrangeros, desde que el canceller Woronzoff se retiró á sus posesiones del campo. Sin embargo, nada habia mas injusto que hacer recaer este juicio en el principe Czartoryski, porque así como fué uno de los que con mas fuerza se opusieron á las precipitaciones de la corte, así tambien deseaba que se saliese con dignidad del mal paso que se habia dado, y por lo mismo ordenó á Mr. de Oubril, encargado de negocios en París, que se quejase en una nota enérgica al par que moderada, de la afectacion que habia empleado el gabinete francés en sacar á plaza ciertos recuerdos, y que al mismo tiempo que manifestase disposiciones pacificas exigiese una respuesta sobre los tres ó cuatro puntos que habian dado origen á las reclamaciones del gobierno ruso, es decir, la ocupacion de Nápoles, la indemnizacion demasiado diferida del rey del Piamonte y la invasion de Hannover. Mr. de Oubril tenia orden de darse por satisfecho con solo recibir una explicacion espiciosa sobre estos puntos y permanecer en París; pero debia pedir sus pasaportes si se observaba con él un silencio obstinado y despreciativo.

La Prusia, que segun una espresion de Napoleon, se movia sin cesar entre los dos gigantes, informada del estado del gabinete ruso se lo participó á Mr. de Talleyrand por conducto de su ministro Luchesini y le dijo:—Diferid la respuesta todo lo posible; luego dadla de modo que proporcione á la Rusia una satisfaccion aparente, y esta tempestad del Norte, con la cual se trata de aterrará la Europa se calmará indudablemente.



Habiendo llegado á Paris estas diferentes comunicaciones mientras Napoleón estaba en Boloña, recurrió Mr. de Talleyrand á la política dilatoria, en la cual se habia visto que sobresalia, y Napoleón se prestó á ella con gusto, pues ni buscaba la guerra con el continente, ni la temia tampoco, y preferia acabar con la Europa por medio de una expedicion directa contra la Inglaterra; así es que mientras Mr. de Oubril esperaba en Paris, él continuaba sus operaciones en Boloña. Mr. de Talleyrand por su parte no dió mucha importancia á la nota rusa, habiendo tomado al pié de la letra el consejo de la Prusia, y creyó que facilmente podria salirse del paso con continuas dilaciones. Mr. de Oubril esperó todo el mes de agosto, hasta que al fin exigió una respuesta cualquiera, y cansado Napoleón de las exigencias de Mr. de Oubril, y dispuesto por otra parte á esplicarse categóricamente con las potencias del continente desde la entrada de Mr. Pitt en el ministerio, quiso que se respondiera, y al efecto escribió por su mano el modelo de la nota que debia pasarse á Mr. de Oubril, cuyo fondo y forma dulcificó cuanto pudo Mr. de Talleyrand como tenia de costumbre, pues tal como Napoleón la habia remitido estaba muy lejos de salvar la dignidad del gabinete ruso, desgraciadamente comprometida.

Esta nota manifestaba los cargos que se habian hecho á la Francia y los que se debian hacer á la Rusia. La Rusia, decíase, no deberia haber tenido tropas en Corfú, y sin embargo las aumentaba diariamente. Habia debido rehusar toda clase de favores á los enemigos de la Francia, y no sólo no se limitaba á dar asilo á los emigrados,

sino que les conferia además destinos públicos en las córtes estrangeras, lo cual era una violacion positiva del último tratado; además de esto los agentes rusos se manifestaban hostiles en todas partes, y tal estado de cosas escluída toda intimidad y hacia imposible el concierto convenido entre las dos córtes para conducir los negocios de Italia y Alemania. En cuanto á la ocupacion del Hannover y de Nápoles, habia sido una consecuencia forzosa de la guerra. Si la Rusia se comprometia á hacer que los ingleses evacuasen la isla de Malta, con lo cual desapareceria la causa de la guerra, los países ocupados por la Francia quedarian libres de ella inmediatamente; pero perjudicar á la Francia, sin perjudicar lo mismo á la Inglaterra, no era justo ni conveniente. Para constituirse árbitro entre las dos potencias beligerantes y juzgar no solo el fondo de la lucha, sino los medios empleados para evitarla, era necesario ser árbitro imparcial y firme, que era el único que la Francia estaba decidida á aceptar. Si se proponia la guerra, todo estaba dispuesto para ella, porque, sin contar otras causas, las últimas campañas de los rusos en Occidente no les autorizaban para permitirse con la Francia un tono tan altivo como el que parecian adoptar últimamente; y que era necesario tener bien entendido que el emperador de los franceses no era el emperador de los turcos ó de los persas. Si por el contrario se deseaba entrar en mejores relaciones con él, estaba dispuesto á ello; y entonces seguramente no rehusaria hacer lo que habia prometido, particularmente con respecto al rey de Cerdeña; pero en el actual estado de relaciones no



se conseguiría nada de él, porque la amenaza era el medio menos eficaz de todos cuantos hubieran podido elegir.

Tan orgullosa nota no dejaba á Mr. Oubril pretesto alguno para darse por satisfecho, y esta debia ser la consecuencia de las ligerezas de su gabinete que ya queriendo en el asunto de Nápoles y Hannover constituirse juez de los medios de guerra empleados por las potencias beligerantes, ya mezclándose en un acto interior como fué la muerte del duque de Enghien, se espuso á recibir sobre todos los puntos que trataba respuestas desagradables. Mr. de Oubril consultando sus instrucciones, creyó deber pedir sus pasaportes; mas para observarlas con toda puntualidad, añadió que su salida era una sencilla interrupcion de las relaciones diplomáticas entre las dos córtes, pero no una declaracion de guerra; que puesto que las relaciones nada tenían de útil ni agradable, no habia razon para continuarlas; que por lo demás, la Rusia no pensaba en recurrir á las armas, y que el gabinete francés decidiria por la conducta futura, si tocaba á la guerra continuar aquella interrupcion de relaciones.

Despues de esta declaracion fria, y sin embargo pacífica, Mr. de Oubril salió de Paris, y se transmitió tambien á Mr. de Rayneval, encargado de negocios en Petersburgo, la órden de volver á Francia. El embajador ruso salió á fines de agosto, y se detuvo algunos dias en Maguncia, para esperar la noticia de haber salido libre Mr. de Rayneval.

Era evidente que la Rusia, tratando de manifestar su descontento por la interrupcion de sus

relaciones con la Francia, no haria sin embargo la guerra hasta que llegara el caso de que una nueva coalicion europea le ofreciese una ocasion ventajosa, y juzgando Napoleon que esto dependia del Austria, quiso someter á esta nacion á una fuerte prueba para saber á que debia atenerse antes de entregarse del todo á sus proyectos marítimos, la cual consistia en exigirle perentoriamente el reconocimiento del título imperial que habia tomado, y que se hacia esperar demasiado tiempo. Su proyecto de visitar las orillas del Rhin iba á conducirlo dentro de poco á Aix-la-Chapelle, y por lo tanto, exigió que Mr. de Cobenzel viniese á rendirle homenaje y á entregarle sus credenciales en la misma ciudad, en que los emperadores germánicos tenían costumbre de ceñirse la corona de Carlo-Magno. Declaró que sino se le satisfacía con respecto á esto, Mr. de Champagny, nombrado ministro del interior en reemplazo de Mr. Chaptal, que habia pasado al Senado, no tendria sucesor en Viena, y que una retirada de embajadores entre potencias tan inmediatas como el Austria y la Francia, no tendria tan pacíficos resultados como entre la Francia y la Rusia. Por último, quiso que la nota rusa, ya recogida de Ratisbona por un aplazamiento, fuese definitivamente desechada, ó de lo contrario declaró de nuevo que dirigiria á la Dieta una respuesta, que produciria inevitablemente la guerra.

Hecho todo esto, salió Napoleon de Boloña, donde habia permanecido mes y medio, y se dirigió á los departamentos del Rhin. Antes de salir tuvo proporcion de asistir á un combate de la



escuadrilla contra la division inglesa. El 26 de agosto (8 de fructidor, año XII), á las dos y media, estaba él en la bahía pasando revista en su bote á la línea de emboscada, compuesta como de costumbre de ciento cincuenta á doscientas lanchas cañoneras y peniches. La escuadra inglesa, estacionada en alta mar, tenia la fuerza de dos navios, dos fragatas, siete corbetas, seis bergantines, dos lugres y un costero, que ascendian en todo á veinte velas. Destacándose una corbeta del grueso de la division enemiga vino á colocarse al extremo de la línea francesa de emboscada, para observarle y enviarle algunas andanadas. El almirante entonces dió orden á la primera division de cañoneras, mandada por el capitán Leray de levar el ancla y dirigirse en masa sobre la corbeta. En vista de esto, los ingleses formaron un destacamento compuesto de una fragata, muchas corbetas ó bergantines, y el costero, para obligar á las cañoneras á replegarse unas contra otras, é impedirles volver á tomar su posición usual. El emperador que estaba en su canoa con el almirante Bruix, los ministros de la guerra y de marina y muchos mariscales, se dirigió al medio de las lanchas que combatian, y para darles egemplo hizo poner la proa hácia la fragata que se adelantaba á todas las velas. Sabia que los soldados y marineros admiradores de su audacia en tierra, se preguntaban algunas veces si seria tan atrevido en la mar, y por lo mismo quiso darles una prueba, y acostumarlos á despreciar temerariamente los grandes buques del enemigo. Hizo, pues, dirigir su canoa muy al frente de la línea francesa, y lo

mas cerca posible de la fragata, la cual viendo el bote imperial tan empavesado, y suponiendo acaso la preciosa carga que llevaba, reservó sus fuegos. El ministro de marina, temblando por el emperador las consecuencias que podia tener semejante bravata, quiso echar mano al timon para variar el rumbo; pero una imperiosa seña de Napoleon detuvo el movimiento del ministro y siguieron marchando hácia la fragata. Observábala Napoleon con su anteojo en la mano, cuando de repente descargó la andanada que habia reservado, y cubrió con sus proyectiles el bote que llevaba á *César y su fortuna*. Nadie salió herido ni les causó ningun otro daño la rociada de proyectiles. Todas las embarcaciones francesas, testigos de esta escena, se adelantaron con la rapidez posible para sostener el fuego y cubrir la canoa del emperador adelantándose á ella; de modo, que asaltada á su vez la division inglesa por una nube de balas y metralla empezó á retroceder poco á poco. Ibasele en seguimiento, pero volvió de nuevo, descargando una andanada sobre la parte de tierra, en cuyo intervalo levó el ancla una segunda division de lanchas, mandadas por el capitán Pevrieu, y se dirigió hácia el enemigo. Pronto se vió obligado á tomar el alta mar la corbeta maltratada y pudiendo apenas maniobrar, cuyo movimiento de retirada siguieron las corbetas, algunas muy averiadas, y el costero de tal manera acribillado, que se fué á pique á presencia de todos.

Napoleon salió de Boloña muy encantado del combate á que habia asistido, con tanta mayor razon cuanto que los informes secretos procedentes



de la costa de Inglaterra, le daban los pormenores mas satisfactorios sobre el efecto material y moral que habia producido. Los franceses no tuvieron mas que un hombre muerto y siete heridos, uno de ellos mortalmente, mientras que los ingleses, segun los informes dirigidos á Napoleon, tuvieron doce ó quince hombres muertos, y sesenta heridos, habiendo sufrido mucho sus embarcaciones. Los oficiales ingleses quedaron sorprendidos del aspecto de los pequeños buques franceses y de la prontitud y acierto de sus fuegos. Era evidente que si las lanchas debian temer á los navíos á causa de su volúmen, tenían tambien una fuerza que oponerles, y una multiplicidad de fuegos muy terribles (1).

Napoleon atravesó la Bélgica, visitó á Mons, Valenciennes, y llegó el 3 de setiembre á Aix-la-Chapelle. La emperatriz que habia ido á tomar las aguas de Plombieres, durante la permanencia de Napoleon en las orillas del Océano, habia ido á reunirse á él para asistir á las funciones que se

(1) Napoleon escribia al mariscal Soult;

AIX-LA-CHAPELLE 8 de setiembre de 1804.

El pequeño combate á que asistí la vispera de mi salida de Boloña, ha hecho un efecto inmenso en Inglaterra. Ha producido una verdadera alborota. Ya vereis sobre este punto varios pormenores, traducidos de las gacetas, sumamente curiosos. Los obuses que llevan las lanchas cañoneras, han producido muy buen efecto. Por las noticias particulares que tengo, el enemigo ha tenido sesenta heridos, y doce ó quince hombres muertos. La fragata quedó muy maltratada.

(Depósito de la secretaria de estado).

preparaban en las provincias rhenanas. Mr. de Talleyrand y otros muchos dignatarios y ministros hallábanse allí igualmente, y Mr. de Cobentzel fué puntual á la cita que se le dió, pues el emperador Francisco, conociendo el inconveniente de mayores dilaciones, tomó el 10 de agosto, en ceremonia solemne, el título imperial conferido á su casa, y se calificó emperador *electo* de Alemania, emperador *hereditario* de Austria, rey de Bohemia y de Hungría, archiduque de Austria, duque de Stiria &c., y en seguida dió orden á Mr. de Cobentzel, para que fuese á Aix-la-Chapelle y entregase al emperador Napoleon sus credenciales. A esta circunstancia á que daba mayor importancia el sitio en que sucedía, se unió la promesa formal y sincera en aquel momento de querer vivir en paz con la Francia, y de no tener en cuenta para nada la nota rusa á Ratisbona, como deseaba Napoleon. En efecto, aquella nota acababa de ser inutilizada por un aplazamiento indefinido.

El emperador de los franceses dió muy buena acogida á Mr. de Cobentzel, y le hizo tambien las mas pacíficas declaraciones. Con Mr. de Cobentzel, se presentaron Mr. Souza, portador del agradecimiento del Portugal, el bailio de Fewette, el de la orden de Malta, y una porcion de ministros extranjeros, que sabiendo cuanto agradaria su presencia en Aix-la-Chapelle, imaginaron la lisonja de pedir trasladarse á este punto, donde fueron recibidos con grande entusiasmo y con la gracia que saben hallar siempre los soberanos satisfechos. Esta reunion fué brillante sobre todo por el concurso de extranjeros y franceses, por la ostentacion del lujo y la pompa militar. Los re-



cuerdos de Carlo-Magno, se despertaron allí con una intencion poco disimulada. Napoleon bajó á la bóveda donde estaba sepultado el grande hombre de la edad media, visitó con minuciosidad sus reliquias, y dió al clero brillantes pruebas de su munificencia. Apenas salió de estas funciones, volvió á sus graves ocupaciones, y recorrió todo el pais comprendido entre el Mosa y el Rhin, Juliers, Wealoo, Colonia y Coblenza, inspeccionando á un tiempo los caminos y las fortificacioaes, rectificando por do quiera los proyectos de sus ingenieros, con aquella seguridad de golpe de vista, aquella profunda esperiencia que le era dada á él solo, y dió orden para comenzar otros trabajos nuevos que debian hacer invencible aquella parte de las fronteras del Rhin.

En Maguncia, á donde llegó á fines de setiembre (principios del año XIII), le esperaban nuevas pompas, pues todos los príncipes alemanes cuyos estados estaban en las cercanías, y que tenían interés en captarse la voluntad de su poderoso vecino, acudieron á presentarle sus felicitaciones y homenajes, no por medio de intermediarios sino en persona. El príncipe archi-canciller, que debía á la Francia la conservacion de su título y su opulencia, quiso rendir homenaje á Napoleon en Maguncia, su antigua capital. Con él se presentaron los príncipes de la casa de Hesse, el duque y la duquesa de Baviera y el respetable elector de Baden, que era el príncipe mas antiguo de Europa, y habia venido con su hijo y su nieto. Estos y otros personajes que acudieron á Maguncia, fueron recibidos con una magnificencia mucho mas superior que la que hubieran podido encontrar en el

mismo Viena. Asombrábanse al ver la facilidad con que el soldado coronado habia tomado la actitud de un soberano, lo cual se esplica considerando que habia mandado hombres desde muy temprano, no en nombre de un vano título, sino en el de su carácter, su genio y su espada, y que aquel mando fué un aprendizaje muy superior al que se puede hacer en las córtes.

Los festejos que se celebraron en Aix-la-Chapelle se renovaron en Maguncia en presencia de los franceses y alemanes que habian acudido á contemplar mas de cerca el espectáculo que escitaba en aquel momento la curiosidad de la Europa entera. Napoleon convidó á las funciones de su coronacion á la mayor parte de los príncipes que habian ido á visitarle y en medio de aquel tumulto, evitando todas las mañanas las vanidades del trono, recorria las orillas del Rhin y examinaba en todas sus partes la plaza de Maguncia, que consideraba como la mas importante del continente, no tanto por sus fortificaciones cuanto por su posicion á orillas del gran rio, en cuya longitud hace diez años que lucha la Europa contra la Francia, y mandaba los trabajos que debian darle la fuerza de que es susceptible. La vista de la plaza le inspiró una precaucion sumamente útil, en la cual nadie habiera pensado, á no hallarse en su mismo caso. Los tratados últimos determinaban la demolicion de los fuertes de Cassel y de Kehl, de los cuales forma el primero la desembocadura de Maguncia, y el segundo la de Strasburgo sobre la orilla derecha del Rhin. Ambas plazas perdian seguramente su importancia sin estas dos cabezas de puente, que les ervian de medios de defensa y de comunicacion



con la orilla opuesta. Mandó por consiguiente el emperador reunir las maderas y materiales de toda clase necesarios para emprender los trabajos con premura, así como quince mil palas y azadones, para que ocho ó diez mil operarios apartasen los escombros de las obras destruidas, pues decía á los ingenieros que la falta de herramientas les haría perder ocho días. Al mismo tiempo arregló sus disposiciones, de modo que comenzasen los trabajos á la primera orden que se comunicase por medio del telégrafo.

Después de haberse detenido Napoleón en Maguncia y en los nuevos departamentos todo el tiempo que juzgó necesario para sus proyectos, partió para París, visitó de paso á Luxemburgo, y llegó á Saint-Cloud el 12 de octubre de 1804. (20 de vendimiario del año VIII).

Habíale lisongeado un instante la idea de ofrecer á la Francia y á la Europa un espectáculo extraordinario, atravesando el estrecho de Calais con ciento cincuenta mil hombres y volviendo á París soberano del mundo, pero la Providencia que le reservaba inmensa gloria, no le permitió esclarecer con aquel esplendor su reinado. Quedábale otro medio de entusiasmar los ánimos, y consistía en hacer que el papa abandonase su trono pontifical y acudiese á París para bendecir su cetro y su corona, pues con este paso ganaba una gran victoria moral contra los enemigos de la Francia y no dudaba conseguirla. Todo se preparaba para su coronación, á la cual había invitado á las principales autoridades del Imperio, á numerosas diputaciones de los ejércitos de mar y tierra, y á gran multitud de extranjeros. Muchos

miles de operarios trabajaban en los aprestos de la ceremonia en la Basilica de Nuestra Señora, y habiendo circulado la noticia de la llegada del papa, se alarmó la opinión pública, alegróse la parte devota de la población, se contristaron los emigrados y se sorprendió la Europa justamente celosa por aquel suceso. El asunto se ventiló en donde se ventilaban á la sazón todos los negocios, es decir, en el Consejo de estado. Habíanse reproducido en este cuerpo, completamente libre en la emisión de las opiniones, las dificultades suscitadas por el concordato, aunque con mucha mayor fuerza, al solo pensamiento de someter en cierto modo la coronación del nuevo monarca al jefe de la iglesia. Acababa de despertarse repentinamente esta repugnancia tan antigua en Francia, aun entre los hombres más timoratos, contra la dominación ultramontana, pues decían que aquello era resucitar todas las pretensiones del clero, proclamar una religión dominante, y hacer creer que el nuevo emperador recibía la corona, no por el voto de la nación y por los triunfos de sus armas, sino por la voluntad del soberano pontífice, suposición peligrosa, porque el mismo que daba una corona la podía también retirar.

Importunado Napoleón con tantas objeciones sobre una ceremonia que debía convertirse en un verdadero triunfo obtenido contra la maledicencia europea, tomó la palabra, espuso las ventajas de la presencia del papa en tan imponente solemnidad, el efecto que produciría en las poblaciones religiosas y en el mundo entero y la fuerza que iba á comunicar al nuevo orden de cosas, en cuya conservación estaban igualmente interesa-



dos todos los hombres de la Revolucion: demostró así mismo la insignificancia del peligro atribuido á la circunstancia de que un pontífice supremo consagrara la frente de un monarca, sostuvo que las pretensiones de un Gregorio VII no eran ya de la época, que la ceremonia en cuestion solo suponía una suplica dirigida al cielo en favor de la nueva dinastía, invocación practicada bajo las formas regulares del culto mas antiguo, mas general y mas popular en Francia, que sin pompa religiosa no hay verdadera pompa, particularmente en los países católicos, y que en caso de que figurasen sacerdotes en la coronacion, convenia que fuesen los mas grandes, los mas calificados, y si era posible, el superior á todos, es decir, el papa. Rechazando por último á sus contrincantes, como rechazaba en la guerra á sus enemigos, esto es, á todo trance, acabó la discusion con este golpe contundente:—Señores, deliberamos en Paris y en las Tullerías: supongamos ahora que liberásemos en Lóndres, en el gabinete británico, que fuérais vosotros ministros del rey de Inglaterra y que os noticiasen que el papa pasaba los Alpes para consagrar al emperador de los franceses, ¿consideraríais esto como un triunfo para la Inglaterra ó para la Francia?—Al oír esta pregunta tan arrebatadora y al mismo tiempo tan justa todos callaron, y el viage del papa á Paris no volvió á experimentar la menor oposicion.

Peró no consistía todo en querer que se realizase este viage; era necesario obtenerlo de la corte de Roma y esto era en alto grado difícil. El conseguirlo requería mucho arte, mucha firmeza y la conveniente dosis de dulzura, por lo que el

cardenal Fesch, embajador de Francia, irascible por carácter, orgulloso y duro, era mucho menos apropósito para el caso que su predecesor Mr. Cacault. Esta es la ocasion de dar á conocer á un personage que representó un papel muy importante en la iglesia y en el imperio. El cardenal Fesch, grueso de cuerpo, de mediana talla, escaso de talento, vano, ambicioso, arrebatado, pero firme, estaba destinado á servir de grande obstáculo á Napoleon. Durante el régimen del terror habia abandonado como otros muchos, las insignias sacerdotales, y con las insignias las obligaciones de su ministerio. Llegó despues á ser comisario de guerra en el ejército de Italia, y nadie al ver como se conducía, hubiera sospechado que habia sido en otro tiempo un ministro del culto, pero cuando Napoleon, volviendo las cosas á su anterior estado, llamó á los sacerdotes á sus respectivos altares, el cardenal Fesch trató de introducirse en su primer estado y en procurarse las ventajas que su influyente parentesco le daba derecho á esperar. Napoleon no quiso colocarle, sino con la precisa condicion de que observase en lo sucesivo una conducta edificante, y el abate Fesch, con una firmeza de voluntad extraordinaria, mudó de costumbres, ocultó su vida pasada, y dió en un seminario el espectáculo de una penitencia egemplar. Encumbrado al arzobispado de Leon que habia reservado para él, revestido de la púrpura cardenalicia, se mostró desde luego, no como apoyo de Napoleon, sino como su antagonista en la iglesia.

Napoleon se ocupó mucho con el sábio Portalis de aquella ingratitud y éste le aconsejó que lo



enviase á Roma de embajador para desembarazarse de él. Tal fué el motivo que tuvo Napoleon para acreditar al cardenal Fesch cerca de la Santa Sede, y no lo hizo porque desease que algun día pudiese alcanzar el báculo de la iglesia, porque esto de ningun modo hubiera sido de su gusto.

Hé aquí el personage que debia negociar el viage de Pio VII á Paris.

Desde que este supo por el correo extraordinario del cardenal Caprara los deseos de Napoleon se hallaba combatido por sentimientos contrarios. Conocia que habia llegado el momento de servir eficazmente á la religion, y tal vez el de volver á adquirir las provincias arrancadas al patrimonio de San Pedro. ¡Pero á cuántos percances se esponia! ¡Cuánto iba á murmurarse en Europa! ¡Cuántos disgustos le esperaban en aquella capital revolucionaria, infectada por el espíritu de los filosofos, llena de partidarios suyos y habitada por el pueblo mas burlon del universo! Ofreciéndose á la imaginacion del pontifice todas estas dificultades, le turbaron de tal modo, que se resintió no poco su salud. Su ministro, su consejero favorito, el cardenal secretario de estado Consalvi, llegó á ser el confidente de sus agitaciones (1). Le comunicó sus inquietudes, escuchó las del cardenal, y pronto se pusieron los dos de acuerdo. Temian lo que diria el mundo acerca de la

(1) No supongo aquí intencion alguna, ni la imagino. Lo que sigue está fielmente extractado de la correspondencia secreta del cardenal Consalvi con el cardenal Caprara, correspondencia que posee hoy la Francia.

consagracion de un príncipe ilegítimo, de un usurpador, como cierto partido calificaba á Napoleon, recelaban el descontento de las córtes, y sobre todo el de la de Viena, que veia con disgusto elevarse un nuevo emperador de Occidente, figurábanse en el partido del antiguo régimen un desencadenamiento mayor que el que habia estallado en la época del concordato, y mucho mas motivado, porque el interés de la religion era menos evidente que el interés del hombre. Sospechábase tambien que hallándose ya el papa en Francia, le exigiesen acerca de la religion alguna cosa imprevista, inadmisible, lo cual daria ocasion y pretesto para embrollar mas y mas los negocios. No temian á la verdad un acto de violencia como la detencion de Pio VI en Valencia, pero tenian miedo de que sobreviniesen escenas estrañas y pavorosas. Es cierto que el cardenal Consalvi, que habia estado en Paris cuando el concordato, y el cardenal Caprara que vivia en esta capital, tenian acerca de Napoleon otras ideas diferentes de las que reinaban en aquella corte de viejos sacerdotes, quienes miraban á Paris como una cueva, en que se ocultaba un terrible gigante. El cardenal Caprara en particular decia á cada paso, que aunque Napoleon se mostraba imperioso y alborotado, tambien era muy amable y condescendiente cuando no herian su amor propio; que el papa se alegraria mucho al tratarle; que obtendria de él cuanto quisiese para la religion y para la iglesia; que aquel era el momento de partir, porque la guerra solo esperaba alguna crisis decisiva; que habria aun vencidos y un vencedor, nuevas distribuciones de territo-



rios, y que acaso conseguiria el papa las Legaciones; que nada habia prometido pero que la intencion de Napoleon no era otra, y que solo necesitaba éste una circunstancia cualquiera para realizarla. Estas imágenes calmaban algun tanto al desgraciado pontifice, pero Paris, la terrible capital de aquella revolucion francesa, que habia devorado reyes, reinas y sacerdotes, era para él un indefinible objeto de terror.

En seguida le asaltaban contrarias aprensiones. Sin duda la Europa hablaria mal del viage á Paris, pero si este no se verificase ¿qué seria de la religion y de la Santa Sede? Todos los estados de Italia estaban sometidos á Napoleon. El Piamonte, la Lombardia, la Toscana y el mismo Nápoles, á pesar de la proteccion rusa, tenian guarniciones francesas, y solo se esceptuaba de esta regla el estado romano por consideraciones á la Santa Sede. ¿Qué no haria Napoleon irritado, herido en su orgullo por una negativa que se sabria en Europa y que pasaria por una condenacion de sus derechos, emanada de la Santa Sede? Todas estas ideas contradictorias formaban en el ánimo del papa y en el del secretario Consalvi un flujo y reflujo, aunque este último, como que habia visto las cosas de cerca, estaba menos agitado.

Esperaban los dos sin embargo recibir de Paris instancias que probablemente no se prestarian á una negativa y querian tener por suyo el sacro colegio. No osaban consultarle en conjunto, porque en su seno habia cardenales ligados á las cortes extranjeras, quienes acaso harian traicion al secreto. Eligieron pues diez individuos

influyentes de la congregacion y les revelaron, bajo secreto de confesion, las comunicaciones de los cardenales Caprara y Fesch. Aquellos individuos se encontraron por desgracia divididos y todo hacia sospechar que lo mismo sucederia en el sacro colegio, y en aquel caso recurrieron á otros diez, lo que completaba ya el número de veinte, y esta consulta secreta dió el siguiente resultado: cinco cardenales se opusieron decididamente á la exigencia de Napoleon, y quince le fueron favorables aunque con condiciones y dificultades, pero entre los cinco que votaron en contra, solo dos dieron por excusa la ilegitimidad del soberano, á quien se trataba de coronar. Los cinco dijeron que esto era aprobar todo lo que el nuevo monarca habia hecho contra la religion, porque si habia dado el concordato, suyos eran tambien los articulos orgánicos, y quitó, cuando era general, las Legaciones á la Santa Sede, que últimamente habia contribuido á despojar á la iglesia alemana de sus bienes, y que si queria ser tratado como Carlo-Magno, debia imitar á este emperador.

Los quince cardenales dispuestos á consentir en el viage con condiciones restrictivas opusieron á lo dicho la opinion y el descontento de las cortes de Europa, el inconveniente para la dignidad del papa, de que este fuese á Paris á consagrar al emperador, al paso que los emperadores del Santo Imperio habian ido siempre á consagrarse á Roma, el disgusto de encontrarse con los obispos constitucionales que habian adjurado completamente, ó que despues de este paso, habian suscitado nuevas controversias, la falsa



posicion del santo padre en presencia de algunos altos funcionarios, como Mr. de Talleyrand por egemplo, que habian roto los lazos del sacerdocio por contraer matrimonio, el peligro de recibir en una capital enemiga proposiciones inadmisibles, que no podrian rehusarle sin romper abiertamente, en fin los riesgos del viage para una salud tan delicada como la de Pio VII. Acordándose de la critica en que habia incurrido en el último siglo el papa Pio VI cuando fué á Viena á visitar á José II, sin haber obtenido cosa alguna favorable á la religion, sostenian los quince cardenales, que solo una excusa podia darse á los ojos del mundo cristiano y era la de exigir y obtener ciertas ventajas notorias, como la revocacion de una parte de los artículos orgánicos, la abolicion de las medidas tomadas por la república italiana acerca del clero, la revocacion de lo que el comisario francés hacia en Parma y en Plasencia respecto á la iglesia de este pais, y por último indemnizaciones territoriales por las pérdidas que la Santa Sede habia sufrido y sobre todo la adopcion del antiguo ceremonial observado para la coronacion de los emperadores germánicos. Algunos añadieron, como condicion espresa, que la consagracion se verificaria, no en París sino en Italia, cuando Napoleon visitase sus estados mas allá de los Alpes.

Algo tranquilo por estos pareceres, hallábase el papa dispuesto á consentir en los deseos de Napoleon, insistiendo sin embargo sobre las condiciones reclamadas por los quince cardenales y dió parte de esta resolucion al cardenal Fesch. Pero entretanto llegó á Roma el testo

del senado-consulta del 28 floreal y la fórmula del juramento del emperador que contenia estas palabras:—Juro respetar y hacer respetar LAS LEYES DEL CONCORDATO Y LA LIBERTAD DE CULTOS. —Las leyes del concordato parecian comprender los artículos orgánicos, y la libertad de cultos, la consagracion de las heregias, y nunca admitió la corte de Roma por su cuenta semejante libertad. Este juramento se convirtió en motivo de negativa absoluta. Fueron con todo consultados los veinte cardenales y de ellos solo cinco creyeron que el juramento no era obstáculo insuperable: quince votaron que se oponia á que el papa consagrarse al nuevo monarca.

Aunque los cardenales guardaron el secreto, algunas indiscreciones inevitables de los agentes de la Santa Sede produjeron el que se divulgase la negociacion, y el público, compuesto de prelados y diplomáticos vomitó mil sarcasmos. Llamaban á Pio VII *capellan del emperador de los franceses*, supuesto que éste, necesitando el ministerio del papa, no iba á Roma, como en otro tiempo lo hicieron Carlo-Magno, Othon, Barbarroja y Carlos V, sino que llamaba al papa á París.

Aquellas diatribas unidas á las dificultades del juramento, trastornaron á Pio VII y al cardenal Consalvi, y ambos resolvieron responder favorablemente, aunque negando en realidad la exigencia, pues esta contestacion se reducía á una aquiescencia sobrecargada de condiciones que el emperador no podia admitir.

El cardenal Fesch se apresuró á contestar á la dificultad principal suscitada por el juramento, diciendo que el compromiso de respetar la liber-



tad de cultos era conforme á los principios adoptados en el siglo presente por todos los soberanos. Estas esplicaciones sensatas no tenian, segun el cardenal Consalvi, mas que un carácter privado y no público y no podian escusar á la córte de Roma para con los fieles y con el mismo Dios, si ella faltaba á la fé católica.

Aunque de carácter poco insinuante, el cardenal Fesch habia sabido penetrar el secreto de la córte de Roma y conocer las dificultades de sus autores. Avisó á París á fin de que el emperador se enterase de todo, mas no sabiendo hasta qué punto deseaba el papa sustraerse á lo que de él se exigia, dió mas esperanzas que las que realmente tenia, añadiendo que era preciso dar á la Santa Sede esplicaciones satisfactorias.

Transmitidas á París estas comunicaciones pusieron en aprieto al cardenal Caprara, pues se consideraron como un consentimiento que solo dependia de algunas esplicaciones y todos creyeron que quedaba ya resuelta la venida del papa á Francia. El cardenal Caprara, que conocia las verdaderas disposiciones de su córte y que no se atrevia á declararlas, estaba temblando y confuso. La emperatriz Josefina daba mas importancia que el mismo Napoleon á un acto que le parecia el perdón del cielo por su usurpacion, de modo que prodigo en Saint-Cloud al cardenal las mayores pruebas de atencion. Napoleon tambien le manifestó el mayor afecto, y ambos le dijeron que consideraban terminado el negocio, que el papa seria recibido en París con todos los honores debidos al gefe de la iglesia universal y que la religion ganaria mucho con su viage. Napoleon, que

no sabia todo, pero que sospechaba parte de los secretos de la córte romana, evitó cuanto pudo el encuentro de Caprara, por temor de que este le pidiese imposibles, como la revocacion de los artículos orgánicos, ó cosas muy difíciles como la restitution de las Legaciones. El cardenal por lo tanto se encontró desorientado entre las esperanzas concebidas en París y las dificultades de hablar á Napoleon, para sacar de él alguna promesa que decidiese á su córte.

El abate Bernier, obispo ya de Orleans, hombre cuyo talento claro habia vencido las dificultades del concordato, fué utilísimo en aquella circunstancia, y se le encargó de la contestacion á Roma. Entendióse al efecto con el cardenal Caprara y le hizo entender que en vista de las esperanzas de Napoleon y del público francés, era imposible volverse atras sin ofender al primero, y el mismo redactó un despacho que honraria á los mas sabios y hábiles diplomáticos. Recordó en él los servicios prestados por Napoleon á la iglesia, los títulos que tenia á su reconocimiento, el bien que la religion podia esperar de él, el efecto que produciria en el pueblo francés la presencia de Pio VII y el impulso que daria á las ideas religiosas. Esplicó el juramento y las palabras relativas á la libertad de cultos, ofreció el espediente de celebrar dos ceremonias, una civil en que el emperador prestase juramento y se ciñese la corona, y otra religiosa, en que el papa diese á esta corona su bendicion. Por último declaró positivamente que se queria la presencia del papa en París por interés de la religion y para negocios referentes á ella. Estas palabras encerraban mu-



chas esperanzas, para que dejasen de seducir al papa, presentándole un pretesto para la cristianidad que justificase su condescendencia con Napoleón.

El cardenal Caprara añadió á este despacho oficial del gobierno francés cartas particulares que revelaban el estado de la Francia, asegurando que no podía dar á esta una negativa sin esponerse á graves riesgos, que en Roma se juzgaba mal de las cosas y que el papa solo encontraría en su viaje motivos de satisfacción.

Llevada por segunda vez á Roma, debía salir bien la negociacion. El papa y el cardenal Consalvi, ilustrados por las cartas del legado y del obispo de Orleans, comprendieron la imposibilidad de una negativa, y apurados por el cardenal Fesch, se rindieron al fin. Conocian, sin embargo, la necesidad de consultar á los cardenales y asustábalos sobre todo una de las esplicaciones del obispo de Orleans, concerniente á la idea de la doble ceremonia, pues el papa no admitía mas que una, porque no solo quería bendecir al nuevo emperador, sino coronarle. Consultóse por lo mismo á los cardenales acerca de las nuevas esplicaciones recibidas de París; el cardenal Fesch logró entenderse con ellos y atemorizó sus corazones, cosa en que se distinguía mas que en saber cautivarlos, y la respuesta fué favorable, aunque se pidió nota oficial que esplicase el juramento, que prometíese una sola ceremonia y que hiciese espresa mencion de las condiciones con que el papa iría á París.

Mandó, pues, declarar que se trasladaría á dicha capital con la condicion espresa de que el juramento se entendería, no como aprobatorio de

los dogmas heréticos, sino como tolerante de los cultos disidentes, siempre que se le prometiese oírle cuando reclamase contra ciertos artículos orgánicos, y cuando hablase en defensa de los intereses de la iglesia y de la Santa Sede, porque todavía no se habían nombrado las Legaciones; que no se permitiría llegar hasta sus piés á los obispos que disputaban sobre si deberían ó no someterse á la Santa Sede, á no ser que se sometiesen á ella completamente; que no se espondría al papa á encontrarse con personas colocadas en posicion contraria á las leyes de la iglesia, en lo cual aludia claramente á la esposa del ministro de negocios estrangeros; que el ceremonial seria el mismo que se observaba en Roma al consagrar los emperadores ó en el arzobispado de Reims al hacer lo mismo con los reyes de Francia; que en cuanto al papa, no habria mas que una ceremonia, que una diputacion de dos obispos franceses presentaría á Pio VII un mensaje invitatorio en que dijese el emperador que no pudiendo salir de su Imperio por impedirselo razones poderosas, y teniendo que conferenciar con el santo padre acerca de los intereses de la religion, le rogaba fuese á Francia para bendecir su corona y tratar de los intereses de la iglesia; que no se haría al papa ninguna especie de peticion, ni le pondrian trabas cuando quisiera regresar á Italia. Por último, el gabinete pontificio manifestó deseos de que la consagracion se efectuase el 25 de diciembre, día en que fué proclamado emperador Carlo-Magno, pues agitado como lo estaba el papa, tenia necesidad de ir á pasar algun tiempo á Castel-Gandolfo, para tomar algun descanso, además de que



no podia dejar á Roma sin arreglar antes muchos asuntos del gobierno romano.

Nada contenian estas condiciones que no fuese admisible, porque el prometer se daría oídos á las reclamaciones del papa sobre ciertos artículos orgánicos, no era prometer se accedería á lo que propusiese, caso de que fuera contrario á los principios de la iglesia francesa: esto sin contar que el cardenal Fesch habia declarado con lealtad que nunca se modificaria el artículo orgánico que mas ofendia á la corte de Roma, esto es, el que exigia el consentimiento de la autoridad civil para que pudieran entrar en Francia las bulas. Tambien podia prometerse sin escrúpulo alguno que se observaria el ceremonial romano ó francés; dar esperanzas de que mejoría el estado territorial de la Santa Sede, porque Napoleon habia pensado en ello muchas veces; que se enviaria una diputacion para que invitase solemnemente al papa á que se trasladara á Paris; que para motivar su viage se alegaria que lo exigian los intereses de la iglesia; y que se reprimiria á los cuatro obispos que se habian arrepentido de haberse reconciliado con la iglesia, y la inquietaban de un modo sensible. Podia en fin comprometerse el gobierno francés á no pedir á Pio VII cosas indebidas y á dejarle en libertad, porque ni Napoleon ni él pensaban de un modo contrario, y solo unos ancianos miedosos y débiles podian suponer se atentase en Francia contra la libertad del papa.

Una vez logrado el consentimiento, declaró el cardenal Fesch que el emperador se encargaria de todos los gastos del viage, lo cual era una dificultad menos para un gobierno arruinado como

lo estaba el pontificio, y manifestó los pormenores del recibimiento que iba á hacerse al santo padre: pero desgraciadamente lo disgustó con exigencias accesorias y que no venian á cuento. Quería que fuesen acompañando al papa doce cardenales, y ademas Consalvi, secretario de estado que era, y que él como embajador, gran limosnero y tío del emperador, ocuparia el primer puesto en el carruaje pontificio, sin tener en cuenta que los cardenales están clasificados por orden de antigüedad, y que todo aquello era inútil, ó por mejor decir, servia para causar tanto sentimiento como las mas serias dificultades á hombres tímidos y que se pagan de las formas.

Pio VII cedió en algunos puntos; pero se mantuvo firme en lo del número de cardenales y la separacion del secretario de estado, ideando, llevado de su terror aunque vago, un medio de evitar los peligros que pudiera correr la iglesia de resultas de su viage. Creyendo el santo padre era mas grave su enfermedad, pues tomaba la agitacion nerviosa de que se hallaba atacado por un mal peligroso, pensó que nada tendria de particular muriese en el camino, y aun le ocurrió que tal vez querrian abusar de su situacion. Por sí se verificaba esto último, estendió y firmó su abdicacion poniéndola en manos del cardenal Consalvi, para que pudiera declarar el papado vacante; y como si fallecia ó llegaba á abdicar, era preciso convocar el sacro colegio, á fin de elegir al que debiera sentarse en la silla de San Pedro, debía quedar en Roma el mayor número posible de cardenales, y entre ellos el hombre que era mas capaz por su habilidad de regir la iglesia en circunstancias gra-



ves, es decir, el cardenal Consalvi. Otra consideracion decidió al papa á obrar así: para que Austria aprobase su viage á Paris, tuvo que darle esplicaciones, y apreciando debidamente su situacion aquella potencia, conoció lo necesario que era se pudiese en marcha; pero pidió una garantia, esto es, que prometiese no trataria en Paris del arreglo de la iglesia germánica, arreglo que debia ser una consecuencia precisa del registro de 1803. Viendo Pio VII que por esto, mas que por nada, temia el gobierno austriaco su ida á Paris, prometió solemnemente que solo se ocuparia con Napoleon de cosas concernientes á la iglesia francesa; mas para que el gabinete en cuestion creyera en su promesa, era preciso que no llevase consigo al cardenal Consalvi, que entendia en todos los asuntos de importancia de la córte romana.

Tales fueron los motivos que tuvo Pio VII para no querer llevar consigo mas que seis cardenales, é insistir en su resolucion de dejar en Roma al secretario de estado; pero consintió en un arreglo con respecto á las pretensiones personales del cardenal Fesch, estando conforme con que ocupase el primer puesto así que él llegase á Francia.

Puestos ya de acuerdo, trasladóse el papa á Castel-Gandolfo, donde gracias al aire puro, á la calma que el hombre disfruta despues de haber tomado una resolucion, y á las noticias cada vez mas satisfactorias que iba recibiendo de la acogida que le preparaban en Paris, recobró su salud muy decaida.

Napoleon tuvo por una gran victoria lo que acababa de conseguir, mirándolo como el comple-

mento de sus derechos, pues ya nada le quedaba que desear en materia de legitimidad. Sin embargo, no queriendo por su carácter propio, en medio de aquellas pompas exteriores, nada hizo, nada prometió que fuese contrario á su dignidad y á los principios de su gobierno. Así es que cuando el cardenal Fesch le dijo que bastaria con enviar al papa un general que gozase de una posicion elevada, envió á Caffarelli con su invitacion, invitacion que estendió en términos respetuosos, y y aun cariñosos, pero sin dar á entender demasiado que llamaba al papa para otros asuntos que su consagracion. La carta invitatoria, escrita con suma dignidad, estaba concebida en los términos siguientes:

SANTISIMO PADRE.

«El feliz resultado que ha producido para la moral y el carácter de mi pueblo el restablecimiento de la religion cristiana, me induce á suplicar á vuestra santidad me dé otra prueba del interés que se toma por mi destino y el de esta gran nacion, en una de las circunstancias mas importantes que ofrecen los anales del mundo. Ruego á vuestra santidad venga á dar en el grado mas eminente, el carácter de la religion á la ceremonia de consagrar y coronar al primer emperador de los franceses, y con eso, concurriendo vuestra santidad á la espresada ceremonia, adquirirá un nuevo lustre, atrayendo sobre nosotros y sobre nuestros pueblos la religion de Dios de quien depende la suerte de los imperios y las familias.

«Vuestra santidad conoce el cariño que hace tiempo le profeso, y por lo mismo puede estar se-



guro del placer con que acogeré esta circunstancia para volver á darle pruebas de los sentimientos afectuosos que me inspira. Entre tanto, santísimo padre, queda rogando á Dios que os conserve largos años para seguir gobernando á nuestra santa madre la iglesia, vuestro devoto hijo

NAPOLÉON. »

Además de esta carta, iba otra en que hacía vivas instancias al papa, para que en lugar de llegar á París el 25 de diciembre, lo hiciese á fines de noviembre, sin decir el verdadero motivo que le inducía á desear que la ceremonia se verificase cuanto antes, y no era otro que su proyecto de desembarque en Inglaterra, pues pensaba hacerlo para diciembre. Para convencer al papa, alegó Napoleón otro motivo, verdadero también, pero no tan grave, cual era, el inconveniente que iba á resultar de que permaneciesen tanto tiempo en París todas las autoridades civiles y militares reunidas ya allí de orden superior.

El general Caffarelli salió en posta y llegó á Roma el 28 de setiembre por la noche, presentándole al día siguiente el cardenal Fesch al santo padre, quien le recibió perfectamente. El general puso en manos de Pio VII la carta que llevaba, y éste dejó su lectura para después que se hubiese acabado la audiencia; pero así que se enteró de su contenido, y vió que no se alegaba para que fuese á Francia el arreglo de ciertos asuntos religiosos, se alligó en extremo y le acometió una convulsión nerviosa que causó á todos la mayor inquietud. En el fondo lo que sentía aquel respetable pontífice como todos los princi-

pes que tienen un alma elevada, era su honor y la dignidad de su corona, pues creía iban á padecer sino se alegaba el interés que debía reportar la iglesia de arreglar ciertos asuntos religiosos, para esplicar su salida de Roma; como que sus enemigos le llamaban *capellán de Napoleon*; ofendiendo profundamente su justo orgullo. En consecuencia mandó llamar al cardenal Fesch, y le dijo que lo que le había llevado era *veneno*, añadiendo que ni contestaría á semejante carta, ni iría á París, pues no le habían cumplido la palabra dada. El cardenal Fesch procuró calmar al pontífice, ocurriéndole podría arreglarse aquella dificultad, consultando de nuevo á los cardenales, y como todos ellos empezaban á conocer era imposible retroceder, así que el cardenal embajador, pasó una nota en que daba esplicaciones, se allanó el obstáculo decidiéndose que el papa no se pondría en marcha hasta el 2 de noviembre, por ser el 1.º día de Todos los Santos, para llegar el 27 á Fontaineblau.

Mientras que esto sucedía en Roma, Napoleón disponía lo necesario en París para dar á la ceremonia un lucimiento prodigioso, invitando á que concurriesen á ella á los príncipes de Baden, el príncipe archi-canciller del imperio germánico, y varios comisionados del gobierno interior de los pueblos, la magistratura y el ejército. Por lo demás, encargó al obispo Bernier, así como al archi-canciller Cambaceres, examinasen el ceremonial puesto en uso para la consagración de reyes y emperadores, y que le propusieran las modificaciones que fuese preciso introducir en ellos con arreglo á las costumbres del siglo, el espi-



ritu de la época, y aun las prevenciones que Francia abrigaba contra la autoridad romana, mandándoles guardasen el mayor secreto para que aquellas cuestiones no diesen lugar á la crítica, pues él se reservaba el derecho de resolver por sí las que admitiesen duda. Ambos ritos, tanto el romano como el francés, contenian cosas que debian chocar no poco, pues con arreglo á uno y otro ceremonial, debía presentarse el monarca sin las insignias del supremo poder, tales como el cetro, la espada y la corona, recibiendo únicamente de manos del pontífice, quien debía ponerle la corona en la cabeza. El rito francés disponia que fuesen los pares, y el romano los obispos, quienes mantuviesen la corona suspendida sobre la cabeza del monarca, que debía estar de rodillas, y que el pontífice la tomase bajándola hasta su frente; pero MM. Bernier y Cambaceres suprimieron ciertos pormenores que se hallaban muy en contradicción con la época actual, opinando debía conservarse esta última parte de las ceremonias, siempre que en lugar de los pares de que hablaba el rito francés, y de los obispos, si se atenian al rito romano, tuviesen la corona los seis grandes dignatarios del Imperio, y se dejase al papa que la pusiera, según costumbre antiguamente admitida. Fundándose Napoleon en el espíritu de que la nación y el ejército se hallaban animados, sostuvo que no podia recibir de aquel modo la corona de manos del pontífice, pues la nación y el ejército que se la habian dado, se resentirian al ver un ceremonial que no guardaba conformidad con la realidad de las cosas ni la independencia del trono.

Tan inflexible se mantuvo acerca de esto, que dijo conocia mejor que nadie los verdaderos sentimientos de Francia, la cual se inclinaba sin duda alguna á las ideas religiosas, pero que aun bajo este mismo aspecto, siempre estaba pronta á censurar á los que traspasaban ciertos límites. De consiguiente queria llegar á la basilica con sus insignias imperiales, es decir, vestido de emperador, y darlos para que el papa los bendijese, consintiendo en ser bendecido y consagrado, pero no coronado. El archi-canciller Cambaceres, confesó era exacta la opinión de Napoleon, pero dijo iban á esponerse al riesgo no menos grande de ofender á un pontífice, ya apesadumbrado, y á privar á la ceremonia de una conformidad preciosa con las antiguas fórmulas puestas en uso desde Pipino y Carlo-Magno hasta nuestros dias. Por lo demás, MM. Cambaceres y Bernier que eran intimos amigos del legado, se encargaron en hacer aprobarse lo dispuesto por el emperador. Como el cardinal Caprara sabia harto bien que las fórmulas eran un negocio muy grave para su corte, manifestó que nada podia definirse sin consultar al papa; pero que sino se queria suscitar mas obstáculos, nada preguntasen á la Santa Sede. Convencido de que así que llegase el papa se tranquilizaria al ver el recibimiento que le tenían preparado en Francia, creyó que todo se arreglaria mas fácilmente en París bajo el influjo de una satisfacción inesperada, que en Roma dominado por vagos terrores.

Obviadas estas dificultades, quedaban otras con respecto á la familia imperial, pues se trataba de determinar qué papel harian en la ce-



remonia de la consagracion la esposa, hermanos y hermanas del emperador. En primer lugar, era preciso saber si Josefina seria coronada y consagrada como Napoleon, cosa que ella deseaba con ahinco, pues esto era un nuevo vinculo que le uniese á su esposo, una garantia mas contra un repudio futuro, repudio que era la pesadilla constante de su vida. Napoleon titubeaba entre el cariño que tenia á su esposa, y los ocultos presentimientos de su politica, cuando gracias á una reyerta de familia, faltó poco para causar instantáneamente la pérdida de la desgraciada Josefina. Hermanos, hermanas, las personas enlazadas con ellos, todo el mundo se agitaba en derredor del nuevo monarca, queriendo hacer en aquella fiesta, que no parecia sino que iba á consagrarlos á todos, un papel adecuado á sus pretensiones actuales y á sus esperanzas para lo futuro; y como al ver semejante agitacion, y las instancias que todos, pero principalmente una de las hermanas de Napoleon, hacian á éste para que accediese á sus deseos, devorada por los celos Josefina, diese á entender abrigaba sospechas que eran un ultrage para su cuñada, y aun para Napoleon, sospechas que concordaban con las atroces calumnias de los emigrados, furioso Napoleon, tuvo valor para sofocar su cariño, y dijo á Josefina que iba á separarse de ella (1), que al fin tendria

(1) En esto no hizo mas que contar lo que me ha referido una persona respetable, que fué testigo ocular de lo que allí pasó, porque pertenecia á la servidumbre de la familia imperial, y que ha consagrado este recuerdo en sus memorias manuscritas.

que hacerlo mas tarde, y que mas valia resignarse á ello desde luego antes de que hubiesen contraido vinculos mas estrechos. En seguida llamó á sus dos hijos adoptivos y los participó su resolucion, sumiéndoles con semejante noticia en el mas profundo dolor; pero Hortensia y Eugenio de Beauharnais declararon que seguirian á su madre al retiro á que querian condenarla. Josefina, llevada de buenos consejos, se mostró apesadumbrada, pero resignada y sumisa, y el contraste que presentaba su pena con la satisfaccion que se dejaba ver en el resto de la familia imperial, desgarró el corazon de Napoleon, quien no pudo decidirse á ver desterrada é infeliz á la que habia sido compañera suya desde joven, y mucho menos á sus hijos, á quienes queria con la ternura de un padre. En consecuencia estrechó á Josefina en sus brazos, y la dijo, llevado de su cariño, que nunca tendria fuerzas para separarse de ella aunque tal vez lo exigiria la politica, prometiéndole en seguida seria coronada con él, recibiendo á su lado de manos del papa la consagracion divina. Josefina siempre inconstante, pasó del terror al contento mas vivo, y se entregó á los preparativos de la ceremonia con la alegría propia de un niño.

Animado Napoleon del oculto designio que tenia de resucitar algun dia el imperio de Occidente, queria que hubiese en derredor de su trono reyes dependientes de él, siendo este el motivo de que pensase en hacer grandes dignatarios del Imperio á sus dos hermanos José y Luis para convertirlos despues en reyes, y hasta tenia dispuesto que José tuviese un trono en Lombardia.



Su intento era que al propio tiempo que monarcas, continuasen siendo grandes dignatarios de su imperio, de suerte que debian ser en el imperio francés de Occidente lo que en el germánico los príncipes de él, Sajonia, Brandeburgo, Bohemia, Baviera, Hannover etc.; y como era preciso que la ceremonia de la consagracion correspondiese á semejante proyecto, siendo la imagen emblemática de la realidad que preparaba ya para sí, no consintió tuviesen suspendida la corona sobre su cabeza, ni obispos, ni pares, y ni aun siquiera que se la pusiera el obispo de Roma, que era el primado. Por iguales razones quiso que sus dos hermanos, á quienes destinaba á ser reyes dependientes del gran Imperio, tomasen á su lado una posicion que significase á las claras ese vasallage futuro, exigiendo en consecuencia que cuando revestido con el manto imperial tuviese que trasladarse á la basilica, desde el trono al altar, y desde el altar al trono, sus hermanos sostuvieran el manto por las puntas. Lo mismo exigió con respecto á la emperatriz, disponiendo que sus hermanas las princesas hicieran con Josefina lo que sus hermanos debian hacer con él; pero necesitó toda su energia para lograrlo, pues aunque no le gustaban las reyertas de familia, queria que le obedeciesen ciegamente cuando lo que mandaba tenia relacion con sus fines políticos.

Cuando llegó el mes de noviembre todo estaba dispuesto en Nuestra Señora: los comisionados habian ido llegando, los tribunales estaban cerrados; sesenta obispos y arzobispos acompañados de su respectiva clerecía, habian abandonado el cuidado de los altares; y se hallaban en París,

en lugar de estar en Boloña ó en Brest, los generales, almirantes, mariscales y oficiales mas distinguidos de mar y tierra, como por ejemplo, Davout, Ney, Soult, Bruix y Ganteaume. Esto contrariaba los deseos del emperador, pues aunque le gustaban las pompas, primero eran para él los negocios, además de que la capital se hallaba atestada de una multitud de curiosos que acudieron de todas partes, no solo de Francia sino de la Europa entera, y esperaban impacientes el espectáculo extraordinario que allí les llevaba. Napoleon sin embargo de que repetimos no le disgustaba la concurrencia de que era objeto, deseaba cesara cuanto antes un estado de cosas que salia del órden regular que queria establecer en su Imperio, y por lo tanto enviaba oficiales y mas oficiales con cartas para el papa, en que se mostraba muy cariñoso, pero en que le hacia vivas instancias para que apresurase su marcha, porque de dilacion en dilacion se habia retardado la ceremonia, fijandola para el 2 de diciembre.

Al fin se decidió el papa á dejar á Roma, pero antes dió plenos poderes al cardenal Consalvi, abrazándole repetidas veces, y el 2 de noviembre por la mañana se trasladó á la iglesia de San Pedro, donde permaneció por espacio de mucho tiempo arrodillado en medio de los cardenales, la nobleza de Roma y el pueblo. Despues de dirigir al cielo una fervorosa plegaria, como si fuera á arrostrar grandes peligros, subió al carruaje, y tomó el camino de Viterbo, no sin que el pueblo de Trastevere, tan fiel para con sus pontifices, fuese acompañando bastante tiempo su carruaje con los ojos bañados en lágrimas. ¿Qué se habia



hecho el tiempo en que la corte romana era la mas ilustrada de la Europa?... Los ancianos del sacro colegio, que apenas conocian el siglo en que vivian, no comprendiendo la sábia condescendencia de Pio VII, la censuraban y daban crédito á las fábulas mas absurdas, habiendo quien tenia por verosímil la voz que se habia esparcido de que Francia habia engañado al santo padre, proponiéndose reducirle á una prision, y arrebatarle sus estados: ¡como si Napoleon hubiese necesitado recurrir á semejante medio para ser dueño de Roma! ¡Como si en aquel momento desease otra cosa que la bendicion del pontífice para que todos los hombres respetasen su poder!

A pesar de lo pobre que se hallaba Pio VII, antes de ponerse en marcha se proveyó de algunos regalos que fuesen dignos del huésped, en cuyo palacio iba á residir, escogiendo con su acostumbrada delicadeza, para darlos á Napoleon, dos camafeos antiguos, tan apreciables por su belleza, como por lo que significaban, pues uno de ellos representaba á Aquiles, y otro la continencia de Scipion. Para Josefina destinó vasos antiguos tambien, y de un trabajo admirable, y por consejo de Mr. de Talleyrand llevaba gran provision de rosarios para las damas de la corte.

En marcha, pues, como hemos manifestado, atravesó el estado romano y la Toscana, en medio de los pueblos de Italia que se arrodillaban á su paso. En Florencia, le recibió la reina de Etruria, que habia enviudado, y á la sazón era regente en nombre de su hijo del reino creado por Napoleon: por lo demás, aquella princesa, como española que era, acogió al papa con demostraciones de devo-

cion y respeto que le dejaron encantado. Desde entonces empezó á reponerse algun tanto de su profunda inquietud; pero no queriendo pasar por las Legaciones, á fin de no consagrar con su presencia lo que de ellas se habia hecho, dándolas en vez del Estado romano á otro, se dirigió por Plaseacia, Parma y Turin. Todavía no se hallaba en Francia, pero rodeábanle autoridades y tropas francesas, y allí vió inclinarse ante él al anciano Menou y á los oficiales del ejército de Italia, conmoviéndole la respetuosa espresion que aparecia grabada en aquellos rostros varoniles. El cardenal Cambaceres, un chambelan de palacio y Mr. de Salmatoris, á quienes se mandó saliesen á recibirle en la frontera, se presentaron en la del Piamonte, que era del Imperio, y le entregaron una carta de Napoleon en que le manifestaba su gratitud, y los votos que hacia porque el pontífice concluyese pronto y felizmente su viage. Cada vez mas tranquilo Pio VII, iba temiendo menos la resolucion que habia adoptado, y cuando pasó los Alpes, vió con gusto las extraordinarias precauciones que se habian tomado para que pudiera hacer la travesia con seguridad, como igualmente los ancianos cardenales que le acompañaban, como que varios oficiales del palacio imperial cuidaban de todo con una magnificencia y un esmero infinitos. Al fin llegó á Leon, y allí se convirtió su terror en un verdadero asombro, pues habian acudido poblaciones enteras de Provenza, el Delfinado, el Franco-Condado, y Borgoña, para ver al que representaba á Dios en la tierra, porque todos los pueblos llevan impreso en el corazon un sentimiento confuso, pero profundo de la divini-



dad. Poco importa la forma con que se la presenten para que la adoren, con tal que esta forma esté admitida desde antiguo, y que los que son superiores á ellos les den ejemplo adorándola. Unase á la fuerza natural de este sentimiento el poder extraordinario que tienen las reacciones, y el entusiasmo con que la multitud vuelve á ocuparse de las cosas antiguas que ha abandonado momentáneamente, y se concebirá el afán con que los habitantes de las villas y de las campiñas corrian en Francia al encuentro del santo padre. Así es que cuando Pío VII vió de rodillas á la nacion que le habian pintado en rebelion permanente contra las autoridades divinas y humanas, á la nacion que habia derribado tronos, y tenido á un pontífice en clase de cautivo, se quedó enagenado de gozo y sorpresa, conociendo que su anciano consejero Caprara decia la verdad cuando le afirmaba, que de aquel viage resultaria un gran bien á la religion, causándole á él una satisfaccion infinita. Tambien en Leon recibió una carta del emperador, quien le daba de nuevo las gracias, haciendo nuevos votos por su feliz llegada, y el soberano pontífice, débil y de una sensibilidad enfermiza, no sintiendo cansancio al verse recibido de aquel modo, ofreció acelerar el viage por dos dias, oferta que fué admitida con gusto. En consecuencia dejó á Leon en medio de los homenajes que le hicieron al entrar, y atravesó á Moulins y Nevers, encontrando en todas partes cubiertos los caminos de gente, que iba á impetrar conmovida la bendicion del gefe de la iglesia.

En Fontainebleau debia detenerse Pío VII, pues Napoleon dispuso así las cosas, á fin de tener

ocasion de salir al encuentro del santo padre, y proporcionarle dos ó tres dias de descanso en aquella hermosa morada de recreo. Para ello mandó disponer una cacería para el 25 de noviembre, cerca del camino por donde debia pasar el papa, y cuando supo que éste habia llegado con su comitiva á la cruz de San Herem, dirigió hácia allí su caballo, á fin de encontrarse con el papa. Apenas le vió, echó pié á tierra y corrió á abrazarle, y conmovido con aquella demostracion Pío VII, se puso á mirar con ansiedad al nuevo Carlo-Magno, en quien continuamente estaba pensando hacia seis años, porque para él era el instrumento que Dios habia escogido sobre la tierra. Mediaba el día cuando los dos soberanos subieron al carruage para trasladarse al palacio de Fontainebleau, y Napoleon dió la derecha al gefe de la iglesia. Cuando llegaron á palacio, encontraron en el umbral de la puerta á la emperatriz, los grandes del imperio y los gefes del ejército, colocados todos en círculo y en ademan de recibir á Pío VII y rendirle homenaje, presentando aquello un espectáculo magnífico que nunca habia visto el santo padre, á pesar de lo acostumbrado que se hallaba á las pompas romanas. Conducido en medio de todos al aposento que le estaba destinado, descansó algunas horas, y luego, siguiendo las reglas de la etiqueta puesta en uso entre los soberanos, fué á visitar al emperador y á la emperatriz, quienes le pagaron la visita inmediatamente. Mas tranquilizado y contento de día en día por el lenguaje seductor del huésped, que no se habia propuesto intimidarle sino agradecerle, concibió hácia él un afecto que al fin de sus dias y



despues de numerosas y terribles vicisitudes, sentia aun por aquel héroe desgraciado. Fueronle presentados despues los grandes del estado, á quienes recibió con aquella cordialidad y gracia de los ancianos, que tiene su peculiar encanto. El rostro apacible y digno, y las miradas penetrantes de Pio VII, conmovian todos los corazones, y él mismo se enternecia tambien al notar el efecto que causaba. Todavía no le habian hablado de las dificultades que quedaban por arreglar, pues respetaban su sensibilidad y su cansancio, y por lo mismo se entregaba por completo á las emociones y á la alegría de un recibimiento, que le parecia el triunfo de la religion.

Elego el momento de marchar á París y de entrar por fin en aquella temible ciudad, en que hacia un siglo fermentaba el espíritu humano, y en que hacia años se arreglaban los destinos del mundo. El 28 de noviembre, despues de tres dias de descanso subieron el emperador y el papa á un mismo coche para trasladarse á París, ocupando siempre el último la derecha. El papa se alojó en el pabellon de Flora dispuesto para recibirle, descansó el dia 29 y el 30, se le presentaron el Senado, el Consejo legislativo, el Tribunado y el Consejo de estado. Los presidentes de estos cuatro cuerpos le dirigieron discursos celebrando sus virtudes, su sabiduría y su noble condescendencia para con la Francia, en términos brillantes y lisongeros. Entre estas arengas, tan fugitivas como la sensación que las inspira, merece distinguirse la de Mr. de Fontanes, grave y durable como las verdades que encierra.

## SANTÍSIMO PADRE :

«Cuando el vencedor de Marengo concibió en los campos de batalla el pensamiento de restablecer la unidad religiosa y el de devolver á los franceses su antiguo culto, preservó de una ruina completa los principios de la civilización. Esta idea grande, hija de la victoria, produjo el concordato, y el Cuerpo legislativo, cuyo órgano tengo el honor de ser cerca de vuestra santidad, convirtió el concordato en ley nacional.

«¡Día memorable, tan caro á la sabiduría del hombre público como á la fe del cristianismo! La Francia entonces, abjurando graves errores, dió utilísimas lecciones al género humano, pues reconoció que todos los pensamientos irreligiosos son pensamientos impolíticos y que todo atentado contra el cristianismo es un atentado contra la sociedad.

«El restablecimiento del antiguo culto preparó muy pronto el de un gobierno mas natural para los grandes estados y mas conforme á las costumbres de la Francia. Todo sistema social, desquiciado por las opiniones inconstantes del hombre, se apoyó de nuevo en una doctrina inmutable como Dios mismo. La religion reglamentaba en otro tiempo á las sociedades salvages, pero era ya mas difícil reparar sus ruinas que fundar su cuaa. ®

«Debemos esta ventaja á un noble prodigio, porque la Francia ha visto nacer uno de esos hombres extraordinarios enviados de tarde en tarde al auxilio de los imperios próximos á su-



cumbir, al paso que Roma ha visto brillar al mismo tiempo todas las virtudes apostólicas de la primera edad. Su autoridad suave tranquiliza todos los corazones, y ha merecido el amor y el respeto del mundo un pontífice tan sabio como piadoso, que conoce todo lo que debe dejarse al curso de los acontecimientos humanos y lo que el interés de la religion exige.

«Esta religion augusta viene á consagrar con él el nuevo destino del imperio francés y se ostenta tan grande como en el siglo de Pipino y de Clodoveo.

«Todo ha cambiado á su alrededor, ella es la única cosa que permanece la misma.

«Ella vé morir las dinastías de los reyes y las razas de sus súbditos, pero sobre las ruínas de los tronos que desaparecen y sobre las gradas de los que se elevan, admira siempre la manifestacion sucesiva de los eternos designios y los obedece con entera confianza.

«Nunca ha presenciado el universo espectáculo mas imponente; nunca han recibido los pueblos instrucciones mas provechosas.

«Ya no nos alcanza la época en que el imperio y el sacerdocio eran rivales. Ahora los dos se dan la mano para reprobear doctrinas funestas, que han amenazado á la Europa con una subversion general. Permita el cielo que sucumban para siempre por la dulce influencia de la religion y de la política reunidas. Este voto se realizará porque nunca ha tenido la política de la Francia tan seguras garantías, ni el trono pontifical ha ofrecido al mundo católico un modelo mas respectable de abnegacion cristiana.»

El papa se mostrò vivamente conmovido al escuchar tan noble language, el language mas persuasivo y bello desde el siglo de Luis XIV. El pueblo agolpado bajo las ventanas pedia ver á Pio VII, porque la fama de su carácter y de su noble semblante se habia esparcido por la capital. Se asomó en efecto muchas veces al balcón de las Tullerías, acompañado siempre de Napoleon, fué saludado por entusiastas aclamaciones, y vió de rodillas esperando su bendicion pontifical al pueblo de Paris, al pueblo del 10 de agosto, al pueblo que habia adorado á la diosa de la Razon. Inconstancia singular de los hombres y de las naciones, que prueba la necesidad de defender las grandes verdades, sobre las cuales reposa la sociedad humana, porque no hay ni dignidad ni reposo en los caprichos de un dia, que se acogen y se abandonan con degradante precipitacion.

Las sombrías aprensiones que habian hecho tan amarga la resolucion del papa, se habian dissipado. Pio VII se hallaba al lado de un príncipe que le colmaba de atenciones y cuidados, que reunia la gracia al talento, y en medio de una gran nacion conducida á las antiguas tradiciones del cristianismo por el ejemplo de un jefe cubierto de gloria, y se alegraba ya de que su presencia alentase aquel impulso. Aun tenia algunas penas que sufrir, ya respecto al ceremonial, ya respecto á los obispos constitucionales que despues de la reconciliacion con la iglesia, dogmatizaban sobre el sentido de la reconciliacion. Eran cuatro; MM. arzobispo de Besanzon; Lacombe, obispo de Angulema; Saurine, obispo de Strasburgo, y Remond, obispo de Dijon. Mr. Portalis los habia lla-



mado cerca de él, y por orden del emperador, les habia ordenado, si querian ser presentados al papa, que escribiesen una carta de reconciliacion de acuerdo con el obispo Bernier y con los cardenales que componian el cortejo pontifical. En el último instante quisieron cambiar una palabra á la carta, el papa se apercibió de ello y dejó al emperador el cuidado de terminar estas tristes disputas. Por lo demás trató paternalmente á todos los individuos del clero francés. Quedaban en seguida las cuestiones del ceremonial: el papa habia admitido ya las principales modificaciones fundadas en las costumbres, pero la cuestion de la coronacion le afectaba de un modo particular, pues queria conservar el derecho de sus predecesores de colocar la corona sobre la cabeza del emperador. Napoleon mandó que no se insistiese diciendo que se encargaba de arreglarlo todo en el momento oportuno.

Elegó la vispera de aquella gran solemnidad, es decir, el 1.º de diciembre. Josefina, que habia agradado al santo padre por una especie de devocion parecida á la de las mugeres italianas, presentóse á él para hacerle una confesion de que esperaba sacar gran partido. Le declaró que solo estaba casada civilmente con Napoleon, porque estaban prohibidas las ceremonias religiosas en la época de su matrimonio. Napoleon habia hecho cesar aquel estado de cosas rogando al cardenal Caprara que diese la bendicion nupcial á su hermana, la princesa Murat, y sin embargo no lo hizo cesar por sí mismo. Escandalizado el papa de una situacion que á los ojos de la iglesia era un concubinato, quiso hablar al momento al

emperador, y le declaró que podia muy bien consagrarle, porque nunca habia tratado la iglesia de escudriñar las conciencias de los emperadores pero que al coronar á Josefina no podia consagrarla. Irritado Napoleon contra Josefina por su indiscrecion interesada, temeroso de violentar al papa, que era invencible en asuntos relativos á la fe, y no queriendo por otra parte cambiar nada en una ceremonia, cuyo programa era ya público, consintió en recibir la bendicion nupcial. Josefina, á quien su esposo echó una buena reprimenda, y que estaba contenta por lo que habia obtenido, recibió aquella misma noche el sacramento del matrimonio en la capilla de las Tullerias. El cardenal Fesch casó al emperador y á la emperatriz con todo secreto, siendo testigos Mr. de Talleyrand y el mariscal Berthier, quienes guardaron oficialmente este secreto hasta el divorcio. Al dia siguiente se divisaban todavia en los ojos de Josefina señales de lágrimas que le habian costado aquellas agitaciones interiores.

El domingo 2 de diciembre, dia frio y sereno, aquel pueblo de París, al cual hemos visto cuarenta años despues correr delante de los restos mortales de Napoleon, se precipitaba por ver pasar la comitiva imperial. El papa marchó primero á las diez de la mañana y mucho antes que el emperador, á fin de que los dos acompañamientos no se incomodasen recíprocamente. Iba seguido de un clero numeroso, vestido de los mas suntuosos ornamentos y escoltado por destacamentos de la guardia imperial. Se habia levantado al rededor de la plaza de Nuestra Señora un maguffico pórtico para que en él bajasen de sus



carruages los soberanos y los principes que se dirigian á la antigua basilica. El arzobispado adornado con un lujo digno de los huéspedes que debia contener, estaba dispuesto de modo que el papa y el emperador pudiesen descansar algunos instantes. Despues de detenerse allí un momento entró el papa en la iglesia, en la que hacia ya algunas horas se hallaban reunidos los diputados de las ciudades, los representantes de la magistratura y del ejército, los sesenta obispos con su clero, el Senado, el Cuerpo legislativo y el Tribunalado, el Consejo de estado, los principes de Nassau, de Hesse, de Baden, el archi-canciller del imperio germanico y los ministros de todas las potencias. La puerta principal de Nuestra Señora estaba cerrada, porque contra ella se habia dispuesto el trono imperial y se entraba á ella por las laterales, situadas en los dos extremos de la nave transversal. Cuando el papa, precedido de la cruz y de las insignias del sucesor de San Pedro, apareció en la antigua basilica de San Luis, todos se levantaron, y quinientos músicos entonaron las palabras sagradas: «TU ES PERPETUUS.» El efecto fué grandioso y profundo. El papa fué con lentitud á arrodillarse desde luego ante el altar y tomó asiento en seguida, en un trono que se le habia preparado á la derecha del mismo. Los sesenta prelados de la iglesia francesa se presentaron poco despues á saludarle uno por uno, y á todos acogió con su acostumbrada bondad, fuesen ó no constitucionales. No tardó en anunciarse la llegada de la familia imperial.

La iglesia de Nuestra Señora estaba adornada

con sin igual magnificencia. Colgaduras de terciopelo sembradas de abejas de oro, descendian desde la bóveda hasta el piso, pero al pié del altar habia unos sillones sencillos que debian ocupar el emperador y la emperatriz antes de la coronacion. En el fondo de la iglesia, al extremo opuesto al altar, se elevaba para Napoleon y para su esposa sobre veinte y cuatro gradas, un inmenso trono, entre dos columnas que sostenian un fronton, que era un monumento en otro monumento. Tal era la costumbre en los dos ritos, romano y francés, y el monarca solo se sentaba en aquel trono despues de coronado por el pontifice.

Esperaban al emperador y le esperaron largo espacio, única circunstancia desagradable en tan gran solemnidad, porque el papa sufrió bastante con aquel retardo ocasionado por el temor de esponer á los dos acompañamientos á un encuentro. El emperador salió de las Tullerías en un carruage cubierto de cristales, con genios de oro que sostenian una corona, carruage popular en Francia, y siempre seguido por el pueblo de Paris en otras ceremonias posteriores. Vestia un traje, cuyo modelo habia dibujado el mejor pintor de la época, y bastante parecido á los que se usaban en el siglo XVI; y llevaba una toca con plumas y una capilla, no debiendo ponerse las insignias imperiales sino en el arzobispado y al tiempo de entrar en la iglesia. Escollado por sus mariscales y precedido de grandes dignatarios, se encaminó lentamente por la calle Saint-Honoré, muelle del Sena y plaza de Nuestra Señora, en medio de las aclamaciones de un pueblo entusiasmado porque veia convertido á su general favorito en empera-



dor, como sino fuese él el motor de todo con sus pasiones inconstantes, con su heroísmo guerrero. Apenas hubo llegado al pórtico ya descrito, echó Napoleón pié á tierra, entró en el arzobispado, cogió la corona, el cetro y el manto imperial, y se dirigió á la basílica, llevando otros á su lado la gran corona, en forma de tiara, modelada por la de Carlo-Magno. En aquel momento ceñía la corona de los Césares, es decir, un laurel de oro sencillo, y todos admiraban aquella cabeza semejante á una medalla antigua. Arrodióse ante el altar y en seguida fué á sentarse en el sillón que debía ocupar antes de posesionarse del trono. Entonces comenzó la ceremonia. El papa ungió al emperador en la frente, en los brazos y en las manos, bendijo luego la espada y se la ciñó, hizo lo mismo con el cetro y se acercó á coger la corona, que estaba sobre el altar, pero observando Napoleón su movimiento y terminando las dificultades sobre el terreno, como habia anunciado, tomó la corona de manos del pontífice, sin arrebató, pero con decisión y la colocó en sus sienes. Aquel acto comprendido por todos, produjo un efecto inexplicable. Cogiendo en seguida Napoleón la corona de la emperatriz y acercandose á Josefina que estaba de hinojos, la puso con visible ternura sobre la cabeza de aquella compañera de su fortuna, que en aquel momento se deshacía en lágrimas. Hecho esto se dirigió al trono y subió á él, seguido de sus hermanos que sostenían los extremos del manto imperial. Entonces el papa, según costumbre, se acercó al trono para bendecir al nuevo monarca y cantar las palabras que habian resonado en los oídos de Carlo-Magno en la basílica de

San Pedro, cuando el clero romano le proclamó emperador de Occidente: *VIVAT IN AETERNUM SEMPER AUGUSTUS*. Mil gritos repetidos de *viva el emperador* resonaron tambien en las bóvedas de Nuestra Señora, y el estampido del cañon anunció á París el momento solemne en que Napoleón quedaba consagrado con arreglo á todas las formas establecidas por los hombres.

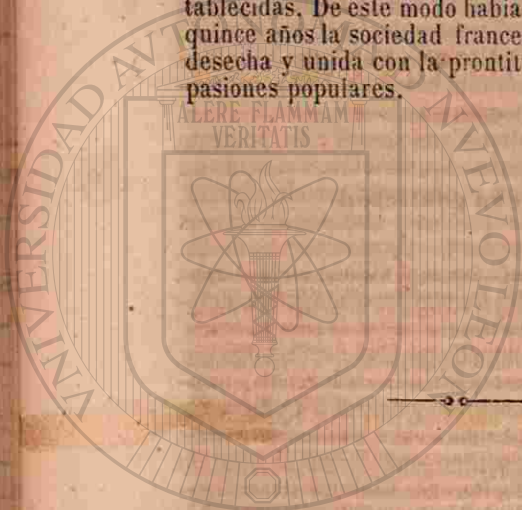
El archi-canciller Cambaceres, le presentó acto continuo el testo del juramento, así como un obispo el evangelio, y puesta la mano sobre él, pronunció aquellas palabras que contenian los grandes principios de la revolucion francesa. Cantóse despues una misa pontifical y ya estaba muy avanzado el dia cuando los acompañamientos llegaron á las Tullerías.

Asi se verificó aquella augusta ceremonia por medio de la cual se consumaba en Francia el restablecimiento de los principios monárquicos. No era este el menor triunfo de la revolucion, pues se veía consagrado por el papa un soldado salido de su seno. Este es el gran título que tienen semejantes pompas para llamar la atención del historiador. Si la moderacion de los deseos habia procurado á la Francia una libertad suficiente y limitado la prosecucion de las empresas heroicas, aquella ceremonia debió consagrar para siempre, es decir, por muchos siglos, á aquella dinastía. Pero estábamos destinados á pasar por otras vias á un estado político mas libre, y á una grandeza por desgracia escatimada.

Quince años hacia que la revolucion habia comenzado Monarquía tres años, república doce, se convertia ya en monarquía militar fundada so-



bre la igualdad civil, sobre la voluntad nacional legalmente espresada y sobre la libre admision de todos los ciudadanos á las grandezas sociales restablecidas. De este modo habia caminado durante quince años la sociedad francesa, sucesivamente desecha y unida con la prontitud ordinaria de las pasiones populares.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## LIBRO VEINTE Y UNO.

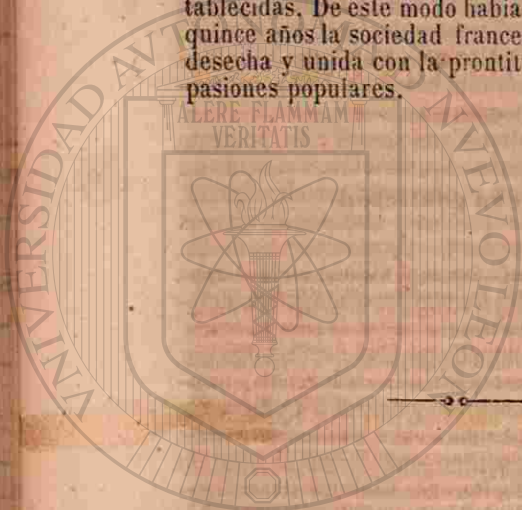


### Tercera coalicion.

Mansion del papa en Paris.—Esmero de Napoleon para prolongar su estancia.—No habiendo podido operar las escuadras en diciembre, emplea Napoleon el invierno en organizar la Italia.—Transformacion de la republica italiana en un reino feudatario del imperio francés.—Ofrécese este reino á José Bonaparte, quien lo rehusa.—Napoleon se decide á colocar la corona de hierro en su cabeza, declarando que las coronas de Francia é Italia se separarán cuando se haga la paz.—Sesion solemne del Senado.—Segunda coronacion de Milan fijada para mayo de 1805.—Cree Napoleon que pasando los Alpes, oculta mejor sus proyectos marítimos.—Aumentanse sus recursos naturales por la repentina declaracion de guerra de Inglaterra á España.—Fuerzas navales de Holanda, Francia y España.—Proyecto de una grande expedicion á la India.—Se vacila un momento entre esta expedicion y el de otra directa contra Inglaterra.—Preferencia definitiva que esta obtiene.—Prepárase todo para ejecutar el desembarco en los meses de julio y agosto.—Las escuadras de Tolon, de Cádiz, del Ferrol, de Rochefort y de Brest, deben reunirse en la Martinica, para recalar en julio á la Mancha, en fuerza de sesenta navios.—Dispónese el papa á volver á Roma.—Su franquiza con Napoleon antes de salir de Paris.—Contestaciones sobre los diversos puntos propuestos por el papa.—Disgusto de éste, aunque aminorado por el éxito de su viage á Francia.—Marcha del papa á Roma, y del emperador á Milan.—Disposiciones de las cortes de Europa.—Su tendencia á una nueva coalicion.—Estado del gabinete ruso.—Los amigos de Alejandro forman un gran plan de mediacion europea.—Ideas de este plan, verdadero origen de los tratados de 1815.—Se encarga de la aprobacion en Londres, Mr. Nowosiltzoff.—Recibimiento que le hace Mr. Pitt.—El ministro inglés convierte el plan de mediacion en otro de



bre la igualdad civil, sobre la voluntad nacional legalmente espresada y sobre la libre admision de todos los ciudadanos á las grandezas sociales restablecidas. De este modo habia caminado durante quince años la sociedad francesa, sucesivamente desecha y unida con la prontitud ordinaria de las pasiones populares.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## LIBRO VEINTE Y UNO.



### Tercera coalicion.

Mansion del papa en Paris.—Esmero de Napoleon para prolongar su estancia.—No habiendo podido operar las escuadras en diciembre, emplea Napoleon el invierno en organizar la Italia.—Transformacion de la republica italiana en un reino feudatario del imperio francés.—Ofrécese este reino á José Bonaparte, quien lo rehusa.—Napoleon se decide á colocar la corona de hierro en su cabeza, declarando que las coronas de Francia é Italia se separarán cuando se haga la paz.—Sesion solemne del Senado.—Segunda coronacion de Milan fijada para mayo de 1805.—Cree Napoleon que pasando los Alpes, oculta mejor sus proyectos marítimos.—Aumentanse sus recursos naturales por la repentina declaracion de guerra de Inglaterra á España.—Fuerzas navales de Holanda, Francia y España.—Proyecto de una grande expedicion á la India.—Se vacila un momento entre esta expedicion y el de otra directa contra Inglaterra.—Preferencia definitiva que esta obtiene.—Prepárase todo para ejecutar el desembarco en los meses de julio y agosto.—Las escuadras de Tolon, de Cádiz, del Ferrol, de Rochefort y de Brest, deben reunirse en la Martinica, para recalar en julio á la Mancha, en fuerza de sesenta navios.—Dispónese el papa á volver á Roma.—Su franquiza con Napoleon antes de salir de Paris.—Contestaciones sobre los diversos puntos propuestos por el papa.—Disgusto de éste, aunque aminorado por el éxito de su viage á Francia.—Marcha del papa á Roma, y del emperador á Milan.—Disposiciones de las cortes de Europa.—Su tendencia á una nueva coalicion.—Estado del gabinete ruso.—Los amigos de Alejandro forman un gran plan de mediacion europea.—Ideas de este plan, verdadero origen de los tratados de 1815.—Se encarga de la aprobacion en Londres, Mr. Nowosiltzoff.—Recibimiento que le hace Mr. Pitt.—El ministro inglés convierte el plan de mediacion en otro de



coalicion contra la Francia.—Vuelta del negociador á San Petersburgo.—Firma el gabinete ruso con lord Gower el tratado de la tercera coalicion.—Para conservar á esta el carácter de mediacion, debe pasar á Paris el negociador.—Vanos esfuerzos de la Rusia para que entre en ella la Prusia.—Consigue mas con el Austria, que se compromete eventualmente.—Sirvese la Rusia de la Prusia para obtener pasaportes en favor de su negociador.—Se conceden los pasaportes.—Napoleon en Italia.—Entusiasmo de los italianos.—Coronacion en Milan.—Eugenio declarado virey.—Fiestas militares.—Proyecta Napoleon espulsar de Nápoles á los Borbones, y reunir Génova á la Francia.—Motivos de esta reunion.—Constitucion del ducado de Luca en provecho de la princesa Elisa. Despues de permanecer por espacio de tres meses en Italia, Napoleon se prepara á marchar á Boloña para ejecutar el desembarco.—Ganteaume no ha podido hacerse á la vela desde Brest.—Villeneuve y Gravina llegan de Tolon y Cádiz en su auxilio á fin de dirigirse todos á la Mancha.—Permanencia de Napoleon en Génova.—Su repentina marcha á Fontainebleau.—Mientras prepara Napoleon el desembarco en Inglaterra, disponen todas las potencias del Norte una guerra formidable contra la Francia.—La Rusia encuentra pretesto en la reunion de Génova para propasarse, y el Austria una razon para decidirse.—Tratado de subsidios.—Armamentos obstinadamente negados á Napoleon.—Este se aparece de ellos, y dá principio á algunas operaciones en Italia y el Rin.—Parte para Boloña.—Resuelve embarcarse y se impacienta esperando la escuadra francesa.—Movimiento de las escuadras.—Larga y afortunada navegacion de Villeneuve y de Gravina á la Martinica.—Primeros sintomas de decaimiento de ánimo del almirante Villeneuve.—Rápida vuelta á Europa y marcha sobre el Ferrol para libertar este puerto.—Batalla naval del Ferrol contra el almirante Calder.—Se consigue el objeto librando al Ferrol y reuniendo las divisiones francesa y española.—En vez de favorecer á Ganteaume para reunir cincuenta navios en la Mancha, Villeneuve desconcertado se dirige á Cádiz cuando cree Napoleon que marcha á Brest.—Larga espera del emperador en Boloña.—Sus esperanzas al recibir las noticias del Ferrol.—Su irritacion al saber la marcha de Villeneuve sobre Cádiz.—Violenta agitacion é incomodidad contra el almirante Decrés.—Nuevas positivas de los proyectos del Austria.—Brusca mudanza de resolucion.—Plan de campaña de 1805.—Napoleon se decide contra el continente.

Tres dias despues de la ceremonia de la coronacion, quiso Napoleon distribuir al ejército y á la guardia nacional las águilas de las banderas del Imperio. Esta ceremonia se verificó en el campo de Marte: los representantes de todos los

departamentos fueron á recibir las águilas que les estaban destinadas, al pié de un magnifico trono levantado delante del palacio de la escuela militar, y antes de recibir las prestaron juramento, que cumplieron despues, de defenderlas hasta la muerte. El mismo dia se dió un gran banquete en las Tullerías, al que asistieron el emperador y el papa, revestidos imperial y pontificalmente, y servidos por los grandes oficiales de la corona.

La multitud, ávida de espectáculos, se alegraba con aquella pompa, y muchos hombres de talento la admitian como una consecuencia natural del restablecimiento de la monarquia. Por lo demas, ningun siniestro presagio turbó la satisfaccion pública, pues todos creian en la duracion del nuevo orden de cosas. Aunque envuelta en una magnificencia desusada, se veía por fin la fiel consagracion de los principios republicanos, la prosperidad del pais, á pesar de la guerra, y una continuacion de grandeza que elevaba el orgullo nacional.

El santo padre no hubiera deseado permanecer mucho tiempo en Paris, pero esperaba encontrar ocasion favorable para esplicar á Napoleon los votos secretos de la córte romana, y asi se resignaba á quedarse por dos ó tres meses. La estacion tampoco le permitia atravesar al pronto los Alpes. Napoleon que queria tenerlo á su lado para que conociese á la Francia, para hacerle apreciar su espíritu, para que comprendiese las condiciones, con las cuales era posible el restablecimiento de la religion, le retenia con la mayor finura y por último logró reducirle. Pio VII se hospedaba en las Tullerías y podia entregarse



libremente á sus gustos modestos y religiosos, pero cuando salia, se hallaba rodeado de todos los atributos del poder supremo, escoltado por la guardia imperial y cercado de honores. Su rostro venerable, y sus virtudes interesaban sobremanera al pueblo de París que le seguia por todas partes con curiosidad, simpatía y respeto. Recorria las parroquias de París y oficiaba en ellas en medio de una afluencia extraordinaria de gentes. Su presencia aumentaba el impulso religioso que Napoleon se habia propuesto dar á los ánimos con gran contentamiento del sumo pontífice, quien se ocupaba en visitar los monumentos públicos y los museos que Napoleon habia enriquecido, tomando interes por todo lo que podia contribuir á las grandezas del nuevo reinado. En una visita que hizo á un establecimiento público, se portó con tal tino y acierto que le valieron la aprobacion general. Rodeado de una turba arrodillada que le pedia su bendicion, descubrió un hombre cuyo semblante grave y dolorido conservaba todavía el sello de nuestras estinguidas pasiones y que se ocultaba para sustraerse á la bendicion pontifical. El santo padre le dijo con dulzura acercándose á él.—No huyais, amigo, la bendicion de un anciano jamás ha hecho mal á nadie.—Esta frase noble y patética fué repetida y aplaudida en todo París.

Las funciones y los hospitalarios cuidados prodigados á su venerable huésped, no habian podido distraer á Napoleon de sus grandes negocios. Las escuadras destinadas á efectuar el desembarco, seguian absorbiendo su atencion. La de Brest estaba por fin en disposicion de hacerse á la vela; pero la de Tolon, se atrasó en su equipo

porque se la quiso hacer constar de once navios en vez de los ocho de que se componia, y en esto invirtió todo el mes de diciembre, no pudiendo salir tampoco en el de enero, cuando ya estaba completa, á causa de los vientos contrarios. El almirante Missiessy con cinco navios armados en Rochefort, esperaba una tempestad para sustraerse á su salida del enemigo, en tanto que Napoleon consagraba todo este tiempo en la administracion interior de su nuevo imperio.

Aunque decidido á una guerra á todo trance contra la Inglaterra, creyó deber empezar su reinado dando un paso en aquel momento inútil y que además de su inutilidad tenia el inconveniente de ser una repeticion de otro paso muy oportuno que dió cuando su advenimiento al consulado. Escribió, pues, una carta al rey de Inglaterra proponiéndole la paz, y la envió con un bergantín al crucero inglés estacionado delante de Boloña. Comunicóse inmediatamente al gabinete británico, que mandó á decir que responderia mas adelante. En 1800 era la paz no solo posible, sino necesaria para las dos potencias y las gestiones hechas al efecto en aquella época por el primer consul, tanto mas á propósito, cuanto fué vergonzoso para Mr. Pitt su negativa á las proposiciones de paz despues de las victorias de Marengo y de Hohenlinden; negativa que fué una de las causas principales de la caida de este ministro. Pero en 1805, estando ya ambos pueblos en disposicion de comenar la guerra, y sus pretensiones en el caso de no poder ser ajustadas sino con la fuerza de las armas, una proposicion de paz parecia visiblemente un pretesto para tener ocasion de ha-



blar al rey de Inglaterra de monarca á monarca.

Lo que exigia mucha mas prisa que estas inútiles gestiones era la organizacion definitiva de la república italiana que, como hija de la francesa, debía seguir entodo la suerte de su madre. Cuando la Consulta de Lyon, en 1802, se constituyó á imitacion de la Francia, adoptando un gobierno republicano en la forma y absoluto de hecho, y parecia natural que en el caso presente diese el último paso identificándose con la Francia y que de república pasase á monarquía.

Ya hemos referido en el libro anterior las comunicaciones que Mr. de Cambaceres y el ministro de la república italiana en Paris, Mr. de Marescalchi, habian tenido encargo de hacer al vice-presidente Melzi y á los miembros de la Consulta de estado. Estas comunicaciones fueron favorablemente acogidas, á pesar de que agriado el humor del vice-presidente Melzi á causa del mal estado de su salud y del peso de un cargo superior á sus fuerzas, mezcló en su respuesta algunas reflexiones bastante amargas; pero de todos modos los italianos aceptaron sin violencia la transformacion de su república en monarquía, porque esperaban aprovechar aquella ocasion para obtener á lo menos en parte, el cumplimiento de sus votos. Reducianse estos á desear un rey, pero un rey que fuese hermano de Napoleón, con la condicion de que la eleccion habia de recaer en José ó Luis Bonaparte, y no en Luciano á quien esluian formalmente; que este rey les perteneceria en propiedad; que residiria constantemente en Milan; que las dos coronas de

Francia y de Italia quedarian separadas inmediatamente; que todos los funcionarios serian italianos; que no se pagaria ningun subsidio para el sosten del ejército francés, y que por último, Napoleon se encargaria de hacer adoptar al Austria este nuevo cambio.

Con estas condiciones, decia el vice-presidente Melzi, quedarán los italianos satisfechos, por que hasta ahora todas las ventajas que han reportado de su independenciam, han sido un aumento de contribuciones.

La idea de que su dinero desaparezca al otro lado de las fronteras, preocupa generalmente á los italianos, sometidos por tanto tiempo á las poderosas miras de allende los Alpes. Sin embargo, tienen un motivo de mas fuerza y mas noble aun para desear su independenciam, y es el de vivir bajo un gobierno nacional. Indignábase Napoleon cuando le daban razones bajas y mezquinas pero no se sorprendia, porque, aunque en general tenia en poco á los hombres, no trataba nunca de degradarlos; ni es posible tampoco pensar en esto cuando se quiere exigir de ellos grandes cosas; así es que las razones del vice-presidente Melzi no pudieron menos de indignarle.—¡Cómo, exclamó, los italianos no sienten mas que el dinero que les cuesta su independenciam! en ese caso era menester considerarlos muy bajos y miserables; en cuanto á mi, estoy muy lejos de suponerlos tales. ¿Pueden acaso alcanzar su libertad, ni aun defenderse sin los soldados franceses? y si no pueden, ¿no es justo que contribuyan á sostener el ejército francés que derrama su sangre por ellos? ¿Quién ha reu-



nido en un solo estado, para hacer un cuerpo de nacion, cinco ó seis provincias gobernadas en otro tiempo por cinco ó seis diferentes principes? ¿Quién sino el ejército francés, y yo que estoy á su cabeza? Si yo hubiera querido, la Italia estaria hoy desmembrada, distribuida en suplementos, y una parte seria del papa, otra de los austriacos y otra de los españoles. A este precio, hubiera desarmado las potencias y conquistado para la Francia la paz del continente. ¿No ven los italianos que la constitucion de su nacionalidad empieza por un estado que comprende ya la tercera parte de toda la Italia? ¿No está su gobierno compuesto de italianos y fundado sobre los principios de la justicia, de la igualdad, de una libertad sabia, y en una palabra sobre los principios de la revolucion francesa? ¿qué quieren mas? ¿Puedo yo hacerlo todo en un dia?

Indudablemente en aquella circunstancia tenia Napoleon toda la razon de su parte contra la Italia. Sin él, la Lombardia hubiera satisfecho con sus restos, no solo al papa, sino al emperador de Alemania, á la España, á la casa de Cerdeña, y servido de equivalente para la reunion del Piamonte á la Francia, y aunque Napoleon, en verdad, hubiese trabajado en constituir la nacionalidad italiana por los intereses de la politica francesa, ¿no era un gran beneficio para los italianos esta misma exigencia de la referida politica? ¿No debian á esta politica la reunion de todos sus esfuerzos? y por otra parte, 22.000.000 anuales para mantener poco mas de treinta mil hombres, número ficticio, porque se necesitaban á lo menos sesenta mil, ¿era una

carga tan pesada, para un país que contenia las provincias mas ricas de Europa?

Por lo demas, Napoleon no se cuidaba mucho de las reclamaciones lastimeras del vice-presidente Melzi, y sabia que no debian tomarse al pie de la letra, porque el partido moderado, que era con el que gobernaba, abandonado por la nobleza y el clero que se inclinaban en general hácia el Austria y por los liberales imbuidos todos con ideas exaltadas, el partido moderado, decimos, sentia en su aislamiento cierta tristeza, y pintaba á propósito la situacion con colores sombríos; por lo mismo Napoleon no le hacia caso, y ocupado siempre de sustraer la Italia á la influencia austriaca, buscaba el medio de acomodar sus instituciones á las nuevas instituciones de la Francia.

La consagracion habia dado motivo á que se reuniesen en París el vice-presidente Melzi y algunos delegados de las diferentes autoridades italianas, los cuales entraron en conferencia con MM. Cambaceres, Marescalchi y Talleyrand, y quedaron conformes en todos los puntos, excepto en uno solo, que fué el subsidio que exigia la Francia, porque los italianos al paso que invocaban la ocupacion francesa, como su salvacion, no querian soportar los gastos que ocasionaba.

El archi-canciller Cambaceres tuvo en seguida el encargo de tratar con José Bonaparte la cuestion de su elevacion al trono de Italia, que, con gran asombro de Napoleon, rehusó José por dos motivos, uno muy natural y el otro en extremo presuntuoso. Declaró José que en virtud del



principio de la separacion de las dos coronas, y siendo una de las condiciones para subir al trono de Italia el renunciar del todo al de Francia, preferia quedar como príncipe francés con todos sus derechos de sucesion al Imperio. Esta pretension era tan natural como patriótica, pues como Napoleon no tenia hijos, preferia la lejana posibilidad de reinar un dia en Francia, á la certidumbre de reinar inmediatamente en Italia. El segundo motivo de negativa que dió José, era que el reino que se le ofrecia estaba demasiado inmediato y desde luego demasiado dependiente y no podria reinar sino bajo la autoridad del jefe del imperio francés, á cuyo precio no le convenia ocupar el trono. En esto daba desde luego una prueba de la mas loca vanidad al rehusar los consejos de un hombre como Napoleon, y al mismo tiempo mostraba la mas impolitica ingratitude, queriendo sustraerse á su poderio, porque á la cabeza de un estado italiano de nueva creacion, tender al aislamiento, era tender á la pérdida de la Italia y á debilitar la Francia á la vez.

Cuantas instancias se le hicieron fueron inútiles, y aunque su futura elevacion al trono se habia anunciado ya á todas las córtes que estaban en relacion con la Francia, como eran el Austria, la Prusia, y la Santa Sede, etc. Fué necesario variar de idea, y formar otra nueva combinacion. Conociendo Napoleon por esta última circunstancia que no debia crear en Lombardia una soberanía celosa, dispuesta á contrariar sus grandes proyectos, resolvió ceñirse á sí mismo la corona de hierro y calificarse EMPERADOR DE LOS

FRANCESES Y REY DE ITALIA. Una sola objeccion se le presentaba para este objeto y era la de aproximar demasiado la reunion del Piamonte á la Francia, pues en ello se esponia á herir profundamente al Austria y hacerla cambiar sus disposiciones pacificas por las belicosas de Mr. Pitt, que desde su vuelta á los negocios, trataba de aprovechar el rompimiento de las relaciones diplomáticas entre la Francia y la Rusia para anudar una nueva coalicion. Con el fin de evitar este inconveniente se propuso Napoleon declarar formalmente que la corona de Italia solo ceñiria sus sienes hasta la paz, en cuya época procederia á la separacion de las dos coronas, eligiendo entre los principes franceses, el que debiera sucederle. Por de pronto, adoptó á Eugenio de Beauharnais hijo de Josefina, y á quien amaba como si hubiese sido su propio hijo, y le confió el virreinato de Italia.

Ya decidido en llevar á cabo este pensamiento no se molestó mucho por obtener el beneplácito de Mr. Melzi, cuyas quejas demasiado infundadas, empezaban á incomodarle, porque descubria en él mucho mas deseo de grangearse una especie de popularidad, que intencion de trabajar de comun acuerdo en la coaституcion futura de Italia. MM. Cambaceres y Talleyrand fueron los encargados de comunicar estas resoluciones á los italianos presentes en Paris, y combinar con ellos los medios de ejecucion. Estos últimos manifestaron sus temores de que los tres grandes colegios permanentes, el de los *possidenti*, los *dotti* y los *commercianti*, á quienes estaba confiado el cuidado de elegir las autoridades, y modificar la constitucion



cuando hubiere demasiada necesidad, se resistiesen á cualquier otro proyecto que no fuese el de una monarquía lombarda, separada inmediatamente de la monarquía francesa, y que por toda resistencia no opusiesen la pereza italiana, sin acudir á votar ni en pró ni en contra. Pero Napoleón renunció en esta ocasión al empleo de formas constitucionales; obró como creador que habia hecho de la Italia lo que era, y que tenía todavía el derecho de hacer que se convirtiese en lo que juzgase útil. Mr. de Talleyrand le dirigió un informe, en el cual manifestaba que aquellas provincias dependientes, unas de la antigua república veneciana, otras de la casa de Austria, estas del duque de Módena, y aquellas de la Santa Sede, y reunidas por la conquista en un solo estado, dependian, como provincias conquistadas, de la voluntad del emperador de los franceses; que lo que les debía era un gobierno equitativo, adaptado á sus intereses, y fundado sobre los principios de la revolución francesa; pero que por lo demás podía dar á este gobierno la forma que mas conviniera á sus vastos proyectos. A esto seguía un decreto constitutivo del nuevo reino, decreto que debía ser adoptado por la Consulta de Estado, y los diputados italianos presentes en París, comunicado en seguida al senado francés, como uno de los grandes actos constitucionales del Imperio, y promulgado en una sesión imperial. Era necesario, sin embargo, que la Italia figurase algo en estas nuevas determinaciones, y por lo mismo se pensó en preparar para ella la escena de una coronación. Resolvióse sacar del tesoro de Monza la famosa corona de hierro de los reyes lombardos,

para que Napoleón la pusiera sobre su frente despues de haberla hecho bendecir por el arzobispo de Milan, conforme á la antigua usanza de los emperadores germánicos, que recibian en Roma la corona de Occidente, pero en Milan, la de Italia. Esta escena debía conmover á los italianos, despertar sus esperanzas, tranquilizar el partido de la nobleza y el clero, que sentia mas que todo en la dominación austriaca las formas monárquicas, y satisfacer al pueblo, siempre entusiasta del lujo de sus señores; porque este lujo, al mismo tiempo que encanta su vista, alimenta su industria. En cuanto á los liberales ilustrados, debían persuadirse por último, de que la asociación de los destinos de la Italia á los de la Francia, era lo único que podía asegurar su porvenir.

Se convino en que despues de la adopción del nuevo decreto, los diputados italianos, el ministro Marescalchi, y el gran maestro de ceremonias Mr. de Segur, pasarian á Milan antes que Napoleón, para organizar en aquella ciudad una corte italiana, y preparar las funciones de la coronación.

Mil rumores corrian en aquellos instantes entre la diplomacia europea, diciendo unos que Napoleón iba á dar la corona de Holanda á su hermano Luis, otros que preparaba la de Nápoles para José, y otros que iba á reunir Génova y la Suiza al territorio francés, y aun hubo personas que sostuvieron que Napoleón queria hacer papa al cardenal Fesch, y que hablaban ya de que la corona de España estaba reservada á un príncipe de la casa de Bonaparte. El odio de sus enemigos adivinaba algunos puntos de sus proyectos, ex-



geraba otros, le sugería aquéllos en que no se había atrevido á pensar, y los facilitaba ciertamente, preparando la opinion de la Europa. La sesion del Senado, para la promulgacion del decreto constitutivo del reino de Italia, debía responder á todas aquellas suposiciones verdaderas ó falsas, pero exageradas en aquel momento.

Antes de todo se reunió á los diputados italianos en Paris, se sometió á su juicio el decreto, al cual se adhirió por unanimidad, y despues se ordenó la sesion imperial para el 17 de marzo de 1805 (26 ventoso, año XIII). El emperador se presentó en el Senado á las dos, rodeado de todo el aparato de los soberanos constitucionales de Inglaterra y Francia, cuando celebran una sesion real. Recibióle á la puerta del palacio de Luxemburgo una numerosa diputacion y en seguida fué á sentarse en un trono, á cuyo rededor estaban colocados los principes, los seis grandes dignatarios, los mariscales y los grandes oficiales de la corona. Ordenó la comunicacion de los actos que debian formar el objeto de aquella sesion, y en su consecuencia Mr. de Talleyrand leyó su informe, y á continuacion el decreto imperial; una copia del mismo decreto en lengua italiana, que contenia la adhesion de los diputados lombardos, fué leida despues por el vice-presidente Melzi, luego el ministro Marescalchi presentó aquellos diputados á Napoleon, en cuyas manos prestaron juramento de fidelidad como al rey de Italia. Concluida esta ceremonia, Napoleon, sentado y cubierto, pronunció un discurso enérgico y conciso, como sabia hacerlos y de cuya tendencia se podrá juzgar fácilmente.

## SENADORES:

«Hemos querido en esta ocasion presentarnos entre vosotros, para manifestaros nuestro pensamiento sobre uno de los puntos mas importantes de la politica del estado.

«Hemos conquistado la Holanda, las tres cuartas partes de la Alemania, la Suiza y la Italia. Hemos sido moderados en medio de la mayor prosperidad. De tantas provincias no hemos conservado mas que lo necesario para mantenernos en el mismo punto de consideracion y de poder en que siempre ha estado la Francia. La particion de la Polonia, las provincias sustraidas á la Turquía y la conquista de las Indias y de casi todas las colonias, hubiera roto en detrimento nuestro equilibrio general.

«Todo cuanto hemos juzgado que no necesitaba restablecerse, lo hemos devuelto.

«La Alemania ha sido evacuada, sus provincias han vuelto á poder de los descendientes de tantas casas ilustres, que estaban para siempre perdidas, si no les hubiesemos concedido una generosa proteccion.

«El Austria misma, despues de dos guerras desgraciadas, ha obtenido el estado de Venecia, el cual hubiera tomado en cualquiera época y amigablemente en cambio de las provincias que ha perdido. ®

«No bien acabada de conquistar la Holanda, fué declarada independiente. Su reunion á nuestro imperio, hubiera sido el complemento de nuestro sistema comercial, porque los rios mas



caudalosos de la mitad de nuestro territorio desembocan en Holanda. Sin embargo la Holanda es independiente, y sus aduanas su comercio y su administracion, se rigen à voluntad de su gobierno.

«La Suiza estaba ocupada por nuestros ejércitos; la defendimos contra las fuerzas combinadas de la Europa. Su reunion hubiera completado nuestra frontera militar. No obstante, la Suiza se gobierna, segun el acta de mediacion, à voluntad de sus diez y nueve cantones, independiente y libre.

«La reunion del territorio de la república italiana al imperio francés, hubiera sido útil al desarrollo de nuestra agricultura; sin embargo despues de la segunda conquista, hemos confirmado en Lyon su independencian. Todavía mas hacemos hoy, que proclamamos el principio de la separacion de las coronas de Francia y de Italia, fijando para la época de esta separacion, el instante en que sea posible y sin peligro para nuestros pueblos de Italia.

«Hemos aceptado y ceñiremos à nuestras sienes esta corona de hierro de los antiguos lombardos, para refrescarla y asegurarla bien. Pero no vacilamos en declarar que transmitiremos esta corona à uno de nuestros hijos legítimos, sea natural ó adoptivo, el dia que cesen las alarmas sobre la independencian que hemos garantido à los demás estados del Mediterraneo.

«En vano intentará el genio del mal volver à encender la guerra en el continente; lo que haya sido reunido à nuestro imperio por las leyes constitucionales del estado, quedará reunido à él. No se incorporará ninguna otra provincia, pero las le-

yes de la república batava, el acta de mediacion de los diez y nueve cantones suizos, y este primer estatuto del reino de Italia, estará siempre bajo la proteccion de nuestra corona, y no consentiremos nunca que sufra la menor alteracion.»

Despues de pronunciar este discurso tan altivo y perentorio, recibió Napoleon el juramento de algunos senadores que acababa de nombrar, y volvió rodeado de la misma comitiva al palacio de las Tullerías. MM. de Melzi, Marescalchi y los demás italianos recibieron la orden de marchar à Milan, donde tenian que preparar los ánimos para la nueva solemnidad que acababa de quedar resuelta. El cardenal Caprara, legado del papa cerca de Napoleon, era arzobispo de Milan cuyo cargo habia aceptado solo por obediencia, pues era muy anciano, estaba consumido por las enfermedades, y despues de haber pasado muchos años de su vida en las córtes se hallaba mas dispuesto à renunciar al mundo, que à prolongar su permanencia en él. Sin embargo, tantas fueron las súplicas de Napoleon, que con el beneplácito del papa, salió para Italia con objeto de coronar en ella al nuevo rey, segun el antiguo uso de la iglesia lombarda. Mr. de Segur se puso tambien en camino inmediatamente con orden de apresurar todo lo posible los preparativos, pues Napoleon habia decidido salir en el mes de abril, y que su coronacion se verificase en el mes de mayo.

Esta escursion en Italia se acomodaba perfectamente con sus proyectos militares y aun les era de muy grande ayuda. Napoleon tuvo precision de esperar todo el invierno para que sus escuadras estuviesen prontas à salir de Brest, de Rochefort



y de Tolon. En enero de 1805 se cumplian ya cerca de veinte meses que estaba declarada la guerra marítima, porque el rompimiento con la Inglaterra fechaba desde mayo de 1803; y sin embargo las escuadras de alto bordo no habian podido ponerse á la vela; pues á pesar de que á la administracion no le faltó el vivo impulso de Napoleon, en la marina no se hace nada con prontitud, circunstancia que ignoran demasiado las naciones que aspiran á crear una marina poderosa. Sin embargo, fuerza es decir que las escuadras de Brest y de Tolon hubieran estado armadas mas pronto, si no se hubiera querido aumentar el número de sus buques. La de Brest ascendió de diez y ocho que tenia hasta veinte y un navios, y podía embarcar un material considerable, sin el recurso de los buques de transporte embargados al comercio. Cuando se concibió el proyecto de aparejar en invierno con tiempo fuerte, fué necesario renunciar á que sirviesen de acompañamiento buques de poca cabida, tan incapaces de seguir á los navios de línea, como de aguantar el remolque; por consiguiente hubo que echar mano de navios viejos de guerra, que se habian armado en fusta y cargado de hombres y materiales. Por este medio la escuadra podía salir toda completa, y en cualquier tiempo abordar á Irlanda, depositar en sus playas sus diez y siete mil hombres y su material y volver despues á la Mancha. En cuanto á lo demás, estuvo dispuesta en noviembre como se queria. La de Rochefort, compuesta de cinco navios y cuatro fragatas, conduciendo tres mil hombres, cuatro mil fusiles y diez mil libras de pólvora, estuvo tambien lista para la misma época; y solo las de Tolon cuyos

navios se habian aumentado desde ocho hasta once, exigió todo el mes de diciembre. El general Lauriston, ayudante de campo de Napoleon, tuvo orden de componer un cuerpo de seis mil hombres, perfectamente escogidos, con cincuenta bocas de fuego y pertrechos de sitio y embarcarlo todo á bordo de la escuadra de Tolon. Esta, como hemos dicho, debia al paso echar una division en Santa-Elena para apoderarse de esta isla, llegar al Surinam; recuperar las colonias holandesas, reunirse en seguida á la escuadra de Missiessy que por su parte deberia haber recorrido las Antillas francesas y devastado las inglesas, y ambas escuadras despues de haber llamado la atencion de los ingleses hacia la América y facilitado la salida de Ganteaume, tenian orden de volver á Europa. Ganteaume, cuyos preparativos estaban ya terminados, esperó todo el invierno que Missiessy y Villeneuve, saliendo de Rochefort y de Tolon, llevasen tras sí á los ingleses. Missiessy á quien faltaba viveza, pero no valor, salió el 11 de enero de Rochefort con una tempestad horrorosa, y pasando los estrechos ganó la alta mar, sin ser visto ni tropezado por los ingleses y se dirigió hacia las Antillas con cinco navios y cuatro fragatas, habiendo reparado en la mar las pequeñas averías que sufrieron sus buques. En cuanto á Villeneuve á quien el ministro Decrès comunicó una exaltacion facticia y de poca duracion, se desanimó desde el momento en que vió de cerca la escuadra de Tolon. Para formar once tripulaciones con ocho, fué necesario dividir las y por consiguiente debilitarlas, y se les habia completado con suficiente número de quintos sacados del ejército de tierra. Los



materiales empleados en Tolon no se habian elegido con mucho acierto, y se notó que los hierros, las jarcias y arboladuras se rompian facilmente; de modo que Villeneuve temia mucho y quizá demasiado, el peligro de oponerse con semejantes buques y tripulaciones á los navios enemigos ya prácticos, merced á un crucero de veinte meses; en una palabra, su alma estaba ya intimidada antes de haber salido al mar. Sin embargo, instigado por Napoleon, por el ministro Decrés y por el general Lauriston, se puso en disposicion de levar el ancla hácia los últimos dias de diciembre, si un viento enteramente contrario no le hubiera detenido en la bahía de Tolon hasta el 48 de enero. En este dia por fin habiendo cambiado el viento, aparejó y logró haciendo un rodeo falso, sustraerse á la vigilancia enemiga. Pero la noche trajo una fuerte tormenta y la inesperienza de las tripulaciones, unida á la mala calidad de los materiales, espusieron á nuestros buques á terribles accidentes. La escuadra se dispersó y á la mañana siguiente Villeneuve se encontró separado de cuatro navios y una fragata. A unos se les habian roto los mástelos, otros hacian agua y todos recibieron averias dificiles de reparar en la mar. Además de estas desgracias, dos fragatas inglesas observaban nuestra marcha, y el almirante temia tropezar con el enemigo en un momento en que no tenia mas que cinco navios para contrarestarle, por consiguiente se decidió á volver á Tolon, á pesar de haber navegado ya setenta leguas y de las instancias del general Lauriston, que contando todavia mas de cuatro mil hombres á bordo de los navios que habian quedado, queria que se le condujese á

su destino. Villeneuve volvió á Tolon el 27 y logró felizmente reunir en él toda su escuadra.

El tiempo no se perdió del todo, pues se empleó en reparar las averias sufridas y en apresurar el complemento de lo necesario para volver á hacerse á la vela. Pero el almirante Villeneuve quedó sumamente afectado, y así escribió al ministro el mismo dia de su vuelta á Tolon.—Os lo confieso, navios armados de este modo, débiles en marineros, atestados de tropas, con utensilios viejos ó de mala calidad, navios que el menor viento, rompe sus arboladuras ó desgarrá sus velas, y que cuando hay buen tiempo, tienen que ocuparlo en reparar las averias ocasionadas por el viento ó la inesperienza de sus marinos, es imposible que puedan emprender nada. Antes de mi salida llevaba un presentimiento y ahora acabo de hacer una prueba fatal (1).

Napoleon no pudo menos de sentir un notable disgusto cuando supo esta salida inútil.—¿Qué se ha de hacer, esclamó, con almirantes que á la primera averia se desaniman y piensan en volverse? Seria necesario renunciar á navegar y á emprender nada, aun en la mejor estacion si la separacion de algunos buques pudiese contrariar una operacion. Se deberia haber citado, añadía, á todos los capitanes de la escuadra á la altura de las Canarias, por medio de despachos sellados; las averias se hubieran reparado en el camino; si un buque hacia agua de un modo peligroso, se le hubiera dejado en Cádiz, trasladando su gente al

(1) Despacho del 1.º pluvioso, año XIII (21 de enero de 1805) á bordo del navio *Bucentauro*, en la bahía de Tolon.



navío *Aguila*, que estaba en aquel puerto pronto á hacerse á la vela. Algunos masteleros rotos, algunos desórdenes en una tempestad, son circunstancias muy ordinarias. Dos dias de un tiempo favorable hubieran reparado la escuadra y la hubieran vuelto á su mejor estado. *Pero el gran mal de nuestra marina está en que los hombres que la mandan son nuevos para todos los casos del mando* (1).

Por desgracia, habia pasado ya la época propicia para la expedicion de Surinam y era menester que Napoleón con su inagotable fecundidad, inventase otra combinacion. La primera, que consistia en trasladar al almirante Latouche desde Tolon á la Mancha, se frustró por la muerte de aquel gran marino; la segunda, que tenia por objeto hacer ir á los ingleses á los mares de América, al ver la escuadra de Villeneuve en Surinam y la de Missiessy en las Antillas, y aprovechar aquella circunstancia para enviar á Ganteaume á la Mancha, se frustró tambien por los atrasos de la organizacion, por los vientos y por una salida infructuosa, por consiguiente era necesario recurrir á otro plan. Una nueva pérdida, la del almirante Bruix, diferente de Latouche, pero su igual á lo menos en mérito, contribuia tambien á las dificultades de las operaciones navales. El desgraciado Bruix, tan notable por el carácter, la experiencia, y la fuerza de ingenio, acababa de espirar, victima de su celo y actividad por la organizacion de la escuadrilla. Si hubiera vivido, Napoleón lo hubiera puesto indudablemente á la cabeza de la escuadra

(1) Carta á Lauriston del 1.º de febrero, 1805.

encargada de efectuar la gran maniobra que meditaba. Hubiérase dicho que el destino conjurado contra la marina francesa, quiso arrebatárle en seis meses sus dos primeros almirantes, ambos capaces sin duda de medirse con los almirantes ingleses. Necesitábase, pues, hasta que los acontecimientos de la guerra hubiesen revelado nuevos talentos, resignarse á hechar mano de los almirantes Ganteaume, Villeneuve y Missiessy.

Un suceso grave ocurrió en aquellos momentos en los mares y modificó la situacion de las potencias beligerantes. La Inglaterra declaró la guerra de un modo imprevisto é injusto á la nacion española. Hacia algun tiempo que conoció que la neutralidad de España, sin ser benéfica á la Francia, le era sin embargo útil bajo muchos conceptos. La escuadra francesa estacionada en el Ferrol, se reparaba mientras se le levantaba el bloqueo. El navío *Aguila* hacia otro tanto en Cádiz, y los corsarios franceses entraban en los puertos de la península para venderen ellos sus presas. La Inglaterra tenia derecho á gozar de las mismas ventajas á causa de la reciprocidad; pero preferia privarse de él con tal de quitársela á la Francia; y en consecuencia anunció á la corte de Madrid que consideraba como una violacion de la neutralidad lo que sucedia en los puertos de la península, y la amenazó con la guerra si seguian armándose en ellos los navíos franceses, y si los corsarios encontraban en ellos un asilo y un mercado á sus presas; y exigió además que Carlos IV garantizase el Portugal contra toda tentativa de parte de la Francia. Esta última exigencia era exorbitante, y traspasaba el limite de neutra-



lidad en que queria que se encerrase la España. Sin embargo, la Francia permitió que la corte de Madrid se mostrase complaciente con la Inglaterra, y aun dejó para mas adelante una parte de sus exigencias, con objeto de prolongar un estado de cosas que nos convenia. En efecto, la cooperacion militar de España no podia equivaler para nosotros á un subsidio de 48.000,000 anuales, y este subsidio no podia pagarse sin la neutralidad, que era la que permitia la llegada del metálico del Nuevo Mundo, por consiguiente, se estaba á punto de convenir en todo; pero la Inglaterra, mas exigente cuanto mas se cedia á sus pretensiones, pidió que inmediatamente cesase el armamento en todos los puertos españoles, queriendo dar á entender con esto que era necesario que los navios franceses saliesen inmediatamente del Ferrol, es decir, entregárselos. Por último, violando abiertamente el derecho de gentes, mandó sin intimacion anterior, apresar todos los navios españoles que se encontrasen en la mar. Si se piensa que semejante orden no tenia otro objeto que apoderarse de los buques procedentes de América, cargados de plata y oro, se podrá calificar justamente de verdadera piratería. En aquel momento cuatro fragatas españolas, que conducian 12.000,000 de pesos, se hacian á la vela en Méjico hácia las costas de España, cuando fueron detenidas por un crucero inglés, y habiéndose negado el oficial español á entregar sus buques, fué bárbaramente atacado por una fuerza mil veces mas superior, y hecho prisionero despues de una defensa heroica. Una de las cuatro fragatas se voló, y las otras tres fueron

conducidas á los puertos de la Gran Bretaña.

Este acto odioso escitó la indignacion de España y el vituperio de la Europa entera. Sin vacilar un momento, Cárlos IV declaró la guerra á la Inglaterra, y mandó al mismo tiempo el arresto de los ingleses que se hallasen en la península, y el secuestro de todas sus propiedades, para garantizar los bienes y personas de los comerciantes españoles.

De este modo, á pesar de su apatia, á pesar de las hábiles gestiones de la Francia, la corte de España se vió por fuerza arrastrada á la guerra por las violencias marítimas de la Inglaterra.

No pudiendo ya Napoleon exigir el subsidio de los 48.000,000, se apresuró á convenir en el modo en que la España cooperarse á las hostilidades, y sobre todo procuró inspirarle resoluciones dignas de ella y de su antigua grandeza.

El gabinete español que deseaba complacer á Napoleon y animado tambien por un sentimiento de justicia hacia el mérito, habia elegido al almirante Gravina para embajador en Francia, cuyo almirante era el primer oficial de la marina española, y hombre que bajo un aspecto sencillo ocultaba una inteligencia extraordinaria y el mas intrépido valor; así que Napoleon se habia aficionado mucho al almirante Gravina y éste á Napoleon. Por los mismos motivos que le valieron el nombramiento de embajador, fué encargado del mando en gefe de la marina española, y antes que saliese de Paris, se le ordenó que concertase con el gobierno francés, el plan de las operaciones navales. Con este objeto, firmó el almirante el 4 de enero de 1805, un convenio que especificaba



la parte que cada una de las dos potencias debía tomar en la guerra. La Francia se comprometía á mantener constantemente en el mar cuarenta y siete navíos de línea, veinte y nueve fragatas, catorce corbetas y veinte y cinco bergantines, y á apresurar cuanto le fuese posible la conclusion de los diez y seis navíos y catorce fragatas existentes en los talleres; á reunir las tropas que quedarían acampadas cerca de los puertos de embarque, en la proporción de quinientos hombres por navío y doscientos por fragata; y por último, á mantener una escuadrilla francesa siempre en estado de trasportar noventa mil hombres, sin comprender los treinta mil destinados á embarcarse en la escuadrilla holandesa. Si se valúa por el número de navíos y fragatas la fuerza de la escuadrilla, y se añade á la escuadra francesa de alto bordo, puede decirse que teníamos en realidad, un total de sesenta navíos y cuarenta fragatas en la mar.

Por su parte prometía la España armar inmediatamente treinta y dos navíos de línea provistos para cuatro meses de agua y seis de viveres, cuya repartición era la de quince navíos en Cádiz, ocho en Cartagena y nueve en el Ferrol. Próximo á los puntos de embarco debían reunirse tropas españolas á razón de cuatrocientos cincuenta hombres por navío, y doscientos por fragata. Además debía estar preparada de medios de trasporte para buques de guerra armados en fusta, en la proporción de cuatro mil toneladas en Cádiz, dos mil en Cartagena y otro tanto en el Ferrol. Habíase convenido que el almirante Gravina tendría el mando superior de la escuadra española, y tendría cor-

respondencia directa con el ministro francés Decrès, es decir, que recibiría sus instrucciones del mismo Napoleon, no pudiendo avergonzarse el honor español de semejante dirección. A estas estipulaciones militares acompañaban algunas estipulaciones políticas. El subsidio cesaba naturalmente desde el día en que comenzaron las hostilidades de Inglaterra contra España; además las dos naciones se comprometían á no concluir la guerra separadamente, y por último la Francia se ofrecía á hacer devolver á España la colonia de la Trinidad, y aun Gibraltar si la guerra tenía por término algún triunfo brillante.

El compromiso que había contraído la corte de Madrid era muy superior á sus medios, pues en vez de treinta y dos navíos, veinte y cuatro medianos era cuanto podía armar, aunque ocupados por gente bizarra, por consiguiente si se calcula el total de las fuerzas de la Francia, de la España y de Holanda se puede considerar que las tres naciones reunían cerca de noventa y tres navíos de línea, de los cuales sesenta pertenecían á Francia, veinte y cuatro á España y ocho á Holanda. Sin embargo, si se cuenta la escuadrilla por quince navíos, queda reducida á setenta y siete la fuerza efectiva de la escuadra de alto bordo de las tres naciones. Los ingleses tenían ochenta y nueve perfectamente armados, tripulados y en todo superiores á los de los aliados, y se preparaban á aumentar el número hasta ciento, por consiguiente la ventaja estaba de su parte, y no podrían ser vencidos sino por la superioridad de las combinaciones que no han



tenido nunca con mucho en la mar la influencia que en tierra.

Por desgracia España, en otro tiempo tan rica en marina, y tan interesada todavía en serlo, á causa de sus vastas colonias, se encontraba como hemos dicho tantas veces, en una completa desnudez. Sus arsenales estaban abandonados y no contenian ni maderas, ni cañones, ni hierro, ni cobre. Los magníficos establecimientos del Ferrol, Cádiz y Cartagena estaban vacíos y desiertos, pues ni tenían materiales ni trabajadores. Los marineros, poco numerosos en España desde que su comercio quedó reducido al transporte de efectos metálicos, escaseaban ahora mas á consecuencia de la fiebre amarilla que devastaba todo el litoral, y que les habia hecho huir al extranjero ó al interior; si á esto se añade una grande escasez de granos y una penuria en la hacienda, aumentada por el reciente robo de las fragatas mejicanas, se tendrá una idea, y no muy exacta, de todas las miserias que afligian á esta potencia, tan grande en un tiempo, y tan deplorablemente decaída en aquella sazón.

Napoleon, que tan poco atendidos consejos le habia dado durante la última paz, para que consagrarse á lo menos una parte de sus recursos á la reorganización de la marina, quiso, aunque sin esperanza de buen éxito, hacer el último esfuerzo cerca de esta corte, y así, en vez de emplear las amenazas, como hizo en 1803, trató de halagarla y animarla en lo posible. Habia llamado al mariscal Lannes de Portugal para ponerse á la cabeza de los granaderos, que habian de ser los primeros que desembarcasen en Inglaterra, y ha-

bia mandado al general Junot que reemplazase en Portugal á Lannes. El general Junot era muy querido de él porquè tenia talento natural, y aunque su carácter era demasiado ardiente, su adhesión era sin límites, y á éste le mandó pasar á Madrid para ver al príncipe de la Paz, á la reina y al rey. Junot debía picar el honor del príncipe y darle á conocer que tenia en sus manos la suerte de la monarquía española, y podia hacer ó bien el papel de un favorito despreciable y aborrecido, ó el de un ministro que aprovechaba el favor de sus señores para realzar el poder de su patria. Junot estaba autorizado para prometerle toda la benevolencia de Napoleon, y aun un principado en Portugal si servia con celo la causa comun y procuraba dar una actividad suficiente á la administración española. El enviado de Napoleon debía ver en seguida á la reina, declararle que se sabia en Europa su influencia en el gobierno, es decir, sobre el rey y sobre el príncipe de la Paz; que su honor personal estaba interesado, tanto como el de la monarquía en que se hiciesen los mayores esfuerzos y obtuviesen los posibles triunfos; que si el poderio español no se reanimaba en aquella ocasión, ella, reina omnipotente como era, seria personalmente responsable á los ojos del mundo y de sus hijos de los desórdenes que hubiesen debilitado y arruinado la monarquía; por último, Junot debía usar cuantos medios juzgase oportunos para despertar en aquella princesa algunos buenos sentimientos. En cuanto al rey, no habia nada que hacer para inspirárselos, porque los tenia excelentes; pero el débil monarca era incapaz de aten-



cion y de voluntad, embrutecido como estaba en la caza y trabajos mecánicos.

Junot tenia orden de permanecer en Madrid, antes de pasar a Portugal, y presentarse como embajador extraordinario, para tratar de reanimar un poco esta degenerada corte.

Tratábase ahora de dar el mejor empleo posible á los recursos de las tres naciones marítimas, Francia, España y Holanda. El proyecto de conducir de improviso una parte mas ó menos importante de estas fuerzas navales á la Mancha, proyecto modificado ya dos veces, ocupaba sin cesar á Napoleón; pero una idea grande y repentina le distrajo de él un momento.

Recibia Napoleón con frecuencia informes del general Decaen, comandante de las escalas francesas en la India, retirado á la isla de Francia desde la renovacion de la guerra, y que de acuerdo con el almirante Linois, causaba grandes estragos al comercio británico. El general Decaen, que tenia un genio ardiente y capaz para mandar de lejos, en una situacion independiente y peligrosa, habia entablado relaciones con los maharrattos, que aun no estaban del todo sometidos. Habíase proporcionado curiosos informes sobre las disposiciones de aquellos principes recientemente vencidos, y se persuadió de que seis mil franceses desembarcando con un material de guerra suficiente, pronto apoyados por una masa de insurgentes impacientes por sacudir el yugo, podrian equilibrar el imperio británico en la India. Napoleón fué, como podremos recordar, quien en 1803, indicó esta senda al general Decaen y éste se lanzó á ella con ardor; pero no era un encuentro

arriesgado lo que queria intentar Napoleón; para emprender algo, era menester que fuese una grande expedicion digna de la de Egipto, y capaz de privar á los ingleses de la importante conquista que formaba en el presente siglo, su grandeza y su gloria. La distancia hacia que esta expedicion fuese mucho mas difícil que la de Egipto; pues si trasladar en tiempo de guerra, treinta mil hombres desde Tolon á Alejandria, es ya una operacion considerable, llevarlos á la costa de la India, doblando el cabo de Buena Esperanza, era una empresa gigantesca. Juzgaba Napoleón, apoyándose en su propia esperiencia, que como en la inmensidad del mar son muy difíciles los encuentros, se puede con algun ingenio aventurar los mas atrevidos movimientos y lograr, sin tropezar en el camino con un enemigo muy superior en número, el objeto propuesto. Así fué como en 1798 pasó por medio de las escuadras inglesas con algunos centenares de velas y un ejército entero, tomó á Malta y abordó á Alejandria sin que Nelson le hubiera encontrado. El éxito de semejantes empresas exigia un secreto profundo y mucho arte para burlar al almirantazgo británico, siéndole esto último sumamente fácil, pues teniendo nuestras tropas reunidas y prontas á embarcarse en todos los puntos donde tenia escuadras, en Tolon, Cádiz, el Ferrol, Rochefort, Brest y en el Texel, estaba siempre en disposicion de hacer salir un ejército sin que los ingleses lo notasen ni pudiesen adivinar qué fuerza y direccion llevaba. El proyecto tenia la utilidad de que dirigida siempre la atencion del enemigo hacia este objeto, debía estar siempre en la espec-



tativa de una expedicion contra la Irlanda ó contra las costas de Inglaterra; por consiguiente la ocasion favorecia el intentar una de aquellas expediciones extraordinarias que Napoleon concebía y resolvía con tanta rapidez. Pensaba, por ejemplo, que arrebatár la India á los ingleses tenia unos resultados tan grandes, que por este medio podria consentirse en diferir todos sus demás proyectos, incluso el del desembarco; y estaba dispuesto á consagrarle todas sus fuerzas navales. Hé aquí sus cálculos sobre este particular. Tenia en los puertos de armamento, además de las escuadras prontas á hacerse á la vela, una reserva de buques viejos poco á propósito para la guerra activa. Tenia también en las tripulaciones, además de buenos marineros, novicios muy jóvenes ó quintos, trasportados muy recientemente á bordo de los navios; y sobre esta doble consideracion estableció su plan. Quería unir á una cierta cantidad de navios nuevos todos los que estaban fuera de servicio, pero que pudiesen todavia hacer una travesía; quería armarlos en fusta, es decir, despojarlos de la artillería, sustituir esta carga con una gran masa de tropas, completar las tripulaciones con hombres de todas clases habidos en los puertos franceses, y de esta manera espedir desde Tolon, Cádiz, Ferrol, Rochefort y Brest, diferentes escuadras, que sin llevar tras sí un solo buque de transporte, pudieran desembarcar en la India un ejército considerable. Proponíase hacer salir de Tolon trece navios y de Brest veinte y uno, cuya mitad estaria compuesta de buques viejos, y añadir á estos treinta y cuatro navios, unas veinte fragatas, tomando diez de ellas de las que estaban

fuera de servicio. Estas dos escuadras, saliendo casi al mismo tiempo, y con cita á la isla de Malta, podrian llevar cuarenta mil hombres entre soldados y marineros. A su llegada á la India deberian abandonar los buques que estuviesen en mal estado, no conservar sino los aptos para navegar, esto es, quince navios de los treinta y cuatro; y diez de las veinte fragatas, y hacer dos divisiones en las tripulaciones, á saber: todos los buenos marineros se destinarian á los buques conservados, y los marineros medianos, pero á propósito para soldados, se distribuirian en los cuadros y servirian para completar el ejército de desembarco. Suponia Napoleon que se necesitarian cerca de catorce ó quince mil marineros para armar bien los quince navios y diez fragatas destinadas á volver á Europa; por consiguiente deberian quedar en la India veinte y cinco ó veinte y seis mil hombres de tropa, de los cuarenta mil entre soldados y marineros que habian salido de Europa, y volver con una escuadra de quince navios excelentes bajo todos conceptos, por la calidad de los buques, la eleccion de los hombres y la esperiencia adquirida en tan larga navegacion. De este modo no se hubieran perdido, con respecto á la marina, mas que cascos fuera de servicio ó reatas de tripulacion y se habria dejado en la India un ejército mas que suficiente para vencer á los ingleses, sobre todo, mandado por un hombre tan emprendedor como el general Decaen. ®

Napoleon se proponia además hacer salir tres mil franceses en la escuadra holandesa del Texel, dos mil en una nueva division que se organizaba en Rochefort, y cuatro mil españoles en la escua-



dra española de Cádiz, lo cual formaba un refuerzo de nueve mil hombres, que hacia ascender á cerca de treinta y cinco ó treinta y seis mil soldados el ejército del general Decaen, y con semejante fuerza es mucho mas probable que la India, apenas sometida todavía, hubiese destruido el poder británico. En cuanto á la travesía, cualquiera cosa era mas probable que un encuentro con los ingleses. Hubiera sido muy difícil salvarse de ellos si la escuadra de guerra hubiera necesitado que la siguiesen algunos cientos de buques de transporte, pero los navios y fragatas viejos armados en fuste, permitian no recurrir á este medio, y el proyecto reposaba sobre el principio de sacrificar la parte mediana ó mala de la marina, tanto en personal como en material y resignarse á que no volviese mas que la parte escelente, pues á este precio, se obraba el milagro de trasladar á la India un ejército de setenta y seis mil hombres. Por lo demás el sacrificio no era tan grande como podia parecer, porque no hay marino que no sepa que tanto en mar como en tierra y particularmente en mar, la cualidad de las fuerzas lo hace todo, y que mas se hace con diez buenos navios, que con veinte medianos.

Este proyecto era el aplazamiento momentáneo del desembarco; pero era posible que favoreciese su ejecucion de una manera extraordinaria, porque pasado algun tiempo, los ingleses, noticiosos de la salida de nuestras escuadras correrian tras ellas, y despejarian los mares de Europa, mientras que la escuadra volviendo de la India con quince navios y diez fragatas, podria aparecer en el estrecho, donde Napoleon, siempre dispuesto

cuando se presentase la ocasion, podria aprovechar el menor favor de la fortuna. Verdad es que esta última parte de la combinacion suponía una felicidad doble; felicidad en el viage de ida á la India y felicidad en el viage de vuelta, y es menester confesar que la fortuna raras veces acompaña á un hombre por grande que sea, á tan alto punto. Por espacio de cuatro semanas estuvo Napoleon suspenso entre la idea de enviar aquella expedicion á las Indias, y la de salvar el paso de Calais. La caída del imperio inglés en las Indias le parecia de un resultado tan considerable, que esperaba evitar por ese medio la esposicion de su persona y de su ejército en una tentativa tan peligrosa como el desembarco. Asi es que pasó un mes entero en vacilar entre las dos combinaciones, y su correspondencia testifica la fluctuacion de su espíritu entre aquellas dos empresas extraordinarias.

Sin embargo la expedicion de Boloña alcanzó la primacia, pues consideró Napoleon este golpe como mas pronto, mas decisivo y casi tan infalible si una escuadra francesa llegaba de improviso á la Mancha, y en este supuesto comenzó su mente á trabajar de nuevo é imaginó una tercera combinacion mas grande, mas profunda y todavía mas plausible que las dos anteriores, para reunir, á hurto de los ingleses, todas sus fuerzas navales entre Douvres y Boloña.

Su plan se decidió en los primeros dias de marzo, y en consecuencia se espidieron las órdenes necesarias. Consistía como el de Surinam, en distraer á los ingleses hacia las Indias y las Antillas, donde la escuadra del almirante Missiessy, que



salió el 11 de enero, les llamaba ya la atención; y luego en volver inmediatamente á los mares de Europa, con una reunion de fuerzas superior á cualquiera escuadra inglesa. Este era en parte el proyecto del mes de diciembre anterior, pero ensanchado y llevado á su complemento con la reunion de las fuerzas de España. El almirante Villeneuve debia partir al primer viento favorable, pasar el estrecho, tocar en Cádiz y hacer que se le incorporase Gravina con seis ó siete buques españoles, y además el navío francés llamado el *Aguila*, trasladándose despues á la Martinica, para reunirse con Missiessy, si se hallaba allí todavía, y esperar un refuerzo mas importante que todos los demás. Este refuerzo debia venir de parte de Ganteaume, quien aprovechando la primera racha de viento de equinocio que alejase á los ingleses, debia salir de Brest con veinte y un buques escogidos entre los mejores de aquel arsenal, marchar hacia el Ferrol, reunirse con la division francesa que estaba haciendo escala en dicho puerto, así como con la española que estubiese dispuesta para hacerse á la vela, y dirigirse á la Martinica, donde le esperaba Villeneuve. Verificada esta reunion general, que presentaba pocas dificultades en la realidad, debia haber en la Martinica doce navios al mando de Villeneuve, seis ó siete al de Gravina, cinco al de Missiessy, veinte y uno al de Ganteaume, y además la escuadra franco-española del Ferrol, es decir de cincuenta á sesenta navios, fuerza enorme, cuya concentracion nunca se ha visto en ningun tiempo, ni en mar alguno. Tan completa era aquella vez la combinacion, tan bien calculada, que debia

causar en el animo de Napoleon una verdadera exaltacion de esperanza, y hasta el ministro Dederés convenia en que presentaba mayores probabilidades de buen éxito. En Tolon siempre se podia aparejar con el auxilio del *maestral*, como lo probaba la última salida de Villeneuve; reunirse en Cádiz con Gravina, era fácil si se lograba enganar á Nelson, porque todavía no habian creído los ingleses de utilidad bloquear aquel puerto, y considerando ya entonces la escuadra de Tolon de diez y siete ó diez y ocho navios, estaba casi segura de llegar á la Martinica; como que Missiessy acababa de tocar en ella sin encontrar otra cosa que buques de comercio, á los cuales apresó. El punto mas difícil era salir de la rada de Brest; pero podia contarse con que en marzo habria alguna racha de viento de equinocio, y cuando Ganteaume llegase al Ferrol, puerto que solo estaba bloqueado por cinco ó seis navios ingleses, como él tenia veinte y uno, debia quitarles la idea de entrar en combate, hacer que se le reuniesen sin riesgo alguno la division francesa, mandada por el almirante Gourdon, y los buques españoles que estuviesen listos, y dirigirse en seguida hacia la Martinica. No podia ocurrirse á los ingleses que nosotros pensáramos reunir en un punto como la Martinica, cincuenta ó sesenta navios á un tiempo, y era probable pusieran las nientas en la India; pero en todo caso, una vez reunidos Ganteaume, Gourdon, Villeneuve, Gravina y Missiessy, como las escuadras inglesas que encontraran tendrian cuando mas doce ó quince buques, no querrian desafiar á cincuenta, y era seguro el regreso á la Mancha. De este modo po-

*Biblioteca popular.* T. V. 964



dian hallarse reunidas todas nuestras fuerzas entre las costas de Inglaterra y Francia, en el momento en que las flotas navales de Inglaterra hiciesen rumbo hacia Oriente, América ó la India; combinacion grande, pero realizable, aunque su ejecucion fué mediana, segun demostraron los sucesos bien pronto.

Por supuesto que todo se dispuso de modo que el plan no se trasluciese, pues ni aun siquiera se confió el secreto á los españoles, quienes se habian comprometido á obedecer con docilidad lo que mandase Napoleon. Solo debian saberlo Villeneuve y Ganteaume, pero no al tiempo de hacerse á la vela, sino en el mar, cuando no pudieran hablar con los de tierra. Entonces debian abrir á cierta latitud unos pliegos cerrados que llevaban, y en los cuales se les decia qué marcha debian seguir; y tampoco se hallaba iniciado en el secreto de la empresa ninguno de los capitanes de navío, á quienes se previno que si se separaban de la escuadra por cualquier incidente, fuesen á reunirse en este ó el otro punto, y nada mas. Ninguno de los ministros, exceptuando el almirante Decrés, sabia el plan, y á este se le mandó se entendiese directamente con Napoleon, escribiendo los partes de su puño y letra, á lo cual hay que añadir que se esparció por todos los puertos la voz de que se preparaba una expedicion á la India; que se fingió iban á ser muchas las tropas embarcadas, cuando apenas debia llevar á su bordo la escuadra de Tolon tres mil hombres, y la de Brest seis mil ó siete mil; y, por último, que se dió orden á los almirantes de que dejasen la mitad de es-

ta fuerza en las Antillas para reformar las guarniciones, y trajesen á Europa cuatro ó cinco mil soldados de los mejores, para incorporarlos con los de la expedicion proyectada en Boloña.

De este modo debian de estar desembarazadas las escuadras y moverse con facilidad: por lo demás, tenian víveres para seis meses á fin de poder permanecer en la mar bastante tiempo, sin tener que hacer escala en parte alguna, y se enviaron correos gabinetes al Ferrol y Cádiz con orden de que se dispusiesen á partir, y siempre estuvieran en estado de levar anclas por que podian ser bloqueadas de un momento á otro por una escuadra aliada, sin decir cuál seria esta ni cómo atacarían.

A todas estas precauciones que tenian por objeto engañar á los ingleses, hay que agregar otra de no menos importancia, cual era el viage de Napoleon á Italia. Suponiendo que si sus escuadras salian á fines de marzo, emplearian el mes de abril en trasladarse á la Martinica, el mes de mayo en reunirse, y el de junio en regresar, estarian en la Mancha para principios de julio, determinó permanecer todo este tiempo en Italia pasando revistas, dando funciones y ocultando sus profundos designios bajo la apariencia de una vida disipada y suntuosa, y luego en el momento indicado, partir de secreto y en posta, trasladarse en cinco dias desde Milan á Boloña, y mientras que creyesen se hallaba todavia en Italia, dar á Inglaterra el golpe con que la estaba amenazando hacia tanto tiempo.

Habia dicha nacion esperado en valde tantas veces en el espacio de dos años ese golpe, que



empezaba á no darle crédito, y la Europa lo tenia por una ficcion forjada para mantener en continua agitacion á la Gran Bretaña y obligarla á consumir sus fuerzas inútilmente, pero mientras quese entregaban á semejante pensamiento, Napoleon habia ido aumentando el ejército del Océano, tomando de los depósitos los soldados necesarios para engrosar los batallones de guerra, y cubriendo con la conscripcion de aquel año el vacío que resultaba en los depósitos. Gracias á esto el ejército de Boloña recibió un refuerzo de cerca de treinta mil hombres, sin que nadie supiese una palabra, y tenia á dicho ejército en tanto movimiento que no podia conocerse á quanto ascendia, afirmándose por lo mismo todos en la opinion de que todo aquello no era mas que una ostentacion de fuerza para alarmar á Inglaterra.

Dispuestas así las cosas, con la resolucion mas firme de intentar la empresa y una conviccion profunda de que tendria buen éxito, Napoleon se preparó á marchar á Italia. El papa habia permanecido en Paristodo el invierno, pues aunque en un principio pensó ponerse en camino á mediados de febrero para regresar á sus estados, nevó mucho y abundante en los Alpes, siendo esto un motivo para que se detuviese mas tiempo; y así sucedió, pues tanto le instó Napoleon que el santo padre cedió, consintiendo en retardar su marcha hasta mediados de marzo.

No sentia Napoleon que la Europa viese lo mucho que iba prolongándose aquella visita, ni la intimidad cada vez mayor que reinaba entre él y Pio VII, y queria conservarle á su lado mien-

tras que los agentes franceses hacian en Milan los preparativos de una segunda coronacion, por que las córtes de Nápoles, Roma, y aun Etruria, no veían sin pesar la creacion de un vasto reino francés en Italia, y si el papa se hubiese hallado en el Vaticano asediado por toda clase de sujeciones, quizá él tambien se hubiera mostrado poco favorable al proyecto de Napoleon.

Pio VII, adquirió suma confianza para con Napoleon, y acabó por confesarle sus ocultos designios, diciéndole que estaba encantado de las distinciones que le habia dispensado y dispensaba, porque estas distinciones redundaban en provecho de la religion, del bien que al parecer habia causado su presencia, y aun del que estaba haciendo el emperador en Francia para ver de secundar la restauracion del culto. Pero por muy santo que fuese Pio VII, era hombre, era príncipe, y aunque el triunfo de los intereses espirituales le llenase de satisfaccion, no por eso olvidaba los intereses temporales de la Santa Sede, que se hallaban en mucha decadencia de resultas de la pérdida de las Legaciones. Cuando entró en Francia llevaba consigo seis cardenales, uno de los cuales murió en Lyon, que fué el cardenal Borgia; los demas, y especialmente los cardenales Antonelli y di Pietro, eran del partido ultramontano y muy contrarios al cardenal Caprara que tenia demasiadas luces y saber para que les conviniera. Así es que indujeron al papa á que ocultase al referido cardenal los pasos que daba; y eso que como legado que era, debia enterarse de todas las negociaciones que se entablaran en Paris; pero de seguro no les hu-



biera enseñado un medio de salir adelante en sus proyectos, porque todo lo que podía hacerse en favor de la iglesia, lo hacia Napoleon espontáneamente y sin que nadie le instase. Sin embargo, el personaje en cuestion los hubiera disuadido de que hiciesen tentativas inútiles, siempre dignas de sentirse porque la mayor parte de las veces son causas de indisposicion.

Lo primero que hicieron fué ponerse á dogmatizar con Napoleon acerca de las cuatro proposiciones de Bossuet, cuya anulacion prometió Luis XIV, según decian poco antes de morir, y aunque Napoleon estuvo muy moderado en cuanto á la forma, se mantuvo inflexible en el fondo, dejando ver que nada debian de esperar con respecto á la revocacion de los famosos artículos orgánicos.

Quedaba el modo de ejecutarlos, y como se mostrase dispuesto á oír las observaciones que quisieran hacerle sobre este punto, le hablaron en primer lugar de la jurisdiccion que egercian los obispos para con los eclesiásticos, jurisdiccion de que ya le habia hablado muchas veces, y que al papa no le parecia bastante completa.

De acuerdo Napoleon en esta parte con Mr. Portalis, contestó que todo delito espiritual perteneceria á la jurisdiccion eclesiástica; pero que los tribunales ordinarios seguirian conociendo de los delitos civiles, esto es, los que atentasen contra la ley civil, pues los sacerdotes eran ciudadanos, y como tales estaban sujetos á la ley comun. En seguida se habló de los seminarios, de que el número de los ministros del culto era demasiado corto, y por último, del estado en que se halla-

ban los edificios religiosos, descuidados hacia veinte años, y que iban desmoronándose, sosteniendo los cardenales que se necesitaban 38.000,000 al año para subvenir á las necesidades del culto, mientras que en el presupuesto del estado solo figuraban 13, ó lo que es lo mismo 25 menos: á esto contestó Napoleon enumerando lo que habia hecho y lo que iba á hacer todavía á proporcion que fuesen en aumento las rentas del estado. En seguida conferenciaron acerca de varias otras cosas que nada tenian que ver con los artículos orgánicos y su ejecucion, pero especialmente del divorcio permitido según nuestras leyes modernas, y Napoleon siempre de acuerdo con Mr. Portalis, dijo que los legisladores habian creído indispensable el divorcio para corregir ciertos desórdenes que se advertian en las costumbres, mas los sacerdotes se hallaban en la necesidad de negar la bendiccion religiosa á los que despues de haberse divorciado quisieran volver á contraer matrimonio; que por lo mismo no se violentaba la conciencia de los sacerdotes, y por otra parte esto no era un asunto atentatorio al dogma, puesto que el divorcio existió en la iglesia antigua. Tambien se habló de que á pesar de haberse restablecido el almanaque Gregoriano, el pueblo no observaba por lo general los domingos y fiestas de guardar, á lo cual respondió Napoleon que ya á fines del siglo último, como las costumbres pueden mas que las leyes, se relajaron algun tanto, y que algunas veces antes de la revolucion se veia trabajar el domingo á los jornaleros de las ciudades; que las penas que sobre esto se impusiesen no servian tanto como los egemplos; que el gobierno procu-



raria darlos buenos, haciendo que los trabajadores que el estado tenia á jornal no trabajasen los dias de fiesta; que la gente del campo guardaba fielmente el domingo, siendo la de las grandes poblaciones la única que faltaba en esta parte á los preceptos religiosos; que obligar á los jornaleros de las ciudades y villas á que permaneciesen ociosos era lo mismo que decirles que empleasen en emborracharse y cometer toda clase de vicios el tiempo robado al trabajo, además del inconveniente de tener que hacer uso de la ley penal, y que por lo demás el gobierno haria cuanto permitiese hacer una política religiosa, pero prudente.

Después se trató de la educación, solicitando el papa se concediese al clero facultades para vigilar las escuelas; pero Napoleón contestó que habia en los liceos capellanes escogidos entre los sacerdotes que profesasen las mismas doctrinas que la iglesia, sacerdotes que serian de hecho inspectores eclesiásticos de las casas de educación, pudiendo designar á sus obispos lo que fuese de desear para mejorar la enseñanza religiosa, pero que no habria en los establecimientos de educación otra autoridad que la del estado. También se dijo algo de los obispos que se hallaban en desavenencia con la Santa Sede, conviniendo en que se les haria entrar de grado ó por fuerza en la senda pacífica á que Napoleón queria atraer á todo el clero. La serie de cuestiones de interés espiritual terminó con la discusión de un proyecto que nunca olvidará la corte de Roma, á saber: el de conseguir que se declarase religion dominante en Francia la religion católica; pero Napo-

leon se mantuvo inflexible diciendo que era la dominante de hecho, puesto que era la que profesaba la monarquía de los franceses, y el soberano, y porque en los grandes actos del gobierno, como por ejemplo, la toma de posesion de la corona, siempre intervenia la religion católica con su pompa y su boato.

Por el contrario, una declaracion de tal especie era capaz de alarmar á todos los cultos heréticos, cuando lo que él queria era que todos viviesen en paz aunque solo se habia propuesto restablecer el católico, pero no para que su restablecimiento redundara en perjuicio de la tranquilidad de las demás religiones existentes.

Al fin llegó lo mas esencial, lo que interesaba á Roma mas que todos los puntos de disciplina eclesiástica, el asunto de las Legaciones, acerca del cual se estendió una memoria que Pio VII entregó á Napoleón, y era relativa á las pérdidas que tanto en renta como en territorio habia sufrido la Santa Sede de un siglo á esta parte. En dicha memoria se enumeraban los derechos que por diferentes conceptos percibia en otro tiempo la Santa Sede de todos los estados católicos, y que se habian disminuido ó suprimido á influjo del espíritu francés, en Francia, en Austria y aun en España. Traiase á colacion el modo con que quedó defraudada la Santa Sede del derecho de demasia que tenia sobre el ducado de Parma cuando quedó estinguida la casa de Farnesio; alegábase que se vió privada mucho antes del condado venesino, que fué cedido á Francia; y se citaba la pérdida de mayor consideracion que habia tenido, que era la de las Legaciones, las cuales habian pasado al



dominio de la república italiana. Reducida á tal extremo, la Santa Sede no podía, si hemos de dar crédito á lo que se decia en la memoria, hacer frente á los gastos que originaba la religión católica en todo el mundo, ni poner á los cardenales en estado de sostener su dignidad, ni costear las misiones estrangeras, ni mirar por la defensa de sus estados, por lo cual contaban con que la munificencia del nuevo Carlo-Magno seria igual á la del antiguo. Cuando Napoleon se vió con una peticion tan directa, no supo qué hacer, pues si bien es verdad que nada habia prometido para hacer que el papa fuese á Paris, en todas épocas inculcó la esperanza aunque de un modo general, de que mejoraria la situacion material de la Santa Sede. Devolver á la córte pontificia las Legaciones, era una cosa imposible, á no hacer una traicion á la república italiana que habia fundado y cuyo monarca iba á ser, era lo mismo que destruir todas las esperanzas de los patriotas italianos, quienes veian en aquel nuevo estado un principio de existencia independiente para su patria. Empero tenia á su disposicion el ducado de Parma, ducado que no queria conceder ni á la casa de Cerdeña por via de indemnizacion del Piamonte, ni á España para ensanchar con él el reino de Etruria, porque lo tenia reservado para dotar á un individuo de su familia, y hubiera sido prudente indemnizar con él á la casa de Cerdeña, ó agregarlo á Etruria obligándola á que indemnizase á dicha casa con el territorio de Siena, con lo cual atraia á Rusia á miras de paz y causa á España sumo regocijo. Renunciando como renunciaba á contemplar á Rusia, que acababa de

retirar á su encargado de negocios, y contentar á España, nacion cuya fuerza de inercia, solo podia despertarse tratándola bien, entraba en las elevadas miras de Napoleon dar al papa el ducado de Parma, pues cediéndolo á la Santa Sede, echaba por tierra lo que se decia acerca de los proyectos que abrigaba con respecto á Italia; destruia el principal argumento de que los ingleses se valian para hacer que Austria entrase en una nueva coalicion europea, y se atraia para siempre al papa, evitando el funesto rompimiento con la Santa Sede que mas tarde le hizo perder mucho moralmente, aunque en la realidad no tuvo otro origen que el contento mal disimulado de la córte de Roma en aquella ocasion. Mas valia todo esto que reservar á Parma, como entonces queria Napoleon, para dotar á su familia: en nuestro concepto, el haber dejado escapar en 1804 la alianza de Prusia, y el haber despedido en 1805 al papa colmado de honores, pero infinitamente perjudicado en sus intereses, constituyen las principales faltas esenciales de esa política poderosa, cuyo error ha consistido en contar con ella únicamente, y nunca con los demás.

Como el papa hablaba indirectamente de las Legaciones, Napoleon se aprovechó de esto para contestar del modo fácil y sencillo que se desprendia de la situacion de las cosas, diciendo no podia hacer traicion á un estado que le habia escogido para gefe, razon legitima y perentoria en cuanto á las Legaciones, y anunció la intencion que tenia de mejorar mas tarde la situacion de la Santa Sede, encargando al cardenal Fesch tuviese una esplicacion con el papa acerca de esto. Por lo pron-



to quería socorrerle con dinero, dando á entender habria que hacer y no muy lejos, nuevo arreglo de territorio que podría redundar en beneficio del papa. Esto lo decia con sinceridad, porque estaba persuadido de que no tardaria en estallar la guerra en el continente, y creia poder conquistar toda la Italia, arrebatando á Austria la ciudad de Venecia, y á los Borbones la de Nápoles, con lo cual no le faltarian medios de contentar al papa. Estas intenciones eran muy buenas; pero como no podian realizarse en el momento, no tardó en producir la tardanza lamentables consecuencias.

Napoleon y el papa se separaron sin quedar tan descontentos uno de otro como podia temerse, teniendo en cuenta lo que el sumo pontífice pedia y negó el emperador; y el papa, en lugar de la alevosia con que al salir de Roma le dijeron seria tratado en París, se encontró con una acogida magnífica, habiendo ido á aumentar con su presencia el impulso religioso, y á ocupar en Francia un lugar digno de las épocas mas grandes que habia tenido la iglesia. El hecho fué que si sus consejeros se iban descontentos, él no, de suerte que se despidió del emperador y la emperatriz del modo mas afectuoso, y colmado de regalos, salió de París el 4 de abril de 1805, en medio de una afluencia de gentes, mayor todavía que cuando llegó, con direccion á Lyon, donde debia detenerse unos dias para celebrar la Pascua.

Napoleon dispuso lo necesario para ponerse en marcha en la misma época, y despues de dar sus últimas órdenes á la escuadra y al ejército, é instar de nuevo á la corte de España para que todo estuviese preparado en el Ferrol y Cádiz, encargó

al archi-canciller Cambaceres la direccion, no ostensible sino efectiva del Imperio, y salió el 4.º de abril para Fontainebleau, donde debia permanecer dos ó tres dias. No hay que decir lo encantado que se alejaria de sus proyectos, y la confianza que tendria en su realizacion, sobre todo cuanto supo que el almirante Villeneuve habia emprendido su marcha felizmente. El referido almirante se hizo al fin á la vela el 30 de marzo, con viento favorable, y se le perdió de vista desde las alturas de Tolon, sin que fuese de temer encontrara á los ingleses; pero hubo un contratiempo que impidió fuese completa la satisfaccion. El dia 4.º de abril, todavía no se habia notado en Brest el equinocio, y Ganteaume no pudo salir del puerto, porque gracias á lo tranquilo y claro que estaba el tiempo, era imposible que los ingleses no advirtiesen la salida de una escuadra. Si Ganteaume hubiera podido dejar á Brest, no era dudosa la reunion de las flotas; pero como era preciso suponer un verdadero fenómeno en las estaciones para que el equinocio no trajese alguna racha de viento en todo abril, Napoleon dejó á Fontainebleau el dia 3, dirigiéndose por Troyes, Chalon y Lyon, y adelantándose al papa, para que las comitivas de uno y otro no encontrasen obstáculos en la marcha.

Mientras que se encaminaba hacia Italia, entregado á sus grandes pensamientos, y distrayéndose de vez en cuando con los homenajes que le rendian los pueblos, agitada la Europa en diversos sentidos, se ocupaba en formar otra nueva coalicion. Alarmada Inglaterra por su existencia, ofendida Rusia en su orgullo, contrariada viva-



mente el Austria al ver lo que se preparaba en Italia, y titubeando sin cesar Prusia entre temores contrarios, anudaban á la sazón, ó permitían que otros anudasen una nueva liga europea, que lejos de ser mas afortunada que las demas; debía proporcionar á Napoleon una grandeza colosal, y demasiado desproporcionada por desgracia para que fuese durable.

El gabinete ruso, lamentando las faltas que habia cometido gracias al carácter vivo del jóven soberano, hubiera deseado hallar en las respuestas de Francia un pretexto para enmendar lo que hiciera inconsideradamente; pero como Napoleon no quisiese dar esplicacion alguna ni aun especiosa acerca de la ocupacion de Nápoles, de negarse á indemnizar á la casa de Saboya, y de la invasion de Hannover, considerando estas cuestiones como asuntos de que debe hablarse á una córte amiga, pero no á una hostil, semejante orgullo desconcertó al gabinete de San Petersburgo obligándole mal su grado á mandar á Mr. de Oubril dejára la capital de Francia. El emperador Alejandro, que no tenia bastante carácter para sostener las consecuencias del primer impulso, se quedó casi amedrentado, pero rodeáronle MM. de Strogonoff, Nowosiltzoff y Czartoryski, hombres de mas entereza pero quizá de menos penetracion que él, y le manifestaron la necesidad que habia de defender á los ojos de Europa la dignidad de su corona, presentándole la imagen seductora pero poco práctica, de un arbitramento supremo, ejercido en nombre de la justicia y del derecho. Dos potencias, Francia é Inglaterra, tenían alarmada á la Europa, oprimiéndola con los

intereses de su rivalidad: ¿por qué, pues, no se habia de poner Rusia á la cabeza de las naciones maltratadas, proponiéndoles un plan comun de pacificacion que garantizase sus derechos, y arreglase los puntos litigiosos que se ventiláran entre Francia é Inglaterra? Esto es lo que decían los nuevos consejeros, del czar, y añadían era preciso que la Europa se sometiese á este plan, proponiéndolo en nombre suyo á Inglaterra y Francia para ponerse de parte de la potencia que lo adoptase; contra la que se negara á ello, á fin de que ésta quedase aplanada bajo la fuerza y el derecho del mundo entero. Los hombres de mas edad, y no tan nutridos de teorías, hubieran visto simplemente en esto una coalicion con Inglaterra y parte de Europa contra Francia, pues concebido el mencionado plan de un modo enteramente favorable á Inglaterra, cuya nacion halagaba á Rusia, y desfavorable á Francia porque no hacia otro tanto, debía ser aceptado por Mr. Pitt, pero no por Napoleon, produciendo mas ó menos remotamente la guerra contra éste. Lo que iba á resultar de él era una coalicion; pero las proposiciones presentadas al emperador andaban mezcladas con tantas ideas especiosas y brillantes, y algunas tan generosas y verdaderas, que la imaginacion del jóven emperador, aterrada en un principio de lo que le proponían, se exaltó hasta el extremo de que sin detencion puso el czar manos á la obra.

Antes de contar las negociaciones que se hicieron de resultas de esto, será preciso esponer el plan de arbitramento europeo é indicar quién fué su autor, pues merecen ser conocidos por las



consecuencias de gravedad que produjo semejante plan.

Un aventurero, de esos que, dotados de facultades eminentes algunas veces, van á llevar al Norte el talento y el saber del Mediodía, marchó á Polonia con ánimo de buscar donde egercitar sus talentos. Era un abate llamado Piátoli, y en un principio perteneció á la servidumbre del rey de Polonia; pero de resultas de tantas y tantas reparticiones como se hicieron, pasó á Curlandia y de Curlandia á Rusia, pues era uno de esos hombres de imaginacion activa que no pudiendo elevarse al gobierno de los estados, porque la suerte les ha colocado en una escala muy inferior á ellos, conciben planes, quiméricos por lo regular pero no siempre despreciables. El aventurero de quien vamos hablando habia meditado mucho sobre la Europa, y la casualidad le puso en relaciones con los amigos de Alejandro, proporcionándole la ocasion de egerecer secreta influencia, logrando que en las resoluciones de las potencias prevaleciesen en parte sus planes, honra que raras veces cabe á hombres tan subalternos. El abate Piátoli tuvo la triste ventaja de sembrar en 1805 algunas de las principales ideas que acabaron por ser admitidas en los tratados de 1815, y por lo mismo es digno de llamar la atencion, pues no son supuestos los pensamientos que le atribuímos, estando consignados por el contrario en unas memorias secretas que fueron presentadas entonces al emperador Alejandro (1). Conociendo el extranjero de que se trata, que el príncipe Czar-

(1) En Francia existe una copia de dichas memorias.

torski era mas meditando y formal que los demás jóvenes que gobernaban á Rusia, se unió con él mas que con los otros, y tal fué su uniformidad de miras, que el plan propuesto al emperador lo mismo pertenecia á uno que á otro. Hé aquí á que se reducía el plan.

Como merced á la ambicion de las potencias del Norte y á las conquistas de la revolucion francesa, la Europa habia sufrido un gran trastorno en el espacio de treinta años, quedando oprimidas todas las naciones de segundo orden, era preciso proceder á una nueva organizacion, estableciendo un nuevo derecho de gentes, bajo la proteccion de la gran confederacion europea. Para ello se necesitaba una potencia completamente desinteresada, que infundiese su desinterés á todas las demás, y trabajase por la realizacion de la obra propuesta.

Solo una potencia tenia en sí todos los signos de tan noble mision, y esta potencia era Rusia, cuya ambicion verdadera debia reducirse, si es que comprendia su papel, no á adquirir territorios, como querian Inglaterra, Prusia ó Austria, sino influencia moral, porque para un gran estado la influencia es el todo, y tras ella vienela adquisicion de territorio. Aquel italiano tenia razon, pues haciendo creer Rusia que protegía en Europa contra lo que lleva el nombre de revolucion, á los príncipes tanto grandes como pequeños que la tienen miedo, ha ganado á Polonia, no siendo imposible que se quede tambien con Constantinopla, porque primero se influye, y en seguida se conquista.

Consiguiente á lo espuesto, Rusia debia proponer.



ner á todas las córtes no la guerra contra Francia, lo cual no hubiera sido ni justo ni político, sino una *liga de intervencion para pacificar á Europa*, y como seguramente no costaria trabajo hacer que Austria é Inglaterra se adhiciesen á esto, pero era peligroso intentarlo sin la cooperacion de Prusia, era preciso sacar á esta córte, siempre astuta y sagaz, de su indecision, que se fundaba en el interés, ó que los ejércitos europeos la pisoteasen, si se negaba á cooperar al proyecto comun. Y no solo no se tendria miramiento con Prusia, sino con cualquier estado que resistiera el plan propuesto, *porque era lo mismo que desamparar la causa del género humano*.

Una vez reunidos todos los estados europeos, exceptuando á Francia, debia formarse tres grandes masas de fuerzas: una en el Mediodia, compuesta de rusos é ingleses, conducidos á Italia por mar, y destinados á ir á parar con los napolitanos á la peninsula italiana, para reunirse con una columna de cien mil austriacos que operase en Lombardia; otra en Oriente, compuesta de dos grandes ejércitos austriaco y ruso, que fuese por el valle del Danubio hácia Suabia y Suiza; y por último, otra en el Norte, compuesta de rusos, prusianos, suecos y daneses, la cual descenderia perpendicularmente de Norte á Mediodia hácia el Rhin. Dichas tres grandes masas debian obrar con independenciam, á fin de evitar los inconvenientes que llevan consigo las coaliciones, las cuales se esponen á ser derrotadas por querer proceder de consuno, cuando esto es imposible. De consiguiente cada una de las tres se dirigiria como si fuese un solo ejército, que no tuviera que pensar

en otra cosa que en su propia seguridad y su acción propia, pues por haber querido combinar sus movimientos el archiduque Carlos y Suvarow causaron el desastre de Zurich.

Formada de este modo la fuerza en tres masas llevaria la voz un congreso comun que representase á la *liga de intervencion*, y se ofreceria á Francia condiciones que fuesen compatibles con su grandeza, y en que hubiese convenido antes Inglaterra, no haciéndose la guerra sino en caso de que aquella no quisiese aceptarlas. Dichas condiciones serian los tratados de Luneville y Amiens, pero en la inteligencia de que habian de ser esplicados por la Europa: por lo demás, para que pueda formarse una idea de lo poderosos que éramos en aquella época, vamos á hablar de los proyectos que querian llevar á cabo nuestros envidiosos enemigos.

Francia conservaria los Alpes y el Rhin, es decir, Saboya, Ginebra, las provincias rhenanas, Maguncia, Colonia, Luxemburgo y Bélgica; se restituiria el Piamonte; el nuevo estado creado en Lombardia no se destruiria para devolverlo hecho pedazos á Austria, sino que se constituiria con él una Italia independiente, para lo cual se pediria tambien á Austria que abandonase á Venecia; Suiza conservaria la organizacion que la habia dado Napoleon, pero no podrian entrar en ella tropas francesas, y seria declarada neutral para siempre; y lo mismo sucederia con respecto á Holanda. En una palabra, Francia tendria por límites los Alpes y el Rhin, pero debia evacuar toda la Italia, Suiza y Holanda, sin contar el Hannover, que cesando la guerra, no podia ser ocupado.



En cambio de estas condiciones que pensaban exigir á Francia, se obligaria á Inglaterra á que dejase á Malta, restituyese las colonias de que se hubiera apoderado, y aun secundase los esfuerzos de los franceses en otra empresa contra Santo Domingo, pues la Europa estaba interesada en arrancar aquella magnífica colonia á la barbarie de los negros insurrectos. Por último, tambien se obligaria á que conviniese con todas las naciones en la formacion de un código marítimo equitativo, debiendo reconocer á Napoleon todas las córtes como á emperador de los franceses.

Ciertamente que si Rusia hubiera sido bastante fuerte para hacer que Austria consintiera en la independencia de Italia, é Inglaterra en la de los mares, Napoleon hubiese sido muy culpable negándose á admitir las condiciones propuestas; pero lejos de abandonar Austria la ciudad de Venecia á los organizadores de una nueva Europa, estaba impaciente por volver á Milan y dirigirse hácia Suabia, y la Inglaterra se proponia conservar á Malta, no reconociendo el derecho de neutralidad. Si Napoleon, pues, se obstinaba como no hay duda se obstinaria, en retener el Piamonte, Suiza y Holanda, para aprovecharse en ventaja propia de unos países que sus enemigos querian constituir contra él, merece disculparse su ambicion al ver la que abrigaban los demás gobiernos europeos.

Por lo demas, este proyecto, concebido en un principio con sinceridad y generosa intencion, hubiera sido justísimo si todos le hubiesen aceptado tal como era en sí; pero en manos de una coaliccion hipócrita debia ser un pretexto para hacer que Francia se negase á admitirlo, con lo cual

volvieron á poner en sus brazos la Europa, segun demostrarán bien pronto los hechos.

Si Francia reusaba, y era probable que asi sucediese, debian obrar militarmente contra ella; pero en este caso era preciso ocultar y no publicar la intencion que tenian de mudar su gobierno, halagar su orgullo, tranquilizar á los compradores de bienes nacionales, y prometer al ejército que conservaria sus grados, haciendo lo mismo que se hizo en 1814; y si cansados los franceses de un gobierno belicoso y agitado, volvian á pensar en la antigua dinastia, entonces es cuando correspondia pensar en restablecerla, pues debiendo esta dinastia su restauracion á la Europa, se contentaria con mucha mas facilidad que la familia de Bonaparte con el pequeño estado que querian dejarle.

La guerra podia presentar diversas fases, y si los que la promovian eran dichosos á medias, arrebatarian á Francia la Italia y la Bélgica; pero si la victoria que alcanzasen era completa, quitarian tambien á Francia las provincias rhenanas, es decir, el territorio comprendido entre el Mosa y el Rhin. Sin embargo, era preciso no olvidar la falta que se cometió con Luis XIV, y guardarse de renovar el egeemplo de altanería que dió el pensionario Hensio, pues si Francia salia de la lucha demasiado maltratada, nunca descansaria, debiendo dejársele por lo mismo algo de lo que últimamente habia conquistado, tirando una línea desde Luxemburgo á Maguncia, y concediéndole, además de esta última plaza, lo que se llama la Baviera rhenana. Tales eran las combinaciones de los autores del plan, conociéndose claramente que



no las habia retocado Mr. Pitt, pues en tal caso hubieran llevado el sello de un odio apasionado, como las que prevalecieron diez años mas tarde.

En la doble hipótesis de que la guerra fuese mas ó menos afortunada, se distribuia en el plan la Europa del modo siguiente.

Antes que nada importaba prevenirse contra la nacion francesa, dotada de un *talento peligroso*, y de caracter emprendedor, siendo necesario para ello rodearla de estados poderosos capaces de defenderse. A fin de conseguirlo, pues, era preciso en primer lugar reforzar á Holanda con Bélgica, formando con estos dos países lo que se conocia con el nombre de *reino de las dos Bélgicas*, y concediéndolo á la casa de Orange, que habia sufrido tanto de resultas de la revolucion francesa. A Prusia se la mantendria donde se hallaba, esto es, hácia la parte del Rhin; tal vez se le devolveria las pequeñas provincias que habia cedido á la república francesa, tales como los ducados de Cleves y Gueldre, y hasta donde fuese posible hacerlo se la estableceria en Westfalia en derredor de Holanda, para que no tuviese contacto alguno con Francia. Sin embargo, en virtud del principio de desinterés impuesto á las grandes cortes, principio sin el cual no podia establecerse á Europa sobre bases durables, se daria muy poco á Prusia, á fin de poder organizar á Alemania é Italia de un modo conveniente. Además del reino de las dos Bélgicas creado en el Norte de Francia, se crearia en el Mediodía y el Este el reino de Piamonte, con el nombre de *reino Subalpino*, y se le adjudicaria á la casa de Saboya, destronada en el día, y que sufrió mucho mas que la de Orange por la causa

comun de los reyes. No se le devolveria la Saboya pero se le concederia todo el Piamonte, toda la Lombardia y aun el estado veneciano, quitándose-lo para ello á Austria, mediante la indemnizacion que sigue, y por último se añadiría el territorio de Génova á aquel vasto territorio. De este modo formaria el reino Subalpino el estado mas importante de Italia, y seria capaz de mantener la balanza entre Francia y Austria, sirviendo mas tarde de cimiento para la independencia italiana.

La Italia, país tan hermoso como interesante, tendria una constitución aparte, para que pudiera disfrutar de esa existencia propia que tanto y tan inútilmente deseaba, y como en aquel momento era una cosa imposible reuniría en un solo cuerpo de nacion, compondríase de varios estados, unidos por un lazo federativo bastante fuerte, para que pudieran obrar de consuno con tanta facilidad como presteza. Además del reino Subalpino, que comprendia toda la Italia Alta desde los Alpes Marítimos hasta los Julianos, y tenia dos puertos de tanta importancia como Génova y Venecia, habria el reino de las Dos Sicilias con los límites actuales, pero colocado al otro extremo de la península, hallándose en el centro el papa, dueño ya de las Legaciones, manteniéndose en una neutralidad perpétua, y desempeñando las funciones de archi-canciller de la confederacion, como el elector de Maguncia en el cuerpo germánico; tambien estaria en el centro el reino de Etruria dependiente de España; y luego, ya en los intersticios, ya en los extraños, la república de Luca, la orden de Malta, la república de Ragusa y las Siete Islas, teniendo este cuerpo itálico organizado fed-



ralmente, un gefe como el cuerpo germánico, pero no electivo, dignidad de que disfrutarian alternativamente el rey de Piamonte y el de las Dos Sicilias.

No hay duda en que esta combinacion era tan generosa como acertada, y Francia debia haberse impuesto sacrificios porque se realizara, si las juveniles cabezas que gobernaban á Rusia hubieran sido capaces de querer formalmente una gran cosa.

Saboya, arrancada de la corona de Cerdeña no hubiese sido devuelta á Francia, pero se la habia agregado la Valtelina y los Grisones convirtiéndola en canton suizo, y dividida en cantones la Suiza, pasaria al dominio de la Alemania, como uno de los estados confederados.

El imperio germánico debia someterse á un régimen enteramente nuevo. Oprimido como se hallaba, unas veces por el Austria, y otras por la Prusia, cuyas naciones disputaban su dominio, estas dos potencias no formarían parte de la confederacion, puesto que no hacían otro papel que el de gefes de un partido ambicioso; y de este modo, entregado á sí propio el cuerpo germánico, habiendo perdido aquellas dos grandes masas; pero ensanchándose con el reino de las dos Bélgicas y con Suiza, libre ya de toda influencia engorrosa, y sin otra mira que los intereses alemanes, no tendria á pesar suyo que tomar parte en guerras injustas, ó que nada tenían que ver con sus verdaderos intereses. La corona dejaria de ser electiva, y los principales estados de la confederacion germánica tendrian por turno la direccion suprema, como pensaba hacerse en Italia, reforzándose por medio de nuevas modificaciones territoria-

les á Bade, Wurtemberg y Baviera, y poniéndose término á la reyerta que Baviera traía con Austria con dar á esta la frontera del Inn.

Consiguiente á esto, los tres grandes estados del continente, es decir, Francia, Prusia, y Austria, quedarian separados unos de otros por medio de tres grandes confederaciones independientes; á saber, la germánica, la suiza, y la itálica, las cuales se daban la mano desde el Zuiderzée, hasta el Adriático.

Suponiendo que todas estas combinaciones fuesen buenas y practicables, no podemos menos de observar que con separar á Prusia y á Austria del cuerpo germánico, nose emancipaba á la Alemania, porque estas dos ambiciosas naciones, al verse fuera de la confederacion, hubieran obrado como los estados absolutos situados en derredor de uno libre, como Federico y Catalina con Polonia, dividiéndola y agitándola, sino es ya que en lugar de querer egercer influjo sobre ella, aspirasen á conquistarla. La verdadera independencia de Alemania consistia entonces en organizar de un modo estable á la Dieta, y repartir equitativamente los votos entre Austria y Prusia, de tal suerte que la confederacion pudiera mantener la balanza entre ellas. Si agregamos á esto un arreglo europeo que no hiciese á Prusia enemiga natural de Francia, como sucedió en 1815 con darle las provincias del Rin, y que las dos potencias alemanas continuasen siendo rivales, pero siempre en equilibrio, gracias á la Dieta, la Alemania hubiera sido libre, es decir, capaz de hacer que sus resoluciones tuviesen por objeto promover sus verdaderos intereses.



Suprimir la eleccion para la corona imperial, no nos parece tampoco muy acertado, pues aunque hacia dos siglos que esta corona no habia salido de la casa de Austria, la eleccion era un vinculo de dependencia que obligaba á dicha casa á contemplar á los estados de Alemania, y algunas veces es útil que los grandes dependan del voto de los pequeños, cuando esto no produce anarquía. La Alemania constituida como lo fué en 1803 por Napoleón, dando algunos votos á los católicos para volver á establecer la balanza, que se inclinaba demasiado á costa del Austria, era á nuestro modo de ver las cosas, un arreglo mejor y mas natural que el que concibieron los autores de la nueva organizacion europea.

Aunque el principio esencial del plan propuesto era el desinterés, podia muy bien llegar este desinterés, hasta no adquirir y contentarse con el mejor arreglo de Europa por única indemnizacion de los gastos de la guerra, pero no hasta perder. Debía, pues, indemnizarse á Austria por el estado de Venecia que querian renunciarse, y en consecuencia le daban la Moldavia y la Valaquia, para que llegando como llegaba de este modo hasta el mar Negro, perdiese el temor que tenia de verse algun dia bloqueada por Rusia.

El imperio otomano siguió lo mismo, exceptuando algunas restricciones que vamos á dar á conocer.

Quedaba el Norte, y allí habia mucho que hacer, segun el modo de pensar del que se ocupaba en organizar á Europa, trabajando con tanta libertad sobre el mapa del mundo. La frontera que separaba á Prusia de la Rusia, era mala, pues las

dos potencias referidas se habian repartido la Polonia, y para el abate Piátoli, los jóvenes á quienes inculcaba sus ideas políticas, sobre todo el príncipe Czartoryski, y aun para Alejandro, era un gran atentado la desmembracion de la Polonia. Efectivamente, cuando en tiempo de Pablo se hallaba ocioso y oprimido Alejandro, dijo muchas veces á las personas con quienes se desahogaba, que sus abuelos habian cometido un crimen, desmembrando á la Polonia, y que sería para él una fortuna poder reparar ese crimen; pero ¿cómo podrian rehacer á Polonia? ¿Cómo la pondrian, de pié y aislada, entre los estados rivales que la habian destruido? Habia un medio para ello, cual era volver á constituirla enteramente, devolverle todo el territorio de que se compuso en otro tiempo, y darla en seguida al emperador de Rusia, quien le otorgaria la gracia de que tuviese instituciones independientes, con lo cual esa misma Polonia, destinada segun las ideas que antiguamente abrigaba Europa á servir de barrera á la Alemania contra Rusia, debía servir en el tiempo de que vamos hablando de barrera rusa, ó mas bien de vanguardia contra la Alemania. ¡Tal era la ilusion que se hacian aquellos jóvenes dados á la política, tal era la ambicion con que alimentaban el alma de Alejandro! Es decir, que la gran indignacion que les causaba el atentado cometido en el siglo anterior, y el noble desinterés que querian imponer á todas las córtés para reprimir la ambicion de Francia, iban á parar en definitiva á rehacer la Polonia para darla á Rusia! No es esta la primera vez que bajo la capa de ostentosas virtudes, han ocultado las naciones



una gran dosis de vanidad y no poca ambicion, aspirando no obstante á conquistar el aprecio del mundo con sus mentidas virtudes. La córte de Rusia, que entonces hacia gala mas que ninguna otra de equidad y desinterés, pretendia encaramada en el polo, dar lecciones á Inglaterra y Francia, y pensaba allá en su interior en poseer completamente á Polonia. Sin embargo, en sus proyectos iba oculto un sentimiento que merece ser honrado, á saber, el del principe Czartoryski, quien como no viese posibilidad alguna de restablecer la Polonia con el auxilio únicamente de brazos polacos, á falta de otros, queria valerse de brazos rusos. Esto á lo menos tenia un objeto legitimo, y solo podia echársele en cara una cosa que ya habian notado muchas veces los rusos, denunciándola al emperador Alejandro, cual era que pensaba mas en los intereses de su patria que en los de Rusia, y que llevado de esta mira, queria que su amo emprendiese una guerra mal calculada á lo cual tendia tambien el abate Piátoli, que tenia mucho apego á las cosas de Polonia. Era difícil con todo proponer á la *liga de intervencion* fundada en un principio de desinterés, que dejase la Polonia á Rusia; pero habia un medio de conseguir el objeto, pues como Prusia era aficionada á la paz, y le gustaba aprovecharse de la neutralidad, probablemente no consentiria en pronunciarse, y en tal caso, para castigarla por su negativa, las naciones aliadas caerian sobre ella, arrebatándole Varsovia y el Vistula para constituir con esta gran porcion de la Polonia antigua y la que ya poseia Prusia, la nueva Polonia de que Alejandro debia ser rey y legislador.

A estas ideas hay que agregar otras, accesorias para el plan, y entre las cuales habia unas muy singulares, pero otras justas y generosas.

Debía obligarse á Inglaterra á que devolviese á la órden la plaza de Malta, y en cambio abandonaria Rusia la isla de Corfú, para que figurase entre las Siete Islas. Como Inglaterra se habia apoderado de la India, era preciso dejársela pero podia sacarse del Egipto un partido inmenso para la civilizacion, el comercio general y el equilibrio de los mares, quitándosele á la Puerta, y dándolo á Francia para que se encargase de civilizarlo. Con él se compondria un reino oriental, feudatario de Francia, haciendo que reinasen allí los Borbones si á la conclusion de la paz seguia en el trono Napoleon, y éste si los Borbones recobran la corona. A la Puerta se le restituiria los estados herberiscos, y aun se le ayudaria á conquistarlos de nuevo, á fin de que aboliese en ellos la pirateria, bárbarie que deshonraba á Europa. Por último, algunas naciones se hallaban en posesion de ciertos frutos de un modo contrario á la naturaleza de las cosas, y aunque consagrada dicha posesion por el tiempo y el derecho de conquista, era prudente y redundaba en beneficio de la humanidad el poner término en semejante estado. Por egemplo, Gibraltar servia á los ingleses para mantener en España un contrabando vergonzoso que corrompia las costumbres de aquel país; las islas de Jersey y Guernesey ayudaban á los mismos ingleses á suscitar la guerra civil en Francia, y Memel en manos de la Prusia, era sobre el territorio de Rusia una especie de Gibraltar con respecto al fraude, siendo preciso por lo mismo,



á ser esto posible, tratar de que mediante ciertas compensaciones renunciasen sus poseedores los dichos puntos de que hacian un uso tan punible.

España y Portugal debian conciliarse y estar unidas por medio de un lazo federal que las pudiese al abrigo de la influencia francesa por una parte, y de la Inglaterra por otra. Para ello era preciso obligar á que Inglaterra reparase los agravios que habia hecho á España, é insistir en que la devolviese las galeotas que habia apresado, y librar á la corte de Madrid que no pedia otra cosa, de la tiranía de la Francia.

Para complemento de la gran obra que tenia por objeto reorganizar á Europa, debia el emperador de Rusia dirigirse á todos los sábios de cualquier pais que fuesen, y pedirles un código de derechos de gentes, que abrazase un nuevo derecho marítimo, pues segun decian los autores del plan, era una cosa tan inmensa como bárbara que una nacion declarase la guerra sin haber pasado antes por el arbitramento de un estado vecino y desinteresado, y sobre todo que una nacion empezase las hostilidades contra otra sin haber declarado antes la guerra, como acababa de hacer Inglaterra con España, y que inocentes comerciantes se viesen arruinados ó privados de su libertad por una especie de alevosia. Tambien era insufrible que las naciones neutrales fuesen victimas del furor de potencias rivales, y no pudiesen atravesar los mares sin verse espuestas á las consecuencias de una lucha con que nada tenian que ver. El honor de la gran corte reformadora exigia tratase de evitar todas estas calamidades por medio de leyes internacionales, debiendo por

lo mismo concederse premios á los sábios que propusieran sobre esto el mejor sistema de derechos de gentes.

Asi es como con esta mezcla de ideas raras, elevadas unas, y otras puramente ambiciosas, estas acertadas y aquellas quiméricas, exaltaban la mente y el corazon de aquel emperador jóven, inconstante, vivo y envanecido con sus intenciones honradas pero pasajeras como si hubiesen sido virtudes probadas ya.

Verdaderamente se creia llamado á regenerar á la Europa, y si algunas veces abandonaba sus hermosos sueños, era al pensar en el grande hombre que dominaba al Occidente, y no era muy á propósito para dejar que le regenerase sin contar con él ni contra su voluntad. Los que observaban á Alejandro de cerca notaban harto bien que su corazon se estremecia cuando vislumbraba la guerra con Napoleon como resultado final y probable de todos sus planes.

Tan extraño proyecto no merecia la honra de que hablásemos de él con tanta estension, ni mas ni menos que esas mil proposiciones con que los forjadores de planes cansan muchas veces á las cortes que tienen la debilidad de darles oídos, si Alejandro y sus amigos no lo hubiesen adoptado, y lo que es mucho mas grave, sino hubiese sido el testo de todas las negociaciones que se entablaron en aquella época para servir al fin de fundamento á los tratados de 1815.

Acusábase en aquel entonces á la revolucion francesa, y esto es digno de la mayor atencion, de que habiendo prometido dar la libertad, la independencia y la ventura á todos los pueblos, ha-



bia faltado á su palabra: y hé aqui el poder absoluto puesto en práctica. Jóvenes honrados y sinceros unos, y otros puramente ambiciosos, empapados en las doctrinas filosóficas, unidos por su nacimiento y por la uniformidad de sus deseos, agolpados en derredor del heredero del mayor imperio despótico de la tierra, encantados al creer rivalizar con la revolucion francesa en ideas generosas y populares. Esta revolucion que segun ellos no habia dado la libertad á Francia, pues acababa de nombrar un rey, y que no dió tampoco á las demás naciones sino una dependencia humillante del imperio francés, era la que deseaban destruir, oponiéndola una regeneracion europea fundada sobre la equitativa distribucion de territorios y un nuevo derecho de gentes. Debia existir una Italia independiente, una Alemania libre y una Polonia reconstituida: las grandes potencias debian tener un freno que las contaviese: la misma Francia deberia ser igualada respectivamente á los derechos de las demás naciones: los abusos de las guerras marítimas y terrestres debian desaparecer, los piratas serian exterminados: restablecidas las antiguas vias comerciales del Egipto, y en fin, la ciencia redactaria el derecho publico de las naciones. Todo esto no solo era objeto de los libelos de un redactor vulgar de memorias, sino que lo era tambien de proposiciones serias á todas las córtes y de graves discusiones con el hombre menos quimerico del mundo, es decir con Mr. Pitt! En el dia, que ya han pasado cuarenta años mas por nosotros, sabemos á lo que han venido á parar todas esas miras filantrópicas del poder absoluto, pues los inventores de aquellos planes

vencidos y desconcertados durante diez años por el mismo que querian destruir, vencedores una sola vez en 1815, no han hecho ni un código del derecho marítimo, ni han libertado la Italia ni la Alemania, ni la Polonia: Malta y Gibraltar han seguido perteneciendo á los ingleses y los limites de la Europa, trazados para satisfacer momentáneos intereses, son los menos equitativos que se pudiera imaginar.

Sin embargo no nos anticipemos á lo que arrojará de sí la continuacion de esta historia. Decir aqui como el mismo Alejandro y sus partidarios adoptaron estas ideas, seria detenernos inútilmente; lo que hay de cierto es que unos y otros estaban intimamente penetrados y que se prometieron hacer de ellas la base de la politica europea. El príncipe Czartoryski viendo en todo ello una probabilidad de reconstitucion para la Polonia, deseaba ardientemente ponerla en ejecucion, cosa tanto mas posible para él, cuanto que desde la retirada de Mr. de Woronzoff á sus posesiones, habia ascendido de simple adjunto al departamento de negocios estrangeros, á ministro de este ramo. MM. de Nowosiltzoff y de Strogonoff adjuntos uno á la justicia y otro al interior, se consagraban á otros cuidados muy diferentes de los que requerian su aparente cargo, pues se ocupaban con su jóven cólega y el emperador en constituir el mundo sobre nuevas bases. Resolvióse que el mas diestro de ellos, que era Nowosiltzoff, pasára á Lóndres para conferenciar con Mr. Pitt y hacerle aceptar los proyectos de la córte de Rusia. Necesitábase convertir el ambicioso gabinete británico, inclinarlo á las miras desinteresadas del proyecto,



con objeto de poder fundar lo que llamaba la *alianza de mediacion*, y en nombre de esta alianza, hablar a la Francia de manera que se la obligara á prestar oídos. Un primo de Mr. de Strogonoff, salió para Madrid con el doble fin de poner paz entre Inglaterra y España y unir con lazos indisolubles esta nacion y el Portugal, decidiéndose tambien que Mr. de Strogonoff pasaria por Lóndres antes de ir á Madrid, para dar principio en aquella capital á su mision conciliadora, pues como á juicio de toda la Europa, la conducta de la Inglaterra con respecto al comercio español se habia considerado como injusta y odiosa, era necesario manifestarle que si no adoptaba un proceder mas en armonia con la razon, se la dejaria sola en su lucha contra la Francia, encerrándose con todas las potencias continentales en una neutralidad mortal para la gran Bretaña.

Los dos jóvenes rusos encargados de hacer adoptar en el extranjero la política de su gabinete, salieron para Lóndres en los últimos dias de 1804. Mr. de Nowosiltzoff, á quien el embajador Woronzoff, hermano del canciller retirado, presentó á la corte de Inglaterra, fué recibido con una distincion y esmero capaces de coamover á un joven diplomático, que por la vez primera tenia el honor de mezclarse en los grandes asuntos de Europa. A pesar de que mas bien la aspereza y el orgullo que la astucia, caracterizan generalmente la diplomacia inglesa, lord Havrowby y sobre todo Mr. Pitt, con quien entró directamente en conferencia el enviado ruso, conocieron bien pronto con que clase de inteligencias iban á tratar y así se condujeron en consecuencia. El anciano

Pitt, viejo por el papel que representaba mas que por su edad, amansado por el peligro en medio de su altivez, se complacia en que se le volviese á presentar la alianza del continente, para oponer dificultades. Fué complaciente en todo aquello que debia serlo, con aquellos jóvenes inespertos y alimentados de quimeras; escuchó las raras proposiciones del gabinete ruso, y aparentó acogerlas con grande consideracion, pero las modificó como á su política convenia, guardándose bien de rechazarlas y limitándose á aplazar para la época de la paz general, lo que era incompatible con los intereses de la política inglesa. Hizo que le diesen por escrito las proposiciones del enviado ruso, y en vista de ellas escribió sus propias observaciones (1). Al principio Mr. Pitt sufrió las duras reprensiones del joven ruso; dejó que censurase la ambicion de Inglaterra, la dureza de su conducta, su sistema usurpador que servia de pretesto al sistema usurpador de la Francia; y por último que le dijese, que para formar una nueva alianza, era menester fundarla sobre un gran desinterés de parte de todas las potencias contratantes. Con esto último se animó el gefe del gabinete británico, aprobó mucho las ideas del embajador de Alejandro y declaró que en efecto era menester despojarse completamente de toda mira personal, si se queria arrancar la máscara con que se cubria la ambicion francesa; que era indispensable necesario que los aliados no mostrasen pensar en sí mismos, sino

(1) Yo mismo he leído el proceso verbal de estas conferencias, de las cuales hay una copia en Francia.



en la independencia de Europa, oprinida por una potencia bárbara y tiránica. La gravedad de los hombres, la gravedad de los intereses que los ocupa, no impide que muchas veces den lugar á un espectáculo muy pueril; y en efecto ¿no tiene algo de muy pueril el ver á esos diplomáticos, representantes de ambiciones que hace ya siglos agitan el mundo entero, criticar á la Francia su insaciable avidez? ¿Acaso el ministro inglés pretendia otra cosa que la posesion de la isla de Malta, de las Indias y el imperio del mar? Acaso el ministro ruso hubiera querido mas que la Polonia y una influencia dominante en el continente? ¿Qué lástima daba oír á los gefes de los estados dirigirse formalmente semejantes reconven- ciones! Sin duda, Napoleon fué mucho mas ambicioso en su interés personal y sobre todo en el nuestro, pero registrado, si puede decirse así, Napoleon, en sus causas morales, ¿fué otra cosa que la reaccion del poder francés contra las usurpaciones de las córtes europeas en el último siglo, contra la particion de la Polonia y la conquista de las Indias? La ambicion es el vicio ó la virtud de todas las naciones, es vicio, cuando atormenta al mundo sin hacerle bien alguno, y virtud cuando lo agita civilizándolo. Bajo este punto de vista, la ambicion de que menos tengan que quejarse todavía las naciones, aunque hayan padecido, es la de la Francia; pues no hay pais por donde hayan atravesado sus armas, que no haya quedado mejor y mas ilustrado.

Convínose, pues, entre Mr. Pitt y Mr. de Nosiltzoff que la nueva alianza ostentaria el mayor desinterés, para poner mas en relieve la in-

saciable avidez del emperador de los franceses. Quedaron acordes en que seria muy útil hacer desaparecer de la escena europea á tan temible personage, pero al mismo tiempo se reconoció que seria imprudente anunciar la intencion de imponer un nuevo gobierno á la Francia, y por lo mismo que se debería esperar hasta que el mismo pais se pronunciase, apoyarle si se mostraba dispuesto á sacudir el yugo imperial, y sobre todo poner el mayor cuidado en garantizar á los gefes del ejército la conservacion de sus grados, y á los propietarios de bienes nacionales, la conservacion de ellos. Todas las proclamas dirigidas á la nacion francesa debian abundar en las mayores seguridades sobre este punto, y aun Mr. Pitt se adelantó á decir, que consideraba esta precaucion tan importante que estaba pronto á valerse de los fondos de Inglaterra para hacer una provision, es su misma espresion, con objeto de indemnizar á los emigrados que habian permanecido fieles á los Borbones, y de este modo quitar todo motivo de alarma á los poseedores de bienes nacionales. Hé aqui como soñaba Mr. Pitt en la famosa indemnizacion á los emigrados, veinte años antes del dia en que ha sido votada por el parlamento de Francia. Queriendo despojar de su interés semejantes pretensiones, no sabia seguramente á lo que se comprometia; pero, manifestándose dispuesto á ponerlo en practica á espensas del tesoro británico, probaba el inmenso valor que daba la Inglaterra á la caida de Napoleon, que tan temible le era.

La idea de reunir una imponente masa de fuerzas, en cuyo nombre se trataria antes de



combatir, fué admitida naturalmente por Mr. Pitt con ansia extraordinaria, y convino en que se hiciese antes el simulacro de una negociacion, muy persuadido de que no tendria consecuencias, y que las condiciones propuestas no satisfarian nunca el orgullo de Napoleon, pues este no podria sufrir en ningun caso que sin contar con él, se organizaran contra él, la Italia, la Suiza y la Holanda, bajo el especioso pretexto de su independencia. Por consiguiente Mr. Pitt dejó á los jóvenes gobernantes rusos en su creencia de que trabajaban para una gran mediacion, convencido de que marchaban pura y sencillamente á una tercera coalicion. En cuanto á la distribucion de las fuerzas, contradijo algunas partes del proyecto. Aceptaba gustoso tres grandes masas: una al mediodia compuesta de rusos, napolitanos y ingleses; otra al Este, compuesta de rusos y austriacos, y la tercera al Norte compuesta de prusianos, rusos, suecos, hannoverianos é ingleses, pero declaraba que en aquel momento no podia proporcionar ni un inglés siquiera, diciendo que manteniéndolos en las costas de Inglaterra siempre prontos á embarcarse, se produciria un resultado muy útil, cual era el de amenazar al mismo tiempo todos los puntos del litoral del imperio francés, manifestando implicitamente en esto, que el terror que le causaba la expedicion preparada en Boloña, no permitia al gobierno británico dejar sin guarnicion su territorio, cosa por otra parte muy natural. Mr. Pitt prometia subsidios pero no tan crecidos ni con mucho de lo que se le pedia, pues su oferta era de unos 6.000.000 de libras esterlinas (150.000.000 de francos), y

sobre todo insistia en un punto que los autores del proyecto ruso trataban á su parecer muy ligeramente, y era la cooperacion de la Prusia; porque sin ella no solo les parecia todo difícil, sino casi imposible, necesitándose, en su opinion, la concurrencia de toda la Europa para destruir á Napoleon. Aprobaba mucho que si no se conseguia arrastrar á la Prusia se pasase sobre ella; en atencion á que de este modo se unia para siempre la Rusia á la política inglesa, en cuyo caso ofrecia hacer refluir hácia San Petersburgo la parte de subsidios destinada á la Prusia; pero viendo sin embargo que esto era demasiado grave, aconsejaba dirigirse al gabinete de Berlin haciéndole las mas ventajosas proposiciones, con objeto de ganarlo.—No creais, le dijo á Mr. de Novosiltzoff, que yo sea en lo mas minimo favorable á ese gabinete falso, astuto y ambicioso que pide ya á la Europa, ya á Napoleon el precio de sus perfidias; no. Pero es en él donde reposa la suerte del presente, y aun del porvenir. La Prusia, celosa del Austria y temerosa de la Rusia se inclinará siempre á la Francia, y es menester separarla, porque sin esto nunca dejará de ser la cómplice de nuestro irreconciliable enemigo. Es menester por ella y solo por ella faltar á vuestras ideas de desinterés dándole mas de lo que pudiera ofrecerle Napoleon, y sobre todo alguna cosa que la enemiste irrevocablemente con la Francia.—Conducido entonces Mr. Pitt por el ódio que algunas veces ilumina, si ciega las mas, imaginó una modificacion al plan ruso, fatal á un tiempo para la Alemania y para la Francia. Parecióle luminosa y profunda la idea de esta-



blecer en derredor del territorio francés varios reinos capaces de hacerle resistencia, por ejemplo, el reino de las Dos Bélgicas y el reino Subalpino; uno para la casa de Orange protegida de la Inglaterra, y el otro para la casa de Saboya, protegida por la Rusia; pero aun le pareció insuficiente esta precaucion y queria que en vez de separar á la Prusia de la Francia por el Rhin, se les pusiese, al contrario, en contacto inmediato, y propuso conceder á la Prusia, si se pronunciaba por la coalicion, todo el pais comprendido entre el Mosa, el Mosela y el Rhin, que es á lo que llamamos hoy las provincias rhenanas. Esto le parecia indispensable si se pretendia separar para lo futuro á la Prusia de su interesada neutralidad y de su inclinacion hácia Napoleón, cerca del cual buscaba y encontraba siempre un apoyo contra el Austria. Este proyecto se estendió en 1813, colocando sobre el Rhin además de la Prusia, la Baviera, con objeto de quitarnos todos nuestros antiguos aliados en Alemania. Cuando algun día necesite apoyo contra los peligros que le ha de ofrecer la parte del Norte, apreciará la Alemania el servicio que le han hecho los que se han dedicado á crear motivos de division entre ella y la Francia.

De estas conferencias surgió una nueva idea, cuyo objeto era completar la creacion del reino de las Dos Bélgicas, y fué construir un cerco de fortalezas á imitacion de las que Vauban alzó en otro tiempo para defender la Francia, en aquel pais sin fronteras, y construir dichas fortalezas á espensas de la alianza.

Con respecto á la Alemania y la Italia, hizo

patente el ministro inglés que lejos estaban de poderse ejecutar por el momento estos vastos proyectos, y lo mucho que heririan la susceptibilidad de las dos potencias que mas se necesitaban, la Prusia y el Austria, pues ni una ni otra consentirian en salir de la confederacion germanica, negándose la primera en particular, á hacer hereditaria la corona de Alemania, y rechazando el Austria una constitucion de Italia que la escluyera de aquella region. Del proyecto sobre Italia, solo admitió Mr. Pitt la constitucion del reino del Piamonte, y queria que se añadiese la Saboya á todo lo que el proyecto ruso atribuia ya al Piamonte.

Por último, nada se habló de la Polonia, lo cual suponía la guerra con la Prusia, que tanto queria evitar Mr. Pitt. Imbuida la diplomacia rusa con tan generosas ideas al salir de San Petersburgo, no se atrevió á hacer mención del Egipto, de Gibraltar, de Memel, ni en fin, de lo mas elevado que contenia el proyecto primitivo. Sobre dos puntos muy importantes, estuvo poco complaciente Mr. Pitt, y casi negativo; nos referimos á Malta y al derecho marítimo. Con respecto á Malta, rehusó que se tratase de ella en aquel momento, aplazando las esplicaciones hasta la época en que se supiese los sacrificios que la Francia estaba dispuesta á hacer: y en cuanto al nuevo derecho de gentes, dijo que seria necesario someter aquella obra moral, pero poco practicable á la consideracion de un congreso que se celebraria despues de la guerra, para concluir una paz en que todos los intereses de las naciones quedarian justamente equilibrados. La idea de un nuevo derecho de gentes le parecia muy bella,



pero difícil de realizar, porque los pueblos adoptarían con dificultad disposiciones uniformes, y las observarían más difícilmente aun después de haberlas adoptado. Sin embargo, no se oponía á que se tratasen estas materias en el congreso que debería arreglar más adelante las condiciones de la paz general.

La esplicacion que dió fin á estas conferencias fué muy original. Tuvo por objeto el Oriente y Constantinopla; pues como últimamente por su política en Georgia, y por sus relaciones con los insurgentes de las provincias del Danubio, la Rusia había inspirado algunos temores á la Inglaterra, provocó de parte de esta una nota en la cual la independencia y la integridad del imperio otomano quedaban ya establecidas como principios de la política europea.—No es ese el modo de establecer la confianza entre aliados, dijo Mr. de Nowosiltzoff á Mr. Pitt; mi señor es el hombre del carácter más noble y generoso, y basta confiar en su probidad; pero tratar de contenerle con amenazas, ni aun con insinuaciones, es herirle inútilmente, y más bien que otra cosa se le escita por semejantes medios. En esto, Mr. Pitt trató cuanto pudo de justificarse por haber dejado ver temores tan infundados, y que eran muy naturales antes de haberse inspirado mutuamente una completa confianza, pero que ya se hacían imposibles para lo futuro, y sobre todo con la intimidación que se iba á establecer.—Por otra parte, dijo Mr. de Nowosiltzoff, ¿qué inconveniente habría en que Constantinopla perteneciese á los rusos, siendo un pueblo civilizador en vez de pertenecer á uno bárbaro como los turcos? ¿No ganaría considera-

blemente vuestro comercio del Mar Negro? No hay duda en que si el Oriente estuviese sometido á la Francia siempre usurpadora, el peligro sería real y efectivo; pero este sería inútil si se tratara de la Rusia.—Nada tenía que decir á esto la Inglaterra; por lo tanto, Mr. Pitt (1) respondió que estas consideraciones tenían mucho peso á sus ojos, que por lo que á él hacía, no tenía predisposición alguna sobre este punto, ni veía un peligro muy grande en que Constantinopla perteneciese á los rusos; pero que era una preocupación arraigada en su nación, que se veía obligado á respetarla, y que valía más no tocar en aquellos momentos tal asunto.

Mr. de Strogonoff no pudo obtener nada ó casi nada con relación á España. Esta nación, decía el gabinete inglés, entregaba todos sus recursos á Francia, y era una tontería tener consideraciones con ella; sin embargo, si quería declararse contra la Francia, se le devolverían sus galeras.

Salieron, pues, Mr. de Strogonoff para Madrid, y Nowosiltzoff para San Petersburgo, y se convino que á lord Gower, después lord Granville, y entonces embajador de Inglaterra en San Petersburgo, se le darían poderes circunstanciados para concluir un tratado sobre las bases establecidas entre ambas cortes.

El plan ruso no sufrió más que algunos días de arreglo en Londres, y volvió despojado de cuanto tenía de generoso y de poco práctico. Reduciase á un proyecto de destrucción contra la

(1) Este pormenor está contenido en una carta muy curiosa de Mr. de Nowosiltzoff á su gabinete.



Francia. ¡Nada de independencia para la Italia, la Alemania, ni la Polonia! La fundacion del reino del Piamonte y del de las Dos Belgicas, con una idea profunda de odio, y la Prusia sobre el Rhin; eludida la restitucion de Malta y aplazado el nuevo derecho de gentes para un congreso futuro; por último, antes de comenzar las hostilidades, un simulacro de negociacion, que seria inútil, porque la guerra general é inmediata estaba en el fondo de las cosas; hé aqui todo lo que quedó de aquel pomposo proyecto de reconstitucion europea, resultado de una especie de fermentacion de las cabezas jóvenes que gobernaban la Rusia. En este concepto, empezóse á negociar en San Petersburgo con lord Gower, sobre los puntos convenidos en Londres entre M. M. Pitt y Nowosiltzoff.

Mientras que de este modo se aliaban á Inglaterra, era menester emprender un trabajo análogo asi en Austria como en Prusia, para conducir las á la nueva coalicion. La Prusia que se habia comprometido con la Rusia para hacer la guerra á la Francia, si esta traspasaba el limite de Hannover, pero que al mismo tiempo prometió á la Francia quedar inviolablemente neutra si no se aumentaba el número de franceses en Alemania, no queria salir de tan peligroso equilibrio. Aparentaba no comprender lo que le decia la Rusia y se encerraba en su antiguo sistema que se habia convertido en proverbial, *la neutralidad del norte de Alemania*. Este modo de eludir la cuestion, le era tanto mas fácil, cuanto que por temor de que los nuevos secretos de la coalicion fuesen transmitidos á Napoleon, los diplomáticos rusos no se habian atrevido

á esplicarse abiertamente, pues el gabinete de Berlin, habia adquirido por sus continuas vacilaciones, tal reputacion de falsedad, que se creia no poderle confiar un secreto, sin que al instante lo comunicase á la Francia. Por consiguiente no se le habló del proyecto que se habia llevado á Londres, ni de la negociacion que se siguió, pero se le citaba diariamente las nuevas usurpaciones de Napoleon, particularmente la conversion de la república italiana en reino, lo cual, segun se decia, significaba una reunion de la Lombardia á la Francia semejante á la reunion del Piamonte. Además de esto se anunciaban los mas gigantescos planes, pues se esparcia la voz de que Napoleon iba á constituir Parma, Plasencia, Nápoles, y por último la misma España, en reinos para su familia; que la Holanda tendria muy pronto la misma suerte; que la Suiza quedaria incorporada so pretexto de una rectificacion de las fronteras francesas; que el cardenal Fesch subiria muy en breve al trono pontifical; que era necesario salvar la Europa de una dominacion universal, y por último, que las cortes que se obstinaban en vivir en la apatía, serian causa de la pérdida comun en la cual se verian ellas mismas envueltas. Sobre todo sabiendo que la rivalidad del Austria y de la Prusia era la causa principal que inclinaba á esta hácia la Francia, se procuraba conciliar á las dos; con cuyo objeto se pedia á la Prusia que fijase sus pretensiones y las diese á conocer, que se trataria de recabar del Austria la aprobacion de las sovas, y que se harian los mayores esfuerzos por conciliar á unos y á otros por medio de una sentencia definitiva de árbitros. Anunciábase que



mediante algunos votos católicos de mas en el colegio de los principes, concesion de muy poca importancia, el Austria se contentaria para siempre con lo resuelto en las deliberaciones de 1803, y consagraria por su irrevocable adhesion los nuevos arreglos, que tantas ganancias habian proporcionado á la Prusia; y aun se adelantaban á insinuar que si por desgracia la lucha se hacia inevitable, la Prusia quedaria ampliamente indemnizada de las vicisitudes de la guerra. No obstante, nadie confesaba que estaba próxima á formarse una nueva coalicion, y que aun estaba ya concluida en principio; parecia que no se espresaba mas que un voto que era el de ver á la Prusia unirse al resto de Europa, para garantizar el equilibrio del mundo, gravemente amenazado.

Con objeto de abordar mas de cerca la córte de Prusia, se envió á ella un general ruso, oficial de estado mayor, bastante habil, Mr. de Vintzingerode, que debia insinuarse poco á poco con el rey, pero con el rey solo, y que teniendo conocimientos del plan militar, pudiese, si lograba que le escuchase, proponer los medios de ejecucion y arreglar el todo y los pormenores de la guerra futura. Mr. de Vintzingerode que llegó á fines del invierno de 1804, momento en que Napoleon se disponia á salir para Italia, observó una gran reserva de parte del gabinete ruso, pero fué adelantándose un poco mas con el rey y al tiempo que invocaba la amistad comenzada en Memel entre los dos soberanos, trató de inclinar á este principe en nombre de aquella amistad y de la causa comun de los reyes. El jóven Federico Guillermo, viéndose tan hostigado, y comprendiendo por úl-

timo de lo que se trataba, protestó de su afecto personal por Alejandro y de sus vivas simpatias por la causa de la Europa, pero objetó que era el primero que estaba espuesto á los golpes de Napoleon, que nunca se creia bastante fuerte para luchar con este poderoso adversario, que los socorros que se le prometian llegarían demasiado tarde, porque estaban muy lejos, y que seria vencido y quizá destruido, antes que nadie acudiese á su socorro, y por último, se negó obstinadamente á tomar parte en una coalicion que se le habia dejado entrever sin participársela espresamente, concluyendo con hacer valer el peligro de remitirse despues á las sugeriones de Inglaterra, y aun propuso para evitar una guerra general, que temia mucho, servir de mediador entre la Rusia y la Francia.

En aquella coyuntura delicada llamó el rey para consultarle á Mr. de Haugwitz que se habia retirado á sus tierras de Silesia, y encontró en sus consejos un nuevo alimento á su politica ambigua y pacifica. Si hubiese necesitado adoptar una resolucion decisiva, Mr. de Haugwitz hubiera propendido á la Francia, Mr. de Hardemberg, que le sucedió, se hubiera inclinado á la Rusia, pero este último estaba pronto á decidirse, segun decia, en favor de la Francia, lo mismo que en favor de aquella potencia, con tal que se tomase un partido. Con menos talento, con menos tacto y con menos prudencia que Mr. de Haugwitz, se complacia en censurar las tergiversaciones de este y profesaba, por diferenciarse de su predecesor, el principio de los partidos fuertemente pronunciados. Era preciso, con arreglo á su dictamen in-



clinarse á la Francia, abrazar su causa, si parecia útil, pero asegurando positivas ventajas y recogiendo el precio de una preferencia decidida. En este punto agradaba al rey menos que á Mr. Haugwitz, que dejaba gustar á este príncipe el placer de la indecision, y ya se notaba entre Mr. Haugwitz y Mr. de Hardemberg aquella diferencia de language, por la que empieza la ruptura entre ministros rivales en las córtes ó en los estados libres.

El rey, para contestar al enviado de Mr. Vintzingerode, quiso tambien enviar á un sugeto de confianza á San Petersburgo, y eligió para este encargo á Mr. de Zastrow, con mision de esplicar su posicion al emperador Alejandro, haciéndole aprobar su conducta reservada y penetrar, si era posible, el secreto aún encubierto de la nueva coalicion. En tanto que despachaba á Mr. de Zastrow á San Petersburgo con este objeto, Federico Guillermo se vanagloriaba con Napoleon de su resistencia á las sugerencias de la Rusia: hablaba de la neutralidad, del Norte de Alemania, no como de una verdadera neutralidad, á pesar de que lo era en efecto, sino como de una alianza positiva, que cubria el Norte de la Francia contra todos los enemigos que la combatiesen: dicho príncipe le ofrecia además, lo mismo que á la Rusia, representar el papel de conciliador.

Despues de haber prolongado Mr. de Vintzingerode su estancia en Berlin, hasta hacerse importuno á la córte de Prusia, que temia comprometerse con la presencia de un agente ruso, se trasladó á Viena, en donde se hacian los mismos esfuerzos que en Berlin. No se necesitaba con el

Austria tanto disimulo como con la Prusia, ó mejor dicho, ninguno se necesitaba, porque aquella potencia odiaba á Napoleon y apetecia ardientemente la espulsion de los franceses de Italia. Podíase, pues, hablar con claridad y decir lo que se queria, pues ella deseaba lo mismo que pedian en San Petersburgo. El Austria además sabia guardar un secreto, pues si en apariencia tenia con la Francia consideraciones y con Napoleon usaba un language adulator, alimentaba en el fondo todo el resentimiento de una ambicion contenida y dominada por espacio de diez años. Habia entrado, pues, secretamente en los sentimientos de la Rusia, pero acordándose de sus derrotas, solo se habia coligado con mucha prudencia, comprometiéndose condicional y precautoriamente. Firmó con la Rusia un convenio secreto, que era para el Mediodia de Europa lo que era para el Norte el convenio firmado por la Prusia, y prometia en ella salir de su papel inactivo, si la Francia, cometiendo nuevas usurpaciones en Italia, estendia la ocupacion del reino de Napoles limitada al golfo de Tarento, si interesaba nuevas incorporaciones como la del Piamonte, ó amenazaba alguna parte del imperio turco, como el Egipto. En este caso debia ser su contingente de guerra trescientos cincuenta mil austriacos, pues tenia la seguridad de que si la fortuna favorecia á los ejércitos coaligados, obtendria en Italia hasta el Adda y el Pó, con lo cual quedaba fuera el Milanésado. Además le prometieron volver á colocar en sus antiguos estados á los duques de Toscana y de Módena, dándole á ella desde luego el pais de Salzburgo y el Brisgau que quedarian vacantes; y



la casa de Saboya debía poseer un gran establecimiento en Italia compuesto del Milanésado, el Piamonte y Génova. A esto estaba reducido el plan ruso: tanto en Viena como en Londres era hostil á Francia, y ventajoso para los coaligados, Austria quiso y logró que este convenio (1) permaneciese sepultado en un profundo misterio, á fin de no comprometerse sobrado pronto con Napoleon, debiendo hacerle la justicia de decir que á lo me-

(1) Este convenio es de fecha 6 de noviembre de 1804, y damos su texto desconocido hasta aqui como el del convenio celebrado con Prusia.

*Declaracion firmada el 25 de octubre de 1804.  
6 de noviembre*

La influencia y preponderancia que egerce el gobierno francés en los estados e reuvecinos y los muchos países que ocupan sus tropas, inspiran justos temores acerca de la conservación de la tranquilidad y de la seguridad general de la Europa, y S. M. el emperador de todas las Rusias participa de la conviccion en que se halla S. M. el emperador y rey, de que este estado de cosas reclama su mútua solierdad, y que es urgente se unan estrechamente como lo exige el estado de crisis y de peligro á que se halla espuesta Europa.

Los que abajo firman, revestidos de las facultades necesarias, y provistos de las instrucciones convenientes para negociar y llevar á cabo una obra tan útil en union con el plenipotenciario de S. M. el emperador y rey, despues de haberse comunicado mútuamente los poderes que se hallan en debida forma, han convenido con dicho plenipotenciario en las estipulaciones que contienen los artículos siguientes.

ARTICULO 1.º S. M. el emperador de todas las Rusias se compromete, á vista de la crisis y el riesgo de que arriba se ha hecho mencion, á unirse íntimamente con S. M. el emperador y rey, y los dos monarcas tendrán cuidado de prevenirse y entenderse mútuamente acerca de las negociaciones y tratos que sea oportuno entablar con otras potencias para el mismo objeto considerando entre ellos, dando los pasos de modo que no se comprome-

neciese sepultado en un profundo misterio, á fin de no comprometerse sobrado pronto con Napoleon, debiendo hacerle la justicia de decir que á lo me-

ta en manera alguna el presente convenio, antes de que se hayan decidido á publicarle de comun acuerdo.

ART. 2.º S. M., el emperador de todas las Rusias y S. M. el emperador y rey, no descuidarán ninguna ocasion de ponerse en estado de cooperar eficazmente á las medidas activas que crean necesarias para evitar los riesgos de que inmediatamente estuviere amenazada la seguridad general.

ART. 3.º Si de resultas de la oposicion que las dos córtes imperiales harán á las miras ambiciosas de Francia en virtud de sus mútuos convenios, fuese atacada inmediatamente una de ellas, (las tropas rusas situadas en las siete Islas Jónicas formaban parte de la estipulacion), las dos altas potencias contratantes se obligan del modo mas formal á poner en movimiento para defensa comun, á la mayor brevedad posible las fuerzas de que se hará mencion en el artículo 3.º

ART. 4.º Si el gobierno francés, abusando de las ventajas que le proporciona la posicion de las tropas que ocupan ahora el territorio del imperio de Alemania, invadiese los países adyacentes, cuya integridad é independencia están esencialmente unidas á los intereses de la Rusia, cuya nacion no podria ver con ojos indiferentes semejante usurpacion, S. M. el emperador de todas las Rusias, se obliga á conducir allí sus fuerzas, y S. M. el emperador y rey, á mirar tal conducta de parte de Francia como una agresion que le impondrá el deber de ponerse cuanto antes en estado de suministrar socorro, conforme á lo estipulado en el presente convenio.

ART. 5.º S. M. I. de todas las Rusias participa completamente del vivo interés con que S. M. I. y real apostólica mira la conservación de la Puerta Olomana, cuya vecindad conviene á las dos; y como un ataque dirigido contra la Turquía europea por cualquiera otra potencia, comprometeria la seguridad de la Rusia y del Austria, sin que la Puerta, merced al estado de turbacion en que se halla, pudiese rechazar por sí una empresa formada contra ella, si por esta razon se establece la guerra directamente



nos no ostentaba hipócritas virtudes como Prusia y Rusia. Obraba como lo exigían sus intereses, sin distraccion, sin inconstancia y sin charlatanismo.

entre una de las dos córtes imperiales y el gobierno francés, la otra se preparará al punto á fin de ayudar en el plazo mas breve posible á la potencia que se halle en guerra, contribuyendo de consuno á conservar la Puerta Otomana en su estado actual.

Art. 6.º Como la suerte del reino de Nápoles debe influir en la de Italia, por cuya independencia se toman particular interés, SS. MM. II. las estipulaciones del presente convenio tendrán efecto en caso de que los franceses quieran estenderse por el reino de Nápoles más allá de sus actuales límites, para apoderarse de la capital y las plazas fuertes de aquel país, penetrando en la Calabria: en una palabra, si obligasen á S. M., el rey de Nápoles, á arriesgar el todo por el todo, oponiéndose por medio de la fuerza á esa nueva violacion de su neutralidad, y S. M. I. de todas las Rusias se hallase empeñada en una guerra contra Francia con motivo de querer socorrer al rey de las Dos Sicilias, S. M. I. y R. se obliga á comenzar por su parte las operaciones contra el enemigo común conforme á lo estipulado, y señaladamente en virtud de los artículos 4, 5, 8 y 9 del presente tratado.

Art. 7.º En vista de la incertidumbre en que actualmente se hallan las dos altas potencias contratantes acerca de los designios futuros del gobierno francés, se reservan, además de lo estipulado anteriormente, convenir, según la urgencia de las circunstancias, en los diferentes casos en que deba exigirse también el empleo simultáneo de sus fuerzas.

Art. 8.º En todos los casos en que las dos córtes imperiales lleguen á tomar medidas activas en virtud del presente convenio ó de los que ulteriormente formen entre si, se comprometen á cooperar simultáneamente y con arreglo á un plan formado incesantemente entre ellas, con fuerzas bastantes para poder abrigar la esperanza de que el enemigo quedará derrotado y se le rechazará hasta sus hogares, cuyas fuerzas no harán de trescientos cincuenta mil hombres sobre las armas, por las dos córtes imperiales, debiendo dar á S. M. I. y R. dos-

mo, mereciendo criticarse únicamente la falsedad del lenguaje que usaba en París.

Sin embargo al firmar este convenio se comprometieron treinta y cinco mil y el resto S. M. el emperador de Rusia. Estas tropas estarán constantemente en un pie brillante, y además se dejará un cuerpo de observacion para que cuide de que la corte de Berlin permanezca pasiva, distribuyéndose los ejércitos respectivos de modo que las fuerzas de las dos córtes imperiales que obrarán de concierto no sean inferiores en número á las del enemigo.

Art. 9.º En conformidad al deseo manifestado por la corte imperial y real, S. M. I. de todas las Rusias se compromete á interponer su mediacion, á fin de conseguir que la corte de Londres conceda á S. M. I. y R. apostólica, en los casos de guerra con Francia mencionados en la presente declaracion ó que resulten de los contratos futuros que las dos córtes imperiales se reservan formar en el art. 7.º, subsidios no solo para dar principio á la campaña, sino anualmente mientras dure la guerra, según y en los términos que convenga, á ser esto posible, á la corte de Viena.

Art. 10. Cuando se trate de ejecutar los planes formados, se pesarán los obstáculos que resulten, tanto del estado actual de las fuerzas y de las fronteras de la monarquia austriaca como de los riesgos inminentes á que se verá espuesto este estado de resultas de los alardes de fuerza y armamentos que llevaria consigo inmediatamente una invasion prematura por parte de Francia. En consecuencia, al determinar las medidas activas que convendrá tomar, y mientras lo permitan la seguridad de los dos imperios y el interés esencial de la causa común, se pondrá la mayor atencion en combinar el empleo con el tiempo y la posibilidad de poner las fuerzas y las fronteras de S. M. el emperador y rey en situacion de poder abrir la campaña con la energia necesaria para conseguir el objeto de la guerra. Una vez, sin embargo, que la usurpacion cometida por los franceses haya establecido los casos en que S. M. I. y R. apostólica, esté comprometida á tomar parte en la guerra en virtud del presente tratado y de los que en lo sucesivo se formen de resultas de este,



cia en creer sería simplemente un acto de precaución, pues no cesaba de temer la guerra, y por lo mismo, luego que lo firmó se negó á todas las instancias que le hizo el emperador de Rusia para que inmediatamente pasara á los preparativos militares, desesperándole con su inercia; pero cuando supo el arreglo hecho por Napoleon en Italia, salió de pronto de su inacción. El título de rey

se obliga á no perder un momento para ponerse en estado, en el plazo mas corto posible, que no deberá exceder de tres meses despues de hecha la reclamacion, de cooperar eficazmente con S. M. I. de todas las Rusias, y proceder con vigor á la ejecucion del plan que se adopte.

ART. 11. Como los principios que profesan uno y otro soberano no les permiten en ningun caso forzar el libre voto de la nacion francesa, la guerra no tendrá por objeto producir una contra-revolucion, sino únicamente remediar los peligros comunes á la Europa.

ART. 12. Conociendo S. M. el emperador de todas las Rusias lo justo de que si llega á estallar de nuevo la guerra, reciba una indemnizacion la casa de Austria por las pérdidas inmensas que ha sufrido en las guerras que últimamente ha tenido con Francia, se compromete á cooperar por que consiga en el caso espresado la referida indemnizacion, segun lo permita el buen éxito de las armas. Sin embargo, aun en caso de un éxito sumamente feliz, S. M. el emperador y rey no estenderá en Italia sus limites hasta mas allá del Adda en el Occidente, y del Po en el Mediodia, en la inteligencia que la embocadura mas meridional de todas las que tiene este último rio, será la que se emplee para ello. Las dos córtes imperiales desean que en el caso supuesto de buen éxito, pueda ser repuesto en Italia el elector de Salzburgo, para lo cual se le pondrá en posesion del gran ducado de Toscana, ó se le dará alguna otra colocacion conveniente en la parte septentrional de Italia, suponiendo que los sucesos permitan realizar este arreglo.

ART. 15. Siempre en la misma suposicion SS. MM II.

que habia tomado Napoleon, y sobre todo, el título tan general de rey de Italia, que al parecer debia estenderse á toda la peninsula, alarmáronle en gran manera, y sin detencion dió principio á los armamentos que en un principio quiso retardar, llamando al célebre Mack, ministro que era de la guerra, y que aunque falto de las cualidades propias de un general en jefe, no carecia de talento para organizar los ejércitos. Desde entonces prestó oidos con suma atencion á las proposiciones de la Rusia, y si bien no se comprometió por escrito á entrar inmediatamente en guerra, dejó á su cuidado el dar impulso á las negociaciones que una y otra tenian pendientes con Inglaterra, y el tratar con esta potencia la cuestion de

harán los mayores esfuerzos para ver de restablecer al rey de Cerdeña en Fiamonte, dándole mas territorio en lo sucesivo; y en la hipótesis de que el éxito de las armas no fuese tan favorable, siempre convendria asegurarle en Italia una colocacion adecuada á sus circunstancias.

ART. 14. En el mismo caso de buen éxito, las dos córtes imperiales se entenderán entre si acerca de la suerte de las Legaciones, y harán se restituyan á los herederos legítimos del último duque, los ducados de Módena, Massa y Carrara; pero en caso de que los sucesos obligasen á las altas potencias contratantes á reducir estos proyectos, las espresadas Legaciones y el territorio de Módena, podrian darse al rey de Cerdeña, permaneciendo en Alemania el archiduque Fernando, y contentándose S. M. si era preciso, con una frontera en Italia mas próxima que el Adda á la que existe en la actualidad.

ART. 15. Si las circunstancias permitiesen volver á colocar en Italia al elector de Salzburgo, quedarán agregados á la monarquía austriaca el espresado pais, y los de Berchtolsghaden y Passau, siendo este tambien el único caso en que S. M. conseguiria estender su frontera en Alemania. En cuanto á la



subsidios, mientras ella discutía con Mr. de Vintzingerode un plan de guerra concebido según todas las hipótesis imaginables.

De consiguiente, en San Petersburgo era donde debía anudarse definitivamente la nueva coalición, es decir, la tercera empezando á contar

parte del país de Aichstaedt, que en la actualidad posee el elector de Salzburgo, se dispondrá del modo que las dos córtes convengan entre sí, y especialmente en favor del elector de Baviera, si por la parte que tomase en favor de la causa común, estuviese en el caso de ser mejorado. Del mismo modo, suponiendo, según se dice en el artículo anterior, que los herederos del difunto duque de Módena sean repuestos en sus antiguas posesiones, podría servir el territorio de Brisgau y del Ortenau para animar en servicio de la buena causa á uno de los principales príncipes de Alemania, y especialmente al elector de Baden, en favor del cual lo renunciaría la casa de Austria.

Art. 16. Las dos altas potencias contratantes se obligan á no deponer las armas ni á tratar de avenencia con el enemigo común sino con consentimiento mútuo, y precediendo antes un convenio entre ellas.

Art. 17. Limitando por ahora á los objetos y puntos ya mencionados el presente convenio, sobre cuya celebracion prometen una y otra potencia guardar el secreto mas inviolable, se reservan, sin tardanza alguna é inmediatamente, convenir en los arreglos que deban hacerse ulteriormente, tanto en los arreglos de un plan de operaciones, caso de que la guerra sea inevitable, como sobre todo lo relativo al mantenimiento de las respectivas tropas, ora se hallen en los estados austríacos, ora en territorios estrangeros.

Art. 18. La presente declaracion, mútuamente reconocida como obligatoria, tan obligatoria como el tratado mas solemne, será ratificada en el espacio de seis semanas, ó antes si fuese posible, y las actas de ratificacion cangeadas en igual tiempo.

En fé de lo cual, etc

desde principios de la revolucion francesa. La de 1792 terminó en Campo-Formio en 1797, á los golpes del general Bonaparte; la de 1798 la deshizo en 1801 el primer consul, y la tercera, esto es, la de 1804, debía morir también á manos del emperador Napoleon.

Ya hemos dicho que lord Gower tenia plenos poderes de su córte para tratar con el gabinete ruso, y en consecuencia, despues de largos debates, convinieron en las condiciones siguientes. Debía formarse una coalición entre las potencias de Europa, comprendiendo al principio la Inglaterra y Prusia, y mas tarde á las que pudieran convencer. Su objeto era la evacuacion del Hannover y el norte de la Alemania, la independencia efectiva de Holanda y Suiza, la evacuacion de toda la Italia, inclusa la isla de Elba, la reconstitucion y el ensanche del reino de Piamonte, la consolidacion del reino de Nápoles, y por último, el establecimiento en Europa de un órden de cosas que garantizase la seguridad de todos los estados contra las usurpaciones de Francia. Por supuesto, que no se marcaba terminantemente el objeto del plan, á fin de que quedase cierta latitud para entrar en tratos con Francia, á lo menos de un modo ficticio, debiendo invitarse en seguida á todas las potencias á que se adhirsesen á él.

Los coaligados resolvieron reunir á lo menos quinientos mil hombres, y entrar en accion así que tuviesen cuatrocientos mil, debiendo suministrar Inglaterra 1.250,000 libras esterlinas (31.250,000 francos) por cien mil hombres, y además concedió una cantidad que debía pagar



de una vez, y equivalia á tres meses de subsidios para los primeros gastos de la campaña. El Austria se comprometió á poner sobre las armas doscientos cincuenta mil hombres, debiendo dar el resto hasta los quinientos mil, Rusia, Suecia, Hannover, Inglaterra y Nápoles. La gravísima cuestion del asentimiento de Prusia, la resolvieron del modo mas temerario, pues Inglaterra y Rusia se prometieron hacer causa comun contra toda potencia que con sus medidas hostiles ó solamente con sus relaciones demasiado estrechas con Francia, se opusiera á los intentos de los coligados. Efectivamente, se decidió que dividiendo Rusia en dos masas sus fuerzas, enviaria una de ellas por la Galicia en socorro de Austria, y la otra por Polonia á las fronteras del territorio prusiano, y si Prusia se negaba definitivamente á entrar en la coalicion, Rusia caeria sobre esta potencia antes de que pudiera ponerse en defensa. Para no alarmarla con la reunion en su frontera de semejante ejército, convinieron en pretestar el deseo que tenian de acudir á socorrerla, si Napoleon desconfiaba de ella y se arrojaba sobre sus estados, debiendo en consecuencia dar el nombre de auxiliares y amigos á los ochenta mil rusos destinados á hollar con sus plantas á la nacion prusiana.

Aunque la violencia proyectada contra Prusia, pareció algo temeraria á Inglaterra, la gustaba no poco, pues lo que queria, era librarse de la invasion poniendo en combustion el continente, y escitando en él una guerra espantosa, sean cuales fuesen los combatientes, y ya triunfasen unos ú otros. Por parte de Rusia era al contrario una

gran ligereza, pues esponerse á arrojar la Prusia en brazos de Napoleon, era lo mismo que buscar una derrota segura, aunque invadiera el territorio prusiano tan pronto como se figuraba; pero el príncipe de Czartoryski, que era un jóven obstinadísimo en seguir adelante el proyecto que llegaba á formar, solo veia en todo esto un medio de arrancar Varsovia á Prusia, á fin de volver á constituir la Polonia, dándola á Alejandro.

El plan militar indicado por la situacion de las potencias, se reducía siempre á atacar con tres masas; por el Mediodia con los rusos de Corfú, los napolitanos y los ingleses, los cuales debian subir hácia la península italiana, y reunirse en Lombardia con cien mil austriacos; por el Este, con el gran ejército austriaco-ruso que operaba sobre el Danubio; y por el Norte con los suecos, los hannoverianos y los rusos, cuyo intento era bajar hácia el Rhin.

En cuanto al plan diplomático, consistia en intervenir en nombre de una *liga de intervencion*, y proponer un arreglo antes de emprender la lucha. Rusia tenia en mucho esta parte de su proyecto primitivo, porque así conservaba la actitud de árbitro que tanto halagaba su orgullo, y preciso es decirlo tambien, que ocultaba la debilidad de su soberano, quien tenia esperanzas aunque vagas, de que Prusia entraria en sus miras, siempre que no la alarmasen demasiado, descubriéndole el verdadero designio de la coalicion, y colocáran á Napoleon en una linea que no pudiera traspasar sin encontrar al frente á toda la Europa sobre las armas, ó tener que hacer concesiones moderadas.



Se logró, pues, que Inglaterra mostrase el mayor disimulo, disimulo no muy digno, pero muy bien calculado para la realizacion de sus miras, y dicha nacion consintió tambien en mantenerse aparte, y que no la nombraran en las negociaciones, sobre todo con Prusia. Para ello cuando Rusia se dirigiese á esta ultima potencia, debia presentarse como si no estuviese ligada con la Gran Bretaña para hacer la guerra de mancomun, y como si quisiera establecer un sistema de intervencion, á fin de poner término á un estado de cosas vejatorio para toda la Europa. Con respecto á la conducta que debia usar con Francia, se convino en que sin decir abiertamente que obraba en nombre de una coaliccion de potencias, ofreciera su intervencion, asegurando haria que todo el mundo aceptase condiciones que fueran equitativas, si Napoleon aceptaba otras por el estilo. Tal era el doble recurso inventado para no espantar á Prusia, ni irritar el orgullo de Napoleon, prestándose á todo Inglaterra; con la intencion de que Rusia se comprometeria con su plan, viniendo á parar á la guerra. En cuanto á Austria, se puso el mayor cuidado en no nombrarla, pues si Napoleon se figuraba era del complot, caeria sobre ella antes de que las demás potencias coaligadas, acudiesen á socorrerla, de suerte que dicha nacion se preparaba para tomar las armas sin mezclarse en las negociaciones. Era necesario seguir el mismo sistema de conducta con la corte de Nápoles, la cual se hallaba espuesta antes que nadie á los golpes de Napoleon, pues el general Saint-Cyr se hallaba en Tarento con una division de quince á diez y ocho mil franceses, y por lo mismo en-

cargaron á la reina Carolina aceptase los compromisos de neutralidad y aun de alianza que Napoleon le propusiera. A todo esto iban embarcándose poco á poco tropas rusas en buques que pasaban por los Dardanelos, yendo á desembarcar en Corfú, donde se preparaba una gruesa division que debia reunirse en el momento oportuno en Nápoles con un refuerzo de ingleses, albaneses y otros, quitándose entonces la máscara y atacando á los franceses por la parte estrema de la peninsula.

Proponiéndose como se proponian las naciones aliadas, intentar antes de nada transigir con Napoleon, era preciso presentarle condiciones á lo menos especiosas, y á no ser la oferta de que los ingleses evacuarian á Malta, no habia ninguna, de suerte que el gabinete ruso dejó á un lado toda la parte brillante de su plan, como, por egemplo, la reorganizacion de Italia y Alemania, la reconstitucion de Polonia y la formacion de un nuevo código marítimo. Si á mas de esto concedia á los ingleses la isla de Malta, en vez de hacer el papel de árbitro, entre Francia é Inglaterra, era tan solo un agente de esta, ó cuando mas un aliado dócil y obediente, y como su intencion no era tal, el gabinete ruso se empeñó en que Malta habia de ser evacuada con una obstinacion que no solia mostrar, presentándose firmemente resuelto á ello cuando llegó el caso de firmar el tratado. Hasta entonces se habia prestado á todo lord Gower para comprometer á Rusia á que celebrase con Inglaterra un convenio cualquiera; pero así que vio le pedian abandonase su gobierno un punto marítimo de la mayor importancia, y que si no era la causa



única de la guerra, era la principal á lo menos, no quiso ceder. Creyéndose lord Gower demasiado atado en sus instrucciones para pasar adelante, se negó á firmar el abandono de Malta, y el proyecto estuvo á punto de frustrarse; pero el emperador Alejandro consintió en firmar el tratado el día 11 de abril, declarando no lo ratificaría hasta que el gabinete inglés renunciase á la isla de Malta. En consecuencia se envió á Londres un correo de gabinete, con el tratado y la condicion aneja á él, condicion de que dependía la ratificación por parte de la Rusia.

A fin de no dejar pasar la estacion propia para operaciones militares, determinó el gabinete ruso que sin pérdida de momento se diese el paso en que se habia convenido, eligiendo en consecuencia para que tratase con el emperador de los franceses, al personage que en Londres formó el primer nudo de aquella coalicion, esto es á Mr. de Nowosiltzoff, nombrando en clase de agregado nada menos que al autor del plan, ya tan desfigurado, de una nueva Europa, es decir al abate Piatoli.

Mr. de Nowosiltzoff estaba muy ufano porque pronto iba á verse en París en presencia del hombre grande que hacia ya algunos años atraía las miradas del mundo entero, y si á medida que se acercaba el momento decisivo, era mayor el deseo que tenia el emperador Alejandro de que surtiese efecto la intervencion que iba á proponer, no lo deseaba menos Mr. de Nowosiltzoff. Joven y ambicioso como era, miraba como una gloria infinita, en primer lugar tratar con Napoleon, y en segundo ser el negociador que, gracias á su habilidad pacificase de pronto á la Europa, precisamente en

el momento en que se aprestaba á emprender de nuevo la guerra. Podíase contar, pues, con que no aumentaría por su parte las dificultades que llevaba consigo semejante negociacion, y así despues de deliberar largo tiempo, se convino en las condiciones que debia proponer á Napoleon con el mas profundo sigilo, encargándole el gabinete ruso presentase uno, dos y hasta tres proyectos á cual mas ventajosos para Francia, pero con la recomendacion especial de que no pasase de uno á otro sin hacer antes la mayor resistencia.

Todos estos proyectos tenian por base la evacuacion del Hannover y Nápoles, ó la independencia efectiva de Suiza y Holanda, en cambio de la evacuacion de Malta por parte de los ingleses, y la promesa de que se formaria mas adelante un nuevo código de derecho marítimo. Napoleon no podia oponer serias dificultades á todo esto, pues si llegaba á celebrarse una paz estable y duradera, no tenia que hacer objecion alguna á lo de evacuar el Hannover, Nápoles, Holanda y aun Suiza, con la condicion de que subsistiría con respecto á esta última el acta de intervencion. La verdadera dificultad era Italia, pues viéndose obligada Rusia á renunciar á sus planes de reconstitucion europea, no era posible cumplir la promesa que hizo á Austria de que si la guerra era inevitable, seria suya parte de Italia, y la otra del futuro reino de Piamonte. Y no era posible cumplir semejante promesa, porque en la hipótesis de que se realizara la intervencion, era preciso conceder á Francia parte de esa misma Italia, so pena de que tuviese que salir de París el negociador al día siguiente de haber llegado. Era esto tanto mas



preciso cuanto que de otro modo la intervencion no hubiera sido una cosa formal, sobre todo para Prusia, ni se hubiera podido comprometer á esta potencia con la idea de una negociacion intentada de buena fe. Hè aqui el arreglo que á consecuencia de esto debia proponerse en lo sucesivo. Lo primero que querian pedir era la separacion del Piamonte, sin perjuicio de reconstituirle en estado separado para una rama de la familia de Bonaparte, y además el abandono del reino actual de Italia, destinado con Génova á la casa de Saboya, quedando Parma y Plasencia para dotar con ellas á un príncipe de la familia de Bonaparte. A esto se redujo la primera proposicion; con arreglo á la segunda el Piamonte debia quedar incorporado á Francia, el reino de Italia, ensanchado con Génova, se daria como en el primer proyecto, á la casa de Saboya, y Parma y Plasencia, serian la única dotacion de las ramas colaterales de la casa de Bonaparte. De esta segunda proposicion se pasaria en fin á la tercera, que se reduciria á lo siguiente: el Piamonte seguiria siendo provincia francesa, el reino actual de Italia se daria á la familia de Bonaparte, la indemnizacion concedida á la casa de Saboya quedaria reducida á Parma, Plasencia y Génova, y el reino de Etruria, señalado hacia cuatro años á una rama española, continuaria lo mismo.

Preciso es decirlo, si á estas últimas condiciones se hubiera añadido la de que los ingleses evacuaran á Malta, Napoleon no hubiera tenido ningun motivo legitimo para rehusar la paz, pues estas eran las condiciones consignadas en los tratados de Luneville y Amiens, con el Piamonte

además para Francia. Limitándose en la realidad á Parma y Plasencia, que pertenecian á Francia por muerte del último duque, y á Génova independiente hasta entonces, limitándose á esto decimos, el sacrificio pedido á Napoleon, este podia consentir en semejante proyecto, si además se tenia en cuenta su dignidad en la forma que se diose á las proposiciones.

Todos los magníficos proyectos de los amigos de Alejandro iban á parar, pues, á un resultado bien mezquino: como que despues de soñar con que reconstituirian á la Europa por medio de una intervencion poderosa, y de ver sus sueños convertidos en Londres en un proyecto de destruccion contra Francia, asustada Rusia de haber avanzado tanto, reducía su gran intervencion á conseguir que la casa de Saboya obtuviese á Parma y Plasencia por via de indemnizacion, puesto que nunca se habia negado Napoleon, una vez restablecida la paz, á evacuar el Hannover y Nápoles, consintiendo en que Holanda y Suiza fuesen estados independientes. Y lo peor es, que si no conseguia una cosa de tan pequeña importancia, tenia que emprender una guerra formidable, porque merced á una conducta inconsiderada y ligera, Rusia se hallaba colocada en un desfiladero bien estrecho.

Convino además en que pediria los pasaportes para Mr. de Novosiltzoff por conducto de una corte amiga, y no habia otras entre quienes escoger, sino Prusia y Austria. Dirigirse á esta última potencia, era atraer sobre ella las miradas penetrantes de Napoleon, y ya hemos dicho que el gabinete ruso queria que aquella olvidase hasta donde fuese posible, á fin de que tuviera tiempo para



prepararse. Prusia, por el contrario, se habia brindado á ser mediadora, lo cual era una ocasion natural de valerse de ella para conseguir los pasaportes de Mr. Nowosiltzoff, quien debia al mismo tiempo pasar por Berlin, ver al rey de Prusia, hacer una nueva tentativa para con aquel príncipe, comunicar á él únicamente y no á su gabinete, las condiciones moderadas propuestas á Francia, y manifestar que si se negaba á semejante arreglo era porque tenia miras alarmantes con respecto á Europa, é inconciliables con la independencia de todos los estados, y que en este caso se hallaba el mundo entero en el deber de unirse á fin de marchar contra el enemigo comun.

Consiguiente á esto, Mr. de Nowosiltzoff salió para Berlin, á donde llegó en posta porque anhelaba dar principio á la negociacion de acuerdo con el abate Piátoli, á quien llevaba consigo, y se mostró cariñoso, conciliador y sumamente reservado. Pero desgraciadamente el rey de Prusia habia salido á recorrer sus provincias de Franconia, circunstancia sensible. Habia el doble peligro de que se negase Inglaterra á evacuar á Malta, lo cual haria imposible cualquiera negociacion, ó de que Napoleon intentase algo sobre Italia, en cuya nacion se hallaba entonces, con lo cual arruinaria de antemano los diferentes proyectos de avenencia formados por el gabinete ruso. Importaba, pues, en gran manera á la causa de la paz que Mr. de Nowosiltzoff llegase á Francia cuanto antes, á lo cual se unia que los jóvenes que gobernaban el imperio ruso se dejaban llevar de tal modo de las impresiones, que el primer contacto que tuviesen con Napoleon, podía atraerlos á él y seducirlos, como

el contacto con Mr. Pitt les habia hecho separarse de su primer plan de regeneracion europea, siendo de sentir por lo mismo, y mucho, el tiempo que iba á perderse. Cuando el rey de Prusia supo que querian se encargarse él de pedir pasaportes para el enviado ruso, se alegró mucho de estas circunstancias y de las probabilidades de paz que creyó vislumbrar en ellas, porque no sospechaba que detrás de aquella tentativa de acomodamiento, habia un proyecto de guerra mas maduro que lo que se decia y pensaban los que se habian comprometido á llevarlo á cabo con tanta ligereza. El pacífico Federico Guilthermo mandó, pues, á su gabinete pidiese inmediatamente á Napoleon pasaportes para Mr. de Nowosiltzoff quien no debia tomar en Paris título alguno oficial, á fin de evitar el inconveniente de tener que reconocer el título imperial que llevaba Napoleon. Cuando se dirigiese á él debia darle únicamente el título de señor y de magestad, pero por lo demás llevaba poderes completos y terminantes que debia presentar, asique estuvieran de acuerdo en que se le autorizaba para conceder el reconocimiento.

Mientras que la Europa se agitaba de este modo contra Napoleon, rodeado él de toda la pompa del trono italiano, abundaba en ideas enteramente contrarias á la de sus adversarios, incluso los mas moderados. La vista de aquella Italia, teatro de sus primeras victorias y objeto de todo su cariño, le infundia nuevos intentos tocante á la grandeza de su imperio y al establecimiento de su familia, y en vez de querer dividirla con nadie, pensaba por el contrario en ocuparla enteramente para crear en ella algunos de



los reinos feudatarios que debian dar fuerza al imperio de Occidente. Los miembros de la consulta italiana que asistieron á la fórmula de instituir el reino de Italia, acompañados del vicepresidente Melzi y del ministro Marescalchi se anticiparon para preparar el recibimiento que debia hacerse en Milan; pero aunque los italianos se envanecian de tenerle por rey y su gobierno les tranquilizaba mas que ningun otro, sin embargo viendo perdida ó aplazada por lo menos, la esperanza de tener un trono puramente italiano, el temor de una guerra con Austria de resultas de este cambio, y aun la generalidad del título de rey de Italia, propia para agradarles, pero tambien para alarmar á Europa, todo esto decimos, les traia muy inquietos, y MM. Melzi y Marescalchi los encontraron mas alarmados, y no tan entusiasmados como antes de su marcha. El partido liberal exaltado iba alejándose de dia en dia cada vez mas y la aristocracia no se acercaba, de suerte que solo Napoleon podia variar aquel estado de cosas. El cardenal Caprara habia llegado allí y procurado inspirar al clero los sentimientos que él abrigaba para con el emperador, y Mr. de Segur, que iba acompañando á Mr. Marescalchi, escogió las damas y oficiales de palacio en las primeras familias italianas, algunas de las cuales se escusaron en un principio. La accion de Mr. Marescalchi y de algunos miembros de la Consulta, así como el entusiasmo general que causaban las funciones que se preparaban, acabaron por atraer á los que se mantenian rebeldes, y la llegada de Napoleon acabó de decidir á todo el mundo, pues

si su presencia como general habia conmovido siempre profundamente á los italianos, su presencia como emperador y rey debia llamarle la atencion en mayor grado, supuesto que aquel prodigio de fortuna que querian contemplar, habia subido todavia mas. Tropas magnificas, reunidas en los campos de batalla de Marengo y Castiglione, se disponian á ejecutar grandes maniobras y á hacer el simulacro de batallas inmortales; todos los ministros estrangeros habian sido llamados á Milan; la multitud de curiosos que acudieron á Paris para ver la coronacion se dirigia hácia la Lombardia, y dado el impulso, las imaginaciones italianas se exaltaron en favor del hombre que tanto las habia agitado durante nueve años, formándose á imitacion de lo que sucedia en Francia, guardias de honor compuestas de los jóvenes pertenecientes á las familias mas ilustres y elevadas para que saliesen á recibirlo.

En Turin encontró el emperador á Pio VII, de quien se despidió con ternura por última vez, y luego acogió á sus nuevos súbditos con suma amabilidad, ocupándose de sus intereses, distintos aun de los del resto del imperio francés, con el esmero é inteligencia que empleaba en sus viages. Reparó faltas ó injusticias de los empleados, decidió una multitud de peticiones, y con el objeto de seducir á los pueblos, desplegó todos los atractivos del supremo poder. En seguida invirtió algunos dias en visitar á la plaza fuerte, que se debia á él y era la base de su establecimiento en Italia: hablamos de la plaza de Alejandria donde en aquel momento habia reunidos miles de trabajadores. Por último, el dia 5



de mayo, desde un trono levantado en medio de las llanuras de Marengo, donde cinco años antes ganó la autoridad soberana, asistió á bellisimas maniobras que representaban la batalla. Lannes, Murat y Bessieres mandaban dichas maniobras, faltando únicamente Desaix; Napoleon puso la primera piedra de un monumento destinado á perpetuar la memoria de los valientes que murieron en aquel campo de batalla, y de Alejandria se trasladó á Pavia á donde fueron á rendirle homenaje los magistrados de Milan. El día 8 de mayo entró en su nueva capital al son de los cañonazos y el repique de las campanas, entre las aclamaciones de un pueblo entusiasmado con su presencia, yendo sin detenerse, en medio de las autoridades italianas y el clero, á arrodillarse en la antigua catedral lombarda, admirada por la Europa, y destinada á recibir de él la última mano. Los italianos, sensibles hasta el extremo, se conmueven algunas veces por soberanos á quienes no quieren bien, seducidos, como lo son todos los pueblos, por el poder de los grandes espectáculos: ¡qué no deberían pues, sentir al ver á aquel hombre cuya grandeza habia empezado á su propia vista, aquel astro que podian jactarse de haber descubierto antes que nadie en el horizonte europeo!

Hallábase Napoleon entregado á la embriaguez de la grandeza, cuando le hicieron la proposicion de que admitiese en Paris á Mr. de Nowosiltzoff, y desde luego se mostró dispuesto á recibir al ministro ruso, á oírle, á tratar con él, en cualquier forma que fuese, ya fuera oficial ó no, con tal que fuera formalmente, y que mientras andaba en

tratos con él, no se mostrasen parciales y condescendientes para con Inglaterra. En cuanto á las condiciones, estaba muy lejos de querer disputar con los rusos; pero ignoraba las ofertas que iban á hacerle, solo veia el paso que daban en terminos decorosos, y se guardó muy bien de cometer el error de rechazarlo. En consecuencia, contestó que recibiria en Paris á Mr. de Nowosiltzoff para el mes de julio, pues sus proyectos marítimos, en que no cesaba de ocuparse á pesar de su aparente distraccion, no le permitian regresar á Francia hasta aquella época, proponiéndose para entonces recibir á Mr. de Nowosiltzoff, y juzgar si valia la pena de escucharle, dispuesto siempre al mismo tiempo á interrumpir aquella conferencia diplomática, para ir á Londres á cortar el nudo gordiano de todas las coaliciones.

Aunque no estaba en el secreto de la que acababa de organizarse, y se hallaba muy lejos de creerla tan formada como lo estaba realmente, conocia el carácter del emperador Alejandro, así como el inconsiderado entusiasmo con que abrazaba las ideas de la política inglesa, y por lo mismo al tiempo de dirigir á Prusia los pasaportes pedidos para Mr. de Nowosiltzoff, mandó comunicar á dicha corte las observaciones siguientes:

«El emperador, decia á Mr. de Laforest el ministro de negocios estrangeros, ha leído vuestro despacho, y le parece que justifica plenamente los temores que manifestó en la carta que escribió al rey de Prusia, y al acordarse S. M. del lenguaje que emplean los ministros británicos, se afirma mas y mas en su desconfianza. El emperador Alejandro se deja llevar á pesar suyo, no habiendo co-



nocido que el plan del gabinete inglés, al ofrecerle el papel de mediador, es unir los intereses de Inglaterra con los de Rusia, y hacer que esta tome algún día las armas en sosten de una causa ya también suya.

«Desde el momento en que, por la esperiencia que tiene de los negocios, adquirió el emperador Napoleon nociones precisas acerca del carácter del emperador Alejandro, conoció llegaría el día en que este príncipe tomaría á su cargo la defensa de los intereses de Inglaterra, cuya nacion cuenta con tantos recursos para ganar á una córte tan corrompida como lo es la de San Petersburgo.

«Por muy verosímil que ésta perspectiva fuese para el emperador Napoleon, la ha considerado á sangre fria, y tratado de precaverse de sus resultados hasta donde depende de él. En consecuencia, sin contar la conscripcion del año que corre, acaba de llamar á las armas á la reserva del año XI y el XII, aumentando en quince mil hombres el pedido hecho para la conscripcion del año XIII.

«En el momento en que Mr. de Nowosiltzoff pronuncie una palabra que indique amenazas, insultos ó tratados hipotéticos con Inglaterra, no se le volverá á oír.... Si Rusia ó cualquier otra potencia del continente quiere intervenir en los asuntos del día pesando los intereses de la Francia y la Inglaterra, el emperador no lo llevará á mal y hará con gusto los sacrificios necesarios. Inglaterra por su parte debe hacer otros equivalentes; pero si por el contrario solo se exigiese á Francia que haga sacrificios, cualquiera que sea la union que reine entre las potencias, el empe-

rador se valdrá en toda su estension del derecho que le asiste, los recursos con que puede contar, gracias á su genio, y los ejércitos que tiene á sus ordenes. (Milan 15 de pradiel, año XIII.—4 de junio de 1805).»

El 26 de mayo fué consagrado Napoleon en la catedral de Milan con tanto esplendor como lo habia sido en Paris seis meses antes, en presencia de los ministros de la Europa y los diputados de toda la Italia. La corona de hierro, que pasa por la que los reyes lombardos usaban antiguamente, la condujeron de Monza, donde se la conserva como un objeto precioso, y así que el cardenal Caprara, arzobispo de Milan, la bendijo con las fórmulas puestas en uso en tiempos antiguos para coronar por reyes de Italia á los emperadores germánicos, Napoleon se la puso en la cabeza, como se habia puesto la de emperador de los franceses, pronunciando en italiano estas palabras sacramentales: *Dios me la dá; ¡guay que alguno la toque!* (Dio me l' ha data, gnay á chi la toccherà). Y al decir estas palabras, hizo estremecer á los concurrentes con la energía significativa de su acento. Aquella pompa, preparada por manos italianas, y especialmente por el pintor Appiani, aventajó en hermosura á todo lo que hasta allí se habia visto.

Concluida esta ceremonia, Napoleon promulgó el estatuto orgánico por el cual creaba en Italia una monarquía á imitacion de la de Francia, y nombraba virrey de ella á Eugenio de Beauharnais. En seguida presentó este jóven príncipe á la nacion italiana en una sesion regia del Cuerpo legislativo, invirtiendo todo el mes de junio en presidir el Consejo de estado, y dar al gobierno



interior de Italia el impulso que dió al de Francia, ocupándose día por día en el pormenor de los negocios.

Los italianos, que para estar contentos solo necesitaban tener en su seno un gobierno, y tenían á la vista uno que á su valor efectivo reunia una prodigiosa magia de forma, dejaron á un lado su descontento y la repugnancia con que miraban á los extranjeros, agrupándose en torno del nuevo rey. La presencia de Napoleón apoyado en los formidables ejércitos que organizaba y completaba por lo que pudiera suceder, dispuso el temor de la guerra, y los italianos empezaron á creer no volverían á verla en su territorio, si llegaba á estallar, y que su rumor saldría de las orillas del Danubio, y aun de las puertas de Viena. Todos los domingos pasaba Napoleón grandes revistas á las tropas que se hallaban en Milan, y luego regresaba á palacio, recibiendo en audiencia pública á los embajadores de todas las cortes de Europa, los extranjeros de alguna distincion, y sobre todo á los representantes de las ilustres familias italianas y del clero. En una de dichas audiencias fué cuando trocó las insignias de la Legion de Honor por las mas antiguas y nobles de Europa. El primero que se presentó fué el ministro de Prusia para entregar el Aguila negra y la encarnada; en seguida llegó el embajador de España, quien puso en sus manos el Toisao de Oro, y por último los ministros de Baviera y Portugal, con las ordenes de San Ituberto y de Cristo. Napoleón les dió en cambio el gran Cordon de la Legion de Honor, y concedió un número de condecoraciones igual al que recibia, distribuyendo las estrange-

ras entre los principales personajes del Imperio. Al cabo de algunos meses se encontró su córte bajo el mismo pie que todas las demás de Europa, llevando las mismas insignias, con ricos trages que participaban del uniforme militar, y en medio de aquel esplendor, Napoleón, siempre sencillo en el adorno de su persona, ostentaba en su pecho por única condecoracion una placa de la Legion de Honor, llevaba el uniforme de cazadores de la guardia sin ningun bordado de oro, y un sombrero negro en que solo brillaba la escarapela tricolor, porque queria supiesen todos que el lujo que le rodeaba no se habia hecho para él. Su figura tan noble como bella, en torno de la cual colocaba tantos trofeos gloriosos la imaginacion de los hombres, era lo único que queria mostrar á la atencion de los pueblos, y sin embargo todos le buscaban á él, todos fijaban la vista en su persona en medio de aquel acompañamiento cubierto de oro y recamado con los colores de toda la Europa.

Las ciudades de Italia le enviaron diputaciones para pedirle les concediera el favor de visitar aquella; y esto no lo hacian únicamente por el honor que pudiera reportarles, sino como una ventaja que ambicionaban, pues en todas partes descubria con su acostumbrada penetracion lo que podia hacer en beneficio comun, y siempre encontraba medios de realizar este beneficio con su mano poderosa. Asi es que decidido á dedicar á Italia la primavera y la mitad de verano, para apartar mejor de Boloña la atencion de los ingleses, prometió visitar á Mántua, Bergamo, Verona, Ferrara, Bolonia, Módena y Plasencia; noticia que



llenó de alegría á los italianos, haciéndoles concebir esperanzas de que todas participarían de los beneficios del nuevo reinado.

Su permanencia en aquel hermoso pais produjo á poco esos temibles raptos que tan de temer eran para la conservacion de la paz general, empezando á irritarse contra la corte de Nápoles, que entregada enteramente á los ingleses y rusos, y públicamente protegida por estos últimos en todas las negociaciones, no cesaba de mostrarse hostil á Francia. La imprudente reina que dejó que el gobierno de su esposo se comprometiera por sus odiosas crueldades, dió un paso que le ocurrió por desgracia, y no fué otro que enviar á Milan al mas torpe de los negociadores, á cierto príncipe de Cardito, para que protestase contra el titulo de rey de Italia que Napoleon habia tomado, titulo que para muchos significaba lo que queria decir la inscripcion que se leia en la corona de hierro, á saber *rex totius Italiae*. El marqués de Gallo, embajador que era de Nápoles, y hombre sensato, siendo por lo mismo bastante grato para la corte imperial, trató de impedir se diese aquel paso arriesgado; pero no pudo lograrlo, y Napoleon consintió en recibir al príncipe de Cardito, con tal que fuese en un dia en que recibiera á todo el cuerpo diplomático. Cuando llegó el dia fijado acogió con suma bondad á Mr. Gallo, y despues dirigió en italiano al príncipe de Cardito una arenga atroz en que declaró en términos tan duros como despreciativos para su reina, que la arrojaría de Italia, dejándole apenas la Sicilia para que se refugiasse á ella. Al príncipe de Cardito lo sacaron de allí casi desmayado, y aquel escán-

dalo causó gran sensacion, hablandose de el bien pronto en los despachos de todas las cortes de Europa. En cuanto á Napoleon, desde aquel momento concibió la idea de convertir el reino de Nápoles en un reino de familia, y uno de los feudatarios de su gran imperio, porque empezaba á ocupar su imaginacion el proyecto de arrojar á los Borbones de todos los tronos de Europa. Sin embargo, el celo accidental que mostraban los de España en la guerra contra los ingleses, alejaba para ellos la realizacion de aquel formidable proyecto; pero sospechando Napoleon que pronto tendria que retocar la Europa, ya se aumentase su poder pasando el estrecho de Calais, ya acabara de espulsar de Italia á los austriacos, viéndose obligado para ello á abandonar la guerra marítima por la continental, Napoleon se proponia reunir los estados venecianos á su reino de Lombardia, á fin de emprender entonces la conquista de Nápoles para uno de sus hermanos. Todo esto sin embargo, tenia que retardarlo; pues ocupado esclusivamente en su plan de desembarque, no queria provocar por entonces una guerra continental. Parecióle sin embargo, que no seria arriesgado poner término á la fatal situacion en que se hallaba la república de Génova, república que colocada entre el Mediterráneo donde dominaba Inglaterra, y el Piamonte que Francia habia agregado á su territorio, estaba como aprisionada entre dos grandes potencias, y veia perecer su antigua prosperidad, porque tenia todos los inconvenientes de pertenecer á Francia, sin ninguna de las ventajas que esta reunion debiera reportarle. Efectivamente, los ingleses no quisie-



ron reconocerla, considerándola como aneja al imperio francés y perseguían su pabellón; los berberiscos la saqueaban, insultándola sin ninguna especie de miramiento, y Francia tratándola como si fuese un país extranjero, la separó del Piamonte y el país de Niza por medio de líneas de aduanas y tarifas exclusivas. De este modo se ahogaba Génova entre el mar y la tierra, ambas cerradas por ella, y en cuanto á Francia no recibía mas ventajas que las que le proporcionaba, pues el Apenino que separaba á Génova del Piamonte, formaba una frontera infestada de ladrones, necesitándose una gendarmería tan numerosa como valiente para cuidar de la seguridad de los caminos. Bajo el aspecto de la marina, el tratado celebrado hacia poco, marcaba de un modo muy incompleto los servicios que Génova podía prestarnos, porque aquel puerto estrangero tomado á préstamo, por decirlo así, para fundar en él un establecimiento naval sin ninguna autoridad directa, era un ensayo con otro nombre, al paso que reuniendo al imperio francés el puerto de Génova y la población de los Dos Rios, adquiría Napoleon, desde el Texel hasta el fondo del principal golfo del Mediterráneo una estension de costas y un número de marineros, que podían á fuerza de tiempo y constancia hacerle si no igual á Inglaterra, por mar, á lo menos un rival digno de respeto.

Napoleon no resistió á todas estas consideraciones, pues creyó que solo Inglaterra podia tener un verdadero interés en aquella cuestion, debiendo decir nosotros que no se hubiera atrevido á decidir la suerte del ducado de Parma y Pla-

sencia, ya porque el papa habia puesto sus esperanzas en aquel ducado, ya porque lo deseaba España para ensanchar el reino de Etruria, ya en fin porque hasta la misma Rusia no perdiera la esperanza de que el antiguo rey de Piamonte seria indemnizado mientras quedase un territorio vacante en Italia. Empero le pareció que Austria no se interesaria mucho por Génova, de la cual distaba demasiado, y que para nada la consideraria el papa y la Rusia: la única nacion á quien segun él debia importar su suerte era Inglaterra; mas como no tenia que guardarla miramiento alguno ni la creia tan estrechamente unida á Rusia como lo estaba, resolvió incorporar la republica liguriana al imperio francés.

Esta era una falta, pues en la disposicion de ánimo en que se hallaba Austria, decretar una nueva reunion, era lo mismo que arrojarla en brazos de los coligados y dar á todos nuestros enemigos, quienes esparcian en Europa voces á cual mas pérfidas, nuevo pretesto fundado para que alzasen el grito contra la ambicion de Francia, y sobre todo contra la falta de cumplimiento de las promesas, puesto que cuando Napoleon instituyó el reino de Italia prometió al Senado no agregaria á su imperio ni una sola provincia mas. Napoleon conociendo bastante los malos intentos que abrigaba el continente para creerse dispensado de todo miramiento, lo bastante para apreciar debidamente el peligro de una nueva provocacion, y jactándose de ir bien pronto á resolver en Londres todas las cuestiones europeas, no titubeó un momento en unir Génova á la marina francesa.



Se hallaba de ministro cerca de aquella república, su compatriota Saliceti á quien dió el encargo de sondear y preparar los animos; no siendo muy difícil esta mision, pues no podian estar en Liguria mejor dispuestos. El partido aristócrata y anglo-austriaco era enteramente hostil; el protectorado actual, á cuya sombra se habia puesto Génova, le parecia tan odioso como la reunion á Francia. En cuanto al partido popular, entreveía en esta reunion la libertad de su comercio con el interior del imperio, la certeza de una gran prosperidad futura, la garantía de no caer jamás bajo el yugo de la oligarquía, y por último, la ventaja de pertenecer al primer estado de Europa. La minoría de la nobleza formada por la revolucion, era la única que miraba con algun sentimiento la destruccion de la nacionalidad genovesa; pero los grandes empleos de la corte imperial, eran suficiente incentivo para contentar á los principales personajes de esta nobleza.

Arreglada la proposicion y presentada por algunos senadores al senado genovés, fué adoptada por veinte individuos de veinte y dos que se hallaban presentes: siendo en seguida aprobada por una especie de plebiscito formado á la manera que en Francia después del Consulado. Abriéronse registros públicos y no se descuidó el pueblo genovés, lo mismo que lo habia hecho el galo, en ir á depositar sus votos casi todos favorables. El senado y el dux, siguiendo el parecer de Saliceti, se trasladaron á Milan para entregar su voto á Napoleon. Fueron introducidos á su presencia con un aparato tal, que les

recordaron los tiempos en que los pueblos vencidos, se presentaban á reclamar el honor de formar parte del imperio romano. Napoleon les recibió en su trono, el 4 de junio, y les dijo que atendia su voto; prometiéndoles ir á visitar á Génova al dejar la Italia.

A esta incorporacion se unió otra poco importante que fué como la gota de agua que hace rebosar un vaso. La república de Luca estaba sin gobierno y servia de juguete á la Etruria que se habia convertido en española y al Piemonte que se habia convertido en francés, como un barquichuelo sin timon en una mar tambien pequeña. Las mismas sugerencias la dispusieron á ofrecerse á la Francia y sus magistrados, imitando á los de Génova, pasaron á Milan á pedir el beneficio de una constitucion y de un gobierno. Napoleon acogió tambien sus votos; pero viendo que estaban demasiado lejos para poderlos reunir al imperio, hizo de su territorio el apanage de su hermana mayor, la princesa Elisa muger de talento, algo pedante, pero dotada de las cualidades de reina gobernadora y que supo hacer grata su autoridad en aquel pequeño pais, que administró con mucho tino, por lo cual se le dió el título ingeniosamente inventado por Mr. de Talleyrand de *Semiramis de Luca*. Ya le habia conferido Napoleon el ducado de Piombino y ahora le dió á ella y á su esposo el principe Baciocchi, el pais de Luca, en forma de principado hereditario dependiente del imperio francés, y que debía volver á la corona en caso de estincion de la linea masculina, con todas las condiciones, por consiguiente, de los antiguos feudos



del imperio germánico. Esta hermana debía llevar de allí en adelante el título de princesa de Piombino y de Luca.

Mr. de Talleyrand fué el encargado de escribir á Prusia, y Austria, comunicando estos actos, que consideraba Napoleon como indiferentes á la política de estas potencias ó á lo menos como insuficientes para sacar de su inercia á la corte de Viena. Sin embargo, por mucho que se disimulasen los armamentos del Austria, ya habia notado alguna cosa, chocando no poco á la mirada ejercitada de Napoleon. Varios cuerpos de tropas se habian puesto en movimiento hácia el Tirol y hácia las antiguas provincias venecianas, y aunque la marcha de estos cuerpos no se podia negar, ni el Austria misma la negaba, apresurabase sin embargo á manifestar que pareciéndole demasiado numerosa la reunion de tropas francesas en Marengo y Castiglione para la simple celebracion de regocijos militares, habia hecho tambien algunas reuniones de pura precaucion, á las cuales daba por otra parte suficiente motivo la fiebre amarilla generalizada en España y en Toscana, y particularmente en Liorna. Esta disculpa era creible hasta cierto punto; pero se trataba de saber si se limitaria á mudar de sitio algunas tropas ó si se reclutaba efectivamente el ejército, si se completaban los regimientos, si se remontaba la caballeria; y mas de un aviso secreto transmitido por polacos adictos á la Francia, daban á entender la probabilidad de estas conjeturas. Inmediatamente envió Napoleon oficiales disfrazados al Tirol, al Frioul y á la Carintia para que juzgasen por sus pro-

pios ojos la naturaleza de aquellos preparativos y al mismo tiempo exigió del Austria esplicaciones decisivas.

Otro medio imaginó tambien de sondear las disposiciones de aquella corte, y fué que habiéndose trocado la Legion de Honor con todas las órdenes de las cortes amigas y no habiendo aun hecho este cambio con las de Austria, deseaba ponerse con esta potencia bajo el mismo pié que con las demás, á cuyo fin ideó dirigir con este motivo una inmediata proposicion al Austria y asegurarse de este modo de sus verdaderos sentimientos; pues juzgaba que si esta potencia estaba en efecto decidida á una próxima guerra, no se atreveria á la faz de la Europa y de sus aliados, á dar un testimonio de cordialidad, que segun los usos de las cortes, era mas el significativo que pudiera darse, y particularmente á una potencia tan nueva como el imperio francés. Mr. de la Rochefoucauld habia sustituido en Viena á Mr. de Champagny, que pasó al ministerio del interior, y se le prescribió que exigiese al Austria una esplicacion sobre sus armamentos, y que él propusiese el cambio de sus órdenes por la de la Legion de Honor.

Mientras Napoleon desde el fondo de Italia seguia manteniendo á los ingleses en la ilusion de que el tan anunciado y deseado desembarco, no era mas que una ficcion, se ocupaba sin descanso en asegurar su ejecucion para el verano. Ninguna operacion ha originado la trasmision de tantos correos y despachos como la que meditaba en aquella época. Los agentes consulares y oficiales de marina situados en los puertos españoles y franceses, en Cartagena, Cádiz, el Ferrol, Bayona, emboca-



dura del Girona, Rochefort, embocadura del Loira, Lorient, Brest y Cherburgo, con correos á su disposicion, trasmitian las menores noticias que recibian, y las encaminaban á Italia; otros numerosos agentes secretos, establecidos en los puertos de Inglaterra, espedian sus informes que eran inmediatamente trasmitados á Napoleon; finalmente, Mr. de Marbois que tenia un gran conocimiento en los negocios británicos, tenia el encargo particular de leer por sí mismo todos los periódicos publicados en Inglaterra y traducir las menores noticias que tuviesen relacion con las operaciones navales; y cosa notable, Napoleon que con tanto acierto supo parar todas las combinaciones del almirantazgo inglés, lo debió mas que á nada, á la luz que le prestaban aquellos periódicos; pues aunque las mas de las veces referian sucesos falsos, él, con su prodigiosa sagacidad, adivinaba la parte de verdad que contenian. Pero aun hay algo mas singular que todo eso, y es que á fuerza de atribuir á Napoleon los planes mas extraordinarios, y muchas veces los mas absurdos, algunos de ellos habian acertado sin dudarle su verdadero proyecto, y decian que enviaba sus escuadras á distancia, para reunir las de repente en la Mancha; pero el almirantazgo no se detuvo en esa suposicion, que sin embargo era la verdadera, ó á lo menos sus combinaciones no dieron á entender que les dió crédito.

Napoleon, esceptuando una circunstancia que le disgustaba mucho y que determinó una modificacion última á su vasto plan, tenia motivos para estar satisfecho de la marcha de sus operaciones; pues, como hemos dicho, el almirante Missiessy,

se hizo á la vela en enero hácia las Antillas y aunque no se sabian todavía los pormenores de su expedicion, no se ignoraba que los ingleses estaban muy alarmados por sus colonias; que una de ellas, la Dominica, acababa de ser tomada y que enviaban refuerzos á los mares de América, lo cual era una circunstancia muy favorable para los franceses en los mares de Europa; en cuanto al almirante Villeneuve, salió de Tolon el 30 de marzo, y despues de una navegacion cuyos pormenores se ignoraban, apareció en Cádiz, se reunió al almirante Gravina que llevaba una division española de seis navios y muchas fragatas, mas, el navio francés el *Aguila*, y se dirigió hácia la Martinica, sabiéndose tambien aunque no habia habido noticias suyas desde entonces, que Nelson, encargado de vigilar el Mediterráneo, no pudo encontrarle ni á la salida de Tolon, ni á la salida del estrecho. Los marinos españoles hacian lo que podian, en el estado de abandono en que les dejaba un gobierno ignorante, corrompido é inerte. El almirante Salcedo reunió una escuadra de siete navios en Cartagena, el almirante Gravina, como se acababa de ver, una de seis en Cadiz; y el almirante Grandellana, una tercera de ocho en el Ferrol, la cual debia operar con la division francesa que estaba anclada en este puerto. Pero faltaban marineros á consecuencia de la epidemia y del mal estado del comercio español, y se echaba mano de los pescadores y trabajadores de los pueblos, para formar las tripulaciones, finalmente, una grande escasez de granos, unida á la escasez de la hacienda y á la epidemia, empobrecieron de tal manera los recursos de España, que no se pudo



proveer á las escuadras de los seis meses de galleta que necesitaba cada una; pues el almirante Gravina, llevó apenas para tres meses cuando salió con Villeneuve, y Grandellana en el Ferrol, no tenía mas que para quince dias escasos. Felizmente, Mr. Ouvrard, á quien hemos visto encargarse de los negocios de Francia y de la España, habia llegado á Madrid, encantado con los más seductores proyectos de una corte degradada, obtenido su confianza, concluido con ella un tratado que daremos á conocer mas adelante y contenido por medio de diferentes combinaciones los horrores de la escasez. Al mismo tiempo acababa de abastecer las escuadras españolas de alguna cantidad de galleta, y por consiguiente las cosas marchaban en los puertos de la península, tan bien como podia permitirlo la desorganización de la administración española.

Pero en tanto que el almirante Missiesy difundia el terror en las Antillas inglesas y los almirantes Villeneuve y Gravina, navegaban juntos sin contratiempo alguno hácia la Martinica, Ganteaume que debia unirse á ellos, no pudo aprovechar un solo dia para salir del puerto de Brest por un fenómeno de la estación. Jamás se habia visto en cuanto puede alcanzar la memoria del hombre, que el equinocio no se manifestase por algunas ráfagas, de viento, y sin embargo los meses de marzo, abril y mayo (1805) habian pasado sin que la escuadra inglesa se hubiese visto obligada un solo instante á alejarse de la vista de Brest. El almirante Ganteaume que sabia la inmensa operación á que debia concurrir, esperaba con tal impaciencia el momento de salir, que por último

cayó enfermo de pena (1). El tiempo habia estado

(1) Cito las dos siguientes cartas para manifestar el estado del ánimo de este almirante y la gravedad del gran proyecto naval, que algunas personas, queriendo siempre ver visiones donde no las hay, han supuesto no era mas que una demostración. Estas no son las únicas cartas del mismo genero, pero tomo estas de entre ellas para citarlas.

*Ganteaume al emperador.*

A bordo del Imperial, 11 de floreal, año XIII. (1.º de mayo 1805).

Señor:

Los tiempos que reinan desde que estamos dispuestos á la salida son desesperantes; seria imposible pintaros el triste disgusto que siento al verme detenido en este puerto, cuando las otras escuadras van á velas desplegadas á su destino, y cuando nuestros atrasos y contrariedades pueden comprometerlas cruelmente; esta última y aflictiva idea no me permite un momento de sosiego, y si hasta ahora he resistido á la impaciencia y tormentos que me devoran, es porque no he visto, arriesgándonos á salir, ninguna probabilidad en nuestro favor, y si todas de parte del enemigo: un combate desventajoso seria y aun es inevitable, mientras el enemigo permanezca en su posición, y en ese caso no podriamos llevar á cabo nuestra expedición, y nuestras fuerzas quedarian paralizadas para mucho tiempo.

Sin embargo, en el momento que recibí el despacho de V. M. del 3 de floreal, me propuse arriesgar una salida; todos los buques tenían levada el ancla: un viento Oeste que sopló con mas fuerza por espacio de doce horas, me dió esperanzas de que el enemigo tomase el alta mar, cuando su ligera escuadra notó nuestro surgidero, su división se dirigió hácia Ouesant, y la incertidumbre y debilidad de los vientos me impidieron poner por obra mis proyectos. Seguro de verme obligado á detenerme en la bahía de Bertheaume, y por consiguiente, fijar la atención del enemigo, renuncié á emprender movimiento alguno, y



casi siempre en calma y sereno. A veces un viento de Oeste, acompañado de nubes tempestuosas, habia hecho esperar una borrasca, y de repente volvía el cielo á despejarse; por consiguiente no habia otro recurso que presentar un combate desventajoso á una escuadra que era entonces igual en número con corta diferencia á la francesa, pero muy superior en calidad. Los ingleses, sin dudar precisamente de lo que les amenazaba, sorprendidos con la presencia de una escuadra en Brest, otra en el Ferrol, y algo alerta además por las salidas de Tolon y de Cádiz, aumentaron la fuerza de sus bloqueos, manteniendo veinte navíos delante de Brest mandados por el almirante Cornwallis, y siete u ocho delante del

deseé persuadirlo de que nunca tuvimos intenciones de salir.

Me tomo la libertad de reiterar á V. M. la seguridad que ya he dado sobre el orden y situacion en que tengo á todos los navíos: las tripulaciones tienen la respectiva consigna; las comunicaciones con la tierra no se practican sino para los objetos indispensables al servicio, y los buques están dispuestos á todas horas del dia para ejecutar las órdenes que se les den: estas disposiciones, que son las únicas que pueden poner nos en disposicion de aprovechar un momento favorable, se continuarán con la mas rigurosa exactitud.

*Ganteaume á Decrés.*

7 de floreal, año XIII, (27 de abril de 1805).

Paréceme, amigo mío, que participas de lo mismo que yo siento. Cada dia que pasa, es un dia de tormento para mí, y temblo de verme al fin obligado á hacer alguna gran majadería. Los vientos que habian estado dos dias al Oeste, pero flojos, saltaron ayer al N. E. fresco, aunque con lluvia, y un aspecto

Ferrol, mandados por el almirante Calder. El almirante Ganteaume en tal situacion, salia y volvía á la bahía, andaba en Bertheaume ó volvía al surgidero interior, teniendo á bordo hacia dos meses á toda su gente, tanto soldados como marineros, y preguntaba en medio de su desesperacion, si se queria que presentase batalla para ganar la alta mar, cosa que se le habia prohibido muy espresamente.

no muy bueno, y estuyé tentado de arrostrar la suerte, á pesar de que el enemigo continuaba señalado en el Iroise, que sus primeros buques estaban á la vista de la bahía, y que el tiempo estaba demasiado claro. Sin embargo, la certeza que me daba de un combate desventajoso, su posicion y su fuerza, y la inconstancia de los vientos, me lo impidieron, y hoy me alegro; mas no por eso quedo menos horriblemente atormentado.

La longitud de los dias, y lo hermoso de la estacion me hacen hoy casi desesperar de la expedicion, y en este caso, ¿cómo soportar la idea de hacer esperar inútilmente á nuestros amigos en el lugar de la cita y comprometerlos, esponiéndolos indispensablemente á pérdidas de tiempo y á un viaje de vuelta en estremo peligroso? Estas ideas no me dejan un momento de tranquilidad, y creo que deben atormentarte lo mismo á ti. Sin embargo, amigo mío, puedes estar muy persuadido de que me ha sido imposible hacer otra cosa, á no querer correr el riesgo de una operacion, que fuera de las probabilidades que dá al enemigo su superioridad, imposibilitaria del mismo modo la expedicion. Como antes he dicho, los vientos han sido siempre tales, que nos ha sido imposible deslizarnos.

Aunque en tus últimas me recomienda que escriba con frecuencia al emperador, no me atrevo á decirle nada, porque no tengo nada agradable que anunciarle: por consiguiente me callo esperando á ver lo que sucede, pues no quiero molestarlo con cosas de poca importancia, y me limito á desear que quiera hacernos justicia.....



Calculando Napoleon que llegado el mes de mayo era muy peligroso hacer esperar mas tiempo á Villeneuve, Gravina y Missiessy en la Martinica, porque las escuadras inglesas que habian ido en su persecucion lograrian haberlos á las manos, modificó aun otra vez esta parte de su plan. Decidió que si Ganteaume no podia hacerse á la vela para el 20 de mayo, no saliera y esperase en Brest, que se le levantara el bloqueo. Con este fin Villeneuve tuvo orden de volver á Europa con Gravina y hacer lo que primero se habia confiado á Ganteaume, es decir, levantar el bloqueo del Ferrol, donde debian reunirse á cinco navíos franceses y siete españoles, tocar en seguida, si podia, en Rochefort, para unirse con Missiessy que probablemente en aquella época habria ya llegado de las Antillas, y por último, presentarse delante de Brest, para abrir la mar á Ganteaume, lo cual haria ascender á cincuenta y seis navíos la suma total de sus fuerzas, y con esta escuadra tan grande, cual no habia contenido nunca el Océano, entrar en el canal de la Mancha.

Este plan era perfectamente practicable y aun tenía grandes probabilidades de buen éxito, como los sucesos lo patentizaron bien pronto. En efecto, si Ganteaume hubiera podido salir en abril, levantar el bloqueo del Ferrol, lo que era posible sin combate, porque solo bloqueaban entonces este puerto cinco ó seis navíos ingleses, y llegar á la Martinica, se lograba la reunion con Villeneuve y Gravina sin ninguna probabilidad de batalla, volverian á Europa en número de cincuenta navíos, y sin necesidad de tocar en ninguna parte podian entrar en la Mancha, sin que hubiese en

todo ello mas peligro que el de los encuentros en la mar, que estaban tan fuera de probabilidad que bien podia contarse sin ellos. El ntevo plan, al contrario tenia el inconveniente de esponer á Villeneuve á un combate frente del Ferrol, y á otro frente á Brest, y aunque en ambos casos fuera grande la superioridad de sus fuerzas no podia haber una seguridad en que las dos escuadras cuyos bloqueos acababa de levantar, pudiesen acudir en su ayuda y tomar parte en la batalla, porque como no se puede salir del Ferrol ni de Brest sino por pasages estrechos, allí como en cualquiera otra parte, el viento con que se entra, no es el mismo con que se sale, y así era muy posible que se empeñase un combate á la entrada de estos puertos y que terminase antes que las escuadras situadas en su interior pudiesen participar de él. Un combate, por incierto que fuese, era capaz de desanimar á generales cuya confianza en el mar no era muy grande, por valientes que fuesen en persona, y el almirante Villeneuve sobre todo, aunque soldado muy intrépido, no tenia una firmeza proporcionada á esos lances y era lástima que la serenidad del tiempo hubiese impedido la primera combinacion.

Otra habia en la cual se detuvo Napoleon un momento, que requería menos fuerzas, pero que conducía á Villeneuve de una manera cierta á la Mancha; y era la de que este almirante no fuese ni al Ferrol ni á Brest, sino que diese la vuelta á Escocia, dirigiéndose en seguida al mar del Norte y se presentase en Boloña. Es verdad que no llegaba mas que con veinte navíos en lugar de cincuenta; pero estos bastaban para tres dias, y la



escuadrilla suficientemente protegida, podria pasar con toda seguridad. Este pensamiento ocurrió un instante á la mente de Napoleon, lo escribió despues queriendo todavia mas seguridad; prefirió mayor reunión de fuerzas á la mayor certeza de llegar á la Mancha, y se atuvo al plan de hacer que Villeneuve levantase los bloques del Ferrol y de Brest.

Este fué el último cambio que las circunstancias produjeron en su proyecto, y en medio de una funcion, como él mismo lo refiere en el Postscriptum de una de sus cartas, fué donde reunió todas estas combinaciones, y tomó su partido. Inmediatamente dió las instrucciones necesarias al efecto; dos navios que estaban preparados en Rochefort mandados por el contra-almirante Magon, se hicieron á la vela al instante para la Martinica, anunciando el cambio ocurrido en las determinaciones de Napoleon: varias fragatas armadas en Lorient, Nantes y Rochefort, estaban prontas á salir, desde que se supiera que Ganteaume permanecería anclado, y estaban encargados de llevar á Villeneuve la orden de volver á Europa para poner por obra el nuevo plan, y cada fragata debía ir acompañada de un bergantin portador del duplicado de las órdenes, para que en caso de que la fragata fuese apresada, y el bergantin se salvase, trasmitiese el duplicado. Los despachos iban encerrados en cajas de plomo, y entregados á capitanes de confianza para que pudiesen echarlos al mar en caso peligroso. Tanto estas precauciones como las que siguen, son dignas de mencionarse para instruccion de los gobiernos.

Con objeto de que las escuadras de Brest y Ro-

chefort pudiesen ayudar á las que venian á levantarles el bloqueo, se tomaron grandes precauciones. Ganteaume debía anclar fuera de la bahía de Brest en la ensenada de Bertheaume, posicion abierta, y de una seguridad dudosa. Para corregir este defecto, se envió desde Paris un general de artilleria, y se pusieron en bateria ciento cincuenta bocas de fuego para que pudiesen apoyar la escuadra. Gourdon, que sustituyó en el Ferrol al almirante Boudet, el cual habia caido enfermo, tuvo orden de trasladarse del Ferrol á la Coruña, cuyo puerto es abierto, y llevar consigo la division francesa, habiendo prescrito tambien al almirante Grandella que hiciese otro tanto con los navios españoles. Solicitáronse de la corte de España precauciones semejantes á las que se habian tomado en Bertheaume con objeto de asegurar los surgideros con baterias; y últimamente para preveer el caso en que los navios encargados de levantar los bloques, hubiesen consumido sus viveres, se prepararon en el Ferrol, en Rochefort, en Brest, en Cherburgo y en Boloña, barriles de galleta, que contenian muchos miles de raciones, y que se hubieran podido embarcar sin perder un instante. En Rochefort esperaba la llegada del almirante Missiessy una orden por la cual este almirante debía salir inmediatamente, pasar á las aguas de Irlanda, permanecer en ellas algunos dias para alarmar la nacion, y luego cruzar á alguna distancia del Ferrol en una latitud determinada, donde el almirante Villeneuve noticioso del plan por una fragata, debía unirse á él.

Mientras se tomaban estas precauciones preventivas para el ejército de mar, continuas y se-



cretas instrucciones al ejército de tierra tendian á aumentar el efectivo de los batallones de guerra en las costas del Océano. Las tropas de expedicion ascendian entonces á ciento sesenta mil hombres, sin la division de Brest, que acababa de disolverse á consecuencia del nuevo destino que se dió á la escuadra de Ganteaume. El almirante Verhuell, con la escuadra batava, tuvo orden de reunirse en Ambleuse, con objeto de que toda la escuadra pudiese salir de los cuatro puertos dependientes de Boloña, puertos, que como de creacion artificial, se habian vuelto á llenar de arenas en dos años que llevaban de existencia, y fueron menester nuevos trabajos para limpiarlos. Ademas se repararon los buques de la escuadrilla, algo deteriorados por sus continuas salidas y por un fondeadero incómodo á lo largo de la línea de emboscada.

Al mismo tiempo que espedia esta multitud de órdenes, Napoleon continuó su viage por Italia. Visitó á Bergamo, Verona, Mantua, asistió á un simulacro de la batalla de Castiglione, ejecutado por un cuerpo de veinte y cinco mil hombres en el mismo sitio en que se dió la batalla; permaneció muchos dias en Bolonia, y dejó encantados á los sábios de aquella célebre universidad; pasó despues por Módena, Parma, Plasencia, y últimamente por la magnífica Génova, adquirida con un rasgo de pluma. En esta ciudad estuvo desde el 30 de junio hasta el 7 de julio, en medio de fiestas dignas de la ciudad de mármol, y superiores aun á todo cuanto habian imaginado de mas hermoso los italianos, para recibirle. Allí encontró un personaje ilustre, cansado de un destierro de doce

años y de una oposicion que no justificaban sus deberes religiosos; este personage era el cardenal Maury. El papa acababa de darle un egeemplo que por fin se decidió á seguir y tomó el partido de reconciliarse con el restaurador de los altares, y en Génova fué donde se le proporcionó la ocasion de volver á la gracia. A la manera de aquellos partidarios de Pompeyo que uno despues de otro procuraban encontrar á César en una de las ciudades del imperio romano para dejarse seducir por él voluntariamente, asi el cardenal Maury en la ciudad de Génova se inclinó ante el nuevo César. Acogióle este con la cortesania de un hombre de genio que deseaba complacer á otro de penetracion, y quizá le dejó adivinar que su vuelta á Francia, sería recompensada con las mas altas dignidades de la iglesia.

Despues de haber recibido el juramento de los genoveses y de haber preparado con el ingeniero Forfait el futuro establecimiento naval que queria crear en aquella mar, y por último, haber confiado al archi-tesorero Lebrun el cuidado de organizar la administracion de aquella parte del Imperio, Napoleon salió para Turin, donde fingió que iba á ocuparse de revistas: y la noche del 8 de julio, dejando la emperatriz en Italia, tomó la delantera con dos sillas de posta muy sencillas, y haciéndose pasar en el camino por el ministro del interior, llegó en ochenta horas á Fontainebleau, esto es, el dia 14 por la mañana. Ya el archi-canciller Cambaceres y los ministros estaban allí para recibir sus últimas órdenes; pues iba á partir para una expedicion que debia ó hacerle dueño absoluto del mundo, ó como á un nuevo Faraon, hun-



dirlo en los abismos del Océano. Nunca estuvo mas tranquilo, ni mas dispuesto, ni mas confiado. Pero en vano dicen: «quiero» los genios mas grandes; por poderosa que sea su voluntad, como voluntad de hombre, no es mas que un débil capricho cuando la Providencia lo ha dispuesto de diferente manera.

Hé aquí un ejemplo memorable de esto. Mientras que Napoleón lo tenía todo dispuesto para entrar en lucha con la Europa armada, entre Boloña y Douvres, la Providencia le preparaba esta lucha en otros muchos puntos.

El emperador Alejandro había aplazado la ratificación del tratado que constituía la nueva coalición, hasta el momento en que Inglaterra consintiese en evacuar á Malta, y no dudando obtendría una respuesta favorable, pidió los pasaportes de Mr. de Nowosiltzoff, á fin de ponerse en relaciones con Napoleón lo mas pronto posible. Menos belicoso el emperador Alejandro á medida que iba acercándose el desenlace, creyó que con esta prontitud aumentaría las probabilidades de la paz. Pero había juzgado mal al gabinete de Londres, pues resuelto este á conservar la posición importante que la casualidad y un acto de mala fé la habían dado, se negó positivamente á abandonar la isla de Malta. Esta noticia que llegó á San Petersburgo mientras que Mr. de Nowosiltzoff se hallaba en Berlin, desconcertó al gabinete ruso de un modo indecible, y no sabía que hacer. Pasar por lo que quería Inglaterra, esto es, acceder á las exigencias de su intratable ambición era, á los ojos de Europa, aceptar el papel mas secundario, renunciando á la negociacion de Mr. de

Nowosiltzoff, quien sería despedido de Paris de un modo humillante quizá, sino llevaba la promesa formal de que Malta sería evacuada; de consiguiente, tendría que entrar en guerra por cuenta de Inglaterra, en pos suyo, á sueldo de de ella, y sabiéndolo la Europa; pero por el contrario, si rompía con ella de resultas de aquella negativa, esto era confesar públicamente que se había comprometido á secundar su política sin conocerla, era conceder la ganancia á Napoleón á la faz del mundo, y colocarse en un aislamiento ridículo, indispuerto con Inglaterra, merced á las exigencias de esta, y con Francia por su inconsiderada conducta. Es decir, que sino quería entregarse á las inspiraciones de Inglaterra tenía que seguir las de Napoleón, quien sería dueño de imponer las condiciones de su union con Francia.

Si Napoleón no hubiera ido á sacar de su apuro al gabinete ruso (1) cometiendo la falta de incorporar Génova á Francia, hubiera visto á sus enemigos envueltos en la mayor confusion. Efectivamente, ocupábase el gabinete ruso en deliberar sobre una situación tan grave, cuando supo la agregacion de Génova, y esto fué para él un verdadero motivo de alegría, pues aquel suceso imprevisto sirvió para que los hombres de estado que con tanta imprudencia se habían comprometido saliesen de la posición crítica en que se habían colocado. Así es que resolvieron armar una gran alharaca, y decir á voz en grito que no podía tratarse con un gobierno que todos los dias co-

(1) Lo que cuento del apuro del gabinete ruso, lo sé por documentos auténticos.



melia alguna usurpacion, y como esto era un pretexto muy natural de llamar á Mr. de Nowosiltzoff, le enviaron sin detencion una órden para que regresase á San Petersburgo, no sin dejar una nota al rey de Prusia dándole esplicaciones sobre aquel cambio de determinacion. No contento con esto el gobierno ruso, se creyó dispensado de insistir en que Inglaterra evacuase á Malta, ratificó el tratado que constituía la tercera coalicion, alegando las recientes usurpaciones cometidas por el emperador de los franceses.

Mr. de Nowosiltzoff se hallaba en Berlin, á donde ya habia llegado tambien el rey de Prusia, y la órden en que se le llamaba le sorprendió, apesadumbrándole en gran manera, pues iba á perderse la ocasion de emprender la negociacion mas bella del mundo. Así es que no disimuló su disgusto ni aun para con el rey, á quien manifestó que si hubiese ido á París, hubiera hecho lo posible por convencer á Napoleon, y hasta le reveló las confesiones que pensaba hacer en nombre de su córte. Esta fué una razon mas para que el rey de Prusia deplorase el nuevo arrebató de que se habia dejado llevar Napoleon, y se quejase como lo tenia de costumbre, en términos muy moderados, pero muy melancólicos tambien, pues á medida que iba haciéndose mas probable la guerra, era mayor su afliccion.

En Viena fué mucho mas decisivo el efecto que aquella noticia causó, no yendo á sacar á la córte de Austria como á la de Rusia de los apuros creados por una conducta inconsiderada, sino de una gran incertidumbre hija de la prudencia. Hacia tiempo se veia bien á las claras que Napoleon de-

seaba poseer toda la Italia, y nadie podia creer se resignarian las demás potencias á abandonársela sin luchar por última vez con el valor que infunde la desesperacion; pero el estado de la hacienda austriaca era deplorable, una carestia espantosa de granos, alligia al Austria Alta y Baja, Bohemia, Moravia y Hungria, y el pan estaba tan caro en Viena que el pueblo tan tranquilo y sumiso por lo regular, habia llegado hasta saquear las tiendas de algunos panaderos. En tal situacion hubiera vacilado mucho mas tiempo en emprender los gastos de una nueva lucha contra un adversario tan temible como Napoleon, pero así que supo la reunion de Génova y la creacion del ducado de Luca, cesó todo género de incertidumbre. Tomada, pues, la resolucion de entrar en lucha, el gabinete de Viena anunció al de San Petersburgo esta resolucion definitiva, que colmó de júbilo á la córte de Rusia, la cual al verse en la precision de emprender la guerra, miraba la cooperacion del Austria como el suceso mas feliz.

Firmada al instante la adhesion de esta córte al tratado de coalicion, Rusia se encargo en negociar con Inglaterra para conseguir ayudase á Austria con la mayor suma posible de subsidios. En consecuencia pidió y obtuvo para los primeros gastos de la campaña 4.000.000 de libras esterlinas (25.000.000 de francos), y además la entrega al instante de la mitad del subsidio anual, es decir otros 2.000.000, de libras esterlinas (50.000.000, de francos). Tambien se arregló en 16 de julio el plan de campaña, conviniendo Mr. de Vintzingerode y el príncipe de Schwartzenberg que diez mil rusos y algunos miles de albaneses enviados á Nápoles



á tiempo, prepararían allí un movimiento hácia la Italia Baja, mientras diez mil austriacos se dirigirían á Lombardia; que el gran ejército austriaco, sostenido cuando menos por otro ruso de sesenta mil hombres, entraría por la Galicia para operar en Baviera; que un ejército de ochenta mil rusos marcharía hácia Prusia; que otro ruso, inglés, hannoveriano y sueco, reunido en la Pomerania Sueca, se encaminaría hácia el Norte, y por último que los rusos tendrían reservas importantes, para llevarlas á donde fuese necesario. Los ingleses debían desembarcar en los puntos del Imperio francés que creyeran mas accesibles, luego que Napoleón tuviera que disolver el ejército de las costas del Océano de resultas de la lucha que iba á entablar en otra parte. También se convino que las tropas destinadas á socorrer á Austria estarían prontas á marchar antes del otoño, á fin de impedir que Napoleón se aprovechase del invierno para derrotar al ejército austriaco.

Además concertaron entre sí que la corte de Viena continuaría en su sistema de profundo disimulo, insistiendo en negar estaba haciendo armamentos, pero armándose con mas actividad que nunca; y que cuando no pudiese ya disimular por mas tiempo, hablase de negociar emprendiendo en nombre suyo y de Rusia las negociaciones que habia abandonado Mr. de Nowosiltzoff. Por supuesto que también entonces debía negar tenía relaciones con Inglaterra, y dar á entender que solo abogaba por los intereses del continente, conducta hipócrita, si se quiere, pero hija de la debilidad que hasta allí habia mostrado.

Cruel era la ansiedad de Prusia, y presintien-

do, aunque sin penetrarlo completamente, que las demás potencias habian tomado el partido de hacer la guerra, se defendía de todo compromiso diciendo á Rusia se hallaba demasiado espuesta á los golpes de Napoleón, y á este, que le renovaba sus ofertas de alianza, que se hallaba demasiado espuesta á los golpes de Rusia.

Mr. de Zastrow volyió de San Petersburgo, de desempeñar una comision desagradable y que no tuvo resultado, faltando poco, gracias á una circunstancia imprevista, para que se descubriese repentinamente la coalicion y Prusia tuviera que declararse en pro ó en contra. Celebrado entre los ingleses y Suecia un tratado en que los primeros se obligaban á socorrer con subsidios á aquel rey insensato, comprometido á defender la causa de la coalicion, iba llenándose de tropas Stralsund, plaza importante que, como es sabido, es el último punto de descanso que Suecia tiene en la parte norte de Alemania. Napoleón columbró, de resultas de ciertos partes que le dieron los agentes diplomáticos, se preparaba alguna cosa por aquella parte, y se lo advirtió al rey de Prusia, diciéndole tuviese cuidado con la neutralidad del Norte de Alemania, objeto de todo su afán, pues en cuanto á él, al primer peligro que hubiese, enviaria á Hannover treinta mil hombres más. Esto poco bastó para que el rey de Suecia cesara en sus armamentos en la Pomerania Sueca; pero apoyado este en los socorros de sus aliados, contestó al rey de Prusia, que era dueño de hacer lo que se le antojase en sus estados, por lo cual hacia los armamentos que creía útiles para su propia seguridad, y que si Prusia intentaba coartar su libertad,



contaba con sus aliados el rey de Inglaterra y el emperador de Rusia, para que le ayudasen á hacer respetar la independencia de sus estados; y no contento con semejante bravata, devolvió á Federico Guillermo las órdenes de Prusia, diciéndole no quería llevarlas porque las había dado al enemigo mas cruel que tenia Europa.

Este insulto enfureció á Federico Guillermo, y aunque era un monarca muy prudente, hubiera tomado venganza, si Rusia no hubiese intervenido al instante, declarando á Prusia que el territorio de la Pomerania Sueca se hallaba bajo su custodia, y debía continuar siendo inviolable. Esta especie de prohibicion de obrar que se hacia á Prusia, le dió mucho en que pensar, ajando su orgullo de un modo cruel; pero tomó el partido de no replicar, limitándose á despedir al ministro de Suecia, y manifestó á Napoleon no podia responder de lo que sucediera en Hannover, sin embargo de lo cual salia garante de que el territorio prusiano no serviria de camino para un ejército invasor.

El horizonte iba cargándose, pues, por todos lados y de un modo muy visible para el menos penetrante: por todas partes se anunciaba reunion de tropas en Frioul, Tirol y el Austria Alta; y no solo se hablaba de simple concentracion de gente armada, sino de organizacion de elementos especiales de guerra, lo cual era mucho mas significativo. La remonta de la caballeria, la provision de caballos que se hacia para la artilleria, conduciéndola en grandes trenes hácia las orillas del Addige, los almacenes que se formaban en todas partes, los puentes echados sobre el Piave y el

Tagliamento; los trabajos de campaña hechos en las lagunas de Venecia, todo esto no daba lugar á duda; pero Austria lo negaba con una falsedad de que hay muy pocos ejemplos en la historia, confesando únicamente se tomaban algunas precauciones en los estados venecianos con motivo de la reunion de tropas que se notaban en Italia, y en cuanto á las condecoraciones que el gobierno francés le habia pedido en cambio de otras austriacas, se negó á darlas con diferentes pretextos.

Tal era el cúmulo de circunstancias en medio del cual tenia que tomar Napoleon un partido en los pocos dias que debia permanecer en Fontainebleau y en Saint-Cloud, antes de ir á Boloña, pues era preciso decidirse á verificar el desembarque ó caer rápidamente sobre las potencias continentales. El dia 14 de julio, esto es, el mismo en que llegó á Fontainebleau, se trasladó allí el archicanciller Cambaceres, y empezó á tratar con él de los asuntos del dia, conociéndose que aquel grave personage miraba con temor el estado del continente, y los terribles síntomas de una guerra inmediata, pues creia y con razon que la reunion de tropas en Italia era la causa cierta de un rompimiento. En semejante estado no comprendia Cambaceres como dejaba Napoleon á Italia y Francia espuestas á los golpes de la coaliccion, para arrojarse sobre Inglaterra; pero Napoleon, lleno de confianza, como se hallaba, y apasionado por su plan maritimo, en cuyo secreto no habia iniciado del todo ni aun al canceller, no hacia caso de semejantes objeciones. Segun su modo de ver las cosas, nada tenia que ver Rusia con la toma de posesion de Génova y Luca, pues no se habia he-



cho Italia para sufrir su influencia, debiendo tenerse por dichosa no le pidiese cuenta de lo que estaba haciendo en Georgia, en Persia y aun en Turquía. Por lo demás, era claro que se había comprometido á secundar la política inglesa, conociéndose habia formado alianza con ella y que Mr. de Nowosiltzoff era únicamente un comisionado inglés que habia querido enviarle, pero á quien él hubiera recibido en consecuencia. Era evidente que Rusia é Inglaterra se habían unido estrechamente; mas estas dos potencias nada podian hacer sin la cooperación de Austria, sus ejércitos y territorio; y Austria dudaria aun algun tiempo antes de decidirse enteramente, porque abrigaba el mismo temor que siempre habia tenido á Francia. Además aunque esto no fuese así, no se aprestaria tan pronto, que pudiera impedir se verificase la expedición á Inglaterra, expedición que podía realizarse en muy pocos dias, quedando destruidas todas las coaliciones de un solo golpe, y derribando el brazo con que Austria amenazaba á Francia. — Tened confianza en mí, dijo Napoleon al archicanciller Cambaceres, confiad en mi actividad y ya vereis como sorprendo al mundo, con la magnitud y rapidez de mis hazañas.

En seguida dió algunas órdenes concernientes á Italia y la frontera del Rhin, mandando á Eugenio permaneciése en Milan, y al mariscal Jourdan que era la guía militar, diese principio á las operaciones de abastecer de viveres las plazas, reunir la artillería de campaña, comprar caballos de tiro y formar los parques. Por supuesto que mandó acercar al Addige las tropas que acababan de concurrir á las maniobras de Marengo y Castiglione,

y como hacia algun tiempo que por orden suya se habia formado en las cercanías de Pescara una division de reserva, á fin de que protegiese al general Saint-Cyr en caso necesario, mandó á dicho general adquiriése buenos informes, y en el momento que tuviese la menor noticia de una tentativa por parte de los rusos ó de los ingleses contra cualquier punto de las Calabrias, se trasladase de Tarento á Nápoles arrojando la corte al mar y apoderándose del reino.

Además encaminó hácia el Rhin la caballería pesada que no estaba destinada á embarcarse para Inglaterra, y dirigió al mismo punto los regimientos que no se hallaban comprendidos en el número de los de la expedición, disponiendo sobre todo se diese principio en Metz, Strasburgo y Maguncia, á la formación de la artillería de campaña.

En seguida dió por última vez instrucciones á Mr. de Talleyrand, relativas á los asuntos diplomáticos, diciéndole era preciso cada vez que tuviesen noticia acerca de los armamentos que estaba haciendo Austria, ponerlo en conocimiento de esta potencia, para convencerla de su mala fé, y manifestarla temblase las consecuencias de su conducta. Lo que es entonces estaba resuelto á aniquilarla, no dándola cuartel, si interrumpia la expedición á Inglaterra, y por lo que hace á Prusia, como hacia mucho tiempo que andaba en conferencias sobre el Hannover, debia aprovecharse la ocasion para sondearla acerca de tan preciosa adquisición, despertando sus ideas ambiciosas, y si tragaba el anzuelo, ofrecersele inmediatamente con la condicion de celebrar una alianza con Francia, proclamándola abiertamente. Con semejante alianza es-



taba seguro Napoleon de aterrar al Austria reduciéndola á un estado de inmovilidad por espacio de muchos años, además de que creía avanzarían los negocios entre Boloña y Douvres mucho mas que podrian hacerlo los diplomáticos mas afortunados y hábiles.

El tiempo urgía, pues todo estaba dispuesto en las costas del Océano y cada momento que transcurria, podia llevar al almirante Villeneuve al Ferrol, Brest y la Mancha. El almirante Missiessy habia regresado á Rochefort despues de recorrer las Antillas, arrebatara la Dominica á los ingleses, dejar tropas, armas y municiones en la Guadalupe y la Martinica, hacer muchas presas y pasear por el Océano el pabellon francés, sin sufrir descalabro alguno. Sin embargo, regresó demasiado pronto, y como mostrase alguna repugnancia á volver á hacerse á la vela, Napoleon nombró en su lugar al capitán Lellemand, excelente oficial, á quien obligó á partir sin estar preparados los buques, para que fuese á reunirse con Villeneuve en las inmediaciones del Ferrol. Terminado todo esto, trasladóse Napoleon á Boloña, dejando en Paris á MM. Cambaceres y de Talleyrand, llevándose consigo al mariscal Berthier y mandando al almirante Decrés fuera á reunirse con él sin tardanza. El dia 3 de agosto llegó á Boloña en medio de los transportes de alegría del ejército, el cual empezaba á fastidiarse de tener que repetir todos los dias unos mismos ejercicios hacia ya dos años y medio, y creía firmemente que aquella vez iba á ponerse á su cabeza Napoleon para pasar á Inglaterra.

Al dia siguiente de su llegada reunió toda la infanteria en el espacio que dejaba la baja mar,

ocupando mas de tres leguas y presentando la masa enorme de cien mil hombres colocados en una sola fila. Nunca, desde que mandaba tropas, habia visto cosa mas bella, de suerte que cuando aquella noche volvió á su cuartel general, escribió al ministro Decrés estas significativas palabras: «Los ingleses no saben lo que les espera; si llegamos á hacernos dueños de la travesía por doce horas, murió Inglaterra (1).»

Habia reunido en los puertos de Ambleteuse, Wimereux, Boloña y Etaples, es decir, á la izquierda del cabo de Grisnez y á barlovento de Boloña, todos los cuerpos que debían embarcarse en la flotilla, por manera que al fin se realizó el desco formado hacia dos años, gracias al cuidado que habian tenido en apañarse, y á un soberbio combate que la escuadrilla batava habia sostenido á las órdenes del almirante Verhuell, para doblar el cabo de Grisnez en presencia de toda la escuadra inglesa. Aquel combate dado el 48 de julio (29 de mesidor), algunos dias antes de haber llegado Napoleon, era el mas importante que la flotilla habia tenido que sostener contra los ingleses, pues varias divisiones de lanchas cañoneras holandesas encontraron en el cabo de Grisnez á cuarenta y cinco buques ingleses, entre navios, fragatas, corbetas y briks, y se batieron contra ellos con extraordinaria sangre fría y el mejor éxito. Arriesgado era el encuentro en el cabo, porque en aquel punto el agua es muy pro-

(1) Carta dirigida á Mr. Decrés en 46 de thermidor, año XIII, 4 de agosto de 1805: se halla en el archivo de la secretaria de estado.



funda, y los buques ingleses podian sin temor de encallar estrechar de cerca á nuestras frágiles embarcaciones, pero á pesar de esta ventaja que tenían los enemigos, se mantuvieron firmes las lanchas holandesas al frente de sus poderosos adversarios. La artillería que protegía la playa acudió á defenderlas, la escuadrilla de Boloña salió á prestarlas ayuda, y en medio de una lluvia de proyectiles, el almirante Verhuell, llevando á su lado al mariscal Davout, pasó á medio tiro de cañon de la escuadra inglesa, sin perder una embarcacion. Aquel combate valió mucha reputacion al almirante Verhuell, quien ya era sumamente apreciado, y llenó de confianza á los ciento sesenta mil hombres, entre soldados y marineros, que iban á atravesar la Mancha en las flotillas francesa y batava.

Napoleon tenía ya á mano todo su ejército: en dos horas podian estar embarcados hombres y caballos, y en dos mareas, es decir en veinte y cuatro horas, ser trasportados á Douvres, pues en cuanto al material, hacia mucho tiempo que se hallaba á bordo de las embarcaciones.

El ejército reunido en aquel punto, y que habia ido aumentándose por grados, presentaba poco mas ó menos una fuerza de ciento treinta y dos mil combatientes y quince mil caballos, además del cuerpo que tenía en el Texel el general Marmont y ascendia á veinte y cuatro mil hombres, y los cuatro mil de Brest, destinados á navegar en la escuadra de Ganteaume.

Los ciento treinta y dos mil que debian pasar á bordo de la flotilla, y partir de Ambleteuse, Wimereux, Boloña y Etaples, se hallaban distri-

buidos en seis cuerpos de ejército. La vanguardia, mandada por Lannes, que constaba de catorce mil hombres y se componia de la division de Gazan y los famosos granaderos reunidos que estaban acampados en Arras, debia embarcarse en Wimereux. Aquellos diez batallones de granaderos, que formaban un cuerpo compuesto de la mejor infantería que habia en el mundo, debian embarcarse en una ligera division de peniches y tener la honra de ser los primeros que se arrojasen sobre la costa de Inglaterra bajo el impulso arrebatador de Lannes y Ondinot. En seguida venia el cuerpo de batalla, dividido en ala derecha, centro y ala izquierda. El ala derecha, mandada por Davout, que contaba veinte y seis mil hombres, y se componia de las divisiones de Morand (1), Friant y Gudin que se immortalizaron despues en Awerstaedt y en cien combates, estaba destinada á embarcarse en Ambleteuse, en la flotilla holandesa. El centro, al mando del mariscal Soult, que ascendia á cuarenta mil hombres, y estaba repartido en cuatro divisiones, al frente de las cuales se hallaban los generales Vandamme, Suchet, Legrand y Saint-Hilaire, debia embarcarse en las cuatro escuadrillas reunidas en Boloña. Por último, el ala izquierda, ó campo de Montreuil, lo mandaba el intrépido Ney, y se componia de veinte y dos mil hombres repartidos en tres divisiones, entre ellas la de Dupont, que no tardó en cubrirse de gloria en Albek, el puente de Halle y Friedland. Este cuerpo debia salir de Etaples á bordo de dos escuadrillas, y además

(1) En aquella época se llamaba la division de Bisson.



de todas estas tropas se hallaba en marcha y debía llegar pronto á Boloña para reunirse al cuerpo del centro, una division escogida de la guardia, compuesta de tres mil hombres.

En fin, la sesta subdivision de aquel gran ejército era lo que se llamaba la reserva, y tenia por gefe al principe Luis, comprendiendo los dragones y cazadores de á pié, mandados por los generales Klein y Margaron, la caballeria pesada mandada por Nansouty, y una division italiana, perfectamente disciplinada, y que no cedia en su modo de portarse á las mejores divisiones francesas, pues Napoleon habia dicho queria mostrar á los ingleses lo que no habian visto desde César, esto es, italianos en su isla, y enseñar á estos italianos á estimarse á sí propios haciendo que se batieran tan bien como los franceses. Dicha reserva, que ascendia á veinte y siete mil hombres y se hallaba colocada á retaguardia de todos los campos, debía ir á ocupar la orilla, así que hubiesen salido los cinco primeros cuerpos; y como era de suponer que cubriendo el paso con una escuadra seriamos dueños del estrecho y por algunos dias, la flotilla de trasporte, separándose algunas horas de la de guerra, debía ir en busca de aquella reserva, como igualmente de la segunda mitad de caballeria. Efectivamente, el número de ginetes ascendia á quince mil, y solo podian embarcarse á un mismo tiempo á bordo de la flotilla ocho mil, debiendo llevar los siete mil restantes en un segundo viage.

De este modo, además de los veinte y cuatro mil hombres de Marmont, embarcados en la flota del Texel y los cuatro mil embarcados en Brest,

Napoleon podia mover directamente una masa total de ciento treinta y dos mil hombres, cien mil de los cuales eran de infanteria, siete mil de caballeria montada, doce mil de caballeria desmontada y trece mil de artilleria (1).

Con tan formidable aparato esperaba Napoleon la escuadra de Villeneuve, cuyo almirante como ya hemos visto, salió de Tolon el 30 de mayo con once navios, dos de ellos de ochenta cañones y seis fragatas. Nelson cruzaba hacia la parte de Barcelona, y queriendo dar á entender que su intento era fijarse en aquellos parages, se dirigió repentinamente al Sur de Cerdeña, con la esperanza de que los franceses engañados con las voces que habian esparcido, procurarian evitar las costas de España yendo á encontrarse con él. La escuadra francesa salió con buen viento, é informada de la verdad por un barco ragussense, se dirigió hacia las Baleares y Cartagena, donde tocó el 7 de abril deteniéndose un dia á causa de una calma chicha. Villeneuve propuso á Salcedo, almirante español, se reuniese á él, lo cual no hizo por no tener orden para ello, y siguiendo su ruta con un viento favorable el 9 de abril, se presentó á la entrada del estrecho, donde entró al mediodia, formando su escuadra en dos columnas, con las fragatas delante, mandó dar en todos sus buques la voz de zafarrancho, y disponiéndose para

(1) Estos números los he tomado de un librito que el emperador llevaba consigo y hoy se halla en el archivo del Louvre: en él se encuentran únicamente los verdaderos estados del ejército del Océano, que no están en el archivo de la guerra ni en el de marina, de suerte que todas las obras militares han puesto números inexactos acerca de la composicion del ejército.



el combate. Al momento que vieron desde Gibraltar la escuadra francesa, las campanas tocaron arrebato y oyóse el cañonazo de alarma, porque solo había en el puerto una pequeña division. Aquella misma noche apareció Villeneuve á la vista de Cádiz, y habiéndolo conocido por las señales que hizo el capitán del *Aguila* se apresuró á dejar la rada, y el valiente Gravina, que no había perdonado medio alguno para ponerse al páiro se dió tambien prisa á levar anclas á fin de reunirse al almirante francés. Pero en Cádiz se habían retardado muchas operaciones, pues aun no estaban embarcados los dos mil quinientos españoles que debían conducirse á las islas y acababan de meterse á bordo los víveres. Gravina necesitaba cuarenta y ocho horas lo menos para acabar sus aprestos, pero Villeneuve se manifestaba impaciente y decía que sino se le reunían al momento los buques españoles, no aguardaba mas tiempo, pues aunque algo repuesto el almirante francés de la turbacion de la primera salida, se veía perseguido por la imágen de Nelson, á quien creía siempre á sus costados.

Gravina, muy adicto á los proyectos de Napoleón, embarcó todo desordenadamente, proponiéndose ordenarlo todo sobre la marcha, y salió de Cádiz por la noche, habiendo tocado uno de los buques á causa de la precipitacion de la salida.

A las once de la mañana, Villeneuve que estaba sobre un ancla, aprovechó el viento y tomó de nuevo su rumbo hacia el Oeste, hallándose el 11 mar adentro despues de haberse librado de la vigilancia de los ingleses. El 11 y

el 12 esperó á los navios españoles, pero no habiendo aparecido mas que dos de estos y no queriendo perder un tiempo precioso, se hizo á la vela, contando con que los demas se le reunirían en la navegacion ó en la Martinica, porque todos los comandantes de buque tenían sus instrucciones precisas para reunirse en aquel punto, aunque ninguno de ellos, á escepcion de Villeneuve, sabia el destino de la escuadra.

Habiera debido tranquilizarse el almirante francés y tener alguna confianza en sí mismo, pues acababa de vencer las mas serias dificultades de la navegacion eu el hecho de haber salido de Tolon y atravesado el estrecho, reuniéndose á los españoles sin el menor accidente contrario, pero la vista de sus tripulaciones le causaba disgusto, porque eran estas muy inferiores á las inglesas, y á las mismas francesas en la época de la guerra de América, lo cual no era extraño pues salían del puerto por la primera vez. No solo se quejaba del personal, sino tambien del personal de la escuadra, pues tres navios navegaban medianamente, por no decir mal, que eran el *Formidable*, el *Intrepido* y el *Allas*, y otro nuevo, el *Pluton*, tenía malas cadenas, por que continuamente se rompian. Estos defectos eran para Villeneuve grandes contrariedades que afectaban su ánimo, y aunque Lauriston, ayudante de campo del emperador hacia los mayores esfuerzos para inspirarle confianza, no lo podía conseguir. Tenia á sus órdenes excelentes capitanes que suplian, en cuanto era posible, la inesperienza de las tripulaciones y los defectos del armamento, pero Villeneuve solo se con-



laba de estas faltas con el estado de los buques españoles, que eran muy inferiores á los suyos. Sin embargo la navegacion, aunque retrasada por tres navios, circunstancia poco extraordinaria cuando se marcha en conserva, se presentaba próspera y proseguia sin el menor obstaculo.

Engañado Nelson buscó al pronto la escuadra francesa al Sud y al Este del Mediterráneo: supo por fin el 16 de abril que esta se dirigia hacia el estrecho, pero detenido por vientos del Oeste hasta el 30, no dió fondo en la bahia de Lagos hasta el 10 de mayo, y despues de haber destacado un navio para escoltar un convoy, entró en alta mar al dia siguiente haciendo rumbo hácia las Antillas, adonde suponía la direccion de nuestra escuadra.

Ya Villeneuve conseguia entonces su objeto, pues entró el 14 de mayo en la Martinica despues de seis semanas de navegacion, y tuvo el gusto de encontrar allí los cuatro navios españoles separados de la escuadra, que habian llegado poco antes. Esta era para él una gran ventaja y hubiera debido contar algo mas con su buena suerte, pues hasta entonces le eran favorables todos los acontecimientos.

May útil fué aquella travesia por cuanto suministró alguna práctica á las tripulaciones, y como el tiempo era bonancible, se trató de aprovecharlo para mejorar la situacion de los buques. *Somos una tercera parte mas fuertes que cuando salimos*, escribia al emperador el general Lauriston, (1). Una escuadra destinada á maniobrar

(1) «Todos nuestros buques se hallan en buen estado y es-

y ejercitada, nada gana con navegar mil doscientas ó mil quinientas leguas mas, pero una que no ha navegado puede adquirir con solo esto la necesaria instruccion, y esto fué lo que sucedió á la escuadra francesa.

Asustado el almirante Villeneuve de su responsabilidad y apreciando en poco las ventajas que acababa de conseguir, notaba en su escuadra la falta de tantas cualidades, que mal podian suplir á lo mucho que echaba de menos las mejoras obtenidas en la navegacion. Aquel gefe, como hombre cuyo ánimo se apoca, cometia la falta de exagerar el mérito del enemigo y despreciar el de sus soldados, pues decia delante de sus mismos oficiales que no quisiera hallarse en el caso de tener que combatir con veinte navios franceses ó españoles contra catorce ingleses. Por fortuna tanto los oficiales como los marineros deploraban menos que el almirante la insuficiencia de los medios y llenos de confianza en su propia bravura deseaban con ardor el encuentro del enemigo. El general Lauriston colocado por el emperador cerca de Villeneuve para sostenerle

ta es mucho mejor que cuando salimos de Tolen. El buen tiempo nos ha permitido recomponer los aparejos, pero á pesar de esto las cadenas de los obenques y casi todo el herraje del *Piton* y de la *Hermione* son de tan mala calidad, así como las jarcias, la arboladura y las vergas, que muchas de ellas se han roto.

«Al presente todo está reparado y listo, y la marineria ha ganado mucho, notándose en la maniobra una diferencia considerable. *Somos una tercera parte mas fuertes que cuando nos hicimos á la vela.* (Carta del general Lauriston al emperador).



y escitarle llenaba sus deberes con incansable celo, y solo contribuía a entristecerle y á irritarle con sus contradicciones. Sensato Gravina, sencillo y enérgico, pensaba como Villeneuve en cuanto á la calidad de los buques, y como Lauriston en cuanto á la necesidad de decidirse, y estaba por lo tanto resuelto á sacrificarse por contribuir al logro de los designios de Napoleón.

Apesar de haberse libertado de los peligros de la travesía, érales preciso esperar en la Martinica la llegada de Ganteaume, de quien ignoraban que permanecía detenido en Brest por falta de viento favorable durante el equinocio. Villeneuve que habia llegado el 4 de mayo tenia que detenerse hasta el 23 de junio, y decía con tristeza que en este tiempo podia alcanzarles Nelson, bloquearlos en la Martinica, ó batirlos, si querian salir.

Sus órdenes le prescribían esperar á Ganteaume, lo cual implicaba una especie de inacción y él deseaba moverse, quejándose de que no podia asolar las islas inglesas, lo cual era fácil con una fuerza de veinte navios. A fin de matar el tiempo, se apoderaron del fuerte del *Diamante* situado delante de la Martinica, y que el almirante Missiessy no quiso ocupar con mucho disgusto de Napoleón. Sufrió primero un vivo cañoneo de los navios y en seguida lo tomaron las tropas transbordadas en las lanchas. Deseaban asimismo completar la ocupacion de la Dominica con la de Cabry, pero esta posición, muy defendida por la naturaleza y por el arte, exigía un sitio en toda regla y no osaron emprenderlo,

por lo que Villeneuve envió sus fragatas, que eran excelentes y de primera marcha, á cruzar delante de las Antillas para hacer presas y procurarse noticias de las escuadras inglesas.

Habian llegado tropas, y con las que Missiessy llevó se reunieron en las Antillas unos doce mil hombres, con los cuales hubieran podido llevarse á efecto importantes operaciones que no se ejecutaron por temor de dar chasco á Ganteaume. Además de esto las islas francesas se encontraban en el mejor estado, pues tenian soldados, municiones y abundantes viveres que les proporcionaban los corsarios, y estaban animadas del mejor espíritu.

A fin de no esponer á las tripulaciones á las enfermedades reinantes en aquellas regiones, y tambien con el objeto de impedir la desercion, resolvieron dar un golpe de mano á la Barbada, punto en que los ingleses poseian importantes establecimientos militares, como que en él conservaban todos los depósitos de sus tropas coloniales. El general Lauriston habia llevado consigo una division escogida de cinco mil hombres, y habiéndola destinado para esta operacion, trató de trasladarse á la Guadalupe, para reunir un batallón mas que en esta isla se hallaba, porque suponian encontrar en la Barbada unos diez mil hombres entre milicias y tropas de línea. Decidieronse á partir el 4 de junio, pero aquel mismo dia llegó el contra-almirante Magon, con los dos navios de Rochefort, que Napoleón enviaba para dar á Villeneuve la primera noticia del cambio que acababa de operarse en sus proyectos. Magon decía, que no pudiendo Ganteaume salir de Brest, se



hacia necesario levantar el bloqueo, no solo de este puerto, sino el que sufría la escuadra del Ferrol, y que despues de reunir los buques estacionados en ambos puntos, debia hacer rumbo toda la escuadra en masa hacia el canal de la Mancha. Llevaba sin embargo, la orden de que se esperase hasta el 21 de junio, pues era muy posible, que para el 21 de mayo hubiese ya podido Ganteaume salir de Brest, y calculando un mes para la travesia de este puerto á la Martinica, no se podia saber hasta el 21 de junio, si dicho almirante habia conseguido hacerse á la vela. Habia, pues, el tiempo necesario para llevar á cabo el proyecto sobre la Barbada, y mucho mas cuando Magon podia auxiliarlo con tropas y municiones. Acompañó efectivamente á la escuadra, compuesta de veinte y siete velas, á saber, catorce navios franceses, seis españoles y siete fragatas. El 6 de junio llegaron á la Guadalupe en donde se les reunió un batallon, el 7 dieron vista á la Antigua, el 8 perdieron de vista á esta isla, que no habia cesado de hacer fuego sobre la escuadra, y el mismo dia por la tarde encontraron un convoy de quince velas que salia del puerto, cargado de géneros coloniales, y al cual escoltaba una corbeta. El almirante hizo señales á todos los buques para que cargasen de vela, dirigiéndose *sobre su rumbo*, segun espresion técnica, es decir, que cada buque navegase lo mas que pudiese, guardando no obstante el punto de direccion que le marcaba su marcha. Con esta maniobra sencilla, se consiguió antes que llegase la noche el apresamiento del convoy que valia de 9 á 10.000.000 de francos. Algunos pasaje-

ros americanos é italianos, dieron á la escuadra las primeras noticias de Nelson, suponiéndole ya en la Barbada, punto al que aquella se dirigia, y aunque respecto á su fuerza, no estaban todos contestes, le hacian generalmente con doce navios. Habia reunido sin embargo en su derrota, las fuerzas del almirante Cochrane, y estas nuevas produjeron en el ánimo del almirante Villeneuve una impresion extraordinaria: pues veia ya á Nelson con catorce, diez y seis ó tal vez diez y ocho navios, es decir, con una fuerza casi igual á la suya, dispuesto á impedirle el paso, pensamiento que desde luego le inspiró la idea de volverse á Europa. Apoyándose Lauriston por el contrario, en las palabras de los prisioneros que solo concedian á Cochrane doce navios, lo que hacia suponer que Nelson contaba á lo mas con catorce, sostenia que con veinte podian combatirle ventajosamente, y que despues de libertarse de su persecucion por medio de una batalla, tendrian mas seguridad de cumplir las instrucciones que habia dado el emperador. Villeneuve no fué de este dictámen y quiso absolutamente hacerse á la vela para Europa, llegando á tal punto su prisa, que se negó á entrar en los puertos de las Antillas francesas, para dejar las tropas que de ellos habia sacado, alegando que para esta operacion, le era preciso ir á buscar los vientos del E. y del O. que reinan generalmente en aquellas islas, pues se hallaba á la sazón en la Antigua, muy al O. de la Martinica; de todo lo cual hubieran resultado la pérdida de diez dias y el peligro de encontrar á los ingleses. Decidióse por fin; eligió las cuatro mejores fragatas y trashedando á ellas toda la tropa que



pudo, las dirigió hácia la Martinica, dándoles órden de reunirse despues á la escuadra en las Azores. Quedaban sin embargo en ella, de cuatro á cinco mil hombres, carga por cierto, muy embarazosa, porque de conservarla, se privaba á las colonias de una fuerza necesaria, que era muy difícil enviarles de la metrópoli, y se aumentaban mucho las bocas á bordo de los buques, circunstancia que no podía mirarse con indiferencia, por que escaseaban los viveres, y apenas habia agua bastante para la travesia. Por último, se corría el riesgo de abandonar á Ganteaume, pues hasta el 21 de junio no podía saberse de un modo positivo, si habia salido de Brest, haciendo rumbo á la Martinica. Suponiendo que no habia salido, se acertaba en verdad, pero esto no era mas que una suposicion, y por consiguiente se cometia una falta muy grave. Villeneuve respondia á estas objeciones, que si en efecto habia salido Ganteaume, debian todos celebrarlo, pues de este modo quedaba levantado el bloqueo de Brest, y que por consiguiente podría pasar la escuadra a la vista de este puerto para entrar en la Mancha.

Determinóse al punto Villeneuve a hacer lo que tenia pensado, embarcó toda la gente que pudo en las fragatas y las dirigió á la Martinica, y no queriendo verse embarazado con el convoy apresado ni perderlo, lo confió á otra fragata para que lo escoltase hasta una de las islas francesas. El 10 de junio estaba ya él en rumbo para Europa, y esta resolucion, aunque condenable en el fondo, no hubiera sido mala en el hecho, si hubiese entrado primero en la Martinica para dejar en ella las tropas, para abastecerse de viveres y hacer

aguada y para saber si se habian recibido noticias de Francia.

Nelson, á quien tanto temia Villeneuve llegó á la Barbada en los primeros dias de junio despues de una navegacion rápida y casi fabulosa, y solo con nueve navios. Suponiendo que los franceses trataban de reconquistar la Trinidad, por cuenta de los españoles, tomó dos mil hombres en la Barbada, llamó á sí los dos navios del almirante Cochrane, y sin detenerse para rehabilitarse llegó el dia 7 á el golfo de Paria, isla de la Trinidad. Reconociendo allí su error, volvió atras y se encontró el 10 en Granada. Disponiase ya á remontarse á la Barbada y á dejar en ella las tropas que habia tomado volviendo en seguida á Europa con once navios. ¡Qué actividad! Qué energia! Qué manera de emplear el tiempo! Esto prueba que en la guerra, y sobre todo en la guerra marítima, la calidad de las fuerzas es superior al número de ellas. Nelson con once navios navegaba tranquilo por las mismas aguas en que Villeneuve temblaba con veinte, y eso que los montaban valientes tripulaciones.

Villeneuve se dirigia á Europa con rumbo al N. E. y mar favorable, llegó á las Azores el 30 de junio y encontró en ellas á sus fragatas, que solo tardaron cuatro dias en descargar las tropas, y que tuvieron la buena suerte de no encontrar á los ingleses, lo cual probaba que Villeneuve hubiera podido efectuar sin peligro la misma operacion. Las cuatro fragatas habian encontrado á la que escoltaba el convoy apresado, aunque sin poder conducirle á su destino, por lo que determinaron incendiarlo, lo cual producía una pérdida de 10.000.000. Reuniéronse, pues, todos los bu-



ques en las Azores y se hicieron á la vela en número de veinte navios y siete fragatas hácia las costas de España. La pérdida del convoy quedó compensada con la presa de una rica galeota procedente de Lima y cargada por valor de 7 á 8.000,000 de pesos: la había cogido primero un corsario inglés, y á este se la quitaron los franceses. Hallándose ya la escuadra á sesenta leguas del cabo Finisterre, cambió el viento de pronto, y soplando del N. O. resultó contrario para los buques, viéndose estos en la necesidad de capear. El viento sin embargo se obstinó, llegando á ser tan violento que algunas embarcaciones experimentaron averías y perdieron la arboladura. Los dos navios que llevó Magon de Rochefort, estaban llenos de enfermos de fiebre, y las tropas conducidas de Europa á América, y de América á Europa, quedaban en los buques espuestas á mil enfermedades. Reinaba á su bordo la tristeza, y diez y ocho dias de vientos contrarios, exasperaron los ánimos, contribuyendo á trastornar el valor del almirante Villeneuve, pues proyectaba ir á Cádiz, esto es, al punto opuesto en que Napoleon le esperaba y le llamaban sus instrucciones. El general Lauriston, se resistió con todas sus fuerzas y se salió con la suya; el viento cambió el 20 de julio, y se hicieron de nuevo á la vela para el Ferrol.

Dos desgracias había ocasionado el mal tiempo; la primera afectar los ánimos de las tripulaciones y de su gefe; la segunda, descubrir su marcha al almirantazgo inglés. Nelson había enviado al bergantín *Curioso* para llevar á Inglaterra la noticia de su derrotero, y este bergantín divisó á la escuadra francesa, despues de lo cual forzó de vela

y llegó á Portsmouth el 7 de julio. El 8 se remi-tieron los despachos al almirantazgo, y este, sin saber á punto fijo el objeto que se proponia la escuadra francesa, pero suponiendo que trataba de levantar el bloqueo del Ferrol, mandó al almirante Sterling, que reforzase con cinco navios á Calder, que cruzaba inmediato al cabo de Finisterre. El largo tiempo transcurrido desde que Napoleon pensó su grande combinacion naval, las diversas operaciones últimamente emprendidas, la marcha de Villeneuve, su travesia á Cadiz, su reunion con Gravina, su vuelta á Europa, en donde dos escuadrillas, una de Brest y otra del Ferrol, aguardaban una fuerza que las librase del bloqueo que sufrían, todas estas circunstancias reunidas habían hecho sospechar á los ingleses una parte de los proyectos de Napoleon. No creían precisamente en una reunion de escuadras en la Mancha, pero querían evitar el levantamiento del bloqueo del Ferrol ó de Brest, que les parecia probable. Asi que habían aumentado la escuadra de Cornwallis delante de Brest á veinte y cuatro navios, de los que destacaron cinco para observar á Rochefort, y á diez la de Ferrol que debia componerse ya de catorce ó quince navios por su reunion con la division de Rochefort. Toda tardanza es una desgracia en un proyecto que exige secreto, pues se dá al enemigo el tiempo de pensar, el de adivinar y el de recoger indicios que acaban por instruirle.

El 22 de julio remontaba Villeneuve hácia el Ferrol en tres columnas, esto es, se dirigia al nordeste con buen viento del noroeste que le daba de través, y hácia el mediodia divisó veinte y una velas, y entre ellas quince navios: era la escuadra



inglesa del almirante Calder que avanzaba en sentido contrario, y le salia al encuentro para cortar el camino del Ferrol, del cual distaba como unas cuarenta leguas.

Preparábase, pues, un combate naval y Villeneuve no pensaba evitarlo, porque no temia el peligro, sino la responsabilidad: á pesar de esto, lleno de ansiedad perdió un tiempo precioso antes de colocarse en orden de batalla, aunque el general Lauriston, escitándole sin cesar, le daba prisa desde las once de la mañana para que comunicase las órdenes que no dió hasta la una: de este modo se perdió la mejor parte del día. Los navios de las escuadras combinadas tardaron dos horas en ocupar sus puestos, y por fin á las tres se encontraron los veinte navios franceses y españoles en una misma línea regular, y Magon á retaguardia de ella con la division de Rochefort y muchas fragatas. El almirante inglés Calder, con quince navios, algunos de ellos de cien cañones, al paso que los más fuertes de su enemigo no eran más que de ochenta, se colocó en batalla formando una estensa línea paralela á la contraria, aunque corriéndose en sentido inverso, pues los ingleses se dirigian al noroeste y los otros al nordeste y como el viento era noroeste las dos escuadras lo recibían de través, de modo que desfilando ambas paralelamente, y en direcciones opuestas se hubieran evitado fácilmente, pero Calder replegó la cabeza de la suya con intencion de cercar la retaguardia francesa. Villeneuve, á quien el peligro comunicaba arrojo y resolución, previendo que el almirante inglés, trataba de envolver la retaguardia entre dos fuegos, imitó la maniobra

de su enemigo, y virando por redondo, ocultó su izquierda, y presentó la cabeza de la escuadra á los primeros navios ingleses. Encontráronse las dos fuerzas de resultas de aquel movimiento, y el navio español *Argonauta*, montado por el almirante *Gracina*, se vió comprometido con el navio inglés el *Hero*: ingleses y franceses se acometieron poco despues en toda la estension de la línea, pero como la escuadra inglesa era menos numerosa que la combinada, solo hicieron fuego los trece ó catorce navios primeros de esta. Aquel era el momento de emplear la retaguardia en una maniobra decisiva, supuesto que no tenia enemigos al frente, pero por desgracia una espesa niebla que ocupaba muchisimas leguas, pues fué observada desde Brest, cubria las escuadras, pero de tal modo que el navio almirante tardó algunos minutos en averiguar si el enemigo le atacaba por babor ó por estribor; cada buque solo veia al que tenia delante, y no se cuidaba de los demas. Oíase un estruendo de artilleria vivo, continuo, mas no precipitado, pues franceses y españoles, á pesar de su inesperienza se batian con orden y con serenidad. Las tripulaciones no habían adquirido aun la precision que hoy las distingue, y con todo, en aquella especie de desafío de buque á buque, los ingleses padecieron tanto como sus contrarios, y si la retaguardia de estos, que no tenia enemigos al frente, hubiera podido descubrir lo que pasaba, y hubiera puesto entre dos fuegos una parte de la línea inglesa, replegándose sobre ella, la victoria hubiera quedado decidida. Villeneuve, que nada podia distinguir por la niebla, tampoco acertaba á dar las órdenes con-



venientes, pues aunque Magon le habia enviado á decir que estaba en inaccion, llegó este aviso muy tarde, y no produjo determinacion alguna del almirante francés, quien despues de un momento de decision al principio del combate, habia caido ya en su acostumbrada apatía, temiendo operar algun movimiento falso, en medio de tanta oscuridad: lo único que hacia era batirse desesperadamente con el navio almirante.

Despues de un encarnizado combate, se halló en tan mal estado el navio inglés *Windsor*, que una fragata tuvo que remolcarlo fuera de la linea, para que no cayese en poder del enemigo, sucediendo lo mismo á otros buques ingleses. Los franceses por el contrario se portaron con valor, y espermentaron pocas averias, al paso que los españoles, que formaban el primer tercio de la linea de combate, sufrieron mucho por su decidido arrojó, y por la posición que ocuparon. Los tres navios *La España*, *San Fermin* y *San Rafael* se hallaban en un estado lastimoso, y el primero habia perdido los tres palos. Como el viento era de popa para estos buques, no podian maniobrar, y se veian empujados hácia el enemigo, y al notar lo el valiente Mr. de Cosmao, capitan del *Plutoa*, salió de la linea y avanzó con su navio para salvar á los tres españoles. El primero de estos, *San Rafael*, de pocos pies, queria deslizarse entre las dos lineas hácia retaguardia, esperando salvarse con este movimiento: el *San Fermin*, mas maltratado no pudo ser defendido por Mr. de Cosmao, y envuelto por la marejada y el temporal fué á dar consigo en el centro de la linea inglesa. Mr. de Cosmao, no obstante, consiguió salvar al *España*,

que se mantuvo en la linea por sus esfuerzos. Una clara descubrió á Villeneuve aquel espectáculo á las seis de la tarde, y aquel indeciso almirante vió al *San Rafael* acogerse á la retaguardia, y al *San Fermin* rodeado de enemigos, defendiéndose á todo trance, á pesar de no tener una jarcia ni un mastelero en pié. Como las escuadras se batian á bastante distancia habia entre ambas el espacio suficiente para que la combinada avanzase, dando tiempo con este movimiento para que todos los navios abandonados á si mismos ocupasen su posición en la linea. El general Lauriston no se habia separado de Villeneuve y escuchaba á los oficiales de la escuadra proponer esta maniohra. Aconsejóle pues, hacer la señal de *arribar gobernando* todos juntos, es decir, ceder al viento que impeliendo hácia los ingleses hubiera permitido volver en medio de nuestros navios comprometidos; de esta manera hubieran estado mas cerca del enemigo, y esté maltratado y menos numeroso, probablemente hubiera recogido velas ante este movimiento ofensivo. No pudiendo Villeneuve ver bien lo que pasaba á través de la niebla, temiendo desconcertar su órden de batalla, y correr nuevos riesgos, prefirió la pérdida de los navios al peligro de volver á comprometer la acción y por consiguiente se negó á dar la órden que de todas partes solicitaban. En aquel momento la noche iba cerrando y casi habia cesado el fuego, y los ingleses se retiraban llevando á remolque dos de sus navios muy averiados por el fuego, y los dos españoles que les abandonamos por nuestra falta. Nosotros sufrimos poco, pues no habia una sola de nuestras tripulaciones que no estuviese



dispuesta á volver á empezar el combate y no se creyese vencedora, al ver que habia quedado por nosotros el campo de batalla; ignoraban en la escuadra la pérdida de los dos navios españoles.

Toda la noche se estuvo viendo á los ingleses con fuegos en las popas de sus navios sotaventados á lo lejos y tratando de reparar sus averías.

Por nuestra parte hacíamos lo mismo, hasta que al rayar del alba se distinguió claramente la situacion de ambas escuadras. Los ingleses estaban en retirada pero llevando consigo dos navios españoles, á cuya vista se hizo tan general el dolor y la desesperacion á bordo de nuestros buques, que todos clamaban por combatir y empeñar una accion decisiva. El viento nos favorecia pues era el mismo que la vispera y corria de nosotros hacia los ingleses: si en aquel momento, Villeneuve se hubiera resuelto á dar la señal de correr al enemigo, sin mas orden de batalla que el de la prontitud, catorce navios de los diez y ocho que nos quedaban, con una marcha igual habrian llegado junto á los ingleses, los otros cuatro hubieran llegado poco despues y la victoria hubiera quedado seguramente por nosotros. Obligado por el clamor de todos los oficiales, Villeneuve decidió al fin el movimiento y pasó con Lauriston á bordo de la fragata *Hortensia*, para comunicar sus órdenes de voz viva á cada uno de los gefes de division. El *Argonauta*, navio almirante español, que llevaba rota la entena del mastelero menor, pidió tiempo para repararla y Villeneuve quiso esperarlo, lo cual detuvo la operacion hasta las doce del dia, hora en que comenzó la persecucion; pero el viento habia alojado y vió á los

ingleses desaparecer á su presencia, antes de que hubiesen podido acercarse lo bastante, aun haciendo fuerza de velas, y juzgando que no los podia alcanzar hasta la noche, dejó la accion para el dia siguiente con objeto de combatir con la luz del sol. Pero el viento habia saltado al nordeste, es decir, habia tomado una direccion enteramente contraria y Villeneuve tuvo entonces una buena razon para detenerse, pues si se alejaba del Ferrol, corria el riesgo de encontrar á los ingleses reforzados, y por recuperar dos navios perdidos, se esponia á no lograr su objeto cual era el de levantar el bloqueo del Ferrol y cumplir su comision.

Así terminó aquel combate que hubiera podido pasar por una victoria, sin la pérdida de los dos navios españoles. Las tripulaciones á pesar de su inesperienza, se habian batido bien; pero por una parte la niebla que se juntó á las irresoluciones naturales del almirante Villeneuve y por otra la desconfianza que tenia de si mismo y de sus marineros paralizaron los recursos de que disponia é impidieron que aquel encuentro no fuese un triunfo brillante. En esta, como en tantas otras batallas navales un ala de nuestra escuadra no acudió al socorro de la otra; pero en esta ocasion no estuvo la falta en el ala que quedó inactiva porque el contra almirante Magon, no era hombre que permaneciese voluntariamente alejado del fuego. En el primer momento que siguió á la batalla, Villeneuve se conceptuaba casi feliz por haber podido combatir contra los ingleses sin experimentar desastre alguno; pero cuando pasó algun tiempo y entró en si mismo, su desanima-



cion y tristeza habitual se tornaron en un dolor profundo. Viose espuesto á las reconvenções de Napoleon y de la opinion pública, por haber perdido dos navios combatiendo con veinte contra quince; creyóse deshonrado y cayó en una especie de abatimiento muy inmediato á la desesperacion. El juicio severo de sus tripulaciones, que se quejaban en alta voz de su irresolucion y ponderaban la bizarria y decision del almirante Gravina, le llegó al corazon; y para colmo de desgracia, el viento que habia sido dos dias favorable se puso enteramente contrario. A los enfermos, cuyo número se habia aumentado, habia que añadir los heridos, y faltaban alimentos frescos que darles pues ni agua quedaba mas que para cinco ó seis dias, en este estado Villeneuve quiso otra vez volver á Cádiz, pero el general Lauriston se opuso de nuevo, y por último se transigió y se entró á descansar en Vigo.

Este puerto era poco seguro, y por otra parte no ofrecia grandes recursos, sin embargo se encontraron en él algunos medios para aliviar á los enfermos y heridos. Tres navios, uno francés, el *Atlas*, y dos españoles el *América* y el *España*, eran tan poco veleros que no podian navegar en escuadra, por lo cual Villeneuve tomó el partido de dejarlos en Vigo, dedicándose el *Atlas* á hospital, donde se depositaron los heridos y enfermos. El general Lauriston habia llevado para su division el material que juzgó necesitar y lo empleó en la cura de los marinos que habian quedado en Vigo, invirtiendo el dinero que llevaba el galeon español en proveer á la escuadra de lo que necesitaba; tomaronse viveres frescos, agua para un

mes, se pagó el sueldo á toda la escuadra y habiendo reanimado un poco los ánimos, lo cual no era difícil á soldados de un temperamento vivo, se hicieron á la vela despues de haber hecho un descanso de cinco dias, lo cual no dejó de ser útil. El viento no era malo, la escuadra subió desde Vigo hasta la altura del Ferrol, y el 2 de agosto entró en la rada abierta que separa el Ferrol de la Coruña.

En el mismo instante que apareció la escuadra francesa, los agentes consulares, situados en la orilla por órden de Napoleon, comunicaron al almirante Villeneuve las órdenes destinadas para él. Estas órdenes le instruian de que no entrase en el Ferrol, de donde no se puede salir fácilmente, y que invirtiese el menos tiempo posible reunir las dos divisiones que esperaban la incorporacion y volviese á salir para Brest. Villeneuve trasmitió estas órdenes al almirante Gravina, pero este estaba ya en el canal, no podia retrogradar y una parte del ejército entró con él. El resto, obediendo á Villeneuve, se detuvo en frente, es decir, en la Coruña.

Esta separacion ponía á las dos escuadras á dos ó tres leguas de distancia, y el mayor mal que podía resultar era una pérdida de dos ó tres dias para volver á salir, pérdida que hubiera sido muy sensible con un almirante que no hubiera perdido dias con mucha frecuencia; pero con Villeneuve podía haber algun consuelo.

Este almirante encontró en la Coruña las órdenes urgentes de Napoleon, sus palabras reanimadoras, sus magníficas promesas y las cartas íntimas del ministro Decrés, amigo suyo de infan-



cia. Tanto el emperador como el ministro le intimaban que no se detuviese un momento, que se trasladase á Brest, que presentase batalla á Cornwallis, que arrostrase el ser vencido, si era necesario, con tal que Ganteaume lograra salir sano y salvo y que reuniese los restos que quedasen enteros de la escuadra que le hubiese levantado el bloqueo. Todas estas nuevas reanimaron un momento el estado moral de Villeneuve. La poca importancia que daba Napoleon á sacrificar algunos navios con tal que llegase una escuadra á la Mancha, era suficiente para tranquilizarle, y tanto que si hubiera comprendido bien el encargo que se le dió, hubiera debido estar satisfecho mas bien que triste; porque sea como quiera, si le cogieron dos navios en la última batalla, habia logrado llegar al Ferrol sano y salvo, sin tropezar con los cruceros enemigos y burlando las precauciones del almirantazgo inglés. De los dos almirantes inglés y francés, el mas castigado por la fortuna fué Calder y no Villeneuve; porque éste habia alcanzado su objeto, al paso que Calder no consiguió el suyo. A pesar de faltarle los dos navios cogidos y los tres anclados en Vigo, tenia veinte y nueve navios entre españoles y franceses reunidos en el Ferrol, que de un momento á otro debian subir á treinta y cuatro con la division de Lallemand, escuadra suficientemente numerosa para intentar levantar el bloqueo de Brest. Por lo demás el mismo almirantazgo inglés y Napoleon lo juzgaron de este modo pocos dias despues; pues el primero hizo comparecer al almirante Calder ante un tribunal militar, y Napoleon dirigia publicamente grandes elogios á Villeneuve, por haber llenado, como de-

cia, su deber, á pesar de haber caido dos navios en manos del enemigo.

¿Qué temores podia, por consiguiente, concebir un oficial á quien un gefe omnipotente, y que disponia de la reputacion y fortuna de sus subalternos decia continuamente:—No os importe quedar vencido, y aun destruido, si es menester, con tal que por vuestros esfuerzos, quede abierta la puerta de Brest?—Pero no parece sino que una especie de fatalidad presidia á los pasos de aquel desgraciado marino para turbarle el ánimo y conducirle de uno en otro dolor al resultado que queria evitar, es decir, á una gran batalla perdida; y perdida sin que pudiese lograr el único objeto que le pedia Napoleon, el de estar veinte y cuatro horas en la Mancha.

Sin embargo, sintió algun consuelo al ver la division del contra-almirante Gourdon, que habia navegado mucho antes de encerrarse en el Ferrol, se habia reparado y completado cuidadosamente y que merecia toda su confianza. Con no menos satisfaccion vió nueve navios españoles, tripulados por el almirante Grandellana y muy superiores á los del almirante Gravina, porque se habia invertido en tripularlos el tiempo que faltó á los que salieron de Cádiz.—Ojalá, escribia Villeneuve comparando la division del Ferrol á la de Cádiz, que la escuadra española (esceptuando el *Argonauta*) y el navio *Atlas* no hubiesen formado nunca parte de mi escuadra. Estos navios no sirven absolutamente para otra cosa que para comprometerlo todo como han hecho siempre, y ellos son los que nos han conducido al último grado de las desgracias.»

Este lenguaje manifiesta hasta qué punto es-



taba afectada el alma de Villeneuve, puesto que daba el nombre de último grado de las desgracias á una campaña que hasta entonces le conducia al objeto indicado por Napoleon, y que aun le valia elogios de parte de aquel gefe tan descontentadizo.

En aquel momento se reducian todos los pensamientos de Villeneuve á lo que le esperaba á su salida del Ferrol, pues suponía que Caldera pareceria de nuevo unido á Nelson ó á Cornwallis, y que se veria comprometido en otro nuevo combate, del cual podria salir destruido, y estos pensamientos se los sugerian varias cartas de Cádiz en las que le decian que en efecto, Nelson habia estado á la vista de Gibraltar, pero que volvió á salir para el Océano con objeto de reunirse á Caldera delante del Ferrol ó á Cornwallis delante de Brest. Lo que habia de cierto es que Nelson, caminando con una celeridad prodigiosa, abordó á Gibraltar á fines de julio, en la misma época que Villeneuve empeñaba la accion con Caldera; que habia vuelto á pasar el estrecho, que luchaba á la sazón contra vientos contrarios para volver á entrar en la Mancha, que no tenia mas que once navios, que todavía no habia podido reunirse á Caldera ni á Cornwallis, y que su intencion era tomar algun descanso para reponer de viveres su agotada division. Villeneuve ignoraba todas estas circunstancias; pero sabia muy bien lo que se le ordenaba, que para un hombre de corazon era muy facil de ejecutar, pues las instrucciones no le obligaban á vencer, sino á combatir á todo trance para levantar el bloqueo de Brest. Si delante de este puerto, podia ayudarle Ganteaume, no es probable que la batalla em-

peñada con cincuenta ó cincuenta y cinco navios, contra veinte ó veinte y cinco se perdiese; y si por el contrario, circunstancias de mar impedian á Ganteaume tomar parte en la accion, Villeneuve combatiendo á todo trance hasta quedar destruido, si se quiere, debia imposibilitar á Cornwallis el sostenerse en el mar y continuar el bloqueo, con lo cual Ganteaume, reuniendo á su escuadra que habria quedado intacta los restos de otra gloriosamente vencida, podia todavía dominar la Mancha por espacio de algunos dias; y hé aqui todo lo que Napoleon pedia á sus almirantes.

Por desgracia, Villeneuve habia tocado en tierra. Los navios que tomaron parte en la accion tenian varias cosas que componer y aunque hubieran podido navegar un mes y aun dos si se hubieran visto obligados á permanecer en alta mar, querian todos, al verse en un gran arsenal, reparar alguna averia. Tomaron mástiles de reserva, volvieron á reponerse de todos los utensilios necesarios, abasteciéronse de agua, y por último, quisieron traspasar viveres de los navios que tenian mas á los que tenian menos, en cuyas operaciones invirtió toda la escuadra cuarenta y cinco dias. Las órdenes de Napoleon de que hubiera galleta hasta el número de dos ó tres millones de raciones en cada puerto, no pudo cumplirse en el Ferrol, á causa de la escasez de España, pero debia haberla en Brest, en Cherburgo y en Boloña, y además cuarenta y cinco dias eran suficientes. Por último, Villeneuve se dispuso el 10 de agosto á levar el ancla, salió de la Coruña á la bahía de Arles y allí esperó que Gravina y la segunda division española saliesen del Ferrol, cosa no muy facil á



causa del viento. Tres estuvo esperando, los cuales ocupó en atormentarse, y en este sentido escribió al ministro Decrés:—Se me hace el árbitro de los mayores intereses y mi desesperacion se aumenta cuantas mayores pruebas me dán de confianza, porque no puedo esperar ningun buen resultado, sea cualquiera el partido que tome. Estoy muy convencido de que las marinas de Francia y España no pueden presentarse en grandes escuadras... Divisiones de tres, cuatro ó cinco navios á lo mas, es todo lo que podemos formar, para hacerlas susceptibles de direccion. Que salga Ganteaume y podrá juzgar por sí mismo. *Entonces se fijará la opinion pública.*

«Voy á salir, pero no sé lo que haré porque hay ocho navios en vista de la costa y á ocho leguas de distancia, que nos seguiran, yo no podré hacerles frente y se irán á reunir á las escuadras de Brest ó de Cadiz, segun el rumbo que yo tome á cualquiera de estos dos puntos. Mucho falta para que, saliendo de aquí con veinte y nueve navios, pueda considerarme bastante fuerte para luchar contra un número siquiera aproximado, tanto que no temo decírtelo, á ti, sentiré mucho encontrarme con veinte navios enemigos. Tenemos una táctica naval muy antigua; no sabemos ponernos en línea, y es justamente lo que requiere el enemigo... No tengo medios ni tiempo para adoptar otra con los comandantes á quienes se han confiados los navios de ambas marinas... Todo esto lo tenia yo previsto antes de salir de Tolon; pero me hice ilusiones solo hasta el momento en que vi los navios españoles que se me unieron...Entonces desesperé de todo...»

En el momento de hacerse á la vela, los navios procedentes de Rochefort, el *Algeciras* y el *Aguiles*, fueron invadidos otra vez por la fiebre amarilla, y varios navios españoles que salian del Ferrol se abordaron y hubo masteleros de proa rotos y velas desgarradas, accidentes insignificantes en sí, pero que uniéndose á todas las contradicciones que habia ya sufrido Villeneuve acabaron de ponerle en el colmo de la desesperacion. Asi, cuando ya estaba dispuesto á hacerse á la vela, dió las órdenes al capitan Lallemand, el cual con una excelente division de cinco navios y muchas fragatas debia abordar el 15 ó 16 de agosto á Vigo. Bastaba que Villeneuve se hubiera trasladado á este punto para reunirse á aquella division, aumentando considerablemente de este modo sus fuerzas; pero no se atrevió á moverse de miedo de encontrar á Nelson, y envió un oficial al capitan Lallemand, por cuyo medio le prescribió que se dirigiese á Brest, sin estar seguro de poderle seguir él, y por consiguiente esponiendo á perecer á aquella division si llegaba sola. Escribió al almirante Decrés un despacho en el cual esponiendo claramente los dolores que sentia su alma, dejaba entrever que acaso estaba dispuesto á dirigirse á Cadiz en vez de Brest, y al mismo tiempo dijo á Lauriston, cuya presencia importuna le representaba el emperador, que tomarian el rumbo de Brest. Afligido Lauriston de verle en semejante estado, pero gozoso por su resolucion, escribió al emperador por un correo despachado desde el Ferrol, que al fin iban á Brest, y de Brest á la Mancha.

En medio de tan deplorables ansias, se alejó



Villeneuve de la Coruña y perdió de vista la tierra en la jornada del 14. Para cúmulo de desgracia, el viento nordeste que soplabá con hastante fuerza, estaba muy lejos de impelirlo hácia su gran destino. ¡Triste consecuencia del decaimiento que frecuentemente nos impide aprovecharnos de los favores de la fortuna! En aquel momento Calder y Nelson no estaban reunidos cerca del Ferrol, como lo temia Villeneuve. Nelson despues de haber buscado en vano á los franceses en Cádiz volvió á subir al Norte, estuvo mucho tiempo bordeando contra el mismo nordeste que soplabá á la sazón, y por último se unió á Cornwallis, delante de Brest el mismo dia (14 de agosto) que la escuadra francesa salió del Ferrol. Dejó á Cornwallis los pocos navios que tenia aun en disposicion de aguantar la mar, y con los otros fué á rehacerse á Portsmouth, donde tocó el 18 de agosto. Calder por su lado despues de la batalla del Ferrol, se juntó á Cornwallis con su malparada escuadra, parte de la cual se envió á los puertos de la Mancha para recomponerse, y Cornwallis le alistó inmediatamente una division de diez y siete ó diez y ocho navios, lo envió delante del Ferrol quedándose él con diez y ocho á lo mas para bloquear á Brest; por consiguiente, Calder volvia é iba á encontrar evacuado el Ferrol. Si Villeneuve tomando un poco de confianza, se hubiera reunido con Lallemand en Vigo, y encaminándose á la Mancha por plena mar, se hubiera cruzado con Calder sin encontrarle, y hubiera sorprendido á Cornwallis separado de Nelson con diez y ocho ó veinte navios todo lo mas: y hubiese podido abor- darle con sus treinta y cinco, sin contar los veinte

y uno de Ganteaume. ¡Qué ocasion le hacia perder el abatimiento de su alma! Por lo demás el general Lauriston le asediaba con sus vivas instancias: ¡un momento de variacion en los tiempos y en el abatido espíritu de Villeneuve, y aun podia llevarse á cabo el gran pensamiento de Napoleon!

Dificilmente puede describirse la impaciencia que devoraba á Napoleon en las playas de Boloña donde esperaba á cada instante la aparicion de sus escuadras y la tan deseada ocasion de invadir la Inglaterra. Toda su gente estaba embarcada, desde el Texel hasta Etaples. En el Texel hacia muchas semanas que estaban á bordo todos los caballos de la artilleria y caballeria, y todas las tropas sin escepcion ocupaban ya las embarcaciones. La escuadra de linea, encargada de escoltar el convoy, solo esperaba la señal de levar el ancla. En los cuatro puertos de Ambleteuse, Wimeroux, Boloña y Etaples, se habia hecho tomar las armas diferentes veces á los ciento treinta mil hombres destinados á ocupar los barcos chatos, se les habia conducido á los muelles, y les habia hecho ocupar á cada uno su puesto en las embarcaciones. Habíase tambien reconocido qué tiempo se necesitaba para esta operacion, pues en Ambleteuse los soldados de la division de Davout se habian embarcado en una hora y cuarto, y los caballos en hora y media, sucediendo otro tanto en Etaples y Boloña, guardando la proporcion del número de hombres y caballos.

Todo, pues, estaba listo, cuando recibió Napoleon la noticia del combate del Ferrol, del descanso en Vigo, y de la entrada en la Coruña. Aunque le disgustó mucho el estado moral de Villeneuve



y le juzgó muy severamente, quedó sin embargo satisfecho del resultado total, y por orden suya todas las gacetas publicaron la relacion del combate naval con las mas halagueñas reflexiones sobre Villeneuve y sobre las dos escuadras combinadas. Los dos navios perdidos no le pareció mas que un accidente que debia atribuirse á la niebla, sensible sin duda, pero de ninguna importancia, al lado del resultado que se habia obtenido, á saber, la entrada en Vigo, y la union de las dos escuadras (1).

(1) Hé aqui las cartas que con este motivo escribió Napoleón al almirante Villeneuve, y á su ayudante de campo Lauriston.

Boloña, 25 de thermidor, año XIII, (15 de agosto de 1805).

*Al almirante Villeneuve.*

Señor vice-almirante Villeneuve: he visto con placer, por el combate del 5 de thermidor, que muchos de mis navios se han comportado con la bizarría que debia esperar. Estoy satisfecho de la bella maniobra que hicisteis al principio de la accion, y que descompuso los proyectos del enemigo. Hubiera deseado que hubiéseis empleado el gran número de vuestras fragatas en socorrer á los navios españoles, que por haber sido los primeros, que se comprometieron, debieron necesitar mas ayuda. Tambien hubiera deseado que el dia siguiente al de la accion no hubiéseis dado tiempo al enemigo para poner á salvo sus navios el *Wind-sor-Castle* y el *Malta*, y los dos navios españoles, que estando desaparejados, debian llevar una marcha embarazosa y pesada. Esto hubiera dado á mis armas el esplendor de una gran victoria. La lentitud de aquella gran maniobra, dió tiempo á los ingleses para introducirlos en sus puertos; pero á pesar de esto, juzgo con fundamento que la victoria ha quedado por nosotros,

Ahora no dudaba que Villeneuve tratara de presentarse en Brest. Ganteaume estaba en Bertheaume, es decir, fuera de la rada interior, enfrente de la plena mar, apoyado por ciento cin-

pues habeis entrado en la Cornua. Espero que este despacho, no os encontrará en ella, que habeis rechazado el crucero para uniros al capitan Lallemand: barrer cuanto se os oponga en el camino y venir á la Mancha, donde os esperamos ansiosos. Si no lo habeis hecho, hacedlo; marchad intrépidamente al enemigo. El orden de batalla que me parece preferible, es el de entremezolar los navios españoles con los franceses, y poner detrás de cada navio español algunas fragatas para socorrerlos en el combate y utilizar de este modo el gran número de fragatas que teneis. Este podeis aumentarlo todavia con la *Guerrera* y la *Revanche* que utilizarán la tripulacion del *Atlas*; sin que esto, sin embargo, atrase vuestras operaciones. En este momento teneis á vuestro mando diez y ocho navios nuestros, y doce ó lo menos diez del rey de España, y es mi intencion que donde quiera que se os presente el enemigo con menos de veinte y cuatro navios le ataqueis.

Por la fragata *el Presidente* y otros muchos que han vuelto de los que os envié á la Martinica y Guadalupe, he sabido que en vez de desembarcar las tropas en aquellas islas, se encuentran mas débiles que antes; sin embargo, Nelson no temia mas que nueve navios. Los ingleses no son tan numerosos como pensais, y los tenemos por todas partes suspensos. Si venis aqui por tres dias, aunque no sea mas que por veinte y cuatro horas, habeis cumplido vuestra mision. Haced saber por un correo extraordinario al almirante Ganteaume el momento de vuestra salida. Por último, ninguna escuadra habrá corrido riesgo por un objeto tan grande, ni nuestros soldados de tierra y mar, habrán nunca derramado su sangre por un resultado mas grande y mas noble, pues para lograr el fin de favorecer un desembarco en esa potencia que hace seis siglos oprime á la Francia, podemos todos morir con gusto. Tales son los sentimientos que deben animaros y á todos mis soldados. La Inglaterra no tiene en



cuenta bocas de fuego, dispuestas en batería en la costa. Se necesitaba mucha desgracia para que Ganteaume no pudiese tomar parte en la batalla del desbloqueo, y para que los franceses reuniendo cincuenta navios, veinte y nueve al mando de Villeneuve y veinte y uno al de Ganteaume, no lograra rechazar el enemigo y entrar con treinta ó cuarenta en la Mancha, aunque perdiesen diez ó veinte.

—Ya veis, decía Napoleon á Decrés que estaba con él en Boloña, que á pesar de una porcion de faltas y accidentes desfavorables, la na-

las Dumas mas que cuatro navios de línea, que diariamente molestamos con nuestros botes y escuadrillas.

Sin mas, etc.

*Al general Lauriston.*

Boloña 25 de thermidor, año XIII, (14 de agosto de 1805).

Señor general Lauriston: he recibido vuestras dos cartas del 3 y 11 de thermidor. Espero que este despacho no os encontrará en el Ferrol, y que la escuadra se habrá hecho ya á la vela para seguir su destino. No sé por que no habeis dejado los regimientos 67 y 16 en la Martinica y en la Guadalupe, pues iba muy bien explicado en vuestras instrucciones; de modo, que despues de una expedicion tan larga no tengo siquiera el placer de que mis islas estén al abrigo de cualquier ataque, puesto que ahora no tienen mas que tres mil hombres, y despues de verdmiario no habrá mas que dos mil quinientos. Espero de Villeneuve no se dejará bloquear por una escuadra inferior á la suya, pues teniendo en la actualidad una escuadra de treinta navios, creo que está en el caso de atacar cualquiera otra de veinte y cuatro. Ayudad é impulsad al almirante cuanto os sea posible. Concertad con él lo conveniente con respecto á las tropas que

turaliza del plan es en el fondo tan buena, que todas las ventajas están todavía de nuestra parte y estamos á punto de lograr nuestro objeto.

Decrés, que tenia la confianza secreta de los temores de Ganteaume y que participaba con él de la desconfianza de su fortuna, no estaba tan tranquilo.—Todo es posible, respondia, porque todo está perfectamente calculado, pero si se consigue, veré en ello la mano de Dios! Por lo demás, se ha manifestado tantas veces en las empresas de vuestra magestad, que no me estrañaria verla aparecer en esta ocasion (1).

Desde el 15 al 20 de agosto estuvo Napoleon

tencis á bordo, y decidme el estado de su situacion; podeis dejarlas á bordo, ó si el almirante lo juzga conveniente, podeis desembarcarlas y formar con ellas una division en el Ferrol.

Tomad las medidas necesarias para formar un depósito de los hombres que habeis desembarcado en Vigo, y para que todas las tropas que lleguen del Ferrol, puedan ir á él y reunir despues sus cuerpos.

El capitán Lallemand apareció en las costas de Irlanda en los primeros dias de thermidor, por consiguiente, ya hace tiempo que debe estar en el punto de la cita. Debió haber tomado noticias de la escuadra, sino las tenia, en Vigo, á donde fué un oficial, en la suposicion que el almirante Villeneuve no hubiese parecido para el 20 de thermidor. *En todas partes estamos listos, una aparicion de veinte y cuatro horas seria suficiente.*

Sin mas etc.

(1) Me limito á analizar testudamente las numerosas cartas que Napoleon y el almirante Decrés se escribían todos los dias á pesar de hallarse solo media legua el uno del otro. El primero estaba en Pont-de-Briques y el segundo en las orillas del mar.



en la mayor expectativa; se habian dispuesto señales en los parages mas elevados de la costa para avisarle el momento en que se divisase la flota francesa. Esperando con ansia los correos que llegaban de Paris ó de los puertos, daba en el acto nuevas órdenes para precaver los accidentes que pudieran contrariar sus designios. Habiéndole manifestado Mr. de Talleyrand que los armamentos del Austria eran de día en día mas significativos y amenazadores, y que podia temerse una guerra continental, pero que al propio tiempo la Prusia, en vista de la apatía que habia visto observaban con el Hannover, estaba dispuesta á formar una alianza con la Francia, Napoleon sin tomarse tiempo para pensarlo, hizo llamar á Duroc, le entregó una carta para el rey y todos los poderes necesarios para firmar un tratado. —Partid sin perder minuto, le dijo, marchad á Berlin sin pasar por Paris, y decidid á la Prusia para que firme un tratado de alianza conmigo. La cedo el Hannover con la condicion de que se decida inmediatamente; creo que vale la pena el presente que la hago, tal vez dentro de quince dias no la haria semejante oferta, pero hoy necesito ponerme á cubierto por parte del Austria, mientras me embarco. Para lograr de la Prusia este servicio, le doy un vasto pais que aumentará su ejército con cuarenta mil hombres. Pues si me viese obligado despues á dejar las playas del Océano para volverme hácia el continente, abandonando mis campamentos y mis proyectos contra la Inglaterra, no necesitaria de nadie para hacer entrar al Austria en vereda y no pagaria tan caro un servicio que entonces me

seria inútil. —Napoleon por lo tanto, exigia que la Prusia dirigiese inmediatamente tropas hácia Bohemia, no queriendo en aquellos momentos sobrecargar el tratado con las estipulaciones concernientes á Holanda, Suiza é Italia: la cedia el Hannover para que se uniese á él, pero sin mas condiciones (1).

Por un paso de tanta trascendencia, tan prontamente resuelto, puede juzgarse en cuanto tenia Napoleon en aquel momento el entero cumplimiento de sus planes. El mismo dia que daba estas instrucciones á Duroc, es decir el 22 de agosto, llegó á Boloña el correo que salió del Ferrol cuando Villeneuve se hizo á la vela. Napoleon recibió directamente en la pequeña fortaleza de Pont-de-Briques el despacho de Lauriston, mientras el que Villeneuve dirigia á Decrés estaba en camino de la playa, donde éste se habia estacionado en una barraca.

Complacido en extremo Napoleon de estas palabras de Lauriston, *marchamos á Brest*, dictó *in continenti* dos cartas para Villeneuve y Ganteaume, que merecen demasiado conservarse en la historia para que no hagamos aqui mencion de ellas.

Decia el emperador á Ganteaume:

«Ya os he manifestado por el telégrafo, mi intencion de que no consintais que Villeneuve pierda un solo dia, á fin de que aprovechando la superioridad de los cincuenta navios de línea, os hagais á la vela sobre la marcha, para cum-

(1) Hé aqui el analisis de las instrucciones secretas, dadas al gran mariscal Duroc.



plir vuestro deber y para trasladaros á la Mancha con todas vuestras fuerzas. Cuento con vuestro talento, vuestro valor y vuestro carácter en estos criticos momentos. Venid y habremos vengado seis siglos de insultos y de oprobio. ¡Nunca habrán espuesto sus vidas, mis soldados de mar y tierra por objeto mas sagrado!—(Campo imperial de Boloña á 22 de agosto de 1805)».

Hé aqui lo que escribió á Villeneuve Napoleon: «Señor vice-almirante, creo que habreis llegado á Brest: partid, no perdais un solo momento, y entrad en la Mancha con mis escuadras reunidas. ¡LA INGLATERRA ES NUESTRA! Estamos dispuestos, y todo embarcado. Presentaos y en veinte y cuatro horas estamos fuera del paso.—(Campo imperial de Boloña 22 de agosto.)»

Pero en tanto que Napoleon, engañado por el despacho de Lauriston, dirigia estas enérgicas palabras á los dos almirantes, Decrés recibió de Villeneuve por el mismo correo una comunicacion enteramente distinta, en la que daba pocas esperanzas de marchar á Brest. Partió al momento Decrés al campo de Boloña para manifestar al emperador la triste conviccion de Villeneuve al salir del Ferrol.

Al escuchar Napoleon estas noticias contradictorias, sellenó de ira, cuyos primeros impetus recaeron sobre el almirante Decrés, por haberle hecho dar á semejante hombre el mando de la flota; irriándose tanto mas contra el ministro cuanto que le atribuía ademas de la eleccion de Villeneuve, opiniones semejantes á las que habian acobardado á este desgraciado almirante: le echaba en cara la debilidad de su amigo, y la denigracion de la ma-

rina francesa, que llenaria de despecho á toda la gente de mar: se lamentaba de no tener quien le secundara en sus vastos planes y de no hallar sino hombres que por conservar su persona ó su reputacion no sabian cuando no otra cosa, perder una batalla, pues él no les exigia mas que el valor para combatir, aunque sufrieran derrotas.—Vuestro Villeneuve, decia á Decrés; no es capaz ni aun de mandar una fragata. ¿Qué se dirá de un almirante que porque enfermen algunos marineros en dos buques de su escuadra, ó porque se rompa un botalon de trinquetilla, ó alguna vela, ó al menor rumor de que se reunan Nelson y Calder, se aturde y renuncia á sus proyectos? Pero ni aun esto, porque si Nelson y Calder estuviesen reunidos, se hallarian cerca del Ferrol, dispuestos á atacar á los franceses á la salida del puerto, y no en alta mar. Esto es tan sencillo, que se le ocurre á cualquiera que no esté poseido de un miedo cervical (1).—Napoleon llamó á Villeneuve cobarde y hasta traidor, dictando en aquel mismo instante las órdenes para que le condujesen á la fuerza, de Cádiz á la Mancha, si se hubiese dirigido á aquel puerto; y para que en el caso de haber hecho rumbo hácia Brest, se encargase Ganteaume del mando de las dos escuadras reunidas. El ministro de marina que no se habia atrevido aun á manifestar su entera opinion, acerca de la

(1) Estas escenas, de las que no existen testigos oculares, no se hallarian en la historia á no ser por las cartas particulares y autógrafas del almirante Decrés y del emperador. Por ellas se ve la agitacion que reinó en aquellos dias memorables. Hay muchas de un mismo dia, á pesar de que solo estaban distantes media legua uno de otro.



reunion de las flotas en medio de la Mancha en aquellas circunstancias, y que juzgaba esta reunion en estremo peligrosa desde que los ingleses, ya sobre aviso, se habian concentrado entre el Ferrol Brest y Portsmouth, suplicó al emperador no diese una orden tan funesta, diciéndole que la estación estaba muy avanzada, que los ingleses no se dormian un minuto, y que si se persistia en esta idea, tal vez acaeciese delante de Brest alguna catástrofe espantosa. Napoleon que para todo encontraba respuesta, dijo que se retirarian en Brest si era preciso, cincuenta navios, número que jamás habian tenido los ingleses, y que á turbio correr, aunque se perdiese una de las dos flotas, nada le importaba con tal que la otra entrase en la Mancha, y fuese dueña de ella veinte y cuatro horas.

Decrés, abrumado por los argumentos del emperador, tomó el partido de fiar á la pluma lo que no se atrevió á decirle verbalmente, y aquella misma tarde le dirigió á Pont-de-Briques la siguiente carta:

4 de fructidor, año XII (22 agosto de 1803.)

«Me pongo á los pies de V. M. para suplicarle no asocie á las operaciones de sus escuadras, los buques españoles. Lejos de obtener nada por este medio, opina V. M. que esta asociacion se aumente con los buques de Cádiz y Cartagena.

«V. M. quiere que con semejante reunion, se emprenda una cosa sumamente difícil de por sí y que lo es mucho mas por los elementos de que se compone la escuadra, por la inesperienza de los

gefes, lo poco acostumbrados que están al mando y por otra porcion de circunstancias que V. M. no ignora y que seria inútil referir.

«En este estado y no teniendo en nada V. M. mis razones y mi esperiencia, no conozco una situacion mas crítica que la mia. Deseo que V. M. se digue tener presente, que no me animan otros deseos que el honor de vuestro pabellon y la gloria de vuestras armas; pero si vuestra escuadra se halla en Cádiz, suplico á V. M. mire este acontecimiento como un decreto del destino, que la guarda para mejores empresas. Suplico á V. M. que no la mande ir á la Mancha, porque semejante tentativa en estos momentos nos acarrearía infinitas desgracias; y ruego sobre todo á V. M. que no la mande intentar esta travesía con dos meses de viveres, pues que, segun creo, Mr. d'Estaing ha empleado setenta ú ochenta dias para ir desde Cádiz á Brest (y tal vez mas).

«Si estas súplicas nada influyen en el ánimo de V. M., al menos debe juzgar lo que abriga mi corazón...

«Precisamente debo insistir mas y mas en estos momentos, porque aun es tiempo de suspender la remision de órdenes tan funestas. ¡Ojalá tenga yo mas acierto en estas circunstancias, que he tenido en las anteriores!

«Pero es una desgracia para mí el poseer conocimientos náuticos, pues que estos no inspiran confianza, ni entran para nada en las combinaciones de V. M.; señor, mi situacion es cada vez mas penosa; me creo incapaz de persuadir á V. M. y dudo que haya quien pueda lograrlo. Formad para que entienda de las operaciones maritimas,



un consejo, un almirantazgo, todo cuanto pueda convenir á V. M., pero no por eso me encontraré mas animado, antes por el contrario desfallece mi espíritu cada vez mas. Se necesita ser ciertamente un ministro de marina dominado por V. M. en los asuntos navales, que os sirva mal y no aprecie la gloria de vuestras armas, para no juzgar perjudicialísimo semejante proyecto.

«A pesar de la amargura de mi corazón, en nada se disminuye el respeto y fidelidad que profeso á vuestra real persona.»

DECRÉS.

El emperador disgustado aunque conmovido, le contestó inmediatamente desde Pont de Briques. «Enviadme mañana una memoria sobre esta cuestión. En el actual estado de cosas, si Villeneuve permanece en Cádiz, ¿qué haremos? Colocaos a la altura de las circunstancias en que se encuentran Francia é Inglaterra y no me volvais á escribir otra carta como la anterior, pues nada decís en ella. No tengo mas que un deseo, el de triunfar. (22 de agosto. — Archivo del Louvre).

Al siguiente día 23, Decrés propuso su plan al emperador, el cual consistía en aplazar la expedición para el invierno, pues era demasiado tarde para que se trasladase la flota desde Cádiz á la Mancha, y se esponía á hacerlo en medio de las borrascas del equinocio. Ya los ingleses estaban prevenidos y se susurraba públicamente un proyecto de reunion entre Boloña y Brest. Segun este plan, era necesario dividir estas numerosas escuadras en siete ú ocho cruceros de cinco ó seis buques cada uno, pues lo que hacia entonces el

capitan Lallemand era una prueba de lo que podia esperarse de estas divisiones sueltas. Se necesitaba formarlas con los mejores oficiales y buques, y lanzarlas al Océano, en donde incomodarian á los ingleses; arruinarían, su comercio, al paso que nosotros formaríamos excelentes marineros y gefes de escuadras, proporcionándonos los elementos para un gran proyecto ulterior.

—Esta es la guerra, decia el almirante Decrés, segun me dicta el corazón.

Si últimamente, añadía, quereis tener en el invierno una escuadra en la Mancha, hay medio de hacerlo. Reunid en Cádiz sobre cuarenta buques; formad allí un ejército de embarque prestando para estos aprestos una expedición sobre la India ó sobre la Jamaica, luego dividid la escuadra en dos partes, tomad los buques mas veleros y los oficiales que durante un año hayan dado mas pruebas de capacidad y arrojo; salid en secreto con veinte buques solamente, cuidando de dejar los otros para llamar la atención de los ingleses; despues hareis marchar los veinte buques dando vuelta por Irlanda y Escocia á la Mancha; haced pasar á Villeneuve y Gravina á París, reanimad su valor, y de este modo ejecutareis con seguridad esta maniobra.»

Así que Napoleon hubo leído este proyecto, renunció del todo á la idea de hacer volver inmediatamente la flota de Cádiz, si es que se hallaba en este puerto, y escribió al dorso del despacho: *Formense siete cruceros distribuidos entre Africa, Surinan, Santa Elena, el Cabo, la Isla de Francia, las islas del Viento, los Estados- Unidos, las costas de Irlanda, las de Escocia y la embocadu-*



ra del Tamesis (1). Despues leyó muchas veces los despachos de Villeneuve, Lauriston, y del agente consular que habia seguido largo tiempo con el anteojo la marcha de la escuadra francesa, así que se la perdió de vista desde las alturas del Ferrol. Buscaba en aquellos despachos como en una hoja del libro del destino, la solucion de este problema: ¿Villeneuve se dirige á Cadiz ó á Brest?.. La incertidumbre en que estaba, le irritaba mucho mas que la seguridad de la marcha sobre Cádiz. En medio de este desasosiego y sobre todo en la situación que se hallaba la Europa, el mayor servicio que pudiera habersele prestado, era decirle lo que habia de positivo, pues las noticias de la frontera de Austria eran cada vez mas alarmantes. Los austriacos no ocultaban sus planes; costeaban el Adige con fuerzas considerables y amenazaban el Inn y la Baviera. Si no daba á Londres un golpe decisivo que hiciese temblar y contuviese á la Europa, era necesario que se dirigiera á marchas forzadas hácia el Rhin con objeto de impedir el ultrage que trataban de hacerle presentándose en sus fronteras. Precisándole saber la verdad, escribió repetidas veces á Decrés desde Pont-de-Briques, para que le dijese su parecer sobre la determinacion probable de Villeneuve. Decrés temiendo irritar demasiado al emperador y haciéndosele cargo de conciencia el engañarle, le respondia cada vez de distinta manera, diciéndole unas veces que si y otras que no, participando siempre de la ansiedad del emperador, pero inclinándose mas bien á que Ville-

(1) He tomado estos pormenores del original.

neuve habria ido á Cádiz; de lo cual él para sí estaba casi seguro. Entoaces Napoleon á fin de no estar desprevenido, titubeaba entre dos proyectos y pasó algunos dias en una de esas situaciones ambíguas, insoportables para un carácter como el suyo, dispuesto á la vez á atravesar el mar ó á caer sobre el continente, y á desembarcar en Inglaterra, ó á emprender una marcha militar hácia Austria. Despues de infinitas dudas, en la mañana del 23 dió las órdenes necesarias para una doble hipótesis.—Estoy resuelto, escribió á Mr. de Talleyrand; mis flotas se han perdido de vista desde las alturas del cabo Ortegal, el 14 de agosto; si entran en la Mancha, es tiempo aun de que yo me embarque y haga el desembarco; voy á desatar en Londres el nudo de todas las coaliciones. Si por el contrario mis almirantes no tienen teson ó maniobran mal, levanto mis campamentos de las orillas del Océano, entro con doscientos mil hombres en Alemania y no paro hasta fondear en Viena, arrebatár á Venecia con todo lo que conserva aun de Italia al Austria y arrojar á los Borbones de Nápoles. No dejaré unirse á los austriacos con los rusos; derrotándolos antes de que llegue este caso, y por último luego que haya pacificado el continente, volveré al Océano para trabajar de nuevo en la paz marítima.

Dotado de aquella profunda esperiencia que habia adquirido en la guerra; de aquel cálculo tan exacto acerca de las disposiciones que debian tomarse primero, dió las primeras órdenes para la guerra continental, pero sin tocar aun para nada á la expedicion marítima, que estaba siempre dis-



puesta, pues toda la gente se hallaba á bordo ó pronta á embarcarse. Empezó por Nápoles y Hannover que eran precisamente los dos puntos que menos ocupaban su imaginacion; mandó agregar á la division que se organizaba en Pescara al mando del general Reynier, varios regimientos de caballeria ligera y algunas baterias de artilleria de á lomo, con el objeto de formar en aquel pais guerrillas de columnas ambulantes. Mandó en seguida una orden al general Saint-Cyr, para que se le uniese la division Reynier á la primera señal de hostilidad, y con la que él llevase de Tarento, cayese sobre Nápoles con veinte mil hombres á fin de no permitir el desembarque en Italia á los rusos de Corfú ni á los ingleses de Malta.

Mandó en seguida al principe Eugenio, que aunque virey de Italia estaba bajo la tutela militar del mariscal Jourdan, reuniese inmediatamente las tropas francesas situadas entre Génova y Boloña, las llevase al Adige, y comprase caballos de tiro en toda Italia para disponer en el momento cien bocas de fuego. Como las tropas francesas estaban formadas en divisiones y en pié de guerra, todo esto era de fácil y prudente ejecución. Mandó que le enviasen reclutas de los depósitos y al mismo tiempo que cociesen galleta en todas partes para abastecer las plazas de Italia. No pudiendo contar con Alejandria por no estar acabadas sus obras, dispuso que la ciudadela de Turin sirviese de plaza de depósito para el Piamonte.

Iguales disposiciones tomó con respecto á Alemania: en el mismo dia 23 hizo salir un correo

para Bernardotte que habia reemplazado á Mortier en el mando del Hannover, encargándole, bajo el mas profundo secreto y teniendo cuidado de no divulgar lo que debia hacer, que reuniese en Goettingen, esto es, en los confines de este electorado, y á la entrada de los caminos de la Alemania central, la mayor parte de su ejército; encaminar hácia este punto la artilleria y el bagaje mayor; ejecutar estos movimientos de modo que no parasen mientes en ellos hasta despues de doce ó quince dias, y para mantenerles en esta duda, se presentasen en el punto opuesto, y por ultimo, que esperase la orden de ponerse definitivamente en marcha. Su idea era si se arreglaba con la Prusia, como pensaba, en el negocio de Hannover, evacuar este reino y atravesar á todo trance todos los pequeños estados de la Alemania central para conducir á Baviera el cuerpo de ejército que retiraba del Hannover.

Por el mismo correo, mandó al general Marmont que estaba en el Texel, preparase inmediatamente sus atalages y material, para poderse poner en marcha en tres dias con su cuerpo de ejército, recomendándole el secreto y que no procediese al embarco de las tropas hasta nueva orden. En Boloña mismo, hizo una primera y única distraccion de las fuerzas que tenia á la mano, las de la caballeria pesada y dragones: reunió mucha mas caballeria de la que realmente necesitaba y de la que probablemente podria embarcar. Hizo retroceder á la division de coraceros de Nansouty disponiendo la reunion en Saint-Omer de los dragones que estaban á las órdenes de Baraguay d'Hilliers con cierto número de piezas de artilleria



volante, cuyas fuerzas dirigió sin perder tiempo á Strasburgo. Al mismo tiempo mandó reanir en la Alsacia el resto de la caballería pesada y envió al general de artillería Songés, órdenes para que dispusiese un parque completo entre Metz y Strasburgo, con fondos para comprar en Lorena, en Suiza y en la Alsacia todos los caballos de tren que fuese posible. Iguales órdenes se comunicaron á la infantería estacionada en la frontera del Este y se mandó preparar en Strasburgo cinco mil raciones de galleta. Aquella numerosa caballería sostenida por la artillería volante y apoyada por los dragones desmontados, podía proporcionar un punto de apoyo á los bávaros que se veían amenazados y pedían socorro, á pesar de que varios regimientos de infantería se hallaban próximos á darles auxilio. Ultimamente, Bernardotte podía llegar á Wurtzburgo en diez ó doce jornadas, de modo que al cabo de pocos días y sin distraer de sus fuerzas embarcadas mas que algunas divisiones de caballería pesada y los dragones, se encontraba en disposición de sostener á los bávaros, contra los cuales asestaba el Austria sus primeros golpes.

Así que hubo tomado estas disposiciones que fueron ejecutadas con la mayor presteza, se tranquilizó algun tanto y esperó su resultado.

Estaba sombrío, preocupado y trataba con aspereza al almirante Decrés, en cuya fisonomía le parecia ver los motivos que habian hecho vacilar á Villeneuve, é iba con frecuencia á la playa por ver si descubria en el horizonte alguna aparición inesperada. Los oficiales de marina con anteojo en mano, situados en diferentes puntos de la costa, estaban encargados de observar los menores mo-

vimientos en el mar, y de darle cuenta en el acto. Así pasó tres días, de incertidumbre angustiosa para un alma ardiente como la suya, que hubiera querido decidirse de cualquier modo que fuese. En fin, el almirante Decrés, á quien preguntaba continuamente, le dijo que en su concepto, en vista del tiempo trascurrido, los vientos que habian reinado en la costa desde el golfo de Gascuña hasta el estrecho de Calais, y atendidas las disposiciones morales de Villeneuve, estaba persuadido de que las flotas habrian hecho rumbo hácia Cádiz.

Con un dolor profundo, y mezclado de violentos accesos de furor, renunció al cabo Napoleon á ver llegar su flota al estrecho. Fué tal su irritacion que el sabio Monge á quien amaba en extremo y con el que casi todas las mañanas se desayunaba militarmente á orillas del mar en la barraca imperial, viéndole en tal estado tuvo lá discrecion de retirarse juzgando inoportuna su presencia, y fué en busca de Mr. Daru, primer comisario de guerra y le contó lo que acababa de ver. En aquel mismo instante llamo el emperador á Mr. Daru que marchó al punto y le halló agitado, hablando consigo mismo, sin advertir al parecer, que entraban en su habitacion. Dentro ya Mr. Daru, estaba en pié, silencioso y esperando órdenes, cuando Napoleon se dirige á él y como si estuviese instruido de todo le dice:—¿Sabeis dónde está Villeneuve? ¡En Cádiz!—Acto continuo se entregó á una larga diatriba sobre la debilidad, sobre la ineptitud de cuantos le rodeaban, dijo que estaba vendido por la cobardía de los hombres, deploró la ruina del mejor y mas seguro plan que habia concebido en su vida y mostró en toda su amargura el dolor del



genio abandonado por la suerte. Pronto volvió de este arrebató, se calmó repentinamente y volviendo á ocuparse con una facilidad maravillosa de aquellos caminos cerrados del Océano y de los abiertos en el continente, dictó durante muchas horas seguidas con una presencia de espíritu y una escrupulosidad extraordinarias, el plan que se verá en el siguiente libro, que fué el plan de la inmortal campaña de 1805. No se advertía ya el menor asomo de cólera en su voz ni en su semblante (1); porque los grandes proyectos que ocupaban su imaginación, desterraron los pesares de su alma. En vez de atacar á Inglaterra en derechura, iba á combatirla por el camino largo y tortuoso del continente, donde adquiriría una grandeza inmensa, precursora de su ruina.

¿Hubiera podido conseguir con mas seguridad su objeto por el medio directo, es decir, haciendo el desembarque? Este es el problema nada fácil de explicar en el día y que con dificultad podrá resolverse en lo sucesivo. Sin embargo, una vez Napoleón en Douvres, era de creer, sin ofender por esto á la nación británica, que habria podido ser vencida por el ejército y el capitán que en diez y ocho meses habian sometido al Austria, Alemania, Prusia y Rusia. Eran en efecto los mismos soldados que formaban entonces el ejército del Océano, los que batieron en Austerlitz, en Jena, y en Friedland, á los ochocientos mil soldados del continente; y es preciso decirlo, la inviolabilidad

(1) He extractado esta relacion de un fragmento de memorias escrito por Mr. Daru, cuya copia se halla en mi poder actualmente, por un acto de galanteria de su hijo.

territorial de que gozaba Inglaterra, no la habia acostumbrado aun á los peligros de la invasion, lo cual en nada disminuye la gloria de sus escuadras y de sus ejércitos regulares. Habia por lo pronto pocas probabilidades de que hubiera podido resistir á los soldados de Napoleon que no se hallaban entonces fatigados del trabajo, ni diezmados por la guerra. Una resolucion heroica del gobierno inglés, por ejemplo, la de refugiarse en Escocia y abandonar la Inglaterra hasta que Nelson hubiese llegado con todas las escuadras inglesas, para impedir la vuelta á Napoleon ya vencedor, esponiéndole á caer prisionero en su misma conquista, hubiera proporcionado raras combinaciones; pero esto se hallaba fuera de toda posibilidad: lo que casi se puede asegurar es que si Napoleon hubiese entrado en Londres, Inglaterra habria capitulado.

Todo consistia en pasar el estrecho, pues aun que la flotilla pudiese atravesarle en las calmas del verano ó con las brumas del invierno, este paso era arriesgadísimo. Napoleon habia pensado tambien en una flota que protegiese la expedicion. Se dirá que la dificultad estaba en hacerse superior á los ingleses por mar; no era esto ciertamente, pues solo se trataba de hacer llegar, por medio de una hábil combinacion, una flota á la Mancha, aprovechándose de los azares del mar, al paso que de su inmensidad que hace los encuentros poco probables. El plan de Napoleon retocado tantas veces y reproducido con tanta fecundidad, debia tener buen éxito, en manos de otro hombre mas enérgico que Villeneuve. Napoleon indudablemente tropezó aquí, pero en otro senti-



do, con los inconvenientes de su inferioridad marítima, pues Villeneuve conociendo esta inferioridad, se aturdió completamente, y de tal manera, que aquel aturdimiento no deja su honor muy bien puesto en la historia. Lo cierto es que se batió perfectamente en el Ferrol, y suponiendo que hubiera presentado delante de Brest el desastroso combate que sostuvo poco despues en Trafalgar, Ganteaume habria verificado su salida; y caso de perderle, ¿no era mejor que fuese con el objeto de asegurar el paso de la Mancha? ¿Conseguido esto, podría decirse que se perdió el combate? Es cierto que Villeneuve obró mal, pero tambien lo es que se havociferado sobradamente, siguiendo la costumbre de abatir al desgraciado. Buen marino, pero no teniendo en cuenta que muchas veces se suple con una ciega obediencia la falta de datos materiales, no supo elevarse á la altura de su mision y hacer lo que Latouche-Treville hubiera hecho en su lugar.

No era, pues, quimérica la empresa de Napoleon, antes por el contrario, era completamente realizable segun él la habia dispuesto, y tal vez esta empresa sin resultado, le sea mas honorifica, á los ojos de imparciales jueces, que las que fueron coronadas del éxito mas brillante. No fué tampoco un artificio como han supuesto los que ven fantasmas donde no los hay: además de que mil cartas del emperador y de los ministros, no dejan la menor duda sobre esta importante empresa proseguida por espacio de muchos años con una verdadera pasion. Se ha dicho tambien que si Napoleon hubiera escuchado á Fulton cuando le propuso la navegacion por medio del vapor,

habria salvado el estrecho. No es posible pronosticar los efectos que causará el vapor aplicado á la navegacion, en los acontecimientos futuros, aunque es muy probable que robustezca á la Francia contra la Inglaterra. Que facilite el paso del estrecho, dependerá de los esfuerzos que sepa hacer la Francia para asegurarse la superioridad en el uso de ese móvil moderno, al mismo tiempo que de su patriotismo y prevision. Puede alegarse sin embargo, en defensa de Napoleon respecto á no haber dado oidos á Fulton, que este le proponia un descubrimiento nuevo que en aquel momento de nada le hubiera servido. Napoleon hizo cuanto pudo, y por consiguiente nada se le puede acusar en aquellas circunstancias. La Providencia sin duda, no queria que lograrse sus intentos. ¿Porque? La razon que no siempre asistió al emperador contra sus enemigos, estaba entonces de su parte.

FIN DEL TOMO QUINTO.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

## INDICE.



### LIBRO DIEZ Y OCHO.

#### CONSPIRACION DE JORGE.

Recelos de la Inglaterra á la vista de los preparativos que se hacen en Boloña.—Lo que la guerra es ordinariamente para esta nacion.—Opinion que se forma al principio en Lóndres sobre los proyectos del primer consul, y terror que estos llegán á producir.—Medios imaginados para resistir á los franceses.—Discusion de estos medios en el parlamento.—Mr. Pitt vuelve á tomar asiento en la cámara de los comunes.—Su actitud y la de sus amigos.—Fuerza militar de los ingleses.—Mr. Windham pide la formacion de un ejército disciplinado á imitacion del ejército francés.—Limitanse á la creacion de un ejército de reserva y un alistamiento de voluntarios.—Precauciones tomadas para guardar el litoral.—El gabinete bri-



tánico apela á los medios usados antiguamente por Mr. Pitt y protege las tramas de los emigrados.—Intrigas de los agentes diplomáticos ingleses, Drake, Smith y Taylor.—Los príncipes refugiados en Londres se reúnen á Jorge y Pichegrú, y entran en una conjuración que tiene por objeto acometer al primer consul con una cuadrilla de chuanes en el camino de la Malmaison.—A fin de asegurarse la adhesion del ejército en el caso de una victoria, se dirigen al general Moreau, gefe de los descontentos.—Intrigas del llamado Lajolais.—Locas esperanzas concebidas á consecuencias de algunas palabras pronunciadas por el general Moreau.—Primera partida de una cuadrilla de chuanes conducida por Jorge.—Desembarcan en la costa de Biville, y atraviesan la Normandía.—Jorge oculto en Paris prepara los medios de ejecucion.—Segundo desembarco compuesto de Pichegrú y muchos emigrados de alto rango.—Pichegrú se avista con Moreau.—Hállale irritado contra el primer consul, pero no dispuesto á trabajar en favor de la vuelta de los Borbones.—Desaliento de los conjurados.—Pérdida de tiempo que este desaliento produce.—El primer consul, á quien la policia servia mal desde la retirada de Mr. Fouché, descubre el peligro que le amenaza.—Entrega á una comision militar algunos chuanes recientemente arrestados, para obligarlos á que

le digan lo que saben.—Entra uno que le revela todo el complot.—Sorpresa al saber que Jorge y Pichegrú están en Paris y que Moreau es su cómplice.—Consejo extraordinario y resolucion de arrestar á Moreau.—Disposiciones del primer consul.—Muéstrase indulgente contra los republicanos, y furioso contra los realistas.—Su resolucion de castigar á estos de una manera egemplar.—Encarga al gran juez que conduzca á su presencia á Moreau para terminarlo todo con una esplicacion personal y amistosa.—La actitud de Moreau delante del gran juez hace abortar esta buena resolucion.—Los conjurados presos declaran todos que un príncipe francés debia ponerse á su cabeza, y que tenia el proyecto de entrar en Francia por la costa de Biville.—Resuelve el primer consul apoderarse de él y entregarlo á una comision militar.—El coronel Savary pasa á la costa de Biville para esperar al príncipe y arrestarlo.—Ley terrible que castiga con la muerte á cualquiera que dé asilo á los conjurados.—Ciérranse las puertas de Paris por espacio de muchos dias.—Arresto sucesivo de Pichegrú, Polignac, Riviere y del mismo Jorge.—Declara Jorge haber venido á Paris para atacar al primer consul á viva fuerza.—Confirmase la noticia de que un príncipe debia ponerse á la cabeza de los conjurados.—Toma incremento la cólera del primer consul. El co-



ronel Savary espera inutilmente en la costa de Biville.—Se procura indagar donde se hallan los príncipes de la casa de Borbon.—Se piensa en el duque de Enghien, que se hallaba en Ettenheim á orillas del Rhin.—Se envia un oficial de gendarmes para que tome informes.—Parte equívocado de este oficial, y fatal coincidencia de su informe con una nueva declaracion de un criado de Jorge.—Error y ciega cólera del primer consul.—Consejo extraordinario en que se acuerda apoderarse á todo trance de la persona del príncipe.—Su rapto y su traslacion á Paris.—Descúbrese parte del error pero demasiado tarde.—El príncipe, enviado ante una comision militar, es fusilado en un foso del castillo de Vincennes.—Carácter de este funesto acontecimiento. . . . .

## LIBRO DIEZ Y NUEVE.

## EL IMPERIO.

Efecto que produce en Europa la muerte del duque de Enghien.—Prusia, que estaba pronta á formar alianza con Francia, varía de modo de pensar y se une con Rusia por medio de un convenio secreto.—Cuál era en 1803 la verdadera alianza

de Francia, y porqué no se efectuó esta alianza.—Se da cuenta á todos los gabinetes de la conducta de MM. Drake, Smith y Taylor.—El sentimiento que inspira disminuye el efecto producido por la muerte del duque de Enghien.—Sensacion que causa en San Petersburgo.—La córte se viste de luto espontáneamente.—Conducta insustancial é inconsiderada del jóven emperador.—Queriendo reclamar contra la violacion del territorio germánico, dirige unas notas imprudentes á la dieta de Ratisbona y á Francia.—Circunspeccion de Austria.—No se queja de lo que sucedió en Ettenheim, y se aprovecha de la situacion apurada en que decian se hallaba el primer consul para estralimitar todos los poderes.—Despojos y violencias perpetrados en toda la Alemania.—Energía del primer consul.—Cruda contestacion que dirige al emperador Alejandro, y retirada del embajador francés.—Indiferencia y desprecio con que acoge las reclamaciones hechas á la Dieta.—Recurso de que se vale Mr. de Talleyrand para conseguir que dichas reclamaciones tuviesen un resultado insignificante.—Conducta equívoca de los ministros austriacos con respecto á la Dieta.—Se aplaza la cuestion.—Intímase á Austria que suspenda las violencias á que se entregaba en el imperio.—Deferencia de dicha córte.—Mas sobre la causa formada á Jorge y Mo-



reau.—Suicidio de Pichegrú.—Alarma.  
—De resultas de la agitacion de los ánimos, se notan sintomas de retroceso hácia las ideas monárquicas.—Considérase el derecho hereditario como medio de consolidar el órden establecido, y ponerle el abrigo de las consecuencias de un asesinato.—Felicitaciones.—Discurso que pronuncia Mr. de Fontanes con motivo de haberse terminado el código civil.—Papel que hace Mr. Fouché en aquellas circunstancias.—Es el instrumento del cambio que se prepara.—Mr. Cambaces se opone á que se realice.—Esplicacion que tiene con el primer consul.—Paso que dá el Senado por instigaciones de Mr. Fouché.—El primer consul retarda el responder al paso del Senado, y se dirige á las córtes estrangeras, para saber si obtendria de ellas el reconocimiento del nuevo título que queria tomar.—Prusia y Austria contestan de un modo favorable.—Condiciones que pone la última al reconocimiento.—Dispónese el ejército á proclamar un emperador.—Al fin rompió el silencio el primer consul, y contestó al Senado pidiendo que manifestase á las claras su modo de pensar.—El Senado delibera.—Proposicion que hace el tribuno Curée para que se restablezca la monarquía.—Discusion que acerca de esto se suscita en el Tribunado, y discurso del tribuno Carnot.—Comunicada la proposicion al Senado, este

cuerpo la acoge favorablemente y dirige un mensaje al primer consul, proponiéndole el restablecimiento de la monarquía.—Se nombra una comision para que proponga los cambios que debian introducirse en la constitucion consular.—Cambios que se adoptan.—Constitucion imperial.—Empleados de primer órden.—Empleos militares y civiles.—Proyecto acerca de restablecer un dia el imperio de Occidente.—Las nuevas disposiciones constitucionales quedan convertidas en un senado-consulta.—El Senado se traslada en masa á Saint-Cloud, y proclama á Napoleon emperador.—Singularidad y grandeza de aquel espectáculo.—Mas sobre la causa de Jorge y Moreau.—Jorge es condenado á muerte y muere en un patíbulo.—A igual pena fueron sentenciados MM. Armand de Polignac y Riviere; pero el primer consul les perdonó la vida.—Moreau sale para un destierro.—Su destino y el de Napoleon.—Nueva faz que toma la revolucion francesa.—La República se convierte en monarquía militar.

## LIBRO VEINTE.

## LA CONSAGRACION.

Retardo que sufre la espedicion de Inglaterra.—Causas y ventajas de este retardo.—Redóblase la actividad en los pre-



parativos.—Medios de hacienda.—Presupuesto de los años XI, XII y XIII.—Creacion de las contribuciones indirectas.—Antigua teoria del impuesto único sobre la propiedad territorial.—Rehúsala Napoleon y adopta un impuesto sobre los consumos.—Primera organizacion de la administracion de los derechos reunidos.—La España paga su subsidio en libramientos á plazo.—Preséntase una asociacion de hacendistas para hacer los descuentos.—Primeras operaciones de la compañía llamada *de los negociantes reunidos*.—Conságranse todos los recursos disponibles á las escuadras de Brest, de Rochefort y de Tolon.—Prepara Napoleon el arribo de una escuadra francesa á la Mancha con objeto de llevar á efecto el paso de la escuadrilla.—Primera combinacion en que se detiene.—Dase al almirante Latouche-Treville el encargo de poner por obra esta combinacion.—Dicho almirante debe salir de Tolon, engañar á los ingleses dando un rodeo falso, y aparecer en la Mancha, rehaciendo en el tránsito la escuadra de Rochefort.—Proyéctase el desembarco para los meses de julio y agosto, antes de la ceremonia de la coronacion.—Los ministros de las córtes en paz á la sazón con la Francia, ponen en manos de Napoleon sus credenciales.—El embajador de Austria es el único que lo retarda.—Partida de Napoleon para Boloña.—Inspeccion general

de los buques de la escuadrilla, uno por uno.—La escuadrilla bátava.—Gran funcion á bordo del *Océano* y distribucion de las condecoraciones de la Legion de Honor en el ejército.—Continuacion de los sucesos en Inglaterra.—Estraordinaria agitacion de los ánimos.—Caida del ministerio Addington por la coalicion de MM. Fox y Pitt.—Vuelta de Mr. Pitt al ministerio y sus primeros pasos para renovar una coalicion en el continente.—Sospechas de Napoleon.—Obliga al Austria á que se esplice exigiendo que las credenciales de Mr. de Cobentzel se le remitan á Aix-la-Chapelle.—Rompe las relaciones diplomáticas con la Rusia dejando salir á Mr. de Oubril.—Muerte del almirante Latouche-Treville y aplazamiento del desembarco para el invierno.—El almirante Villeneuve reemplaza al difunto Latouche-Treville.—Carácter del almirante Villeneuve.—Viage de Napoleon á las orillas del Rhin.—Grande afluencia en Aix-la-Chapelle.—Mr. de Cobentzel envia á este punto sus credenciales para Napoleon.—La córte imperial se traslada á Maguncia.—Regreso á Paris.—Preparativos para la consagracion.—Difícil negociacion para conseguir de Pio VII que vaya á consagrar á Napoleon.—El cardenal Fesch, embajador.—Carácter y proceder de este personage.—Temores que despierta en Pio VII la idea de pasar á Francia.—Consulta una



congregacion de cardenales.—Pronúncianse cinco en contra de su viage y quince en pro ; pero bajo ciertas condiciones.—Largo debate sobre estas condiciones.—Consentimiento definitivo.—Queda en suspenso la cuestion del ceremonial.—El obispo Bernier y el archicanciller Cambacères eligen en el pontifical romano y en el pontifical francés las ceremonias compatibles con el espíritu del siglo.—Napoleon se niega á dejarse coronar.—Pretensiones de familia.—Sale el papa para Francia.—Su viage.—Su llegada á Fontainebleau.—Su alegría y confianza al ver la acogida que le hicieron.—Casamiento religioso de Josefina y Napoleon.—Ceremonia de la consagracion.

## LIBRO VEINTE Y UNO.

## TERCERA COALICION.

Mansion del papa en París.—Esmero de Napoleon para prolongar su estancia.—No habiendo podido operar las escuadras en diciembre , emplea Napoleon el invierno en organizar la Italia.—Transformacion de la república italiana en un reino feudatario del imperio francés.—Ofrecese este reino á José Bonaparte , quien lo rehusa.—Napoleon se decide á colocar la corona de hierro en su cabeza , declarando que las coronas de Francia é Ita-

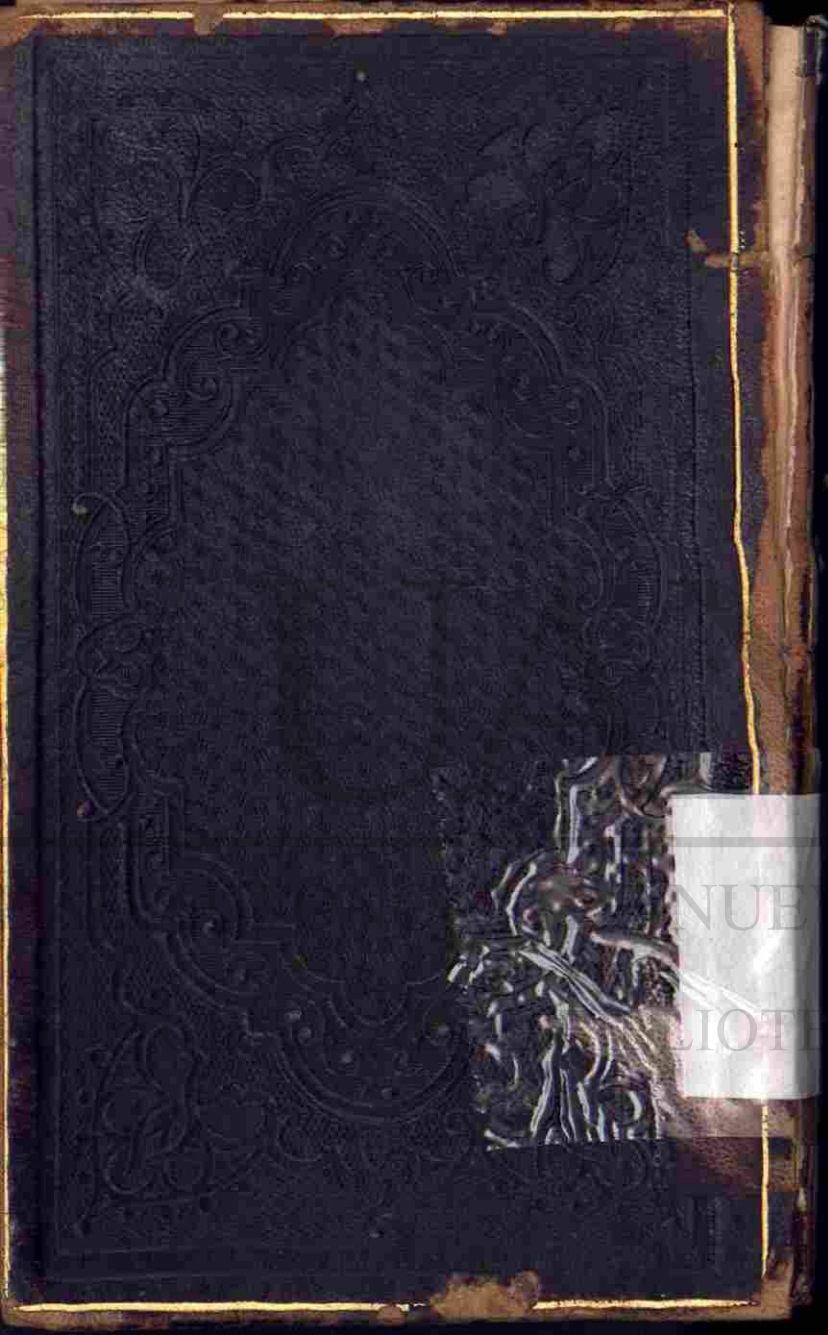
lia se separarán cuando se haga la paz.—Sesion solemne del Senado.—Segunda coronacion de Milan fijada para mayo de 1805.—Cree Napoleon que pasando los Alpes oculta mejor sus proyectos maritimos.—Aumentanse sus recursos naturales por la repentina declaracion de guerra de Inglaterra á España.—Fuerzas navales de Holanda , Francia y España.—Proyecto de una grande espedicion á la India.—Se vacila un momento entre esta espedicion y el de otra directa contra Inglaterra.—Preferencia definitiva que esta obtiene.—Prepárase todo para ejecutar el desembarco en los meses de julio y agosto.—Las escuadras de Tolon , de Cádiz , del Ferrol , de Rochefort y de Brest , deben reunirse en la Martinica para recalar en julio á la Mancha , en fuerza de sesenta navios.—Dispónese el papa á volver á Roma.—Su franqueza con Napoleon antes de salir de París.—Contestaciones sobre los diversos puntos propuestos por el papa.—Disgusto de éste , aunque aminorado por el éxito de su viage á Francia.—Marcha del papa á Roma y del emperador á Milan.—Disposiciones de las córtes de Europa.—Su tendencia á una nueva coalicion.—Estado del gabinete ruso.—Los amigos de Alejandro forman un gran plan de mediacion europea.—Ideas de este plan , verdadero origen de los tratados de 1815.—Se encarga de la aprobacion en Lóndres Mr. Nowosiltzoff.—Recibi-



miento que le hace Mr. Pitt.—El ministro inglés convierte el plan de mediacion en otro de coalicion contra la Francia.—Vuelta del negociador á San Petersburgo.—Firma el gabinete ruso con lord Gower el tratado de la tercera coalicion.—Para conservar á esta el carácter de mediacion, debe pasar á Paris el negociador.—Vanos esfuerzos de la Rusia para que entre en ella la Prusia.—Consigue mas con el Austria, que se compromete eventualmente.—Sirvese la Rusia de la Prusia para obtener pasaportes en favor de su negociador.—Se conceden los pasaportes.—Napoleon en Italia.—Entusiasmo de los italianos.—Coronacion en Milan.—Eugenio declarado virey.—Fiestas militares.—Proyecta Napoleon espulsar de Nápoles á los Borbones, y reunir Génova á la Francia.—Motivos de esta reunion.—Constitucion del ducado de Luca en provecho de la princesa Elisa.—Despues de permanecer por espacio de tres meses en Italia, Napoleon se prepara á marchar á Boloña para ejecutar el desembarco.—Ganteaume no ha podido hacerse á la vela desde Brest.—Villeneuve y Gravina llegan de Tolon y Cádiz en su auxilio á fin de dirigirse todos á la Mancha.—Permanencia de Napoleon en Génova.—Su repentina marcha á Fontainebleau.—Mientras prepara Napoleon el desembarco en Inglaterra, disponen todas las potencias del Norte una guerra

formidable contra la Francia.—La Rusia encuentra pretesto en la reunion de Génova para proponerse, y el Austria una razon para decidirse.—Tratado de subsidios.—Armamentos obstinadamente negados á Napoleon.—Este se apercibe de ellos, y da principio á algunas operaciones en Italia y el Rhin.—Parte para Boloña.—Resuelve embarcarse y se impacienta esperando la escuadra francesa.—Movimiento de las escuadras.—Larga y afortunada navegacion de Villeneuve y de Gravina á la Martinica.—Primeros síntomas de decaimiento de ánimo del almirante Villeneuve.—Rápida vuelta á Europa y marcha sobre el Ferrol para libertar este puerto.—Batalla naval del Ferrol contra el almirante Calder.—Se consigue el objeto librando al Ferrol y reuniendo las divisiones francesa y española.—En vez de favorecer á Ganteaume para reunir cincuenta navios en la Mancha, Villeneuve desconcertado se dirige á Cádiz cuando cree Napoleon que marcha á Brest.—Larga espera del emperador en Boloña.—Sus esperanzas al recibir las noticias del Ferrol.—Su irritacion al saber la marcha de Villeneuve sobre Cádiz.—Violenta agitacion é incomodidad contra el almirante Decrés.—Nuevas positivas de los proyectos del Austria.—Brusca mudanza de resolucion.—Plan de campaña de 1805.—Napoleon se decide contra el continente. . . . . 381





NUE  
LIOT